BIBLIOTECA ARGENTINA DE HISTORIA Y POLITICA

José Luis Busaniche

ESTAMPAS DEL PASADO -II-



Años atrás, al prologar *Estampas del pasado*, José Luis Busaniche señaló que «la bibliografía histórica argentina acrece notablemente y se advierte, en general, un decidido interés por el conocimiento y la interpretación de nuestro pasado. Monografías y libros se suceden de continuo, proyectando luz cada vez más intensa sobre figuras y sucesos de antaño». Pero, agregaba, «carece nuestra bibliografía de una especie de libro, auxiliar importante, no sólo desde el punto de vista didáctico, sino como elemento de cultura general. Me refiero al libro de lecturas históricas (…) el libro ligero o ameno que nos acerque a tal o cual período de la historia y nos ponga en contacto con el hombre de la época y el ambiente en que vivía; el libro que nos haga conocer la vida y las costumbres, nos lleve por las calles de las ciudades viejas, franqueándonos las puertas de los interiores domésticos o nos transporte a las pampas salvajes donde disparan las yeguadas cimarronas». Esta es, precisamente, la misión que cumple *Estampas del pasado*, una compilación de relatos de contemporáneos o testigos de los sucesos narrados que va desde la conquista española hasta los albores del siglo actual, permitiendo al lector componer una imagen rica, precisa y matizada de los más variados aspectos de la vida argentina en épocas pretéritas.



José Luis Busaniche

Estampas del pasado II

Biblioteca argentina de historia y política - 039

ePub r1.0
et.al 14.06.2020

José Luis Busaniche, 1971
Retoque de cubierta: et.al

Editor digital: et.al
ePub base r2.1



Índice de contenido

III
VIDA INDEPENDIENTE

1) HOMBRES Y SUCESOS DE LA EMANCIPACIÓN
2) LAS GUERRAS CIVILES
3) LA DICTADURA
4) TIPOS Y ESCENAS DE LAS CIUDADES (1810-1850) 5) EL INDIO Y EL DESIERTO (1810-1870) 6) EL CAMPO ARGENTINO: PAISAJES, TIPOS, COSTUMBRES (1810-1870) 7) TRANSPORTES: CARRETAS, ARRIAS, MENSAJERÍAS, LOS PRIMEROS FERROCARRILES
8) ALGUNAS FIGURAS DE LA ORGANIZACIÓN NACIONAL
9) LA GUERRA DEL PARAGUAY
10) REVOLUCIONES Y GUERRAS CIVILES EN LA ERA CONSTITUCIONAL
11) LAS LUCHAS CÍVICAS POR EL PODER REPRESENTATIVO
12) RETRATOS DE OTRO TIEMPO
13) LAS CIUDADES DESPUÉS DE 1853

3
LA DICTADURA

LA ESCUADRA FRANCESA EN EL RÍO PARANÁ

1840

Al ancla frente a la Bajada, 2 de abril de 1840

… Vengo de una isla de enfrente, donde fui a buscar leña y caza; esto no es nada agradable, pero es llevadero, lo que desespera es no poder saber nada del general [Lavalle] ni que estos franceses se muevan nada. Te diré todo lo que aquí hace la Expeditiva, que tiene ochenta y seis hombres y nueve embarcaciones menores. Luego que amanece, se lava todo el buque, después van dos lanchas a tierra (a la isla), a traer leña, pasto para una vaca lechera, cinco reses y veinte y tantos carneros. Todos van armados bien, lavan en la orilla, y a la tarde se les hace señal de regresar: uno que otro día va otra lancha con algunos oficiales, a cazar. Después que el sol se pone, se atan todas las embarcaciones menores dejando una chica a popa, se pone la red de abordaje y hasta el otro día. Ahí tienes, desde que estoy aquí, todo lo que se hace; y Carril me dice que antes ha sido lo mismo. Uno que otro día va Penaud a comer al Silfe (aquí cuatro leguas arriba). En vano nos empeñamos con Carril, en que, al menos de noche, crucen algunas lanchas por la costa, y en la boca de la salida o entrada del arroyo o Puerto de la Bajada; todo menos que eso.

En fin, sólo el día que llegó Panchito y la chalana que les trae víveres frescos de la Esquina, con los diecinueve dispersos de Vera, pudo conseguir Carril mandasen dos lanchas en busca de otros [dispersos] que hubiera en las islas. Anoche regresó una sin traer ninguno; el baqueano dice que cómo habían de traer ni encontrar si no querían entrar por las bocas y arroyos sino ir por el Paraná siguiendo la costa, y después se fueron al Silfe de donde vienen ahora; respondo de todo esto. Ahora bien, hermano, si esto hace el buque donde está el jefe lleno de elementos de guerra, ¿harán más los otros? ¿Y es esto lo que debíamos esperar de la escuadra del Paraná? ¡Cómo deseo verte hermano mío! De palabra te impondré de mil pormenores. ¡Qué equivocados están ahí! Cuando venían, al llegar [los franceses] a San Pedro, mandaron una especie de parlamento, diciendo que si no los hostilizaban, ellos tampoco, lo mismo hicieron en San Nicolás y lo mismo en el Rosario, pero como aquí les contestaron a balazos, tuvieron que defenderse. Han dejado, pues, en todos esos puestos todos los buques que había. A Santa Fe ni se han asomado. En fin, no quiero hablar de esto.

4 de abril. Seguimos en *statu quo*. Ayer despacharon la chalana correntina para traer víveres de la Esquina, mandé en ella tus cartas a Thompson.

Hoy a las once del día se han parado como a seis cuadras abajo dos chalanas con cinco hombres, que se cree venían de Santa Fe. El vigía les avisó, yo les grité, pero ni se movieron, según me dice Carril; en fin, pasaron a esta costa impunemente. Voy allá y les pregunto si habían visto, etc., y Hallet se encoge de hombros y los demás no me dicen nada. Después vino M. Penaud, todo embarrado de pasear en la isla; no te quede duda que aquí sirven tanto como el pontón de Gravin, ahí. No hay medio, hermano —o las instrucciones de ellos se lo mandan así, o faltan a su deber. A lo primero, ¿por qué nos engañan? A lo segundo, son unos c…, haraganes y cobardes. Ellos dejaron pasar a Ramírez con su fuerza, lo mismo sucede con las chalanas y aun pasaría todo Santa Fe, sin que ellos se moviesen a nada. Lo gracioso es que ustedes ahí y el general, donde esté, creerán que de día y de noche están vigilados los pasos del Colastiné y otros puntos muy fáciles de guardar… Pues van bien.

Al venirme a mi condenado Amor Constante me dió Hallet un pedazo de cordero; no se lo tiré por la cara, quién sabe por que. Yo no quiero que me obsequien a mí, que me conviden a comer, a jugar al ajedrez, sino que sirvan como pueden y deben o se nos diga claro: *no queremos*. Se quejarán si el general les reconviene de haber dejado pasar a Ramírez, su gente, vestuario, armas, etc., etc., mientras que ellos juegan al ajedrez, disecan pájaros y disputan en la isla. Si siquiera me dieran la ballenera del general, yo haría, armando algunos hombres, celar algunos puntos, al menos aquí cerca. Yo no tengo más que la lancha, que pesa enormemente, sin velas, ni nada. El bote estaba roto desde Montevideo, de modo que nada puedo hacer (jamás he sufrido tanto como ahora).

Somos 7 de abril.



Porteña en el Paseo de San Isidro. (Del *Boletín Musical* N.º 15).

Anoche llegó la cañonera Tactique, de su estación, ocho leguas más arriba, ahora sale llevando algunas armas a Punta Gorda, algunos hombres de los dispersos de Vera para que se reúnan con los que tienen ahí en la Isla, Oroño y Rafael. De ahí seguirá para abajo hasta encontrar los víveres

que espera M. Penaud, pues ya no hay sino para veintisiete días escasos y si no vienen antes de doce, tendremos que irnos todos, según veo. Yo no tengo sino para cuatro días. ¡Lo que he sufrido y tengo aún que sufrir, sufrimientos de todo género y tan sin resultado y tan sin que lo agradezca nadie y teniéndoselos uno que tragar! Según las instrucciones de Penaud, él no puede hostilizar si no lo hostilizan. Le es prohibido desembarcar un hombre en ninguna costa, *aun cuando el general lo necesite para fortificar un punto durante un pasaje*. En fin, tantas cosas que no puedo decirte sino al oído, que me desespero, y por otro lado no me resuelvo ir hasta ésa por la demora de la vuelta.

JUAN N. MADERO.

(Carta a Florencio Varela. *Contribución Histórica y Documental*, por GREGORIO F. RODRÍGUEZ, t. III. Buenos Aires, 1922).

JUAN N. MADERO.— (1804-1893). Figuró entre los emigrados de Buenos Aires durante la dictadura de Rosas y fundó en Montevideo con Florencio Varela el periódico denominado *El Comercio del Plata*.

ROSAS VISTO POR UN DIPLOMÁTICO FRANCÉS

1847

Desde su llegada, Monsieur Waleski hizo a Rosas una visita de cortesía, y después mantuvo con él una larga conferencia. Habiéndome tocado asistir a estas diversas entrevistas, aprovecho la circunstancia para describir al jefe del gobierno argentino tal como se mostró ante nosotros.

El general Rosas es un hombre de talla mediana, bastante grueso, y dotado, según todas las apariencias, de un gran vigor muscular. Los rasgos de su fisonomía son proporcionados; tiene la tez blanca y los cabellos rubios; en nada se asemeja al tipo español. Al verlo, diríase más bien un gentilhombre normando. Hay en su expresión una extraña mezcla de

astucia y de fuerza; de ordinario mantiene un gesto apacible y hasta suave, pero por momentos la contracción de los labios le da una singular expresión de dureza reflexiva.

Se expresa con mucha facilidad y como un hombre perfectamente dueño de su pensamiento y de su palabra. Su estilo *hablado*, es muy desigual; tan pronto se sirve de términos escogidos y hasta elegantes, como cae en la trivialidad. Es posible que entre por algo la afectación en esta manera de expresarse. Sus pláticas no son nunca categóricas, sino por el contrario, difusas y complicadas a fuerza de digresiones y frases incidentales. Pero esta prolijidad es, sin duda, premeditada y calculada para desconcertar al interlocutor. En efecto, se hace muy difícil seguir al general Rosas en todos los rodeos de su conversación.

Sería imposible reproducir en todos sus aspectos esta conferencia que se prolongó por espacio de cinco horas. Rosas se mostró en ella, por momentos, como un perfecto hombre de Estado y, según el caso, como un particular afable, y también infatigable dialéctico y orador vehemente y apasionado. Representó, a medida de las exigencias y con una rara perfección, la cólera, la franqueza y la *bonhomía*. Es comprensible que, visto cara a cara, pueda intimidar, seducir o engañar.

ALFRED DE BROSSARD.

(Trad. de J. L. B.)

(*Considérations historiques et politiques sur les Républiques de la Plata dans leurs rapports avec la France et I'Angleterre*, París, 1850).

ALFRED DE BROSSARD. — Diplomático agregado a la misión presidida por el Conde Walewski y enviada por el gobierno francés al Río de la Plata, en 1847, para transar diferencias con el dictador Rosas. El Conde Walewski debía obrar en combinación con el Lord Howden, enviado diplomático inglés. Brossard asistió a diversas entrevistas que mantuvo con Rosas el Conde Walewski y vió muy de cerca al Dictador argentino. En 1850, y con los antecedentes recogidos en el Río de la Plata —de fuente antirrosista—, publicó Alfred de Brossard en París un volumen titulado *Considérations historiques et politiques sur les Républiques de la Plata dans leurs rapports avec la France et l'Angleterre*, donde figura el retrato de Rosas que se ha traducido para esta colección. El libro de Brossard —aparte su carácter tendencioso— contiene información muy importante para el estudio de la diplomacia de Rosas con Francia e Inglaterra.

ROSAS EN 1847

… Cuando me presenté de visita en su residencia, encontré reunidas, bajo las galerías y en los jardines, a muchas personas de ambos sexos que esperaban despachar sus asuntos. Para todo aquel que deseaba llegar hasta el general Rosas en carácter extraoficial, la hija del Dictador, doña Manuelita, era el intermediario obligado. Los asuntos personales de importancia, como confiscaciones de bienes, destierros y hasta condenas de muerte, se ponían en sus manos como postrer esperanza de los caídos en desgracia. Por su excelente disposición y su influencia benigna, doña Manuelita era para con su padre lo que la emperatriz Josefina fue para Napoleón.



¡VIVA LA FEDERACION!

A LOS AMANTES DE LA PERSONA
DEL
ILUSTRE RESTAURADOR
De las Leyes,
GOBERNADOR
Y CAPITAN GENERAL DE LA PROVINCIA
D. Juan Manuel de Rosas.

A los Verdaderos Federales.

EN la calle de la Universidad No. 150 se han recibido retratos de S. E. en busto de cuerpo entero, gran uniforme, y banda punzó; las sienes ceñidas con una corona de laurel, y colocado en una manga de vidrio. j 3 4p

Aviso publicado en *La Gaceta Mercantil*.

En la casa del general Rosas se conservaban algunos resabios de usos y costumbres medievales. La comida se servía diariamente para todos los que quisiesen participar de ella, fueran visitantes o personas extrañas; todos eran bienvenidos. La hija de Rosas presidía la mesa y dos o tres bufones (uno de ellos norteamericano) divertían a los huéspedes con sus chistes y agudezas. El general Rosas vanamente concurría, y cuando aparecía por allí, su presencia era señal de alegría y regocijo general, porque en esos momentos se despreocupaba de las cuestiones de gobierno, pero no participaba de la mesa porque sólo hacía una comida diariamente. La vida de Rosas era de ininterrumpida labor: personalmente despachaba las cuestiones de Estado más nimias y no dejaba ningún asunto a la resolución de los demás si podía resolverlo por sí mismo. Pasaba de ordinario las noches sentado a su mesa de trabajo; a la madrugada hacía una ligera refacción y se retiraba a descansar. Me dijo una vez doña Manuelita que sus preocupaciones más amargas provenían del temor de que su padre se acortara la vida por su extremosa contracción a los negocios públicos.

Mi primera entrevista con el general Rosas tuvo lugar en una de las avenidas de su parque, donde, a la sombra de los sauces, discurrimos por algunas horas. Al anochecer me llevó bajo un emparrado y allí volvió sobre el interminable tema político. Vestía en esta ocasión una chaqueta de marino, pantalones azules y gorra, llevaba en la mano una larga vara torcida. Su rostro hermoso y rosado, su aspecto macizo (es de temperamento sanguíneo), le daban el aspecto de un gentilhombre de la campaña inglesa. Tiene cinco pies y tres pulgadas de estatura y cincuenta y nueve años de edad. Se refirió al lema que llevan todos los ciudadanos: «¡Viva la Confederación Argentina! ¡Mueran los salvajes unitarios!», y me dijo que lo había adoptado contra el parecer de los hombres de alta posición social, pero que, en momentos de excitación popular, había servido para economizar muchas vidas; que era un testimonio de confraternidad, y para afirmarlo, me dió un violento abrazo. La palabra «mueran» quería expresar el deseo de que los unitarios fueran destruidos como partido político de oposición al gobierno. Era verdad que muchos unitarios habían sido ejecutados, pero solamente porque veinte gotas de

sangre, derramadas a tiempo, evitaban el derramamiento de veinte mil. No deseaba, dijo, ser considerado un santo, ni tampoco que se hablara mal de él, ni buscaba ninguna clase de alabanzas.

Aludiendo a mis propósitos de viajar a través de las provincias y juzgar por mí mismo del estado del país, me dijo que todo lo que él quería y lo deseaba el país entero era que se hablara con positiva verdad; no era él hombre de secretos, él hablaba a la faz del mundo, y aquí se irguió con orgullo, echó la gorra hacia atrás y levantó la frente como diciendo: «Yo desafío al mundo todo».

Volviendo a la intervención del Lord Howden, Rosas se mostró asombrado de que Inglaterra hubiera olvidado a tal punto su propio interés para darse la mano con Francia en una cruzada contra la República Argentina, enajenándose las simpatías del pueblo, que siempre fueron mayores por los ingleses que por los franceses. Me hizo presente que el reconocimiento de la independencia de la República por la Gran Bretaña, quince años antes de que lo hiciera Francia, había despertado en este pueblo sentimientos de gratitud hacia Inglaterra, y observó que el carácter de los ingleses era más abierto y sus costumbres más morales que las de los franceses. Luego se extendió sobre las ventajas que ofrecía el país para la emigración de todo el exceso de población de Gran Bretaña y habló de la excelente situación en que colocaba a los inmigrantes el tratado de 1825, por el cual, en realidad, gozaban de mayores ventajas que los ciudadanos nativos.

Al referirse a la misión de Mr. Hood, advirtió que el gabinete de Londres decía «no abrigar ningún interés ni propósito egoísta», no obstante lo cual los franceses habían omitido la palabra «egoísta» y él consideraba esto muy significativo porque Francia tenía designios ulteriores en favor de ciertos miembros de su real familia, con relación a estos países. Todo lo que estas repúblicas necesitan —prosiguió— es intercambio comercial con alguna nación fuerte y poderosa, como Gran Bretaña, la cual, en recompensa de los beneficios comerciales, podría beneficiarlos con su influencia moral. Esto era lo que querían, y nada más. No querían nada que oliera a protectorado ni afectara en lo más mínimo su libertad e independencia nacional, de las que eran muy celosas y no

renunciarían un solo átomo. Este sentimiento lo exteriorizó vigorosamente en su lenguaje y ademanes. Al terminar la frase apretó el dedo pulgar de la mano derecha contra el dedo índice, como si tomara un pelo entre las uñas, y como diciendo: «No, ni tanto como esto».

Como siguiéramos caminando por el parque, levantó la vista y observó las refacciones de albañilería que se hacían ante nosotros. Alguien podría preguntar —me dijo— por qué se edificó esta casa en estos lugares. Él la había edificado con el propósito de vencer dos grandes obstáculos: ese edificio empezó a construirse durante el bloqueo francés; como el pueblo se encontraba en gran agitación, él había querido calmar los ánimos con una demostración de confianza en un porvenir sólido, y, erigiendo su casa en un sitio poco favorable, quería dar a sus conciudadanos un ejemplo de lo que podía hacerse cuando se trataba de vencer obstáculos y se tenía la voluntad para vencerlos.



Federacion ó Muerte.

El accenso del Ilustre RESTAURADOR DE LAS LEYES, BRIGADIER GENERAL **D. JUAN MANUEL DE ROSAS** *al mando supremo de la Provincia por el voto libre y enérgicamente pronunciado de los RR. y de la* Prov.a *toda, es un acontecimiento que ha sido dignamente celebrado por todos y cada uno de los ciudadanos. Las corporaciones, el ejército, los particulares, todos han acreditado su júbilo con espresiones de respeto y aprecio hácia el heroe designado para consolidar el órden, bajo el sistema santo de la Federacion y colocar al pais en una senda de prosperidad. Los empleados civiles se hallan tambien en el caso de ofrecer á S. E. una prueba especial de distincion; y á este efecto el infrascripto Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores, tiene la satisfaccion de invitar á Vd. á que concurra á una Guardia de Honor que deberá presentarse el sábado próximo 25 del corriente; debiendo personarse al Cuartel de la Guardia Argentina, á las ocho de la mañana del espresado dia, vestido de pantalon y chaqueta azul, chaleco colorado, y un penacho punzó en el sombrero.*

El infrascripto espera se servirá V. contestar oportunamente á esta invitacion.

Saluda á V. afectuosamente

MANUEL DE IRIGOYEN.

Abril 23 de 1835

S. D. Juan Germ.l de Luca

← Viñeta de imprenta, impresa sobre papel rosado. (*Según J. A. Pradére*).

Había notado mi desconfianza en punto a la seguridad personal de que podría gozar en mi proyectado viaje al norte, y reconoció que era muy natural, puesto que me aprestaba a visitar regiones adonde los ingleses habían llevado la guerra y donde sin duda existiría alguna indignación contra los extranjeros pero me dió la seguridad de que ningún extranjero sería insultado ni molestado, porque el gobierno había impartido órdenes estrictas a ese respecto. Refiriéndose a los representantes que habían mirado con desconfianza mis investigaciones, me dijo que él, en cierto sentido, se alegraba de lo ocurrido porque eso probaba que los miembros de la Sala tenían el coraje de decir lo que pensaban, siempre que no hicieran ataques de carácter personal. Hizo largos comentarios a este propósito, refiriéndolo a las especies corrientes de que no había libertad de palabra en la Sala de Representantes. Y, por otra parte —agregó riendo—, si uno o dos han hablado contra usted y los demás no lo han hecho, quiere decir que usted tiene la mayoría en su favor.

Si, con todo, yo me encontraba decidido a dar un galope a través del país, de unas mil o dos mil millas, lo cual, ni me lo aconsejaba ni me lo desaconsejaba, me ofrecía todas las facilidades que yo quisiera, y con ello cumplía un acto de justicia corriente porque había dado facilidades semejantes a otros individuos.

El trato del general Rosas era tan llano y familiar, que muy luego el visitante se sentía enteramente cómodo, y la facilidad y tacto con que trataba los diferentes asuntos, ganaban insensiblemente la confianza de su interlocutor. El extranjero más prevenido, después de apartarse de su presencia, debía sentir que las maneras de ese hombre eran espontáneas y agradables. Me relató varios episodios de su vida juvenil y me dijo que su educación había costado a sus padres unos cien pesos, porque solamente fue a la escuela por espacio de un año y su maestro acostumbraba decirle:

—Don Juan, no se haga mala sangre por cosas de libros; aprenda a escribir con buena letra, su vida va a pasar en una estancia, no se preocupe mucho por aprender.

La hija de Rosas, que posee grandes atractivos, dispone de muchos recursos para cautivar a sus visitantes y ganar su confianza.

En una de mis visitas a la casa, como su padre se encontrara ocupado, montó en seguida a caballo, y juntos nos echamos a galopar a través del bosque. Es una excelente amazona y me dejaba atrás con tanta frecuencia, que se me hacía imposible espantarle los mosquitos del cuello y los brazos, como me lo ordenaba la cortesanía. Ya anochecido se nos reunió Rosas y continuó hablando de política hasta la medianoche. Mientras nos paseábamos por los corredores del patio, vino doña Manuelita corriendo hacia su padre, y rodeándole el cuello con sus brazos, le reconvino cariñosamente por haberla dejado sola y por quedarse hasta esas horas en el frío de la noche. Se llamó entonces a un empleado de la casa para que me acompañara hasta la ciudad, y antes de que yo montara a caballo doña Manuelita corrió a buscar una capa de su padre e insistió en que me la pusiera para abrigarme, porque amenazaba un viento pampero.

WILLIAM MAC CANN.

(Trad. de J. L. B.)

(*Two thousand miles' ride through the Argentine Provinces*. Londres, 1853).

WILLIAM MAC CANN. — Hombre de negocios inglés; vino al Río de la Plata en 1842. En 1846 publicó un prospecto titulado *Present position of Affairs on the River Plate*. Con el propósito de dar a sus connacionales un fiel trasunto del estado general de la Confederación y de sus perspectivas económicas, emprendió un largo viaje a caballo por el sur de la provincia de Buenos Aires, visitando las principales estancias, sobre todo las pertenecientes a súbditos británicos, llegando hasta la frontera con los indios (1848). Vuelto a la Capital, fué acusado de espía inglés en la Sala de Representantes. Rosas le llamó a Palermo y le dió toda clase de seguridad para reanudar su viaje por el norte del Litoral y Córdoba. Con esta garantía y provisto de cartas de recomendación, Mac Cann se dirigió, siempre a caballo, hacia Santa Fe, por el camino de postas, y después a Córdoba. Volvió al Litoral, recorriendo gran parte de la provincia de Entre Ríos, de donde pasó a Buenos Aires, por el Ibicuí. En Inglaterra (1853) publicó sus impresiones de viaje, en dos volúmenes, titulados: *Two thousands miles' ride through the Argentine Provinces*, que comprende también algunos capítulos sobre clima, población, finanzas, historia, etcétera.

EL FUSILAMIENTO DE CAMILA

1848

No estoy seguro (dice), si fue el 14 ó 15 de agosto que llegaron estos desgraciados al campamento [de Santos Lugares] como a las tres o cuatro de la tarde; y cuando llegaron al punto donde estaba la oficina, ya venía atrás una multitud de gente, de toda clase, y algunas familias de los oficiales, de los escribientes y de otros empleados que estaban allí con el objeto de verlos; pero como las carretas eran toldadas y traían tapada la puerta de atrás con mantas, nada se podía ver.

Di orden al oficial para que no permitiese que se acercara nadie mientras ordenaba al Alcaide para que aprontase el calabozo para Gutiérrez y colocase a la joven en un cuarto a la entrada de la cárcel, destinado para decir misa a los presos, como ya estaba previsto y dispuesto.

Una vez listo todo, hice entrar las dos carretas al patio de la cárcel, y que la joven llegase hasta la puerta del cuarto donde ya le había hecho poner un catre, una mesa y dos sillas.

Una vez adentro, tomó una silla y se sentó, diciéndome lo siguiente:

—¿Es usted, señor, el que manda aquí?

—Es el señor —le contesté, señalando al Alcaide.

—Bien, pues, debo prevenir a ustedes que yo vengo enferma y necesito un médico…

Muy pronto regresé a hablar con la joven, que representaba como 22 a 23 años. Su cutis estaba empañado, su semblante demacrado. Se conocía que había llevado una vida agitada y llena de trabajos. Su peinado estaba descuidado, y toda su persona se resentía de cierto abandono producido quizás por la vida que había tenido que llevar.

A pesar de eso, se le notaba bastante soltura para expresarse y suma sencillez para conversar. Me le di a conocer. Se alegró mucho de ello. Le pregunté qué necesitaba, y me contestó: que desearía tomar algún alimento, pero que no quería del que se servía en la cárcel. Entonces le dije que no tuviese cuidado, que le iba a mandar de la comida que se hacía para mí, y que así lo haría todos los días mientras estuviesen allí ella y Gutiérrez.



← (*Litografía de C. H. Bacle*).

Me preguntó sobre lo que le haría el señor Gobernador, si estaba muy enojado; qué era lo que decían de ella; que ella conocía mucho a Manuelita y que la quería.

....

Me retiré, avisándole que iba a disponer se le mandase un alimento y que cuando descansase hablaríamos.

Hasta ese momento, don Antonino Reyes no había cumplido con la orden de hacer poner grillos a Camila. Para darle cumplimiento comisionó al mayor don Vicente Torcida, quien se presentó a la joven exponiéndole: que se prestase a que le pusiesen grillos porque así lo tenía ordenado Rosas; que Gutiérrez los llevaba también y que los que se le iban a poner los había tenido antes éste.

Camila los aceptó, declarando: que sufriría con gusto aquel castigo, mucho más cuando Gutiérrez los llevaba. Los grillos eran los más livianos que se encontraron. Para que no lastimasen los pies de la joven, Reyes los hizo forrar con orillo.

Terminados estos incidentes, el silencio reinaba en todo el campamento. Reyes había quedado trabajando en la secretaría hasta cerca de venir el día, sin imaginarse que a esa hora estaba decidida la suerte de los presos. Se acababa de recoger, cuando sintió golpes violentos a la puerta de su habitación. Era así cómo se anunciaban los vigilantes del Gobernador. Se levantó, recibió el paquete que traía el conductor, anotó la hora en el pasaporte en que había llegado y lo despachó.

En la pieza en que dormía Reyes, dormía también el señor Beascochea. Inmediatamente de abrir el paquete, don Antonino se quedó como petrificado al leer el contenido del pliego. Era la orden que Rosas le daba para la ejecución de Gutiérrez y Camila, no permitiéndoles más que unos cortos momentos de tiempo para que se dispusieran a recibir los auxilios espirituales; para lo cual debía llamar al ex cura de la capilla de Santos Lugares, presbítero don N. Rivas, y al cura que lo había reemplazado, presbítero don N. Castellanos; que antes de todo pusiese el Cuartel General en incomunicación, colocando centinelas que no permitiesen entrar ni salir a nadie.

En la misma carpeta se le reconvenía por la demora que había tenido la remisión de las clasificaciones.



Coro.

Alza ¡oh Patria! tu frente abatida,
De esperanza la aurora lució
Tu Adalid valeroso ha jurado
Restaurarte á tu antiguo esplendor.

1.

¡Oh gran Rosas! tu pueblo quisiera
Mil laureles poner á tus pies,
Mas el gozo no puede avenirse
Con el luto y tristeza que vés.
¡Aguilar y Latorre no existen!
Villafañe el invicto murió
Y á tu vida tal vez amenaza
De un malvado el cuchillo feroz.

Coro, &c.

2.

De discordia la llama espantosa
A el pais amenaza abrasar
Y al audaz demagogo se mira
La orgullosa cerviz levantar.
¿No los ves como todos conspiran?
¿Cual aguzan su oculto puñal?
¿Cual meditan la ruina y escarnio
Del intrépido y buen federal?

Coro, &c.

3.

Esa horda de infames ¿qué quiere?
Sangre y luto pretende ¡qué horror!
Empañar nuestras nobles hazañas
Y cubrirnos de eterno baldon.
¡Ah! cobardes temblad es en vano
Agoteis vuestra saña y rencor,
Que el gran Rosas preside á su pueblo,
Y el destino obedece á su voz

Coro, &c.

4.

¡Asesinos de Ortiz y Quiroga!
De los hombres verguenza y borron,
A la tumba bajad presurosos
De los libres temed el furor.
Esos mismos que en Marques vencieron
En San Luis, Tucuman, y Chacon,
Con la sangre traidora han jurado
De venganza inscribir el padron.

Coro, &c.

5.

Del poder la Gran Suma revistes,
A la patria tu debes salvar,
¡Que á tu vista respire el honrado!
Y al perverso se mire temblar!
La ignorancia persigue inflexible
Al talento procura animar
¡Y ojalá que tu nombre en la historia
Una página ocupe inmortal!

Coro, &c.

← Texto del Himno de los Restauradores.

Reyes, inmóvil ante lo que acababa de leer, se quedó mustio, surcando por su cabeza mil ideas y sin atinar con lo que se le ordenaba.

Después de un rato, estiró el brazo con el pliego en la mano, y, dirigiéndose a Beascochea, le dijo:

—Toma, lee; ¡qué barbaridad!

Cuando el compañero de pieza se impuso del pliego, observando la confusión del espíritu de Reyes, le observó:

—Y, ¿qué más hay que hacer, si no cumplir con lo que te ordena el señor Gobernador?

Reyes salió de su pieza, dió algunas órdenes y volvió para poner en planta el último recurso que se le presentaba para salvar a Camila. Recordó lo que habían hablado con Manuelita ocho meses atrás, cuando tenía lugar la fuga, y le escribió una carta, comunicándole la orden que acababa de recibir, para que intercediera por la desgraciada joven que se encontraba encinta…

El chasque voló. Llegó a Palermo y entregó la carta para Manuelita al oficial escribiente que estaba de guardia. Éste, en vez de llevarla a su destino, se la entregó a Rosas.

Impuesto éste del contenido, se la devolvió a Reyes, con una carpeta, haciéndole fuertes cargos por haber demorado y dispuesto de un tiempo que debió haber empleado en dar cumplimiento a una orden terminante del Gobernador de la Provincia.

No quedaba qué hacer.

Mientras se daban los pasos que quedan referidos, Reyes encargó al mayor Torcida para que, acompañado del mayor don Marcos Rubio, diese cumplimiento a la orden de S. E. el Sr. Gobernador. Él les impuso a los presos de su próxima ejecución y les presentó los sacerdotes que debían confesarles.

....

Los encargados de llevarlos al suplicio, para que no se sintiesen el uno al otro, acomodaron a cada uno de los reos en una silla, la cual, suspendida a pulso por dos hombres, facilitaba la marcha y les ahorraba sufrimientos. La primera compañía del batallón mandado por Reyes, con su banda de

música, fué la encargada de escoltar a los que iban a ser ejecutados. Esa compañía iba a las órdenes del entonces capitán don José O. Gordillo.

Reyes se retiró a la pieza. El trecho a recorrer, de los calabozos al lugar de ejecución, era corto. En el patio que queda al este de la cárcel de Santos Lugares, rodeado entonces de un muro, allí, en el último de sus extremos, se encontraban los banquillos.

Una descarga puso fin a la existencia de esos dos amantes desgraciados. La consternación era general en todo el campamento. Reyes se mantuvo encerrado en su alojamiento, sumamente impresionado.

Acordándose de que algún día los restos de estos infelices serían buscados por sus deudos, don Antonino hizo encerrar los cadáveres en un cajón con una división interna y les dió sepultura.

Fue así como terminó esta trágica historia de Gutiérrez y Camila.

Más le valía a Rosas haber perdido una batalla que el haber hecho fusilar a Camila. Tal fue el daño que le hizo a su prestigio y autoridad.

Después de algunos días, Rosas mandó llamar a Reyes y le manifestó la opinión de varios jurisconsultos, con la cita y textos de capítulos de leyes que condenaban a los ya ejecutados, a una horrible condena de muerte; pero no le dijo que esas leyes y opiniones hubiesen influido en su resolución. Por el contrario, se manifestó muy convencido de que había procedido bien, desagraviando así la vindicta pública y cortando de raíz los escándalos e inmoralidades que iban aumentando cada día.

MANUEL BILBAO.

(*Vindicación y Memorias de don Antonino Reyes*. Buenos Aires, 1883).

MANUEL BILBAO. — Autor de Buenos Aires desde su fundación (con prólogo de don Vicente Fidel López) y Tradiciones y Recuerdos de Buenos Aires. Vivió en la segunda mitad de la pasada centuria y hasta ya muy avanzado este siglo.

DIPLOMACIA CON CHILE

1851

En enero de 1851, ordenóme el señor Arana que me presentara al gobernador Rosas. Éste me recibió con atención y urbanidad: fué la primera vez que conversé con él. Requirióme informes de Chile, de sus principales hombres públicos, cuya actuación anterior conocía; habló de algunos personajes de Bolivia y del Perú. Ocupóse de la cuestión del estrecho de Magallanes e hizo traer a su escritorio un plano del general Arenales, al que daba alta importancia para explicar sobre él las opiniones que tenía en aquella cuestión, en la que lo encontré más informado de lo que esperaba; demostraba que había leído con atención y se conocía las memorias de los señores Angelis y Vélez Sársfield. Recordó una propuesta presentada por don Santiago Arcos al gobierno de Mendoza para la compra de extensos territorios al sur de aquella provincia con destino a colonizarlos. Díjome que Arcos había escrito al señor Arana, refiriéndose a informes que yo le había dado para ese asunto, y como manifesté que era exacto, y que reputaba fundadas las esperanzas que tenía Arcos de reunir en Chile capitales para esa empresa, observó que, propuestas de esa clase, no podían tomarse en consideración mientras no se fijasen los límites de las provincias de Mendoza, Córdoba, San Luis, Santa Fe y Buenos Aires, todas las que se extendían hacia el sur.



«Las esclavas de Buenos Aires demuestran ser libres y gratas a su noble Libertador». (*Grabado en loor de Rosas*).

Previo este punto diciendo que ese asunto, como otros, correspondería se determinasen en un tratado como el de 1831, y recomendóme trasmitiera esas dificultades a Arcos para que no abrigase esperanzas. Recordó, en términos favorables, la memoria que yo había dirigido contra los derechos de tránsito, impuestos por las provincias, diciéndome que a ese asunto le prestaría preferente atención. Se despidió manifestándome que el señor Arana hablaría conmigo. Efectivamente, algunos días después, el ministro me encargó el estudio de una antigua reclamación iniciada por el gobierno de los Estados Unidos en favor de los herederos de Mr. Tomás Halsey. Ordenó se me entregaran los antecedentes que existían en el ministerio. Y como el ministro Harris presentara en esos días su carta de retiro, y recibiera poderes de los herederos de Halsey, fui encargado de discutir privadamente con él, el asunto pendiente que hasta entonces había sido patrocinado por la Legación de Norteamérica. Aquel reclamo, con los intereses acumulados, subía a un millón de pesos. Hice un estudio detenido del asunto y con sujeción a las instrucciones recibidas, inicié con Mr. Harris, que era un distinguido caballero, conferencias que terminaron con un transacción favorable para la República. La suma a pagar, quedó reducida, de un millón que se exigía, a cien mil pesos, que se entregarían en diez anualidades. Este convenio fué aprobado por el gobierno; y después de la batalla de Caseros entregué el expediente y la transacción original al ministro de Hacienda de la provincia de Buenos Aires doctor don Francisco de las Carreras, quien, después de informarse, me felicitó por el arreglo celebrado.

BERNARDO DE IRIGOYEN.

(*Julio Velar de Yrigoyen, Bernardo de Irigoyen*. Buenos Aires, 1957).

BERNARDO DE IRIGOYEN.— (1822-1906). Eminente estadista argentino de dilatada y brilante actuación en la política del país. Se inició como secretario de la Legración argentina en Chile bajo el gobierno de don Juan Manuel de Rosas. Urquiza, después de Caseros, le encomendó una delicada misión al interior, que hizo posible, en gran manera, la reunión del congreso constituyente de Santa Fe., Siendo un gran jurisconsulto, como lo era, dedicó parte de su vida y de sus actividades a las tareas rurales. Fué diputado, ministro de Avellaneda y de Roca y hubiera sido presidente de la República en 1886 si una política extraviada no hubiera impuesto el fraude y la violencia como sistema de gobierno. Desde la formación de la Unión Cívica en 1889 don Bernardo de Irigoyen militó en ese partido, y en 1891, cuando sobrevino la división por la

política del acuerdo, fué candidato a la presidencia por la *Unión Cívica Radical*, proclamado por la convención de Rosario. Pero nuevamente el régimen de las oligarquías hizo imposible el triunfo del candidato popular, y lo expulsó del país, obligándolo a radicarse por algunos meses en Montevideo. Electo (dos años más tarde) senador nacional, se destacó don Bernardo como gran figura del parlamento argentino. Ya anciano, fué gobernador de la provincia de Buenos Aires (1898-1902). Su honorabilidad, su hombría de bien, su carácter afable, fueron proverbiales. «Cuando en el transcurso del tiempo —dice el doctor Montes de Oca— se estudie su participación en el movimiento social y político, se le encontrará —para usar sus propias expresiones— firme en el puesto de la ley, leal al espíritu de la Constitución, fuerte en la defensa de las libertades públicas».

RETRATO DE ROSAS

1851

Mi tío apareció: era un hombre alto, rubio, blanco, semipálido, combinación de sangre y de bilis, un cuasi adiposo napoleónico de gran talla; de frente perpendicular, amplia, rasa como una plancha de mármol frío, lo mismo que sus concepciones; de cejas no muy guarnecidas, poco arqueadas, de movilidad difícil, de mirada fuerte, templada por el azul de una pupila casi perdida por lo tenue del matiz, dentro de unas órbitas escondidas en concavidades insondables; de nariz grande, afilada y correcta, tirando más al griego que al romano; de labios delgados casi cerrados, como dando la medida de su reserva, de la firmeza de sus resoluciones; sin pelo de barba, perfectamente afeitado, de modo que el juego de sus músculos era perceptible. Sería cruel, [pero] no parecía disimulada aquella cara, tal como a mí se me presentó, tal como ahora la veo al través de mis reminiscencias infantiles.

Agregad a esto una apostura fácil, recto el busto, abiertas las espaldas, sin esfuerzo estudiado, una cierta corpulencia del que toma su *embonpoint*, o sea su estructura definitiva, un traje que consistía en un chaquetón de paño azul, en un chaleco colorado, en unos pantalones azules también; añadid unos cuellos altos, puntiagudos, nítidos, y unas manos perfectas como forma, y todo limpio hasta la pulcritud, y todavía sentid y ved, entre

una sonrisa que no llega a ser tierna, siendo afectuosa, un timbre de voz simpático hasta la seducción, y tendréis la vera efigie del hombre que más poder ha tenido en América.

LUCIO V. MANSILLA.

LUCIO V. MANSILLA.— (1831-1913). Escritor y militar argentino, hijo del general del mismo nombre que fué guerreo de la Independencia y del Brasil. Su madre fué doña Agustina Rosas, hermana del Dictador. Lucio V. Mansilla prestó servicios al gobierno de Urquiza, como periodista, en Paraná. Posteriormente se inició como militar en la guerra del Paraguay. Sirvió en la frontera de los indios y comandó por varios años el fortín de Río Cuarto. Diputado nacional durante la presidencia de Juárez Celman, y caído este gobierno por la revolución del 90, Mansilla vivió largamente en Europa y desempeñó diversas misiones diplomáticas. Sus obras principales son las siguientes: *Una Excursión a los Indios Ranqueles, Retratos y Recuerdos, Entre Nos, Mis Memorias, Rosas*.

HOMENAJES A ROSAS EN 1851

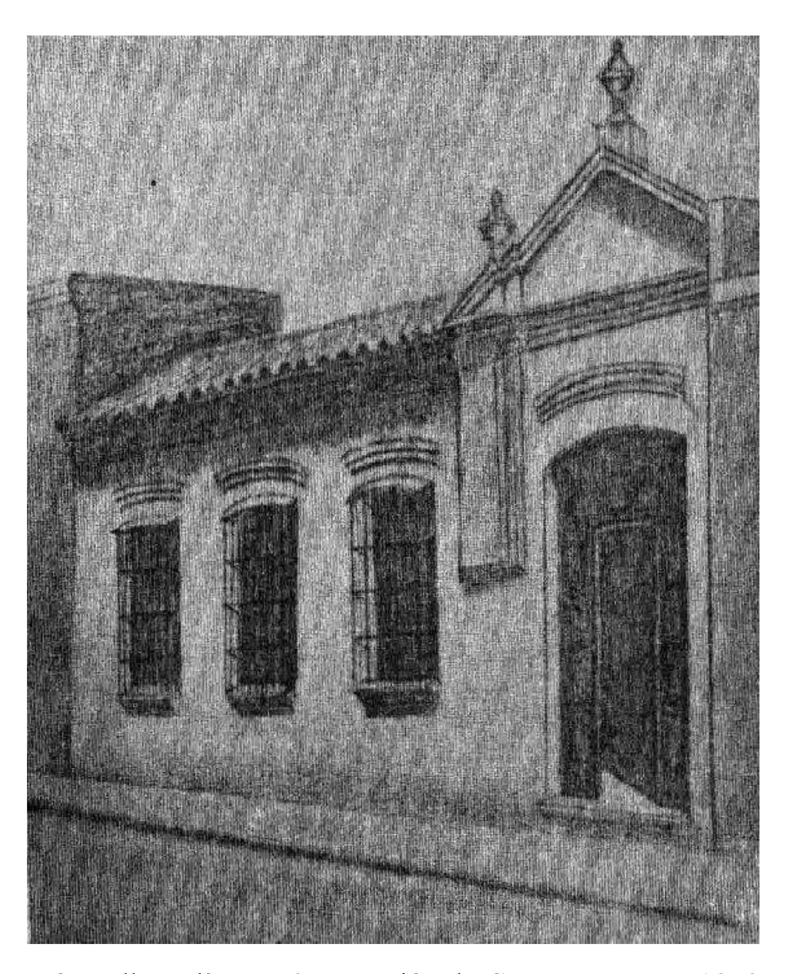
Cuando se supo en Buenos Aires el pronunciamiento de Urquiza, la sorpresa fué grande así como el anatema fué general (en público); pero en privado, cada cual de los de dos caras, se frotaba las manos y ya veía a Rosas perdido.

Aún no se había dado oficialmente la noticia de la rebelión, Una noche, a las diez, nos mandan un decreto para publicar en el diario y en él venía cambiado o aumentado el lema, añadiendo a los mueras de orden, el «¡Muera el loco traidor, salvaje unitario Urquiza!». Como siempre he tenido pensamientos tan oportunos, en el acto de leer el nuevo lema se me ocurrió una especulación y, como siempre, fui un imbécil dando participación a mis socios. Consistía esta idea en imprimir en aquella misma noche nuevas divisas con el *Muera Urquiza* agregado, seguro de que al día siguiente el público se precipitaría a comprarlas. Mis consocios, naturalmente, comprendieron la importancia de la idea y, acto continuo, unos se pusieron a hacer el molde, otros el anuncio, y yo salí a comprar toda la cinta que encontrase en las mercerías. A las doce de la noche ya

había reunido miles de varas de cinta, y acto continuo la prensa empezó a imprimir.

Al siguiente día, la gente se agrupaba ante mi librería. La Recova Nueva estaba invadida por los *furiosos federales*, que les faltaba tiempo para arrancarse la antigua divisa y colocarse la nueva… Sin embargo, Rosas no mandó a nadie que usase la nueva divisa; sólo sus documentos iban encabezados con el nuevo lema, pero nada más.

Desde el día en que Rosas declaró a Urquiza traidor, con el agregado del lema, las manifestaciones se sucedieron unas a otras. Primero empezaron las corporaciones en comunidad dando manifestaciones públicas, ofreciendo «su vida, bienes, fama y familia al ilustre Restaurador». Siguieron después los empleados, los abogados, médicos y por último los ciudadanos, que todos se quedaron sin fama, porque se la habían entregado al tirano.



Casa de Ramos Mexía, calle Bolívar 553. Legación de Gran Bretaña en 1852, donde se refugió don Juan Manuel de Rosas después de Caseros. (*R. de Lafuente Machain*).

El día de San Martín, el pueblo en masa acudió a Palermo a felicitar al general Rosas. Éste se paseaba por los jardines cuando la multitud invadió aquella posesión, rodeándole, abrazándole, y desgañitándose en aclamaciones y locuras al gran Rosas. En este día conocí más de cerca al general Rosas. Vestía pantalón y chaqueta azul con vivo encarnado, chaleco de merino punzó y una gorrita de paño con visera. El pobre hombre estaba conmovido y sofocado en medio de aquel tumulto, de aquella ovación popular, de corazón, pues son bien distintas las demostraciones oficiales de las que el pueblo hace de entusiasmo por el objeto que aprecia.

Los teatros también preparaban sus funciones patrióticas. Don Pedro Lacasa compuso una pieza cuyo argumento era la traición y derrota de Urquiza. Otra compuso don Miguel García Fernández sobre el mismo

objeto. En una y otra función, el entusiasmo llegó a su colmo. Don Lorenzo y don Enrique Torres, el doctor Gondra y otros muchos patriotas federales pronunciaron discursos entusiásticos, pidiendo sangre, exterminio y pulverización de las provincias de Entre Ríos y Corrientes, del Imperio del Brasil y de todos los *salvajes, inmundos, asquerosos unitarios*. A la salida del teatro, Manolita Rosas, hija del jefe supremo, que presidía todas las ovaciones a nombre de su padre, fué conducida en su coche, quitados los caballos, tirando de él los *patriotas federales*. Entre los que vi tirar del coche recuerdo a don Santiago Calzadilla, al hijo, al doctor Agrelo, a don Rufino Elizalde, a Gimeno, a don Rosendo Labardén y a Toro y Pareja; yo también empujé de la rueda derecha al partir el carruaje. No recuerdo los nombres de otros muchos federales que tiraron, porque no los conocía entonces y hoy son muy unitarios.

BENITO HORTELANO.

(*Memorias*, Madrid, 1936).

BENITO HORTELANO. — Editor y librero español, llegado a Buenos Aires en los últimos años del gobierno de Rosas (1850). Había tomado parte en algunos movimientos revolucionarios de la península y emigrado a Francia. En Buenos Aires editó diversas publicaciones, revistas y libros: *La Ilustración Argentina, El Agente Comercial del Plata, El Español, La Avispa, La Historia de España*, de Lafuente; organizó la primera Asociación Española de Socorros Mutuos; conoció muy de cerca a los principales personajes de la época, trajo al país compañías dramáticas españolas, hizo fortuna y también sufrió quebrantos económicos. Fué, como él mismo dice, «un hombre del pueblo, francote, emprendedor y progresista». Murió en Buenos Aires, en 1871. Dejó unas interesantes memorias que habían permanecido inéditas y se publicaron últimamente en Madrid (1936).

URQUIZA EN MONTEVIDEO

LOS SOLDADOS DE ORIBE EN 1851

Pocas veces he experimentado impresiones más profundas que la que me causó la vista e inspección de aquellos terribles tercios de Rosas, a los cuales se ligan tan sangrientos recuerdos, y para nosotros preocupaciones

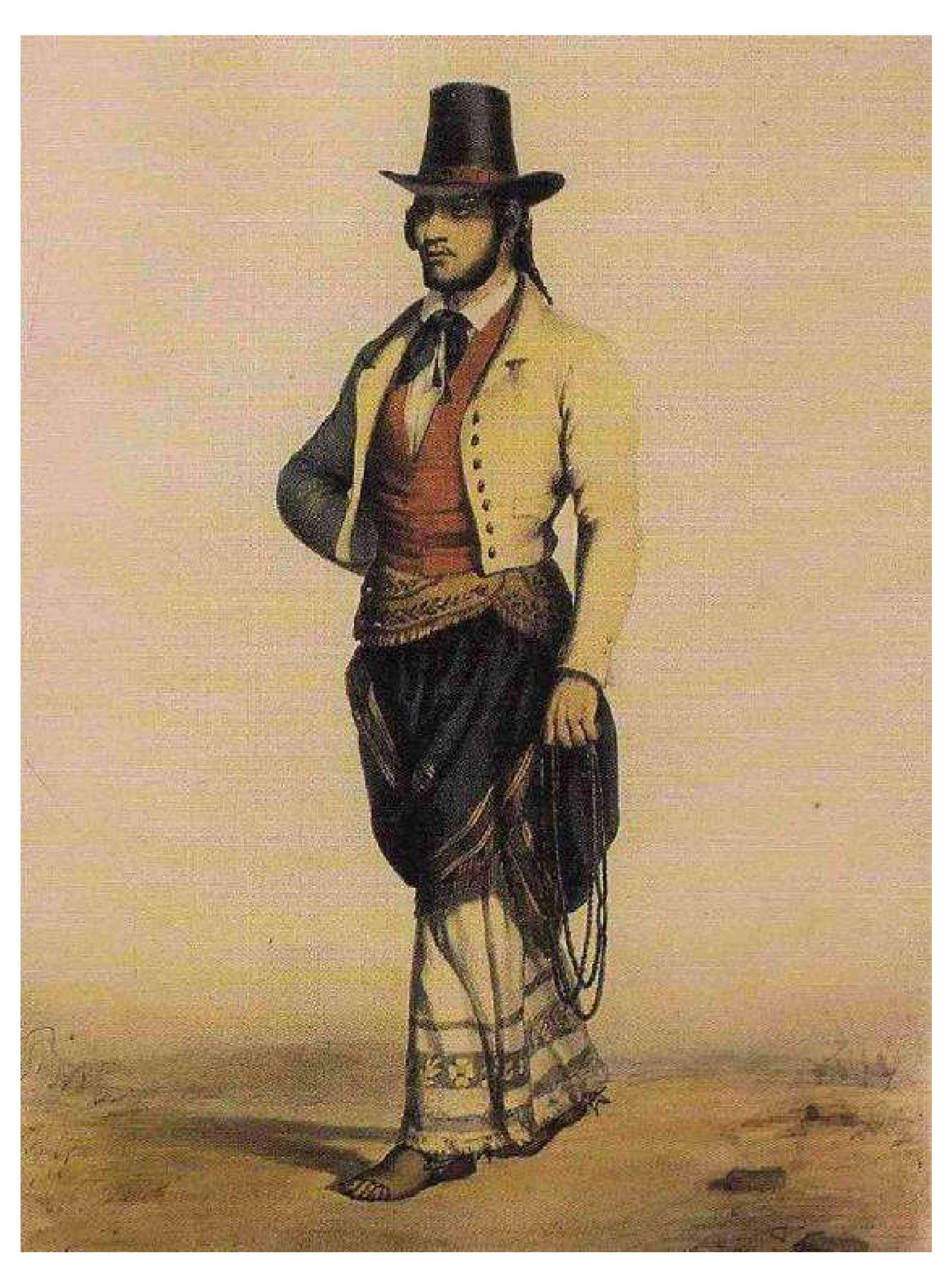
que habíamos creído invencibles. ¿De cuántos actos de barbarie inaudita habrían sido ejecutores estos soldados que veía tendidos de medio lado, vestidos de rojo, chiripá, gorro y envueltos en sus largos ponchos de paño? Fisonomías graves como árabes y como antiguos soldados, caras llenas de cicatrices y de arrugas. Un rasgo común de todos, casi sin excepción, eran las caras de oficiales y soldados: diríase al verlos que había nevado sobre las cabezas y las barbas de todos, aquella mañana. La mayor parte de los cuerpos que sitiaban hasta poco antes a Montevideo habían salido de Buenos Aires en 1837; y desde entonces ninguno, soldados, clases ni oficiales, habían obtenido ascenso. El coronel Susbiela, que mandó después uno de estos cuerpos, era el mismo jefe que lo había creado en 1836, y encontró cabos y sargentos a los que él nombró entonces. El teniente Guardia, sanjuanino, pertenecía a un cuerpo salido de Buenos Aires en 1836, compuesto al principio de doscientas plazas y que conservaba aún treinta y tres soldados y ocho oficiales. Los restos de un batallón de infantería, habiendo perdido todos sus oficiales, estaba, hacía años, al mando de un negro sargento que, en su calidad de tal, mandaba el cuerpo. Urquiza lo hizo mayor.

¡Qué misterios de la naturaleza humana! ¡Qué terribles lecciones para los pueblos! He aquí los restos de diez mil seres humanos, que han permanecido diez años casi en la brecha, combatiendo y cayendo, uno a uno, todos los días, ¿por qué causa?, ¿sostenidos por qué sentimiento?…

Los ascensos son un estímulo para sostener la voluntad del militar. Aquí no había ascensos. Todos veían los cuerpos sin jefes o sin oficiales; por todas partes había claros que llenar y no se llenaban, y los mil postergados nunca trataron de sublevarse.

Estos soldados y oficiales carecieron diez años del abrigo de un techo, y nunca murmuraron. Comieron sólo carne asada en escaso fuego, y nunca murmuraron. La pasión del amor, poderosa e indomable en el hombre como en el bruto, pues que ella perpetúa la sociedad, estuvo comprimida diez años, y nunca murmuraron. La pasión de adquirir como la de elevarse, no fue satisfecha en soldados ni oficiales subalternos por el saqueo, ni entretenida por un salario que llenase las más reducidas necesidades, y nunca murmuraron. Las afecciones de familia fueron, por a ausencia,

extinguidas, los goces de las ciudades casi olvidados, todos los instintos humanos atormentados, y nunca murmuraron.



← Estanciero (1840). (*Según d'Hastrel*).

Matar y morir: he aquí la única facultad despierta en esta inmensa familia de bayonetas y regimientos, y sus miembros, separados por causas que ignoraban, del hombre que los tenía condenados a este oficio mortífero y a esta abnegación sin premio, sin elevación, sin término, tenían por él, por Rosas, una afección profunda, una veneración que disimulaban apenas.



El matadero o corrales de abasto. (*Litografía de Gregorio Ibarra*).

¿Qué era Rosas para estos hombres? O, más bien, ¿qué seres había hecho de los que tomó en sus filas hombres y había convertido en estatuas, en máquinas pasivas para el sol, la lluvia, las privaciones, la intemperie, los estímulos de la carne, el instinto de mejorar, de elevarse, de adquirir, y sólo activos para matar y recibir la muerte? Y aun en la administración de la sangre había crueldades que no sólo eran para el enemigo. No había ni hospitales ni médicos. Poquísimos son los inválidos que han salvado de entre estos soldados. Con la pierna o el brazo fracturado por las balas iba al hoyo el cuerpo, atacado per la gangrena o las inflamaciones. ¿Qué era Rosas, pues, para estos hombres?, ¿o son hombres estos seres?

D. F. SARMIENTO.

(*La campaña del Ejército Grande. Obras completas*, t. XIV).

DOMINGO F. SARMIENTO. —Nació Sarmiento en San Juan en 1811. Murió en Asunción en 1888. Fue la encarnación más completa del espíritu que animó a la política argentina, después de la organización definitiva de la Nación. Fustigó implacablemente a Rosas, viajó por Europa, figuró en la campaña de Caseros, rompió con Urquiza, combatió al gobierno de la Confederación, fue gobernador de San Juan, ministro argentino en Estados Unidos, Presidente de la República, y por sobre todo un incansable luchador y el más fecundo y genial de los escritores argentinos. Autodidacto, tuvo la pasión de la enseñanza y pugnó toda su vida por adaptar al país la civilización liberal y europea como ideal de perfección política y social. Las obras completas de Sarmiento comprenden más de cincuenta volúmenes. Pueden citarse entre sus obras más leídas: *Facundo, Recuerdos de Provincia, Viajes, Vida de Dominguito, Las ciento y una*, *etc.* De sus actividades múltiples, perdurará sobre todo su obra ejemplar de educador y su acción civilizadora y progresista.

EL PASAJE DEL RÍO PARANÁ POR EL EJÉRCITO DE URQUIZA

1851

El sol de ayer ha iluminado uno de los espectáculos más grandiosos que la naturaleza y los hombres pueden ofrecer: el pasaje de un gran río por un gran ejército.

Las alturas de Punta-Gorda ocupan un lugar prominente en la historia de los pueblos argentinos. De este punto han partido las más grandes oleadas políticas que los han agitado. De aquí partió el general Ramírez, de aquí el general Lavalle defendiendo principios políticos distintos, de aquí se lanza el general Urquiza al grito de regeneración de poblaciones en masa y ayudado de naciones que piden paz y seguridad.

La villa del Diamante ocupa uno de los sitios más bellos del mundo. Desde sus alturas, escalonadas en planos ascendentes, la vista domina un vasto panorama: masas ingentes de las plácidas aguas del Paraná, planicies inconmensurables en las vecinas islas, y, en el lejano horizonte, brazos del

gran río y la costa firme de Santa Fe, punto de partida de la gran cruzada de los pueblos argentinos.

Animaban la escena del paso de las divisiones de vanguardia, la presencia de los vapores de la escuadra brasilera y la llegada de las balsas correntinas, construidas bajo la hábil dirección de don Pedro Ferré, y capaces de contener en su recinto, circundado de una estacada, cien caballos.

Al amanecer del día 23 todo era animación y movimiento en las alturas del Diamante, en la playa, en los buques y en las aguas.

En los países poco conocedores de nuestras costumbres, el juicio se resiste a concebir cómo cinco mil hombres, conduciendo diez mil caballos, atravesaron a nado, en un solo día, el Uruguay, en una extensión de más de una milla de ancho y sobre una profundidad que da paso a vapores y buques de calado.

Esta vez el auxilio del vapor mismo hacía innecesarios esfuerzos tan prodigiosos. Embarcaciones menores pasaban, de una a otra orilla, los batallones de infantería en grupos pintorescos que matizaban de vivísimo rojo la superficie brillante de las aguas. El vapor Don Pedro, de ligerísimas dimensiones, remolcaba las balsas cargadas de caballos, pero aún no satisfecha la actividad del general en jefe con estos medios, centenares de nadadores dirigían el paso de tropas de caballos, cuyas cabezas se diseñaban apenas, como pequeños puntos negros que interrumpían en líneas transversales la tersura del río. Por horas enteras veíase algún nadador luchando con un solo caballo, obstinado en volver atrás a la mitad del canal, mientras que el espectador se reposaba de la fatiga que causa el espectáculo de tan peligrosos esfuerzos, al divisar, en la opuesta orilla, los caballos que tomaban tierra, los batallones que desplegaban al sol sus tiendas, y allá en el horizonte los rojos escuadrones de caballería que, desde temprano, avanzaban perdiéndose de vista en la verde llanura de las islas.

Daba impulso a aquel extenso y variado campo de acción, la mirada eléctrica del general en jefe, que, situado en una eminencia, dominaba la escena, inspirando arrojo a los unos y a todos actividad y entusiasmo.

En medio de la variada escena del paso del Paraná, descubrióse al sur el humo de nuevos vapores que llegaban conduciendo tropas, y, poco después, túvose noticia que el general Mansilla había abandonado los acantonamientos de Ramallo, dejando clavados los cañones que guarnecían el Tonelero. Los entusiastas vivas de la población del Rosario saludaron a su paso a nuestros auxiliares, y varios oficiales del desconcertado ejercito de Rosas obtuvieron pasaje en los vapores para reunirse a nuestras fuerzas.

¡Viva la Confederacion Argentina!

¡Mueran los Salvages Unitarios!

Sr. D. Langdon y su Señora.

Gregoria Rosas de Ezcurra y su familia se hacen un honor al invitar á Vd. para una tertulia de baile que tendrá lugar el sabado 14 del presente Julio á las 9 de la noche.

El 24, a las tres de la mañana, el general Urquiza se hallaba en la ribera occidental dando las disposiciones necesarias para marchar sobre el enemigo. La operación militar que arredra a los más grandes capitanes está, pues, ejecutada y el pasaje del Paraná realizado por un gran ejército y medios tan diversos, será considerado por el guerrero, el político, el pintor o el poeta, como uno de los sucesos más sorprendentes y extraordinarios de los tiempos modernos.

La vanguardia del Ejército Grande está ya en el campo de sus operaciones. Entre el tirano medroso y nuestras lanzas, no media más tiempo que el necesario para atravesar la pampa al correr ligero de nuestros intrépidos jinetes.

El general permaneció todo el día sentado en una silla al respaldo del rancho que servía de cuartel general, presenciando el pasaje, inmóvil, inabordable…

Los soldados, nadando, luchaban horas y horas con los caballos, que de la mitad, de los dos tercios del río, se volvían para atrás y volvían a la ribera. Una jangada construida sobre lanchas, hacía raros viajes con sesenta caballos en cada uno, por la falta de dirección, por la imperfección de los medios de embarque abandonados a caballerizos, comandantes de cada división, etc., *etc.* El resultado de la fascinación mágica de la presencia del general fué que en todo el día pasaron seiscientos caballos de treinta mil que aguardaban su turno. El general pasó en la noche el río, y avanzó en las islas buscando la costa firme con los dos escuadrones que primero pudo montar.

Al día siguiente… se acudió a los medios vulgares, vulgarísimos de hacer las cosas, que fué encargar al general Madariaga de dirigir los trabajos, presidir al servicio de las jangadas, y se pasaron ese día dos mil seiscientos caballos. En adelante se procedió con más actividad, pues se les agregó un vaporcito brasilero para remolcar las jangadas, y entonces el pasaje de a nado, que era al principio como lo practican los indios salvajes, se convirtió en pasaje al vapor, cual conviene a pueblos que van a constituirse.

En el intertanto ocurrió una novedad que nos tuvo perplejos largo tiempo. Dióse aviso que se divisaban humos de tres vapores que llegaban. Nadie podía conjeturar qué vapores eran, cómo habían forzado el paso del Tonelero, ni a qué venían…

A los tres días de comenzado el pasaje, llega al cuartel general, que aún permanecía en el Diamante, el aviso de que en el laberinto de las islas andaban, hacía dos días, seiscientos hombres perdidos, sin carne, sin baqueanos, dispersos por escuadrones, en busca del rastro de los que les habían precedido, única seña y orden dejada por el general en jefe, rastro que, cayendo sobre arena, o malezas tupidas, no habían podido encontrar. Era, pues, urgentísimo mandar carne a estos cuerpos, y veinte baqueanos, lo menos, para que reuniesen las divisiones dispersas, extraviadas y quizás acampadas, desesperando salir del atolladero. No había baqueanos, todos

los había llevado el entre el despotismo que desaparece y la libertad que se levanta, general consigo. ¿Para qué? Para nada. La cosa se remedió como se pudo, pues ya las divisiones se iban empujando unas a otras. Murieron algunos soldados ahogados y muchos picados por las rayas, pescado o demonio enterrado en el fango, armado de espinas venenosas en la cola.

Entonces nos llegó casi simultáneamente la noticia de la toma de Santa Fe por la milicia de la ciudad del Paraná, toma hecha sin resistencia, pues nadie quería pelear, y de la revolución del Rosario, que nos entregaba un puerto seguro, casi en la frontera de Buenos Aires, a donde podíamos dirigir, por los vapores, infantería, artillería y bagajes. Esta revolución del Rosario, hecha por los comerciantes, la milicia urbana y los oficiales de Lavalle que se habían asilado en aquel punto de mucho tiempo atrás, fué el acontecimiento que más preparó el buen éxito de la campaña.

Yo me embarqué en el Blanco con mi imprenta fulminante que, balanceándose en el río, había lanzado ya seis boletines, algunos de los cuales, a pedido de Pillado, para gloria eterna de su cascarón, llevan la data a bordo del vapor Uruguay.

D. F. SARMIENTO.

DESPUÉS DE LA BATALLA

(CASEROS)

Siguiendo a la aventura, inspeccionándolo todo, llegué a Santos Lugares, donde me incorporé con el general en jefe, a quien un momento antes había tenido ocasión de felicitar. Un muchacho vino a preguntarme quién era el general para decirle dónde estaba Santa Coloma. Mientras yo se lo señalaba, otra alma caritativa lo traía en ancas y lo presentó al general, quien ordenó en el acto lo degollasen por la nuca, diciéndole con razón: *Pague por los que usted ha muerto así*. No abusaré de mi posición actual para afear este acto, de que gusté en ese momento cuan irregular era,

porque era una satisfacción dada a la vindicta pública, castigando a uno de los famosos mazorqueros que habían espantado a la humanidad con refinamientos de barbarie inaudita.

Llegamos al hospital de Rosas, el general [Urquiza] rodeado de todo su séquito, ebrios de dicha nosotros y felicitando al hombre para quien la República debía tejer coronas. Hubo de parte del general expansión, verdadera alegría y abandono, y aunque algunas de sus flaquezas se dejaron percibir en cuanto a celos con otros militares, nunca le deseé más bien que aquel día, nunca lo creí más digno de la gloria de tan señalado triunfo. Rosas había llegado a fascinar de tal manera al mundo, que el que lo derrocase adquiriría por el solo hecho, una espectabilidad que el mérito personal no habría conseguido nunca. Era el Wellington de este Napoleón de la barbarie y de la tiranía.

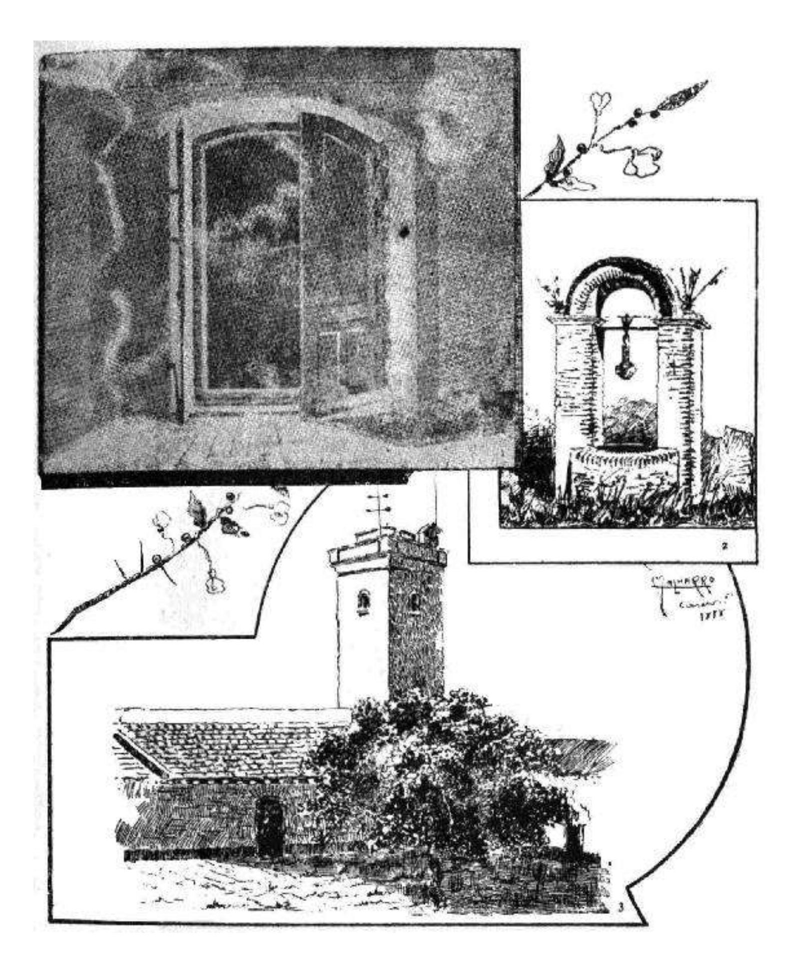
Comimos, charlamos, y harto de placer y de dicha, fuíme a buscar a mis gentes, pues ayudante, asistentes, equipaje, todo andaba cada cual por su lado. A poco de pasar por Santos Lugares divisé a Mitre, que de su parte me buscaba. Bajamos ambos de los caballos para abrazarnos en nombre de esta patria que habíamos conquistado y nos aplaudimos de la felicidad de haber tenido parte en acontecimiento tan memorable.

Regresamos a buscar el campamento del mayor general, donde encontré cuanto de mí dependía sin accidente ninguno, y por añadidura el *Diario* de mi campaña y carta topográfica, todo ello atado, con una cinta colorada, acaso por don Juan Manuel mismo, que había leído el resumen la noche anterior, y que no preveía que había de volver a mis manos. Un oficial brasilero me trajo el oficio del general Pacheco, y los impresores alemanes me mostraron varias cartas sacadas de la *galera* de Rosas con mi diario, los interrogatorios de Jimeno, el cuaderno de las gratificaciones a la división Aquino, destruyendo, luego de imponerme de su contenido, las cartas por revelar una trama urdida entre nuestras fuerzas, y cuyas revelaciones podían comprometer algunas vidas.

Como me incorporé al Estado Mayor esa tarde, pude ver que no se tomaban disposiciones ningunas, ni se sabía en verdad el paradero de muchas divisiones de caballería. La división Susbiela había llegado hasta las inmediaciones de Palermo.

Las que se encontraron allí se ocuparon en descargar sus armas de fuego, y cargarlas de nuevo para tener por segunda y tercera vez el gusto de descargarlas. Era un fuego graneado, y hubo heridos.

Algunos amigos fueron a visitar la tumba de Camila O'Gorman y oyeron del cura los detalles tristísimos de aquella tragedia horrible del asesinato de esta mujer. El oficial que le hizo fuego se enloqueció, y en la vecindad quedó el terror de un grito agudísimo, dolorido y desgarrador que lanzó al sentirse atravesado el corazón.



La casa de Caseros. (*Dibujo de Malharro*, 1888).

Pasamos la noche con Mitre, que no sabía dónde estaban sus piezas de artillería, en aquella inagotable revista de los incidentes y pormenores de una gran batalla. Las emociones del día habían sido para nosotros vivísimas. Las masas enormes de jinetes y de tropas regulares, sin ejemplo en la historia de América; la inmensidad de las consecuencias de la batalla, aquella exposición teatral, poética y pintoresca que daban al

campo la casa de Caseros y la rotonda del Palomar, todo era para prolongar las impresiones y tenernos en vela, esperando el día siguiente para lanzarnos adelante en aquel ancho camino que habíamos abierto a cañonazos.

D. F. SARMIENTO.

AL DÍA SIGUIENTE DE CASEROS

El día 4 de febrero, como a las ocho de la mañana, el coronel Virasoro entró en la plaza de la Victoria seguido de una escolta, y a su lado el general Mansilla, a quien algunos ciudadanos insultaron.

Tenía yo colocada en la plaza, sobre la fachada de mi librería, una magnífica muestra que decía: *¡Viva la Confederación Argentina! ¡Mueran los salvajes unitarios! ¡Muera el loco, traidor, salvaje unitario Urquiza! El Agente Comercial del Plata*. Como se decían tantas cosas del general Urquiza, temía que las venganzas no respetarían ni a las muestras, por lo que, con no poco susto y precipitación, descolgué la muestra, ayudado de varios amigos y dependientes, en el mismo momento en que Virasoro entraba en la plaza con su escolta. Interin se verificaba el descendimiento de la muestra, mi dependiente Federico de la Llosa, tiraba al lugar excusado gran cantidad de gruesas de divisas, temeroso que éstas nos comprometieran si los vencedores entraban en la librería. Afortunadamente nada sucedió de lo que temíamos; sólo una parte de las escenas que se temían vino a realizarse, pero no fueron las tropas vencedoras, sino las vencidas las que cometieron los crímenes de aquel día.

El coronel Virasoro, después de dar una vuelta por la plaza, se retiró hacia la plaza del Retiro, sin tomar ninguna disposición para mantener el orden.

No sé cómo calificar lo ocurrido en esta época en Buenos Aires, pues no se comprende cómo una ciudad que se decía oprimida y tiranizada por veinte años, ya que no pudo o no tuvo valor para hacer la reacción cuando se aproximó el ejército libertador, al menos después que [Rosas] perdió la batalla y en ella todo su ejército, no dió este pueblo la más mínima muestra de regocijo ni la menor prueba de que deseaba la caída del tirano. La historia del mundo nos describe los regocijos con que los pueblos oprimidos han recibido siempre a los ejércitos libertadores, y yo prácticamente lo había visto en Madrid, en donde una compañía que entrase a auxiliarnos en las diferentes peripecias por que allí pasamos de 1834 al 48, los soldados eran recibidos con un entusiasmo que rayaba en delirio, regalándolos y obsequiándolos el pueblo con toda clase de demostraciones, pero aquí ni hubo quien saliese a dar un peso ni convidar a una copa a los pobres soldados; todos se encerraron en sus casas como si fuese un enemigo el que había triunfado. Si un ejército extranjero hubiera sido el vencedor, no habría hecho otro tanto el pueblo.



Peinetón de época con el retrato de Rosas.

La ciudad quedó acéfala; las autoridades de Rosas abandonaron sus puestos en cuanto aquél se embarcó; las fuerzas ciudadanas, cuya misión principal es la de garantir el sosiego y la propiedad, habían abandonado sus cantones y con ellos las armas. El fuerte, punto principal, quedó a merced de quien quisiese apoderarse de él, todo lleno de armas y pertrechos de guerra, con gran cantidad de municiones tiradas por los patios. Las cárceles fueron también abandonadas y, por consiguiente, todos los presos, criminales y no criminales, se escaparon, lo que ocasionaba otro conflicto no pequeño.

Sucedió en este desbarajuste lo que debía suceder. A las diez de la mañana, los dispersos del ejército de Rosas, algunos soldados de Urquiza y la gente de los arrabales se lanzaron a las calles del centro de la ciudad, primero a las platerías y después indistintamente; el saqueo se hizo general y el espanto llegó a apoderarse de todos los habitantes. Una circunstancia hizo renacer el espíritu, y fué que los soldados norteamericanos que daban la guardia al cónsul, viendo que estaban saqueando una platería inmediata, acometieron a los ladrones, dejando tendidos a dos, lo que dió ánimo a los vecinos extranjeros para armarse y lanzarse a las calles en persecución de los ladrones.

Las once de la mañana serían cuando esta escena; a la una era ya general el saqueo y la persecución. Veíanse los vecinos formando grupos, armados unos con escopetas, pistolas, chuzos y cuanto había a las manos, cazando como en una cacería de jabalíes a cuantos se encontraban robando.

Yo, con unos cuantos vecinos de la Recova, auxiliados de don Cristóbal Gasaíta, vizcaíno valiente e intrépido, tomamos posesión del fuerte, de donde sacamos fusiles y municiones, con los que armábamos a los que iban llegando, ordenando patrullas de a ocho hombres, nombrábamos un jefe de cada una y dábamos instrucciones para que saliesen en persecución de los ladrones.

Como a las dos de la tarde, un batallón del ejército vino a situarse delante del Cabildo para dar auxilio a la población; de él salieron varias patrullas, quedando una fuera para custodia de la cárcel y de la comisión militar que en ella se estableció por orden de Urquiza. Esta comisión

juzgaba en el acto a los que traían presos los ciudadanos, e identificadas las personas, eran en el acto pasadas por las armas en el patio de la cárcel, durando esta operación diez y seis horas.

Con estas medidas la tranquilidad se restableció. Se calcula en 500 personas las que murieron en las calles y fusiladas por la comisión militar.

El Sargto. Mayor [illegible] del 2º Bn. de [illegible]

¡Viva la Confedn. Argentina!
¡Mueran los salvajes Unitarios!

Buenos Ayres [illegible] de [illegible] 1847
Año 38 de la Libertad 32 de la Indep.
y 18 de la Confedn. Argentina.

Suplica a V.E. que si lo tiene a bien se digne con[illegible] hacer uso del Uniforme conforme al diseño que acompaña pª la Banda de Tambores, Pitos y Cornetas del expresado, como también que se le mande dar por el Parque de Artillería el número de [illegible] conforme al [illegible] de [illegible] V.E. tiene a bien permitir se haga uso de él en la parte que V.E. tenga a bien designar.

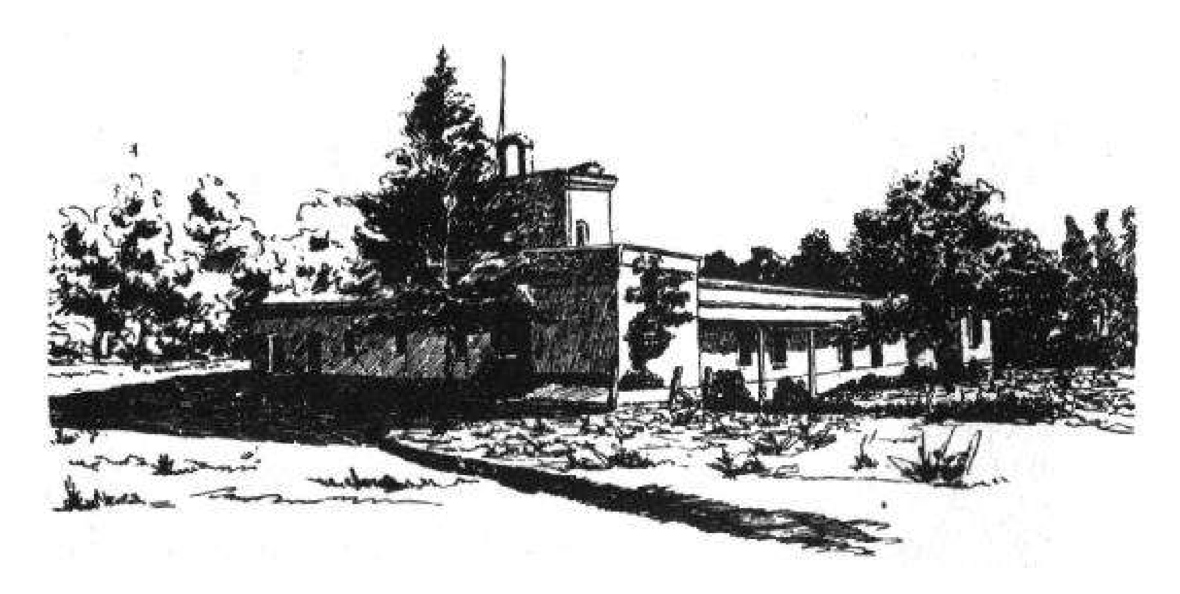
Al Exmo. Señor Gobernador y Capitán General de la Provincia Brigadier General Dn. Juan Manuel de Rosas

Exmo. Señor

El infrascripto tiene el honor de dirigirse a V.E.

← Manuscrito pidiendo la aprobación de un uniforme.

Lo admirable de este saqueo es que, en cinco horas que duró, se necesitaron después, para recoger los efectos de bulto robados, más de 300 carros, llenando varios almacenes para que de allí fuesen recogiendo sus dueños lo que les pertenecía.



El Mirador de Caseros. (*Dibujo de Malharro, 1888*).

Por la tarde de este día, 4 de febrero, salió el obispo acompañado con tres comerciantes al campamento del general Urquiza, que era en Palermo, y al día siguiente fué nombrado gobernador interino D. Vicente López, abogado honrado, autor de la canción nacional, formando éste su ministerio con los señores D. Valentín Alsina, D. Fidel López y el Dr. Gorostiazu.

BENITO HORTELLANO.[6]

4
TIPOS Y ESCENAS DE LAS CIUDADES

1810-1850

UN CONVITE EN EL CABILDO DE SANTA FE

1814

Poco tiempo antes de estar listos para partir, el gobernador nos invitó, a Mr. Postlethwaite y a mí, a una gran comida, y a muchas personas de rango en Santa Fe se les pidió nos acompañasen.

Alrededor de treinta o cuarenta comensales se sentaron a la mesa, en el amplio y mal amueblado comedor de la Casa de Gobierno. Había militares, abogados, uno o dos sacerdotes, médicos y comerciantes, con muchas de sus caras mitades y otras tantas de sus hijas. Don Francisco Candioti fué personaje distinguido en el «convite» o banquete, y su sobrino Aldao se colocó entre los comerciantes. No obstante la general escasez que se padecía, las cosas buenas de toda clase se colocaron sobre la mesa. Las hambres y escaseces son malas compañías, y nunca, en cuanto he visto, son admitidas a presencia de gobernadores, o cabezas, sea de Estados o provincias.

Tres cosas muy especialmente llamaron mi atención durante la comida: primero, la extremada libertad (usando la palabra más suave) adoptada en conversación con señoras, jóvenes y maduras; era tal que, con

mis puros sentimientos ingleses, me hacían ruborizar a cada momento, aunque tal modestia, siempre que se manifestaba, causaba cordial hilaridad.

La otra cosa que me sorprendió y complació fué la gran facilidad que todos los caballeros presentes tenían para improvisar versos. Casi todos los brindis fueron así pronunciados y con una prontitud, precisión y a menudo elegancia, que del todo me asombraron. Encontré después que esta disposición es general en toda la América del Sur, como, según creo, en Italia y España.

La tercera costumbre sudamericana (y ésta me confundió), era que los comensales se arrojaban pelotillas de migajas del tamaño de un poroto. Se valían del dedo medio y del pulgar, generalmente con puntería infalible y en tan prodigiosa cantidad, que el piso estaba literalmente invisible en muchas partes del comedor. Todos en la mesa, sin ninguna excepción, participaron de la broma y con creciente apresuramiento a medida que avanzaba. Muy frecuentemente, desde entonces, he visto la misma cosa; pero nunca en tan extraordinaria proporción como en la mesa del gobernador de Santa Fe.

Gran cantidad de vino se bebió durante la comida, que, con el postre y batalla de pelotillas, duró desde las tres hasta las siete. Todo este tiempo las señoras permanecieron en el comedor. Mucho de lo que hoy llamamos «calandrear» tuvo lugar —brincar y otras extravagancias—; hasta que algunos de los más excitados por el vino se entregaron a actos indecorosos que, aun en aquel país de manga ancha, no podían tolerarse. Por tanto, pasamos al salón, donde estaba una excelente banda de música militar. Se bailó hasta medianoche, y aquella hora, aunque sea la de empezar nuestros bailes, es muy tardía para que los santafecinos cesen en la hilaridad de su jornada.

....

J. P. Y G. P. ROBERTSON.[7]

(La Argentina en la época de la Revolución).

CANDIOTI, EL ESTANCIERO

1814

Un día, después de siesta, medio transformado en santafecino, estaba yo sentado, sin chaqueta y chaleco, con el grupo de familia en el zaguán, cuando llegó, al tranco de su caballo el caballero anciano más apuesto y lujosamente equipado que habíase presentado a mi vista. «Ahí, dijo Aldao, viene mi tío Candioti».

....

Se mantuvo a caballo y entabló charla familiar con todos los que le rodeaban. De cuando en cuando encendía el cigarro sacando fuego con pedernal y acero en la yesca guardada en una punta de cuerno pulido, adornado de plata con una cadena de oro adherida, de que colgaba la tapa, o más bien el apagador, cuando se usaba el yesquero. Cuando lo contemplé no pude menos de admirar su singularmente hermoso rostro y su digno semblante.

Su pequeña boca y nariz estrictamente griega, su noble frente y finos cabellos delicadamente peinados en guedejas de plata, sus penetrantes ojos azules y su semblante tan sano y rubio como si hubiera pasado su vida en Noruega, en vez de cabalgar en las Pampas, eran todos interesantes. También sus atavíos, a la moda y estilo del país, eran magníficos. El poncho había sido hecho en el Perú, y fuera de ser del material más rico, estaba bordado en campo blanco y en soberbio estilo. Además, tenía una chaqueta de la más rica tela de la India, sobre un chaleco de raso blanco que, como el poncho, era bellamente bordado y adornado con botoncitos de oro pendientes de un pequeño eslabón del mismo metal. No usaba corbata, y el cuello y pechera de la camisa ostentaban primorosos bordados paraguayos en fino cambray francés. Su ropa inferior era de terciopelo negro, abierta en la rodilla y, como el chaleco, adornada con botones de oro, pendientes también de pequeños eslabones que, evidentemente, nunca se había pensado usar en los ojales. Debajo de esta parte de su traje se veían las extremidades, con flecos y cribados, de un par de calzoncillos de delicada tela paraguaya. Eran amplios, como pantalones

de turcomano, blancos como la nieve y llegaban a la pantorrilla lo bastante para dejar ver un par de medias oscuras hechas en el Perú de la mejor lana de vicuña. Las botas de potro del señor Candioti ajustaban los pies y tobillos, como un guante francés ajusta la mano, y las cañas arrolladas, dábanles aspecto de borceguíes. A estas botas estaban adheridas un par de pesadas espuelas de plata, brillantemente bruñidas. Para completar su atavío personal, el pintoresco gaucho llevaba un gran sombrero de paja del Perú, rodeado por una cinta de terciopelo negro, y su cintura ceñida con rica faja de seda punzó destinada al triple objeto de cinturón de montar, de tirantes y de cinto para un gran cuchillo con vaina marroquí de que salía el mango de plata maciza.

Si primoroso el atavío del jinete, era sobrepasado, si es posible, por los arreos de su caballo. Allí todo era plata, prolijamente trabajada y curiosamente taraceada. Las cabezadas del recado y las complicadas del freno estaban cubiertas con el precioso metal, las riendas con virolas del mismo y en la hechura de sus estribos debía haber agotado toda su habilidad el mejor platero del Perú, con un peso mínimo de diez libras de plata piña para trabajarlos. Tal, en carácter y persona, era Candioti, el patriarca de Santa Fe.

J. P. Y G. P. ROBERTSON.

EL DESEMBARCO EN BUENOS AIRES

1819

Cerca del centro de la ciudad, un poco hacia el norte de la ciudadela, se ha construido una mole de piedra natural para que sirva de desembarcadero. Tiene, más o menos, doscientas yardas de largo, doce de ancho y seis de alto. A pesar de esta protección, el río es tan bajo, que raramente pueden acercársele los botes, y hay cinco o seis carros constantemente en actividad con el propósito de desembarcar pasajeros. El pasaje cuesta dos

reales, o sea unos quince peniques cada viaje, sea la distancia grande o pequeña, algunas veces son unas pocas yardas, mientras que otras el carro debe andar un cuarto de milla antes de alcanzar los botes, porque con viento del norte o noroeste, especialmente si soplan fuertemente, el agua se retira del río a tal grado que su fondo queda frecuentemente seco en esa distancia. Ha ocurrido en los últimos diez años, que los hombres han ido a caballo por el lecho del río, a una distancia de cinco millas desde la costa, cuando soplaba un viento fuerte del noroeste; no sólo eso, sino que se relata, con la más respetable autoridad, que hace veinticinco años, más o menos, durante un fuerte viento norte, desapareció el agua y dejó, a los habitantes de Buenos Aires, un horizonte de lodo. Tal circunstancia puede suceder, ya que el río aquí es de *treinta millas* de ancho, y no tiene más de tres brazadas de agua en su parte más profunda, salvo en las proximidades de la Colonia, donde hay un angosto canal de cuatro, cinco y seis brazadas. Un efecto contrario produce el viento del este, el cual, si es violento, siempre levanta el agua en Buenos Aires, de manera que en un fuerte vendaval de ese punto, el malecón suele cubrirse, con excepción de la punta del mismo, que es más alta que el resto y tiene una batería de tres cañones. Así, estos vientos, de acuerdo con su dirección, hacen que el río crezca o baje, quizá no menos de siete pies. Se menciona un fenómeno aún más extraordinario, tanto que ninguna razón satisfactoria puede hallársele. En una ocasión, cuando no prevalecía ninguno de estos vientos, el agua descendió a tal grado que se retiró a tres leguas de la costa de Buenos Aires; en ese estado permaneció todo un día, y después, gradualmente, creció hasta su altura usual.



Desembarco. (*Según E. E. Vidal, 1820*).

En el malecón sólo se permite el desembarcadero de pasajeros; todos los artículos se llevan a la aduana, afuera de la cual se ven esas embarcaciones en el fondo. Aquí, empero, también hay un resguardo, o un destacamento aduanero para evitar el contrabando, con empleados que examinan las personas que se embarcan o desembarcan, especialmente a estas últimas, a las cuales el centinela del malecón no permite pasar hasta que no se hayan presentado en el cuerpo de guardia, y sea seguro que no traen oro o plata en barras. Los oficiales británicos, en uniforme, están exentos de esta revisación, considerándose suficiente su palabra de honor.

EMERIC ESSEX VIDAL.

(*Ilustraciones Pintorescas de Buenos Aires y Montevideo*. Trad. de Carlos Muzio Sáenz Peña, publicado por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras).

EMERIC ESSEX VIDAL. — Marino y pintor inglés. Prestó servicios a bordo de los buques ingleses de estación en el Brasil y Río de la Plata, durante diversos períodos, desde 1808 a 1837. Estuvo varias veces en Buenos Aires y tuvo ocasión de conocer la vida y costumbres de la

época, observando con gran interés los tipos de la ciudad y la campaña, así como el paisaje rural. Pintó a la acuarela un gran número de motivos y escenas de un gran valor documental para el estudio del ambiente general y de la indumentaria de la época. En 1820, el editor Ackermann, de Londres, publicó en lujosa edición las acuarelas de Vidal acompañadas de comentarios y explicaciones del autor sobre los motivos y escenas que representaban. La obra se titula: *Picturesque Illustrations of Buenos Aires and Montevideo*. «Con las pinturas de Vidal —dice su biógrafo don Alejo González Garaño—, tenemos por vez primera un panorama casi completo de lo que era Buenos Aires alrededor de 1820, pues su autor reprodujo exactamente lo que sus ojos vieron; podrán discutirse artísticamente, pero jamás negar su alto valor documental». Las acuarelas de las *Picturesque Illustrations*… han sido reproducidas en diversas colecciones de viajes, en la parte relativa al Río de la Plata.

BUENOS AIRES

1819

… Antes de que Buenos Aires llegase a ser el asiento del virrey, se la consideraba en rango, como la cuarta ciudad en Sudamérica, pero desde esa época ha sido reconocida como inferior a ninguna, salvo a Lima. También ha crecido rápidamente, por las mismas circunstancias, en opulencia y población. Está edificada normalmente, siendo sus calles perfectamente rectas y anchas, sin pavimentar en el medio, pero teniendo veredas a cada lado. Se supone que hay seis mil casas, y el número de habitantes, que solía calcularse en cuarenta mil, se reconoce ahora que no es menor de setenta mil. La mayor parte de los edificios, públicos y privados, antiguamente tenían paredes de barro, pero un jesuíta, que fue empleado para erigir la iglesia de su colegio, hace unos setenta u ochenta años, enseñó a los habitantes el arte de hacer ladrillos y cal, y la ciudad ha adquirido desde entonces una apariencia muy diferente. La arquitectura de la catedral, y la mayoría de las iglesias, es igualmente atribuida a los hermanos legos de esa comunidad, que emplearon indios bajo su dirección, para ejecutar estos y otros trabajos públicos. De esta manera se recuerda que, en 1668 y en los años siguientes, quinientas de estas personas estuvieron ocupadas en las fortificaciones, el puerto y la catedral

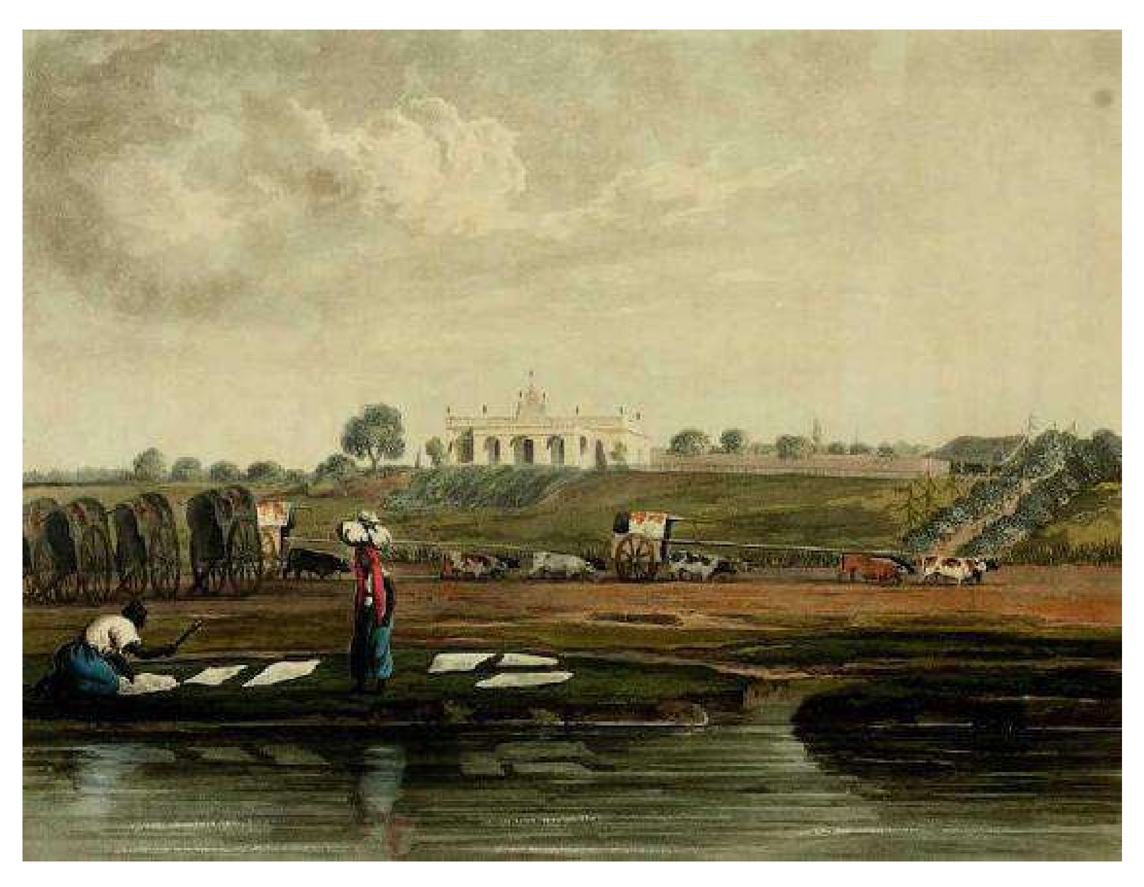
de Buenos Aires. Esta última es una construcción espaciosa y hermosa, teniendo una elegante cúpula, y un pórtico, cuyo diseño y ejecución son altamente ensalzados. El interior está profusamente decorado con tallas y dorados. La media naranja contiene, en divisiones, cuadros representando los actos de los apóstoles. La iglesia de los franciscanos y la que pertenece a la orden de la Merced, le siguen en importancia; ambas tienen atrios y cúpulas, más o menos en el mismo estilo que los de la catedral. En la primera hay un cuadro de la última cena, cuya ejecución se estima como muy importante, considerándose que fué pintado por un artista del país, un indio converso en una de las misiones del Uruguay. El marco también es notable por estar enteramente compuesto de plumas de brillante color dorado, tan ingeniosamente unidas que tienen la apariencia, aun para el cercano observador, de la más bella talla y dorado, y es sólo mediante el tacto que puede descubrirse la diferencia. Este cuadro se lo dieron los jesuitas a los franciscanos, no mucho tiempo antes de su supresión. La iglesia de San Juan, en las orillas de la ciudad, es apropiada para el uso de los indios conversos. Hay varios conventos y monasterios de monjas, y todos estos edificios están construidos con hermosas piedras blancas, halladas en una llanura no lejos de Buenos Aires. La blancura de los edificios públicos se conserva y se acentúa por la frecuencia del viento llamado *pampero*, al cual se le considera como un excelente blanqueador.

Las calles principales se llaman calle de Santa Trinidad y calle de la Victoria. La primera, que mira a la gran entrada de la catedral, corre a lo largo de casi toda la ciudad y está ocupada por la clase superior de los habitantes. La mayor parte de las casas tiene un jardín, tanto al frente como al fondo, y muchas tienen balcones de celosías, en donde se cultivan hierbas olorosas y flores. Entre las flores europeas aquí cultivadas, los claveles son los más grandes del mundo…

En este país la atmósfera es húmeda y echa a perder los muebles, especialmente en Buenos Aires, donde el piso de los cuartos expuestos al sur, están siempre húmedos, los muros en esta posición están cubiertos de musgo, y ese lugar de los techos está cubierto de espesa hierba, casi de tres pies de alta, de manera que es menester limpiarlos cada dos o tres años,

para evitar que el agua se deposite y todo lo empape. La humedad, sin embargo, no es perjudicial para la salud.

Los españoles que residen en el gobierno de Buenos Aires, proceden más bien de los continuos reclutas que llegan de Europa, que de la mezcla con los indios, cuyo número ha sido siempre de poca importancia en este país, por lo que hablan el idioma español. Las ciudades de Buenos Aires, Montevideo, Maldonado, Asunción, Corrientes y Santa Fe de la Vera Cruz, pueden considerarse como las únicas poblaciones españolas en la extensa provincia del Paraguay. A pesar de que hay aldeas y cabañas, los habitantes no están unidos en un lugar, sino que viven dispersados en el campo, en casas aisladas, a una gran distancia una de otra, de manera que no hay otros residentes cerca de la iglesia, que el cura párroco, un herrador, un tendero y un mesonero. Aun cuando algunos de los feligreses construyen una choza en el pueblo, nunca la usan, sino cuando asisten a misa o en algún festival religioso, después del cual retornan a sus habitaciones del campo. Las ciudades arriba mencionadas, contienen, más o menos, tantos españoles como el resto de la provincia. Éstos se consideran muy superiores a los indios, a los negros y a la gente de color, y es tan decidida la aversión que por los europeos sienten en retorno los criollos, o sea los hijos de los españoles nacidos en América, que frecuentemente se manifiesta entre padre e hijos, o entre marido y mujer, cuando acontece que éstos han nacido en diferentes hemisferios.



Una quinta. (*Según E. E. Vidal, 1820*).

Entre los españoles, tan pronto como nace un niño se le pone al cuidado de una nodriza negra, mulata o india, que lo atiende hasta la edad de seis o más años. Durante ese período, el niño no ve nada que valga la pena de ser imitado. Agréguese a esto la aversión a toda clase de trabajo, mucho más fuerte en América que en otras partes, porque se cree que la esencia de la nobleza consiste en no hacer nada. Imbuidos en estos principios y la noción de igualdad, los hijos del más humilde artesano desdeñan toda clase de labor y miran como a cosa demasiado baja el seguir la ocupación de sus padres. Los vicios principales son el juego y una gran pasión por las mujeres; y entre las clases más bajas la embriaguez, pero poseen una aguda percepción y un sólido entendimiento, de manera que si tuvieran las mismas facilidades que los europeos, indudablemente los igualarían y quizá los superasen. Las artes mecánicas están limitadas a aquellas que son absolutamente indispensables, y ellas sólo las practican los españoles pobres que vienen de Europa o las gentes de color.

Las mujeres de Buenos Aires, Montevideo y Maldonado, no gustan de hilar ni lana, ni algodón, pero en otras ciudades las mujeres se dedican a ello. Los vestidos y las modas se parecen mucho a los de España, pero en Buenos Aires y Montevideo, que son los lugares más considerables y opulentos, el lujo es mayor y los establecimientos locales están en más gran escala.

EMERIC ESSEX VIDAL.

LECHERITOS

1819

La ciudad de Buenos Aires se provee cotidianamente de leche de las estancias circundantes, o granjas que se hallan de una a tres millas de distancia. La leche es traída a caballo, en tarros de barro o latón, y cada cabalgadura lleva cuatro y a veces seis en unas alforjas de cuero atadas a la montura con una tira de correa.

Casi puede decirse que los lecheros nacen a caballo, tal es la temprana edad desde la cual se les enseña esta ocupación. La mayor parte de ellos son niños de menos de diez años, tan chicos, que para montar en sus caballos tienen que utilizar un largo estribo que no se usa para otro fin. Montan acomodándose entre los tarros de leche, y en tan incómoda postura galopan lo más furiosamente. Cuando se encuentran fuera de la ciudad, disputan carreras entre ellos, y después de haber vendido la leche, se les ve, muy a menudo, jugando en grupos, generalmente a las monedas de a real o cuarto de peso, como hacen entre nosotros los niños con los ochavos ingleses.

Aunque no fuera más que por este detalle, se podría deducir que este negocio debe ser excesivamente provechoso. La seguridad negativa de que la leche no se vende a un precio más caro que en Londres y no es de peor calidad, confirmará plenamente la exactitud de esta consecuencia. Lo

único extraño es que, en un país donde las vacas que producen la leche, los caballos que la llevan al mercado, y donde la tierra que alimenta a ambos se tiene por menos de nada, el precio de este artículo está en relación con el que se paga en las cercanías de la metrópoli inglesa, donde el arrendamiento, los impuestos, el costo de los animales y la mano de obra son tan inmensamente desproporcionados. Tampoco puede por menos que causar asombro el hecho de que, a pesar de la marcada diferencia de circunstancias, es casi tan difícil conseguir leche pura en Buenos Aires, como en Londres; es muy común ver a estos chiquillos rellenando sus tarros en el río, una vez que han vendido parte de su contenido.



Lecheritos. (*Según E. E. Vidal, 1820*).

Estos muchachos son, por lo general, hijos de humildes quinteros, van mal vestidos y completamente sucios; pero son muy vivos y traviesos como monos, enseñándoles a sus caballos tantas habilidades, que los hacen comparables al simio.

La manteca, o por lo menos algo que merezca tal nombre, no es hecha nunca por los habitantes de Buenos Aires. Lo que ellos usan, en los casos que nosotros la empleamos, es la gordura de la carne, derretida hasta, su estado liquido, la cual meten en vejigas como si fuera grasa: a esto denominan *manteca*. Algunos ingleses que se han establecido en el país, sin embargo, traen al mercado pequeñas cantidades de manteca, para la cual encuentran siempre fáciles compradores en los residentes ingleses y norteamericanos, a razón de seis reales (más o menos unos tres y medio chelines) por libra; pero esta provisión, también termina durante los meses del verano.



El panadero. Buenos Aires, 1839.

No es raro encontrar en la leche que venden los muchachos pequeñas partículas de manteca, producida por la agitación de su galope, y ha llegado a asegurarse seriamente que los campesinos la hacen atando vejigas de nata a la cola de sus caballos mientras realizan un viaje. Hay

motivos para suponer que esto es solamente un *jeu d'esprit*, el cual, sin embargo, estaría muy en carácter con las gentes a cuya costa se ha hecho.

EMERIC ESSEX VIDAL.

CARROS AGUATEROS

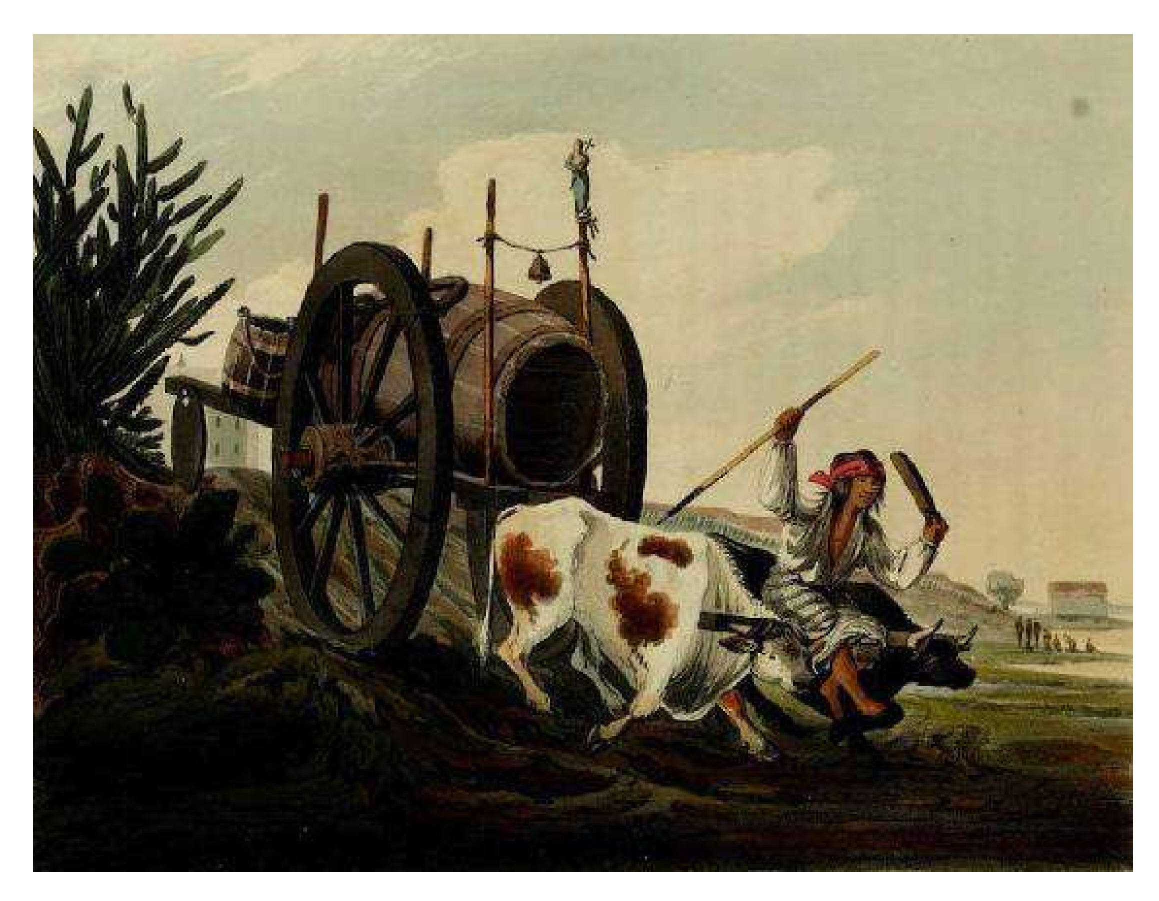
1819

Los alrededores de Buenos Aires y, en verdad, todo el Paraguay, se puede decir que forman una vasta llanura, tan nivelada, que Azara considera, mediante la observación actual, que en un espacio de más de seis grados, el curso de los ríos del Paraguay no desciende más de un pie en cada legua marina de latitud. Una consecuencia de esta formación es que el país nunca puede ser irrigado por canales artificiales y que no pueden adaptarse molinos de agua ni ningunas otras máquinas hidráulicas. Tampoco admitirá ningún acueducto para una fuente, porque el agua de los ríos y de los pequeños arroyos sólo tiene la caída requerida para hacerlos correr, sin que se note ningún lugar más bajo que otro, siendo el todo horizontal. Buenos Aires y otros pueblos están situados sobre ríos, y, sin embargo, sin la ayuda de máquinas a vapor sus habitantes jamás podrán obtener agua, ya sea con propósitos útiles o decorativos.

La primera cosa, por lo tanto, que generalmente llama la atención de un extranjero al desembarcar, es el carro del aguador. Estos carros trabajan todo el día, excepto durante el calor del verano, cuando trabajan por la mañana y la tarde, y toda la ciudad se abastece de agua por intermedio de ellos; porque los pozos, a pesar de ser numerosos, no producen más que agua mala, sucia, impropia para la cocina; el número de estos carros es, en consecuencia, considerable.

El casco es, comúnmente, una pipa o un tonel, sostenido sobre ruedas de ocho pies de altura, para permitir que los carros entren hondo en el agua, que debe recogerse tan limpia como sea posible. El balde contiene

unos cuatro galones, y cuatro veces esta cantidad extraída del carro y depositada por el aguador en el patio de la casa donde se tiene una pipa para este propósito, cuestan medio real. El pedazo de cuero que cuelga de la parte trasera del carro, se coloca en el suelo para conservar limpio el balde, mientras éste se llena por medio de la manguera adherida a la parte posterior del tonel.



Carro aguatero. (*Según E. E. Vidal, 1820*).

La construcción de estos carros es curiosa, no usándose ningún hierro en ella. Están construidos de dura madera paraguaya; tres largas vigas y dos cruzadas componen la armazón, que está sujeta mediante clavijas de madera. La viga del centro, como en todos los otros carros, es bastante larga como para servir de pértiga y a su extremo, atada con tientos, está una gruesa viga cruzada con una hendidura a cada lado, donde se atan los cuernos de los bueyes. En este país, esos animales tiran solamente de los cuernos y sería de lo más humano que éste fuera su único sufrimiento.

La desventura dé los bueyes de los carros aguadores, está más allá de toda descripción; cargados o no, el conductor se sienta en la pértiga, por la cual tiran y con la garrocha (picana) en una mano y un gran mazo (macana) de madera, en la otra, nunca cesa, en invierno cuando los caminos son malos y el lodo es hondo, de pinchar sus costados y golpear sus cuernos…

Los carros aguadores están provistos de una campana para anunciar su llegada; y en este caso el conductor ha colocado su santo (un muñeco) en lo alto de uno de los palos.

No es improbable que este modo inconveniente de suministrar a la ciudad una de las primeras necesidades para la vida y la salud continúe, hasta que algún inglés comprendedor demuestre la practicabilidad de un método menos caro e indefinidamente menos incómodo.

EMERIC ESSEX VIDAL.

EL MATADERO DEL SUD

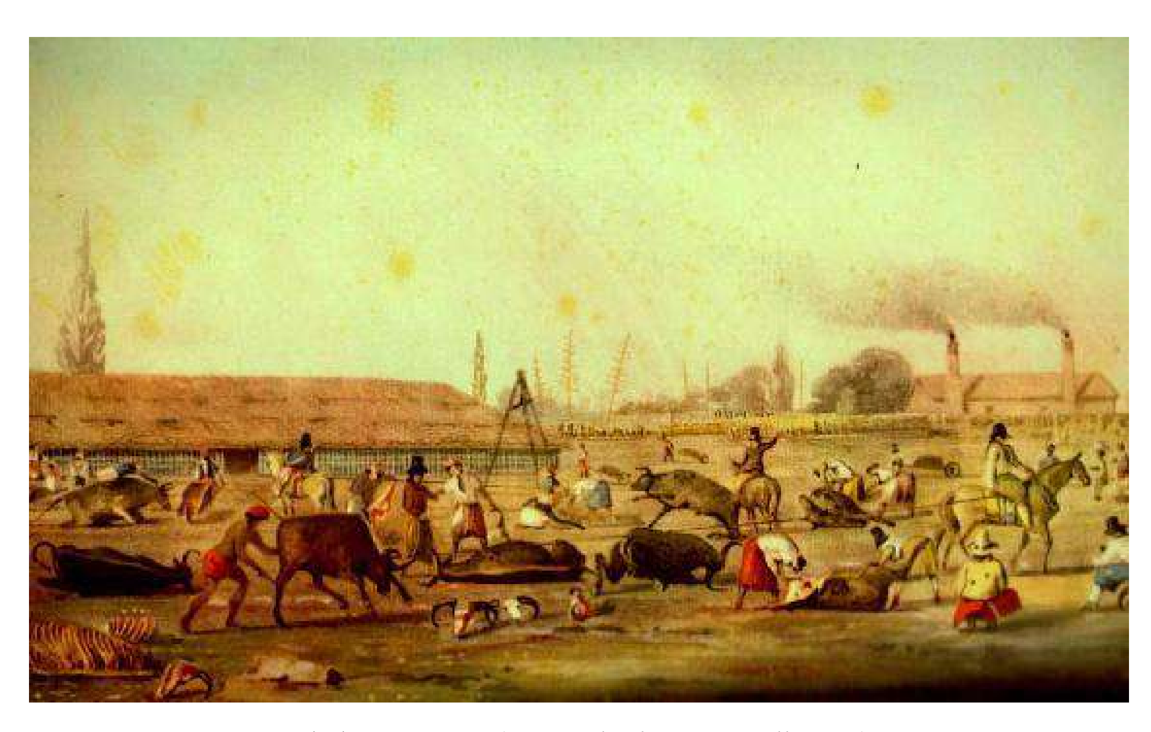
Existen en Buenos Aires cuatro *Mataderos* o carnicerías públicas, una en cada extremo y dos en el centro de la ciudad.

Para un extranjero, nada es tan repugnante como la forma en que se provee de carne a estos mataderos. Aquí se matan los animales en un terreno descubierto, ya esté seco o mojado, en verano cubierto de polvo, en invierno de barro. Cada matadero tiene varios «corrales» que pertenecen a los diferentes carniceros. A éstos son conducidos desde la campiña los animales, después de lo cual se les permite salir uno a uno, enlazándolos cuando aparecen, atándolos y arrojándolos a tierra donde se les corta el cuello. De esta manera los carniceros matan todas las reses que precisan, dejándolas en tierra hasta que todas están muertas y empezando después a desollarlas. Una vez terminada esta operación, cortan la carne sobre los mismos cueros, que es lo único que la protege de la tierra y del barro, no

en cuartos, como de costumbre entre nosotros, sino con una hacha, en secciones longitudinales que cruzan las costillas a ambos lados del espinazo, dividiendo así la res en tres pedazos largos que son colgados en los carros y transportados, expuestos a la suciedad y el polvo, a las carnicerías que se hallan dentro de la Plaza.

Los restos se dejan desparramados sobre el suelo, y como cada matadero es atravesado por una carretera, esto significaría una molestia intolerable, especialmente en verano, si no fuera por las bandadas de aves de rapiña que lo devoran todo y dejan los huesos que quedan completamente limpios, en menos de una hora, después de la partida de los carros. Algunos cerdos afortunados comparten con los pájaros lo que queda en tierra, y cerca de los mataderos existen crías de cerdos que se alimentan exclusivamente de las cabezas e hígados de las reses muertas. No hay nada tan repugnante como el aspecto de los corrales donde se guardan estas bestias; en efecto, es tan asqueroso, que todos los extranjeros que viven cerca se convierten en judíos, por lo menos en lo que se refiere a su aversión a la carne de cerdo.

....



Saladeros, 1831. (*Acuarela de C. H. Pellegrini*).

Las aves de rapiña, que tan importantes servicios rinden al devorar en grandes cantidades los desperdicios de las reses, que de otra manera macularían la atmósfera, son parecidas a la gaviota, con las patas y el pico amarillos, el lomo azul y el resto del cuerpo de un precioso blanco. Estas aves no solamente frecuentan los mataderos de Montevideo y Buenos Aires, sino también los lugares públicos de esas ciudades, donde recogen todos los despojos que encuentran. También puede vérseles en inmensas bandadas por la playa, siempre que las olas arrojen a ella el cadáver de alguna ballena o cualquier otro pescado. Algunas veces abandonan la costa y se internan hasta cien leguas al interior, atraídas por las osamentas y montones de carnes que se dejan podrir en los campos y llanuras.

EMERIC ESSEX VIDAL.

FIESTAS PATRIAS EN PARANÁ BAJO EL GOBIERNO DE MANSILLA

1822

....

Las tropas quedaron en sus puestos con las armas en pabellón y el concurso se retiró hasta las nueve de la mañana.

A esta hora se cubrió la carrera de nuevas avenidas de pueblo, y el señor Comandante general, con todo el mismo acompañamiento que la tarde anterior, condujo al señor Gobernador, por entre las filas de las tropas, a la iglesia Matriz, donde hubo una función solemne de misa y Tedeum acompañada de salvas repetidas con la mayor pompa y lucimiento. Predicó en ella el presbítero don Ignacio Luis Moreira, emigrado del Paraguay, y se hace un esfuerzo para que la prensa publique también esta oración donde fueron vertidos los sentimientos más religiosos y patrióticos con general aceptación de todo el concurso; ellos inspiraban doble interés por el despejo elocuente y entusiasmo del orador.

Concluido este acto de religión se hizo una salva de ordenanza al retirarse el gobierno.

Por la tarde, volvió el mismo acompañamiento a reunirse y se condujo sobre el tablado que estaba dispuesto en la plaza principal, donde se sortearon varias suertes de socorro a las viudas de los señores oficiales y soldados que han muerto en las diferentes acciones de guerra que anteriormente se han tenido…

La danza volvió a figurar sobre el tablado y el señor Gobernador se retiró ya de noche, con una vistosa iluminación.

A la hora de la retreta se reunió el mismo concurso en la casa del gobierno; se sirvió un refresco a las señoras convidadas y terminó el día con un baile.

El 26 por la tarde fueron recibidos y juramentados los nuevos alcaldes constitucionales de la villa y de los dos departamentos, número 1 y número 2…; figuró la danza en el tablado, donde se había ejecutado aquel acto con toda la publicidad que ofrecía un numeroso concurso y hubo una orquesta y refrescos para los señores nuevos alcaldes, jefes y vecinos que acompañaban al señor Gobernador.

La danza con la música recorrió algunas casas particulares y terminó en la última con un baile.

El 27 se dispuso un campamento general de las tropas, en el Parque, a un extramuro de la villa, y el concurso voluntario de todos los señores del Paraná animó de un modo inesperado aquella reunión, manifestando esta vez más el interés positivo con que miran la reforma y dejando al gobierno seguramente satisfecho y agradecido de su interesante cooperación.

Es muy lisonjero en este respecto poder asegurar lo que todos han visto con sorpresa, y es que han salido a luz esta ocasión señoras y familias, las más recogidas, y para quienes, en algún tiempo, bastaba decirse «una función del gobierno» para sostenerlas en un retiro todavía más oculto que en el que vivían. La actual administración debe contar entre sus mejores triunfos el haber persuadido a esta parte tan recomendable de la sociedad, que estamos en el reinado de la libertad, del orden y de la decencia y que el bello sexo tendrá en todas ocasiones los homenajes y tributos de la estimación y del respeto que les son debidos.

Así se ha festejado por primera vez el 25 de Mayo en la capital de Entre Ríos y han sido iguales el regocijo y las fiestas por todos los pueblos, de la Matanza, Nogoyá, Gualeguay, Gualeguaychú, Mandisoví y con especialidad en la Concepción del Uruguay…

El 25 y 26 dió el gobierno banquete de a cincuenta cubiertos, alternando los concurrentes para facilitar el servicio conforme a las circunstancias del país. Fueron muchos y varios los votos que en ambos se expresaron en los brindis. Nosotros recogemos los principales:

El señor Gobernador: Por la paz de las provincias y la más pronta libertad de los pueblos oprimidos y subyugados.

El doctor Obligado: Al 25 de Mayo y que el sol de este día sea por todas partes y en todos tiempos el iris de nuestra unión y las negras pasiones huyan lejos de nosotros al resplandor de sus rayos.

El señor Morel: Al Honorable Congreso de la Provincia: sus miembros son los padres de la libertad y del orden en el territorio.

El señor Soler: Al señor Gobernador Lucio Mansilla. Él es el defensor generoso de los derechos de estos pueblos, el enemigo de la ignorancia, de la anarquía y de la guerra civil; el firme apoyo de la libertad, de la decencia, de las luces y de la paz; que concluya felizmente la gran obra que ha principiado y su nombre pase a las generaciones venideras con el reconocimiento de los pueblos.

El señor Solas: A los beneméritos gobernadores de las provincias limítrofes, Buenos Aires, Santa Fe y Corrientes.

El señor Agrelo: A los señores comandantes de los departamentos de Paraná y el Uruguay, don León Solas y don Pedro Barrenechea.

El señor Calderón: A los señores jefes de la fuerza veterana de la provincia, don Andrés Morel, don Francisco Antonio Pereyra y don Fructuoso Sosa.

El señor doctor don Juan Francisco Seguí alternó todos estos brindis con diferentes poesías del mejor gusto y entusiasmo que sentimos no tenerlas para insertarlas.

El señor Cáceres:

Al héroe libertador

De este suelo Entre-Riano,
Por su esfuerzo sobrehumano,
Por su constancia y valor,
            Honor.

Que de América la historia
Patentice su virtud,
Y la eterna gratitud
Que deben a su memoria
            Y gloria.

Pues al ver el país que brilla
En orden tan delicioso,
El mismo Marte gozoso
Se inclina desde su silla
            A Mansilla.

A todo tirano humilla
Su energía y decisión,
Digamos pues en unión:
¡Honor y gloria a Mansilla!

(Del *Correo Ministerial* de Paraná, junio de 1822).

DON DOMINGO DE ORO Y EL GENERAL MANSILLA

1822

Hablando de don Domingo de Oro, las anécdotas se subieren las unas a las otras. Aquí va una para empezar. Era en el Paraná, allá por 1822.

Habla el gobernador Mansilla[8]:

—Oro, ¿quiere que salgamos a dar una paseíto a caballo?

—Gracias…

—¡Vamos, hombre!

—No, prefiero quedarme aquí.

—Se va a aburrir mucho.

—¡Eh! menos quizá que yendo con usted que todo se lo habla a la ida y a la vuelta como en estos últimos días…

—¡Ah! era eso…

—Naturalmente, yo también tengo lengua.

—Bueno, vea, hagamos un trato entonces.

—¿Cuál?

—A la ida llevaré yo la palabra y a la vuelta la tendrá usted.

—Así sí, acepto, vamos…

Y partieron… Y las cosas pasaron así, y así siguieron unos días, hasta que una tarde, en el lugar donde poco más o menos mi padre acostumbraba decir: *Regresemos*, se hallaba una escolta con caballos de muda.

—Y qué, ¿vamos a seguir?…

—A la ida llevo yo la palabra…

Oro se mordió los labios… Tres días y tres noches transcurrieron hasta llegar al Arroyo de la China (ahora Concepción del Uruguay). Después de algunas horas de descanso allí, en mejores camas que las del camino, de algunas visitas oficiales y otras yerbas, mi padre mandó ensillar, y al poner el pie en el estribo exclamó: «¡Lo dicho, dicho! Ahora, amigo, tiene usted la palabra hasta el Paraná»…

(*Mis Memorias*, pág. 4.)

LUCIO V. MANSILLA.

LOS DIPUTADOS ORIENTALES EN SANTA FE

1823

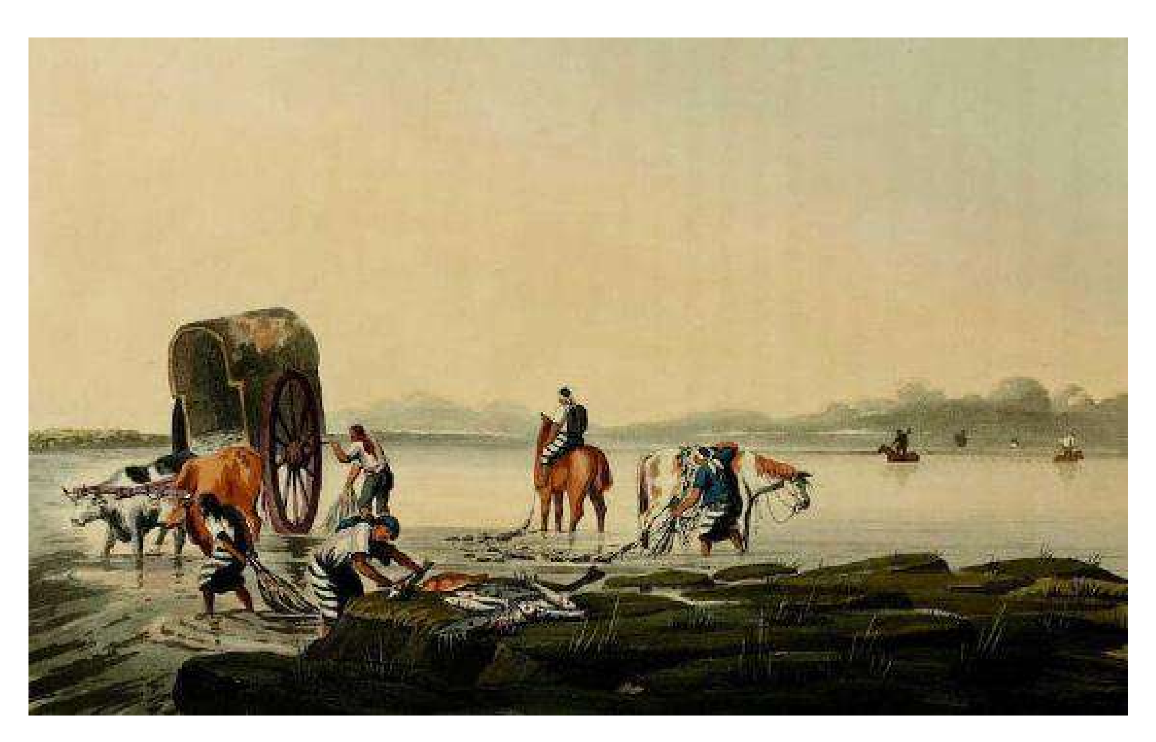
....

En la noche de este día (5 de mayo) y siguientes, fué iluminado el Cabildo y los señores diputados, acompañados de algunos señores del pueblo, dieron música a los… que habían asistido a la Junta expresada, no pudiendo hacerlo con todos, porque en las casas a que fueron se les detuvo en agasajos y refrescos a que no se podían excusar. El 9 fueron convidados por el Cabildo a comer en la Casa Capitular, a que asistieron los señores gobernadores de esta provincia y el de Entre Ríos, la Honorable Junta de Representantes, todas las corporaciones, los jefes de la guarnición y lo más selecto del vecindario. La mesa fué ostentosa y servida con magnificencia mientras la cual alternaban las músicas militares y la de un hermoso Fuerte Piano tocado a cuatro manos. Hubo muchos brindis dignos de inmortalizarse en la memoria, pero no ha sido posible conservar más que los siguientes…:

El señor doctor Seguí, Ministro en todos Ramos:

Al fin llegó el día dichoso
Que reunidos los paisanos
Cual dignos americanos
En unión tengamos gozo.
Nuestro estado es asombroso
A quien sepa comparar,
Desde que entró a gobernar
López, el héroe guerrero,
Grite el auditorio entero
¡Viva! y su gloria inmortal.

El señor Diputado don Domingo Cullen: López: ciudadano, general, libertador. Sus sentimientos patrios y virtudes cívicas, le dan el primer título; sus victorias y hechos heroicos en el campo de Marte defendiendo los derechos del hombre, le consignan el segundo; la paz, la libertad e independencia de que hoy gozan las provincias hermanas a virtud de sus nobles esfuerzos, le tributan el tercero. ¡Por el general López!



Pescadores. (*Según E. E. Vidal, 1820*).

El señor don Pascual Echagüe: ¡Honor sea para siempre dado a vosotros! ¡Oh nobles Republicanos! dignos representantes del heroico pueblo de Montevideo.

Vosotros habéis dejado vuestros bienes y vuestra patria para no gemir más tiempo bajo el yugo de una dominación extranjera y buscar, entre las provincias hermanas, arbitrios para salvarla. Esta separación momentánea ha llenado de temor el alma del tirano. Millares de vuestros conciudadanos que os han quedado fieles, aunque en una sumisión aparente, esperan vuestro regreso como el término de sus males. Que él sea feliz: que entonces podáis decirles que el odio a la esclavitud fermenta en todos nuestros corazones, que detestamos al opresor y que los criminales esfuerzos de algunos hijos desnaturalizados que se han unido, no serán bastante eficaces para retardar por más tiempo el momento propicio, el día de la venganza, el día de la Libertad.

El señor Diputado don Román Acha: Dignos representantes de esta heroica provincia, que fuera emulación de Roma misma si Roma en sus triunfos aún se viera, admitid benignos estos votos a vuestra grandeza y felicidades dirigidos y permitid que, envidiando vuestras glorias, os salude con el renombre de libertadores del Oriente.

El señor Pascual Echagüe: Por la heroica resolución del pueblo oriental para restituirse al goce de sus sagrados derechos, de estos derechos, base común, base eterna de toda asociación política, de estos derechos, en fin, sin los cuales le es imposible a la especie humana conservar su dignidad ni gozar tranquilamente de los favores de la naturaleza. Que el triunfo corone sus esfuerzos y que sus resultados sean honor y gloria para la América.

Don Juan Vázquez, secretario de la Diputación:

Mansilla, por tu salud
Va a beber este oriental,
Apuro pues yo el cristal
Y sea tuya su virtud.
Así esgrima tu segur
En el campo de la gloria
Y nos borre de la historia
Hasta el nombre del Barón,
Mereciendo a tu bastón
El Oriental su victoria.

....

Habiendo los señores diputados oficiado al señor Gobernador felicitándole por el patriotismo que su provincia manifestó en la reunión del 8, analizando las victorias de Su Señoría, invitándole a las de la Banda Oriental y solicitando su decisión, oficialmente les contestó el 11 agradeciendo sus elogios, protestando con las expresiones más decididas hacer dura guerra a los enemigos de Montevideo hasta exterminarlos totalmente y disponiendo que las combinaciones y tratados conducentes al suceso, se celebrasen con su ministro en todos ramos, doctor don Juan Francisco Seguí, plenipotenciándolo para el efecto.

Después de algunos oficios se reunieron, el 13, la diputación y el plenipotenciado en la Sala Consistorial y sin trepidaciones por ninguna de las partes contratantes, acordaron en ocho capítulos, los tratados con que Santa Fe se compromete a hacer la guerra…

El 14 ratificó los tratados el señor Gobernador y el 15 lo verificó también la Honorable Junta de Representantes de la Provincia.

El mismo día el Ilustrísimo Cabildo envió dos regidores a convidar a los diputados para un sarao que les preparaba para el 16 en la Sala Capitular. En la noche, la casa de los diputados fué toda iluminada con lucido esplendor y una armoniosa música de viento demostraba la… alegría de que sus corazones estaban poseídos. Allí concurrieron a felicitarlos, el señor Gobernador con su oficialidad y Ministro, los señores de la Honorable Junta, los del Cabildo y un gran número de vecinos de los más respetables de la ciudad con algunas señoras, todos los que fueron obsequiados con un decente refresco, siendo tal el concurso y la conmoción lisonjera del pueblo, porque había llegado el día de salvar a Montevideo de sus opresores, que hasta los caciques que se hallaron en la ciudad, concurrieron a brindar amistad y servicios a los diputados.

El 16, en la tarde, el señor don Luis Aldao, vicepresidente de la Honorable Junta, convidó a los diputados a una merienda en su casa de campo, a una milla de la ciudad, donde apartando el orden de etiqueta, es muy de notar el de amistad estrecha que amenizó aquella jornada que fué decorada también con la presencia de los señores gobernadores… y los señores principales del pueblo en todos los que brillaba la más satisfactoria y sencilla amistad.

A las ocho de la noche se dió principio en el Cabildo al baile al que asistieron los señores ya referidos en otras reuniones. Mas el concurso que no podrá expresarse jamás tan dignamente como merece, es el del bello sexo: sus gracias naturales, las de sus ricos trajes, sus habilidades en la variedad de danzas y su amable expresar, todo formaba un espectáculo el más embelesante y digno de alabar, pues parecía que fuera una reunión escogida para ostentar Santa Fe los extremos hermosos con que naturaleza decora el globo y con que América excede a Georgia y a Circania. Después de las diez pasaron las señoras a otra sala donde había un suntuoso ambigú enriquecido con el mejor gusto y abundancia de licores y dulces exquisitos, adornado armoniosamente de arcos alrededor… provistos de aparadores que los surtieron completamente hasta el amanecer. Apartadas las señoras, llegaron los convidados, y los señores del Cabildo presentaron

a los diputados un precioso sol de Oriente que coronaba el ramillete del centro, al mismo tiempo que otros de la misma corporación tomaban trofeos militares… y dieron uno al señor Gobernador y otro al señor Coronel de Buenos Aires don Juan Manuel de Rosas. El señor Diputado don Domingo Cullen, que recibió el sol, lo dedicó a la señora doña Josefa Rodríguez, esposa del señor Gobernador, diciéndole: «Que esto y la victoria en Oriente sobre nuestros opresores, saluden a vuestro digno consorte para que así con toda la efusión de nuestros gratos corazones, podamos consagrarle el dulce título de nuestro Libertador».

(«Diario de Juan Vázquez Feijóo. Misión Oriental en Santa Fe. 1823». Publicado por Ariosto Fernández. *Revista Histórica*. Publicación del Archivo y Museo Histórico Nacional, t. XII. Montevideo, 1924).

HOSPITALIDAD CORDOBESA

1825

Al llegar a la falda de un cerro, vino un chasque despachado para saludarnos a nuestro arribo. Más adelante del camino se había apostado la familia de nuestro compañero de viaje, con carruajes para llevarnos de nuestro pesado vehículo a la ciudad. Nueve años habían pasado desde que mi amigo sudamericano había visto a sus parientes y el encuentro, en consecuencia, fué más ardiente y afectuoso de lo usual; es imposible describir el sentimiento de ambas partes. El modo de dar la bienvenida en esta ocasión consistió, entre los hombres, en más del apretón de manos inglés y no del todo igual al efusivo abrazo paternal francés con beso en la mejilla, sino en una mezcla de ambos.

Proseguimos con nuestros nuevos amigos, los Lozano, y pronto, haciendo ruido sordo por las calles, llegamos a su casa. Pasadas las ceremonias bondadosas de bienvenida, se nos mostraron nuestros cuartos, donde nos vestimos para la comida. En seguida fui presentado al jefe de la familia. Después de esta presentación se observaron todos los

cumplimientos peculiares de Sudamérica y me abrumaron con pedidos de tomar de todos los manjares puestos en la mesa, cuyo número era inconvenientemente crecido, y también profuso. La compañía, compuesta principalmente de hombres, y entre ellos dos santos padres, era agradable y bien educada. La señora y cuatro señoritas, sus hijas, dieron pruebas zalameras del fino *savoir faire*, buen manejo y prosperidad de la casa Lozano. El café sucedió al postre abundante, y luego todos de ambos sexos se retiraron a la sala. Las jóvenes, poco después, nos entretuvieron con música excelente. No puedo menos de mencionar aquí un ejemplo de la tiesura y reserva de las antiguas maneras españolas, que todavía se observan en el continente sudamericano, donde las costumbres inglesas no se han adoptado, lo que sucede generalmente cuando se establece trato entre personas de las dos naciones, aunque sea en grado limitadísimo. Cuando ofrecí el brazo a una de las señoritas para acompañarla al comedor, pareció abrumada por el asombro, y aun chocada, a juzgar por la expresión del rostro. Su hermano, mi reciente compañero de viaje desde Buenos Aires, inmediatamente le explicó la rudeza aparente de mi conducta, informándola que ahora se consideraba señal de fina atención hacia una dama, tanto en Buenos Aires como en Inglaterra, y que se practicaba generalmente. La joven miró primero a uno de los padres presentes, tío suyo, después a la madre, quien meneó la cabeza. Sentime un zopenco, y me excusé lo mejor que pude, cuidándome en adelante de no hacer cumplimiento semejante a ninguna dama cordobesa. Sin embargo, antes de dejar esa ciudad hospitalaria, no era raro ver damas y caballeros del brazo por las calles, innovación terrible de las antiguas costumbres españolas. Por este tiempo, no tengo duda que el extraño espectáculo de señoritas paseando en fila precediendo a la mamá, pasó completamente de moda, para horror de padres y dueñas y de todos los enemigos de innovaciones, y para la destrucción del «orden social», según las nociones de los antiguos dominadores del país.

Los primeros pocos días de mi llegada a Córdoba los ocupé, principalmente, en visitas de cumplimiento al gobernador, coronel Bustos, y a las familias y personas principales de la ciudad. La más viva satisfacción se mostraba en todas partes por el arribo de agentes ingleses

con propósito confesado de trabajar minas largo tiempo abandonadas. Nuestra recepción por el gobernador fue de aquel carácter, tan distintivo de los españoles en las ocasiones más triviales. Al manifestarle el objeto de nuestra misión, entró a considerarla con toda la gravedad debida, mientras nos prometía todo el peso de su influencia en favor de la Compañía.

JOSÉ ANDREWS.

(*Viaje de Buenos Aires a Potosí y Arica en 1825 y 1826*. Trad. de Carlos A. Aldao. Buenos Aires, 1928).

LA ALAMEDA DE CÓRDOBA

1825

La Alameda está en un extremo de la ciudad. Es paseo agradabilísimo, el mejor que he visto en Sudamérica. Su forma es cuadrada, con avenidas regulares de árboles y bancos de piedras entre ellos. Hay un lindo lago en el centro, y también un templete o pabellón, al que con frecuencia van grupos de gente para hacer paseos de campo. Además de las numerosas damas preciosas y caballeros que allí se pasean, en las tardes deliciosas de aquella clara latitud, hay un fondo de entretenimiento para el extranjero curioso, mirando los grupos de mujeres que desde los suburbios acuden allí por agua. Allí crujen sus bromas y dan gusto a la murmuración, y luego se alejan con grandes cántaros en la cabeza, de formas elegantes y hechos con arcilla del país. Aunque llenos hasta el borde, se manejan para que jamás se derrame una gota; sin embargo, la base de la vasija es cónica y va metida en un pasquín. Cuando están vacíos tienen costumbre de llevarlos de costado, lo que, de lejos, da el aspecto de soldados con gorras de cazadores.



Danza picaresca en Córdoba. (*Grabado en Londres, 1865*).

Una observación común de los viajeros, en ninguna parte se manifiesta mejor que en Córdoba: ésta es que los movimientos graciosos y la flexibilidad del cuerpo humano siempre guardan proporción con la exuberancia del clima. Los individuos del grupo abigarrado que visitan la Alameda poseen una simetría que las damas de nuestro clima boreal bien podrían envidiar, y eso sin la molestia de ajustarse. Su porte y maneras concuerdan con la elegancia de sus formas, y nunca están constreñidas, siendo estrictamente naturales. Las damas cordobesas son versadas en el uso de sus lindos ojos, que saben manejar con efecto terrible. Practican lo mismo el anticuado ejercicio del abanico con tanta perfección como sus vecinas las porteñas, teniendo mucho mejor teatro en la Alameda para desplegar su aprovechamiento en él. La banda del gobernador toca en la explanada desde las cuatro hasta el oscurecer, durante lo que puede llamarse aquí estación de moda, cuando las veredas están siempre muy concurridas y los bancos presentan aspecto de palcos de ópera vestidos de gala. Una mantilla de la fabricación más costosa posible, prendida a un ingenioso nudo de Berenice en la corona de la cabeza, juega con una

negligencia de Madona en el rostro y cuello, que oculta a medias, mientras sombrea y da interés adicional a las formas y facciones más hermosas. Nunca se ve sombrero o bonete sobre la cabeza de una dama, excepto cuando viste de amazona en que siempre aparecen, para mayor desventaja, zafias y rústicas. Un par de petimetres porteños llegó a Córdoba durante mi estada y mucho contribuyeron para alegrar la ciudad. Una serie de bailes y tertulias diéronles oportunidad de distribuir sus favores con liberalidad que asombró a los cordobeses. Estos caballeros eran representantes de una compañía de Buenos Aires, constituida para procurar el monopolio de las minas de Famatina y otras.

JOSÉ ANDREWS.

LA CÁMARA DE REPRESENTANTES DE TUCUMÁN

JULIO DE 1825

Mi llegada a Tucumán, con el confesado propósito de dar impulso a tareas mineras, debía chocar con el interés levantado por la comisión de Buenos Aires. Así se explica que una poderosa influencia partidaria se pusiese en movimiento para deshacer mis proyectos, y que un contrato, que se hubiera terminado perfectamente en una semana, tardara un mes. En el curso de estas tramitaciones, tuve ocasión de trabar relación con todo lo más distinguido de la ciudad, y pude llegar al convencimiento de que los tucumanos están dotados de talento y condiciones naturales, verdaderamente superiores. La discusión que se produjo en la cámara respecto a cláusulas ya convenidas entre el Ejecutivo y yo, pero cuya definitiva aprobación correspondía a esa corporación, dió lugar a un despliegue de talentosa oratoria, en la cual no sabía qué admirar más, si la

elocuencia y el decoro y elevación de los argumentos, nunca mezclados con pasiones o intereses personales.

Sin embargo, los enemigos del gobernador se opusieron al contrato proyectado por el Ejecutivo, por simples desavenencias personales; los partidarios del comisionado de Buenos Aires, igualmente, por razones de egoísmo, mientras los sacerdotes, con el mismo propósito, encuadraban sus argumentos en el vulgar terreno de la exclusión extranjera. En cambio, el grupo de liberales e independientes deseaba ardientemente seguir el ejemplo de Buenos Aires y admitir los ingleses a participar de los mismos derechos reconocidos por un tratado de comercio tal cual había hecho aquella ciudad. Durante estas sesiones, un viejo jesuíta que, según se decía, era el único que quedaba en el país, se presentó en la Cámara de Representantes y de rodillas rogó a los miembros, con el mayor fervor, pidiéndoles que, si en algo estimaban sus bienes, esposas e hijos, o si algún respeto tenían por la sagrada religión, pusieran punto final a toda innovación y se negaran a permitir la entrada de ingleses herejes. Agregó que, con el pretexto de asuntos mineros, jugarían la misma partida que en la India y subyugarían el país entero. Pero la Cámara, a despecho de los sostenedores de la sabiduría de los antecesores y de los eclesiásticos, colocó la situación en terreno lógico y encuadrada en las sanas consideraciones morales de que «cuanto antes vinieran los ingleses a establecerse entre ellos, más pronto resultaría beneficiada la colectividad, con sus costumbres industriosas y ejemplos saludables». Sin embargo, fué necesario conciliar las opiniones, retirando los artículos susceptibles de objeciones.

La manera de discutir, en la Cámara de Tucumán, era diferente de la que había visto en otras partes. Sus miembros no deliberaban sentados. El orador, una vez obtenido el uso de la palabra, avanzaba hasta colocarse frente a la presidencia, a la que se dirigía en forma bastante parecida a la de nuestra Cámara de los Comunes, hablando luego con un aire de independencia y franqueza muy agradable para un inglés acostumbrado a la libertad del debate. Uno de sus miembros, abogado, era el más hábil de los opositores al gobierno. Hablaba con un arresto y vehemencia tal, que me hacía recordar precisamente a Fox, con el agregado de que había

infinitamente más gracia en sus maneras y más delicadeza en su entonación que en aquel gran orador. Jamás olvidaré la figura de aquel viejo delgado y canoso, de toscos cabellos, rígidos cual cerdas, mientras lanzaba como rayos sus argumentos de oposición al gobierno. El nervio y vigor de su rápida oratoria, contrastaba admirablemente con las fáciles, elegantes y persuasivas maneras del doctor Molina, quien contestábale más con argumentos y con declamaciones y con un despejo y aplomo tal, que no sería superado en ninguna asamblea europea. Pude también observar varios otros diputados con brillantes condiciones oratorias y dignos de figurar en primera fila en cualquier Senado. El asunto a que estos debates se referían se juzgaba de suma importancia para el país y no se le dió curso en la Cámara hasta tres semanas después de su presentación. Contrariando la costumbre establecida, se citó a los debates a todo el mundo, con el fin de conocer su manera de pensar al respecto. Tenía por objeto esta medida conocer las diversas opiniones que se emitieran sobre el asunto, para llegar así a una conclusión correcta y justa y evitar posibles divergencias con el pueblo y aun entre ellos mismos. Terminada que fué la discusión, se puede decir que el contrato fué aprobado en los estrados de la Cámara de Representantes por los principales ciudadanos de la provincia, adquiriendo así un carácter más honroso y respetable que muchos otros.

JOSÉ ANDREWS.

UN GOBERNADOR DE ENTRE RÍOS EN 1826

CONCEPCIÓN DEL URUGUAY
1826

El día en que llegó el gobernador fueron llamadas las milicias y revistaron con sus mejores atavíos (uniforme militar no tenían ninguno) e hicieron todas sus maniobras con gran *éclat*. Éstas se reducían a marchar en línea

unos veinte pasos adelante, hacer un giro a la derecha y contramarchar. Un cañón de bronce, de a cuatro, estaba atado al poste frente a nuestra prisión, para hacer una salva cuando llegara el gobernador y se dió orden de cargar todos los fusiles de la milicia; por suerte, durante todo el día anduvieron en busca de cartuchos infructuosamente y la llegada del gobernador fué sin el proyectado *feu de joie*. Fué anunciada solamente por la referida marcha y contramarcha y por los sones discordantes de un violín (hendido) y el batir de un tambor que no dejaron de tocar en toda la noche. En la mañana siguiente tuve la satisfacción de ver quién era el causante de todo este alboroto, es decir la persona del gobernador, [Don Vicente Zapata], Salía a caballo con su secretario y un oficial, ataviado este último con un llamativo uniforme militar. El gobernador vestía muy sencillamente con una chaqueta azul y calzones con adornos de plata. Era un hombre corpulento, de modales afables y se mostró muy benévolo con nosotros.

J. A. B. BEAUMONT.

JOHN A. BARBER BEAUMONT. — Hijo de John Thomas Barber Beaumont, y ambos socios y dirigentes de la Rio de la Plata Agricultural Association, fundada en Inglaterra (1824) por influencia de Rivadavia. Barber Beaumont vino al Río de la Plata en 1826 con un numeroso conjunto de colonos ingleses destinados a un campo adquirido por la compañía en la costa del Uruguay (Entre Ríos). La guerra del Brasil y el incumplimiento por parte de Rivadavia, de algunas medidas indispensables para la fundación de la colonia, trajeron el más completo fracaso de aquella empresa. Beaumont estuvo un año en Buenos Aires y realizó diversos viajes que se relatan en su libro *Viajes por Buenos Aires, Entre Ríos y la Banda Oriental*, vertido por primera vez al castellano por la Librería Hachette en 1957; traducción y notas de José Luis Busaniche y estudio preliminar de Sergio Bagú.

EL CORREO DE BUENOS AIRES

1826

El correo se encuentra bajo la superintendencia de un Director, y si bien es susceptible de grandes mejoras, realiza con bastante regularidad la distribución de la correspondencia. Toda la expedición al interior se hace a

caballo, y aunque el recorrido es de muchas leguas, por regiones casi desiertas, los correos son generalmente puntuales en su llegada. El correo de postas recibe las cartas en una maleta que se ata a la grupa del recado del guía, y se cambia en cada posta, porque en cada relevo de caballo se cambia también de guía o postillón. Los correos tienen el privilegio de poder exigir caballos a cualquier hora de la noche mediante lo cual pueden ganar el tiempo perdido durante el día; tienen también libertad para galopar en las calles de las ciudades, privilegio este último que no está concedido a cualquiera.

Usan los correos una chaqueta corta, generalmente roja, y su llegada a Buenos Aires, así como su partida, se anuncia por el postillón haciendo sonar una corneta de cuerno. A la llegada de los distintos correos, se exhibe en la oficina una lista de las cartas recibidas, que se fija en el patio, y a cada una se le agrega un número. Estas cartas recibidas son entregadas sin averiguar la identidad y previo pago del franqueo necesario. Cuando llega el paquete inglés, como las cartas son muchas y no permiten confeccionar con ellas una lista, son entregadas a las personas que responden al nombre del destinatario, previo pago de dos reales por cada carta. Con este procedimiento, ocurre a menudo que una persona, después de haberse dado de codazos durante dos horas, con la gente apiñada en las ventanas de la oficina, se informa de que no le ha llegado ninguna carta, y hay quien se retira después que, por inadvertencia, o a sabiendas, le han cobrado los dos reales por la entrega de la correspondencia.

El Director actual, a quien tuve el gusto de conocer, me dijo que había tratado de evitar este serio inconveniente enviando las cartas a domicilio, como se hace en Inglaterra, pero el descuido demostrado por los carteros ocasionó un daño mayor que la pérdida casual de alguna carta en el propio edificio del correo. Es de esperar, sin embargo, que el arreglo de los asuntos interiores pueda contribuir al progreso de la institución. Un suplemento de medio real o de un real para el cartero, compensaría con creces las horas perdidas y las luchas que uno se ve obligado a sostener generalmente en la ventana de la oficina.

J. A. B. BEAUMONT.

(*Viajes*, etc., pág. 111).

EL PRESIDENTE DON BERNARDINO RIVADAVIA

1826

Como podrá imaginarse, no dejé de reclamar la mediación del Presidente de la República y *soi-disant* amigo personal de nuestra familia, Don Bernardino Rivadavia, para salvar lo restante de nuestros bienes y para prestar a los emigrados la ayuda que les había sido prometida en las publicaciones que el señor Rivadavia hizo circular por toda Europa. Así que volví de la Ensenada, solicité una audiencia para entrevistarme con este personaje, la que me fue concedida, y e me fijó la hora en que habría de recibirme, Esta augusta ceremonia, bien merece una especial descripción.

A la hora indicada concurrí con toda puntualidad a ver al Presidente, a quien, para mi desgracia, había tenido ocasión de ser presentado en Londres y de conocer, por sus actos, en Buenos Aires. Al presentarme en la residencia de S. E., en el Fuerte, su *aide-de-camp* me recibió con uniforme de gala. Le entregué mi tarjeta y me pidió que esperara en la antesala hasta que S. E. pudiera recibirme; esta espera se prolongó por casi una hora, y durante este tiempo, el caballero de uniforme hizo todo cuanto pudo, muy seriamente, por averiguarme todo cuanto yo había visto en Montevideo. Hasta que, finalmente, alguien le comunicó que S. E. había quedado libre. El preguntante desapareció en seguida con mucha prisa y después de hacerme aguardar todavía un cuarto de hora, volvió para acompañarme a la sala de audiencia donde me dejó solo, esperando la llegada del Presidente. Pero como yo solamente esperaba ver al señor Rivadavia, a quien con tanta frecuencia había estrechado la mano, y con

quien había bromeado en la mesa de mi padre, no sentí como debía, quizás, el temor reverencial de su presencia.

El tintineo argentino de una campanilla en la sala contigua despertó mi atención, cuando he aquí que se abrió la puerta, con solemne lentitud, y vi al Presidente de la República, avanzando gravemente y en actitud tan majestuosa que era casi sobrecogedora. El estudiante, en *The Devil an two sticks* no habrá sentido, a la apertura de la redoma, la sorpresa que yo sentí al ver al señor Rivadavia.[9] El mínimo pormenor relativo a un grande hombre, resulta generalmente interesante para el público, por lo que no considero fuera de lugar una corta descripción de la figura y el continente de Su Excelencia.



Vale emitido en 1826.

Don Bernardino parece hallarse entre los cuarenta y los cincuenta años de edad; tiene unos cinco pies de alto y casi la misma medida de circunferencia; el rostro es oscuro, aunque no desagradable, y revela inteligencia; por sus facciones parece pertenecer a la antigua raza que en otros tiempos tuvo por morada a Jerusalem. Vestía una casaca verde, abotonada *a la Napoléon*; sus calzones cortos, si puede llamárseles así estaban ajustados a las rodillas con hebillas de plata; el conjunto de su persona no deja de parecerse a los retratos caricaturescos de Napoleón; y

en verdad, según se dice, gusta mucho de imitar a ese célebre personaje en aquellas cosas que pueden estar a su alcance, como el corte y color de su levita o lo hinchado de sus maneras. Su Excelencia avanzó lentamente hacia mí con sus manos unidas atrás, a la espalda; si esto último lo hacía también por imitar al grande hombre o para contrabalancear, en parte, el peso de la barriga, o para resguardar su mano del tacto impío de la familiaridad, son cosas igualmente difíciles de determinar y de escasa importancia. Pero Su Excelencia avanzó con lentitud, y con un decidido aire protector me dió a entender en seguida que el señor Rivadavia, de Londres, y don Bernardino Rivadavia, Presidente de la República Argentina, no debían ser considerados como una sola e idéntica persona.



Rivadavia. (*Según un óleo de Esquivel*). Museo Nacional de Bellas Artes.

Después de los estrictos saludos de rigor, me apresuré a exponer a Su Excelencia la penosa desilusión que los amigos de su país en Inglaterra debían esperar por el falseamiento de aquello en que habían puesto sus

justas esperanzas. Me tomé la libertad de recordarle sus promesas de ayuda eficaz y las expresiones de gratitud nacional que nos habían sido prodigadas en Inglaterra para inducirnos a exponer nuestros capitales y nuestra diligencia en la obra de promover la emigración hacia las playas argentinas. Le hice notar la mala aplicación que se había hecho del dinero y de las provisiones enviadas por nosotros como ayuda para los emigrantes elegidos para establecerse en nuestros campos. Le hice presente asimismo que no había podido obtener explicaciones del agente que, subordinado a los señores Lezica y Castro, había estado a cargo de los almacenes y retenía también, según lo creía yo, gran parte del dinero; le pedí que me ayudara a conseguir de estos señores por lo menos una rendición de cuentas y que me prestara su apoyo en el sentido de rescatar de sus garras el resto de nuestro patrimonio. También le expuse la esperanza de que él habría de inducir a su comisión de emigración a reembolsar lo adelantado por nosotros para el pasaje de los emigrantes con arreglo a los ofrecimientos anunciados y al contrato del señor Lezica. Porque siempre se consideró muy dudoso que los emigrantes hubieran de preferir quedarse en el establecimiento rural; se sabía que los altos salarios y otros atractivos de Buenos Aires les moverían a preferir la ciudad, y las instrucciones despachadas decían que, en caso de hacer eso, debía tolerárseles; y le pregunté cuándo daría la orden de pagar el dinero invertido en el pasaje, según su público ofrecimiento y las seguridades dadas en el contrato del señor Lezica, extendidas a doscientas familias. Mientras yo exponía estas cosas, sometiéndolas a la decisión de S. E., era frecuentemente interrumpido por él con preguntas de irritante frialdad:

—Y ¿cómo están las señoras?... Espero que su señora madre se encontrará bien... Su padre ha tenido poca fortuna en este negocio...

Cuando, a pesar de todo, se agotó el repertorio de las benévolas interrogaciones, alegó sus numerosos compromisos y me pidió que hablara con sus ministros; los ministros hablarían con él y también hablaríamos todos juntos después. Luego fué a la pieza contigua e hizo sonar su campanilla de plata. Cuando reapareció, venía acompañado por el señor Olivera, secretario del ministro Agüero, a quien fui presentado por él y a quien dijo que hiciera cuanto le fuera posible en mi favor. Pero, aunque

este caballero siempre se condujo con gran cortesía personal, ni de él, ni del Presidente, ni de ningún otro miembro del gobierno, pude conseguir el menor adarme de ayuda o reparación.

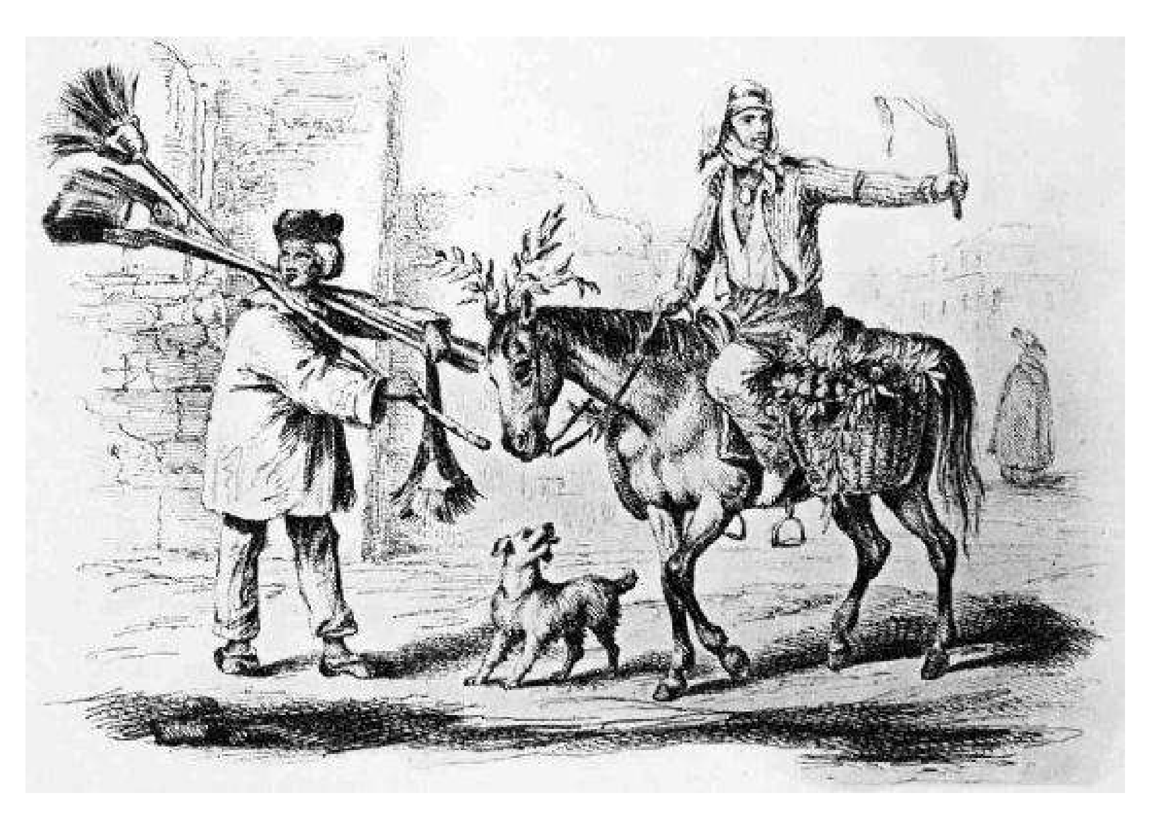
J. A. B. BEAUMONT.

(*Viajes por Buenos Aires, Entre Ríos y la Banda Oriental*. [1826-1827], pág. 187).

ASPECTOS DE BUENOS AIRES

1830-1835

El aspecto interior de la ciudad cambia tres veces por día: así como se muestra animado por la mañana y al atardecer, así también es triste y aburrido durante las horas de la siesta, es decir, de las dos a las cinco de la tarde, por lo menos durante el verano. En estas horas de reposo, las puertas se cierran, se suspenden los negocios, las plazas están desiertas y en las calles sólo se ve a los *changadores*, tendidos en las *veredas*, durmiendo después de la comida, hasta que el tráfico se reanuda. La ciudad carece en absoluto de atractivos en estos momentos de letargo, y lo que nos había encantado por la noche, lo que nos había sorprendido por la mañana, desaparece como tras una cortina para hacer lugar a la monotonía y al silencio de la muerte. En los mejores barrios nos damos con las puertas cerradas de las tiendas, puertas estrechas y feas con sus ventanucos enrejados, que se las tomaría por cámaras de locos; las rejas saledizas de las ventanas avanzan de tal modo sobre la acera que se hace imposible el paso de dos personas a la par; cada una de esas casas antiguas parece, en verdad, una prisión por la escasez de ventanas y el espesor de los barrotes. Lo que hubiera podido escapar al análisis en horas de circulación y tráfico, se ofrece en estos momentos con todo su ridículo y su fealdad propios, a lo que contribuye también, hay que decirlo, un resto de prevención nacional contra el extranjero.



Vendedor de escobas y naranjero. (*Según d'Orbigny*).

Las calles principales se hallan niveladas y pavimentadas desde el tiempo de Rivadavia, sobre todo en las proximidades de la plaza de la Victoria; pero si nos alejamos de ese punto central para visitar los barrios de la *Residencia*, de la *Concepción*, de *Monserrat*, de *Lorea*, de *San Nicolás* o de *Santa Catalina*, ya tendremos para asustarnos con la elevación de las aceras a lo largo de las calzadas o, más que calzadas, fosos profundos, fangosos e intransitables en tiempo de lluvia; los mismos que en tiempo de seca se hallan cubiertos de un polvo fino como la ceniza o contienen cabezas de vaca, de caballo y a veces toda la osamenta de esos animales, y ya será mucho que no nos cierre el paso el cadáver de un animal en estado de putrefacción.

Manzanas enteras en estos barrios están compuestas por cercos de tunas, por espaciosos corralones y casas bajas; la esquina está formada casi siempre por una *pulpería*, especie de tenducho y de taberna, a cuya puerta se ven los caballos de los gauchos, atados a un palenque, mientras sus dueños juegan al *monte*, a escondidas, aprovechando que los celadores duermen la siesta. Este juego del *monte* —que está prohibido— los

apasiona hasta jugarse la camisa. Ya podéis aprovechar esa ocupación de los gauchos para pasar inadvertidos si no queréis ser saludados con los epítetos groseros de *gringo, carcamán* o *cajetilla*.

Pero he aquí que la ciudad sale de su letargo. Ya están los changadores de pie; en las esquinas se abren las puertas de las tiendas; las carretas nacionales y sus condenados concurrentes, los pequeños carros ingleses, se ponen en movimiento; los numerosos empleados, los corredores, los agentes de negocios van a reanudar sus tareas, unos a pie, a caballo la mayoría; la playa se cubre de vehículos que se cruzan en todos sentidos, solamente la fila de altas carretas sigue una dirección única: van de la Aduana a las *balandras* y luego se las ve volver de las *balandras* a la Aduana, cargadas con los ricos productos de la industria extranjera. Dos horas más de actividad, de serias ocupaciones, y luego viene una nueva decoración de escenas más apacibles, alegres y agradables, más en armonía con nuestras costumbres y que van a cautivar nuestra atención hasta que el sereno nos advierta que es hora de recogerse.

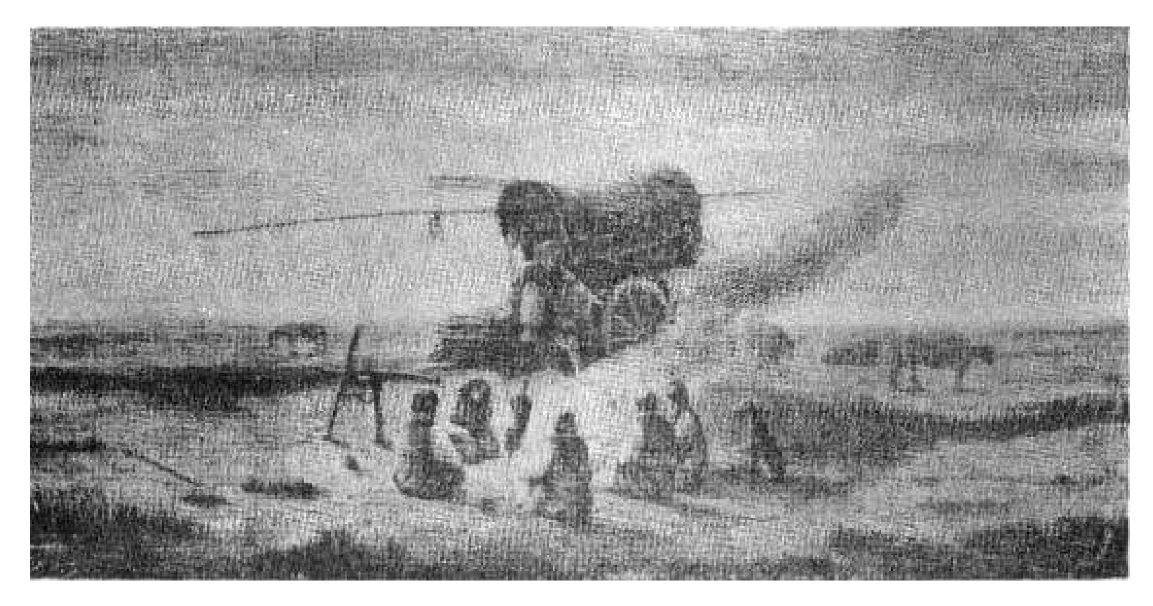
ARSÈNE ISABELLE.

(Trad. de J. L. B.)

(*Voyage á Buenos Ayres et a Porto Alegre, por la Banda Oriental, les Missions d'Uruguay et la Province de Rio Grande do Sul (de 1830 a 1834)*… par Arséne Isabelle. Havre, 1835).

ARSÈNE ISABELLE. — Francés, del Havre, sintióse, muy joven, acuciado por el deseo de viajar, bajo la influencia de la literatura romántica de la época. Decidióse por las Provincias Unidas del Río de la Plata, proyectando un amplio itinerario cuyos gastos pensaba compensar con la venta de colecciones zoológicas disecadas, porque era aficionado a las ciencias naturales. Al llegar a Buenos Aires, en marzo de 1830, el estado del país a causa de las guerras civiles, le impidió llegar a Mendoza, donde residía un compatriota suyo con quien debía emprender su largo recorrido. Isabelle realizó en Buenos Aires la pacotilla que pensaba vender muy ventajosamente en el interior, y, ya menguado su patrimonio, instaló en la misma ciudad una fábrica de velas y jabón, en gran escala, que pudo mantener durante tres años, al cabo de los cuales liquidó su negocio en pésimas condiciones. Llevado de su curiosidad y de cierto interés científico, pasó de Buenos Aire a la Banda Oriental y de allí al Brasil, donde conoció, entre otros, a Bonpland. Recorrió las costas del Uruguay y la provincia brasileña de Río Grande, donde hizo observaciones geográficas y meteorológicas (con instrumentos adecuados), llegando hasta Porto Alegre. En este último viaje, Isabelle contrajo muchas amistades y fué recibido hospitalariamente en las poblaciones brasileñas. Restituido a Francia, en 1834, escribió y publicó en el Havre, de donde era natural, su libro *Voyage á Buenos Ayres et a Porto Alegre, por la Banda Oriental, les Missions d'Uruguay et la Province de Rio-Grande-do Sul (de 1830 a 1834)*. Allí se describe, con clara visión, el Buenos Aires de aquella época y se relatan las andanzas de Isabelle por el

Uruguay con las observaciones recogidas en el sur del Brasil. Los diccionarios generales y biográficos franceses, más conocidos, no ofrecen datos sobre Arsène Isabelle, que, sin ser una personalidad descollante, fué hombre de variada cultura, ameno narrador y viajero curioso y sagaz. Nadie como Isabelle ha descrito el Buenos Aires de 1830, que conoció muy bien por haber residido en la ciudad durante tres años (1830-1833).



Costumbres de la campaña argentina: el asado.

LA ALAMEDA

1830

La Alameda, donde desembarqué —y donde han desembarcado todos los que han visitado el país, como yo— es el lugar de cita de todo el mundo elegante en las noches de verano, y durante todas las estaciones en las tardes de los días de fiesta. La Alameda, propiamente dicha, no es muy larga; ocupaba apenas una cuadra cuando yo llegué; después fué prolongada en una doble distancia, pero se continúa con un largo camino que llega hasta muy lejos, siguiendo la costa, poco elevada, de la ciudad: es lo que se llama el Bajo. Es éste uno de los lugares más agradables a que se pueda concurrir, por Ja frescura y la pureza del aire que se respira y por la variedad del panorama que desde allí se disfruta, porque está frente a la

rada, siempre cubierta de barcos empavesados. El desembarcadero se halla de continuo lleno de chalupas, de largas y ligeras canoas llamadas *balleneras* y numerosos carros del país, con sus grotescos conductores. El espacio, bastante ancho, que separa el camino, de la costa del río, es un terreno de césped siempre verde; en los ribazos o pequeñas barrancas que forman la costa, se levantan casas pequeñas y se ven astilleros y jardines; hacia el sur se extiende un horizonte lejano y la vista reposa sobre los macizos de sauces de la Boca; por el norte, vemos, frente al cuartel y a las quintas de Retiro, las numerosas y curiosas carretas de Tucumán, de Salta, de Córdoba, de Mendoza, todas dispuestas en una misma línea, con sus familias nómades en grupos despreocupados, sentadas en el suelo, junto al costillar o el matambre ensartado en un asador clavado en tierra y que se inclina sobre el fogón al aire libre.



Cementerio de la Recoleta en 1841. (*Según C. H. Pellegrini*).

A estos elementos, que forman el fondo del cuadro, viene a incorporarse una multitud de paseantes nativos y extranjeros cosmopolitas, en coches elegantes, a caballo y a pie, que animan y vivifican el cuadro, encantando a quien les observa. De ordinario, los

jinetes descienden por el lado del Fuerte y después de haber caracoleado mucho, de haber exhibido su gallardía en el caballo, de haber *pintado* mucho, como dicen los españoles, van a subir la barranca del Retiro, para oír las fanfarrias y la linda música del cuartel. También suelen prolongar el paseo hasta el antiguo convento de la Recoleta (hoy el cementerio), una media legua en dirección al norte; vuelven entonces otra vez a través de las quintas a la plaza del Retiro y siguen por la calle de la Florida, la «chaussée d'Antin» de Buenos Aires; allí la vanidad de los jinetes se siente halagada nuevamente, a la vista de una miríada de elegantes porteñas que salen apuradas a sus ventanas para ver la vuelta de los paseantes.

ARSÈNE ISABELLE.

(Trad. de J. L. B.)

LUGARES PÚBLICOS DE DIVERSIÓN

1830-1835

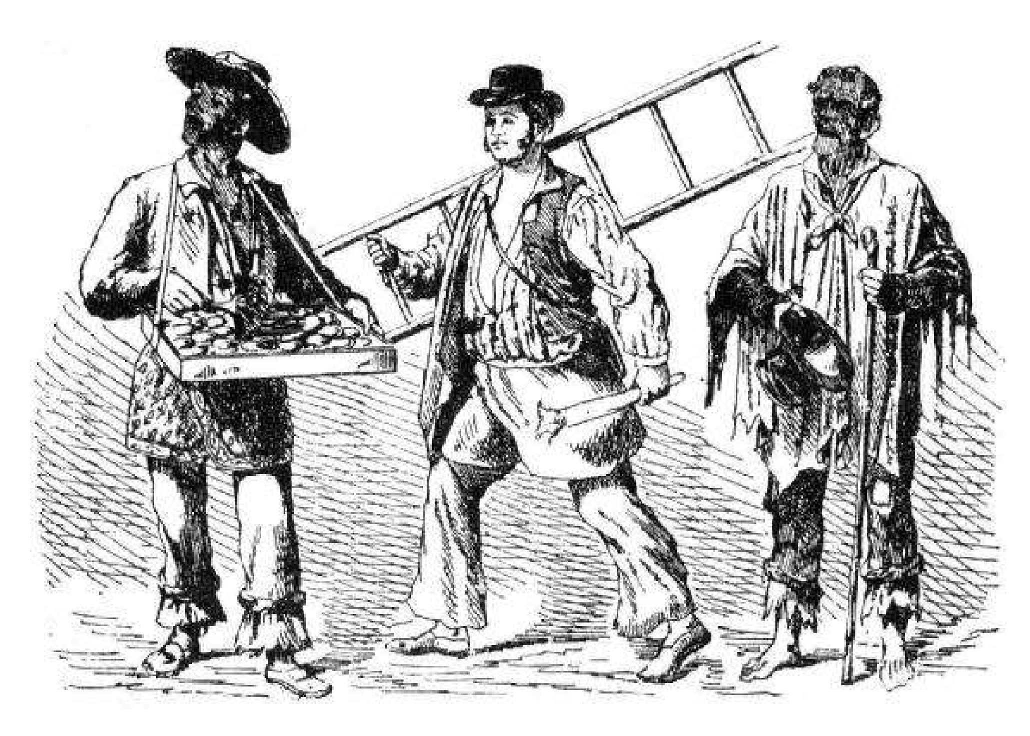
Los lugares públicos de esparcimiento y diversión no son muchos en Buenos Aires. De buen grado visitaríamos el *Vauxhall* o *Parque Argentino*, [10] jardín bastante bien mantenido, donde ahora están construyendo un teatro y un circo al aire libre, pero se encuentra algo lejos del centro de la población y es arriesgado quedarse allí hasta muy tarde de la noche. Con todo, se prefiere este jardín o cualquier otro sitio cuando se trata de celebrar comidas o bailes de suscripción. Fue en este local donde dimos nuestro banquete patriótico cuando llegó a Buenos Aires la noticia oficial de la gloriosa revolución de julio (1830). Brindamos allí con un vino detestable a la salud de las nuevas instituciones.

Hay otros dos jardines adonde concurren los paseantes: el de *La Esmeralda*, que tiene buen servicio, y el jardín de *Retiro*, menos

frecuentado. El Retiro es una gran plaza situada al extremo norte de la ciudad, en medio de la cual se veía, en otro tiempo, un vasto circo o arena destinada a las corridas de toros. El señor Rivadavia lo hizo demoler. La medida casi no provocó ninguna oposición, y el público empezó a concurrir a la Ópera, a la Comedia, al circo Olímpico y a los conciertos que reemplazaron a los toros. Pero el gobierno de 1832 tuvo la feliz idea de restablecer las corridas: escogieron el barrio de Barracas para el hermoso espectáculo, y la primera vez hubo mucha concurrencia por la novedad, pero, poco a poco, las personas decentes dejaron de asistir y al fin el mismo pueblo acabó por condenar esta veleidad de carácter bárbaro.

En la actualidad, la gente se congrega todos los domingos a la hora de la retreta, en la plaza del Retiro para oír la música del cuartel que ejecuta aires patrióticos y sinfonías con admirable *ensemble*.

Los cafés, aunque bastante espaciosos, son, hay que confesarlo, pasablemente malos. La plata, por ejemplo, brilla por su ausencia y median sus razones. ¿Se adivina por qué? Yo desearía mantenerlo en secreto, pero si me viera obligado a decirlo… La verdadera causa está en que si hay quienes no se paran en manchar sus vestidos con los cabos de vela que se llevan casi todas las noches, ya se encargarían de dar buena cuenta de las cucharas y de los platillos de plata…



Tipos de Buenos Aires.

¿Qué podría decir del teatro? Los extranjeros, si concurren a él, lo hacen por ver a las porteñas y esto sólo bastaría para ir a bostezar un rato viendo representar «El Jugador», «La muerte de Riego», «El pasaje del puente de Arcóle por Napoleón» o el inevitable sainete, todo deplorablemente representado por cómicos españoles. Muy de vez en cuando llegan algunos cantores o bailarines, *de tránsito* para Chile o Bolivia y se dignan dar algunas representaciones, dedicadas «al heroico pueblo de Buenos Aires». Por cierto que son superiores estos espectáculos a las soporíferas comedias de la compañía teatral estante en la ciudad. La sala —por fortuna provisoria— no es más que una amplia galería y no puede darse nada más incómodo, inelegante y mal cuidado. La sola ventaja que ofrece —y esta condición es común a todos los teatros de América— consiste en que las lunetas de platea están numeradas, con lo que se evitan todos esos tumultos que entre nosotros, retraen al *gentleman* extranjero de concurrir a los patios de los teatros. Todo aquí se realiza con orden y decorosamente; no se oye ese silbato, parecido al del jefe de una tripulación o al de un amaestrador de perros, que ofende con sus estridencias el tímpano delicado de las señoras, ni esas vociferaciones que avergüenzan a quien tiene idea de la dignidad de un público reunido.

Existe en el teatro de Buenos Aires una costumbre, en un principio chocante, pero a la que nos habituamos luego hasta encontrarla muy razonable. Todas las damas que no van acompañadas por caballeros, y también todas aquéllas que no quieren tomar un palco, se colocan formando anfiteatro en el segundo piso o galería, adonde está prohibido concurrir a los hombres. De esta manera se hallan a cubierto de cualquier falta de respeto, y la variedad de sus vestidos, la coquetería con que manejan los abanicos, producen un golpe de vista sugestivo y muy agradable desde las filas de platea.



La familia del gaucho. (*Por Carlos Morel*).

Los palcos, todos descubiertos, a excepción del palco del gobierno, llenan las galerías bajas. Estos palcos, así como los del segundo piso, se ven frecuentados por mujeres muy bellas, de esa belleza severa y clásica que hace pensar en Andalucía, Grecia e Italia. Al ver esos bustos magníficos, de hombros marfileños, esas cabelleras de ébano y esas largas pestañas que se abaten sobre unos ojos lánguidos —cuya vivacidad parecen combatir— podría temerse en las porteñas, de primera impresión, una frialdad puramente cortés, pero no es así. Tan pronto como lográis por

vuestra amabilidad, o con el recurso de una agudeza, hacerles abandonar el tono ceremonioso y teatral que afectan en público, las veréis librarse a un abandono cordial, desenvuelto y franco. Su conversación entonces se anima, el juego vivo y gracioso del abanico acompaña las reticencias malignas que, adrede, introducen en el diálogo, y las observaciones seductoras, las réplicas finas, inesperadas, os desconciertan a menudo, aumentando el triunfo de que hacen alarde sobre vosotros. La expresión *bellas* es la que corresponde más propiamente a las porteñas, porque, en verdad, impresionan menos a los sentidos que al alma. Sus gestos son voluptuosos pero acompañados de una dignidad que se cuidan siempre de guardar, sobre todo si advierten que son observadas. La actitud de las porteñas en público es imponente y lo que más contribuye a ello es la forma cómo se arreglan la cabeza y el aire con que la mantienen. Es de verlas, acompañando cada uno de sus movimientos con un ademán del brazo muy blando y natural mientras con la mano, muy hábilmente, abren y cierran sin cesar el abanico, mediante un rápido juego casi imperceptible. Llevan todo un edificio de cabello sobre la cabeza, y tiene que ser así para sostener las peinetas o peinetones que llegaron a medir, en 1834, hasta un metro y diez centímetros de ancho. Todas las cabelleras no son naturales, como se comprenderá, pero desde la mujer la más pobre hasta la más opulenta, poseen por igual el arte de trenzar y alisar sus cabellos negros, castaños o rubios y adornarlos con flores naturales o artificiales. Bellos hombros de líneas suaves y voluptuosos contornos engastados en un *corsage* parisiense y emergiendo entre lindos chales de Lyon o magníficos velos negros y blancos… Fenelon hubiérase sentido avergonzado de su Calipso al contemplar una de estas bellezas porteñas, y el mismo Tasso hubiera humillado a Armida, ofreciendo, en su lugar, a Renauld, algunas de estas hechiceras.

ARSÈNE ISABELLE.

(Trad. de J. L. B.)

LA TERTULIA PORTEÑA

1830

Las porteñas, como las montevideanas, tienen la misma disposición que las hijas de Italia para la música, pero por lo general, no se dan el trabajo de estudiar la música escrita y les basta con oír una o dos veces un aire cualquiera, una contradanza y hasta una *ouverture*, para ejecutarla en el piano o en la guitarra con la mayor exactitud. Gustan especialmente de la música italiana y francesa, pero una inclinación irresistible las lleva a preferir, con frecuencia, los *tristes* peruanos, los *boleros* españoles, los *cielitos* argentinos, que tienen un encanto muy particular. Nada más seductor que una porteña cuando le dice a otra en tono confidencial: «Este *cielito* me lleva el alma».

Entremos a la *tertulia*: haréis bien en dominar vuestros sentidos para no dejaros turbar por ese enjambre de mujeres seductoras; no les deis el gusto, que ambicionan como ningún otro, de turbar a un extranjero. Para aumentar vuestro desconcierto, van a ofreceros el *mate*, el inevitable *mate*, con el que acaso provoquéis su hilaridad. Porque difícilmente se puede tomar el mate, la primera vez, sin quemarse la lengua, sin tapar la bombilla con una aspiración exagerada. Fijaos en esas damas cómo tratan de contener la risa tras el lindo abanico con que pretenden ocultar el rostro. No hay que ponerse muy colorado… felizmente el baile comienza y puede llegaros el tumo de reír. El *minuet* sienta muy bien a la nobleza y a la sencilla elegancia de las porteñas. Hombres y mujeres, acostumbrados desde niños a ese paso grave y mesurado, encuentran en el baile la ocasión de desplegar todas sus gracias naturales. Es preciso tener esas formas elegantes, esas bellas proporciones, la soltura y el porte que ellos ostentan, para atreverse a formar parte de un *minuet*. Y cuántos extranjeros, muy pagados de sí mismos, hasta de su apostura, concurren a una *tertulia* para dar lugar a que se burlen de ellos…

Aparte del *minuet*, que se baila muy comúnmente, están también de moda la *montonera*, el *cielito*, la contradanza española y la contradanza francesa. Esta última se generaliza mucho entre la alta sociedad, pero se

prefiere, y con razón, la contradanza española; este baile es en extremo bonito y las porteñas enloquecen por él; yo creo que antes de renunciar a bailarlo se privarían hasta de esos grandes peinetones, audaces conspiradores y a la vez peligrosos. Y es que, en la contradanza española, pueden desplegarse todos los recursos de la coquetería femenina, sin molestias, sin escándalo, sin que nadie lo encuentre mal, exceptuados los celosos, naturalmente, pero a los celosos no se les da muy buen juego con las porteñas. Para bailar esta contradanza se forman dos filas, de un lado las mujeres, del otro los hombres, hasta llenar el salón. El baile es muy complicado para ser descrito en todos sus detalles, pero baste saber que, colocados los danzantes en esa posición, avanzan unos hacia otros, por parejas; éstas giran tomadas de la mano, dan pasos a izquierda y derecha, valsan, y lo que es más interesante, puede uno darse el placer de oprimir en sus brazos, alternativamente, a todas esas bonitas mujeres y hasta hacerles declaraciones sin que se ofendan en lo mínimo: a lo más, dirán ingenuamente: *¡tiene dueño!…*

Si prescindimos de los peinetones, las mujeres de Buenos Aires y Montevideo siguen en todo las modas francesas; hay en ambas ciudades un gran número de modistas francesas, costureras y lenceras, y los diarios de modas de París circulan en todos los *boudoirs* de las porteñas. Pero ellas han adoptado colores de dibujos particulares que armonizan con sus gustos y su carácter. Los hombres, de muy buena figura y modales distinguidos y ceremoniosos, como las mujeres, siguen indistintamente las modas francesas o inglesas. Hay un buen número de sastres muy hábiles de estas nacionalidades, así como zapateros y peluqueros que hacen buenos negocios.

ARSÈNE ISABELLE.

(Trad. de J. L. B.)

← Traje de paseo (1835).



← Traje de paseo (1835).

MODAS PORTEÑAS

1837

Nuestras modas, como se sabe, no son por lo común sino una modificación de las europeas, pero una modificación artística ejecutada por hombres inteligentes, según el testimonio de los cuales, vamos a presentar aquí las más generales y nuevas entre los elegantes.

Según M. Coyle, este artista antiguo y siempre nuevo, cuyo justo crédito no ha podido ser eclipsado por las más brillantes novedades, la moda es ésta:

Fraque: faldones un poco anchos; solapa ancha; talle corto; cuello *alevitado*; botón grande, liso, negro de patente; en fraque de color, botón amarillo labrado; color negro y *delía* sin carteras.

Levita: siempre muy corta, de menos vuelo, cuello de terciopelo, botones chicos; por lo demás todo como el fraque. Para verano, de paño de seda y lana que nadie posee más rico que M. Coyle.

Pantalón: corte derecho, angosto abajo, cerrado, alzapón ancho a veces y otros con portañuela. Colores rayados y a cuadros; géneros oscuros para medio tiempo; en verano brin blanco y aplomado.

Chalecos: de cuello doblado formando con la orilla externa del cuello más bien un óvalo que una V.

Tal es la moda inglesa introducida por su representante M. Coyle. Pero también la moda francesa es recibida en Buenos Aires.

Modas de señoras (para andar a caballo): Vestido verde botella o azul oscuro, manga ligeramente abuchada hasta medio brazo y el resto perfectamente lisa. Gorrita varonil dicha *de cuartel* con un trozo de gacilla flotante desde arriba. Largos tirabuzones en torno de la cabeza, a estilo romano. Esta moda ha sido usada en Francia en el último verano. Aquí hemos visto otra no menos linda: vestido mordoré oscuro; cuerpo, cuello y mangas de levita, cuellito blanco, liso, enteramente liso, asegurado por una corbata negra, baja, mostrando toda la garganta, a lo Byron. Sombrero de hombre, sin gacilla, chico, colocado como gorra, casi en la nuca. Habría podido servir de modelo en esta moda, la señorita M. A. B. como se

presentó en el Retiro, el último domingo. La noble simplicidad de su porte y su rara posesión del caballo, acababan por hacer de ella una belleza perfectamente sansimoniana.

Peinados: Un periódico de modas, publicado en Londres, de agosto de este año, trae entre los modelos de buen gusto la figura de la Duquesa de Orleans, cuyo peinado, que bien pronto debía hacerse general, consistía todo en dos ondas formadas por la mitad anterior del cabello dividido en medio de la frente y en un rodete pequeño formado por el resto del cabello y colocado casi sobre la nuca; ni una peineta, ni una flor, ni una cinta adornaba esta cabeza real que habría podido cubrirse de diamantes. No queremos pedir que las demócratas de América se peinen con tanta simplicidad como las nobles de Europa, pero podemos advertir por este ejemplo, que la perfección del buen tono y del buen gusto estriban en la más alta y refinada simplicidad. Por esto se hace tan estimable en el día, entre nosotros, esa especie de peinado romano que parece hubiese sido inventado para la cabeza armoniosa de las porteñas.

(De *La Moda*, dirigida por J. B. Alberdi. Buenos Aires, 1837).

COSTUMBRES DE BUENOS AIRES

REGLAS PARA UNA VISITA
1837

… No llame usted sino por un golpe, y eso un poco despacio, con finura. Llame aun cuando sea visto de algún criado que atraviesa el patio, porque es probable que éste no hará caso de usted. Vendrá, quizá, después de un largo rato, un criado de dos pies de altura y dos años de edad. «¿Está la señora?». «¿Eh?». «¡La señora! ¿está?». «¿Eh?». Y dará vuelta y echará a correr. No golpee usted más. ¿Qué dirán? Que es usted un majadero. Quien ha esperado lo más debe esperar lo menos… A bien que una hora más o menos no es nada.



← Porteña en traje de iglesia (1835).

Paséese usted por el zaguán y con seguridad de que los transeúntes ya experimentados no lo tendrán por portero; esto es, si no sale algún mastín y le obliga a tomar las de Villadiego. Si asoma por casualidad algún criado en el segundo patio, péguele un chiflido y llámele por un gesto de mano. No avance usted a hablarle aunque él se quede parado, como lo hará, sin duda, preguntándole con la cabeza: «¿Qué quiere?». «La señora ¿está?», le dirá usted a gritos. Entonces se abrirá, tal vez, la puerta de la sala: no toda, ni media hoja, lo bastante para que entre usted de lado, no sea que se agolpen ladrones. No bien haya metido la cabeza, haga su saludo como si fuera santa unción traída para algún expirante: este saludo, a más de ser usado, tiene la ventaja de ser elegante. Ante todo acomode su sombrero, y si es nuevo, encima de alguna mesa, a modo de florero. Tome la silla más vecina a la puerta, para escapar más pronto de las garras de la etiqueta cuando haya de salir. Haga usted todo esto con cierta cortedad, con cierto apocamiento español, si quiere pasar por medido y modesto. ¿Hay cosa más chocante que ese modo con que entran los franceses a una casa, tan francos como si nada hiciesen? Después de la correspondiente introducción sobre el tiempo, sobre el día, etc., quédese usted callado, sin duda, por lo mismo que tiene mucho que decir como hacen los sabios. Guárdese usted de hablar, si sabe hablar, ni de literatura, ni de artes, ni de cosas de interés general, que aquí ni se sabe ni se quiere saber de eso entre las señoras: eso es bueno para las francesas. Las mujeres no deben saber hablar sino de modas y de las otras mujeres. Si no tiene usted nada que decir contra alguna persona, más bien estése usted callado: uno no es loro para estar hablando siempre. A propósito de loros, hay dos cosas esenciales en toda casa de gusto: un loro y un perro faldero. Puede suplir al loro una cotorra, que debe estar indispensablemente alojada en una jaula de suela vieja, con ventanita baja, por donde la cotorra saque la cabeza para decir sus gracias de costumbre. Las costumbres literarias del loro y de la cotorra, como las de nuestra sociedad, siguen las mismas que en el tiempo del Rey. En vano ha habido una revolución americana: el loro, como si fuere vizcaíno de nación, no ha querido entrar en la revolución. Todavía siguen con: *lorito real, para España y no para Portugal*. No diría eso el loro si leyese los periódicos y viese cómo está la España, aunque

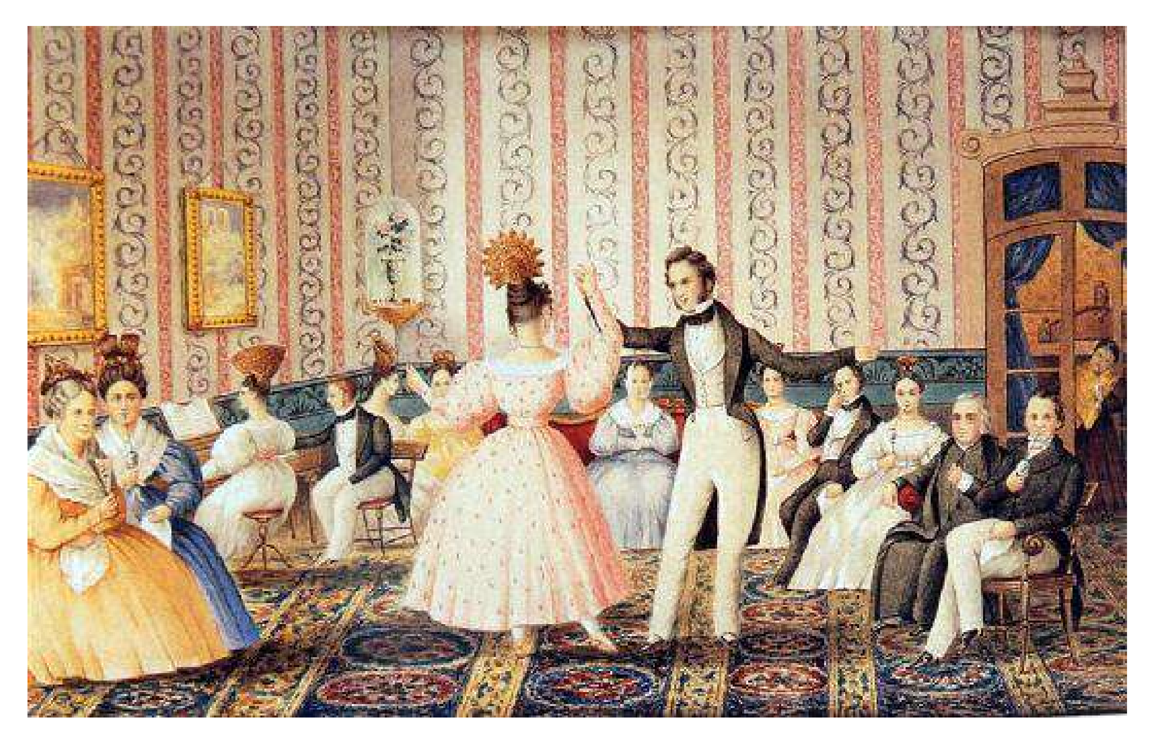
fuese más carlista que el finado Zumalacárregui. *«¿Quién pasa loro?». «El Rey que va para su casa, toquen clarines y cajas»*. Yo no sé de dónde sale este empeño en no dejar que el loro sea republicano, como si para esto fuese necesario entender lo que se habla. En viniendo el perro, pregunte usted sobre la marcha: «¿Cómo se llama?», y será probablemente *Jazmín* o *Cupido*. Hágale el llamamiento y las caricias de etiqueta, como a especie de niño de la casa: sus amas se darán por reconocidas. Hable usted del perro en general, a propósito del perro presente… del perro malvado que se para en dos pies, que conoce al amo, que come de todo, que ha mordido a todos los muchachos del barrio.



Tertulia porteña en 1851. (*Según un dibujo al lápiz de C. H. Pellegrini*).

Estará usted en esta conversación y repentinamente sonará a sus espaldas el toque de ataque taladrado a voces por un muchacho que se dirige hacia usted con paso de vencedor, figurando un fusil con el bastón del abuelo. Dará usted vuelta y le sacará a usted un ojo: no hay cuidado, ni se dé usted por entendido y diga que no es nada… al contrario, dele un beso, aunque sea el beso de Judas. Pero si el niño no es tan vivo y entra

más bien dando gritos y le trepa a usted amablemente, entonces no será poca fortuna: pregúntele usted el nombre y si quiere ser su amigo, o su mujer, si es niña, y mientras no le conteste, como no le contestará, sin más que porque se le exige, siga rogándole una media hora, ofreciéndole un caballito o una confitería… No contestará aunque le ofrezca usted toda la confitería de Baldraco. Entonces déjele usted haciéndole un último cariño: santo remedio que hará cesar su mudez, pero vendrá una reacción de palabras y gritos que hará imposible toda conversación…



Bailando el minué en casa de Escalada. (*Litografía de C. H. Pellegrini*).

Después de la cuestión del muchacho, viene la cuestión del piano. «Fulanita, ¿toque usted el piano?». «Si no toco, Fulano: recién hace un año que aprendo». «Es imposible, usted debe tocar algo, una valsita, al menos, ¿toque usted?». «Créalo usted, Fulano, no sé nada». «No, que algo debe tocar». Y así muélala usted media hora entera, aunque diga que no sabe y diga la verdad… ¿Es una cruel y ruda costumbre ésta? No, señor, es una costumbre muy usada entre personas civiles. «Toca, niña, esa valsa que estás aprendiendo», dice la madre. «Pero, mamá, es una vergüenza, si no lo sé todavía». «Vaya, niña, no seas imprudente». Y haciendo de tripas corazón, la muchacha se sienta en el banquillo. «El piano está incapaz»

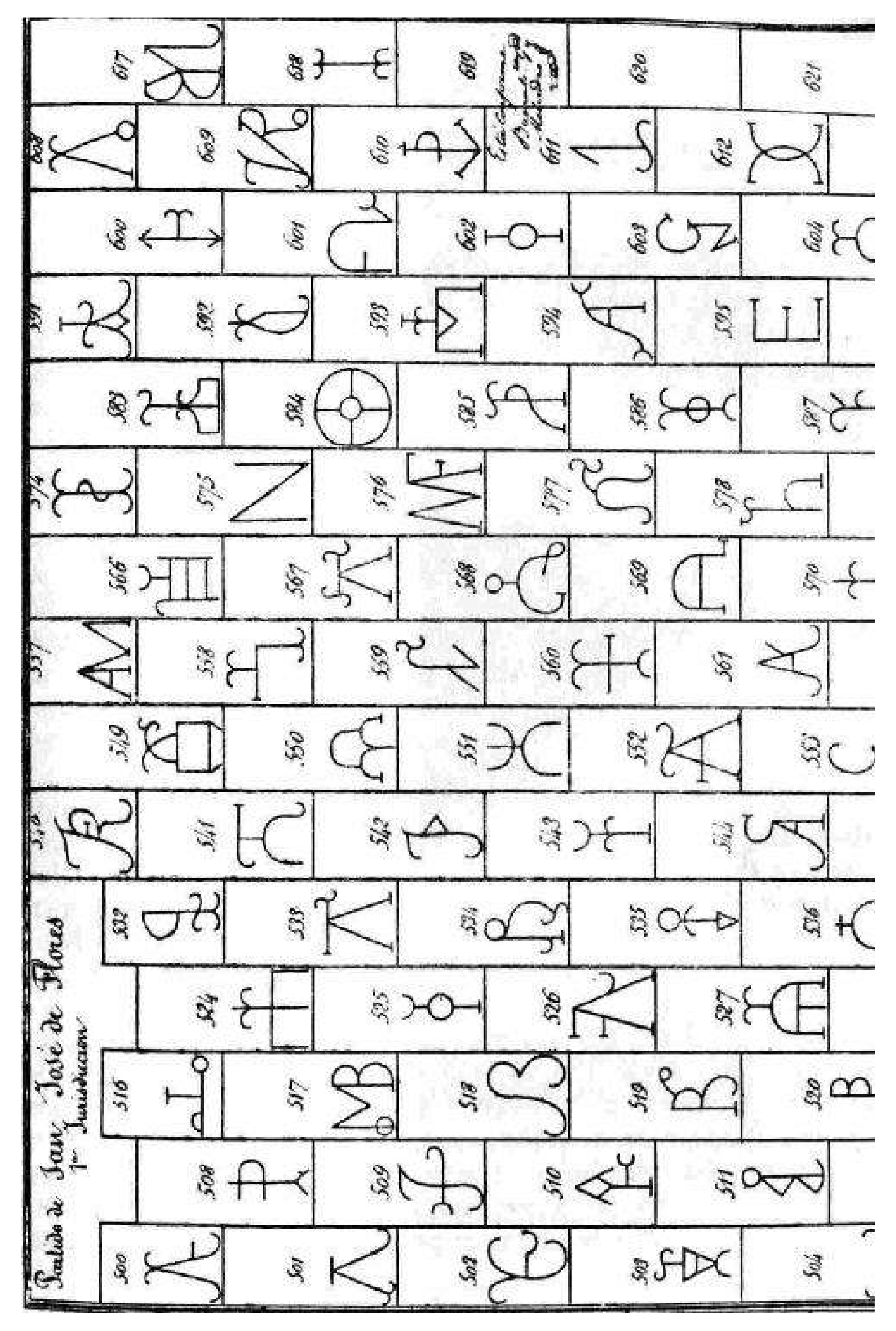
dice la madre… Y en efecto, se conoce que la señora no es sorda, pero ¿qué importa eso? «¿Quién lo afinó?». «Ya no me acuerdo», dice la señora; «desde que lo tomaron, que fué cuando la entrada de los ingleses, que no se afina. Vaya, niña», agrega la señora, «que no se pierda la música, baila un minué con este señor». Y guárdese usted de excusarse… lo cual le bajaría de la opinión de hombre civil.

En la segunda parte del minué se pierde la niña que toca el piano y en medio de la confusión, en vez de pisar el pedal, pisa la cola del perro que dormía a sus pies y que da un grito. «Esta no es conmigo», dice para sí el gato que dormitaba sobre una mesa, y pegando un brinco de susto, derriba un florero que se hace mil astillas. A este ruido sale don Benito, el dueño de la casa, que estaba cerrando una cueva de ratones, en mangas de camisa, sin corbata, colorado y furioso como un león, y, sin reparar en la visita, a la madre, a las hijas, a las criadas, las cubre de improperios…

Hace usted una comedidísima reverencia y se pone en dos trancos en la calle, satisfecho de verse ya libre del compromiso, después de haber pasado un rato completo… ¡Y no se pierda usted!… ¡Y no sea usted huraño!…

FIGARILLO[11]
(Juan Bautista Alberdi).

(*Obras completas*, t. I).



← Fragmento de una página del «Libro de Marcas» de Bacle, cuya portada se reproduce en pág. 123.

LA DESPEDIDA OFICIAL A ESTANISLAO LÓPEZ

1837

El miércoles último tuvo lugar la partida del general López y su familia, lo que dió motivo a singulares demostraciones. La calle de la Federación (antes Plata) había sido engalanada, en ambos costados, con ramos de laurel y otros adornos. Las tropas, con sus respectivas bandas de música, formaban a lo largo de la dicha calle, y en los frentes de las casas ondeaban numerosas banderas con que las habían adornado.

A las tres de la tarde llegó Su Excelencia el general Rosas, en su carruaje, a la casa de gobierno, en el Fuerte, donde se alojaba el general López con su familia. Iba acompañado Su Excelencia por su escolta de caballería, mandada por el coronel Bustos. Al pasar por frente al Cabildo, la guardia presentó armas y batieron los tambores. Cuando Su Excelencia hubo llegado al Fuerte, sonaron tres cañonazos anunciando su arribo y como señal para que las tropas tomaran las armas.

A las tres y media la comitiva dejó el Fuerte, siendo saludada desde él por veintiún cañonazos y una descarga de camaretas que se hizo en el patio. Formaban la comitiva varios carruajes: En el primero iban los gobernadores Rosas y López con una escolta de caballería bajo el mando del coronel Bustos; los coches restantes fueron ocupados por la señora esposa del general López, miembros de su familia y acompañantes de Santa Fe, con sus equipajes. Seguían, a caballo, la comitiva, varios jefes de Estado Mayor, entre los que vimos al Inspector del Ejército, general Pinedo, los generales Guido, Pacheco y Mansilla, los coroneles Eréscano y Planes; se encontraban también el jefe de policía, altos empleados de la administración y un numeroso grupo de ciudadanos. Todos los concurrentes acompañaron a los viajeros hasta San José de Flores.

El Ministro plenipotenciario de Su Majestad Británica, Mr. Mandeville, y Mr. Russell Elliot, capitán del buque Fly, de la Armada de Su Majestad Británica, presenciaron la partida del cortejo desde el balcón de la casa de don Miguel Riglos, en la plaza de la Victoria.



Estanislao López. (*Según una litografía de Bacle*).

Uno de los detalles más interesantes del acto lo constituyó la presencia de la hija del general Rosas, doña Manuelita, que se presentó a caballo, gentilmente montada y en compañía de doña Mercedes Fuentes de Rosas, esposa del hijo del general. Ambas iban ataviadas con rigurosos trajes de amazonas y con un velo rojo flotante alrededor del sombrero y marchaban atrás de la cabalgata, recibiendo efusivos saludos de la concurrencia. Con ellas iban también el hijo del general Rosas y otros caballeros de la familia. Doña Manuelita Rosas es conocida como una experta amazona y en esta ocasión lucía todos los encantos de una Diana. Es verdad que sus modales atrayentes y desprovistos de toda ostentación, la han hecho extremadamente popular en Buenos Aires.

El gobernador López llegó a Buenos Aires el 15 de enero último y, según lo hemos oído decir, su salud ha mejorado notablemente. Todo aquel que ha tenido la fortuna de conocerlo, elogia sobre todo sus modales francos y sencillos.

(*British Packet*, 8 de abril de 1837. Trad. de J. L. B.)

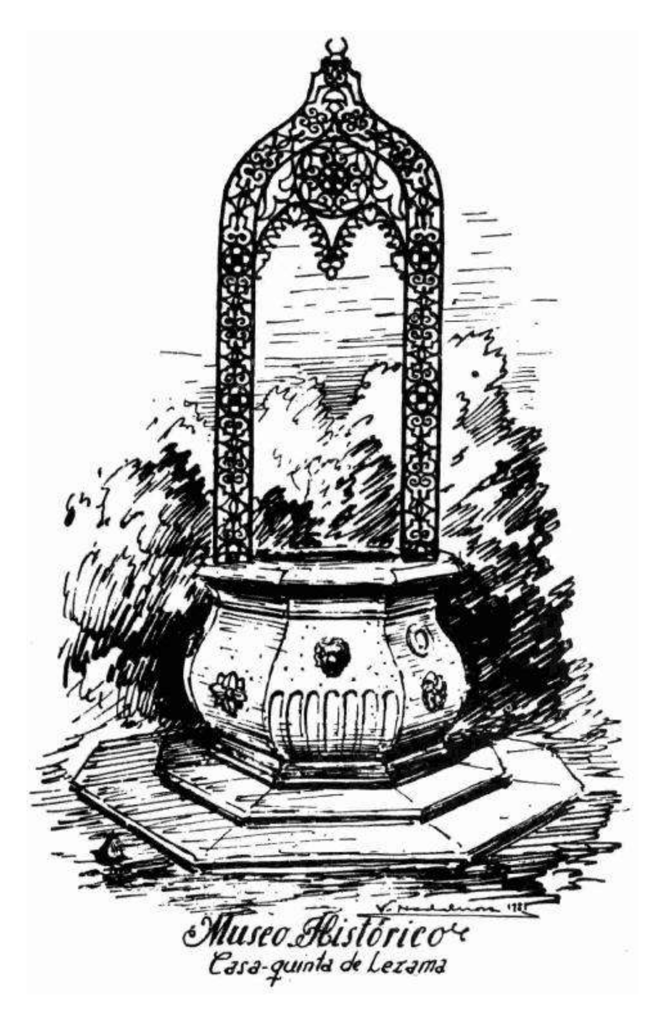
LA CASA DE MIS PADRES

HACIA 1845

La casa solariega de la calle de Potosí, tenía aljibe. Esto de «aljibe» que no parezca nota baladí. Las fincas que lo tenían eran contadas, indicantes de alta prosapia o de gente que tenía el riñón cubierto, daban notoriedad en el barrio, prestigio; y si por la hilacha se saca la madeja, tal o cual vecino pasaba por grosero por los muchos baldes de agua fresca que pedía; y tal o cual propietario por tacaño, porque sólo a ciertas horas no estaba con llave el candado de la tapa del precioso recipiente.

La casa estaba distribuida poco más o menos como las casas antiguas, algo centrales. A la derecha había una pieza independiente con ventanas a la calle. A la izquierda estaba la sala con dos ventanas *ídem*. Seguía una antesala con sólo puerta al primer patio, en el que una gran alberca, adornada de plantas diversas, estaba cantando: aquí se aman las flores. Seguía el dormitorio de mis padres, el famoso costurero de mi madre, y cuatro piezas más sin ventanas a la calle. El comedor quedaba entre el primero y segundo patio con salida a los dos; tenía una ventana de reja que permitía ver la puerta de calle, algo velada por la alberca, y pasar, de cuando en cuando, uno que otro pedestre o jinete. Comunicaba con el costurero.

Un zaguán a la izquierda del primer patio daba acceso al segundo. Era sombrío de día; tenebroso de noche.



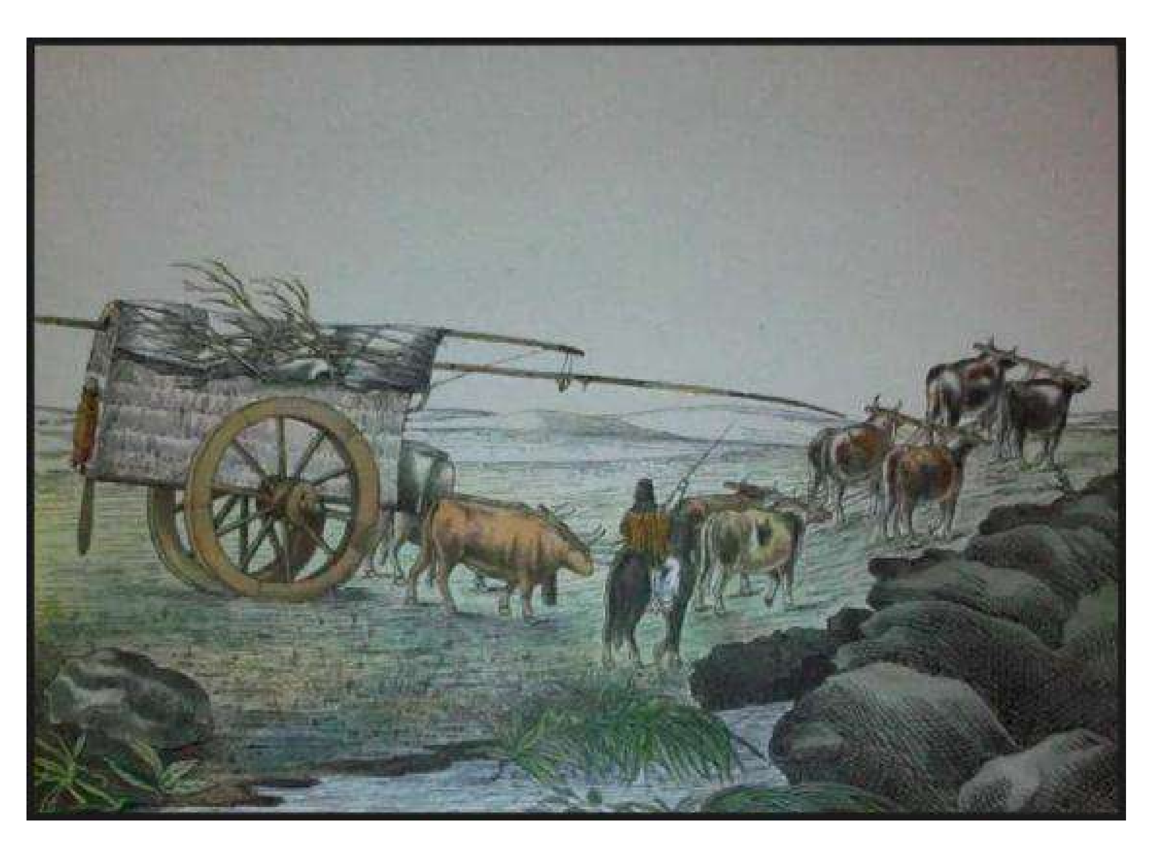
Aljibe colonial (*Según Vicente Nadal Mora*).

En el segundo patio, también con gran alberca y parral de uvas blancas y negras, de riquísima cepa, había un pequeño cuarto independiente, al lado del pozo; luego la cocina grande con fogón de campana. El sumidero estaba en el centro. Por ahí corrían las aguas pluviales y todas las glutinosas de la cocina, despidiendo constantemente unas emanaciones sutilísimas parecidas al olor del puerro, a pesar del perfume de los azahares de un limonero que con otras plantas, a cual más olorosa, se alzaba de la alberca gallardo y siempre verde. Otro zaguán por el estilo del ya pintado, con un aditamento foco odorífero, tenía dos letrinas, una para los patrones, otra para la gente «non sancta»; conducía a un patiecito a la derecha, en el que había un chiribitil de madera y a otro a la izquierda, pasando por una pieza dividida en dos cuartos (el terreno hacía martillo) con dos piezas sin luz al fondo, baja la una, alta la otra. A ésta, con sólo

puerta como su compañera, se llegaba por una escalera de material sin pasamano a ningún lado, y quedando en el centro mismo del patio, no era cosa de subir o bajar.

Aquí en este cuarto patio, había dos grandes lebrillos de barro cocido vidriado sobre asiento de material y desagüe al albañal, por medio de un bitoque, y cuerdas tendidas para secar la ropa blanca de toda clase que en ellos se lavaba con un jabón negro que hacía tanta espuma como feo olor tenía. Pero las burbujas irisadas nos divertían. La pieza esa, dividida en dos, servía: la de la izquierda para guardar alfombras, trastos viejos y encerrarme a mí cuando me conducía mal, hasta que a fuerza de gritar como un becerro me sacaban para no molestar al vecino. La otra se llamaba «cuarto de la plancha»; para aplanchar servía. Petrona, una parda gruesa, con pechos como balcones, buenaza, estaba siempre ahí, dale que dale, entre montones de ropa y planchas hechas ascuas, que guarnecían un gran brasero. De cuando en cuando me dejaba echar una manita, diciéndome: «¡Cuidado!… ¡No te vas a quemar!…». Y probaba si el instrumento no estaba muy caliente, humedeciendo primero el dedo índice con saliva, que aplicaba en la parte lisa opuesta al asa.

Suma total: la casa tenía, entre piezas grandes y chicas, con las divisiones contadas como cuartos, diez y seis. En una de las del fondo estaba la despensa. Pero había que pasar por otra de ellas, que se llamaba cuarto de baño, por la sencilla razón, de que allí, entre cachivaches diversos, estaba la tina de latón de mi madre, destinada al efecto. Otra tina de baño había, media pipa de aguardiente cepillada, en el segundo patio, que, dándole el sol en verano se templaba fácilmente. Un toldo improvisado la cubría, y en ella, por turno, se refrescaban los que no iban al río. El agua de ambas bañaderas servía después para regar las plantas y las veredas. Polvo, ciclones, no faltaban en la Atenas del Plata, como no faltan en la griega, sino cuando llovía.



Carreta del tráfico del Interior (*Litografía de C. H. Bacle*).

Para concluir, un complemento: la cochera. Quedaba ésta pasando la casa del vecino, que era de mi abuela, y cuya cochera formaba parte del inmueble alquilado por aquélla a mi padre. En la susodicha cochera, larga y angosta, había espacio para cuatro carruajes, dos de mi padre, coche y volanta, y dos sopandas de mi abuela, inútiles. Al fondo estaban las caballerizas, con pesebres para cuatro caballos y cuarto para el cochero.

LUCIO V. MANSILLA

(*Mis Memorias*).

EL MOBILIARIO DE MI CASA

HACIA 1840

Las piezas principales estaban alfombradas con tripe rizado, que se vendía en las tiendas de Iturriaga, de Elortondo, de Crisol. Ser tendero, o tener almacén de loza, por ejemplo, no era industria que disminuyera socialmente. Muchas de las familias que ahora figuran con más viso, cuentan entre sus fundadores caballeros de lo más decente que manejaron la vara de medir con integridad, o vendieron agujas y alfileres, o palanganas y algo más, o cacerolas y estoperoles.

En verano se levantaban las alfombras, que eran sacudidas en la azotea, y se ponían esteras de la India. Los muebles de la sala, antesala, dormitorio, costurero y comedor eran en su mayor parte de procedencia inglesa o norteamericana. Mucha caoba maciza y mucha esterilla de crin. El tálamo de mis padres, era de bronce, enorme. En la sala había una mesa redonda con muchos *bibelots*, que no sé de dónde vendrían, que eran cuidados, no apreciados, y cuyo mérito sólo pude verificar mucho después de mi primer viaje a Europa; un piano de la marca Collard y Collard (mi madre tocaba dos o tres cosillas muy mal), algunos cuadros, entre ellos un retrato al óleo de mi padre, por Goulu, que está en el Museo Histórico. Al retrato de mi padre le hacía *pendant* otro que, para no errar las señas, necesitaba este letrero: *Agustina Rosas poco después de casada*. Para corregir esta fantasía de artista manco, había en la antesala con linda chimenea, una acuarela de cierto mérito. La joven que representaba fielmente entonces, de vestido blanco, con mangas infladas, escotada, con reloj en larga cadena y magno peinetón calado, de esos que inventó Masculino (exagerando la peineta española para salir de un lote de grandes hojas de carey) era mi madre, y el niñito rubio que la acompaña, este muy atento servidor de ustedes a los tres abriles. Su autor: el señor don Carlos Pellegrini, ingeniero.

Seguían dos grabados finos: *Le maréchal Moncey à la barrière de Clichy* y *La jura de la Independencia Americana*. Un personaje, con un sombrero de anchas alas, encasquetado, estando todos los demás descubiertos, era para mí algo inexplicable, algo que me confundía, como en un cuadro pintado por Brueghel los anacronismos de la batalla de Arbelles. El tiempo me hizo saber que era el cuáquero Hopkins, antepasado del que tanto ruido hizo por el Río de la Plata en cierto

momento. En el dormitorio decoraban las paredes cuatro cuadros, grabados iluminados, que eran: Massena, ya nombrado, Rapp, que yo hallaba parecido a mi padre, Macdonnald y Augereau.



El Vendedor de pescado (*Litografía de C. H. Bacle*).

Un crucifijo de oro y plata macizo, alto casi de un pie, estaba a la cabecera de la cama matrimonial, en el mismo centro. Al lado, a conveniente altura, un Cristo en la cruz llamaba la atención por lo artístico y el aire de tristeza infinita que envolvía la santa imagen. Del otro lado, teniendo al niño Dios en los brazos, se veía, iluminada, a Nuestra Señora del Rosario, la virgen de las devociones de mi madre.

El costurero era la pieza más adornada. Aquí recibía generalmente mi madre. Tenía chimenea, siempre encendida en invierno con carbón de piedra. La carbonera, de cobre, lustrosa como si acabara de salir de la fábrica, era uno de los lujos de mi madre. El gato, un *mustafá* barcino en la punta del sofá, era el tertuliano más asiduo. Sobre el marco de la chimenea, yacía un reloj *Empire* con bomba, linda pieza. Sus horas

regulaban todo en aquella casa, que era otro reloj. Un armario de caoba norteamericano, con gruesos pilares en forma de espiral, ocupaba el testero de la ventana. En él había ropa blanca de mi padre. En él guardaba su dinero, las pistolas, el agua de lavándula, su único perfume; y la libreta del Banco de la Provincia, una cartera con forro de pergamino. En otro mueble, como biblioteca, había libros, no muchos, en español y en francés.

El comedor tenía sofá de crin, con cajones secretos de caoba a los lados, donde se apoya el brazo, aparador y cristalero. Esos cajones contenían cartas empaquetadas de infinidad de personajes, cartas que, a ocultas, solía yo leer (habiendo descubierto por casualidad el escondite); pero que no podía entender, como no entendía el barómetro, ni el termómetro que, formando un solo cuerpo, pendían cerca de la ventana para que les diera bien la luz. La loza era fina, los cristales ingleses, sólidos, los cubiertos, de excelente calidad, brillantes siempre, y no faltaban las fuentes de plata para cuando repicaban fuerte. Un solo cuadro lo adornaba: La batalla de Maipú, una oleografía en la que dos personajes se destacaban: San Martín con su bicornio, Osorio con poncho blanco. Aquél sableando, éste huyendo. Me lo sabía entonces mejor que ahora. Mi padre me lo explicaba cada vez que me veía mirándolo con esa atención y entusiasmo infantil que en todo asunto de guerra ve algo mitológico.

Un mueble especial completaba el ajuar. Me refiero a una mesa de chaquete, de caoba, con casillas de maderas finas incrustadas con prolijidad.

LUCIO V. MANSILLA

(*Mis Memorias*).

LA MESA

La hora de almorzar llegaba. En la casa había campanillas de alambre. Sonaba la del comedor; una vez, a esta hora; dos, con intervalos, a la de

comer. Corríamos con mi hermano dándonos la mano. Las viandas eran pocas, pero asaz variadas: puchero, de carne o de gallina, con zapallo, arroz y acelgas, siempre, y algunas veces con papas y choclos (coles, ¡ni el olor!), fariña o quibebe de ordenanza, y pasteles, de los que vendían las negras o negros pasteleros yendo de casa en casa de los marchantes con el tablero cubierto con una bayeta entre un pedazo de género de algodón, nada albo, para conservar el calor de la factura. Pero sabían bien. Empanadas rara vez. Eran muy pesadas. Por otra parte, para tenerlas buenas había que ir al interior. No era comida del litoral, excepto Santa Fe. Las famosas eran las cordobesas, las sanjuaninas, las tucumanas, lo mismo que la rica cazuela, por la proximidad de Chile, era mendocina. Cuando no había puchero, había bistec, carne frita en grasa con un poco de tomate y de cebolla. Y cuando no había bistec, había huevos revueltos y carne fiambre o chatasca, y de cuando en cuando jamón, y generalmente alguna fruta de la estación y queso criollo. Café con leche para los grandes, té con *ídem* para los chicos, con poco pan y manteca, y mazamorra.

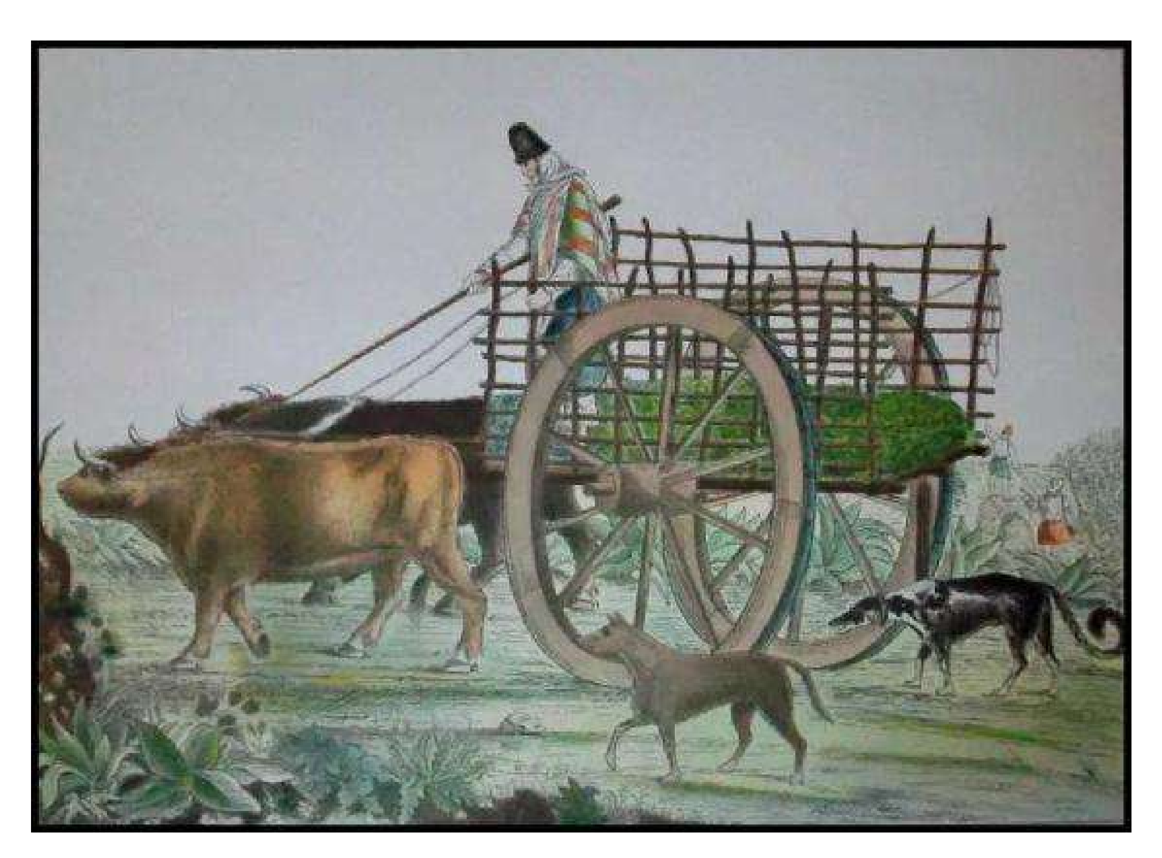
La comida comenzaba con sopa (solía haber entremés de aceitunas, sardinas y salchichón) de pan tostado o no, o de fideos, o de arroz a la valenciana. Pescado (al que mi padre era aficionado como yo ahora), casi siempre. Era mi padre diestro en comerlo, como un gato. Con las bogas, que no eran tan gordas como las de Santa Fe, decía, se deleitaba. Si no había pescado fresco, había bacalao. Seguía el asado, de vaca o de cordero y la ensalada de lechuga o de escarola o de papas o de pepinos, lo que mi abuela Agustina a todo prefería, aunque indigestos, a pesar de sus años; guiso de garbanzos o de porotos, y con más frecuencia de lentejas, muy alimenticias, decían, con huevos escalfados a veces, o albóndigas o locro o sesos, o molleja, asada o guisada (el plato predilecto de mi tío Juan Manuel), patitas de cordero o de chancho o mondongo o humita o pastel de choclo (cosapapa).

El postre eran fritos de papas con huevo y harina, polvoreados con azúcar molida, o tortilla *ídem* con acelgas, cosa inocente, o dulces diversos que se compraban en las casas especialistas del barrio; allá iba la dulcera de una disparada, siendo la más acreditada la de Zelaya. En estos dulces no andaban las manos improlijas de confiteros fumadores, sino manos

esmeradas. Como a la hora del almuerzo, había fruta, café nunca ni té. A las ocho y media o nueve, se tomaba lo uno o lo otro. Se almorzaba a las ocho y media o nueve y se comía a las cuatro y media o cinco habitualmente. Entre una y otra colación había algún tentempié, y el mate, va sin decirlo. Había una razón principal para comer temprano, siendo la hora normal las cuatro; que la luz en las casas era poquísima: velas de sebo, de molde, o esperma (después dijeren estearina), lámparas o quinqué (de lo más melancólico diría Espronceda) alimentados con aceite bastante feo de calidad, y olor, por consiguiente. Un utensilio indispensable, entonces, por eso, que ahora se ve poquísimo, eran las despabiladoras, que en las casas ricas las tenían de plata maciza con su correspondiente platillo. De esta escasez de luz viene la costumbre de estar en verano casi en tinieblas, sin más luminaria que la luna. El 25 de Mayo y 9 de Julio se ponían candilejas de barro cocido en el cordón de la azotea y en las ventanas y balcones. Éstas eran alimentadas con grasa de potro y una mecha de trapo. Tenían la forma de una taza común, chata, y constituían parte de la preocupación del dueño de casa para que las hubiera en abundancia durante las fiestas. El combustible era también escaso. Raras eran las casas con chimeneas. El calientapiés con brasas de carbón vegetal era el gran recurso. Se vivía tiritando de frío. Y era creencia, que persiste, que el fuego no es sano. En algunas casas, el calientapiés para la cama era un «pelado», raza de perro que se ha extinguido. El pelado hacía su turno y no pocas disputas ocasionaba.

Pero como lo prometido es deuda, vengamos a lo que se podía comer antes de la irrupción internacional: carne de vaca, de chancho, de carnero, lechones, conejos, mulitas y peludos; carne con cuero y matambre arrollado; gallinas y pollos, patos caseros y silvestres, gansos, gallinetas y pavas, perdices, chorlitos y becasinas, pichones de lechuza y de loro (bocado de cardenal); huevos (de gallina, naturalmente) y los finísimos de perdiz y teruteru; pescados: desde el pacú, que ya no se ve, hasta el pejerrey, y del sábalo no hay que hablar; porotos, habas, maní, fariña, fideos, sémola, arvejas, chauchas, garbanzos, lentejas, espinacas, coles, nabos, zanahorias, papas, zapallos, berenjenas, alcauciles, pepinos, tomates, cebollas, pimientos, lechugas varias (*zapallitos tiernos para el*

carnaval gritaban los vendedores), quesillos y quesos, siendo los más reputados los de Goya y Tafí, y los de Holanda, genuinos entonces; frutas de no pocas clases: higos, uvas, guindas, frutillas, damascos, peras, pelones, melones, sandías, ciruelas, nísperos, naranjas, bananas (escasas).



El Pastero (*Litografía de C. H. Bacle*).

Cuando caía granizo en abundancia, se recogía una buena cantidad y se hacían helados de leche y huevo con canela o con vainilla. Todos movíamos el cilindro por turno. Agréguese a esto las conservas alimenticias y todo lo que se me haya quedado en el tintero, y concluyendo con las pasas, los orejones, las nueces, las avellanas, y la pastelería de choclo y harina y los dulces, se verá si dije o no mal cuando aseguré que nuestros abuelos, siendo frugales, comían bien y de lo aconsejado por la moderna higiene. Vino se tomaba muy poco en la mesa de mis padres. Mi madre jamás en su vida lo bebió, le repugnaba. Mi padre, aunque muy fuerte (tanto, que nunca se había embriagado) tomaba muy poco. El vino que de diario se tomaba, se compraba mandando el botellón, en la esquina de San Pío si era carlón, y en el almacén del jorobado si era priorato; lo

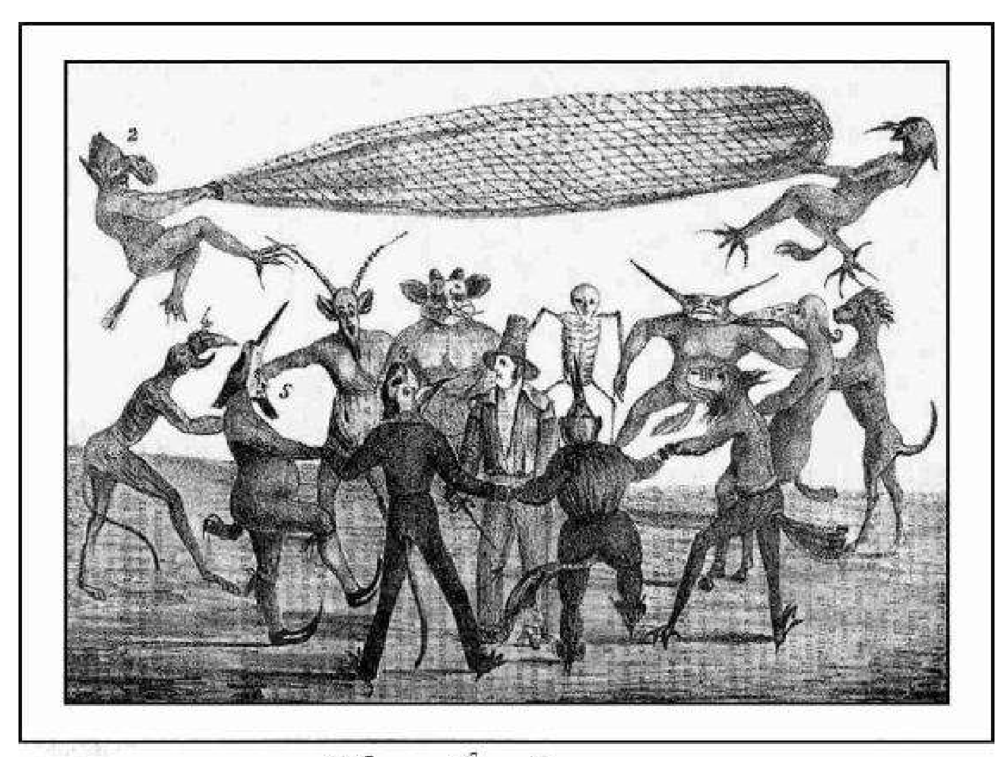
cual no quiere decir que no hubiera vinos embotellados en casa. Sí, los había. Algunos estaban enterrados (es muy bueno) en el último patio, que, al efecto, tenía un espacio sin enladrillar. Pero era para cuando repicaban fuerte: algún santo, el 25 de Mayo y el 9 de Julio en que había sala plena de convidados de rango. Ese día, nosotros, los muchachos, no teníamos lugar en la mesa, sólo lo había para mi madre, que a los postres se levantaba.

LUCIO V. MANSILLA

(*Mis Memorias*).

LOS VECINOS

Para comenzar con los vecinos del barrio, diré: Frente a casa de Tata Tristán, vivía un *Monsieur Fasquel*, joyero, o vendedor de alhajas, casado con una hija del país, señora de aspecto atrayente. Su desgracia era grande: todos los hijos que tenían (y la mala suerte los incitaba, como en el juego, a reincidir) les salían desfigurados, contrahechos o deformes. Decían: Si la de Fasquel ve un manco que la impresione, el primer hijo que tenga será con un brazo más corto que otro. Y así sucedía.



Sigue la danza

1º dejenme salir. 2º Ya esto seguro 3º Que le parece la danza Juan Manuel 4º Hace tiempo que no bailabamos 5º Ya no atormentaras á los pobres.

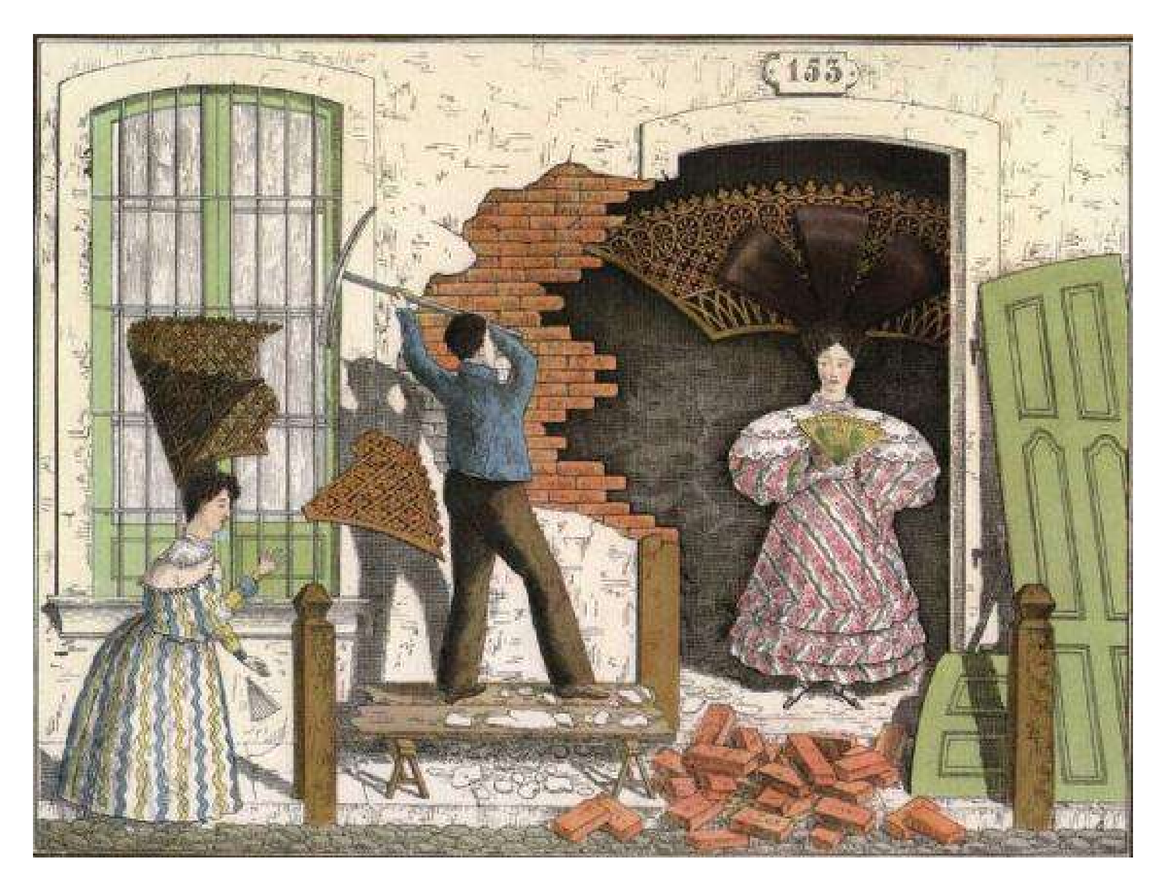
Lámina publicada en *El Grito Argentino* (N.º 29, del 6 de junio de 1839), periódico opositor publicado en Montevideo.

Enfrente, casa de por medio con lo de Tata Tristán, vivían dos solteronas, las de Cateura, en una casita minúscula. No eran jóvenes ni viejas. Eran, como otras mujeres, una momificación. Pasaban por ser buenas y lo eran. Frente a lo de las Cateura quedaba la panadería de *Musiú* Adel, un francés de pelo en pecho, que parecía casado; familia tenía, y todos, madre e hijas, trigueñas, eran ricotonas; de cuando en cuando, al pasar para la Escuela, a Eduardita y a mí nos daban un bizcocho caliente. Y *Musiú* Adel y sus peones, cual más cual menos, parecían no cuidarse mucho del qué dirán; pues siempre que estaban en la puerta era de traje que casi renovaba el *adantismo*, con un aditamento: mucha harina en la cara y en las manos, como *pierrot*, y hasta en el busto. No sé por qué por aquellos lados había tantas panaderías dentro de un corto radio y tantas boticas yendo para San Francisco y Santo Domingo. Mi padre solía decir: «Buen negocio: Siempre ha de haber quien coma pan; lo mismo horno de ladrillo, que si no edifican habrá que componer…».

Siguiendo, en la esquina, vivía la familia del Molino, culta, notable, porque una de las muchachas tocaba el arpa. En la esquina de Tacuarí, acera de Tata Tristan, por más señas, había una zapatería. Era de un español, ex oficial carlista… En la otra acera, en una casa grande, vivían y entraban y salían muchos cómicos, quedando el teatro de la Victoria a la vuelta. Esos cómicos, los principales, eran: la Trinidad Guevara (creo que Ladrón de), mujer hermosa, la Pepa Funes (después de la caída de Rosas se fué al Rosario), Quijano, González (eran dos); Telémaco, que mis fantasías de niño y del lector de *El Telémaco* asimilaban embrolladamente a éste, se fué a Entre Ríos; Pascual Ruiz y Ximénez, pardo éste de talento que representaba con amor una pieza titulada *El Mulato*, desempeñando el papel de protagonista. Todos ellos, cómicos y cómicas, me hacían un efecto inexplicable. Me parecían (¿cómo daré una idea de aquellas impresiones?). Me parecían superentidades. Pascual Ruiz, por ejemplo, después de haberlo visto representar *Don Pedro el Cruel* armado hasta los dientes de reluciente acero bruñido (era un hombre alto, bien formado, elegante) me fascinaba de tal manera que si me hubiera dicho: «Vente, hijito, conmigo», creo que lo habría seguido hasta el fin del mundo. La Pepa Funes, que hacía de gitana en *El Trovador*, me infundía no sé qué intranquilidad al verla en la calle. No conocí a Lapuerta, el trágico. Del célebre Casacuberta no hago memoria. Es sabido que murió en su ley, sobre las tablas, en Chile, en *Los seis escalones del crimen*.

Siguiendo para el norte, en la acera izquierda, entre Victoria y Rivadavia (entonces Federación) vivía el coronel Rabelo, militar que no parecía hecho a dedo. Vestía siempre con muchos galones, era muy pálido y de mediana estatura. Decían que estaba cubierto de heridas y que tenía *cabeza de mate*, es decir, que una tapa hecha con corteza de calabaza le cubría un agujero del cráneo por donde se le veían los sesos (¿lo habrían trepanado?), que así mismito era la cabeza del pilón Lamadrid y que, como éste, era muy valiente. Caminaba siempre acompasadamente, derecho, muy tieso el cuello, efecto del corbatín de ordenanza, duro como el palo, el charol o la suela, algunos eran de cerda, lo cual acentuaba su aire de guerrero de la Independencia, tipo que nos llevó[12] San Martín, copiándolo de los franceses que lo crearon y caracterizaron (pasó poco a

poco en la guerra civil y las milicias en acción). Todo esto y muchas otras circunstancias de barrio, a las que se agregaba que el hombre era primero o segundo jefe, o que algo tenía que hacer con el cuartel de Restauradores, hacían de él una especie de personaje de leyenda hazañosa. De modo que, pasar por allí, verlo en un cuarto a la calle fumando y sentir un no sé qué angustioso, era todo uno.



Caricatura sobre los peinetones.

A la otra cuadra, otro personaje, que más que éste debía impresionarme, nada, nada me decía sin embargo. Acompañado de alguno de los suyos, casi siempre estaba tomando mate en la vereda. Hombre de poca estatura, retacón, moreno, con poco pelo de barba, sentado en silla baja de paja sin pintar, parecía una figura de *terracota* etrusca. Cuando alguna visita llegaba, «voy a llamar a la familia» decía, y la familia consistía en la mujer, no teniendo hijos. A mí me hacía muchas fiestas, conociéndome muy bien, y yo al volver a casa no fallaba en decir: *Mamita, he visto a Salomón*. Él era. Pero [ella] nada, lo repito, me decía. A otros

debía hacerles el mismo efecto que a mí cruzar las rejas de la cripta de San Miguel, helárseles la sangre.

Por los dedos se contaban los portugueses que tenían casa de comercio en Buenos Aires, en aquellos tiempos. Pero todos ellos, por lo que yo oía, eran más o menos fidalgos adinerados, apreciabilísimos, como, verbigracia, el señor don Juan Souza Monteiro, el cual edificó una casa de gran *confort* interior. Era el señor don Juan Souza Monteiro un hombre obeso, comilón, bebedor, de exquisito Oporto, obsequioso, servicial. Su casa de comercio quedaba en lo que se llamaba la «Plaza Chica», no sé por qué. Es decir, cerca del correo, de la aduana o por los alrededores de Santo Domingo, en Bolívar, al llegar a Belgrano. Otro portugués, personaje original en aquel tiempo, era Gómez de Castro, gran federal, morlaco o medio loco (o lo fingía), muy platudo según decían, que guardaba las onzas de oro en botija y vivía solo en una quinta, con gran edificio, por la calle larga de Barracas. Andaba siempre a caballo. Aunque extranjero, el chaleco colorado no se le caía, ni la divisa *¡Federación o Muerte!* Se vestía bien, ostentando nítidas pecheras de camisa con tres botones de brillantes gordos unidos por una cadenita como de los de los «piernas» del barrio del alto. Alardeaba de pulcritud. Y yo he oído esta réplica suya, un día que lo cargaban: «Para saber si un hombre es decente, hay que verle los pies sin medias…». Sigamos por Rivadavia, demos vuelta por Buen Orden hasta llegar a la esquina de Potosí. Aquí, en una casa muy vieja, vivían las de Ganela. Por ahí en la misma acera, tenían escuela unas señoras muy acreditadas, las de Ytuño. En la otra cuadra, yendo para la quinta de Guido, vivían, en finca grande, los Lastra. Eran muy unitarios. Pero yo iba a la casa donde me trataban cariñosamente. Enfrente o por ahí, ¡qué ironía! vivía don Pedro Burgos, coronel, amigo y compadre, y de los más calientes partidarios de mi tío Juan Manuel. No tenía malos sentimientos y era redondo como un tonel. Si le decían jesuitas, no entendía. Había que hablarle en su lengua y decirle *jesuditas*. A manera de hilo conductor, establezcamos quiénes vivían entre la esquina de las de Ganela, calle del Buen Orden, y la de San Pío. De ese modo se verá mejor la ubicación de las casas. Cerca de la del señor Arrotea (pongo siempre *señor* porque así me lo enseñaron; cuando lo omitía, mi madre me

observaba: *¿Será tu hermano?…*), casi al lado, vivía el señor doctor don Baldomero García. Era de los íntimos, muy aparcero de mi madre; se tuteaban, aunque las edades discrepaban grandemente. El abogado y el político poco tienen que hacer aquí. A su mujer yo le decía «mi tía Mariquita». Se querían con mi madre. Fué matrona de excepcional mérito. El señor don Baldomero García era tan hábil abogado y entusiasta federal, cuanto inhábil comensal. Había que pelarle los duraznos. Tampoco sabía atarse la corbata. Distraído, no se veía las manchas que pudiera haber en su ropa. Hablaba a borbotones. Pero su decir era elocuente. Una vida suya sería un libro lleno de interés social y político, como que tuvo aventuras en varios sentidos. No era linda su cabeza, al contrario. Pero tenía cierta expresión dantoniana, envuelta en abundantes negros cabellos ensortijados. La irradiación del alma, oculta o apaga las deformidades o las imperfecciones físicas.

Era su particular amigo el conspicuo doctor don Eduardo Lahitte y su practicante predilecto un hombre diminuto de los pies a la cabeza, pero de elevada estatura intelectual, que vivió poco desgraciadamente para los suyos y para el país, dejando un hijo de su mismo nombre: Marcelino Ugarte. El señor doctor don Eduardo Lahitte, aunque muy federal y de filiación dorreguista, lo mismo que el doctor García, y lo mismo que ellos sus respectivas esposas, iban poco a casa de Rosas en la ciudad y mucho menos a Palermo, lo cual no significaba en lo más mínimo que no estimaran y quisieran a Manuelita, ni que su adhesión a la causa del Restaurador de las Leyes, vengador de Dorrego, no fuera completa. Las damas eran poco mundanas y los caballeros muy maturrangos. Yo entraba en casa del doctor Lahitte con recogimiento. Sus muchos libros, que al pasar por delante de las ventanas o al cruzar el zaguán, tenía que ver, me imponían respeto. Era de las pocas casas que tenían portero, siempre un español más o menos cerrado, según la provincia de la península. En cuanto al señor don Eduardo, sin que por ello se disminuyera mi respeto por su saber, confieso que, siendo yo un mozalbete, me pareció algo pedante. Decía *Lamartén* y no Lamartine, haciendo sonar todas las letras, y un día me sostuvo que *blondo* no era español, sino un galicismo, refiriéndose a mi traducción de *Los Proscriptos de Balzac*.

Casi frente a lo del señor don Baldomero, vivía un médico. Los médicos de entonces no usaban coche, no había cómo. Las calles que estaban empedradas eran un suplicio, o un pantano con su correspondiente cuadrúpedo por morirse dentro del barro o hinchado como un odre agusanado ya, anunciando la pestilencia su proximidad. Creo que en Buenos Aires no hay un solo viejo (excepto yo, tan flojonazo) que no haya hecho sus primeros ensayos ecuestres en caballo de lechero o de médico. ¡Cuántas veces no estuvieron espiando al doctor tal o cual para jinetear un rato mientras él hacía su visita o sus visitas! A veces acontecía que el médico, antes de despedirse, decía: «Señora (o señor)… ¿quiere usted mandar ver si está mi caballo?…». El sirviente iba y volvía con esta noticia: «Sí, señor, está»; o «Todavía no está…». Si lo último, había que tener un poco de paciencia… Los muchachos no abusaban, aunque a veces montaran dos y hasta tres en el mismo flete. Por lo demás, el doctor nunca se enojaba por eso. Al contrario: los más pacientes (es raro que un médico no lo sea) todavía saludaban diciendo: «Gracias, amiguitos…».

En mi barrio, los Arrotea, los Murga y los García eran la piel de Judas y nunca jamás gastaron un real cobre en alquiler de caballo para divertirse. Los médicos de campanillas tenían por lo común el caballo en su casa.

LUCIO V. MANSILLA

(*Mis Memorias*).

GALERAS Y CARRETAS EN 1850

BUENOS AIRES

La República Argentina tiene sus carruajes indígenas que no pueden ser reemplazados por ningún otro. El primero y mas elegante es la *galera* (¡verdadera galera!): una monstruosa caja de madera colocada sobre una no menos monstruosa armazón. Atan a ella ocho o diez caballos y con el

carruaje marcha toda una tropa de viajeros cuando han de trasladarse a la estancia lejana.



Un mendigo en Buenos Aires (1839).

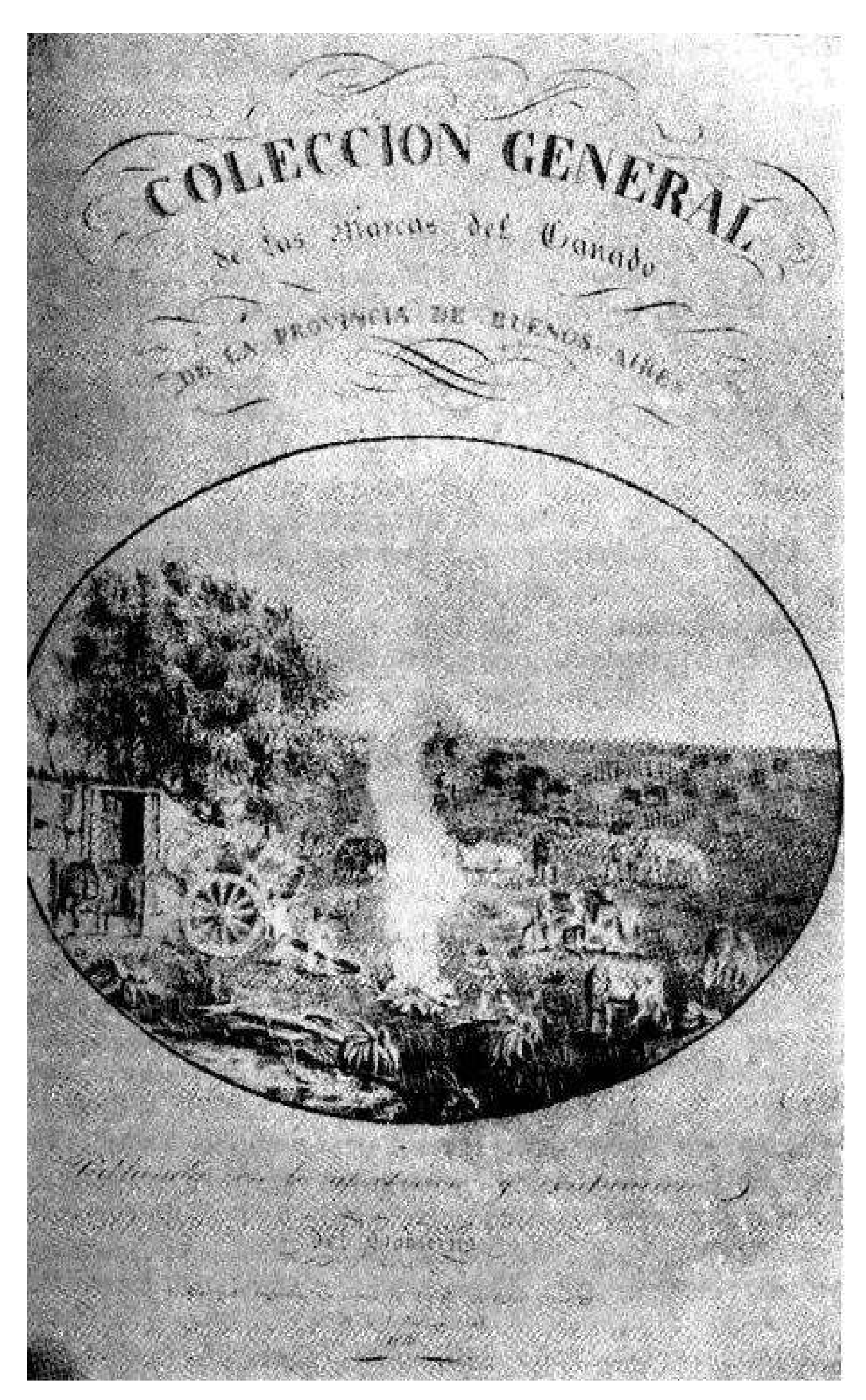
Otro vehículo es el carro de transporte o *carreta*, mastodonte de la carretería, que parece exhumada de las capas seculares de la antigua barbarie gala. Emplean todo un árbol en su construcción, una viga entera para lanza, otra viga para el eje y no sé cuántas ramas gruesas para llantas y rayos de las ruedas, que tienen diez pies de diámetro. Sobre el eje va colocada una especie de arca gigante como para recoger todas las especies animales en caso de naufragio; el arca va cubierta con cueros de vaca y cerrada por tres lados, menos por delante, como una gran cuba. Adentro, el carretero amontona toda la carga que se le ha confiado. A este pesado convoy se atan —a gran distancia una de otra— tres yuntas de bueyes. El

carretero se sienta en medio de la última yunta, sobre el yugo, con las piernas cruzadas y armado de una caña con la que puede aguijar a todos los animales. Cuando el asiento le fatiga, sube a la carreta, de cuya bóveda pende, como un mástil de bauprés, otra caña que, mediante un fácil mecanismo, el conductor puede mover a voluntad, alcanzando a la yunta delantera.

Quienes han visto los convoyes primitivos de las estepas rusas o del Cabo de Buena Esperanza, pueden representarse, bajo su aspecto verdadero, estas caravanas argentinas de diez, quince y veinte carretas, caminando lentamente, una tras otra, por caminos polvorientos de huellas profundas a través de la llanura desierta que no pueden recorrer sin un guía experimentado. Un hombre a caballo recorre la línea de carretas, ordena los movimientos de la tropa, organiza los campamentos. Lo que se dice del camello en el desierto, puede decirse de estas tropas: son los navíos de la pampa. Un comerciante las fleta en Mendoza o en Santa Fe como si fueran barcos, las carga de maderas, de frutas, de cueros o de otros productos del país y las expide a su consignatario en Buenos Aires. Este último las devuelve con cargas de paños, muebles o licores. De esta manera, los productos de la industria europea van, desde los muelles del Havre y Liverpool, hasta el pie de los Andes.

La caravana no hace más de cinco o seis leguas por día. Llegada la noche, se detiene junto a un pastizal y toma sus precauciones para ponerse a cubierto de dos especies de enemigos: los indios y los tigres. Las carretas se disponen en círculo, formando como una empalizada en medio de la cual encienden fuego para asar carne y ahuyentar a las bestias feroces. Si se advierte algún peligro, dos o tres hombres hacen vigilancia como centinelas mientras los demás duermen en el suelo o en la carreta. Al llegar a Buenos Aires forman el mismo campamento. Hay en la ciudad cuatro o cinco plazas que son como las radas donde echan el ancla y desatan sus cables estas bricharcas de tierra. El carretero queda en la plaza sin ocurrírsele ir a ver el obelisco de la plaza de la Victoria ni las magnificencias de la calle del Perú. La carreta es su casa y su almacén. Durante el día trabaja en cargarla o en descargarla. Por la noche le sirve para dormir. Algunas veces el carretero viaja con su mujer que le ceba el

mate o le prepara el asado de cordero. En las horas de descanso, se acerca a sus compañeros, que también permanecen fieles a sus tiendas nómades. Será difícil que en el grupo ambulante falte algún músico que, acompañándose con su guitarra, cante alguna canción. Si a este concierto, que a menudo se acompaña con estallidos de risas, se agrega una botella de caña, todos se sienten felices, con una felicidad comunicativa que se extiende a la gente de los alrededores.



← Portada de una importante publicación impresa por Bacle.

Muy a menudo, callejeando al azar, me he sentido fascinado por el efecto tan singular de aquel pintoresco cuadro. ¡Qué trajes y qué figuras dignas del pincel de Callot! ¡Qué brillo el de aquellos ojos negros y qué franca explosión de alegría, a cada repetición de una tonada burlesca! Por lo demás, diré que estos hombres parecían mostrar en su fisonomía un alma honrada y que lamentaré ¡ay! toda mi vida no haber podido embarcarme con ellos para seguirlos en todas las alternativas de su marcha, en toda su despaciosa travesía. Carreteros y gauchos: he ahí la parte más pintoresca de la población de Buenos Aires.

XAVIER MARMIER

(*Buenos Aires y Montevideo en 1850*. Traducción de José Luis Busaniche. Buenos Aires, 1948, pág. 33).

XAVIER MARMIER.— (1809-1892). Escritor francés, autor de numerosos libros de viajes y de comentarios literarios, dedicados, estos últimos, casi todos a las literaturas del norte de Europa. Tradujo a grandes escritores alemanes, rusos y daneses. Entre sus libros de viajes cuenta *Lettres sur l'Amérique*, que comprende un largo itinerario por los Estados Unidos en 1848 y un viaje de Cuba al Río de la Plata en 1850. Marmier estuvo en Montevideo y en Buenos Aires e hizo algunas excursiones por la campaña, pero no se internó en el país. La parte de *Lettres sur l'Amérique* relativa al Río de la Plata ha sido traducida con el título de *Buenos Aires y Montevideo en 1850*. (Buenos Aires, 1948). Xavier Marmier perteneció a la Academia Francesa.

5
EL INDIO Y EL DESIERTO
1810-1850

ASAMBLEA DE CACIQUES CON JOSÉ MIGUEL CARRERA

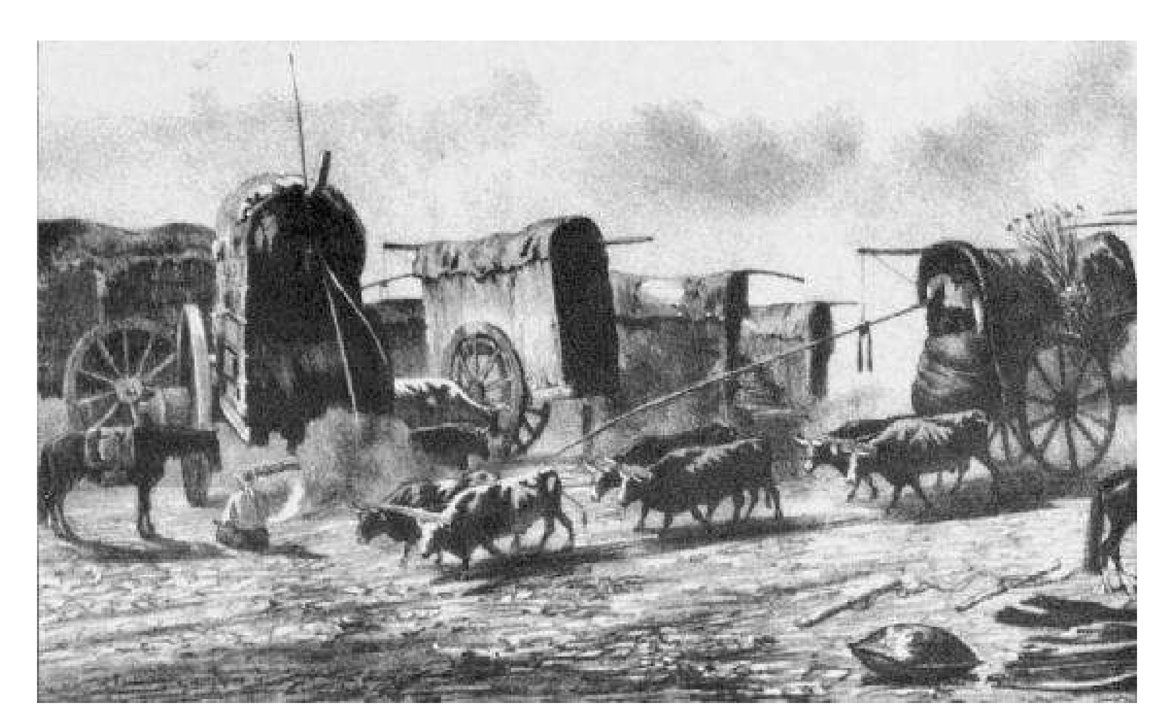
1821

Después de treinta y dos días de marcha, llegamos a los «toldos» o poblaciones de los indios y elegimos para campamento la pendiente de una colina, distante una milla más o menos de la vivienda de uno de los caciques. Un río profundo y dos pequeños arroyos corrían paralelos a nuestro frente, sirviendo de defensa. Aseguraba nuestro flanco izquierdo un brazo del mismo río. Protegimos la derecha con un fuerte de avanzada. La posición era la mejor que pudiera escogerse en aquellos parajes porque estábamos a cubierto de toda sorpresa. Esto no obstante, los indios nos pidieron que abandonáramos el campo porque corríamos serios peligros si insistíamos en permanecer allí. Existía la superstición —proveniente de agüeros o tradiciones— de que en esa loma habitaban infinitos *gualichos* o espíritus del mal que castigaban con el daño y la muerte a los que entraban en el campo encantado. Nuestra primera idea —al recibir estas noticias de los indios— fué que, como el campo era excelente y abundante en pastos, se valían de una treta para reservárselo e inducirnos a cambiar de sitio; pero habiendo el general consultado con Güelmo, se convenció de que

hablaban sinceramente, sin intención alguna de engañarnos. La insistencia en que levantáramos el campo respondía únicamente al deseo de salvarnos. El sitio era el más apropiado y no mostraba ningún vestigio de población. Esta circunstancia y el desconocimiento en que estaban los indios sobre las particularidades del río en aquel paraje, indicaban que lo habían frecuentado muy poco.

Carrera los tranquilizó, asegurándoles que esos gualichos no tenían poder contra sus soldados y que en pocos días más los ahuyentaríamos de la loma. Los indios se retiraron del lugar profanado, desconfiados y temerosos por nuestra suerte. Al día siguiente, muy de mañana, vinieron a visitarnos y a oír el relato de lo que nos habría ocurrido durante la noche. Mostráronse maravillados al comprobar que los diablillos de la loma no tenían poder contra nosotros. Poco a poco perdieron el miedo al sitio aquel y algunos días después sus visitas se hicieron tan frecuentes y largas que ponían a prueba nuestra paciencia. Su adhesión a Carrera crecía día por día. Todos los caciques vecinos vinieron a congratularle y darle la bienvenida, ofreciéndose al mismo tiempo para servirle donde quiera que fuere contra cualquier enemigo. Mandaron delegados a Chile y a las tribus más distantes, solicitando la concurrencia de los caciques al campamento del *Pichi Rey*, o reyecillo, como llamaban a Carrera, y señalaron día para la asamblea o junta en que debía reunirse. Llegó la fecha señalada para la reunión de los caciques y acudieron puntualmente a la cita. Llegaron con sendas escoltas de indios para dar una prueba de las fuerzas y las calidades de cada una de sus tribus. Una vez congregados, empezaron por un sacrificio a su patrono y protector el Sol, antes de iniciar el consejo. Para este sacrificio los sacerdotes eligieron un potro salvaje «sin defecto» y lo amarraron por sus propias manos. El primer sacerdote abrió una herida al costado del animal, introdujo el brazo en el cuerpo todavía vivo y le arrancó el corazón y otras entrañas. Con la sangre del corazón hizo ademán de asperjar el Sol, mientras los otros hechiceros le imitaban con la sangre del cuerpo de la víctima. Luego se comieron el corazón, el hígado, los bofes y otras entrañas humeantes. A los caciques les estaba permitido comer solamente el cuerpo del sacrificio. Terminada esta ceremonia, los sacerdotes iniciaron sus augurios y profecías. Las revelaciones fueron las

más halagadoras, y entonces se abrió el consejo bajo los auspicios del Sol. Los indios iban desnudos, como se presentan siempre que se trata de guerra, consejo, ceremonias religiosas o ejercicios atléticos.



Parada de carretas en el camino.

Habían adornado como nunca sus largos cabellos con plumas blancas, azules, coloradas y amarillas. Llevaban las caras espantosamente pintadas de tierra negra, roja y blanca. El cacique más viejo se sentó en el suelo, de piernas cruzadas, sobre un paño preparado al efecto; el que le seguía en edad tomó asiento a su izquierda, y así sucesivamente, hasta que el más joven vino a cerrar el círculo, a la derecha del primero. El general y sus intérpretes se sentaron en el centro. Los oficiales de Carrera y los capitanejos indios formamos otro círculo en derredor y nos sentamos a escuchar a aquellos turbulentos hijos de la libertad, que exponían los intereses de sus representados al aire libre, y expuestos a los rayos de un sol abrasador. Una vez todo listo, reinó un profundo silencio que rompió uno de los caciques con una arenga dirigida a los demás componentes de la junta, para exponerles el objeto de la reunión.

Luego se dirigió a Carrera para decirle que, habiéndose reunido en consejo las tribus indias, él había sido autorizado para congratular y dar la

bienvenida al *Pichi Rey*, para informarse de su salud y de las dificultades que había encontrado en su camino, la situación del país que había dejado, las fuerzas militares de que disponían, cómo las empleaban y qué planes se proyectaban. Le pidió también una relación detallada de las ofensas recibidas. Hízole presente que, en testimonio de adhesión, se ponían todos a sus órdenes y no tenía más que encabezar las tribus para que volaran a vengar sus agravios y a empapar sus manos en sangre enemiga. Güelmo, el lenguaraz, anotó las ideas principales del discurso del cacique, y Carrera, después de examinarlas detenidamente, respondió con una arenga muy formal, que el mismo Güelmo tradujo. Tanto Carrera como el cacique hablaron en forma espontánea y sencilla, logrando el mismo efecto sobre los oyentes. Cuando terminaron esos primeros discursos, Carrera se dirigió a todas las tribus y les habló agradeciéndoles la confianza que le dispensaban y las fuerzas que ponían a su disposición. Se declaró su protector y enumeró las ventajas que sobrevendrían de esta unión.

Interpretado su discurso por el lenguaraz, se le acercaban los indios con las manos tendidas y él se las estrechaba cordialmente a cada uno.

Todo cuanto expusieron los caciques en un principio, fué dicho por ellos en representación de sus tribus y sólo después expresaron en nombre propio su adhesión personal al Pichi Rey, colmándolo de regalos.

Se les sirvió vino a los miembros de la augusta asamblea, pero, como iban a tratar asuntos de mucha importancia, observaron una moderación propia de gente más civilizada. Cada uno mojó un dedo en su copa y antes de beber roció con el vino hacia arriba como si realizara una ofrenda. (Esta ceremonia la observan siempre antes de comer o beber). Luego gustaron apenas el vino, y, haciéndolo retirar, siguieron tratando los asuntos del día. Cada cacique hizo una relación de la fuerza que podía presentar y en total llegaron hasta diez mil guerreros. En seguida dieron su opinión sobre la forma de atacar a los cristianos y desarrollaron sus terribles proyectos de exterminio y devastación, en lo que mostraron tanta sagacidad como crueldad y salvajismo. Carrera se valió de toda clase de argumentos para convencerlos de lo pernicioso de tales métodos de guerra, pero su elocuencia nada pudo contra una costumbre bárbara, que el uso inveterado hacía sagrada. «Perdona hoy al enemigo y mañana te cortará la cabeza»;

tal es la máxima común entre los indios. Por eso no conocen ni la decencia, ni la prudencia, ni la piedad, y no perdonan la vida del enemigo, salvo que se trate de mujeres y niños, porque entonces los convierten en esclavos.



El rancho (*Según C. H. Pellegrini*).

Carrera les hizo ver que, entre los que ellos consideraban enemigos, él tenía muchos amigos, que también lo eran de los indios, por lo que resultaba absurdo aplicarles el mismo castigo que a los opresores. De esto se convencieron y acabaron por prometer que respetarían a quienes él considerara como amigos. Sostuvo entonces Carrera que, puesto que las mujeres y los niños no toman las armas ni van a la guerra, no era digno de un pueblo guerrero y valiente matarlos o hacerlos cautivos. Aquí no estuvieron de acuerdo, porque ese principio chocaba con lo más íntimo de sus hábitos guerreros y afectaba el concepto que ellos tienen de la honra. En efecto: el honor y los prestigios de un indio se juzgan por el séquito de sus cautivos. Exterminan a los hombres y si no se apoderan de las mujeres y niños aparecen sin cautivos y se resienten mucho sus prestigios. Tal es la reflexión que hacen los salvajes cuando se les habla de ese asunto. Y si algún jefe, por muy popular que fuera, tratara de hacer la guerra

privándolos de ese derecho, nadie le acompañaría. Carrera, viendo que sus razones eran inútiles, renunció a ocuparse de la cuestión.

La asamblea se suspendió por fin, y nos retiramos con los caciques a comer algunas reses que se habían asado para la oportunidad. A esto se sucedió una bacanal en que los indios se entregaron a sus excesos habituales que se traducen en escandalosas borracheras. Continuó el jolgorio toda la noche entre las profecías y los cantos de los bardos y adivinos. Los indios consideran abominable comer, beber o dormir con una mujer, y de ahí que las principales favoritas de algunos caciques se hubieran reunido aparte. No les hacían caso, pero nosotros nos interesamos en verlas. Estaban, si era posible, más borrachas que los mismos hombres. Se sentían muy impresionadas con los cantos, porque tan pronto reían como lloraban, según lo que se cantaba. En cuanto a los aires cantados, eran agrestes, dulces, desiguales, quejumbrosos, y no desprovistos de armonía.

Las fiestas se repitieron con alguna frecuencia, y considero excusado entrar en otros detalles; los mencionados pueden servir para dar una idea de lo que son los sacrificios, consejos y francachelas de los indios.

WILLIAM YATES.[13]

(Trad. de J. L. B.)

PAMPAS Y ARAUCANOS

En nuestras primeras campañas y servicios de fronteras, tuvimos repetidas ocasiones de poder juzgar y valorar a los indios en su modo de combatir y arrojo personal, tanto de los pampas como de los araucanos; los primeros son feroces, cobardes y ladrones, no tienen una cualidad que los recomiende; los segundos son igualmente feroces, pero al menos son valientes, nacidos en un país montañoso donde los árboles se van a las nubes; el indio participa de aquella naturaleza gigante.

Son altos, bien hechos, los hay que son casi blancos y mejor constituidos que los pampas. Los españoles no pudieron nunca domarles; los célebres capitanes de la conquista, Valdivia y Villagrán, perdieron la vida en esas guerras que tanto ilustró Ercilla con sus cantos.

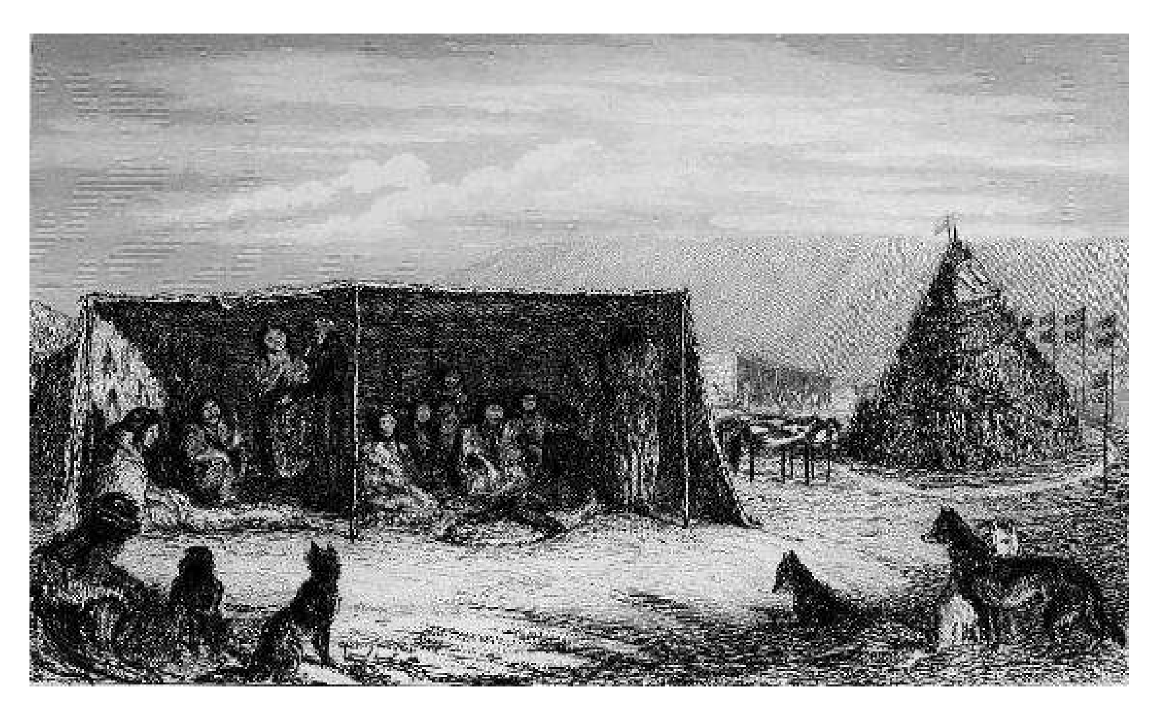
Muchas veces fueron vencidos, pero jamás sojuzgados; ellos también tuvieron sus triunfos. El indio Lautaro derrotó completamente a los españoles en Talca, por medio de la invención del ataque por escalones, de cuyas resultas volvieron a ser dueños de la parte sur del Bío-Bío, destruyeron la imperial capital de aquella nueva provincia y los pueblos de Arauco y Tucapel…

Conservan muy vivas las tradiciones de aquellas guerras, de ellas hacen siempre el tema de sus discursos o parlamentos; particularmente cuando se embriagan se excitan mucho con esos recuerdos. Son muy jactanciosos y fanfarrones, hablan siempre de los enemigos que han muerto en la guerra y lloran mucho por los suyos. Durante la guerra de la independencia se declararon por la causa del Rey, combatiendo al lado de los españoles, a quienes llamaban «compañeros realistas» y a los nuestros con el apodo de *pachoco tregua*, que quiere decir perro. Cuando tomaban prisioneros, jugaban su vida a la chueca; para esto se dividían en dos bandos denominados patriotas y realistas, según las condiciones, el ganador podía disponer de los prisioneros; no sabemos cómo se hacía, pero lo cierto es que los patriotas perdían siempre y los prisioneros eran sacrificados.

En la acción de Carampanguy nos tomaron catorce negros a los cuales quemaron, porque los cristianos, decían, con ellos hacían la pólvora.

Los araucanos tienen cierta pericia militar que no tienen los pampas y son más subordinados. Cuando las diversas tribus se reúnen para la guerra, fieles a sus tradiciones, nombran, por el consejo de los ancianos, a un jefe superior a quien todos obedecen ciegamente. Cuando van a dar una batalla, forman en línea, el jefe la recorre al galope con la chueca en la mano, blandiéndola y haciéndola revolotear sobre la cabeza; este palo es la antigua maza y hoy distintivo de jefe; arenga sus tropas, que le escuchan en el mayor silencio y recogimiento. Concluida la arenga del jefe principal, cada cacique hace lo mismo en sus respectivas tribus y cada

capitanejo en sus trozos o compañías. A una señal del jefe se mueve toda la línea conservando en lo posible la alineación; a otra, varían de aire y por último cargan. La primera voz que dan es *annuiunué*, que quiere decir *vámonos*, y esta palabra junto con una grita general de *¡ya, ya, ya!* repetida por todos, es no sólo una señal sino el modo de animarse mutuamente.



Toldo y tumba de indios patagones. (*Del libro de Fitz Roy*).

Cuando están cerca del enemigo que combaten, la palabra cambia y entonces todos dicen *lapé, lapé*, que quiere decir: *¡mátalo, mátalo!…* suponiendo que cada uno está ya en estado de matar un enemigo; también es una palabra poderosa en esos casos.

Pero esto no quiere decir que proceden siempre del mismo modo; la guerra de emboscadas la hacen bien, lo mismo que la de flanquear; la carga por escalones y una retirada falsa, son cosas que practican a menudo. Sus cargas son sumamente violentas, aterradoras por la grita con que las acompañan y el olor a zorrino, con cuya orina bañan sus lanzas.

Ellos vienen siempre recto a sn frente; no como el pampa, que trae el caballo inclinado a uno u otro lado como para huir con más facilidad.

En el principio de esas guerras obtuvieron algunas ventajas sobre nuestros soldados; pero cuando se adoptó el sistema de no cargarlos y

esperar a pie firme, todo cambió de aspecto, porque ellos llegaban dispersos y nos encontraban reunidos en nuestro puesto; las carabinas no se descargaban sino cuando ya estaban a punto de herir, en ese momento en que levantan la cabeza para llegar a su enemigo; hasta entonces la traen baja, su gran melena suelta echada sobre la cara, pero en el momento de cruzar las armas, por un movimiento rápido de cabeza, echan la melena para atrás, quedando con la cara descubierta. Usan una faja angosta que llaman *huinca* o *vincha* con que atan su cabellera, que sólo sueltan para estos casos.

Para las operaciones prontas, vienen desnudos y en pelo, sólo traen un taparrabo todo de cuero que se atan a la cintura, en el cual aseguran un gran cuchillo de hoja muy ancha y pesada con que se defienden cuando, por algún accidente, pierden la lanza, lo que no es raro que suceda, porque son largas de seis y siete varas, de una caña muy flexible, que llaman *coligüé*.

El venir desnudos es porque, ocupando las costas del Bío-Bío tienen que pasarlo nadando a la cola de los caballos; estos indios son verdaderamente bravos…

Toda la táctica del pampa está reducida a presentarse en forma de herradura o media luna, en cuya formación no presentan objeto al frente y con sus alas están siempre flanqueando.

Si en este estado atacan, cuando el centro se acerca, ya sus alas han pasado con mucho a nuestra tropa, dejando la retaguardia libre, por aquel axioma militar que dice: al enemigo, puente de plata.

Si son atacados por el centro, flanquean sus alas por derecha e izquierda, si rechazados, abrazan un campo inmenso haciendo la persecución muy difícil por la simple razón de que la tropa no puede ni debe jamás dispersarse como ellos. El sistema de formar cuadro ha sido muy provechoso en otro tiempo. El soldado comprende fácilmente que es una maniobra salvadora y eso le inspira confianza para las operaciones ulteriores. A veces, sucede que los indios permanecen algún tiempo cercando el cuadro, a poca distancia de ellos, para impedir que se muevan, ínterin ganan tiempo los que arrean el botín.

Cuando nuestras tropas estén organizadas adecuadamente, cuando tengamos cuerpos de dragones, que tanto pueden servir a pie como a caballo, armados con carabinas o fusiles a la Minié, que vean caer uno a uno los más atrevidos entre ellos, no se pondrán más a distancia de embarazar las operaciones de los cuerpos.

MANUEL A. PUEYRREDÓN[14]

TOLDOS DE LOS INDIOS PAMPAS

El toldo es un cuadrado bajo, apenas de la altura de un hombre de poca estatura; el indio pampa es muy bajo; el techo y paredes, compuesto de cueros cosidos, es de una pieza, sostenido por horcones delgados en las esquinas, en los costados y el centro, donde hay uno mayor para colgar la carne. En esta parte, el toldo es abierto para que salga el humo; en un rincón está la cama del indio; seguido a ésta, la de las mujeres de la misma línea, en la opuesta el resto de la familia; allí mismo cocinan, para lo cual usan ollas y asadores de hierro o de palo.

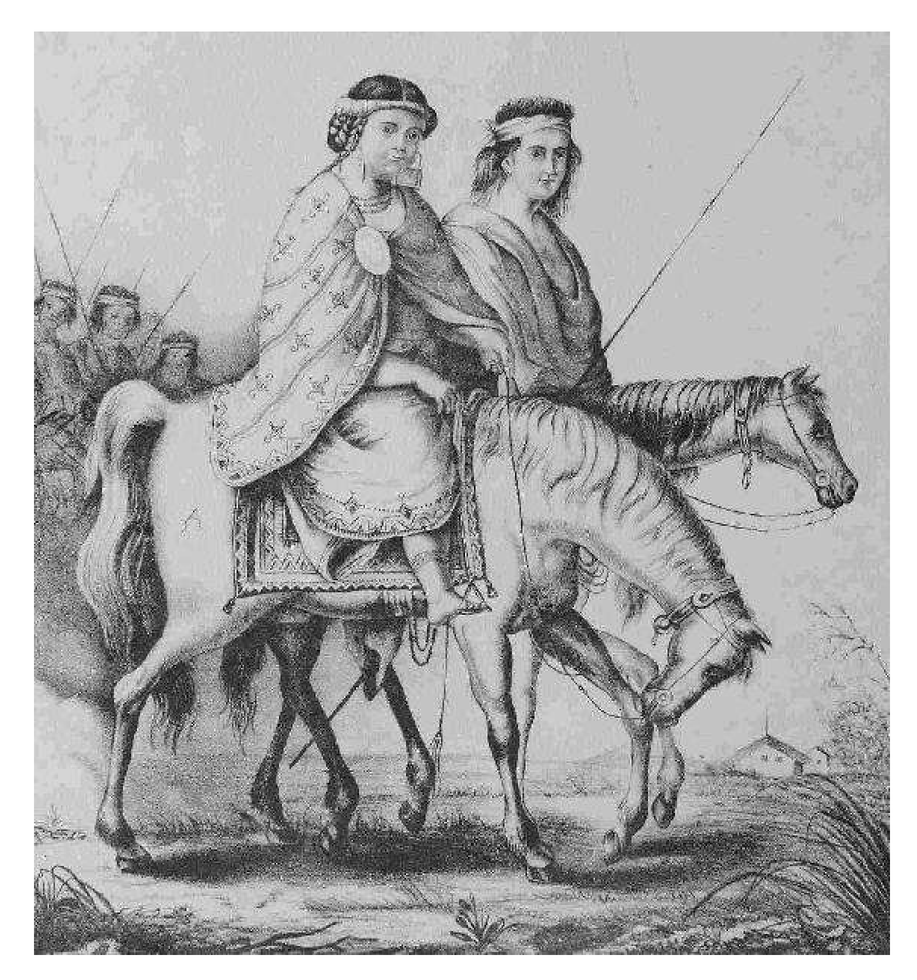
Hay en estas habitaciones un olor nauseabundo insoportable; el que no esté habituado, es imposible que pueda soportarlo mucho tiempo sin enfermarse. Cuando el campo se echa a perder y no tienen pasto cerca, descampan y van a buscar otro mejor que les proporcione buen pasto, y cerca de sus habitaciones, porque no dejan alejarse mucho a sus animales, para evitarse el trabajo de buscarlos.

Para mudarse, desarman el toldo, que doblan y cargan en cargueros con los demás útiles del toldo que sólo se compone de ollas y asadores y una que otra vasija de barro; todo robado en las invasiones.

Hemos encontrado un tomo del *Baroncito* de *Faublas* en un toldo de la Sierra de la Ventana, en 1824, y otro de *Ultratumba*, de Chateaubriand, se encontró después. Los indios crían muchos perros y no fué pequeña nuestra admiración al encontrar allí, en gran abundancia, galgos de

diferentes tamaños, desde los más grandes que se conocen hasta los más pequeñitos. Tratando de averiguar el origen de estas razas, se nos contestó que fueron traídos de la Bahía de San Julián, de unos hombres blancos que hubo allí, en otros tiempos, y que se acabaron, no supieron decirnos cómo.

Sus crías de ovejas son mucho mayores que las nuestras, lo mismo sucede con las gallinas, que son de un tamaño asombroso.



Carlos Morel: cacique pampa y su mujer. (*Litografía de Ibarra, 1839*).

El indio no es jinete como nuestros gauchos, ellos no amansan como éstos, acostumbran sus animales al lazo y a manoearlos y cuando están en estado de servicio, los amarran a un poste, los ensillan y cargan con sacos de arena; esto se repite tantas veces cuantas son necesarias, hasta que esté totalmente manso. Entonces es cuando lo montan; no saben arriendar sus caballos, son mal enfrenados, pero muy corredores porque sólo en eso los ejercitan, conservándolos siempre delgados.

Son muy afectos a los caballos overos, saben cruzar las castas para sacar animales de colores variados; los overos son los más estimados por ellos.

MANUEL A. PUEYRREDÓN

INDIOS DEL SUR

Los indios del Chaco pueden emigrar al otro lado del Bermejo, los del sur no tienen ese recurso; para ellos no hay más alternativa que someterse o perecer.

Una vez ocupada la pampa, particularmente los puntos conocidos de Salinas Grandes, Río Colorado y Negro, no les queda campo en donde permanecer. No pueden recostarse a las faldas de la cordillera porque son montañas muy ricas de madera, pero muy pobres de pastos.

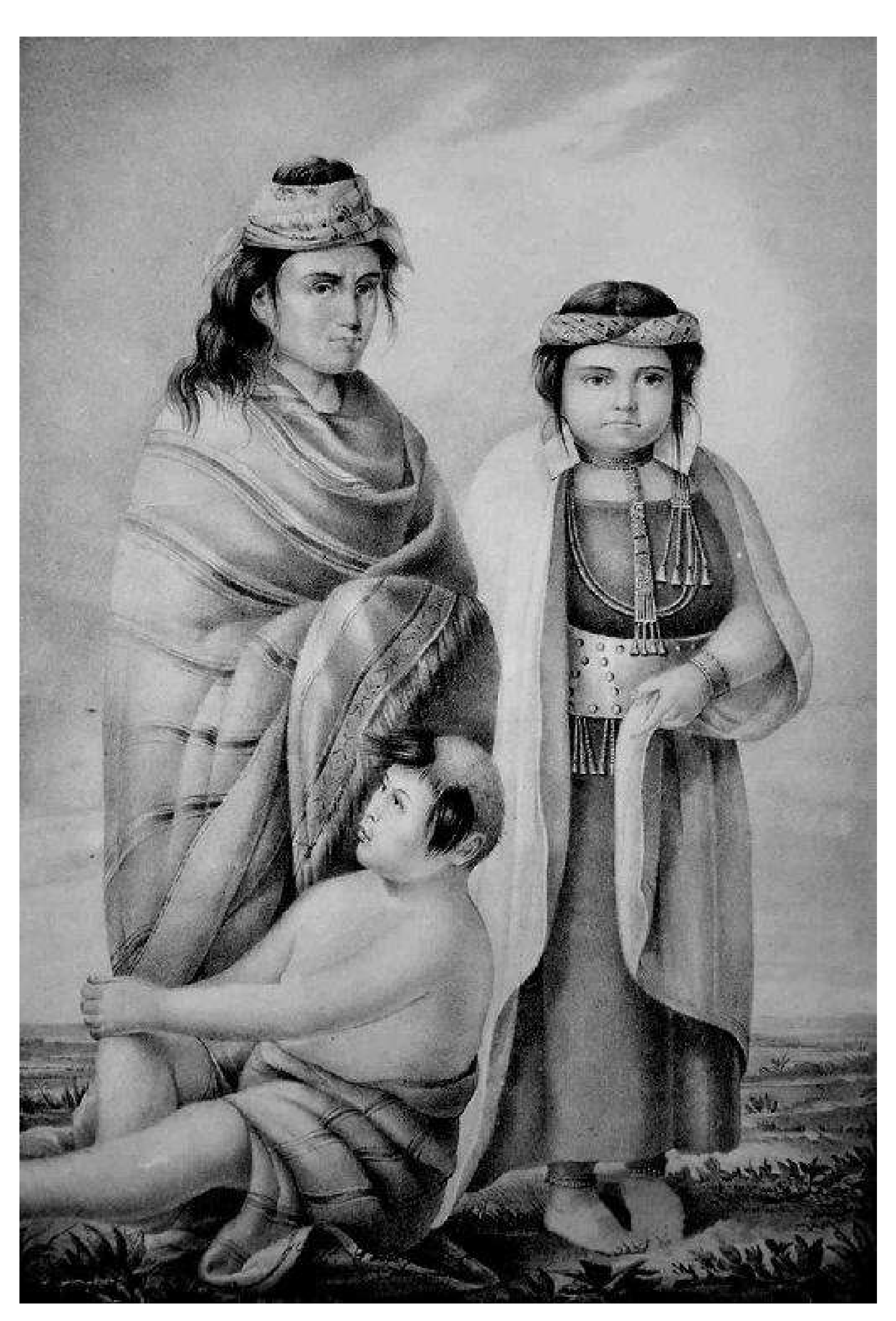
No pueden emigrar más al sur, porque esos campos son sumamente áridos y fríos; y porque están ocupados por los indios *huiliches*, cuyas tribus, aunque numerosas, son poco conocidas. Estos indios andan siempre a pie; los campos que ocupan no se prestan a la cría de animales; sus armas son flechas, bolas y hondas. Son enemigos irreconciliables de los pampas, jamás se acercan unos a otros, habitando un país árido y escabroso donde sería imposible perseguirles, descienden a los llanos que no dejan ocupar a nadie.

Aunque los indios suben hasta las faldas de la sierra, sólo van allí en cierta época del año, en la estación de las frutas para hacer cosechas de algarroba, manzanas, piñas, chañar y diversas otras, y extraer de la tierra el macachín y una especie de papa con que se alimentan. Mas, estas expediciones sólo se hacen durante tres meses del año; la inclemencia de aquellos lugares y la falta de pasto les obliga a abandonarlos.

Los *ranqueles* se encuentran en igual caso; tienen por enemigos a los *huiliches* en el sur y a los *pehuenches*, que habitan los valles de las

cordilleras, entre los pinares, de donde se deriva su nombre: *pehuen* quiere decir pino.

Los *huiliches* son muy numerosos, los únicos que poseen un idioma diferente a los demás.



← Indios. (*Litografía de C. H. Pellegrini, 1841*).

Todas las otras tribus, sean de éste o del otro lado de las cordilleras, hablan un mismo idioma. Ellos no invaden como los demás porque no son de a caballo, viven de la caza, bolean guanacos y liebres, suelen tomar también ganado, valiéndose para esto de trampas. Al ganado lo domestican y alguno, aunque rara vez, traen a vender a Patagones.

Los indios poco cuidan su ganado, por cuya razón no aumenta y aun mismo se acaba con facilidad; entonces apelan al recurso de robarse unos a los otros, de donde proviene la guerra que se hacen a sangre y fuego; tolderías enteras quedan destruidas y los que escapan bajan por los desiertos, donde perece la mayor parte de hambre y de miseria.

Cuando la expedición al desierto en 1833, las fuerzas exploradoras encontraron en la isla de Choele-Choel muchas familias ocultas en cuevas, tan flacas y extenuadas que causaba horror su vista.

Estas familias provenían de una tribu que había sido atacada y destruida por otra. Cuando sé encontraron, ya había perecido la mayor parte.

MANUEL A. PUEYRREDÓN.

UNA REDUCCIÓN INDÍGENA

SAN GERÓNIMO DEL SAUCE
1830

En carta particular de un sujeto respetable en Santa Fe, fecha 30 del próximo pasado, se dice lo siguiente: «Ayer vine del Sauce con el señor gobernador, de la fiesta de San Gerónimo, celebrada por aquella colonia, que debe su existencia al señor gobernador D. Estanislao López. Ha hecho muchos adelantos; sus habitantes, casi todos indios abipones, son más de seiscientos: tienen bastantes sementeras de trigo, maíz, etcétera, y están instruidos en la doctrina y demás prácticas de la religión. Luego que estuvimos a distancia de un cuarto de legua del pueblo, todos los hombres

de armas salieron con sus lanzas y a caballo. Figuraron primero, algunas guerrillas, y después atacaron. El señor López los cargó lanza en mano, y, mezclados, se fueron escaramuceando hasta entrar en el pueblo. En las dos noches que pasamos allí, hubo baile sin desorden alguno, aunque se les dió una ración regular de bebida. Hubo misa cantada con sermón, a la que asistieron todos los colonos con la mayor devoción. A la noche, las mujeres cantaron la Salve con un tono de voz muy agudo y penetrante, lo cual proviene sin duda de que su eco es todo formado de la garganta. Yo no pude dejar de conmoverme con este espectáculo; y conocía que el señor López gozaba la satisfacción de haber sacado a estos infelices de la miseria consiguiente a la vida errante. He recibido de este señor mil atenciones, con que me ha demostrado una amistad que sabré corresponder». Los hombres, cuyo corazón es accesible a los sentimientos virtuosos, se complacerán en la lectura de la carta anterior. Si no contiene pormenores de un regocijo público para celebrar el aniversario de un triunfo conseguido sobre sus propios hermanos, es un cuadro sencillo e interesante de una familia reunida alrededor del que la arrancó a la vida salvaje para elevarla a la dignidad de hombres.

(Del diario *El Lucero*, 15 de noviembre de 1830).

ROSAS EN LA CAMPAÑA DEL DESIERTO

1833

El campamento del general Rosas estaba cerca del río Colorado. Consistía en un cuadrado formado por carros, artillería, chozas de paja, *etc.* Casi todas las tropas eran de caballería y me inclino a creer que jamás se reclutó en lo pasado un ejército semejante de villanos seudobandidos.

La mayor parte de los soldados eran mestizos de negro, indio y español. No sé por qué, tipos de esta mezcolanza, rara vez tienen buena catadura. Pedí ver al secretario para presentarle mi pasaporte. Empezó a

interrogarme con gran autoridad y misterio. Por fortuna llevaba una carta de recomendación del gobierno de Buenos Aires pira el comandante de Patagones. Presentáronsela al general Rosas, quien me contestó muy atento, y el secretario volvió a verme muy sonriente y afable. Establecí mi residencia en el rancho o vivienda de un viejo español, tipo curioso que había servido con Napoleón en la expedición contra Rusia. Estuvimos dos días en el Colorado; apenas pude continuar aquí mis trabajos de naturalista porque el territorio de los alrededores era un pantano que, en verano (diciembre), se forma al salir de madre el río con la fusión de las nieves en la cordillera. Mi principal entretenimiento consistió en observar a las familias indias, según venían a comprar ciertas menudencias al rancho donde nos hospedábamos. Supuse que el general Rosas tenía cerca de seiscientos aliados indios. Los hombres eran de elevada talla y bien formados; pero posteriormente descubrí, sin esfuerzo, en el salvaje de la Tierra del Fuego el mismo repugnante aspecto, procedente de la mala alimentación, el frío y la ausencia de cultura.

El general Rosas insinuó que deseaba verme, de lo que me alegré mucho posteriormente. Es un hombre de extraordinario carácter y ejerce en el país avasalladora influencia que parece probable ha de emplear en favorecer la prosperidad y adelanto del mismo[15] Se dice que posee setenta y cuatro leguas cuadradas de tierra y unas trescientas mil cabezas de ganado. Sus fincas están admirablemente administradas y producen más cereales que las de los otros hacendados. Lo primero que le conquistó gran celebridad fueron las ordenanzas dictadas para el buen gobierno de sus estancias y la disciplinada organización de varios centenares de hombres para resistir con éxito los ataques de los indios. Corren muchas historias sobre el rigor con que se hizo guardar la observancia de esas leyes. Una de ellas fué que nadie, so pena de calabozo, llevara cuchillos los domingos, pues como en estos días era cuando más se jugaba y bebía, las pendencias consiguientes solían acarrear numerosas muertes por la costumbre ordinaria de pelear con el arma mencionada. En cierto domingo se presentó el gobernador, con todo el aparato oficial de su cargo a visitar la estancia del general Rosas y éste en su precipitación por salir a recibirle, lo hizo llevando el cuchillo al cinto, como de ordinario.

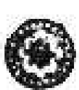
El administrador le tocó en el brazo y le recordó la ley, con lo que Rosas, hablando con el gobernador, le dijo que sentía mucho lo que le pasaba, pero que le era forzoso ir a la prisión, y que no mandaba en su casa hasta que no hubiera salido. Pasado algún tiempo, el mayordomo se sintió movido a abrir la cárcel y ponerle en libertad; pero apenas lo hubo hecho, cuando el prisionero, vuelto a su libertador, le dijo:



1833.

NUEVE DE MARZO.

Memorable expedicion al Desierto.—Esta grande obra, debida exclusivamente á la constancia, saber y patriotismo de NUESTRO ILUSTRE RESTAURADOR DE LAS LEYES, es uno de sus esclarecidos hechos que mas lo inmortalizan. Penetrando por la inmensidad del desierto, luchando con la naturaleza, y venciendo á los barbaros, ensanchó los limites de la Provincia, rescató millares de cautivos, y aseguró la riqueza de nuestra campaña de las depredaciones que hasta entonces habia sufrido. La disciplina, moral y virtud del Egército organizado para esta empresa colosal, acreditan los profundos conocimientos del HEROE DEL DESIERTO.



← Impreso sobre la Conquista del Desierto, tomado de *La rosa de marzo*.

«Ahora tú eres el que ha quebrantado las leyes y por tanto debes ocupar mi puesto en el calabozo».

Rasgos como el referido entusiasmaban a los gauchos que, todos sin excepción, poseen alta idea de su igualdad y dignidad.

El general Rosas es, además, un perfecto jinete…

Por estos medios, y acomodándose al traje y costumbres de los gauchos, se ha granjeado una popularidad ilimitada en el país y consiguientemente un poder despótico. Un comerciante ingles me aseguró que, en cierta ocasión, un hombre mató a otro y al arrestarle y preguntarle el motivo, respondió: «Ha hablado irrespetuosamente del general Rosas y por eso mismo le quité de en medio». Al cabo de una semana, el asesino estaba en libertad. Esto, a no dudarlo, fué obra de los partidarios del general y no del general mismo.

En la conversación es vehemente, sensato y muy grave. Su gravedad rebasa los límites ordinarios; a uno de sus dicharacheros bufones (pues tiene dos, a usanza de los barones de la Edad Media), le oí referir la siguiente anécdota: «Una vez me entró comezón de oír cierta pieza de música, por lo que fui a pedirle permiso al general dos o tres veces; pero me contestó: "¡Anda a tus quehaceres, estoy ocupado!". Volví otra vez, y entonces me dijo: "Si vuelves te castigaré". Insistí en pedir el permiso y al verme se echó a reír. Sin aguardar, salí corriendo de la tienda, pero era demasiado tarde, pues mandó a dos soldados que me cogieran y me pusieran en estacas. Supliqué por todos los santos de la corte celestial que me soltaran, pero de nada me sirvió; cuando el general se ríe, no perdona a nadie, sano o cuerdo». El buen hombre ponía una cara lastimosa al solo recuerdo del tormento de las estacas. Es un castigo severísimo; se clavan en tierra cuatro postes, y, atada a ellos la víctima por los brazos y las piernas tendidos horizontalmente, se le deja permanecer así por varias horas. La idea está evidentemente tomada del procedimiento usado para secar las pieles. Mi entrevista [con Rosas] terminó sin una sonrisa, y obtuve un pasaporte con una orden para las postas del gobierno, que me facilitó del modo más atento y cortés.

CARLOS DARWIN.

(*Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo*. Trad. de Juan Mateos, Madrid).

CARLOS DARWIN. — Naturalista inglés de fama mundial (1808-1882). Su nombre 8e vincula al Río de la Plata por su célebre viaje alrededor del mundo a bordo del bergantín Beagle, de 1831 a 1836. Darwin desembarcó en las costas de la Patagonia y se encontró, a orillas del río Colorado, con el ejército de Rosas (13 de agosto de 1833), que había cumplido para entonces su expedición a los desiertos del Sur. Tuvo una entrevista con el jefe de la expedición y se dirigió luego a Buenos Aires, sitiada en esos momentos con motivo de la «revolución de los restauradores». Como llevaba una carta de Rosas, fácil le fué entrar en la ciudad. Realizó después un viaje a Santa Fe y Entre Ríos, volviendo a Buenos Aires para continuar su expedición a bordo del Beagle. En su *Viaje de un naturalista*, se hallan consignadas sus observaciones de viajero y de hombre de ciencia, por tierras argentinas.

COSTUMBRES DE TOBAS Y MOCOVÍES

1858

… El indio nace, por así decirlo, sobre el caballo, vive y muere a caballo. No aprecia este animal por la belleza de formas sino por la ligereza y la prontitud en el correr. Es sumamente diestro para acostumbrarlo en poco tiempo a las escaramuzas de la guerra. El indio no tiene otros medios para lograr el sustento que su caballo, la lanza y las boleadoras.

Mientras duran sus expediciones, se someten al cacique encargado del comando. Casi todos, antes de entrar en combate o de marchar a una *razzia* de ganado, se cuelgan al cuello una imagen que consideran de buen augurio; previamente han conducido sus familias a los matorrales más espesos e impenetrables, donde las dejan por algunos días.

El culto de los indios se compone de una mezcla de supersticiones paganas y cristianas, porque lo poco que aprendieron del cristianismo ha degenerado en superstición. Las reducciones formadas por los jesuitas antes de 1810, a saber: San Gerónimo del Rey (abipones), San Javier, Cayastá, a orillas del Paraná, San Pedro e Ispín en el Chaco, se dispersaron poco a poco, y los indios que volvieron al desierto aportaron a sus tribus

un cristianismo que la barbarie y la ignorancia transformaron pronto en creencias absurdas.

Así, por ejemplo, cuando juegan a las cartas —y ellos se procuran naipes por intermedio de los indios sometidos— gustan de alumbrar un cabo de vela bendita que también se procuran por los mismos indios: esta luz les parece de buen augurio. Juegan a la suerte las pieles de animales, las mantas, los caballos y hasta los cautivos, cuando los tienen.



Media Caña.

El cacique goza del derecho de vida y muerte sobre los hombres de su tribu. Los juicios que pronuncia no requieren ninguna formalidad: ordena que sea lanceado éste o aquél y apenas lo ha dicho, cuando el condenado yace sin vida. Entre los delitos castigados con pena de muerte, figura el robo de algún caballo del cacique por un individuo de la tribu.

Nunca emprenden los indios un asalto contra las poblaciones criollas, sino de noche, con luna llena y cuando las lagunas tienen agua suficiente. Esperan el momento en que los estancieros se entregan al sueño. La luz de la luna y el agua en abundancia son condiciones indispensables para lances de esa naturaleza: sin la luna, no podrían distinguir el ganado en el campo

o entre los montes, y en tiempos de sequía no podrían tampoco abrevar los animales robados, durante sus largas marchas. Muchos robos se cometen sin el consentimiento del cacique, pero, una vez realizados, *Post factum laudat*.

Cuentan los años por los inviernos, las épocas por los sucesos políticos de Santa Fe que llegan a su conocimiento, y así dicen: «Esto pasó cuando Echagüe o cuando López hizo tal o cual expedición». No disponen de otra cronología.



Cielito.

Ellos consideran más útil combatir y exponerse a las heridas o a la muerte, que dedicarse al trabajo y levantar sus cosechas, y paréceles algo inútil ganar con el sudor de su frente lo que pueden procurarse jugándose la vida.

Cuando no andan en guerras o en robos de hacienda, o cazando, pasan sus ocios entre el *beberaje* y el sueño; aunque también juegan y bailan alrededor de los fogones o a la sombra de los árboles, según la estación. Los jóvenes de uno y otro sexo se divierten danzando, por la noche, casi diariamente. Las danzas son las más grotescas que puedan imaginarse. He

notado esta particularidad: cuando el hombre quiere bailar, se acerca a la bailarina y le aplica un fuerte rebencazo en el hombro, a modo de invitación. Disponen de varios instrumentos de música; suelen tener clavicordios y guitarras de gaucho robadas en los malones; por cierto que suenan de modo muy singular, tocados por estos virtuosos del desierto. Tienen también unos instrumentos de metal que emiten sonidos discordantes como para romper los tímpanos de cualquiera que no esté acostumbrado a ellos. Mientras dura el baile, en el cual intervienen las jóvenes solamente, las mujeres casadas se reúnen aparte y se sientan formando un círculo. Extienden por tierra, en medio de la rueda, un cuero donde han trazado una serie de líneas blancas y coloradas y arrojan entre esas líneas unas bolitas marcadas con puntos, como los dados. Cuentan las líneas dibujadas en el cuero y los puntos marcados en las bolitas y según sean los tantos obtenidos lanzan carcajadas y gritos de alegría. Nunca he podido saber el nombre de ese pasatiempo.

Los trabajos más penosos quedan reservados a las mujeres, que muy a menudo son castigadas y maltratadas por los maridos. Están obligadas a despostar los animales muertos en las cacerías, buscar leña en el monte, cuidar los caballos, llevarlos a pacer, enfrenarlos, ensillarlos, salir en busca de miel silvestre y recoger frutas de algarrobo para preparar la chicha con que sus amos y señores se embriagan casi diariamente. Estos bárbaros embrutecidos tratan a sus mujeres como podrían hacerlo con un animal domesticado y útil para el servicio. Cuando la toldería cambia de asiento, lo que suele ocurrir muy a menudo, las mujeres cargan sobre los caballos todos los enseres, los utensilios y las criaturas de la tribu. Arreglan el equipaje en grandes alforjas que cuelgan a los costados del animal y ellas se acomodan en medio, siguiendo al trote la marcha de la tribu. Los hombres van aparte, sin cuidarse para nada de las mujeres ni de los niños.

La toldería permanece en el mismo sitio una semana, quince o veinte días, según los recursos que el paraje puede ofrecerles. Estos recursos consisten en nutrias, iguanas, osos hormigueros, leones, pumas, ciervos, venados, antas (especie de cebra), peces, conejos, harina de palmera, frutas de algarrobo, miel silvestre.

Agotados los víveres, la toldería se pone otra vez en marcha para un nuevo campamento elegido por el cacique. Una vez allí, las mujeres descargan los trastos y arreglan con ramas de árboles unas pequeñas chozas, a regular distancia una de otra, para evitar que, en caso de incendio, pueda propagarse el fuego. A veces colocan sobre estas chozas un cuero grande, extendido a guisa de techo y suspenden otro cuero del lado del viento. Cuando llueve, todos los individuos de la tribu duermen en el suelo, sobre un cuero, cubiertos con otro. En vano se buscaría algún rasgo de belleza o algún orden en la disposición de estos toldos. Diríase todo esto más bien un trasunto del caos de la naturaleza primitiva, madre de estos indios.

El gobierno, por así decirlo, al cual se someten, en algo se asemeja a una monarquía electiva. Cada toldería o tribu tiene su cacique y éste obedece a su vez a un cacique general. El cacique es nombrado de por vida y generalmente le sucede aquel de sus hijos que ha dado mayores pruebas de valor en la guerra y en los actos de pillaje. Con todo, el poder del cacique no es absoluto. Cuando quiere organizar alguna expedición de importancia, sólo puede hacerlo con el consentimiento de la *aristocracia* de la tribu, vale decir, de los más afamados bandoleros que en ella forman. Lo mismo puede decirse del cacique general respecto a los demás caciques subalternos. A veces ocurre que el hijo, sucesor del padre, no responde a las esperanzas cifradas en él y entonces los indios lo destituyen y se ponen a las órdenes de otro, que les parece más valiente, eligiéndolo por unanimidad. Acontece también que el cacique, disconforme con algún miembro de la toldería, lo arroja de ella, obligándolo a someterse a otro jefe.

La obediencia al cacique general no es una obediencia efectiva, porque cuando quiere reprimir algún desorden, lo abandonan los indios de inmediato. De ordinario el poder está en manos del más rapaz y bandido. Éste es el que maneja siempre la tribu más numerosa, como se vió con los caciques Roque, Zuriquín y Bonifacio.

La toldería del cacique general no es siempre la que cuenta con mayor número de guerreros, sobre todo cuando quiere mantener cualquier género de disciplina entre sus subordinados, porque esto no se concilia con sus

costumbres libres y extravagantes. Esto en tiempo de paz, pero tratándose de una expedición guerrera o de robos de hacienda, o de asaltos a las estancias, el cacique general dispone de una autoridad absoluta y es obedecido fielmente por los caciques de las tolderías, como éstos lo son por sus subordinados. Tal circunstancia es común a todos los pueblos bárbaros.

Hay entre los indios unos supuestos sacerdotes y adivinos llamados *brujos*, que no observan ninguna forma de culto. La función principal de los brujos consiste en presagiar el resultado, malo o bueno, de las expediciones. Los brujos son también, por lo general, médicos y cirujanos. Curan a los enfermos entonando unos cantos cabalísticos, o bien aplicándoles su propia saliva sobre las heridas, o sangrándolos con una aleta de pescado, y no en la arteria, sino en la parte donde el enfermo experimenta los dolores. Nunca estos famosos médicos toman el pulso al enfermo ni le preguntan nada sobre el origen de su enfermedad, porque los Hipócrates del Desierto, pretenden saberlo todo y practican sin otros requilorios sus curaciones.

Por lo general reinan pocas enfermedades entre los indios; a veces la tisis, pero en raros casos. Sus hábitos higiénicos son muy extravagantes: tanto en invierno como en verano sólo se bañan después de una comida muy copiosa o después de una abundante transpiración, resultado de una carrera a pie. Cuando muere un enfermo, todos los miembros de la toldería lo rodean y lloran prorrumpiendo en gritos extraños que parecen una especie de canto fúnebre. Si el difunto ha muerto a consecuencia de un homicidio, los parientes y amigos juran vengarlo, con la mano puesta sobre sus lanzas y encienden sobre la tumba velas benditas, visitándola muy a menudo.

Los mocovíes, si bien pueden considerarse como bárbaros, no son en realidad salvajes, porque, aun cuando la vida que llevan consiste en un continuo huir por el desierto, en robos y pillajes, en guerras con los criollos y los tobas, también es cierto que no son inaccesibles a sentimientos de afección y humanidad.

Los mocovíes son menos industriosos que otras tribus indígenas, salvo en lo relativo a la alfarería, el tejido de mantas y la confección de abrigos

de piel de nutria, bastante malos, que llaman *kiapis*. Ninguno de ellos sabe leer ni distinguir una letra del alfabeto; algunos, muy pocos, cuentan hasta diez. Algo se les alcanza de la propiedad que tienen los metales para atraer el rayo, y en tiempo de tormenta entierran sus lanzas a una gran profundidad…

FRAY CONSTANCIO FERRERO.

(LINA BECK-BERNARD, *Cinco años en la Confederación Argentina, 1857-1862*. Trad. de José Luis Busaniche. Bs. As., 1935).

FRAY CONSTANCIO FERRERO DE CAVOUR.—Misionero franciscano, nacido de una familia acomodada en las cercanías de Niza. Pasó parte de su vida entre los tobas y mocovíes del Chaco santafecino, evangelizando a los indios y fundando reducciones. Estableció la más avanzada de ellas, hacia el norte, por el año 1855, y repobló San Javier. Atendió después el curato de la colonia San Carlos, fundada en 1858. Fué hombre notable por su energía y muy conocido y estimado en su época por sus virtudes y acertadas iniciativas. Escribió para la *Revista de Buenos Aires* un historial sobre el Convento de San Lorenzo, en la provincia de Santa Fe, y facilitó, en 1860, a la señora Lina Beck-Bernard, la interesante noticia que antecede sobre costumbres de tobas y mocovíes, que figura en su libro *Cinco años en la Confederación Argentina. 1857-1862*.

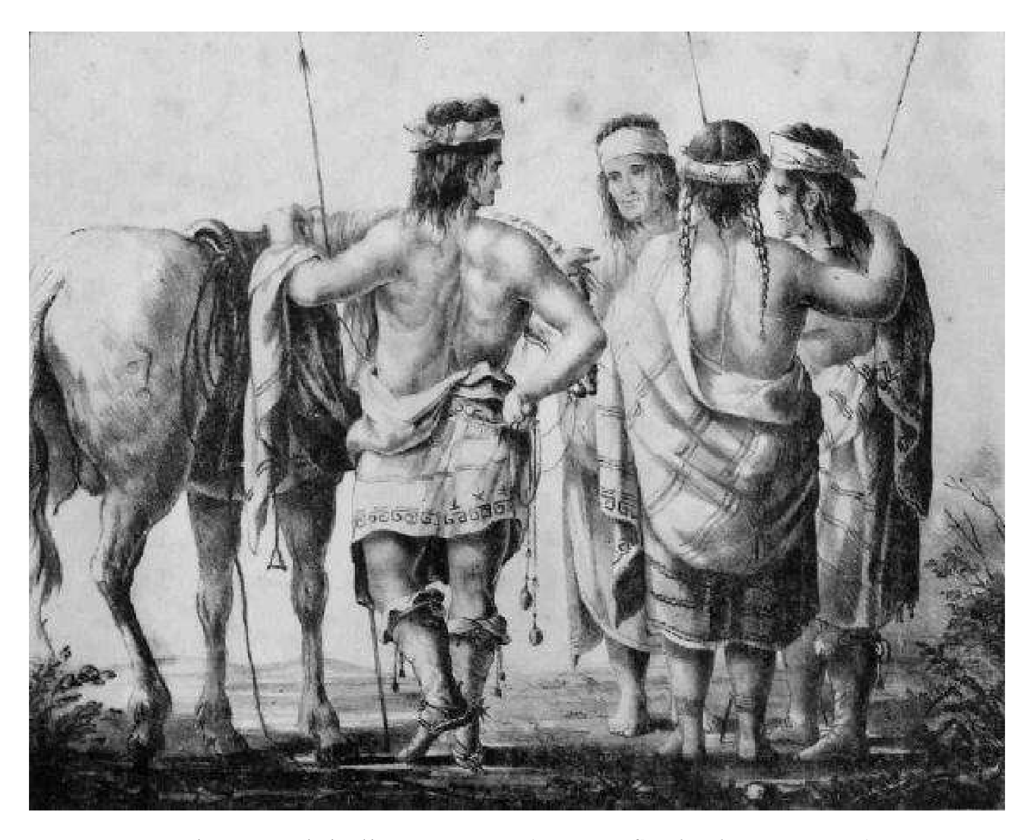
MISIONEROS DE SAN LORENZO

1858

En la costa del río Paraná, cerca de Rosario, el piloto que busca su ruta sobre el inmenso río —ancho en este sitio como un pequeño mar—, puede advertir entre las arboledas y las palmeras, una gran iglesia blanca, de torre bastante elevada, que se levanta junto al vasto edificio de un convento. Es San Lorenzo, sede principal de los hermanos misioneros de la orden de San Francisco.

Estos religiosos son casi todos italianos: piamonteses, toscanos, sardos o romanos. Por más austera que sea la vida de estos hombres en Europa, gozan por lo menos en su patria de los recursos de un país civilizado, sin hablar de aquellos frailes que, acostumbrados a los hermosos retiros de

Roma y Florencia, han podido penetrarse —aun sin quererlo— del hechizo del ambiente, de la naturaleza pintoresca, y de las obras maestras del arte que los pintores, escultores, arquitectos y poetas, sembraron profusamente en el suelo de Italia. En medio del desierto, se insinúan los recuerdos de la patria lejana y los misioneros hablan de ella con ese acento profundo que el destierro suele agregar a la nostalgia.



Carlos Morel: indios pampas. (*Litografía de Ibarra, 1839*).

Por lo general, estos franciscanos no tienen de monástico sino el hábito que llevan. Obligados a seguir a los indios en sus eternas correrías, han aprendido a manejar el lazo tan bien como ellos, y si el caso se presenta, las boleadoras y la lanza. Reducidos con frecuencia a vivir del producto de sus cacerías, llevan siempre consigo el fusil. Visten como los gauchos, con sombrero de fieltro o de paja de Panamá, usan poncho, bombachas, y gastan sonoras espuelas. El sayal gris —envuelto a la cintura— no revelaría su carácter sacerdotal si no fuera la punta del capuchón que sale sobre la nuca por la abertura del poncho. Uno de estos religiosos, todavía muy joven, notable por su hermosa presencia, su aire marcial y el dominio

con que manejaba su caballo, se detuvo un día a la puerta de nuestra casa. Montaba un animal muy arisco y gobernaba admirablemente sus caprichos y escarceos. Una persona de mi casa, sorprendida por aquella figura tan garbosa, le preguntó si era al coronel de Dragones o al padre Fortunato a quien teníamos el honor de saludar.

—Pero… me parece que al coronel de Dragones… —contestó riendo el joven franciscano.

CARLOS BECK-BERNARD.

(Trad. de J. L. B.)

(CARLOS BECK-BERNARD. *La République Argentine*. Lausana, 1865).

CARLOS BECK-BERNARD.— (1819-1900). Colonizador suizo, fundador de la colonia San Carlos en la provincia de Santa Fe (1858). Permaneció en la República Argentina de 1856 a 1864. En este último año fué nombrado Agente de Inmigración en Suiza y Alemania por el gobierno del general Mitre. Desempeñó después por largos años el consulado argentino en Suiza. En 1865 publicó en Lausana el libro titulado *La République Argentine*. Fué casado con Lina Beck-Bernard, escritora alsaciana, autora de *Cinco años en la Confederación Argentina. 1857-1861*.

LOS INDIOS AUXILIARES EN EL EJÉRCITO DE SANTA FE

1857

Anuncian una revista general de tropas de la provincia de Santa Fe, entre cuyos cuerpos de caballería figuran los indios auxiliares. La revista se lleva a cabo frente a nuestra casa. De esta manera podemos ver de muy cerca a estos hijos del desierto que ofrecen, reunidos en tropas numerosas, un aspecto terrible. Nos representamos así a las hordas bárbaras que invadieron Europa en los primeros siglos de la era cristiana. Los caballos son flacos y de mezquina apariencia pero singularmente ágiles, fogosos y obedientes, debido, según dicen los gauchos, a una especie de embrujo

especial que solamente el indio conoce y oculta escrupulosamente. Van los caballos cubiertos con caronas de lana, tejidas por las *chinas*, y algunos con toda la piel de un avestruz cuyas plumas flotan sobre las ancas, a manera de extraños penachos. De la cincha, que sostiene todo el aparejo, cuelga el lazo. Únicamente los jefes llevan recados a la usanza del país, con freno y riendas guarnecidos de plata. Todos usan la manta o poncho común entre los gauchos y el chiripá, que sirve como pantalón ancho y holgado. Estriban con el pie descalzo cuando tienen estribos, que no todos los llevan, y se atan la cabeza con una vincha para sostener los cabellos, largos y cerdosos. Algunos se cubren con cascos de cuero de tigre y a veces ostentan, corno adorno, la cabeza del tigre con la mandíbula vuelta hacia arriba, por encima de la frente, y las orejas abiertas a los costados. Otros llevan cascos de forma antigua, recubiertos de pelo de aguará —especie de lobo amarillo de crin negra— con los mechones hirsutos coronando el extraño tocado.

El cacique Gregorio se cubre la cabeza de muy distinta manera: luce con orgullo un viejo sombrero de copa, que parece protestar cómicamente, a pesar de su estado imposible, contra el resto del indumento. Las boleadoras y una larga lanza completan el equipo del cacique.

Poco tiempo después de esta revista, vimos entrar en la ciudad a un cacique pampa, acompañado de su séquito. Llaman *pampas* a los indios del sur de Buenos Aires, los más temibles de todos. Son más numerosos, más inteligentes y hábiles que los mocovíes de Santa Fe. Por lo demás, la apariencia es la misma, si no fuera el gesto más salvaje todavía y las lanzas mucho más largas. Este cacique había venido a Santa Fe para que se le permitiera pasar a Entre Ríos, donde, según él, debía cumplir algunas diligencias. Me hacen notar que un arribo semejante había sido precursor, durante varios años, de invasiones a la provincia de Buenos Aires por los indios pampas.

LINA BECK-BERNARD.

(*Cinco años en la Confederación Argentina. 1857-1862*. Trad. de José Luis Busaniche. Bs. As., 1935).

LINA BECK-BERNARD.— Escritora francesa (alsaciana), (1824-1888). Casada con Carlos Beck, colonizador suizo, vino al Río de la Plata en 1857 y vivió en Santa Fe hasta 1862. En ese año volvió a Europa y pasó en Lausana el resto de sus días, dedicada al cultivo de las letras y al estudio de cuestiones sociales. Escribió dos libros de temas argentinos: *Le Rio Parana, cinq années de séjour dans la République Argentine* (1864) y *Fleurs des Pampas* (1872). El primero ha sido traducido al castellano con el título de *Cinco años en la Confederación Argentina* (1856-1862) por J. L. Busaniche, 1935. Lina Beck-Bernard, vinculada a eminentes escritores franceses, colaboró en *La Revue des Deux Mondes*.

CABALLOS Y PERROS DE LOS PATAGONES

1869

Unas cuantas líneas bastarán para satisfacer la curiosidad de los aficionados a caballos y perros que estén deseando saber lo que se observa entre los indios sobre esos animales. Los caballos que usan los indios del sur son, por regla general, de raza más fuerte que los que se ven entre los indios del norte, araucanos y pampas. Su alzada corriente es de unos quince palmos o menos quizá, pero a pesar de eso son muy veloces y sufridos; cuando se tiene en cuenta que el peso de sus jinetes es muchas veces de unas doscientas libras, parece extraordinario que puedan llevarlo como lo hacen. Naturalmente, los caballos son todos de origen español, pero el tiempo, el clima y la naturaleza diferente del país han alterado de una manera considerable el tipo primitivo. Los caballos que usan los *tehuelches* del norte son, por lo común, más grandes que los mencionados anteriormente y de cabeza más fina y patas más chicas; son también en extremo veloces, y como las más de las veces han nacido de yeguas salvajes apresadas, son admirablemente adecuados para la caza. Pero el caballo más estimado es el salvaje, tiene mayor tamaño y velocidad superior. Creo que esto sólo puede decirse de la Patagonia septentrional, porque en otras partes he visto caballos salvajes que de ninguna manera podían compararse con los que estaban en cautividad. El color de los caballos varía; los que han sido sacados de manadas salvajes tienen generalmente el pelo bayo obscuro, negro o castaño obscuro. Me informan

que cerca del puerto San Julián hay gran número de jacas salvajes, del tamaño y hechura de un *shelty*, poco más o menos, con los que juegan los niños. Se alimenta a los caballos exclusivamente con pasto, y a causa del carácter seco de la hierba en invierno y del rudo trato subsiguiente, por lo general se ponen muy flacos en la primavera, pero en breve recobran las carnes, si se les da unos días de descanso y se les deja pacer el pasto fresco.



← Indios patagones. (*Del libro de Thomas J. Hutchinson: «The Parana», 1868*).

Los perros que usan, por lo general, los indios patagones varían considerablemente, tanto en tamaño como en clase. Está, en primer lugar, una especie de *lurcher*, de pelo liso, que los indios han sacado de otros obtenidos en Río Negro con madres de la clase de los mastines, pero con el hocico mucho mas afilado que el del mastín propiamente dicho; esos perros son también muy veloces y tienen el cuerpo más largo y más bajo. Nuestro jefe Orkeke conservaba, para su cría, de ese perro que probablemente procedía de las primeras colonias españolas, y los animales eran, como auxiliares de caza, los mejores que he visto, pues se guiaban tanto por el olfato como por la vista.

Había otra clase de perro, de pelo largo y lanudo, muy parecido, en verdad, al perro ganadero común. Estos perros abundaban bastante entre los indios, pero la mayor parte de los que se usaban en la caza, castrados casi todos, eran de raza tan mezclados que desafiaban toda especificación. He oído hablar de un perro apresado por unos fueguinos, que era muy veloz y respondía perfectamente a la descripción de nuestro *terrier*. Estos fueguinos son tal vez los indios «pedestres» que usan perros en sus cacerías, según han observado los que han bajado en sus costas.

Casimiro me informó que la gente de Quintual cazaba antiguamente a pie, con un perro de tipo grande que, a juzgar por su descripción, debía parecerse a un *deerhound*. Rara vez se alimenta a los perros; por lo general se les permite saciarse en la caza. Los sabuesos de Orkeke y uno que otro más eran excepciones a esa regla; se les alimentaba con carne cocida cuando había mucha. Las mujeres tenían falderos regalones de diferentes clases por lo común una especie de raposero, y algunos eran muy parecidos al *Scotch terrier*. Ako, por ejemplo, era a todas luces un ejemplar puro de esa cría. Esos falderillos son el tormento de la vida de uno, en el campamento: al menor ruido se precipitan fuera ladrando y excitan a todos los perros grandes, y en un campamento indio, a la noche, cuando se mueve algo, el concierto de ladridos es continuo. Los perros son bravos contra los extraños, pero, por lo general, se contentan con rodearlos, regañando y ladrando, a menos que se les azuce.

G. CH. MUSTERS.

(Vida entre los Patagones. Bs. As., 1911).

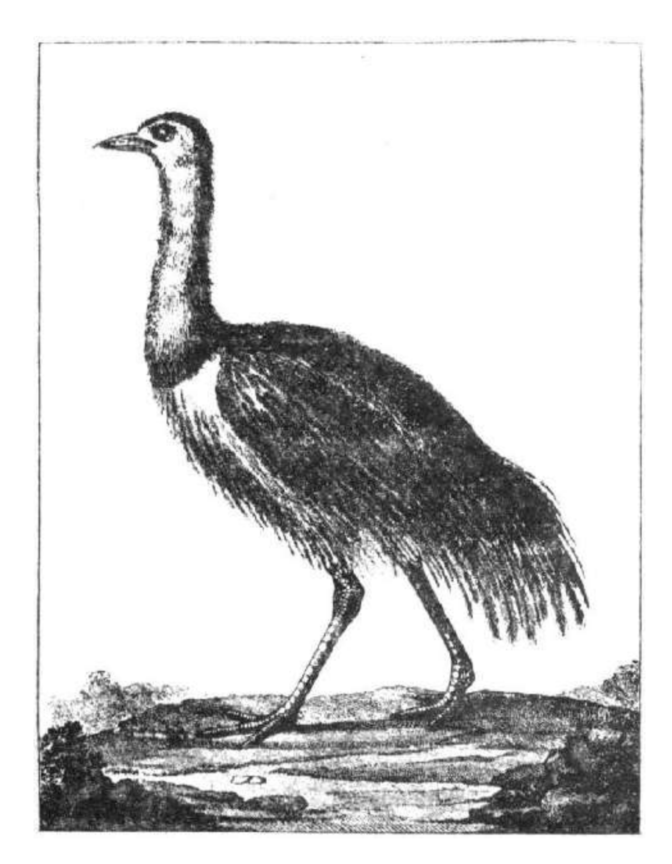
G. CH. MUSTERS. — Viajero inglés; pasó de las Malvinas a la Patagonia en 1869, realizando una larga excursión, cuyas observaciones se consignan en su libro *Vida entre los Patagones*, que algunos han comparado al viaje de Darwin en lo relativo a sus observaciones en país argentino. En 1911 la Universidad de La Plata publicó una esmerada versión del viaje de Musters, debida al señor Samuel A. Lafone Quevedo, y que forma un solo volumen con la *Descripción de la Patagonia*, del Padre Tomás Falkner.

LOS AVESTRUCES DE LA PATAGONIA

1869

Los avestruces patagónicos son muy ligeros de pies y corren con las alas apretadas, mientras que las demás especies abren invariablemente las suyas. Los primeros siguen también una línea recta en su carrera, salvo cuando dejan el nido, en cuya ocasión, probablemente para que no se les siga el rastro, corren dando rodeos. Su plumaje, es decir las plumas de sus alas, son un objeto de comercio que en Buenos Aires obtiene actualmente el precio de un peso, poco más o menos, la libra. Creo que se aprovecha también el tuétano de los huesos de las patas para hacer pomada, y en un tiempo, si todavía no lo es, fué muy apreciado en Buenos Aires. Para el indio esta ave es inestimable por muchas razones. Además de suministrarle su alimento más favorito, con los tendones de las patas le facilita correas para boleadoras; el cuello sirve de bolsa de sal o de tabaco, las plumas se cambian por tabaco y otros artículos; la grasa del pecho y del lomo, una vez refinada, se guarda en sacos formados con la piel que se saca en primavera, cuando las hembras, como todos los animales patagónicos, excepto el puma, están flacos; la carne es más nutritiva y más sabrosa para los indios que la de cualquier otro animal de su país, y los huevos constituyen un artículo de consumo principal durante los meses de setiembre, octubre y noviembre. El macho tiene unos dos pies y medio de altura y se distingue de la hembra porque su color es un poco más obscuro

y también porque su volumen y su fuerza son mayores; sin embargo, es menester un ojo práctico para percibir la diferencia a cierta distancia. El macho es también más veloz; el alimento principal del avestruz consiste en hierbas bajas y en semillas de varios arbustos, y especialmente en pastos tiernos que varias veces le he visto arrancar desde una roca apropiada que me ocultaba de él. En cuanto se alarma echa a correr con gran rapidez y el alcance de su vista es grande. Si en su fuga tropieza con jinetes o se ve obstaculizado por ellos, no es raro que se acurruque de tal modo que apenas se le puede distinguir de las rocas que lo circundan, tan parecido es el color agrisado de su plumaje al aspecto casi universal de las pampas de la Patagonia. Estas aves, aunque no son palmípedas, pueden nadar lo bastante bien para pasar un río. En invierno no es raro que los indios arreen a los avestruces haciéndolos entrar en el agua, donde el río les entumece las patas y la corriente los echa a la orilla; se les captura entonces fácilmente porque no pueden moverse.



El ñandú o avestruz de Magallanes. (*Grabado de E. J. Thierry para el libro de d'Orbigny*).

Cuando hay nevada se les toma también sin dificultad, porque, al parecer, les perturba la vista el reflejo de la nieve blanca, e indudablemente el plumaje saturado se les hace más pesado. Son polígamos; un macho se une con cinco o seis hembras que ponen sus huevos en el mismo nido: un hoyo de unos dos pies de diámetro, cavado en el suelo. Empiezan a poner en los primeros días del mes de setiembre y el número de huevos, en cada nido, varía entre veinte y cuarenta y más también. En los comienzos de la época de la postura aparecen esparcidos en diferentes partes del llano huevos extraños, algunos de tamaño diminuto. En contradicción con la regla general entre las aves, el macho empolla los huevos, y cuando los polluelos salen del cascarón, él toma a su cargo la cría. El pollo corre inmediatamente o poco después de salir del cascarón y está cubierto por un plumón gris obscuro en el lomo y blancuzco en el pecho y en el cuello. Su grito se parece a las sílabas *pai, pai, pai*, emitidas viva y rápidamente. El macho, cuando se presenta algún peligro, finge estar herido, como hacen otras aves, con el objeto de distraer la atención del cazador y de dar tiempo a su cría para que huya a ocultarse en la hierba. Al cabo de un tiempo de estar el macho echado en el nido (calculo en unas tres semanas el período de incubación), se pone flaco, y la hierba que rodea inmediatamente al nido aparece comida al ras del suelo. En esa época, las hembras empiezan a cobrar carne, lo que es una afortunada previsión de la naturaleza para los indios, que no pueden subsistir con carne magra. Cuando las hembras están flacas se las mata para sacarles la piel, abandonando la carne; cosen estas pieles los indios y hacen mantas que venden en las colonias. En ese período los avestruces están muy cargados de sabandijas, que invaden los toldos y las mantas de guanaco de los indios, causando a éstos infinitas mortificaciones. Se me ocurre que sería muy útil advertir a los futuros viajeros entre los patagones que no permitan nunca que la india del establecimiento coloque mantas de avestruz debajo de los cueros de las camas. El pollo del *Rhea* no llega a su plumaje o tamaño completo sino en el segundo año, y os indios no lo persiguen nunca a menos de que el alimento esté realmente escaso. Los huevos se comen en toda condición: frescos o pasados, porque los indios no ven mucha diferencia entre el pollo que no ha salido del huevo y el

guanaco nonato. Los inveterados destructores de esas aves son, además de sus enemigos humanos, el puma y los zorros; el primero de estos animales sorprende y mata al ave echada y la esconde cuidadosamente, poniéndose a comer luego los huevos con gran deleite. No pocas veces encontramos los huevos partidos y desparramados por estos animales, y por lo general descubrimos cerca de allí el ave. Creo que los zorros se contentan con sorber los huevos, pero me aseguraron que cerca de Geylum, donde abundan los gatos monteses, éstos matan al ave en el nido, como su pariente el puma. Por otra parte, los cóndores, las águilas y los halcones perpetran, indudablemente, grandes estragos en las crías jóvenes. A pesar de todas estas dificultades con que tropieza, el *Rhea Darwinii* existe en crecido número y si los indios y otros enemigos no limitaran hasta cierto punto su desarrollo, invadirían todo el país. En Chirq estuvimos activamente ocupados en la destrucción del guanaco y del avestruz, porque la alta y abrupta cadena de colinas que limitaba a Chirq, por el lado oriental, estaba literalmente llena de guanacos, y como las hembras, preñadas entonces, no podían sostener por mucho tiempo su velocidad, no era raro que un hombre capturara y matara cinco o seis y también ocho. Se extraía el feto y se les sacaba la piel para hacer mantas, reservando la carne para alimentos, y el cuero de la madre servía, en caso de necesidad, para reparar el toldo. Se aprovechaba también los huevos medulares, como bocado exquisito, pero la carne se dejaba a los cóndores, pumas y zorros. Cazábamos todos los días, puede decirse, recorriendo casi toda la región circundante. Los llanos que se extendían hacia el oeste suministraban buen terreno para andar montado y estaban cubiertos de hierba blanda, pero a unas cuantas leguas de la cordillera hay una depresión repentina que forma una enorme cuenca cuyo fondo está a unos cincuenta pies bajo el nivel del llano, como el lecho de un lago, y que se extiende hacia las montañas. La superficie de esa hoya estaba principalmente cubierta de hierba, pero en algunas partes se veía arcilla amarilla y tongadas de piedra. En el terreno más alto, antes de llegar a esa cuenca, había numerosas lagunas y alrededor de una de ellas se encontraba una gran colonia de gaviotas, cuyos habitantes se hacían oír a larga distancia. También allí vi muchos teruteros una ave fría con alas de espolón, común cerca de Buenos Aires.

Los había encontrado en latitudes tan bajas como Santa Cruz, pero nunca en tan gran número.

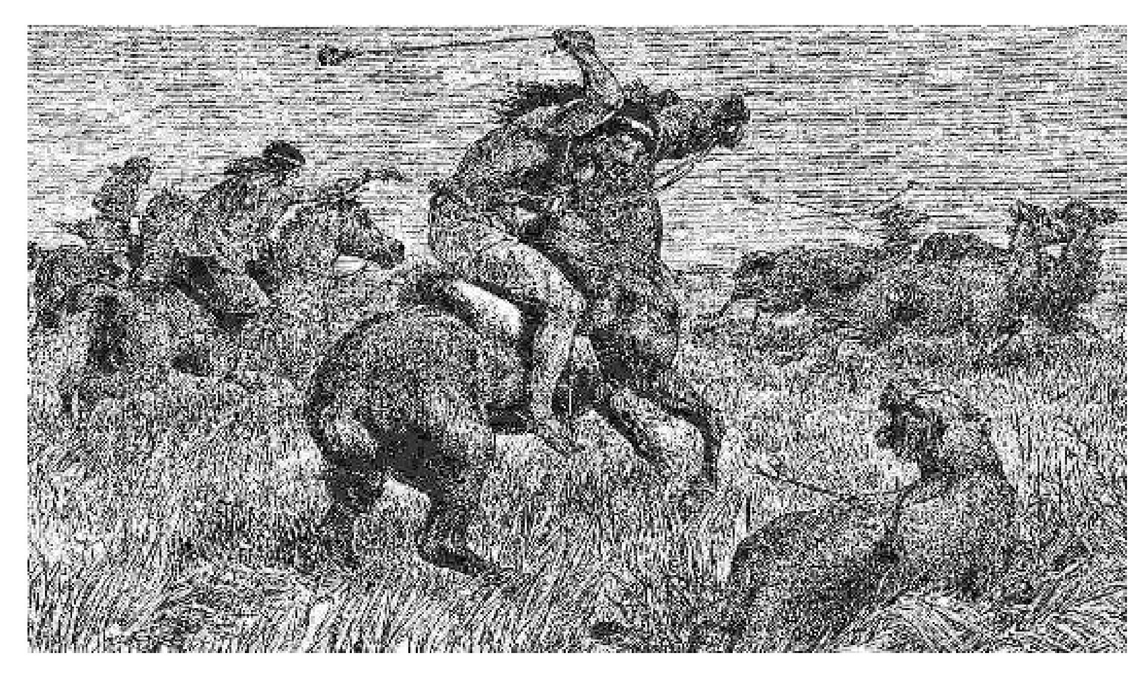
G. CH. MUSTERS.

(*Vida entre los Patagones*. Bs. As., 1911).

LOS PUMAS DE LA PATAGONIA

En estas colinas del norte hay pumas en abundancia; algunos de los que matamos en nuestras cacerías eran de tamaño extraordinario, pues medían seis pies cabales sin contar la cola, que, por lo general, tiene la mitad del largo del cuerpo. Naturalmente, estos animales son más numerosos donde abundan las manadas de guanacos y los avestruces; en la región sur de la Patagonia tienen un color gris obscuro más acentuado que el de la especie que se encuentra en las provincias argentinas. Estos *leones*, como se les llama universalmente en la América del Sud, me han parecido siempre los más gatunos de todos los felinos. Son muy tímidos, huyen invariablemente de un jinete y, de día al menos, de un hombre a pie. Salvan con gran velocidad una corta distancia con una serie de largos saltos, pero pronto se cansan y se acurrucan detrás o en medio de un matorral; y, sentándose entonces sobre sus ancas, escupen exactamente como un gato monstruoso. A veces tratan de arañar con sus formidables garras, pero es raro que se abalancen sobre su perseguidor. En una ocasión Mr. Clarke volvió con su poncho desgarrado por un puma. Otra vez, estando de caza en las cercanías de Santa Cruz, vi, de lejos, a González hachando con el cuchillo un gran matorral de incienso, y al llegar al sitio lo encontré ocupado en cortar ramas para poder golpear en la cabeza, con las bolas, a un enorme puma. Había echado pie a tierra, acompañado por sus perros que ladraban al animal. Es indudable que, si no hubiera sido un degenerado, el puma habría podido saltar y matar o herir al gaucho. Los indios aseguran que el puma ataca a un hombre solo y a pie, y la verdad es que después llegó a mi

conocimiento un caso de esos; pero cuando una persona se pierde o la sorprende la noche, lo único que tiene que hacer es encender fuego, al que esos animales nunca se acercan.



Tehuelche matando un puma. (*Del libro de Musters*).

Son más feroces en los primeros tiempos de la primavera o estación de cría, cuando, según he podido verlo, se les encuentra vagando por los campos agitadamente; entonces son también más delgados que en otra época, pero, como el caballo salvaje, están por lo general bastante gordos en cualquier período del año. Las hembras que vi, iban acompañadas a veces por dos cachorros, pero no más. La carne de puma se parece a la de puerco, y es buena para comer, aunque es mejor cocerla que asarla, pero más de un indio conocido mío no quería ni tocarla. La piel es útil para mandiles o para hacer mantas con ella, y, a causa de su naturaleza grasienta, se la puede ablandar con menos trabajo que la de guanaco. En Santa Cruz, uno de los hombres tenía un par de pantalones hechos de piel de león que, usados con el pelo para afuera, eran impermeables. Del corvejón y de la parte inferior de las patas traseras pueden hacerse botas iguales a las que se fabrican con cuero de caballo y que usan corrientemente los indios y también los gauchos del Plata. Pero sólo se hacen cuando el puma es de gran tamaño, porque se gastan muy

rápidamente. Matar a un puma con un fusil es una cuestión más bien difícil, porque a menos que la bala le atraviese el cráneo o lo hiera en la región del corazón, ese animal tiene tantas vidas como su pariente el gato. Una vez le metí a uno tres balas de revólver y al fin tuve que recurrir a las bolas como arma más eficaz. Cuando se les hiere se hacen muy feroces, pero en todo momento son malos parroquianos para los perros, a quienes magullan de una manera horrible. A los perros indios se les adiestra para que los ladren de lejos, manteniéndose fuera del alcance de sus zarpas; sin embargo, no es raro que el puma mate alguno. La manera más sencilla tal vez de tomar el puma es enlazarlo, porque en cuanto siente el nudo corredizo, se echa como muerto y entonces se le despacha fácilmente. Me llamaron particularmente la atención, como a todos los cazadores, sus ojos grandes y obscuros y de muy lindo brillo, pero dotados de una mirada feroz que no excita el menor sentimiento de compasión. Nunca olvidaré la expresión de los ojos de un puma, muy bien descrita por la observación que hizo uno de los indios al refrenar su caballo por temor de un salto: «¡Miren qué ojos de diablo!».

G. CH. MUSTERS.

TIERRA ADENTRO

De Río Quinto partía una cadena de fuertes al norte y al sur, que se decía debía mantener a los indios a raya; en realidad no sucedía tal cosa; ellos se daban sus trazas de escurrirse y saquear a su gusto. El territorio misterioso conocido con el nombre de Tierra Adentro comenzaba en las Salinas Grandes y llegaba hasta los mismos Andes, por entre cuyas quiebras o pasos y con la ayuda de sus parientes de raza, los araucanos, los indios disponían del ganado y de las yeguas que no querían vender o cambiar por arreos de plata para cabalgar, que los gauchos llamaban *Chafalonía Pampa*, muy apreciada por ser de metal sin liga.

En tipo y costumbres, no había mucho que escoger entre los indios de la Indiada Mansa del cacique Catriel y sus hermanos los salvajes de las llanuras. Entrambos eran de tez amarilla cobriza, de corta estatura, bien proporcionados, menos en las piernas siempre arqueadas, de resultas de andar a caballo a todas horas desde su más temprana edad. Hombres y mujeres llevaban el cabello largo, cortado en cuadro en la frente, y colgado sobre los hombros; las caras eran achatadas y un tanto embrutecidas; los hombres tenían la mirada inquieta, siempre fija en el horizonte, como si temieran algo.

Sus barbas eran ralas, su constitución robusta, y todos, sin distinción de sexos, se bañaban en el arroyo antes del amanecer, cuidando de tener lista una calabaza llena de agua para verterla en el suelo, al romper del alba, con los primeros rayos del sol.

Me parece que los estoy viendo al regresar del agua y que oigo su saludo: «Mari-Mari», al pasar goteando, sueltas las negras cabelleras lacias y brillantes sobre sus espaldas. *La Tierra Adentro*, les servía de refugio seguro a los más díscolos de entre los gauchos badilleros; en sus días intranquilos, allá se iban cuando les precisaba huir después de alguna «molestia», que hubiera resultado en una muerte, o para escaparse del servicio en alguna revolución, o cosa análoga.

....

Lo grave de *Tierra Adentro*, era que también les daba asilo a los jefes revolucionarios. Los hermanos Saá y el coronel Baigorria tenían una especie de mando que duró muchos años, bajo el gran cacique Painé; allá se les juntaban todos los hombres descontentos y fracasados, con quienes ellos formaban una especie de escuadrones volantes que recorrían las fronteras con los indios, tan feroces y tan salvajes como ellos.

En aquella misteriosa *Tierra Adentro*, penaban mujeres cristianas de toda clase social, desde la china infeliz arrastrada como la yegua de una estancia, hasta mujeres educadas de las ciudades, y, en una ocasión, una *prima-donna* capturada al viajar de Córdoba a Mendoza. Una vez, una *donna* de San Luis, a punto de ser presa de alguno de los caciques, que se preparaban a pelear para saber a quién le tocaría, se arrojó al cuello de Baigorria, presente por casualidad, exclamando: «Sálveme, compadre». Él,

con alguna dificultad, logró llevarla a su casa, en donde tenía otras mujeres; pero era sabido que las prisioneras blancas entre los indios, jamás reñían, siempre que vivieran con un hombre blanco. Su suerte, si vivían con un indio, no era envidiable, salvo en casos como el del gran jefe *Painé*, a quien dominó por más de diez años una muchacha blanca, capturada en un saqueo de una estancia, en las cercanías de Tapalquén.

En la Arcadia de las Tolderías, sobre todo cerca de los bosques de manzanos en los Andes, la vida debía ser una supervivencia de edades anteriores, sin paralelo en el mundo… Los indios de los Toldos de las Pampas, con excepción de un culto superficial al sol —a quien la humanidad siempre ha prestado, por lo menos, tanta atención como al principio del Bien—, no conservaban huella alguna de viejas tradiciones.

Vivían casi lo mismo que los gauchos, con la sola diferencia de que cultivaban el maíz en pequeña escala, y comían carne de yegua en vez de vaca. El toldo de los indios no tenía mucho que envidiarle a la choza del gaucho. Casi todos los indios hablaban un poco de español, y entrambos, indios y gauchos, vestían el mismo traje —los indios cuando podían procurárselo en tiempo de paz; en tiempo de guerra, los indios andaban casi desnudos, fuera de un taparrabo. Generalmente, el sombrero era para ellos, como es para los árabes, el tropiezo máximo, y preferían llevar sus largas cabelleras negras bien engrasadas con manteca de yegua o aceite de avestruz para protegerse del sol…

Eso de degollar era asunto de inagotable chocarrería entre gauchos y entre indios. Aquéllos lo llamaban «hacer la obra santa», y de un cobarde se decía que «mezquinaba la garganta», si mostraba el menor temor. De las agonías y estertores de un moribundo, se decía concisamente: «Estiró la jeta, cuando le toqué el violín». Hechos y frases, que sin duda teman origen y expresión correspondientes entre los indios.

Yo, que escribo estas líneas, he visto a los niños de los indios, jugando al carnaval, salpicarse de sangre sirviéndose de corazones de carnero o de ternero como de perfumadores, con la mayor naturalidad del mundo.

En las tolderías, en los festejos, después de un malón afortunado, o del saqueo de alguna estancia, era de verse la increíble cantidad de carne de yegua que cada indio devoraba. Aquello era un fenómeno. Muchos de

entre ellos, apenas la cocían y sólo la chamuscaban al fuego; otros se la comían cruda, bebiendo la sangre como si fuera leche; como la caña nunca faltaba en los Toldos, cuando se emborrachaban, todos manchados de sangre, ocurría pensar si en la cadena que une al hombre con ej orangután habría algún eslabón que los hiciera del mismo linaje.

Su bocado favorito era la parte gorda del cuello de un potrillo, que se comían cruda; en Una ocasión tuve que gustar del jugoso manjar por respeto a la etiqueta: me lo metió literalmente por las narices, un guerrero joven, gritando a voz en cuello:

—Huinca ser bueno.

El efecto dura todavía. No puedo mirar un pedazo de gordo en un plato de sopa de tortuga sin que se me revuelvan el estómago y la memoria.

Pues bien: hoy ya los Toldos, los de la orilla de los bosques de manzanos en los Andes, los alzados entre las Salinas Grandes y el lago Argentino, todos han desaparecido.

R. B. CUNNINGHAME GRAHAM.

(*El Río de la Plata*. Trad. de S. Pérez Triana. Londres, 1914).

ROBERTO CUNNINGHAME GRAHAM. — Escritor, viajero y político inglés, nacido en Londres, en 1852. Vino, muy joven, al Río de la Plata, en 1868 y ae dedicó a negocios de hacienda. Tanto por razones comerciales como por amor a la aventura y afición a la vida y costumbres del campo argentino, recorrió en aquellos días lejanos las provincias de Buenos Aires, Entre Ríos, la Banda Oriental, el Sur del Brasil y el Paraguay. Ya pasados los treinta años, Cunninghame-Graham hizo largos viajes por otros países de la América del Sur y volvió a su país natal. En 1886 entró al Parlamento inglés y frecuentó los mejores círculos políticos, sociales y literarios de Londres. Escribió relatos y descripciones sobre temas argentinos, en los que destaca su aguda y certera visión de las cosas criollas, que sintió y comprendió como pocos, e hizo conocer al público inglés. Son varios los libros de este escritor inspirados en temas americanos: *Portrait of a Dictador, The conquest of the River Plate*, Pedro de Valdivia, Hernando de Soto, José Antonio Páez, *The horses of the conquest*, *etc.* En 1869 trabó amistad con Guillermo Hudson, el ilustre naturalista y escritor de habla inglesa, nacido en la Argentina, autor de *La Tierra Purpúrea* y *El Ombú*. «Durante treinta años —decía Cunninghame-Graham—, fuí amigo de Hudson. Nunca conversábamos de literatura, pero sí de cosas serias: marcas de caballos y nombres de caciques que habíamos conocido ambos más allá del Romero Grande». De Cunninghame-Graham se han traducido al castellano dos series de relatos argentinos: *El Rio de la Plata* (1914) y *Los Pingos* (1936). Falleció en Buenos Aires, el 20 de marzo de 1936. Había venido a esta ciudad en viaje de placer, a los 83 años.

TIPOS DE LA FRONTERA

Toda la frontera sudoeste de la provincia de Buenos Aires, en aquellos lejanos días de los cuales escribo, era tan salvaje y casi tan peligrosa como la apachería de Arizona. Los indios Pampas, que poco tenían que envidiar a los apaches en fiereza, crueldad, destreza en la equitación y pillería en general, eran el azote de toda la frontera desde Tapalquén hasta el Arbol del Gualichú.

Las escasas estancias parecían islas en el gran mar de pasto que se extendía a su alrededor, tal como las olas rodean los atolla en los mares del sur. La mayoría de las casas y las pulperías estaban fortificadas con un profundo foso, y algunas de ellas tenían un pequeño cañón de bronce que era preferentemente usado como señal para los esparcidos vecinos, dado que su alcance era poco y los indios tenían buen cuidado de no avanzar demasiado cerca, retirándose cuando se les disparaba, de modo que resultaba de poco uso sobre la abierta llanura.

La vida salvaje, peligrosa y solitaria, atrajo caracteres extraños, pues sólo hombres de resolución que estimaban en poco la vida, o los proscriptos de la sociedad, se animaban a instalarse en una zona donde el gobierno podía proporcionar escasa protección y donde un hombre quedaba arruinado en una noche por los indios malones, que le robaban su hacienda y lo dejaban desamparado.

Sin embargo, había algunos que, ni desamparados ni proscriptos, resueltamente compraron tierras y se establecieron. De aquéllos, el más notable era un inglés, cuyo nombre creo que era Hawker, más conocido por *Facón Grande*, en razón de la espada bayoneta que él usaba atravesada en su cinto sobresaliendo de los dos lados, a la manera de la antena de la vela latina en los botes pescadores de Levante.

Alto, moreno y tieso, su cabello largo y su barba rala, le daban el aspecto de un bandido de teatro, pero en realidad era un hombre bravo y prudente, y aunque conocía muy bien el peligro en que vivía, estaba determinado a quedarse, pues él tenía fe en el futuro del país donde formara su hogar.

Como había vivido muchos años en la frontera, vestía a la usanza gaucha, con anchas bombachas de merino negro entre altas botas. Una camisa blanca, plegada, siempre abierta en el cuello, una chaqueta corta de alpaca, con ancho cinturón asegurado por lo que se llama una «rastra», compuesta de monedas de plata, que servían como botones, y un poncho pampa tejido en rojo y negro, completaba lo que él llamaba su indumentaria.

Hablaba un extraño español fonético, con evidente desmedro de la gramática y lleno de términos locales, tan fácilmente como el inglés. A una legua corta, vivía su primo, un tal Ferguson, conocido por los gauchos como *Facón Chico*, por el tamaño más pequeño del aun formidable cuchillo que llevaba.

No se podría haber hallado mayor contraste entre los dos primos. *Facón Chico* era de mediana estatura, con pelo colorado y una barba corta bien arreglada. La cara pecosa y las manos moteadas como una trucha, habían sido una vez blancas, de aquel matiz enfermizo que la exposición al sol a menudo da a los pelirrojos.

A pesar de su tranquila apariencia y humildes maneras hasta para moverse, era tal vez el más guapo y temerario de los dos. Los gauchos decían que, aunque parecía un arcángel que había perdido las alas, en una escaramuza con los indios sus ojos color porcelana despedían fuego y se convertía en un perfecto *mandinga*, el mayor cumplido de su vocabulario.

Aunque había vivido veinte años en la República, apenas conocía unas pocas frases coherentes en español, y ellas tan infamemente pronunciadas que pocos podían entenderlo.

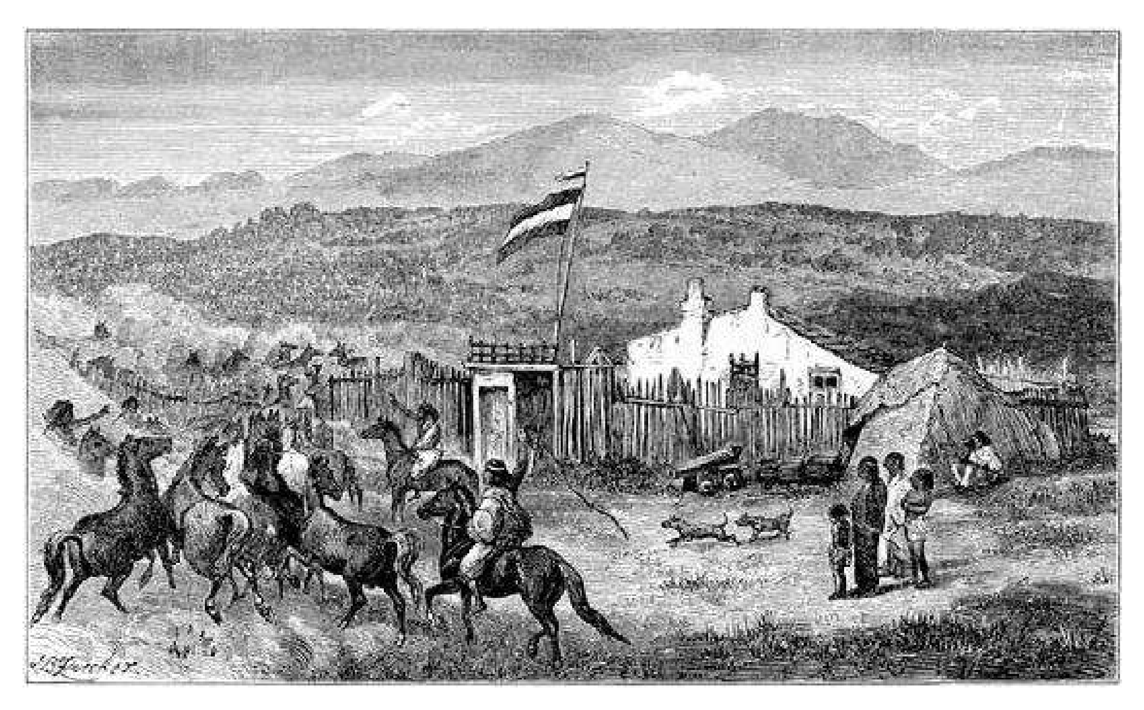
Lo curioso era que hablaba pehuenche bastante bien, porque había vivido algunos años con una india que cuando regresó a la toldería le dejó como prueba de amor, o como quieran llamarle, un chico, que los gauchos, en su humorismo, habían bautizado con el nombre de *Cortaplumas*, con gran contento no sólo de su padre, sino de todo el vecindario.

....

Muchos y variados eran los tipos que nuestra frontera en la Argentina produjo. Martín Villalba, en un tiempo Alcalde de Bahía Blanca, se alza

ante mí, fuera de Trapalanda, mientras escribo, de aquella Trapalanda, misterioso país donde los gauchos buenos y sus caballos galopan…

El nombrado Martín era un hombre bajo, menudo, vestido siempre como un gaucho de la mejor clase, con bombacha negra y botas con los pies hechos de cuero de becerro: las cañas de charol, con un águila bordada en hilo colorado. Las espuelas eran de plata, con las «rodajas» tan grandes como un platillo, columpiándose fuera de sus talones y mantenidas en su lugar por cadenas de plata, sujetas sobre el empeine con una cabeza de león.



Pulpería de Piedra Buena en la isla Pavón. (*Del libro de Musters*).

En la cintura llevaba una faja tejida de seda colorada, como las que usaban los oficiales de la armada en tiempos de la reina Victoria, cubierta por un ancho cinturón de cuero de «carpincho» lleno de bolsillos y tachonado de monedas de plata. Por debajo del cinto asomaban las borlas y una cuarta más o menos de la faja, que caía sobre las bombachas negras dándoles una nota de color.

Don Martín, pues nadie lo llamaba Martín a secas, sin el *don*, usaba siempre una camisa blanca y amplia con alto cuello doblado y abierto en la garganta. Su corta chaqueta negra era de fina alpaca, y sobre ella,

desplegado en punta, llevaba un pañuelo de seda encarnado. El sombrero, un fino Panamá, el único en la frontera, era conocido desde Fortín Machado hasta Patagones. Él decía, con orgullo, que lo había adquirido en Buenos Aires, ciudad que había visitado una sola vez en su vida. Le había costado diez libras esterlinas «de Inglaterra», y él sostenía que el dinero estaba bien gastado.

Facón Grande era nuestro general, silencioso y atento, sus ojos siempre fijos en el horizonte, marcando los movimientos de la hacienda, el vuelo de los pájaros, el polvo que se alzaba en la lejanía y leyendo en La Pampa como en un libro de Braille, los pequeños indicios invisibles para aquellos cuyo sentido de tacto mental, la vida de la ciudad ha dejado dormido.

Montado sobre un pangaré grandote con el hocico color ciervo, el fusil siempre en la mano o cruzado sobre la cabezada del lomillo, la larga melena negra que le daba el aspecto casi de un indio, su gran estatura y su perfecta posición sobre el caballo, hacían de él el retrato ideal de un fronterizo.

Facón Chico, siempre el primero en acudir al llamado, aparecía con su saco de paño de lana y sus *breeches*, como si hubiera llegado por accidente de alguna cacería, entre aquel salvaje conjunto.

Un alemán, buen jinete, de nombre Frederick Vogel, pero conocido de los gauchos por el apodo de *Pancho Pájaro*, era seguro que se nos reunía, aunque su negocio fuese vender a los estancieros sarnífugos para las ovejas. Su sobrenombre entre los gauchos era alusivo a sus temerarias andanzas por la frontera. Rubio y bien formado, cualquier fatiga era desconocida para él, como también creo lo sería el miedo.

Nadie podría desear un compañero mejor a su lado en un sitio de peligro, y, al sentirse tocado por su estribo, uno estaba seguro de que mientras tuviera vida, *Pancho Pájaro* no lo abandonaría.

Estos beneméritos y los hermanos Milburn, de Sauce Grande, uno, capitán de mar retirado, y el otro, al que llamaban teniente —tal vez porque su hermano era conocido como capitán, pues no tenía nada de militar—, y otros radicados en el Napostá, formaban nuestra compañía.

La mayoría había andado en escaramuzas con los indios y oído los alaridos de los Pampas, golpeándose la boca con sus manos cuando se acercaban como una tormenta blandiendo las lanzas.

Dónde andan ahora, no es mas que motivo de conjetura. Nadie se acuerda de ellos, pero yo, que escribo estas líneas y que lo hago «in memoriam», espero que algún día le permitirán a un viejo camarada galopar juntos en cualquier sitio que se encuentren.

R. B. CUNNINGHAME GRAHAM.

(*Los Pingos y otros cuentos sudamericanos*. Trad. de Celia Rodríguez de Pozzo. Bs. As., 1936).

LOS MALONES

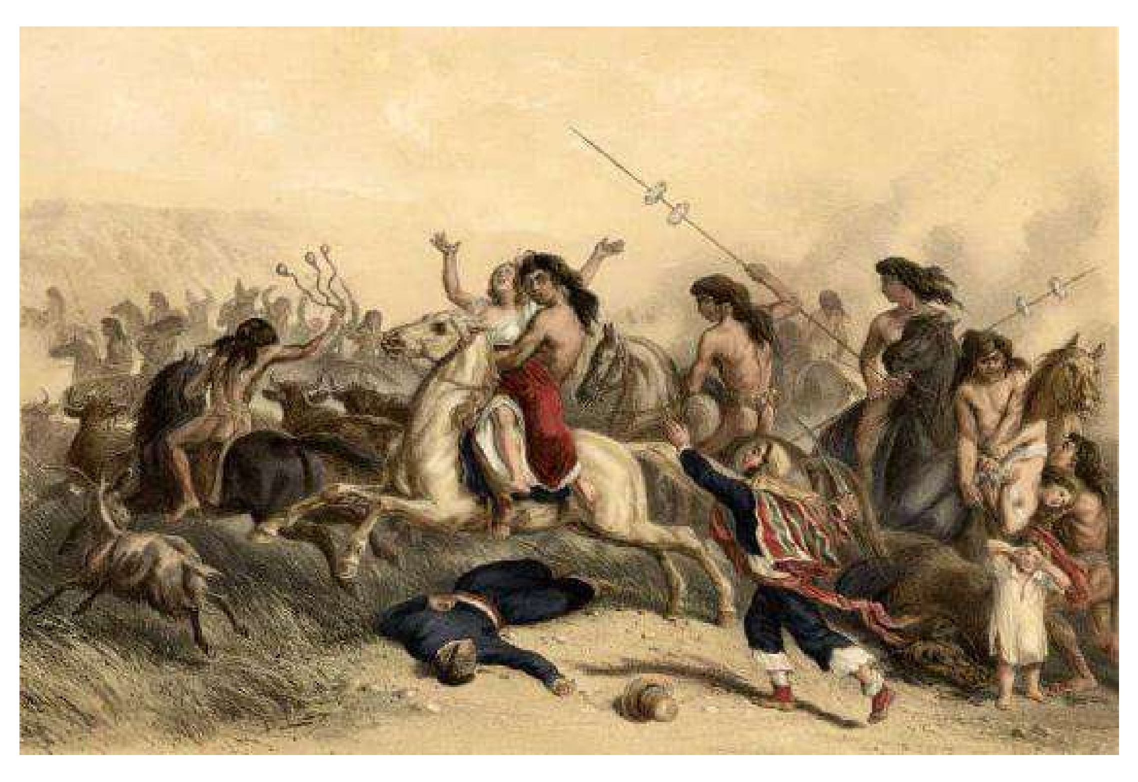
La indiada del viejo Catriel acampaba permanentemente en las afueras de Bahía Blanca; vivían en paz con sus vecinos manteniendo relaciones a la callada con los indios bravos, los *Pampas*, los *Ranqueles*, los *Pehuelches* y las demás tribus que tenían sus toldos en las Salinas Grandes, o salpicados a lo largo de los collados al pie de los Andes, hasta el lago de Nahuel Huapí y hasta Choele-Ohoel; a las veces estallaban, como el rayo de entre una nube en los campos de adentro, con la furia de un pampero que soplara del sur.

Sus incursiones seguían siempre los mismos caminos, bien conocidos de los gauchos, que las distinguían con el nombre de malones; unas veces entraban a la provincia de Buenos Aires pasando cerca de la villa de Tapalquén, por el gran despoblado que se extiende de Romero Grande a Cabeza de Buey…

Alrededor de las tribus indias flotaba una atmósfera de leyenda y de terror. Cuando invadían las grandes estancias del sur, cabalgaban todos, con excepción de los jefes, sobre cueros de carnero y muchas veces en pelo, llevaban una lanza de *tacuara*, de cinco a seis varas de largo, con una

tijera de trasquilar en la punta, adherida al asta ora con una cola de buey, u otra *guasca* que dejaban secar, y que se endurecía como el hierro, reteniendo contra la hoja un mechón de crin; a su paso huían los venados y los avestruces como vuela la espuma marina ante las ondas agitadas.

Cada guerrero llevaba un caballo de remuda, adiestrado, según el decir de aquellas partes, «a cabrestiar a la par»; cabalgaban como demonios en las tinieblas, excitando a los caballos con la furia de la carga y saltando los pequeños arroyos; los caballos escarceaban en los pedregales como cabras, deslizándose por entre los pajonales con ruido de cañas pisoteadas, y los jinetes se golpeaban la boca con las manos, al lanzar sus alaridos prolongados y aterradores…

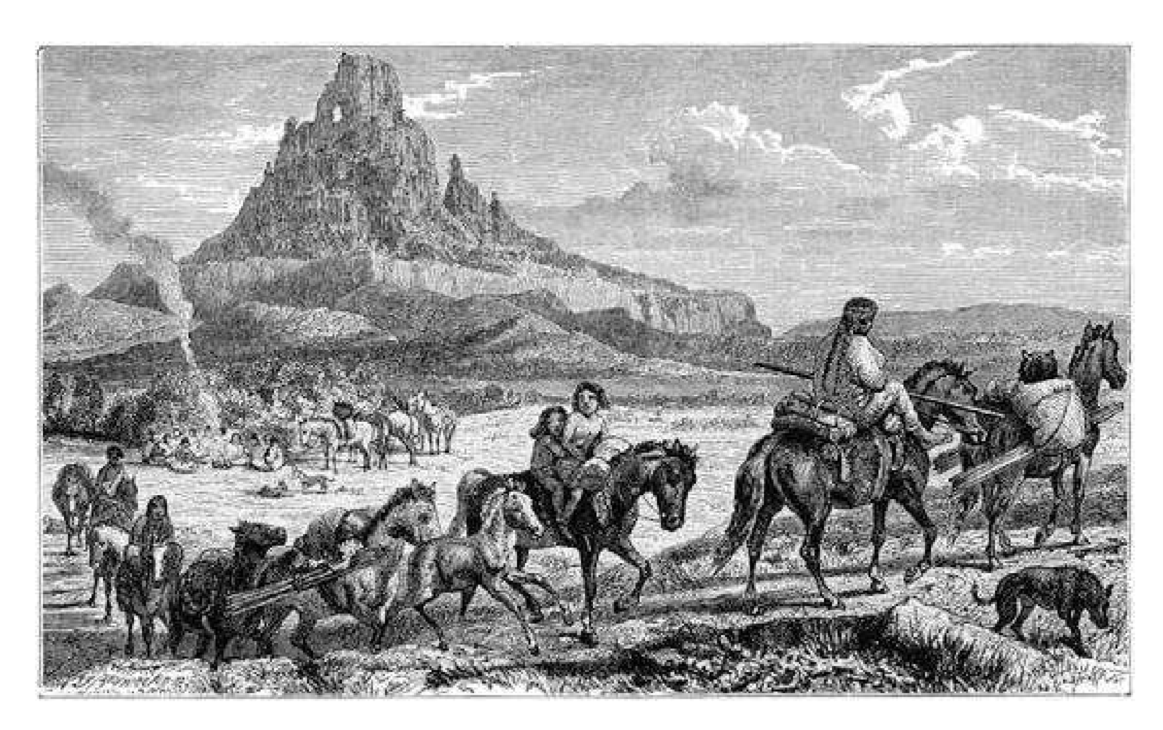


Un malón. (*Del Atlas histórico de Chile, por Claudio Gay*).

Cada jinete cabalgaba en su crédito (caballo favorito); envueltos al cinto llevaba dos o tres boleadoras, las bolas grandes pendían a la izquierda y la bola pequeña, o manija, a la derecha, descansando sobre el cuadril. Todos tenían cuchillos largos o espadas recortadas para mayor comodidad…; si tenían silla, los llevaban metidos entre la cincha y la carona, y si no, atados al talle desnudo, con fajas angostas de lana, tejidas

por sus mujeres en las tolderías, de extraños dibujos concéntricos y estirados. Iban todos embadurnados de grasa de avestruz, nunca se pintaban; su feroz algarabía y el olor que despedían, enloquecían de miedo a los caballos de los gauchos.

El cacique andaba unos veinte pasos delante de los demás, en una silla enchapada de plata, escogiendo, si lo había, un caballo negro para que se destacara bien; retenía las riendas de plata de tres varas de alto en la mano izquierda, y aguijoneando furiosamente a su caballo, de vez en cuando volvía la cara hacia sus hombres para lanzar un grito, blandiendo la lanza cogida por la mitad del asta y galopando a todo correr.



Partida del campamento de Mosaish. (Cerro de la Ventana, Río Chico, Santa Cruz).

El que alguna vez se los había encontrado hallándose solo, campeando ganado, por ejemplo, en algún *mancarrón viejo*, no olvidaba su aventura fácilmente… la recordaba con tenacidad hasta el día de su muerte. No había sino un medio de escape —a menos que se diera el caso, improbable, de tener un caballo como para que el mismo Dios lo ensillara, que decían los gauchos— y era desmontarse, conducir el caballo a alguna cañada, arropándole la cabeza en los pliegues del poncho para que no relinchara, y permanecer como muerto. Si los indios nada habían advertido —muy poco

se escapaba a su mirada en la llanura—, casi era preciso hasta retener al aliento y aguardar a que el retumbar de los caballos se perdiera en el espacio; entonces… debía uno deslizarse al extremo de la cañada, subir a caballo al tope de la loma, desmontarse allá otra vez, reteniendo el caballo con un maneador largo, y atisbar cautelosamente, por sobre la ceja, a ver si el campo estaba libre. Si en alguna parte del llano corrían los avestruces, los venados, o el ganado, o se levantaban nubes de polvo sin causa manifiesta, era preciso volver a la cañada y aguardar. Finalmente, cuando ya se sabía que todo había pasado, se apretaba la cincha hasta dejar el caballo como un reloj de arena, montando y tocándolo con la espuela, era preciso galopar como alma que lleva el diablo hacia la casa más vecina, gritando a voces: *Los indios*, lo que bastaba para que salieran de prisa todos los *cristianos machos* que hubiera por allí.

Los caballos mansos se encerraban a toda prisa en el corral, y se cargaban y pulían las viejas armas que había en la casa, porque, aunque parezca extraño, los gauchos del Sur, a pesar de hallarse expuestos a constantes ataques de los indios, no solían tener otra cosa que algún trabuco viejo o un par de pistolas de pedernal, casi siempre descompuestas.

Los indios tampoco eran formidables, fuera de la llanura, pues sólo llevaban lanzas y bolas. Una pequeña zanja de dos varas de hondo y de tres o cuatro de ancho, bastaba para proteger una casa, porque, como nunca abandonaban a sus caballos, no la podían atravesar, y como su objeto era robar y no matar, no perdían el tiempo en lugares así defendidos, a menos que supieran que en la casa estaban encerradas mujeres jóvenes y hermosas: «Cristiana más grande, más blanca que india» solían decir; y ¡ay de la muchacha que por desgracia caía en sus manos! A toda prisa la arrastraban a los toldos, a veces a cien leguas de distancia; si eran jóvenes y bonitas les tocaban a los caciques; si no lo eran, las obligaban a los trabajos más rudos y siempre, a menos que lograran ganarse el cariño de su captor, las mujeres indias, a hurtadillas, les hacían la vida miserable, golpeándolas y maltratándolas.

Así eran los indios en campaña, desde San Luis de la Punta hasta el propio Choele-Choel, en aquella extensa región de campo, en que hoy el

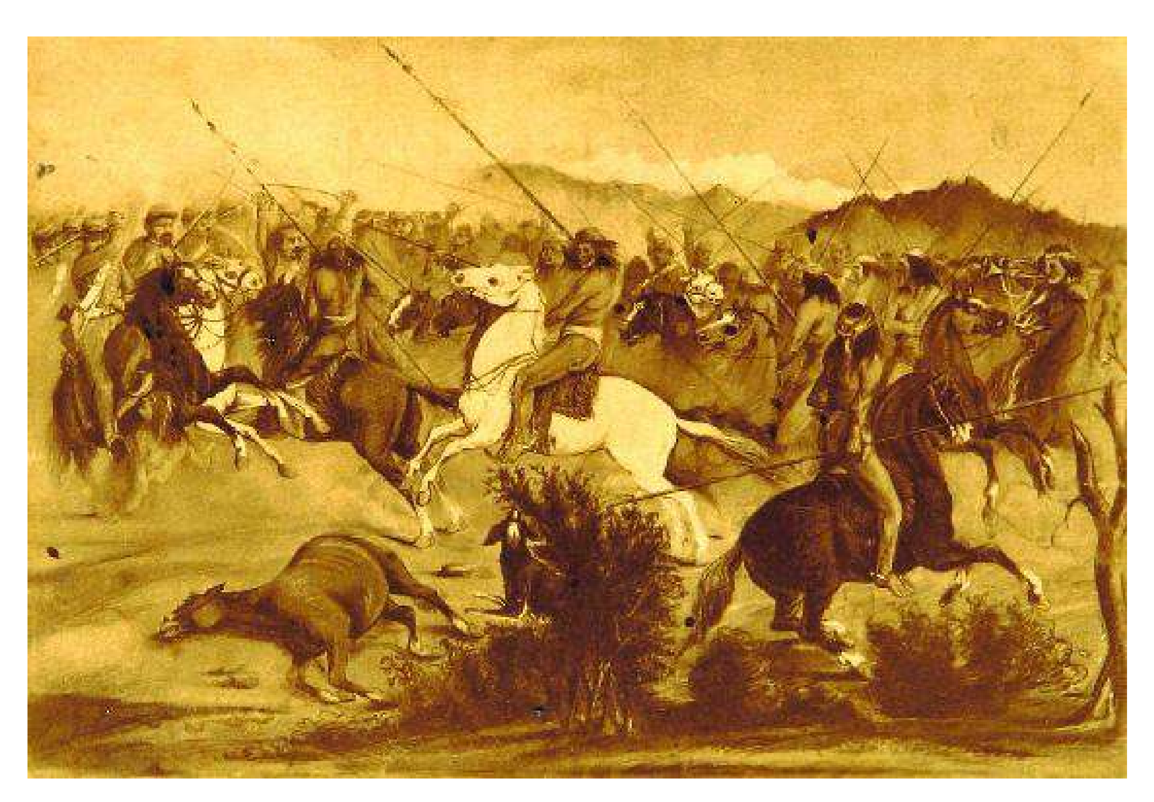
trigo se mece al viento, entonces desierta o poblada sólo por manadas errantes de yeguas alzadas.

R. B. CUNNINGHAME GRAHAM.

(*El Río de la Plata*).

PARLAMENTO CON EL CACIQUE MARIANO ROSAS

Formamos en batalla. Baigorrita, yo y mi séquito nos pusimos al frente de la línea y en ese orden avanzamos. La indiada de Mariano Rosas hizo la misma maniobra. Las dos líneas marchaban a encontrarse. Seríamos trescientos de cada parte. El sol se levantaba en ese momento, inundando la azulada esfera con su luz; la atmósfera estaba diáfana; los más lejanos objetos se transparentaban como si se hallaran a corta distancia del observador; el cielo estaba despejado; sólo una que otra nube nacarada navegaba por el vacío con majestuosa lentitud; la blanda brisa de la mañana apenas agitaba la grama color de oro; el rocío, salpicando los campos, los hacía brillar como si estuvieran cubiertos por inmenso manto de rica y variada pedrería.



Combate de Traiguén, entre la división del comandante Lagos y el ejército del Cacique Quilapán.
26 de abril de 1868.
(*De una acuarela de Wood*).

Cuando las dos líneas que avanzaban al paso estuvieron a cincuenta metros una de otra, los clarines y cornetas tocaron alto, y las dos indiadas se saludaron golpeándose la boca. Los ecos se perdían por los aires, quedaba todo en el más profundo silencio, y los gritos se repetían. Nadie llevaba armas, todo el mundo montaba excelentes caballos, vestía su mejor ropa y ostentaba las prendas de plata y los arreos más ricos que tenía.

Mariano Rosas destacó un indio; Baigorrita otro; colocáronse equidistantes de las dos líneas; cambiaron *sus razones* y volvieron a sus respectivos puntos de partida.

Los dos caciques acababan de saludarse y de invocar la protección de Dios para deliberar con acierto. Tocaron atención, dieron voces de mando en lengua araucana, la segunda fila de cada línea retrocedió dos pasos, los que miraban al norte giraron a la izquierda, tocaron marcha y las dos líneas quedaron formadas en alas.

Mariano Rosas destacó un indio que se acercó a mí y me habló en su lengua. Camargo, haciendo de lenguaraz, me dijo:

—Dice el general Mariano que eche pie a tierra para saludar al Padre Burela.

Me pareció haber entendido mal.

—¿Para saludar a quién? —le pregunté a Camargo con extrañeza.

—¡Al Padre Burela! —me contestó.

—¿Al Padre Burela? —exclamé, mirando a los franciscanos y a los oficiales—. Es pretensión —agregué—. Dile —proseguí, dirigiéndome a Camargo—, que le conteste a Mariano que yo no tengo que saludar al Padre Burela, que soy aquí el representante del Presidente de la República, que en todo caso es el Padre Burela quien debe saludarme a mí—. El mensajero se marchó y yo me quedé refunfuñando. Estaba indignado.

Lo que pasaba no era más que la consecuencia de las intrigas de Leubucó. Volvió el indio, insistiendo en lo mismo. Conteste con malísimo modo que, antes de hacer lo que se me exigía, me *cortaría* con mi gente, que hicieran la junta sin mí, si querían, que yo no estaba para bromas. Llevó el indio mi contestación. Baigorrita, que entendía todo lo que yo contestaba, porque Camargo lo repetía en la lengua araucana, me hizo decir:

—Echemos pie a tierra, compadre.

Mariano Rosas recibió mi contestación sin visible alteración; conferenció con sus consejeros y su embajador volvió por tercera vez, diciéndome:

—Dice el general que es para saludar a todos.

—Eso es otra cosa —contesté. Y esto diciendo, mandé echar pie a tierra a los míos, haciéndolo yo primero. Mariano Rosas y los suyos me imitaron. Vino otro indio, habló con Camargo y siguiendo las indicaciones de éste, comenzó el ceremonial.

Mariano Rosas y su séquito estaban formados en ala; Baigorrita y mi séquito lo mismo, es decir, que mi izquierda venía a quedar frente a la derecha de aquél.

Tiramos a la derecha, marchando al naciente unos cuantos pasos, volvimos a girar al norte, seguimos hasta quedar perpendicularmente a la

izquierda del séquito de Mariano Rosas, que permanecía inmóvil, formando un ángulo, y los saludos empezaron, consistiendo en fuertes apretones de manos y abrazos.

Desfilamos por delante de aquéllos, y cuando Baigorrita estrechaba la mano de Mariano Rosas y yo la de Epumer, mi cola, hablando militarmente, se abrazaba con el último indio del séquito de Mariano Rosas.

Hecho esto, seguimos desfilando, hasta que el último de mis asistentes saludó a aquél, y volviendo a ocupar el puesto en que estábamos, al echar pie a tierra.

En seguida Mariano Rosas y los suyos avanzaron veinte pasos; Baigorrita, yo y los míos hicimos simultáneamente otro tanto, formando dos pelotones.

Las dos líneas de jinetes formaron un círculo, conservando a vanguardia, a derecha e izquierda, sus respectivas alas; echaron pie a tierra Mariano Rosas y los suyos; Baigorrita, yo y los míos quedamos encerrados en dos círculos concéntricos, formados al exterior por caballos y al interior por indios.

Todas las evoluciones se hicieron en silencio, con orden, revelando que estaban sujetas a una regla de ordenanza conocida. Ningún indio maneó ni ató su caballo en las pajas. Sólo le bajó las riendas. Los mansos animales ni se movían de su puesto.

Mariano Rosas invitó a todo el mundo a sentarse. Nos sentamos, pues, sobre el pasto humedecido por el rocío de la noche, sin que nadie tendiera poncho ni carona, cruzando la pierna a la turca. Mariano Rosas me cedió a su lenguaraz José; colocóse éste entre él y yo, y el parlamento empezó. Yo estaba bajo la influencia desagradable de las revelaciones que me habían hecho y fastidiado con la pretensión rechazada de que saludara al Padre Burela. Apoyé los codos en las rodillas y ocultando la cara entre las manos, me dispuse a escuchar el discurso inaugural de Mariano Rosas.

El lenguaraz me previno que todavía no empezaba a hablar conmigo. El cacique general tomó la palabra y habló largo rato, unas veces con templanza, otras con calor, ya bajando la voz, hasta el punto de no percibirse los vocablos, ya a gritos, ora accionando, con la vista fija en la

tierra, ora mirando al cielo. Por momentos, cuando su elocuencia rayaba, sin duda, en lo sublime, sacudía la cabeza y estremecía el cuerpo como poseído de un ataque epiléptico.

Las palabras: *Presidente, Arredondo, Mansilla, yeguas, achucar, yerba, tabaco, plata*, y otras castellanas que los indios no tienen, flotaban entre la peroración a cada paso. Los oyentes aprobaban y desaprobaban alternativamente. Cuando aprobaban, el orador bajaba la voz; cuando desaprobaban, gritaba como un condenado.

Terminado el discurso inaugural, en medio de entusiastas manifestaciones de aprobación, llegó el turno del debate.

El cacique empezó por invocar a Dios. Me dijo que protegía a los buenos y castigaba a los malos; me habló de la lealtad de los indios, de las paces que en otras épocas habían tenido, que si habían fallado, no había sido por culpa de ellos; me hizo un curso sobre la libertad con que entre ellos se procedía; agregó que por eso había reunido los principales capitanejos, los indios más importantes por su fortuna o por sus años para que dijesen si les gustaba el tratado, porque él no hacía sino lo que ellos querían; que su deber era velar por su felicidad; que el no les imponía jamás; que entre los indios no sucedía como entre los cristianos, donde el que mandaba, mandaba; y terminó pidiéndome leyera los artículos del tratado referente a la donación trimestral de yeguas, etcétera.

Me disponía a contestar cuando oí que le gritaban con desprecio al doctor Macías, que, teniendo al hombro una escopeta, regalo mío a Mariano Rosas, se había confundido con su gente.

—¡Afuera! ¡Afuera el *doctor*!

El pobre Macías agachó la cabeza, y resignado a su suerte se alejó de allí, siendo objeto de risas y rechiflas de los indios más ladinos y de algunos cristianos.

Metí la mano al bolsillo, saqué mi libro de memorias: busqué en él el extracto del tratado de paz, y, procurando imitar la mímica oratoria de la escuela ranquelina, tomé la palabra.

Expliqué el tratado, punto por punto; hablé de Dios, del Diablo, del cielo, de la tierra, de las estrellas, del sol y de la luna, de la lealtad de los cristianos; del deseo que tenían de vivir en paz con los indios, de

ayudarlos en sus necesidades, de enseñarles el trabajo, de hacerlos cristianos para que fueran felices, del Presidente de la República, del general Arredondo y de mí. Este fué mi primer discurso.

LUCIO V. MANSILLA.

(*Una excursión a los indios ranqueles*).

LOS INDIOS

1872

¡Los indios! Eran una potencia aparte que tenía su corte, sus embajadores, su ejército, sus privilegios especiales. De vez en cuando el gobierno nacional celebraba con ellos tratados de paz que eran respetados por el gobierno y por los indios… mientras a éstos les convenía. He visto llegar a Río Cuarto una embajada de caciques grandes y chicos, una recua de facinerosos que inspiraban una rara mezcla de interés, rabia, repugnancia y tal vez recelo, por sus fachas pintorescas, sus caras feroces, su leyenda asesina y el desprecio completo que revelaban por todo lo que era «Huinca».

Venían a renovar tratados o celebrar convenios cómodos con el jefe de la frontera y con aire de vencedores, de Atilas de la pampa, entraban al escritorio, se sentaban y se ponían a fumar, mientras el lenguaraz, un badulaque que se daba importancia excepcional, explicaba en tono pomposo el motivo de la visita. Siempre celebraban parlamento con el lenguaraz, por más que el cacique hablara mejor el castellano que el tal intérprete, pero hubiera sido asunto *infradignitate* por parte de la majestad pampeana hablar en un lenguaje que odiaban con un representante de un gobierno que despreciaban.

El coronel Roca, me acuerdo que usaba de todo su talento diplomático, que no tenía muy poco que digamos, para disimular la rabia que le

dominaba cada vez que se realizaba esta impertinencia insolente; y al decirle una vez que era una vergüenza, no se puede imaginar con qué mirada de rabiosa seguridad me dijo «que dentro de muy poco se acabarían todas esas ignominias». Ya he dicho que sus tratos eran de potencia a potencia.



Invasión de los indios, mandados por el Cacique Calfucurá en el partido de 25 de Mayo en el mes de marzo de 1872. (*Litografía de T. Zollinger*).

El arreglo en los tratados fué siempre más o menos igualmente satisfactorio para los hijos de la pampa. Más yerba, más tabaco, más yeguas. Hecha con religiosa exactitud la entrega en la forma y cantidad convenida, ellos, los indios, nos daban su protección, nos perdonaban la vida y dejaban inviolables nuestras propiedades. Y concluido el conciliábulo de magnates, se retiraban orgullosos, montaban sus buenos caballos (por supuesto, robados a nosotros mismos con marcas y señales conocidas) y con aire altanero y porte digno, tomaban rumbo al sur, a dar parte a su monarca Mariano Rosas, del éxito completo de su convenio diplomático.

«¡Ya verán!», le oí decir al joven coronel después de darles la mano en afectuosa despedida. No podía fusilarlos… Les estrechaba la mano. Sucedía con frecuencia que a los pocos días de ratificar con mil promesas

y protestas su buena fe, se realizaba una invasión tremenda. Más desastrosa por lo mismo que no era esperada. Se hacían los reclamos por el inicuo proceder y no daba el cacique general de las tribus más explicaciones que: *Serían unos indios ladrones*. Como si todos no lo fuesen, incluso él y toda su corte… Que sería Pincén o el Indio Blanco que no obedecían a nadie y por lo tanto no se le podía hacer responsable de sus depredaciones; que él «lamentaba más que nadie». Pincén u otro, o todos, robaban eternamente, pues era su vida robar, y allá, *Tierra adentro*, en el centro sagrado del poder salvaje, allá se repartían el botín y se reían de los ingenuos Huincas, que, a más de contar con hermosas haciendas, lindas chinas y tropas mal armadas, tenían la candidez de creer en la buena fe y palabra honrada de quienes no sabían lo que estas cosas son.

GENERAL IGNACIO H. FOTHERINGHAM.

(*La vida de un soldado*. Primera Parte. Bs. As., 1909, pág. 221).

IGNACIO H. FOTHERINGHAM. — Militar argentino nacido en Inglaterra (Southampton) en 1842. Llegó al país en 1864 con intención de dedicarse a la ganadería pero sobrevino la guerra del Paraguay y entró en el ejército con el grado de subteniente. Actuó en la guerra del Paraguay y en la guerra civil argentina de 1867 a las órdenes de Arredondo; después en la campaña de Entre Ríos contra López Jordán; en la guerra de 1874 para sofocar la revolución mitrista a las órdenes de Roca; también en los combates de 1880; hizo vida de fronteras y prestó servicios en Río Cuarto, donde formó su hogar. Fotheringham obtuvo muy merecídos ascensos y en 1905 se retiró como general de división. Escribió sus Memorias con el título de *La vida de un soldado*, que abarcan un extenso panorama con cuadros muy animados y llenos de interés, de escenas y costumbres militares ya lejanas para el lector actual. Si de algún defecto adolecen es de cierto espíritu digresivo que lee resta cohesión y unidad y parece advertirse en ellas la influencia de otro escritor militar argentino, el general Lucio V. Mansilla.

[CIVILIZACIÓN Y BARBARIE]

1870-1880

Llegó cierto día un paisano a casa de un acreditado y respetable negociante del Azul: compró algunos objetos y después que los hubo pagado, aquél le

preguntó en qué se ocupaba a la sazón.

—Trabajo como Dios me ayuda, señor —respondió el paisano—. ¿Quieres trabajar para mí?…

—¿Cómo no?, señor, desde que me haga cuenta…

—¿Te animas a cuerear?… Te pago veinte pesos por cada cuero que traigas de noche, y si trabajas seguido, puedes ganar cinco o seis mil pesos por mes. ¿Te conviene?

—¿Cómo no?… señor…

—Entonces puedes empezar desde hoy. Después de medianoche, has de traer los cueros: los tiras al corralón por encima de la pared, vienes luego por la trastienda, contamos los cueros, te pago al contado, y así en poco tiempo te hago rico. ¿Estamos?…

—Sí señor; esta noche le traeré los cueros.

Y en efecto, aquella misma noche el paisano entregó veinte cueros, tirándolos por encima de la pared, recibió su importe entrando por la trastienda y durante diez días consecutivos se repitió la misma operación a las mismas horas.

Era en el rigor del invierno y en esa estación los cueros tardan muchos días en secar. Nuestro respetable comerciante contaba más de trescientos cueros en su *estaqueadero*, comprados a veinte pesos cada uno, y se regocijaba tanto con el lucro como con el éxito de su ingenio mercantil para hacer *legalmente* propio lo ajeno por medio de un cuereador nocturno. Muchos otros de sus colegas compraban cuero del mismo modo, pero ninguno tan barato ni tan a menudo como él, gracias a la buena elección de su hombre, trabajador y discreto sin igual.

Una mañana vino a decirle su capataz de barraca que entre los cueros entregados por el héroe nocturno, había uno de la marca de la casa. (Nuestro comerciante también era estanciero).

—¡Diablo! —dijo— es una desgracia, pero es sin duda de algún novillo que andaría extraviado y como Juan no repara en las marcas ni es posible hacerlo en la noche, ha caído ése entre los otros; de todos modos, fuera de mi campo era perdido para mí y ahora me queda siempre el cuero.

Aquel día soplaba con fuerza el pampero y los cueros, secando rápidamente, iban mostrando la marca. Una hora había transcurrido

cuando se presentó de nuevo el capataz diciendo:

—Señor, hay cuatro cueros más de su marca y van apareciendo otros más de la misma. ¿Por qué no viene usted mismo a verlos?…

El hombre se levanta alarmado, recorre el estaqueadero, examina arranca cueros de la estaca, se pone pálido, tiembla de ira y por fin prorrumpe en imprecaciones y amenazas. Todos los cueros tienen la marca de su propiedad. Había pagado veinte pesos por cada vaca que le habían muerto; la destrucción de su propiedad era dolorosa y completa la mistificación. El manso y sencillo comerciante se había vuelto una fiera y arrojaba fuego por los ojos y espuma por la boca. De repente aquella tempestad fué interrumpida y su rostro reflejó esa calma terrible, preñada de amenazas, que precede siempre a la venganza, y en efecto, la idea de la venganza había cruzado por aquella cabeza extraviada y en ella se había detenido.

—Sí —dijo—, este bribón no sospecha que he descubierto su infamia; cree que puede continuar algunos días más robándome y esta noche me traerá cueros. Así que venga le atrapo, le exijo me pague las vacas que me ha cuereado, al precio más alto que pueda obtenerse en plaza, y así habré hecho siempre negocio. Hago de cuenta que he vendido una tropa gorda cuando mi hacienda está en epidemia. Si se resiste o no tiene con qué pagarme el daño que me ha hecho, me lo llevo al juzgado de paz. Al juez, mi compadre, le impongo reservadamente del lance, le pido que destine a este pícaro a un cuerpo de línea y si no desquito la pérdida, a lo menos este facineroso no quedará riéndose de un hombre honrado como yo.

Apaciguado con esta idea, esperó impaciente la noche. A la hora de costumbre, se presenta el de los cueros con un cargamento mayor y viene a cobrar su importe. Aquí fué Troya. El comerciante perdió de nuevo la calma desahogándose en insultos contra el gaucho. Éste, inalterable, le dejó desfogar, y cuando hubo concluido, le dijo:

—Pero, patrón, ¿qué es lo que usted me propuso el otro día?…

—¿Qué te propuse yo, canalla?…

—Sí, señor, usted… ¿qué me propuso?…

—Yo te propuse que me trajeras cueros, que te pagaría a veinte pesos uno y al contado, bribón.

—¿Y no son cueros, pues, los que he estado trayendo?…

—Si, animal, pero son de mis pobres vacas.

—¿Y de qué otras había de traer, pues, señor, si no era de las suyas, que es de las que usted puede disponer?…

—Y ¿qué sé yo salteador?… Ésa ya se sabe que era cuenta tuya.

—Pues vea, señor, recién vengo a caer en cuenta; ahora veo que usted quería que yo fuese a cuerear *ajeno*, y como yo no he sido nunca ladrón, no lo malicié, creyendo lo que debía creer, que usted me mandaba cuerear lo suyo y no que me proponía robar a medias. Si usted me hubiera dicho esto último *por lo claro*, por lo claro le hubiese dicho: Vaya a cuerear usted si su oficio es el de ladrón. Yo entendí, pues, lo que hubiera entendido todo hombre de bien; si usted se ha perjudicado, bien merecido lo tiene, pero, entretanto, págueme los cueros que he entregado esta noche y si no le conviene, no le traeré más.

—¿Que te pague los cueros que me has robado, canalla?… Ahora vamos ante la justicia, veremos si allí eres tan insolente.

—Como guste, señor; si usted no me paga por bien, me tendrá que pagar por su justa ley. En todo caso, usted me mandó robar por un tanto; yo le robé a un ladrón y ya veremos cuando yo diga todo públicamente, a quién le dan la razón.

El *honrado* comerciante, comprendiendo que si el asunto se hacía público, las autoridades locales no podrían ya favorecerle y que todos los de su gremio le harían una burla infernal, de la ira pasó a la resignación, pagó los últimos cueros y despidió al gaucho, no sin que éste le dijera:

—Vaya, patrón, Dios se lo pague, si bien dicen que el hombre de bien nunca sale mal.

En aquella época, el gobernador de Buenos Aires visitaba la campaña y llamó su atención la respuesta de un indio a quien se le hacían cargos por los robos que todos ellos cometían. «*Sí los pulperos no nos comprasen los cueros ajenos, los indios no robaríamos cueros…*» contestó el indio. El gobernador se manifestó resuelto a adoptar medidas tendientes a reprimir aquellos crueles abusos, y un día fué sorprendido con la presentación de una solicitud firmada por varios comerciantes, que puede concretarse del modo siguiente:

«Excmo. Señor: Si se prohíbe de una manera absoluta el robo de ganados y de cueros, el comercio de esta localidad será completamente arruinado».

He ahí pues, al gaucho y al indio mismo, a quienes consideramos agentes verdaderos y poderosos de nuestra ruina, defendiendo la moral pública y los derechos de la propiedad. A un número de individuos del comercio de la campaña, a quienes damos crédito cuando se presentan hablando en favor de la moral y del progreso, corrompiendo a los pobres ignorantes para inducirlos a la destrucción de la riqueza pública en su provecho personal. Y todo esto indica que los medios hasta hoy empleados para combatir aquellos males, son ineficaces, aun contraproducentes, y a la vez muy onerosos.

ÁLVARO BARROS.

(*Actualidad Financiera de la República Argentina*, Bs. As., 1875, pág. 23).

ÁLVARO BARROS. — Militar argentino cuya actuación empieza después de la batalla de Caseros bajo los gobiernos provinciales de Alsina y Obligado en Buenos Aires. Hizo vida de fronteras y celebró paces con el cacique Calfucurá. Tomó parte en la guerra de Entre Ríos (1870-78) y después figuró en la política y en el periodismo. Fué gobernador de Buenos Aires. Colaboró en *El Nacional*, en la *Revista del Río de la Plata* y escribió el libro *Fronteras y territorios federales de las pampas del Sur* [recién reeditado por la Librería Hachette). Escribió también *Actualidad Financiera de la República Argentina* (1875), de donde se han tomado las páginas anteriores.

6
EL CAMPO ARGENTINO: PAISAJES. TIPOS. COSTUMBRES

1810-1850

UNA DOMA EN ENTRE RÍOS

1815

… Después encontramos una manada inmensa de caballos salvajes, y el joven Candioti me dijo: «Ahora, señor don Juan, he de mostrarle nuestro modo de domar potros». Así diciendo, se dió orden de perseguir la manada; y otra vez los jinetes gauchos partieron como relámpagos y Candioti y yo los acompañamos. La manada se componía de más o menos dos mil caballos, relinchando y bufando, con orejas paradas, cola flotante y crines al viento. Huyeron asustados desde el momento que se apercibieron de que eran perseguidos. Los gauchos lanzaron su grito acostumbrado; los perros quedaron rezagados; y no fue antes de seguirlos a toda velocidad y sin interrupción en trayecto de cinco millas, que los dos peones que iban adelante lanzaron sus bolas al caballo que cada uno había cortado de la manada. Dos valientes potros cayeron al suelo con horribles rodadas. La manada continuó su huida desesperada abandonando a sus dos compañeros caídos. Sobre éstos se precipitó todo el grupo de gauchos; fueron enlazados de las patas; un hombre sujetó la cabeza de cada caballo y otro el cuarto trasero, mientras, con singular rapidez y destreza, otros

dos gauchos enriendaron y ensillaron a las caídas, trémulas y casi frenéticas víctimas. Hecho esto, los dos hombres que habían boleado los potros los montaron cuando todavía yacían en el suelo. En un momento se aflojaron los lazos que los ligaban y al mismo tiempo una gritería de los circunstantes asustó de tal modo a los potros, que se pararon en cuatro patas, pero con gran sorpresa suya, cada uno con un jinete en el lomo, como remachado al recado, y sujetándolo mediante el nunca antes soñado bocado. Los animales dieron una voltereta simultánea sorprendente; se abalanzaron, manotearon y cocearon, luego salieron a todo correr y, de vez en cuando, en medio de la furia, se sentaban con la cabeza entre los remos tratando de arrojar al jinete. ¡Qué esperanza! Inmóviles se sentaban los dos tapes; se reían de los esfuerzos inútiles de los turbulentos y furiosos animales para desmontarlos; y en menos de una hora desde que fueron montados, era muy evidente quién iba a ser el vencedor. Por más que los caballos hicieron lo peor que podían, los indios nunca perdieron la seguridad o la gracia en sostenerse; hasta que, pasadas dos horas de los más violentos esfuerzos para librarse de su peso, los caballos estaban tan cansados que, empapados en sudor, con los flancos heridos de la espuela y agitados, y sus cabezas agachadas, se pararon juntos cinco minutos, palpitantes y confundidos. Pero no hicieron un solo esfuerzo para moverse. Entonces llegó el turno del gaucho para ejercer su autoridad más positiva. Hasta aquí había estado puramente a la defensiva.



Atravesando un pantano. (*Según E. E. Vidal, 1820*).

Su objeto era solamente aguantarse y cansar al caballo. Ahora necesitaba moverlo en una dirección dada. El capricho, el zigzag a menudo interrumpido, había guiado su corrida. Tranquilos, los gauchos tomaban rumbo a un lugar determinado y los caballos avanzaban hacia allí; hasta que al fin de tres horas más o menos, los ya dominados animales se movían en línea casi recta y en compañía de los otros caballos, hacia el puesto a que nos dirigíamos. Cuando llegamos allí, los dos potros, que hacía muy poco tiempo habían sido tan libres como el viento, fueron atados al palenque del corral, esclavos del hombre dominador, y toda esperanza de emancipación había desaparecido.

J. P. Y G. P. ROBERTSON.**[16]**

(*La Argentina en la época de la Revolución*).

EN LA ESTANCIA DE ARROYO HONDO

(ENTRE RÍOS)

Al fin de mi segunda jornada llegué a una de las mejores estancias de Candioti, en Arroyo Hondo, y me detuve para pasar la noche. Al presentar las credenciales del gaucho veterano, fui recibido por uno de sus numerosos vástagos, con toda la desbordante hospitalidad del país. Él habitaba solamente un rancho de quincho con tres piezas, que formaban, con otras dos o tres construcciones aisladas, el costado de un cuadro inconcluso. Otro lado y medio estaba ocupado por las chozas pequeñas y bastante bajas de cuarenta y cinco peones que cuidaban las treinta mil cabezas de ganado y cincuenta mil caballos y muías de la estancia. Alrededor de esta pequeña colonia, había cuatro enormes corrales para ganado y un chiquero.

Con Selkirk, el hijo de Candioti habría dicho: «Soy dueño de todo lo que miro». Todos los rasgos de su bello semblante denunciaban a su progenitor. Con el mismo modo patriarcal de su padre me recibió el hijo bajo su modesto dintel. El sol se ponía, numerosos rebaños eran arreados, mugiendo, al venir de la aguada a los corrales; una incontable majada balaba a lo lejos guiada por un peón, y doce perros sagaces —ellos también— venían a su lugar de reposo nocturno.

La alada tribu de aves domésticas cacareaba por el dormidero, y las palomas, girando en su último vuelo del día, se juntaban alrededor del palomar. Las voces profundas de peones a caballo que rodeaban el ganado, llegaban desde lejos ondulando en la brisa; mientras la nota quejumbrosa de la perdiz, que abundaba en todas direcciones, trinaba y formaba parte de la armonía rural del final del día.



Una vista de ganado. (*Según Peter Schmidtmeyer*).

Muchas fueron las víctimas que se ordenaron sacrificar para proveer la cena. Una ternera gorda fué matada para asarla con cuero; se sacrificaron tres pollos para la olla y el asador; tres yuntas de pichones recién emplumados fueron destinados a la cacerola; un cordero mamón fué atado a la estaca. «Y ahora, dijo el hijo de Candioti, vamos a agarrar unas perdices». Habéis oído que las perdices se cazan con perdigones, pero quizás no sospecháis cómo se agarran en aquellos países. Caminamos unas quinientas yardas desde la casa, seguidos por dos gauchos a caballo. Cada uno tenía en sus manos un rebenque. Luego vimos veintenas de perdices atisbando con sus cabecitas por encima del pasto. Los gauchos se dirigieron al primer par que vieron e inclinándose hasta la mitad del costado del caballo, comenzaron a describir (con sus rebenques) un gran círculo alrededor de las aves, mientras éstas, con ojos ansiosos, seguían el movimiento. Gradualmente, el mágico círculo se estrechaba y las perdices, encantadas, se asustaban más y más de intentar escaparse. Quedaron estupefactas, y los peones, acercándose a ellas, con un súbito y diestro golpe de rebenque les dieron en la cabeza. Las pequeñas inocentes fueron entonces, no metidas en el morral (porque los gauchos no tienen tal chisme de caza), sino colgadas, una por una, de un tiento; luego de tomar

así seis yuntas, aproximadamente en quince minutos, retornamos a las casas…



Estancia sobre el río San Pedro. (*Según E. E. Vidal, 1820*).

Una mesa de pino fué cubierta con un espléndido mantel bordado; la mayor parte de los útiles de comer eran de plata; agua cristalina brillaba en una garrafa de cristal; vino, sandías, duraznos, miel y cigarros estaban en una mesa contigua; y, después de un refrigerio de dos horas, me estiré sobre el lujoso lecho, aunque sin cortinas, y dormí profundamente hasta la madrugada.

No debéis, sin embargo, abrigar idea de que estábamos sentados en nada parecido a comedor inglés. El piso de nuestra habitación era de barro y también los muros. La paja del techo era bien visible. Aquí, en un rincón, estaba mi cama, y allí, en otro, desparramados, los engorrosos aperos de tres o cuatro caballos. Dos tinajones contenían agua y los criados cobrizos que nos servían, semidesnudos con candor indio. No habíamos cambiado cuchillos, platos, ni tenedores. Candioti, su capataz principal y el cura de la capilla vecina comieron del mismo plato. Los asientos eran sillas anticuadas de vaqueta con respaldo de cinco pies desde el suelo. La puerta permanecía abierta y en sus cercanías estaban media docena de caballos ensillados atados al palenque. No había cuadros que

adornaran las paredes ni ventanas con vidrieras, ni siquiera postigos para protegerlas.

Todo a nuestro derredor, inclusive el sabroso y abundante festín, demostraba que cenábamos con un jefe nómade. Su bienvenida era primitiva y cordial; su riqueza consistía en ganados y rebaños, y los arreglos domésticos eran rudos y sencillos como los hábitos del señor. Todo evidenciaba la distancia a que nos encontrábamos del lujo y refinamiento modernos. La jofaina en que, como los judíos, nos lavábamos las manos después de comer, fué pasada por una china sirviente; y un mulato alto, llevando afuera mis botas, sacó con un palo la arcilla que tenían adherida, y las puso junto a mi cama, a guisa de prevención de que era todo cuanto podía esperar en punto de limpieza. Apenas empezaba a aclarar el día, mate y cigarro me fueron traídos por el joven Candioti, los aperos fueron sacados y puestos sobre el lomo de varios caballos magníficos que estaban ya prontos a la puerta para ser ensillados; y en diez minutos, Candioti, su capataz, mi sirviente y ocho peones, seguidos por seis perros grandes, estuvieron montados y listos para recorrer toda la estancia, a fin de que viera algo de la manera de administrarla y tuviese una idea de la extensión de su superficie.

J. P. Y G. P. ROBERTSON.

EL CORREO LEIVA

1815

Con todo lo que teníamos que comunicarnos en asuntos de negocios y en otros de distinta naturaleza, mi hermano y yo caímos en la cuenta de que el tardío servicio semanal de postas establecido entre Goya y Corrientes, era impropio para nuestra correspondencia epistolar y que debíamos buscar un medio más adecuado de comunicación.

Por eso decidimos pagar un correo propio que llevara la correspondencia entre Corrientes y Goya. Elegimos a ese propósito a un criollo de apellido Leiva. Era éste un hombre formal, grave, imperturbable. Leiva nunca parecía estar apurado y era al mismo tiempo el más exacto de los mensajeros. Creo que nunca lo vi sonreír, pero no por eso era grosero ni brusco en sus modales. Funcionaba como una máquina jamás descompuesta, era exacto a la manera de un reloj y hasta se movía con movimientos de péndulo. Si encontraba obstáculos en su camino, nunca lo sabíamos, porque allanaba todas las dificultades, se hacía justicia por sí mismo y proseguía su camino habitual. De tal manera, en una comarca tan poco segura, nunca se dió el caso de que preguntáramos: «¿Qué le habrá pasado a Leiva?». Porque sabíamos que una vez salido de Corrientes o Goya, habría de llegar a la hora señalada. Durante nueve meses viajó con tiempo bueno y malo, llevando consigo no solamente la correspondencia sino monedas de oro en gran cantidad. Leiva viajaba solo, en una distancia de ciento cincuenta millas, y nunca perdió una carta ni tuvimos un momento de inquietud por la suerte del dinero que conducía. Leiva, «el correo de los ingleses», era conocido por todos y el viajero mejor atendido en todas las postas del camino.

Cuando llegaba, con su aire indiferente y algo melancólico, le recibíamos con íntima satisfacción. Traía en sus alforjas los paquetes de cartas, los rollos de doblones, y al dejar caer todo aquello sobre la mesa había un extraño contraste entre el rostro alegre de los patrones y su plácida y severa expresión. «*Vea* (decía después de vaciar las alforjas), *vea si todo está bien, patrón*». Y una vez seguro de que nada faltaba, dirigíase a la cocina y allí se preparaba el mate, el almuerzo o la cena, saludando a quienes encontraba como si hubiera estado ausente una media hora. Pero respondía sosegadamente a cuanta pregunta se le hacía porque era una especie de gaceta ambulante entre Corrientes y Goya. Parecía, con todo, no poner interés alguno en lo que contaba y él no preguntaba nada, como seguro de que en su ausencia no había pasado nada importante. Satisfechas sus necesidades, se presentaba de nuevo al patrón y preguntaba si había que salir otra vez. Para él era lo mismo hacerlo en el día o en la próxima

noche o en la mañana siguiente. Allí estaba con su caballo ensillado esperando en la puerta, listo siempre y puntual.

A veces tenía que esperar varias horas, y nunca se le vió un gesto de impaciencia. Hubiera esperado un día y una noche en la misma actitud. Cuando lo llamábamos: «*Venga, Leiva, ya está la correspondencia*», empezaba el arreglo cuidadoso de los papeles en las alforjas y terminaba diciendo tranquilamente: «*Hasta la vuelta, patrón*». Entonces montaba en su caballo y se alejaba al galope sin detenerse hasta el final del viaje, salvo en las postas para comer y cambiar la cabalgadura. Viajar de noche o de día, al sol o al agua, era asunto indiferente. En una sola ocasión, una sola, Leiva, después de llegar a Goya, rompió su habitual laconismo, y al entregar la correspondencia me dijo que se había retardado tres horas porque su caballo en una rodada muy fea se había roto el pescuezo, matándose. Entonces le pregunté con mucho interés si él no se encontraba herido. Me miró con sorpresa y con cierto aire de disgusto. «*¿Herido*? —repitió con aspereza que nunca había notado en sus maneras—. *¿Herido*? *No, señor, salí parao*».

En seguida me di cuenta de que yo había puesto en duda su condición de jinete, cosa ofensiva para un hombre de campo. Estos hombres, jinetes de verdad, son tan diestros en el manejo del caballo, que si éste cae a toda carrera, súbitamente arrojan las riendas por encima de la cabeza y pasan de la silla al suelo, corriendo sobre sus propios pies. Y si la cosa pasa de otra manera, los compañeros y los que no lo son, se burlan del infortunado y ríen y gritan con estrépito: «¡*Vea el jinete*! ¡*Vea el jinete*!…» golpeándose la boca con la mano. Y la burla se hace más general cuanto más fuerte es el porrazo recibido… Recordando todo esto, traté de arreglar lo dicho y pregunté a Leiva como se había manejado una vez que se le mató el caballo.

—Lo desensillé —me contestó recobrando su calma—, eché a la espalda el recao y me fui caminando a la posta que estaba a tres leguas.

No obstante la natural indiferencia de Leiva, en algunas raras ocasiones se animaban sus ojos negros y todo su ser demostraba que algo importante le traía preocupado. Era cuando mi hermano, o yo, teníamos que acompañarlo a Corrientes o a Goya y se lo anunciábamos con

anticipación. Entonces, durante el viaje anterior al nuestro, Leiva se desviaba de las postas del camino y comprometía en las estancias próximas los mejores caballos que debían estar listos para el día siguiente porque el patrón anunciaba visita. Y cuando hacíamos el viaje juntos, todo nos demostraba el cuidado con que él había preparado lo necesario: los caballos, los postillones, el almuerzo, la cena, todo estaba en su lugar y en su punto. El propio Leiva no se apartaba nunca de nuestro lado.

Por su trabajo de correo y la responsabilidad que importaba la conducción del dinero, pagábamos a Leiva cuarenta pesos por mes. Sus gastos, siempre moderados, corrían por nuestra cuenta. En qué gastaba sus cinco chelines diarios, es cosa que nunca pudimos averiguarlo. Porque cuando nos fuimos de Corrientes, no tenía más que una suma de dinero que le regalamos y que sin duda desapareció con la misma rapidez con que habían desaparecido sus sueldos.

Creo que nadie en Corrientes ganó tanto nuestro afecto como el nombrado Leiva.

J. P. Y G. P. ROBERTSON.

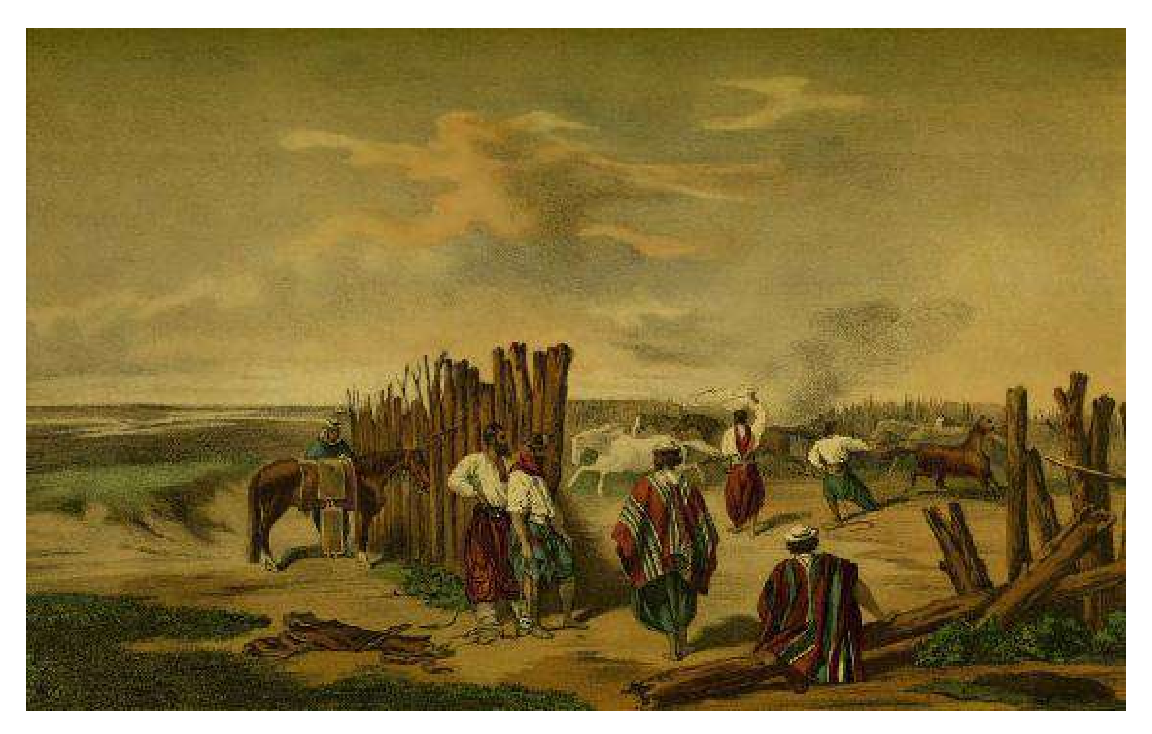
(*Cartas de Sud América*).

EL CAPITÁN MILLER EN UNA ESTANCIA DEL SUR

1817

La hacienda de don Andrés Hidalgo tenía tres habitaciones: la principal era un cuarto de cuarenta y dos pies de largo y quince de ancho, sin chimenea ni ventanas, y el todo estaba construido de paredes de caña, cubiertas por dentro, y por fuera, de arcilla (barro). Las pocas vigas que formaban los apoyos las habían traído del Monte del Tordillo, distante diez y ocho leguas, y estaban sujetos con tiras de cuero como todas las casas de

las pampas, pues no se conocen en ellas los clavos; las puertas las hacen comúnmente con pieles de toro extendidas en marcos de madera. Don Andrés poseía el terreno que había querido elegir para mantener tres mil doscientas cabezas de ganado vacuno y trescientos caballos. Esta posesión se consideraba como un establecimiento pequeño y lo habían formado en el año anterior. Algunas estancias tenían veinte mil cabezas de ganado vacuno y caballos, asnos y muías en proporción. Un peón o vaquero tiene a su cuidado mil cabezas de ganado, y su obligación es contarlos por mañana y tarde y hacer volver a la piara las que se descarrían. En un día claro, puede distinguirse con la simple vista desde la casa de Hidalgo la elevada cumbre de la Sierra del Volcán que se halla a veinte leguas al sur. Bien quisieron los viajeros dirigirse hasta aquel punto, pero no eran entonces transitables los caminos, ni lo habrían sido hasta que los arroyos menguasen para poderlos vadear…



El corral. (*Según L. Palliere*).

Don Andrés festejó por espacio de seis días a sus compañeros de viaje; durante ellos se divirtieron en cazar venados, en correr a los avestruces, en tirar a los ánades silvestres, a las palomas y a las codornices, las cuales abundaban infinito. Las perdices eran tan mansas, o más bien tan torpes,

que el modo usual de matarlas es a palos. Un hombre a caballo mató de esta manera una porción en cinco minutos; abundan tanto en todas partes, que en el mercado de Buenos Aires se venden muchas veces a menos de peseta la docena.

Los avestruces producen mucho interés a los que atraviesan las pampas; algunas veces se ven en tropas de veinte o treinta; aleando con gallardía por las suaves ondulaciones de la llanura a medio tiro de pistola unos de otros, como si estuvieran en guerrilla. Sus pichones se domestican fácilmente y toman pronto cariño a los que los cuidan; pero son muy incómodos, porque cuando son grandes, corren por los alrededores de la casa y se tragan las monedas, alfileres y todo pedacillo de metal que puedan atrapar…

Los viajeros comieron un día con don José Pita, uno de los compañeros que formaban la partida que salió de Buenos Aires, y cuya estancia estaba a cuatro leguas de la de Hidalgo y era la más avanzada en dirección meridional. Allí se encontraron paseando a un cacique, con sus mujeres, sus hijos y unos cuantos de comitiva; algunos hablaban un poco el español… Tenían pintadas las caras con sangre de caballo y llevaban plumas. Su tez natural es de color de cobre, pelo largo, lacio, y de un negro reluciente… El trato con los indígenas debe producir grandes ganancias porque una piel de tigre que valía ocho duros en Buenos Aires, la compraron en el camino por veinticuatro reales… Los viajeros dedicaron un día a visitar un pueblo o campamento indio con los cuales era don Andrés muy popular. Estos indios, como todos los demás, tienen la costumbre inveterada de pedir cuanto ven y se les antoja de lo que llevan los extranjeros: pañuelos de bolsillo, guantes, látigos, cortaplumas, lapiceros, y los botones de metal se los quitaron de las manos… Todos tomaron un pueril antojo con el capote con pieles de Mr. Miller y con sentimiento muy marcado se resignaron a no quitárselo de los hombros. Una gorra de camino la pudieron preservar casi con la misma dificultad; pero, sin embargo de verse privados [los indios] de aquello a que creían tener derecho, al fin se separaron del modo más amistoso…

Entre otras cosas que hacen para divertir a los huéspedes, la destreza en montar a caballo es la ostentación favorita de un estanciero. Éste

dispone traigan unos cuantos potros sin domar y que los metan en el corral, que es un círculo cerrado de fuertes estacas clavadas en el suelo y atadas unas a otras con tiras de cuero; algunas veces son de tapias de tierra o de piedra. Colocan una barra a una altura proporcionada en la única entrada que tiene el corral, la cual es tan estrecha que no cabe más que un caballo a la vez. Un peón se pone encima abierto de piernas y se deja caer perpendicularmente sobre el lomo de uno de los potros que pasan a galope por debajo, y se sostiene en pelo, sin silla ni brida, asegurando sus largas espuelas sobre la barriga del potro, el cual principia a hacer corcovos, a dar coces, levantarse de las manos, dar brincos, saltos de carnero y hacer cuantos esfuerzos puede para tirar al jinete, hasta que, asustado y rendido, se deja manejar perfectamente. Si el peón desea desmontar antes que el caballo esté cansado, arma una especie de zancadilla poniendo las espuelas entre los brazuelos del potro, la aprieta debajo del pecho y, poniéndose derecho, cae el caballo a sus pies sin hacerse daño. Luego enseñan a los potros con facilidad, pero no los amaestran bien porque, generalmente, les endurecen la boca…

Un forastero que entra en una casa cualquiera está seguro de ser bien recibido y de que le traten como si fuese uno de la familia. Se saludan cortésmente, pero ni le hacen ni debe esperar que le hagan ninguna invitación. Los gauchos son generalmente de bastante estatura y se hallan con frecuencia caras bonitas entre las mujeres; los hombres son atrevidos, sociables y francos en sus maneras, tienen buen humor y son obsequiosos, pero al mismo tiempo tan altivos, que si alguien les levanta la mano, bien puede prepararse, porque en el acto sacan el cuchillo para vengar la afrenta. Desde tiempo inmemorial han gozado los gauchos de un grado tal de libertad individual, desconocido quizás en los demás pueblos del mundo. Esparcidos a largas distancias sobre llanuras inmensas, apenas percibían las trabas de una magistratura local, y se oponían abiertamente a la autoridad del virrey, siempre que intentaban coartarles su libertad. En un estado tan atrasado de civilización, conservaban más rasgos nobles del carácter español en el tiempo de la grandeza de la monarquía, que se encuentran en la madre patria o en cualquier otro punto de sus antiguas colonias. Herederos de la sobriedad de sus mayores, y teniendo en

abundancia más de lo preciso para llenar sus necesidades, pasan sus días en festiva holganza, o vagan por sus inmensos campos en busca de ocupaciones o placeres. De esto resulta que la deshonestidad es rara y los robos desconocidos. Es cierto que se han cometido robos y asesinatos durante el período de las cuestiones civiles, pero los perpetradores de ellos eran desertores del ejército y pocas veces o nunca gauchos o naturales de las pampas. Desde el Alto Perú y Chile, era costumbre conducir en tiempos determinados conductas[17] de oro y plata a Buenos Aires, sin escolta, a cargo de un solo conductor y sin el menor riesgo. Terminada la guerra civil, que ofrecía algunos peligros extraordinarios, ha vuelto a ponerse en práctica esta costumbre, desde 1825.

GUILLERMO MILLER.

(*Memorias del general…* Escritas en inglés por Mr. John Miller y traducidas al castellano por el general Torrijos, t. I, págs. 169 y sigts.)

GUILLERMO MILLER. — Militar inglés que consagró sus servicios a la independencia sudamericana. Vino a Buenos Aires en 1817 y el director Pueyrredón le reconoció su grado de capitán. Pasó a Chile y se incorporó al ejército de San Martín. Participó de la expedición al Perú, y cuando San Martín se alejó de ese país después de la entrevista de Guayaquil, Miller continuó su carrera y un año después se incorporó al ejército de Bolívar. Estuvo en Junín y Ayacucho, donde actuó con brillantez y su figura adquirió gran relieve. Después de Ayacucho fué ascendido a Gran Mariscal del Perú. John Miller, hermano del general, publicó sus *Memorias* con los apuntes dejados por aquél. El general murió en 1861. Había nacido en 1795.

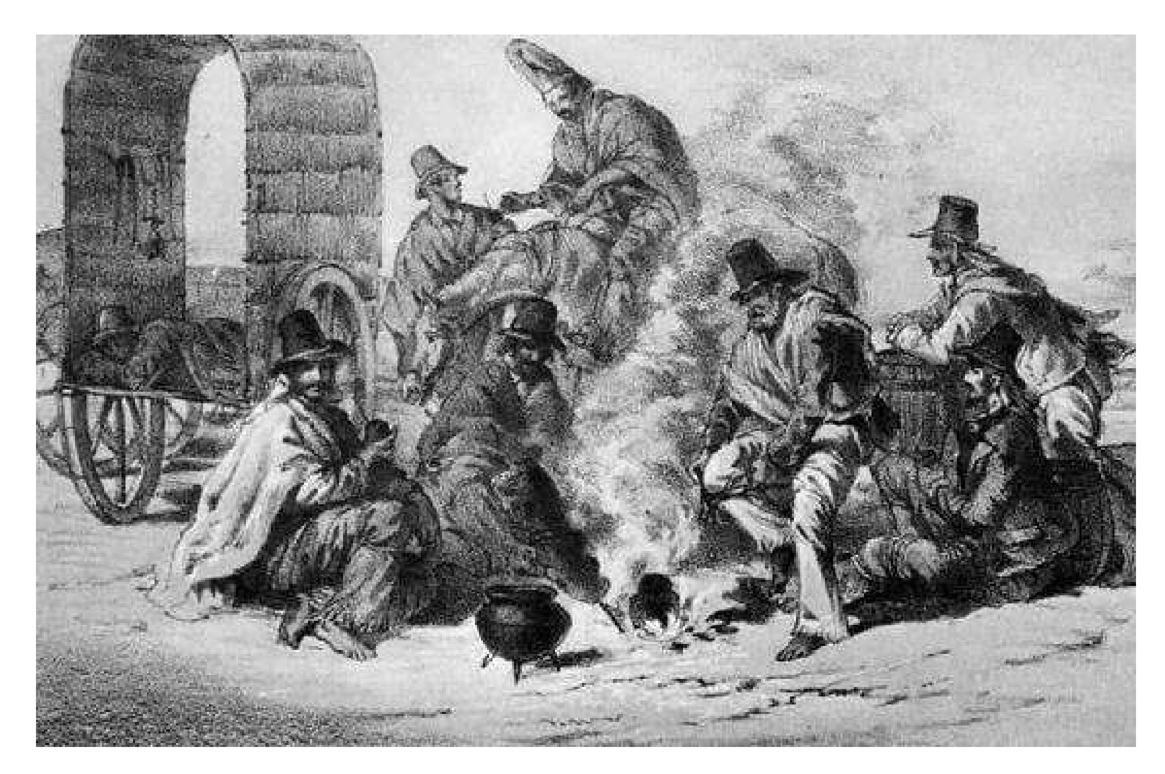
EL GAUCHO

1817

He mencionado a los habitantes de la Pampa que se llaman *gauchos*. No existe ser más franco, libre e independiente que el *gaucho*. Usa poncho (tejido por mujeres) que es del tamaño y forma de una frazada pequeña, con una abertura en el centro para pasar la cabeza; por consiguiente sirve para preservar del viento y la lluvia y deja los brazos en completa libertad.

El poncho, en su origen, es prenda india; se hace generalmente de lana y es bellamente entretejido con colores; a veces se usa colgando de los hombros, otras como chiripá, liado, y siempre como frazada para la noche. La chaqueta del gaucho es de paño ordinario, bayeta o pana; los calzones, abiertos en las rodillas, son de la misma tela; la parte delantera de la chaqueta y los calzones a la altura de las rodillas, generalmente se adornan con profusión de botoncitos de plata o filigrana. Sus espuelas son de plata o hierro, sobre botas de potro, con enormes rodajas y agudas puntas; sombrero pajizo y pañuelo de algodón atado alrededor de la cara, completan el traje.

Su montura es simple armazón de madera retobado con cuero y se llama *recado*; tiene forma de silla militar y se cubre con pellones y piel de carnero teñida; no se estilan hebillas para asegurar la montura, siendo la cincha, de delgadas tiras de cuero, adherida a una argolla de hierro o madera que se une, mediante un correón, a otra argolla más chica cosida en la silla. El estribo es de madera o plata, el primero es solamente bastante grande para dar cabida al dedo grande del pie, pero la mejor gente siempre usa el segundo (el estribo de plata) que es mayor. El freno es como el de los mamelucos, con barbada de hierro, duro y áspero.



Gauchos. (*Según Mac Cann*).

La manta es la cama del gaucho, y así se asegura alojamiento dondequiera que lo tome la noche. Siempre lleva lazo y boleadoras, que arroja con admirable precisión al pescuezo o a las patas de un animal, y al instante lo detiene. De este modo la gama y el avestruz (más veloces que los caballos) son generalmente cazados. Algunas veces la fuerza de las bolas quiebra las patas de la víctima. Un gran cuchillo de catorce pulgadas de largo, atravesado al tirador o en la bota, completa el equipo gauchesco. Y así, sencillamente armado y montado en su buen caballo, es señor de todo lo que mira. El jaguar o el puma, el potro o el toro bravíos, la gama y el avestruz, lo temen lo mismo. No tiene amo, no labra el suelo, difícilmente sabe lo que significa gobierno; en toda su vida quizá no haya visitado una ciudad y tiene tanta idea de una montaña o del mar como su vecina subterránea, la vizcacha.

Algunos gauchos jóvenes me han dicho que eran a veces desgraciados «por amor», pero cuando llegan a los años de discreción, nunca se les oye proferir queja contra su destino. En efecto, constituyen una raza con menos necesidades y aspiraciones que cualquiera de las que yo he encontrado. Sencillas, no salvajes, son las vidas de esta «gente que no

suspira», de las llanuras. Nada puede dar, al que lo contempla, idea más noble de independencia que un gaucho a caballo; cabeza erguida, aire resuelto y grácil, los rápidos movimientos de su bien adiestrado caballo, todo contribuye a dar el retrato del bello ideal de la libertad. Su rancho es pequeño y cuadrado, con pocos postes de sostén y varillas de mimbre entretejidas, revocadas con barro y a veces solamente protegido por cueros. El techo de paja o juncos, con un agujero en el centro para dar escape al humo; pocos trozos de madera o cráneos de caballo sirven de asiento; una mesita de diez y ocho pulgadas de altura para jugar a los naipes, un crucifijo colgado a la pared y a veces una imagen de San Antonio o algún otro santo patrono, son los adornos de su morada. Pieles de carnero para que se acuesten las mujeres y niños y un fueguito en el centro, son sus únicos lujos; el gaucho en su casa siempre duerme o juega; raramente pasamos por un rancho donde estuviesen reunidos; pero este pasatiempo era para ser presenciado; y ocasionalmente, un fraile con hábito sucio se veía tan serio en la partida de juego como los demás.

Si el tiempo está lluvioso, la familia y los visitantes, perros, lechones y gallinas, se juntan dentro del rancho en promiscuidad; y cuando el humo de leña mojada generalmente llena la mitad del rancho, las figuras, en esta atmósfera opaca, semejan los fantasmas sombríos de Osián. Pocos frutales a veces se encuentran cerca del rancho. Las mujeres gauchas se visten con camisas de algodón burdo, enaguas de bayeta o picote azul, que dejan descubiertos los brazos y el cuello. Cuando salen a caballo, usan chales de bayeta de color vivo y sombreros masculinos de paja o lana. Se sientan de lado a caballo y son tan buenos jinetes como los otros. Las mujeres se ocupan de cultivar un poco de maíz que les sirve de pan; también cosechan sandías y cebollas y tejen bayetas y ponchos ordinarios. El uso del tabaco es común en ambos sexos: lo consumen en forma de cigarrillos con tabaco envuelto en papel o chala. Sus útiles de cocina son generalmente de barro cocido y sus platos de madera. He visto en uno de estos ranchos míseros, una fuente de plata, pero tan negra de suciedad, que fué necesario rascarla con el cuchillo para cerciorarse de su calidad. En tiempo de los españoles era más difícil conseguir hierro que plata, por no haber minas de hierro beneficiadas en Sudamérica. Sin embargo, desde la Revolución, tantas

partidas de montoneros diferentes han saqueado a los habitantes pampeanos, que los mencionados valiosos utensilios han desaparecido casi totalmente de entre ellos. Los gauchos son muy aficionados al aguardiente de uva; pero rara vez caen en aquel estado de ebriedad tan común entre las clases más pobres de Inglaterra.

SAMUEL HAIGH.

(*Bosquejos de Buenos Aires*, Chile y Perú. Trad. de Carlos A. Aldao. Bs. As., 1920, pág. 39).

LA PULPERÍA

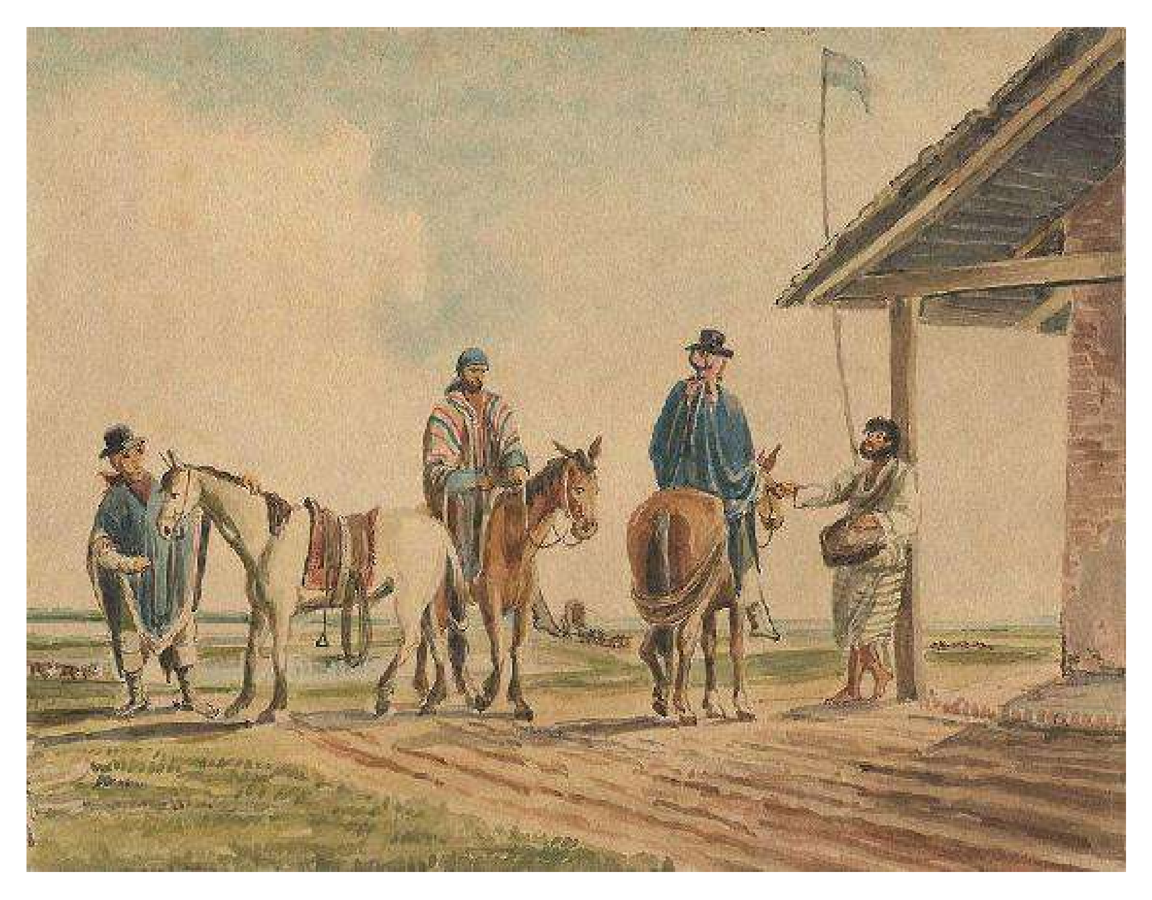
1819

Las pulperías son unas chozas de lo más miserables y sucias, donde puede comprarse un poco de caña, o sea un derivado de la caña de azúcar; cigarros, sal, cebollas tal vez, y pan de la ciudad, pero, más al interior, este último artículo no puede conseguirse, de manera que el viajero, si no lleva pan con él, debe alimentarse, como la gente de campo, con carne solamente.

Estas chozas tienen dos compartimientos, uno que sirve para negocio y otro para vivienda. Generalmente están construidas sobre un terreno alto y tienen un trozo de género de color colgado de una caña a modo de aviso; también hacen las veces de casa de posta y tienen unas docenas de caballos pastando al fondo, cerca de la casa. Cuando llega un viajero, deja allí su caballo; el pulpero, con un lazo, sale en su caballejo, que siempre está dispuesto tras la vivienda, hasta el pantano donde pasta la tropilla, y enlazando a uno, lo atrae, coloca la montura y, sea manso o bravo, allá va el viajero al galope, hasta la próxima posta, cuatro o cinco leguas más lejos…

Las *pulperías* son el punto de reunión de las gentes de campo, que no dan valor ninguno al dinero y lo gastan solamente en bebidas y en el juego.

Es costumbre entre ellos invitar a todos los que se hallan presentes a que beban con ellos; se hacen servir una jarra llena de caña (porque no les agrada el vino), la cual va pasando de mano en mano. Mientras les queda un penique en el bolsillo repiten esta ceremonia y consideran como una afrenta que cualquiera rehúse la invitación. En cada pulpería hay siempre una guitarra y cualquiera que la toque es invitado a costa de todos los presentes. Estos músicos nunca cantan más que *yaravís*, canciones peruanas que son las más monótonas y tristes del mundo. La música es lamentosa y la letra versa siempre sobre el amor frustrado y los amantes que lloran sus penas en el desierto; pero nunca tratan de asuntos agradables, animados o aun indiferentes.



Gauchos en la puerta de una pulpería. (*Según E. E. Vidal, 1817*).

Después de todo, estas pulperías, miserables como parecen, no son muy inferiores a algunas tabernas de la misma España.

EMERIC ESSEX VIDAL[18]

EL RANCHO

1825

La condición del gaucho es naturalmente independiente de las turbulencias políticas que monopolizan la atención de los habitantes de las ciudades. La población o número de estos gauchos es muy pequeña y están separados entre sí por grandes distancias: están desparramados aquí y allá sobre el haz del país. Mucha gente desciende de las mejores familias españolas; tienen buenas maneras, y a menudo sentimientos nobilísimos: la vida que hacen es muy interesante; generalmente habitan el rancho donde nacieron y en que antes de ellos vivieron sus padres y abuelos, aunque parezca al extranjero que tenga poco de los halagos del *dulce domum*. Los ranchos se construían en la misma forma sencilla; pues aunque el lujo tiene diez mil planos y alzados para la morada frágil del más frágil morador, sin embargo la choza en todas partes es igual y, por tanto, no hay diferencia entre la del gaucho sudamericano y la del *highlander* escocés, excepto en que la primera es de barro y se cubre con largas pajas amarillas, mientras la otra es de piedra techada con brezos. Los materiales de ambas son producto inmediato del suelo, y las dos se confunden tanto con el color del país que a menudo es difícil distinguirlas; y como la velocidad con que se galopa en Sudamérica es grande, y el campo llano, casi no se descubre el rancho hasta llegar a la puerta. El corral está a cincuenta o cien yardas del rancho y es un círculo con diámetro de treinta yardas, hecho de palo a pique. Hay generalmente, encima de los postes, numerosos buitres o cuervos perezosos, y las inmediaciones del rancho y corral están cubiertas con huesos y osamentas de caballos, astas de novillos, lana, etc., que les dan el olor y aspecto de perrera mal cuidada en Inglaterra.

El rancho, generalmente, se compone de una sola habitación, para toda la familia, muchachos, hombres, mujeres o chicuelos, todos mezclados. La cocina es un cobertizo apartado unas pocas yardas; hay siempre agujeros, tanto en las paredes como en el techo del rancho, que uno considera al principio como señales singulares de indolencia en la gente. En verano la morada está tan llena de pulgas y vinchucas, que toda la familia duerme

afuera, frente a su habitación, y cuando el viajero llega de noche, y, después de desensillar su caballo, camina entre esa comunidad dormida, puede colocar el recado para dormir junto al compañero que mas agrade a su fantasía: el admirador de la inocencia puede acostarse al lado de un niño dormido: el melancólico, dormitar cerca de una negra vieja; y el que admira las bellezas más lindas de la creación, puede, muy modestamente, poner la cabeza sobre el recado a pocas pulgadas del ídolo adorado. Sin embargo, nada hay que ayude a la elección, a no ser los pies y tobillos descalzos del entero grupo de dormidos, pues sus cabezas y cuerpos están cubiertos y disfrazados por el cuero y poncho que los tapa.



Billete de la Casa de Moneda, 1841.

En invierno la gente duerme dentro del rancho y el espectáculo es muy original. Tan pronto como la cena del pasajero está lista, se trae adentro el gran asador de hierro en que se ha preparado la carne y se clava en el suelo; el gaucho luego brinda al huésped un cráneo de caballo y él y varios de la familia, en asientos semejantes, rodean el asador del que sacan con sus largos cuchillos bocados muy grandes.

El rancho se alumbra con luz muy débil emitida por sebo vacuno, y se calienta con carbón de leña; en las paredes del rancho cuelgan de huesos clavados, dos o tres frenos o espuelas y varios lazos y boleadoras; en el suelo hay muchos montones obscuros que nunca se distinguen con claridad; al sentarme sobre éstos, cuando estaba fatigado, con frecuencia he oído el agudo chillido de un chicuelo debajo de mí, y a veces he sido dulcemente interrogado por una joven: «¿Qué quería?», y otras veces ha

saltado un perro enorme. Estaba una vez calentándome las manos en el fogón, sentado en un cráneo de caballo, mirando el techo negro, entregado a mis fantaseos, e imaginándome estar completamente solo, cuando sentí alguna cosa que me tocaba, y vi dos negritos desnudos repantigándose junto al fogón en actitud de dos sapos; se habían arrastrado de abajo de algún poncho, y después encontré que, otras muchas personas, así como gallinas cluecas, estaban también en el rancho. Durmiendo en los ranchos, el gallo frecuentemente ha saltado sobre mi espalda para cantar por la mañana; sin embargo, luego que apunta el día todo el mundo se levanta.

FRANCISCO BOND HEAD.

(*Las Pampas y los Andes*. Trad. de Carlos A. Aldao. Bs. As., 1920).

FRANCISCO BOND HEAD. — Ingeniero militar y escritor inglés, nacido cerca de Rochester en 1793. Escribió la *Vida de Bruce, Los emigrantes, Inglaterra desarmada, Viaje a Irlanda*, y otros libros. Entre nosotros es conocido como autor de *Rough notes taken during some rapid journeys across the Pampas and among the Andes*, traducido en 1920 por el doctor Carlos A. Aldao con el título de *Las Pampas y los Andes*. Ejerció Head (el capitán Head como se le llamaba) la dirección de la «Compañía Minera del Río de la Plata» en 1825 y con ese motivo vino a Buenos Aires y viajó por el país. La Compañía fracasó lamentablemente y Head publicó unos Informes referentes al fracaso de la Compañía Minera. Su último libro, *El caballo y el jinete*, es de 1861.



← Gaucho. (*Según Mac Cann*).

EL MAESTRO DE ESCUELA DE VINARÁ

1825

Al día siguiente, 5 de julio, seguimos viaje con intención de almorzar en la muy linda aldea llamada *Vinará*, situada a seis leguas del río Santiago, notable por el aspecto industrioso que presenta. Nadie parece vivir allí en holganza; las mujeres que miraban nuestro carruaje no dejaban de hilar. Observé también la planta de cochinilla con hojas más anchas, que allí crece y florece con más lozanía en los jardines y setos de las chozas, que las que había visto en otros puntos visitados antes. «La industria es el primer paso al mejoramiento y a ésta sigue aprisa la educación», pensaba yo, cuando a pie, atraídos por un rumor de voces nos abríamos camino por un matorral que interceptaba el camino en dirección al lugar de donde partían aquellas voces. Una higuera con ramaje hasta el suelo sombreaba un ancho círculo de terreno y nos impedía el paso; mirando por una abertura entre las grandes hojas verdes, descubrimos al maestro de la aldea subido a la cátedra adherida al tronco. Leía en las cabezas de sus discípulos —disertación frenológica, a juzgar por los efectos—, con una vara bastante larga para golpear la coca del transgresor más remoto. Mucho me sorprendió aquella visita. Empezaba a creerme en algún distrito europeo, ciertamente no por las muestras que había visto del país, en el corazón del continente colombiano. Allí estaba, sin embargo, y en la linda provincia de Tucumán, con cerca de la mitad de la superficie del globo interpuesta entre Europa y mi persona. La linda escuela con techo vegetal también hirió mi fantasía. ¡Qué delicioso estudio del natural!… Frescas hojas anchas la abovedaban y realzaban lo interesante de la escena. Los muchachos se sentaban en el césped sin orden regular, bajo la rotonda de follaje magnífico. Algunos con las piernas cruzadas deletreaban Ba, Be, Bi; otros, haciendo mesa de las rodillas parecían grabar, más bien que escribir, en una tablilla del tamaño de una pizarra común. Uno o dos que parecían más adelantados que los demás, tenían cuadernos, artículo de lujo en aquellos lugares. Y no faltaban algunos atareados en aritmética. A todo

esto, la varita de marras no se olvidaba de zurrar el celemín de los perezosos o soñolientos.

Curioso fué el espectáculo para nosotros, pues no habíamos visto hasta ahora sino el reverso de seres cuidadosamente educados. No tuvimos tiempo de hacer reflexiones, porque, descubriéndonos los muchachos, pusiéronse a reír, lo que, llamando la atención del maestro, hízole tomar su muleta, pues era cojo, y tratar de averiguar la causa. Nos adelantamos inmediatamente por la única abertura del ramaje y nos declaramos intrusos. Sorprendióse (el maestro) tanto como sus alumnos, y su entrecejo autoritario, porque era alcalde y maestro, se cambió en amable sonrisa. Aceptamos la invitación de pasar al recinto, donde nos entretuvimos en examinar el adelanto de sus alumnos y escuchando respuestas a las varias preguntas del profesor sobre la batalla de Ayacucho, muerte de Olañeta y la terminación de la guerra en el Perú.[19]

Preguntónos si era verdad que los ingleses pensaban establecerse en el país y otras cosas por el estilo. A nuestras preguntas sobre su vida, contestó que había nacido en el lugar, cojo de nacimiento, y nunca había salido de allí, que había dedicado sus facultades al estudio, aunque allí su profesión era muy pobre (como en todas partes) y que el precio de la instrucción variaba entre dos y cuatro reales por mes, según lo que se enseñaba al educando.

En tales circunstancias, acercóse un muchacho para que le templara la pluma. Con gran sorpresa nuestra, sacó de sus antiguos calzones españoles (abiertos en la rodilla, con hebilla de plata suspendida) un *flamenco* o cuchilla de jardinero y procedió, con la ayuda de unos lentes rajados, a aguzar la pluma.

—Cómo, viejo, le dije, ¿no tiene usted otro instrumento mejor para el caso?…

—Nada más, señor; soy muy pobre —respondióme.

Repliquéle que creía poder ayudarle con algo mejor para su profesión, y le regalé un cortaplumas inglés de cuatro hojas que llevaba por casualidad en el bolsillo. Al verlo exclamó admirado:

—¡Oh, cuatro hojas en un cortaplumas!…

Nunca en su vida había contemplado instrumento semejante. Al decirle que se trataba de fabricación inglesa:

—Caramba —respondióme— los ingleses son hombres muy hábiles.

Le dije que lo ponía a su disposición.

—¿Por cuánto?… —me preguntó con mirada que indicaba su falta de recursos para comprarlo.

—Por nada —respondí.

Persignóse el hombre al punto exclamando:

—Gracias a Dios.

No creo hubiese demostrado mayor satisfacción si se tratase de una tonelada de oro o un billete de lotería de veinte mil libras esterlinas. Agrupáronse a su alrededor sus jóvenes alumnos para ver el tesoro y conseguir del maestro el asueto aprovechando su inmensa satisfacción. Mientras tanto, y luego de haberle hecho acceder a medias a los deseos de los muchachos, nos despedimos.

JOSÉ ANDREWS.

(*Viaje de Buenos Aires a Potosí* etc. *en los años 1825 y 1826*. Traducción de Carlos A. Aldao. Bs. As., 1920, pág. 87).

UN VELORIO DE ANGELITO EN SAN PEDRO

1826

Mientras estuvimos allí, los vecinos no pudieron mostrarse más amables para con nosotros ni omitieron oportunidad de tenernos contentos. Una noche fuimos invitados a un baile en casa del alcalde, dado para celebrar la muerte de un niño, su único hijo y heredero. El motivo de esta fiesta nos pareció extraordinario y repudiable, pero, con todo, aceptamos la invitación. Al entrar en la sala, encontramos el recinto lleno de damas y caballeros bien vestidos, danzando bailes españoles y minuetes con su acostumbrada gracia y viveza. Una orquesta de cuatro músicos animaba la

reunión. El mate circulaba en copas de plata, que eran ofrecidos por los esclavos. En un extremo de la sala y sobre un plano inclinado, estaba colocado el cadáver del pequeño, vestido de seda, con adornos de plata y además decorado con cantidad de flores y velas de cera. Una esclava, de pie hacia un lado, le enjugaba la materia que exudaba por los ojos y la boca. Entretanto la familia y todos los invitados se mostraban muy contentos por la forma en que había sido arreglado el cadáver, y la danza continuó hasta la una de la mañana.

Se nos informó después que esta costumbre proviene de la creencia, común entre estas gentes, de que, si un niño muere antes de haber alcanzado la edad de siete años, va al cielo, con toda seguridad. Se supone que antes de esa edad no ha adquirido los defectos propios de la naturaleza humana. Apartado así en sus primeros años de las inquietudes y perturbaciones que experimentan los de mayor edad, el tránsito de esta vida a la otra se mira como favor especial del Todopoderoso: de ahí que se les designe con el nombre de ángeles.

J. A. B. BEAUMONT.

(*Viajes por Buenos Aires, Entre Ríos y la Banda Oriental*, etc., pág. 232).

POSTAS Y CARDALES DE BUENOS AIRES A SAN PEDRO

1826

Una vez pasadas las quintas de los suburbios más próximos, el campo se convierte en una llanura sin cultivo alguno, de pasto generalmente reseco por el sol. Ciertos lugares del camino, intransitables en invierno por los grandes pantanos, están ahora cubiertos en toda su extensión por un polvo fino que, al ser removido por los caballos, hace casi sofocante el aire, de por sí muy caliente. El precio pagado en el trayecto de la primera posta —

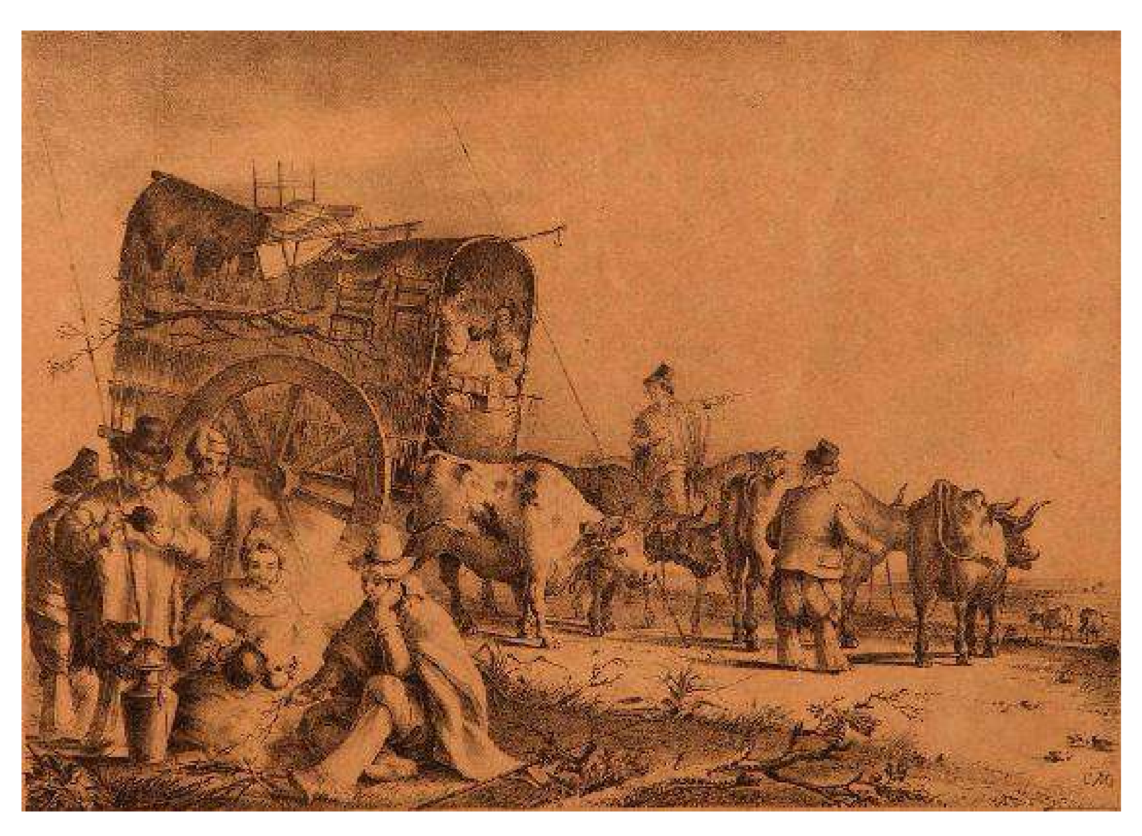
cuatro leguas— es más caro que en los subsiguientes. Asciende a un real por legua y por cada caballo. Nunca pude saber cuál era la razón, la diferencia en la calidad de los caballos es muy notable; los que se montan en la ciudad son casi siempre pobres jamelgos que apenas si pueden hacer su trabajo, mientras que los de la campaña, elegidos entre manadas de caballos jóvenes, son generalmente vigorosos y listos. Los guías de la ciudad son, asimismo, menos entretenidos y alegres y mucho más tunantes que los muchachos que se encuentran en todo el camino por la campaña; y las dificultades que se oponen al viajero para salir de la ciudad son en extremo mayores que las que pueda encontrar al hallarse cómodamente haciendo su camino en el campo.



Posta y viajeros. (*Según E. E. Vidal, 1820*).

Al entrar en el rancho de la primera posta donde habíamos resuelto esperar la brisa del atardecer, había en él cuatro gauchos y tres mujeres, la abuela, la madre y la hija; media docena de perros grandes estaban echados en un rincón; un pobre bebé era mecido en una cuna, o más bien

en una pieza de cuero suspendida del techo, y aves de corral de toda edad y tamaño, pavos y patos, ganaban cualquier espacio libre del rancho. Algunas de estas aves dormían su siesta sobre los cuerpos de las personas acostadas; una había trepado a la cuna de cuero y parecía divertirse con el balanceo. El concierto resultante de esta reunión de familia, disonaba en verdad; los gauchos roncaban ruidosamente, las mujeres discutían, los pavos hacían su ruido peculiar, parpaban los patos, y los perros, cuando se vieron perturbados por nosotros, pusiéronse a gruñir y a ladrar. En este rancho, lleno como estaba de bote en bote, no podíamos encontrar sombra, y no había más que quedarnos al raso bajo el sol quemante (porque no se veían árboles ni arbustos por ninguna parte), o bien proseguir la marcha. Entre dos males, elegimos el menor y resolvimos seguir hasta la posta próxima. El maestro de posta, no sin algunos rezongos, por la locura de hacer trabajar sus caballos con el calor de aquel día, los hizo traer al corral y media hora después estábamos montados.



«Una hora antes de partir». (*Dibujo de Ibarra*).

Apenas dejamos esta posta, pude observar en el campo algunos cardales dispersos, pero antes de haber hecho la primera legua, ya cubrían toda la llanura y el camino iba por las sendas o atajos abiertos entre los cardos. Estas sendas, en ambos lados, estaban minadas por las cuevas de las vizcachas y para evitarlas teníamos que andar con mucho ojo. La segunda posta era bastante mejor que la primera: el rancho más grande, provisto de puertas con bisagras, y entre otros muebles tenía varias sillas con respaldo alto y había estampas de santos. El maestro de posta era aquí una mujer, no mal vestida, que nos recibió con atención; la hija mayor preparaba el mate para la familia; la más joven estaba en cama y sufría un fuerte resfriado, adquirido —según dijo la señora mayor— por haber estado en el pozo durante todo el día anterior. No era para sorprender que una joven encerrada en tal sitio, se hubiera resfriado; pero sentimos curiosidad por saber cómo y por qué había estado ahí, y pedimos explicaciones a nuestra hospedera. La señora nos informó entonces que, en el día anterior, *una quemazón*, como llaman al incendio de los cardales se había extendido por varias leguas a la redonda amenazando con destruir la casa; y por ese motivo habían hecho lo posible por salvar su escaso mobiliario poniéndolo dentro del pozo, al cual habían bajado ellas también para resguardarse; pero, por fortuna, el viento cambió en el momento en que esperaban ver envuelta en llamas la propia casa. La señora más anciana hizo este relato con mucha gravedad y atribuyó la salvación a la intercesión milagrosa de San Francisco (cuya estampa estaba colgada de la pared a la cabecera de su lecho), al que tenía hechas muchas promesas para el caso de salvar su vivienda. La única promesa que mencionó fué la de no dar fuego a ningún gaucho para encender su cigarro, a menos que se comprometiera a fumarlo dentro de la casa, porque de la costumbre de arrojar las colillas de cigarros encendidos entre los cardos, procedían, según ella, estos accidentes destructores y estaba decidida a cumplir estrictamente lo prometido. Estas *quemazones* son muy frecuentes en el verano, cuando los cardos, secos por el sol, son combustibles, y al tomar fuego, las llamas son llevadas por el viento a gran velocidad y sólo se detienen al llegar a algún sitio donde no crece esa planta o por algún

cambio de viento. Hasta los hombres y los caballos son con alguna frecuencia sorprendidos y aniquilados en tales circunstancias.

J. A. B. BEAUMONT.

(*Viajes por Buenos Aires, Entre Ríos y la Banda Oriental. 1826-1827*. Pág. 225).



EL GAUCHO

Cada uno para sí, y Dios para todos.

N.° 7.) BUENOS AIRES, 21 DE AGOSTO DE 1830. (Precio 2 rs.

CONTESTACION

A Panchita Tientos Colleras.

(Continuacion.)

Que algun dia debe haber,
Me dices, constitucion.
De esto no hay duda, tocaya:
Peró ¿cuando es la ocasion?

¿Es acaso este momento
De elegir los diputados,
Cuando está toda la tierra
Dominada por soldados?

¿Que no ves ocho provincias
Mandadas militarmente,
Y errantes por todas partes
Lo principal de su gente?

¿Que no ves en la disputa,
Que estan nuestros provincianos
A cual mas se desverguenza,
Y esto entre puros hermanos?

Pero vamos mas clarito,
Y mas clara la cuestion.
Reunamos el congreso,
Y que haga constitucion.

Pongamonos en el caso
Que por la UNIDAD se dió;
Y que se mande á los pueblos
Pa que la admitan ó no.

Claro está que Buenos Aires,
Entrerrios y Corrientes,
Dicen como Santa-Fé
Lo que mi corazon siente.

Pero no es por la UNIDAD,
Es por la FEDERACION;
Entonces dicen aquellos:
No quiero constitucion.

No es verdad, amiga Pancha;
Diga si me he equivocado,
Y si otra cosa se habrá hecho
Que pagado lo gastado.

← Periódico que aparecía los días miércoles y sábados (1830-1831).

INDUMENTARIA GAUCHA

1833

El poncho es otra prenda no menos indispensable para viajar por estos campos, porque defiende, a la vez, de la lluvia, de la tierra, del calor y del frío. Consiste en una pieza de lana o de algodón, o de lana mezclada con algodón —pero más generalmente de lana— con anchas franjas de diversos colores; tiene siete cuartas de ancho y doce de largo y una abertura en el medio de un pie de largo, para pasar la cabeza. Se asemeja mucho a la casulla de un sacerdote y va forrado —por lo general— con otra tela celeste, verde o escarlata. Hay también muchos ponchos de paño con alzacuello, pero son usados por la gente rica porque la plebe lleva siempre ponchos ordinarios, fabricados en el interior. Si uno quiere ser bien mirado, y que los gauchos lo traten como amigo, se hará necesario agregar al poncho el chiripá, los calzoncillos, las botas de potro y las enormes espuelas. El chiripá es otra prenda de lana colorada, azul o verde, nunca de otro color, que se envuelve al talle, cae hasta abajo de las rodillas como una túnica y se ajusta a la cintura con un cinto de cuero, por el que pasa, en la parte de atrás, un gran puñal con su vaina.

A veces, los novios o los enamorados, se hacen un chiripá con el chal de sus bellas, y entonces puede vérseles, la guitarra en la mano, improvisando, con cadencia de música religiosa, versos rimados que cantan a la puerta de su china o a la entrada de las pulperías.

El calzoncillo es un ancho calzón blanco, cribado y floqueado en los bordes. Las botas de potro se hacen con el cuero sin curtir de la pierna de un caballo, de manera que queden al descubierto los dedos mayores de los pies; la corva de la pierna viene a formar el talón de la bota. Hay quienes —principalmente en Entre Ríos— se sirven de cueros de gato montés, (botas de gato). A menudo se da el caso de que un gaucho mate un potrillo solamente para hacerse unas botas: luego, con su cuchillo, siempre bien afilado, le afeita el pelo y se pone a frotar el cuero con las manos, cumpliendo esta tarea mientras marcha al trote de su caballo. Semejante calzado será muy apropiado para los trabajos a caballo, pero estos

hombres resultan incapaces de soportar una larga marcha a pie y de ahí que sean, como yo mismo he podido observarlo, los más ruines infantes, pero, a caballo… ¡*cuidado*!…

El gaucho de la Banda Oriental se cubre la cabeza con un sombrero redondo, de anchas alas planas, y en Buenos Aires con un sombrero muy pequeño, de copa elevada, de alas estrechas, colocado hacia un lado sobre un pañuelo doblado en forma triangular, que se anuda bajo la barba; el sombrero apenas si calza en la cabeza y se sostiene con una cinta negra. Un gran número de gauchos, tanto en la Banda Oriental como en Buenos Aires, lleva un gorro frigio, colorado, forrado en tela verde y adornado con cintas tricolores en la punta. La chaqueta, un saco pequeño, corto, como el de los marinos, es azul, colorada o verde, ya sea de paño o de otra tela. En 1834, el partido de Rosas, en Buenos Aires, había adoptado este traje, muy pintoresco: chaqueta verde, chaleco colorado, pantalón blanco y sombrero redondo con escarapela azul y blanca.

Cuando yo bajé en Paysandú, mi indumentaria era la siguiente: chaqueta marrón, chaleco blanco, chiripá celeste, calzoncillo blanco con flecos —bajo un pantalón de paño azul— un poncho inglés echado al descuido sobre el hombro izquierdo; y además el *cigarrito* de papel en los labios, el cuchillo atrás, en el cinto, y el sombrero… a *medio lao*…

ARSÈNE ISABELLE.[20]

(Trad. de J. L. B.)

UNA ESTANCIA EN CORRIENTES

1846

Estaba esta estancia sobre una pequeña altura del terreno y en torno a ella serpeaba un arroyo poco profundo y con muchos peces que lo animaban. Como era difícil procurarse caballos después de anochecido, y más difícil

todavía encontrar un camino entre esta llanura inmensa, sin sendas, en plena noche, acordamos quedarnos allí hasta el día siguiente para salir una hora antes de amanecer…

Durante la cena, las mujeres de la familia estuvieron observándonos de intento y divirtiéndose a costa nuestra. Dos de ellas eran muy bonitas, pero estaban vestidas de cierta manera característica en la región. Llevan una sola prenda de vestir, suelta, escotada y corta. Podría describírsela diciendo que es una combinación de falda y delantal. Tenían los brillantes y negros cabellos arreglados con gusto y se acostaban de vez en cuando en una hamaca bastante alta, junto a nosotros; y aun cuando mantenían ocultos los pies, aparecían con su piel rosada y clara, muy atrayentes…



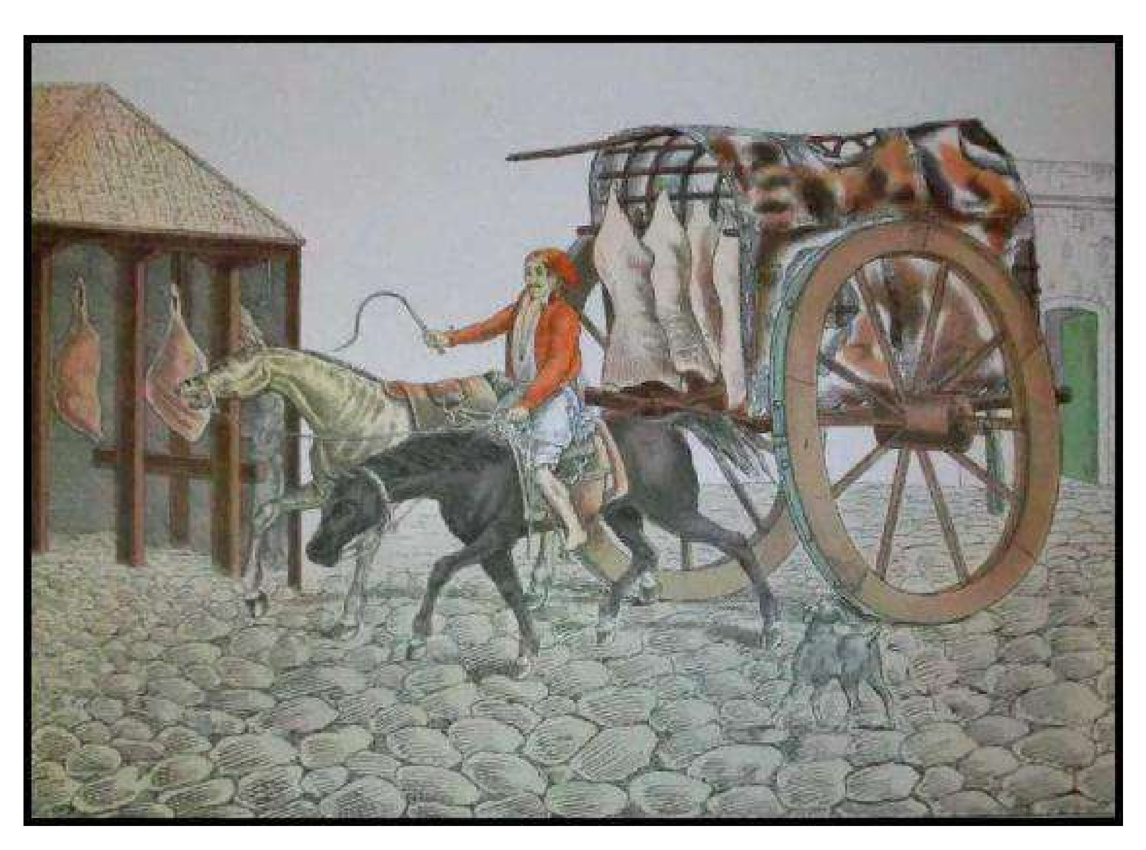
Doma en tiempo de Rosas. (*Según Otto Grashof*).

A las nueve, una vez que hube arreglado mis cosas, tan cómodamente como lo permitían las circunstancias, poniendo la maleta como almohada y las armas de fuego cargadas, junto a mí traté de arreglarme para dormir, pero la extraña posición en que estaba me tenía inquieto y no podía

conciliar el sueño. Encendí entonces un cigarro y me puse a observar aquella escena primitiva y exótica, iluminada por una luna hermosísima, todavía más brillante por la luz que irradiaban las numerosas luciérnagas volando como lamparillas errátiles sobre el follaje de un naranjo cercano. Estaban allí, unos durmiendo, otros rebulléndose, los mimados y los numerosos animales domésticos de la familia: perros, ovejas, potrillos, gamos, chivos, temeros, gallinas, patos, niños, y un gato montés de regular tamaño; y al parecer congregábanse todos llenos de confianza y simpatía. En el naranjo próximo se albergaban algunas cotorras que habían adquirido por imitación la facultad de emitir diversos gritos de animales y también de personas. Aquel clamoreo, bastante absurdo, y los saltos y las zapatetas de los integrantes de la reunión, para mí única en su género, eran por de más extraños. A ratos entraba todo en un profundo silencio apenas interrumpido por el zumbido de los insectos o de algún saurio, y de pronto, cuando alguna nube ponía sombras en el claro de la luna, aparecían las luciérnagas más brillantes aún y multiplicándose en número incontable. Un aire ligero cargado de perfumes movía muy suavemente las hojas del naranjo, de las que salía un suspiro sollozante como de un niño muy apesadumbrado. Esto último pareció despertar a un coro de plañideras. Los sollozos fueron repetidos por docenas de voces, al parecer de personas de todas edades hasta que el coro se convirtió en un duelo intenso de agonía. «¡Gran Dios! ¿Qué puede significar esto?»… pensé. Al último me levanté. Amartillé mis pistolas y quedé mirando, curioso, en derredor mío.

Por un corto momento continuaron los sollozos y fueron creciendo hasta parar en afligido coro. Comencé realmente a sentirme presa de tristes sentimientos, cuando, de súbito, el concierto cambió para convertirse en un coro de risas muy ruidosas y chillantes, las cuales, después de subir hasta un perfecto diapasón, cayeron como por efecto de un completo agotamiento. El origen de aquellas voces se me reveló… ¡por fin!… Eran producidas por las picaras cotorras alojadas en el naranjo. Hasta mucho después no pude ni pensar en dormir, porque estuvieron continuamente y a merced de cualquier causa, dando suelta a sus chillidos de alegría o de pena, según les petaba la fantasía. Mi situación de vigilia me trajo buen cortejo de pensamiento… Así pasé la mayor parte de la

noche hasta que las mismas cotorras quedaron en silencio. Por último, estirando mi poncho sobre la cabeza, traté en toda forma de conciliar el sueño; y casi lo había logrado cuando un golpe súbito en la cabeza me hizo dar un salto y empuñar las armas. Pero no se veía otra cosa que lo ya observado en la primera parte de la noche. Después de mirar con atención a mi alrededor, me acosté otra vez dejando las pistolas a la mano para hacer uso de ellas al instante. Apenas me había acomodado esta segunda vez, el golpe se repitió, pero, ahora, encontrándome bien despierto, lo experimenté con mayor violencia. Arrojé el poncho que tenía sobre la cara y salté otra vez, algo asustado por este extraño asalto. Pero todo estaba quieto y tranquilo como antes.



El Carnicero (*Litografía de C. H. Bacle*).

Como me sentía muy incómodo al verme así perturbado, resolví permanecer en observación y terminar si era posible con la causa de todo aquello. De otro modo, estaba seguro de que no podría descansar. Me arreglé otra vez, estirando el poncho hasta cubrirme solamente la barbilla y, de tal suerte, manteníame en acecho con todos mis sentidos. Cinco

minutos después empecé a creer que había soñado o que era víctima de alguna confusión. Un cuerpo muy oscuro me pasó con rapidez sobre la cara dándome como una palmada en la mejilla… Era el gato montés domestico que saltaba y hacía cabriolas encima de mi… Pero como yo había mantenido el dedo en el gatillo de la pistola y estaba montada, levantarla, llevarla a un lado y hacer fuego (cuando el animal andaba ya entre una pila de cueros) todo fué uno; y lo hice sin detenerme a pensar en lo que hacía. En el momento en que salió el tiro experimenté gran disgusto y me sentí avergonzado. Aquello podía traer un serio disturbio en la estancia. Por fortuna, el gato se salvó, de manera que no hubo nada que lamentar e imaginé entonces que lo mejor era simular un accidente. Claro es que todos los seres vivientes se despertaron y reinaba la mayor confusión y alarma, porque el general enemigo, Urquiza, estaba a menos de treinta millas de ahí. Los pobres estancieros creyeron, naturalmente, que se trataba de un ataque nocturno, y como yo no podía hablar diez palabras en español, creí que lo mejor sería mostrar a Martínez mi pistola descargada y decirle, valiéndome de una pantomima, que todo había pasado por casualidad… Esto calmó el tumulto entre la gente, pero prorrumpieron en un odioso griterío todos los animales que, formando coro, hicieron imposible cualquier humano descanso durante el resto de la mañana. De ahí que empezáramos al punto a preparar los caballos, y cosa de una hora antes de salir el sol prosiguiéramos lentamente nuestro viaje.

L. B. MACKINNON.

(*La Escuadra Anglo-Francesa en el Paraná*. 1846. Estudio preliminar, traducción y notas de José Luis Busaniche. Librería Hachette, 1958, pág. 88).

LAUCHLAN BELLINGHAM MACKINNON.— (1815-1877). Marino inglés que vino al Río de la Plata con motivo de la invasión anglo-francesa de 1845-1846. Asistió a los combates de Tonelero, San Lorenzo y El Quebracho, recorrió a caballo un sector de la provincia de Corrientes y navegó por el río Uruguay en la corbeta de vapor Álecto, de la escuadra británica, a cuya oficialidad pertenecía. Vuelto a Inglaterra publicó en 1848 *Steam Warfare in the Parana. A narrative of operations by the combined squadrons of England and France in forcing a passage up the river*, traducido al castellano con el título de *La Escuadra Anglo-Francesa en el Paraná*. 1846. Librería Hachette.

EL APERO CRIOLLO

1847

Aunque en este país hay mucha abundancia de caballos, no todos son apropiados para un jinete hecho a los bien enseñados y dóciles corceles europeos.

Al fin de cuentas, me decidí a comprar dos, que, si bien habían sido traídos del campo hacía poco, su dueño me aseguró que comían grano y esto ya era prueba bastante de que estaban amansados desde algún tiempo atrás. Comprobé que eran de buena boca, y encontrándolos suficientemente mansos para lo que me proponía, los compré (después de mucha conversación) a un precio equivalente a una libra y diez y seis chelines cada uno. Se trataba de animales jóvenes y de buenas formas; en mi país se les hubiera considerado muy propios para la silla de una dama. Los arreos y otros pertrechos necesarios para el viaje que me disponía a emprender, merecen ser descritos.



El matadero en 1840 (*Según C. H. Pellegrini*).

Las riendas son de cuero crudo trenzado, muy fuerte, y el freno de manufactura inglesa aunque de modelo español. Mi apero estaba formado

de las siguientes piezas: primero un cuero de oveja que se coloca directamente sobre el lomo del caballo y va cubierto por un cuero sin curtir, para defenderlo del agua; después un cobertor espeso de lana, fabricado en Yorkshire, con largas borlas colgando de las esquinas; esta pieza se dobla cuidadosamente y va cubierta con una prenda de cuero, bastante amplia como para proteger todo lo demás de la humedad y la lluvia; los bordes y extremos de este cuero tienen ribetes estampados primorosamente con dibujos ornamentales. Todas esas piezas equivalen al simple mandil sobre el que se coloca la silla inglesa. Luego viene lo que puede llamarse el fuste de la silla —del cual están suspendidos los estribos —, fabricado de madera y cuero fuerte, formando como un asiento plano, aun que algo curvo para adaptarse al lomo del caballo. Todo este equipo se asegura con una cincha de cuero crudo, ancha de doce a catorce pulgadas. La silla va cubierta, para mayor comodidad y *confort* y también para proveer de almohada al jinete durante la noche, con un cuero de oveja cuya lana se tiñe de púrpura brillante; sobre este cuero va un cobertor liso, semejante a esas alfombrillas de lana con flecos que adornan el piso en las salas de Inglaterra; encima del cobertor una pieza de cuero delgado y muy blando, donde se sienta el jinete; todo se asegura todavía con una cincha de cuero, ornamentada. Este agregado de atavíos, sumado al peso del jinete, forma una carga muy considerable, aun para cabalgaduras fuertes, cuando se trata de un viaje largo y que se hace con alguna prisa.

El caballo de don José, mi compañero, iba aparejado de la misma manera, llevando todavía una ancha alforja de lona con la ropa y otros objetos necesarios. La tarea de ensillar y de arreglar los equipos llevó más de una hora, y después que los amigos nos desearon muchas felicidades y buena suerte, montamos para emprender nuestro viaje de ochocientas millas hacia el sur, por las pampas, viaje que debíamos cumplir, por entero, a lomo de caballo.

WILLIAM MAC CANN.[21]

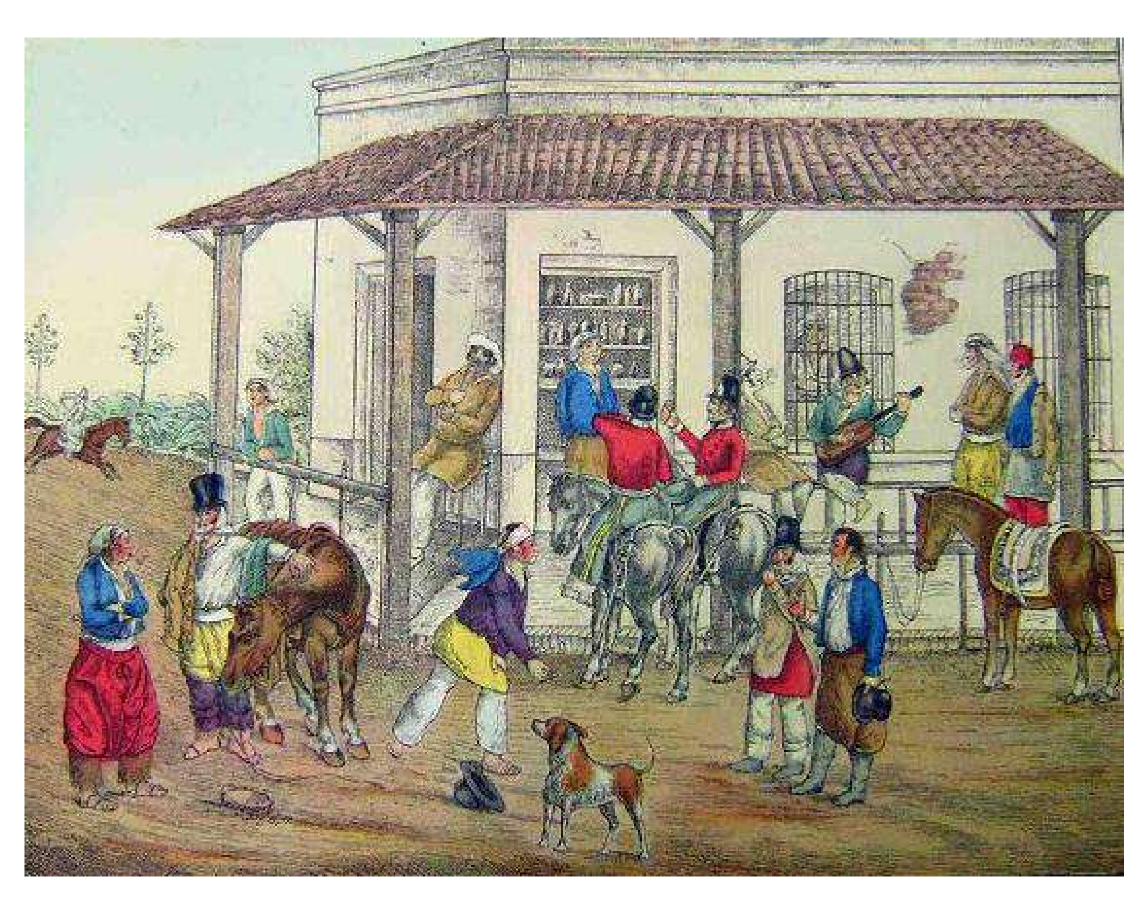
(Trad. de J. L. B.)

(*Two thousand miles ride through the Argentine Provinces*. Londres, 1853).

A ORILLAS DEL GUALEGUAY

1848

En la mañana siguiente, antes de salir el sol, y sin habernos desayunado, llegamos al río Gualeguay y lo cruzamos en una balsa, haciendo nadar a los caballos. Lo primero que llamó mi atención al pisar la orilla opuesta, fué la presencia de un hombre desnudo, luego apareció otro, y un tercero y un cuarto. Recobrado de mi sorpresa, pude advertir que se aproximaba una tropa muy grande de caballos, lo que me aclaró el misterio: eran más primitivo que yo había visto hasta entonces. La choza estaba compuesta por una armazón de madera cortada en los árboles vecinos y recubierta de mazos de pasto, atados con lonjas de cuero. El moblaje consistía en un cuero seco colocado sobre una especie de plataforma elevada, en un ángulo del rancho; esto servía de asiento durante el día y de lecho durante la noche. Los pocos utensilios domésticos eran también del orden más primitivo: una olla de hierro, de tres patas, unas grandes calabazas donde guardaban el agua y algunas conchas recogidas en el río que hacían de cucharas. Suspendido del techo, colgaba un cuero, dispuesto de tal manera que servía para guardarlo todo, y en otro lugar colgaba el esqueleto torácico de una oveja, haciendo las veces de canasta.



Pulpería de campaña. (*Litografía de C. H. Bacle, 1835*).

A poco de llegar nosotros, encendieron fuego y asaron un cordero. Para hacer fuego se valen de un procedimiento muy curioso: un muchacho se procuró un trozo de palo bien seco y poroso de unas seis pulgadas de largo, introdujo uno de sus extremos entre los pesuños de una pata de cordero, la que tomo apretándola con su mano izquierda; asentó el otro extremo del palito sobre un trozo de madera muy dura y luego con la cuerda de un arco restregó con rapidez el palito sobre la madera, y obtuvo fuego en seguida. Terminada la comida, los dos hijos del dueño de casa se pusieron de pie y recitaron algunas oraciones, pidiendo después al padre la bendición. Esta es una costumbre muy general en la región que estuvo antiguamente bajo la influencia de los jesuitas. Hombres de toda edad, a veces encanecidos, acostumbran recibir diariamente la bendición de sus padres.

WILLIAM MAC CANN.

(Trad. de J. L. B.)

LA ESCUELA DE DON TOMÁS VALDÉS

(LA RIOJA. MEDIADOS DEL SIGLO XIX)

Don Tomás Valdés, el fundador de la familia de este apellido en La Rioja, era español. Se decía que había sido hecho prisionero por los patriotas en la batalla de Tucumán. Era, en la época a que alcanzan mis recuerdos, un anciano alto y erguido. Caminaba en la calle con mucha pompa, y cuando alguien le acompañaba, se paraba a cada veinte pasos para conversar con más reposo. Usaba una amplia capa, casi hasta los tobillos, con una otra superpuesta que llamaban esclavina y llegaba hasta la mitad del brazo. Grandes borlas pendían de cordones trenzados que bajaban desde el cuello. Llevaba sombrero alto de felpa y un grueso bastón puño de oro, o amarillo al menos. Fumaba cigarrillos que él mismo armaba, tomados con una tenacilla de plata para no mancharse los dedos, porque era sumamente aseado y pulcro. Se afeitaba toda la cara, y como era completamente calvo, se ataba la cabeza dentro de casa con un gran pañuelo de seda color naranja.

Este anciano fué mi maestro de primeras letras. Consagró sus últimos años a la educación gratuita de algunos niños de la familia y de su relación. A mí me pidió a mis padres con encarecimiento. La escuelita era de varones y mujeres, y los alumnos no podían pasar de ocho, que eran justamente los que cabían, un poco estrechos, alrededor de una mesa que el maestro tenía en el centro de su pieza. De mi tiempo fueron Roque Luna, Pancho y Antonia Granillo, Ignacia Rincón, Tomás y Carmelo Valdés, Floro Colina, *etc.*

El programa de estudios estaba muy lejos de los complicados que hoy se estilan en las más modestas escuelas rurales. Se nos enseñaba a leer, escribir, las cuatro operaciones de la aritmética, el catecismo del padre Astete, los números romanos y a descifrar manuscritos, para lo que debíamos llevar a la escuela las pocas cartas que en aquellos tiempos llegaban a nuestras casas. Los varones aprendíamos, además, a ayudar misa, lo que nos resultó productivo a mi primo Pancho Granillo y a mí, pues el cura don Tristán Antonio Sotomayor, que era muy rangoso, nos

propinaba diariamente con un medio y a veces con un real. Para ayudar la misa de un otro clérigo, que a veces nos pescaba, llamado don Félix Paivar, nos turnábamos, porque ése no daba nada.

Terminado el programa, el maestro declaraba oficialmente que el alumno sabía tanto como él y era por lo mismo inútil que permaneciera en la escuela, ocupando el sitio que podría servir para otro niño. El primero que terminó estos cursos fué Pancho Granillo, para trasladarse al colegio nacional de Buenos Aires en que su padre le había obtenido una beca.

Siempre recordaré su despedida como una de las ceremonias más tocantes que he presenciado. El maestro le pronunció un elocuente discurso, en que le aconsejó que fuera siempre trabajador, juicioso y honrado, y acabó por desearle que fuese un grande hombre. Pancho le besó las manos y nos abrazó a todos llorando. Nosotros llorábamos igualmente.

Yo no salí de la escuela bajo los mismos auspicios. El buen anciano me tomó cariño y me hizo como su secretario o ayudante. Yo iba a la cocina con su braserito de plata por fuego para el cigarro, pues los fósforos eran artículos de lujo. A mí me mandaba en días de buen humor a pedir pasas, que se repartían en la escuela, a unas señoras que vivían al frente. Yo era, por fin, el encargado del orden, cuando él salía, con la especial recomendación de cuidar a Ignacia Rincón, que, por lo traviesa y revoltosa, era un diablillo con faldas.

Una vez, sin embargo, quebramos los platos y para siempre; porque, extralimitándose en los cargos que tenía a bien conferirme, me mandó lustrar sus botas. Me sublevé, pasivamente primero y con energía cuando la orden se hizo imperativa.

«No…, dije; yo vengo a la escuela, no a lustrar botas». Y tomé el portante.

De este modo quedó inconcluso mi curso en la escuela de don Tomás Valdés, cuyo recuerdo conservo, no obstante, con cariño y gratitud.

SALVADOR DE LA COLINA

(*Crónicas Riojanas y Catamarqueñas*. Bs. As., 1920).

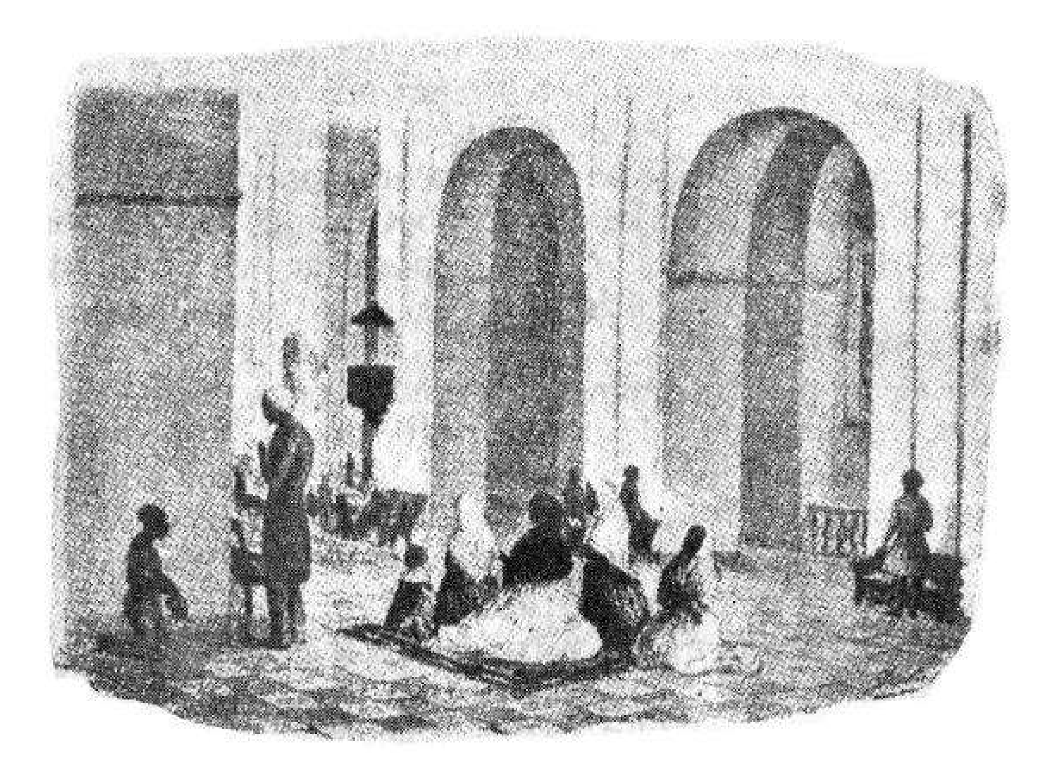
SALVADOR DE LA COLINA. — Jurisconsulto riojano, profesor de la Universidad de La Plata y autor de una obra sobre procedimientos civiles.

LOS OVEROS DE DON GREGORIO GÁNDARA

PROVINCIA DE BUENOS AIRES
1855-?

Don Gregorio Gándara se dedicaba solamente al ganado caballar y tenía, de ordinario, unas mil yeguas de cría, por lo que sus manadas sumaban alrededor de tres mil cabezas. Estos animales tenían la particularidad de ser todos o casi todos overos. En aquellos tiempos, el criollo, desde el peón de campo más pobre hasta el rico propietario de tierras y ganados, se preocupaba mucho por que sus caballos de silla fueran todos de un mismo pelo. Cada individuo tenía su *tropilla* propia, es decir, una media docena o una docena de caballos y a veces más y los animales de cada tropilla debían guardar el mayor parecido. Y así, había tropillas de zainos, de alazanes, de bayos, de tordillos plateados, de tordillos negros, barrosos, pangarés, oscuros, blancos u overos. En algunas estancias el ganado era también de un solo pelo, y recuerdo un establecimiento donde había unas seis mil vacas, todas negras. La manía de nuestro vecino Gándara eran los caballos overos[22]; esta afición estaba tan arraigada en él que no quería tener animales de otro color en sus manadas, a pesar de que criaba caballos para la venta y de que los overos no eran tan apreciados como los caballos de un color más uniforme. Más le hubiera valido, ya que se mostraba tan inclinado a un determinado color, haberse dedicado a seleccionar zainos, rosillos, pangarés o alazanes u otros colores más favoritos, y todavía hubiera hecho mejor negocio no limitándose a un color exclusivo en la cría de sus caballos. Los padrillos eran todos overos, pero muchas de las yeguas de cría eran blancas, porque el hombre había descubierto que podía obtener tan buenos y aun mejores resultados con yeguas blancas que con yeguas overas. Nadie hacía cuestión a Gándara por sus gustos en materia de caballos; al contrario, todos sentían admiración por él y por sus manadas de abigarrados colores. Pero su pretensión de mantener el monopolio de los overos, solía ser causa de algunas disputas. No vendía sino caballos castrados y de dos años arriba, pero nunca una yegua, a menos que fuera para el matadero porque en aquel tiempo los

caballos, todavía medio salvajes de la pampa, se sacrificaban en gran cantidad, únicamente para aprovechar el cuero y la grasa. Si Gándara encontraba en alguna manada vecina una yegua blanca u overa, no paraba hasta tenerla en su poder, y como pagaba el doble de su valor en moneda corriente o en caballos, rara vez encontraba dificultad para satisfacer sus deseos. Pero a veces ocurría que algún pobre gaucho, que apenas disponía de un corto número de animales, se negaba a desprenderse de una yegua overa, ya fuera por soberbia o por socarronería, o sencillamente por inclinación al animal. Entonces era cuando Gándara se sentía herido en lo más íntimo de sí mismo y se le despertaban todos sus malos humores.

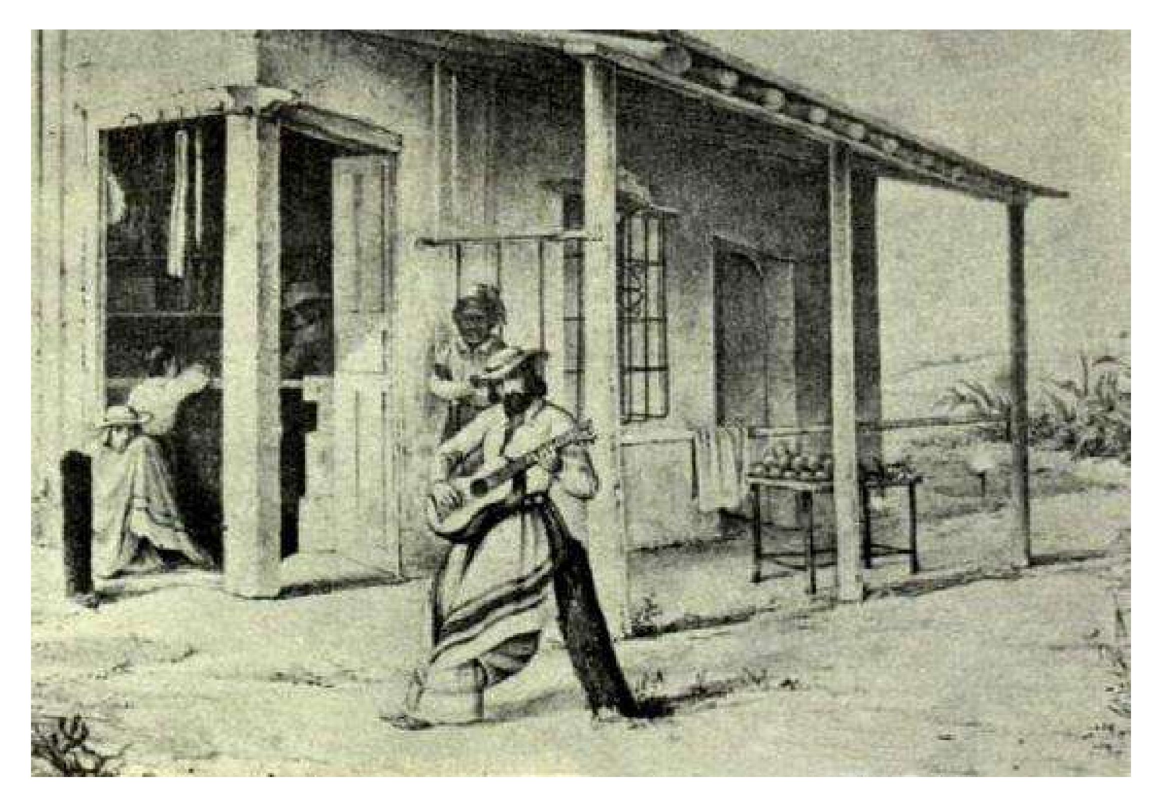


Catedral Interior (1845).

—Pero entonces, ¿qué es lo que usted quiere? —exclamaba sentado en su caballo, haciendo grandes ademanes con el brazo derecho y como ladrando de cólera—. ¿Le parece poco? ¿Qué más le da a un pobre como usted tener una yegua blanca o de otro color cualquiera? Si es por tener montados de un solo pelo, dígame el color que le guste, oscuro, tostado, bayo, zaino, ¿cuál es el que prefiere? Le doy dos potros que ya son caballos de dos años, por la yegua. No va a encontrar una oferta mejor ni

nadie se va a mostrar más generoso. Pero si no quiere venderme la yegua, así será, y ya sabré cómo tengo que tratarlo. Cuando se le pierdan animales, cuando tenga un muchacho enfermo, cuando tenga la mujer hambrienta, no me venga a pedir más caballos, ni plata, ni carne, ni remedios, porque ya no seré su amigo y los voy a mirar como enemigos míos.

Así vociferaba Gándara cuando recibía una negativa de algún vecino pobre. Era tanta la afición de don Gregorio por sus overos, que pasaba la mayor parte del día a caballo, ocupándose de sus manadas, que se mantenían, cada una, bajo la vigilancia de sus orgullosos padrillos overos. Siempre andaba Gándara observando si había nacido algún nuevo potrillo, y si éste no era de su color predilecto no le hacía mucho caso, por bonito que fuera su color, o por muchas otras buenas cualidades que pudiera tener. Ya no pensaba más que en deshacerse de él. Pero si el potrillo salía overo, entonces se ponía muy ufano cuando la pinta resultaba muy particular, lo miraba y remiraba con curiosidad, después lo encontraba demasiado bueno y decidía no venderlo. Andando el tiempo, y ya domado el potro, lo incorporaba a la tropilla de sus montados. Por eso tenía tres o cuatro veces más de los caballos de silla que necesitaba, al punto de que podía vérsele a Gándara durante dos o tres semanas sucesivas, montando diariamente un caballo distinto y cada uno de sus caballos constituía una verdadera sorpresa en materia de pelaje.



Pulpería. (*Litografía de Uhl, 1855*).

Había algo de fantástico en esta pasión. Hacía pensar en uno de aquellos famosos molineros de Newhaven, en el siglo XVIII, que ha descrito Marco Antonio Lower al estudiar las extrañas costumbres y singulares caracteres del Sussex de los tiempos antiguos. El molinero en cuestión tenía por costumbre visitar siempre a sus clientes a caballo, por villas y ciudades, jinete en un blanco al que pintaba con lucientes colores, azul, verde, amarillo, naranja, púrpura o escarlata. Las gentes de las aldeas salían todas a mirar el maravilloso caballo del molinero y hacían conjeturas sobre los colores que ostentaría en su próxima gira. Pero los caballos de Gándara no debían sus colores sino a la naturaleza misma ayudada por la selección artificial; y yo recuerdo que en los días de mi niñez los encontraba verdaderamente hermosos. Unos eran overos negros, otros overos tostados, overos bayos y overos zainos, y blancos con pintas azulejas y colorados como frutillas con manchas blancas; pero lo más sorprendente era la bonita distribución y las formas extrañas que adoptaban las manchas de tinte oscuro. Una de las mejores combinaciones que había logrado Gándara obtener, era la de los ruanos overos y los

overos azulejos, aunque les aventajaban los overos pangarés y los overos tostados, pero acaso los mejores de todos eran los blancos con manchas de un amarillo leonado, que los nativos llaman bronceado, color este último que nunca he visto en Inglaterra. Los caballos de esa pinta tenían los bordes y las puntas de las orejas negras, y negro también el hocico, las ranillas de las patas, las crines y la cola. No sabría decir si don Gregorio llegó alguna vez a obtener por selección el caballo color de carey.

El orgullo de Gándara cuando andaba en sus montados —que eran como las flores elegidas de su jardín— se mostraba en el lujo con que los enjaezaba: las cabezadas de plata, el freno y el recado de plata reluciente, porque su indumentaria propia era la más descuidada: un sombrero viejo y grasoso, unas botas sucias y un deshilachado poncho indio sobre sus prendas de gaucho. Tengo para mí que el momento de mayor gloria para Gándara era cuando llegaba a las carreras, o a las hierras, o a otra de esas reuniones que congregaban a todo el paisanaje del distrito y cuando todos los ojos se volvían hacia él. Entonces se apeaba de su caballo, le ponía la manea, le ataba las riendas relucientes en la cabezada trasera del recado y el overo quedaba tascando el pesado freno criollo y como saludando con su engalanada cabeza. Entre tanto, la gente se aproximaba para contemplar su color extravagante, como si fuera un Pegaso bajado de las nubes que se hubiera posado, pasajeramente, para exhibirle, él también, por un rato, entre los otros caballos de la tierra.

WILLIAM HENRY HUDSON.

(Trad. de J. L. B.)

(*Far away and long ago*. Londres, 1935).

WILLIAM HENRY HUDSON.— Ilustre escritor y naturalista de habla inglesa, nacido en una estancia de la provincia de Buenos Aires por el año 1841. Estuvo en el país hasta la edad de treinta años, en que partió a Inglaterra y empezó a escribir obras de imaginación y también de carácter científico, porque era distinguido ornitólogo y uno de los que mejor que han conocido y observado los pájaros del litoral argentino. En 1885 escribió *La Tierra Purpúrea*, hermosa novela rioplatense, traducida al castellano, y conocida del público argentino cuarenta años después de su aparición. Escribió otros relatos argentinos, como los reunidos bajo el título de *El Ombú*, traducido también al español. Uno de los cuentos de este libro: *La Historia de un caballo overo*, figura entre las más selectas antologías inglesas. Hudson falleció en 1922 y tiene una estatua en el Hyde Park de Londres. De sus obras, aquellas que se refieren directa o incidentalmente a la

naturaleza o las costumbres argentinas, son las siguientes: *The purple land* (*La tierra purpúrea*); *El Ombú*, *Birds of La Plata* (*Pájaros del Río de la Plata*); *Idle days in Patagonia* (*Días desocupados en la Patagonia*); *The naturalist in La Plata* (*Un naturalista en el Río de la Plata*); *Far away and long ago* (*Allá lejos y hace tiempo*); *Birds and man* (*Los pájaros y el hombre*); *Adventures among birds* (*Aventuras entre los pájaros*). No todos sus libros han sido traducidos al castellano.

PEREZA O LABORIOSIDAD DEL GAUCHO

Eso de que pueda creerse que el estarse acostado, sentado o de pie sea mejor que andar a caballo, de galope, es algo que nunca he podido comprender. Sin duda se debe a mi precoz entrenamiento y a una costumbre inveterada, porque en aquellas extensas pampas donde vi la luz primera y donde aprendí a montar a caballo siendo muy niño, me acostumbré a considerar al hombre como una criatura parásita, por así decirlo, y conformado expresamente por la naturaleza para ocupar el lomo de un caballo, única posición en que se hallaría libre por entero y en uso completo de sus facultades. Acaso el gaucho —el jinete de las pampas— nace con esa misma idea en el cerebro, y de ser así, habrá que creer que existe una correlación entre tal idea y su estructura corporal. Sabido es que si a un gaucho ebrio se le levanta y se le coloca sobre el recado, inmediatamente se siente bien seguro sobre él. Ya podrá el animal hacer lo que quiera para librarse de su carga, porque las piernas del jinete —tal vez fuera más propio decir sus brazos posteriores— conservan la misma férrea aptitud para agarrarse al caballo, no obstante la torpeza que pueda existir en su cerebro.

El gaucho tiene siempre las piernas más o menos arqueadas y cuando más pronunciado se hace ese defecto, mejor le resultan para la lucha por la vida. Separado del caballo, sus movimientos aparecen desmañados y torpes, semejante a esos tardígrados mamíferos de hábitos arbóreos, cuando los arrancan de los árboles en que trepan. Camina el gaucho un poco a la manera de los patos, asentando los pies hacia adentro, y como si

echara de menos las riendas en las manos. Esto acaso sirva para explicar por qué los extranjeros, juzgándolo desde un punto de vista muy personal, lo acusen invariablemente de perezoso. Porque a caballo, el gaucho es el más activo de los mortales. La paciencia con que soporta privaciones que a otros llevarían a la desesperación, las jornadas afanosas que cumple, sus proezas de jinete, las distancias que recorre sin darse reposo ni alimento, son cosas que maravillan al común de los hombres. Pero privadle de su caballo y no podrá hacer más que sentarse en el suelo, cruzado de piernas, o en cuclillas sobre sus talones. Le habréis cortado los pies, como él diría en su lenguaje figurado.



Fortín «Cabo Alarcón», situado sobre la margen izquierda del Limay. (*D. Schoo Lastra*).

Darwin, en sus años de juventud, no poseyó al parecer esa virtud de leer en los hombres con la milagrosa inteligencia que aplicó a sus investigaciones sobre seres de orden inferior. En *El viaje de un naturalista*, hablando de la supuesta indolencia de los gauchos, cuenta que en un lugar donde había gran demanda de trabajadores, encontró cierta vez a un pobre hombre en actitud perezosa y le preguntó por qué no trabajaba. La

respuesta del individuo fué que *estaba demasiado pobre para trabajar*. El filósofo se sintió asombrado ante tal respuesta, que le divirtió mucho, aunque en realidad no había sabido comprenderla. Sin embargo, para todo aquel que esté más o menos familiarizado con estos hombres de pocas palabras y amantes de las frases breves, la contestación no podía ser más clara e inteligible. El pobre gaucho quería sencillamente decir que le habían robado sus caballos —cosa frecuente en estas regiones— o bien que algún esbirro de la autoridad se los había quitado para servicios del gobierno.

William Henry Hudson.

(Trad. de J. L. B.)

(*The naturalist in La Plata*).



← Gaucho de pie. (*Según Pallière*).

EL GAUCHO

1855-1860

El gaucho, o el argentino de la campaña, es un hombre alto, enjuto y moreno. Apenas puede tenerse en pie, después de apartado del pecho materno, se le coloca a caballo en la delantera de la silla paterna y aprende así al mismo tiempo, a conocer el suelo que pisa y el fiel animal que ya no abandonará hasta la muerte. Aislado de los amigos y de las ciudades por inmensas distancias, no posee otros medios de reunirse al común consorcio de los hombres, que su caballo; sustentándose con la carne libre y salvaje que anda por las llanuras, no tiene otro artificio, para procurarse alimento, que su caballo; verdadero árabe de América, posee con este nobilísimo animal el instrumento más indispensable para la vida, la fuente de riquezas, el amigo inseparable en el reposo y en el trabajo, en la guerra y en la paz.

El gaucho pasa más de la mitad de su vida sobre el arzón, y a menudo come y dormita sobre la silla. A pie camina mal, y al arrastrar las inmensas rodajas de sus pesadísimas espuelas, que le impiden caminar como nosotros, parece una golondrina desterrada y sujeta a morar en la tierra. Hasta hace pocos años, los mendigos de Buenos Aires pedían limosna a caballo, y más de una vez he visto al gaucho subir a caballo para ir hasta el fondo del corral y traer agua del pozo…

....

La abundancia de caballos es causa de que nadie se preocupe de evitarles el cansancio, y el gaucho va casi siempre al galope, muy raras veces al tranco. Sin fatigarse puede recorrer durante varios días continuos ciento veinte y hasta ciento ochenta millas cada veinticuatro horas, cambiando caballos. Después de algunos meses de residencia en Entre Ríos, ya no me asombraban más tales proezas, porque yo mismo podía recorrer noventa millas sin cansarme, en el espacio de once horas y bajo el cielo abrasador de diciembre.

De esta sola necesidad de vida aérea, sacan forma y medida mil elementos de la vida física y moral del gaucho, desde su esqueleto hasta la

más tierna expansión de sus sentimientos…

Las tibias del gaucho son muy encorvadas por su presión continua sobre el cuerpo del caballo y la tensión prolongada de los músculos.

Sus músculos lumbares y los demás que mantienen erguido el cuerpo, están tan desarrollados, que hacen sospechar antiguas monstruosidades en lo que no es sino natural.

El gaucho detesta por instinto la agricultura, la industria y todo lo que le obliga a trabajar de a pie o sentado. Por consiguiente, es carnívoro por excelencia.

Para componer su vestido, ha buscado todo lo que pueda hacerle más cómodo su modo de vivir. Los pantalones lo aprietan, la corbata lo oprime; necesita aire y libertad. Rasga en el medio un trozo de paño y pasando la cabeza por la hendidura, hace una especie de casulla que llama poncho; otra tela (chiripá) le ciñe la cintura y cae en amplios pliegues sobre los muslos, dejando desnudas las piernas, que cubre con botas de potro, o calzado sin curtir fabricado con el cuero de las patas del caballo. Este vestido elemental del gaucho no necesita costuras ni cortes artísticos, y es el más simple, el más cómodo que pueda improvisarse cuando no se dispone sino de una tela y un cuchillo. Esta manera argentina de vestir ha sido después modificada por las modas europeas, que se van infiltrando lentamente como demostración de la influencia niveladora y omnipotente de las razas dominantes, pero contra la introducción del pantalón, el argentino de la campaña luchará mucho tiempo, pues antes de que abandone su poncho pasarán todavía algunos siglos.

Un hombre que vive la mayor parte del tiempo sobre el lomo del caballo, no puede dedicar mucha atención a la arquitectura de su casa. Ésta se reduce en su forma más simple a una choza de juncos y de ramas (rancho de totora). La precede, en orden jerárquico, una casucha con armazón de gruesos troncos embadurnados de barro (rancho de estanteo); sigue el rancho de adobe, construido con ladrillos crudos secados al sol. El pavimento de todas estas casas es la arcilla y desnuda tierra de nuestros padres, y si la fecunda naturaleza del país no hace brotar en ella árboles y flores, es porque la pisan continuamente sus habitantes. Estas construcciones no necesitan arquitectos, y el gaucho hace de albañil y de

ingeniero, y derriba y reconstruye su propia casa con la mayor facilidad. Algunas veces al tomar posesión de un terreno, comienza por plantar en el suelo, aun cubierto de un tapiz herboso, cuatro troncos de árboles sobre los que sujeta un telar de madera y teje un plano de tiras de cuero sobre las cuales extiende su lecho; cubre después estos cimientos de vida social, con un techo de juncos sostenido por algunos palos, que hasta algunos días antes eran mimosas de hojitas recortadas y elegantes. Muchas veces la falta de lluvia impide al habitante de esta jaula hacer barro para rellenar las paredes de su propia casa, y durante muchas semanas vive con su familia en una vida más que pública, expuesto a todos los soplos de la rosa de los vientos y poniendo en práctica el deseo de aquel filósofo antiguo, que hubiese querido vivir en una casa de cristal, para que todos pudiesen examinar su conducta…

El moblaje y los utensilios de la casa del gaucho están reducidos al término mínimo, y algunas veces no se encuentran más que una mesita, una silla, una especie de chafarote para asar la carne (asador) y una cafetera para preparar el mate. En las casas más pobres, el lecho está formado por la silla nacional (recado), la que con las diversas partes que la componen (sudadero, jergón, carona de vaca, jerga, carona de suela, lomillo, cincha, pellón, sobrepuesto, o sobrepellón y sobrecincha) permite al argentino improvisar una cama aun en medio del desierto.

La puerta del rancho es a menudo una tabla desunida o un cuero de caballo o de buey; otras veces falta por completo.

Recordaré siempre que durante los primeros tiempos de mi estada en América, al entrar a la choza de un rico estanciero que había solicitado mis servicios, fui acogido con las frases sacramentales: *Pase usted adelante, tome usted asiento*. Miraba a mi alrededor, buscando inútilmente con los ojos un asiento para satisfacer el deseo cortés de aquella buena gente, y acabé por sentarme en el lecho, sin imaginarme jamás que algunos prismas de madera, tallados quizás por una mano preadámica, estuviesen destinados al reposo del cuerpo humano.

Esta sordidez contrasta a menudo con las riquezas de los propietarios, y siempre con el lujo oriental con que adornan sus caballos. El gaucho se resuelve con frecuencia al inmenso sacrificio del trabajo, para economizar

algún dinero y destinarlo a adornar su ídolo, de modo que su casa puede estar sin puertas y sillas, pero las riendas de su parejero (palabra honorífica que distingue al caballo de carrera), estarán cargadas de plata, y lo mismo el pie, calzado con el botín de montar, del que salen las puntas del pulgar y del índice, brillará con dos inmensas espuelas del mismo metal. He visto un par de estribos fabricados con ochenta libras de plata, y he conocido un coronel que no sabía leer ni escribir, pero que llevaba sobre el caballo un valor de quince mil liras en metales preciosos.

PABLO MANTEGAZZA.

(*Viajes por el Rio de la Plata*. Trad. de Juan Heller. Bs. As., 1916).

PABLO MANTEGAZZA. — Ilustre escritor, médico, higienista y antropólogo italiano, autor de numerosas obras, traducidas a diversos idiomas. Visitó la Confederación Argentina en 1858 e hizo nuevos viajes en 1861 y 1863. Firmó un contrato de colonización con el gobierno de Salta. En 1867 publicó su libro *Rio de la Plata e Tenerife*, reeditado en 1870 y 1875. En 1916, la Universidad de Tucumán publicó algunos capítulos de la obra, traducidos por el doctor Juan Heller, bajo el título de *Viajes por el Río de la Plata y el interior de la Confederación Argentina*. Mantegazza nació en Monza, cerca de Milán, el 18 de octubre de 1831; murió en Florencia, el 28 de agosto de 1910.

LA HIERRA

1858-1861

Estamos en invierno o al principio de la primavera, y un rico estanciero nos ha invitado a su fiesta. Desde los cuatro rumbos del horizonte herboso que de lejos limita nuestra vista, avanzan grupos de gentes a caballo, o familias amontonadas en carros de dos ruedas, lentamente arrastrados por dos bueyes; de todas partes llega un retintín de espuelas, un relinchar de caballos, un murmullo de voces. La señorita salta ligera de la grupa en donde se sostenía apretada al flanco del padre o de un amigo; los jóvenes, picando sus cabalgaduras, que parecen como recién salidas de las carreras desenfrenadas de la salvaje libertad, se ejercitan en juegos peligrosos, y

hacen brillar al sol mil guarniciones de plata. Mientras tanto, el dueño de casa ha reunido desde el alba, en el corral, todo su ganado bovino, y por primera vez contempláis, encerrados en estrecho recinto, centenas y millares de materia viva, que se agita y alborota.



Marcando hacienda. Entre Ríos (1855).

Un gaucho, montando su caballo y agitando en el aire con mucha elegancia el nudo abierto de su lazo, hiende la onda de aquel océano bovino, y con vista que nunca yerra, distingue al ternero que aún no está marcado, y arrojándole el asa del lazo lo aprisiona y arrastra fuera de la empalizada. Apenas se ve libre en el campo, el animal intenta escapar, y cuando demuestra que va a satisfacer este deseo, desde un cerco vivo de gauchos, que están de pie en las puertas del corral, parte silbando un torbellino de lazos, que, antes de que termine de contarlo, le envuelve y aprieta en una red inextricable, le detiene en su carrera y le ofrece, rendido, al hierro del marcador, el que llega corriendo con la marca enrojecida y estampa sobre uno de los flancos el testimonio de vasallaje, el signo que protege de las pérdidas y de los robos al propietario. Desde este momento, apenas se deshace la red que lo envuelve, el fresco buey puede correr de nuevo a los pastos de la pampa, a los que vendrá más tarde a buscarlo el hierro del carnicero.

En un país en el que los campos no están encerrados por setos, ni zanjas, la marca constituye la única garantía de propiedad y su dibujo se deposita en los archivos públicos. Cuando, se venden caballos y bueyes, el nuevo propietario estampa su marca, y el antiguo dueño también de nuevo la suya, en señal de que acepta el contrato, por lo que dos marcas de la misma forma se anulan. Muchas veces he visto caballos que tenían el cuero como un mapa geográfico, marcado en los dos flancos y hasta en el cuello. A las ovejas se las contramarca, con cortes de diversas formas, en las orejas, y se multiplican los mismos cortes en las orejas y colas de los bueyes, para evitar, lo mejor posible, las equivocaciones entre marcas semejantes. Es extraño ver cómo el gaucho más grosero y menos inteligente, que tal vez no conoce la o, por redonda, sabe distinguir perfectamente y a primera vista cien marcas distintas entre rebaños de varios propietarios que se han mezclado, lo mismo que traza el dibujo de todas en el suelo, aunque algunas sean complicadísimas. Vaya esto como una de las mil pruebas de la influencia del continuo ejercicio sobre el desarrollo del poliedro intelectual.

Una de las operaciones que exigen mayor agilidad de músculos y más agudo golpe de vista es, sin duda, la de echar el lazo a un animal que huye, aprovechando el instante rapidísimo en que levanta del suelo una de sus patas anteriores, pasándolo por entre ésta y el casco y derribando en un relámpago al prisionero. He visto practicar esta operación, que se llama pialar, cien veces, y otras tantas la he admirado como cosa prodigiosa. Los pialadores más hábiles apuestan que ceñirán con el nudo de su lazo la pata derecha o izquierda de un caballo que huye a todo galope, o las dos manos de un toro que corre mugiendo. Es así como un hombre solo puede apoderarse, sin armas de fuego del animal más salvaje de la pampa, degollar un buey, detener un caballo que huye, estrangular un tigre.

Imposible imaginar ojos más agudos y manos más seguras que las del gaucho. Un amigo mío, en viaje por la campaña, vió huir una familia de avestruces que, gracias a sus zancas, fatigan a los caballos más robustos. Espolear su caballo y desprender de su silla las bolas fué cosa de un minuto. Cuando ya cerca del avestruz estaba por arrojarle el arma, su caballo rodó, pero el argentino, enderezándose en pie y corriendo siempre,

hizo silbar por el aire su proyectil y alcanzó al avestruz. Es habitual entre los gauchos permanecer de pie en las caídas del caballo, lo que les resulta más fácil a causa de los estribos tan estrechos que usan y en los que apenas entra la punta del pie.

Mientras los hombres atienden la hierra, compitiendo en su habilidad en pialar, las señoritas se atarean en los preparativos de la comida, en la que jamás deben faltar las tradicionales pasteles (pastelitos de carne, pasa, tocino, etc.), sean de hojaldre, repulgadas o de bocado.

La fiesta termina con un baile, que casi siempre se realiza al cencerreo de dos o tres guitarras mal afinadas. La danza más común es el *pericón*, pero también se bailan el *cielito en batalla* o *de la bolsa*, el *gato*, los *aires*. El *fandanguillo*, de origen andaluz, se baila raras veces.

Los bailes nacionales argentinos son graciosos, tranquilos, acompañados de mucha mímica y a menudo de cumplimientos rimados (relaciones), que se dirigen unos a otros y que alternan con el castañeteo de los dedos y el martilleo de los talones.

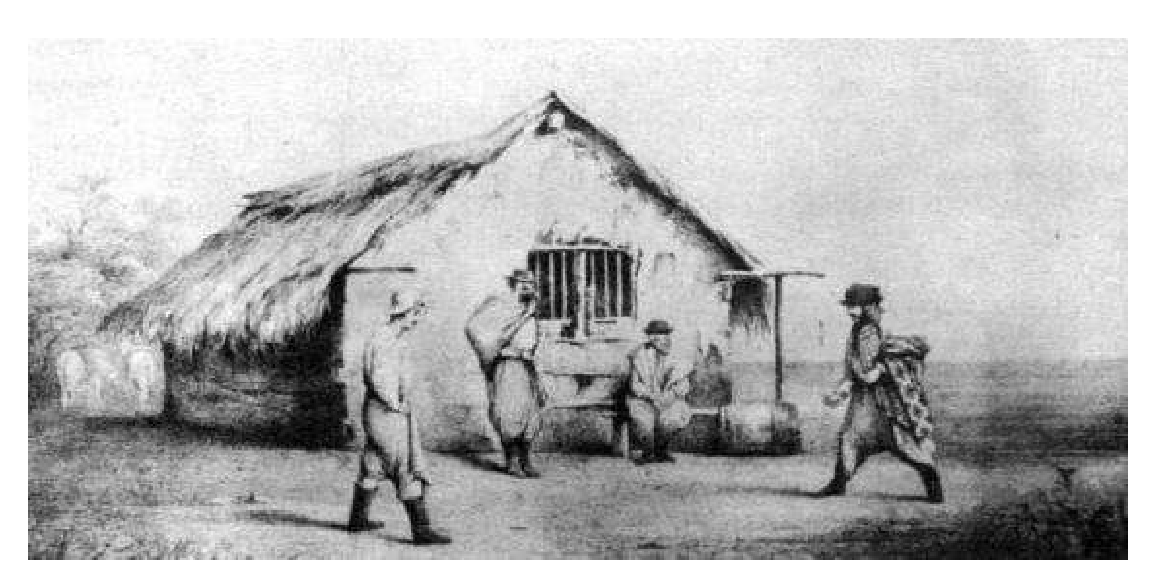
Entre un *pericón* y un *cielito*, corren copiosas libaciones de vino y aguardiente, mientras que los más sobrios chupan mate, y el poeta de la reunión improvisa cuentos y chistes amorosos, que con voz nasal y melancólica, acompaña con la guitarra. Muchas veces he admirado en aquellos improvisadores gran fantasía y espiritualidad, pero mis oídos se han rebelado siempre contra aquella música horrorosa y que es, sin embargo, la única armonía nacional del gaucho. El chisporroteo vivaz y lascivo de las canciones andaluzas, se ha perdido completamente en las campañas argentinas, y la pampa solitaria y las costumbres de la vida salvaje e independiente, han creado una música triste, monótona, lúgubre, en las que a veces mal se asocia la lascivia con el estoicismo apático de las razas indias.

La riqueza del *estanciero* que nos ha invitado a su *hierra*, se mide por la duración de su fiesta, que puede prolongarse tanto un día, como una semana.

PABLO MANTEGAZZA.

RIÑAS Y SORTIJAS

Después de las carreras de caballos que se realizan en verano, la diversión predilecta de los argentinos, en el invierno, es la riña, o pelea de gallos. Durante esta estación, se ven en todos los patios y delante de las casas, grandes jaulas de cañas, en las que está encerrado el gladiador con la única compañera que se le concede. El gallo es preparado para la lucha con un régimen dietético, reglamentado por leyes severas y principios científicos, y así como con la castidad se intenta hacerlo más digno de los lauros marciales, se procura, con alimentos suculentos, fortificar su fibra muscular, en mengua de la gordura linfática de los flojos. De cuando en cuando, se educa al gladiador en las luchas de la batalla, cubriendo su espolón con una camisa de cuero para que no pueda herir, y en estas pruebas se calcula el valor del campeón y se forjan sueños más o menos dorados sobre el porvenir. He visto a un *gaucho* que durante muchas semanas había empleado los cuidados más solícitos en la educación de sus alumnos, quedar desilusionado de sus más risueñas esperanzas durante uno de estos simulacros, y destrozar con rabia y furor al poltrón que se había retirado al débil ataque de una gallina.



Tirando la taba. (*Litografía de J. Aguyari, 1880*).

Cuando el gallo está *compuesto*, se lo lleva al *reñidero*, verdadero teatro, que paga un derecho al gobierno, y en el que se exhiben, escritas sobre una gran tabla, las leyes de la guerra gallesca. Después, al campeón, en medio de la arena, se le busca un rival, al que se pesa y confronta, para igualar en lo posible a los combatientes en tamaño y peso. Las armas son las espuelas naturales u otras postizas de latón o de plata. Las de acero están prohibidas por reglamento, porque se las cree venenosas.



Riña de gallos. (*Según Pallière*).

La *riña* puede durar hasta la muerte de uno de los gladiadores, o hasta que uno de ellos cede el campo y huye por una equeña salida que está siempre abierta, para los cobardes, en una esquina de la arena. También se considera derrotado el gallo que, sangrando, bizco y tal vez caído el pico, canta, llamando a su socorro a las gallinas de su *harén*. Este reclamo supremo a las compañeras de sus placeres es, para nosotros los europeos, muy conmovedor; hace, en cambio, desternillarse de risa a los argentinos, que lo consideran como la más segura manifestación de cobardía y, por consiguiente, de la más oprobiosa derrota.

Es sorprendente el entusiasmo con que los argentinos asisten a este espectáculo, en el que el silencio, inspirado por la ávida curiosidad de la lucha, es interrumpido de cuando en cuando por los gritos de las apuestas. Al valor de los gallos, los más ricos juegan a veces sumas enormes, mientras los pobres se contentan con llevar su óbolo de unos cuantos reales al tapete sangriento de este juego cruel. Las corridas de toros han sido prohibidas en muchos países de la América meridional, y en éstos los hijos son mejores que sus padres, pero la *riña* es una de las diversiones predilectas de los americanos y durará aún muchos años.

En las grandes fiestas nacionales y en las solemnidades religiosas, jamás falta en la plaza de la aldea un arco, del que pende un pequeño anillo de oro, apenas suspendido de una débil cinta de seda. Deben los jóvenes, corriendo precipitadamente a caballo, pasar por debajo del arco, enhebrar el anillo con una varita y separarlo. Este juego de la *sortija*, se realiza en presencia de las autoridades civiles y militares del país y en rueda de las elegantes señoritas, que, con sus pañuelos y sonrisas, animan a los caballeros en la difícil empresa, para enorgullecerse de adornar sus dedos con el obsequio del vencedor. Esta fiesta recuerda los gloriosos tiempos de nuestra Edad Media.

PABLO MANTEGAZZA.

VELORIOS EN ENTRE RÍOS

Si no fuese por el viaje un poco largo, os aconsejaría que fueseis a morir a Entre Ríos, porque al menos tendríais el consuelo de saber que vuestra muerte hará pasar a muchos vivos una noche de alegría. Cuando, de miembro viviente de la sociedad, un hombre se ha transformado en cadáver, se le viste inmediatamente con sus mejores trajes y se le acomoda en un cuarto, sobre un féretro o sobre el suelo. Esta operación se hace con tanta solicitud, que, llamado muchas veces a distancias de algunas millas

para socorrer a un moribundo, lo encontré ya vestido y rodeado por un cerco de velas de sebo, esperando que entrase la noche para recibir el tributo del *velorio*. Sin conocer los estudios de Brown-Séquard, aquella buena gente sabe distinguir el momento en que aparece la rigidez cadavérica y se apresura a vestir sus muertos antes de que ésta se lo impida.

Al *velorio* se invita a todos los parientes y amigos; por sí mismos se invitan los vecinos, los parásitos y los holgazanes. El objeto es velar una noche, rogando en favor del alma que ha partido, pero entre uno y otro rosario, se toma mate, se come, se bebe y se juega. La descarada gritería de los jugadores y el rastro dé las palabras de amor, interrumpen el murmullo triste y lento del *De profundis*, al que se dedican algunos pocos deudos. El concurso de la alegría y del dolor, de la vida y de la muerte, forma un contraste tan inarmónico, que no se puede por menos que temblar, pensando en la extrañísima pasta de la que está hecho el *Homo sapiens* de Linneo. Sin embargo, creed, bajo mi palabra, que los entrerrianos no son más duros de corazón, ni más escépticos que los romanos, que pagaban las lágrimas, y compradas, las encerraban en la urna, en ludibrio del silencio venerable de la muerte, o como los buenos milaneses, que huyen de la casa del difunto, no sé si por horror del féretro o en salvaguardia del propio egoísmo.

Cuando en Entre Ríos muere un niño, el velorio es acompañado siempre con bailes. De aquí deriva el proverbio argentino: *Morí para que bailemos*. Triste escuela para la juventud, que educándose para la vida, ve recibir con fiestas a la muerte.

PABLO MANTEGAZZA.

EL DELTA DEL PARANÁ

1857

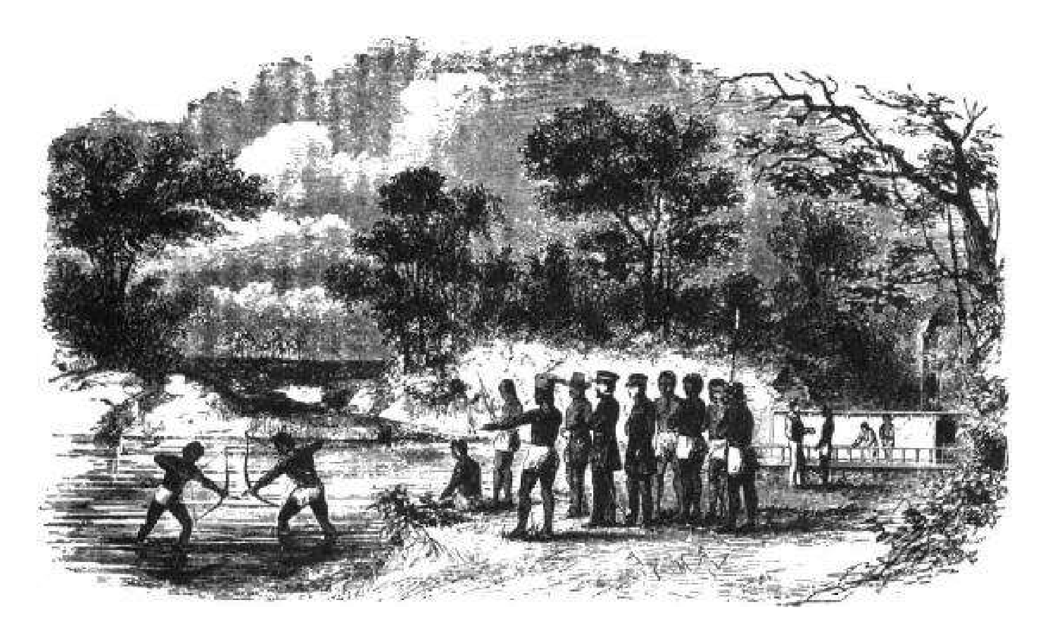
… A eso de las tres levamos anclas. El viento es favorable y El Rey David, buen velero. Poco a poco va desapareciendo la playa y sus altos bergantines. Algunos puntos blancos indican en el horizonte los últimos vestigios de las torres y cúpulas de Buenos Aires.

El río es inmenso, un verdadero mar, majestuoso, infinito, no se ven las orillas por ningún lado. Hacia la derecha, una isla, Martín García, levanta sus candiles de rocas con algunas casitas y un fuerte. El río tiene allí, dicen, veinticinco leguas de ancho. Algo más al norte de Martín García, el Paraná se abre, formando islas, en cuatro brazos o bocas; el Paraná Guazú, el Mini, el de las Palmas y el Paraná Grande. Entramos en el Guazú, pero el viento cesa de pronto y nos vemos obligados a detener la marcha.

La noche se aproxima. Cenamos alegremente sobre el puente de la goleta. El patrón y los tripulantes nos atienden con toda solicitud. Podemos admirar la bondad paternal de don Miguel, que, unida al hábito del mando y a la firmeza de carácter, lo hacen muy bien querido de los marineros. Varios de esos hombres sirven con él desde muchos años atrás. El *Néstor* de la tripulación es *Suracco*, un viejo medio sordo, áspero, regañón, y con fama de incomparable marino. Nadie le iguala durante la borrasca en el golpe de vista certero y en la rapidez de la maniobra. Pero cuando hace buen tiempo y *Suracco* anda desocupado, suele empinar más de la cuenta las damajuanas de vino Carlón que el capitán no ha puesto a buen recaudo. Entonces le reemplaza, en las funciones de cocinero y maestresala, un lindo muchacho muy alegre, de nombre *Manuelo*. A *Suracco*, dos marineros lo envuelven en un gran cobertor y lo depositan al pie de un mástil. Esta vez, una compañera de viaje, ignorante de tan original práctica, vió aquel fardo tendido sobre cubierta y se sentó sobre él muy cómodamente. De pronto se dejó oír un rugido amenazante, como de tigre, y el diván improvisado comenzó a rebullir. La dama huyó espantada, con gran regocijo de los marineros que, ocupados en sus trajines, miraban la escena de soslayo.

Hemos anclado cerca de una isla, admirable por su vegetación. Los bordes desaparecen bajo la espesura de los cactos, los áloes, sauces y bambúes entrelazados por lianas floridas. Después del almuerzo, don

Miguel, que ha hecho guardia durante la noche, se retira a dormir, ordenando que bajen los hombres a la isla, embarcados en las canoas de la goleta, para hacer provisión de leña. Quedamos solos y vemos a los tripulantes, armados de hachas y provistos de cuerdas, abordar en la isla y desaparecer bajo las cortinas de clemátides, pasionarias, bambúes y profusión de ramas entrelazadas. En realidad, aunque ocultos a nuestros ojos, se mantienen cerca de la orilla, sin duda para no extraviarse en aquel laberinto, más temible que el de Creta. Un silencio profundo nos rodea. El Paraná, tranquilo como un lago, refleja el azul del cielo y copia en las aguas mansas la vegetación espléndida de sus bordes.



Indios pescando en el río Bermejo (1857).

No vemos ninguna vela, ninguna embarcación viene hacia nosotros. Ya estamos en el desierto, con su grandeza, su absoluta soledad, su solemne melancolía. De pronto, Camilo, uno de los marineros, oculto en la espesura, entona con voz fresca y melodiosa una barcarola italiana; el estribillo, repetido en coro por sus compañeros, hace pensar en el movimiento cadencioso de los remos sobre el agua y en el balanceo del esquife mecido por las ondas. No sabría traducir la impresión que sentí, oyendo aquella melodía dulce y triste, realzada con gracia por la sonoridad de la lengua italiana. Ningún concierto de artistas célebres en Europa me había impresionado como esas canciones sencillas de pescadores

genoveses, difundiéndose en el silencio de una naturaleza virgen y traídas por la brisa ligera que apenas rizaba la superficie del río. Para los marineros, era el canto de la madre patria un recuerdo del bello golfo, una reminiscencia del hogar; para nosotros, una revelación súbita de lo que puede la música inspirar en las horas excepcionales de la vida. Escuchábamos aquello, encantados, emocionados, cuando se dejó oír el ruido de las hachas contra las ramas y el crujir de los árboles hendidos por los golpes. Otras ideas nos invaden: He ahí la lucha por la vida, ruda, continua, positiva, al lado de la poesía que sólo se nos concede por instantes. Digámonos, para cobrar ánimo, que la una es pasajera y eterna la otra, que el infinito existe virtualmente en todo sentimiento capaz de hacemos sobrevivir.

Cenamos temprano. *Suracco*, de sueño tan pesado como el de Epiménides, no sale de su envoltura. *Manuelo*, el sustituto, nos sirve un excelente yantar y nos da como postre nueces de la cordillera y uvas de Mendoza, todo acompañado de vino Carlón y café. Terminada la cena, el buen capitán advierte nuestros deseos de dar un paseo en bote, y hace preparar una canoa. No tardamos en bordear la isla que, de cerca, diríase el invernadero de algún jardín real en Europa. Un arroyo atraviesa la isla. Entramos en él bajo una glorieta de lianas florecidas, que se entrecruzan de una margen a otra, formando arcos magníficos y festones que rozan nuestras cabezas. Los árboles más variados sombrean las orillas. Podemos admirar los ceibos soberbios, cubiertos de racimos de un rojo de púrpura, las azaleas de todos colores: blanco, rosa, anaranjado, amaranto; magnolias enormes; naranjos silvestres cargados de flores y frutas; durazneros también silvestres de frutas exquisitas, mangos, tamarindos, mimosas, áloes gigantescos, cactos imponentes llamados órganos y otros no menos grandes que producen el higo moro; floripondios, trepadoras cubiertas de graciosas florecillas bermejas, niveas, violetas; pasionarias cuyo fruto dorado pende con elegancia entre los delicados tallos. Los bambúes esbeltos comienzan a balancearse dulcemente bajo la brisa de la noche, cargada de mil aromas fuertes y penetrantes. La barca resbala sin ruido sobre el agua transparente. La superficie desaparece, a trechos, bajo vergeles flotantes formados de ninfeas de un color lila encarnado y de

nenúfares enormes cuya flor semeja una copa de alabastro colocada sobre las anchas hojas. Pasamos junto a la magnífica planta que llaman los criollos *maíz de la isla*, de flor que finge una lámpara antigua suspendida por algún hilo muy leve. Un lindo pájaro blanco surge de pronto entre esas soledades floridas, cruza el arroyo y busca asilo en la margen opuesta. Anochece. Emprendemos el regreso. Al salir de la galería de ramajes y flores que hemos recorrido, entramos de nuevo en el Guazú. El sol se pone entre un mar de fuego, al que sucede luego un ambiente vaporoso, como espolvoreado de oro, que envuelve por un instante las islas, el cielo y el río. Este fulgor mágico se apaga con sorprendente rapidez para hacer lugar a una espléndida noche. También aquí podría decirse lo que un poeta francés dijo de las noches de Italia:

Les nuits y sont, dit-on, plus belles que nos jours.

Subimos a la goleta, cargados de flores cogidas en las riberas de la isla. Encontramos a *Suracco*, que ha salido de su envoltorio. Los ojillos pardos del viejo, de cejas canosas, como manojitos de hierbas escarchados, se fijan en el horizonte con esa mirada tenaz, propia de los marinos…

LINA BECK-BERNARD.[23]

EL CURANDERO

El curandero es personaje de cuenta en la vida de las pampas. En realidad se trata por lo general de un pobre diablo, vizcaíno o genovés, caído en América por lances de la fortuna y que no pudiendo hacer otra cosa, se ha dedicado a médico rural, a curandero. Suele ser un hombre, ni joven ni viejo, de aspecto grave, parco en palabras, lacónico en su papel de oráculo. Si puede agenciarse de unos anteojos con aros de oro, un anillo de sello y algún viejo fraque negro, ya puede considerar asentada su reputación. Su terapéutica participa de la magia. Dispone de recetas para hacer fundir, con cinco metales diferentes, anillos que, una vez en el dedo, preservan del

reumatismo, dolores de cabeza y otros males. Adquiere de los indios del Perú, que bajan todos los años a Santa Fe, raíces maravillosas contra el frío, el calor o el viento. Hace fumigaciones con yerbas aromáticas, que cuando no curan a los enfermos, los asfixian. Abusa con frecuencia de los purgantes y de los eméticos, a tal punto que el resultado de la cura es la muerte del paciente. Pero el curandero, optimista de corazón y de un desahogo sin igual, no se inmuta con la noticia.

—¿Conque murió el pobrecito?…

—Sí, señor.

—¡Que lastima! Le había hecho una limpieza para toda la vida…

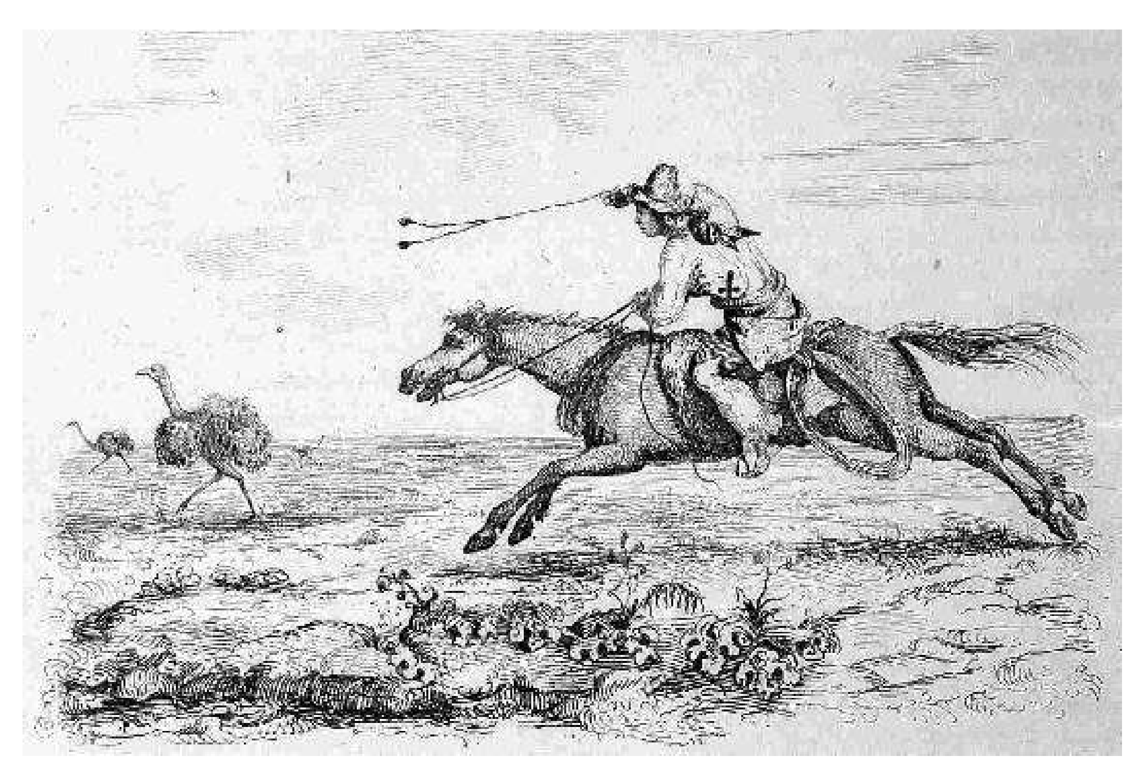
LINA BECK-BERNARD

EXTRAÑAS EXEQUIAS EN LA ESTANCIA «LAS CABEZAS»

GUALEGUAY, 1861

El régimen alimenticio de exclusiva carne debe hacer maravilloso efecto en punto a fortaleza y robustez entre los gauchos: casi nunca están enfermos y se recuperan de los golpes con notable facilidad. Una tarde, sin embargo, al terminar el paseo diario y cuando estábamos desensillando y poniendo los recados sobre la empalizada, vino uno de los peones hasta mister Black y dijo al patrón que se sentía enfermo. Al parecer, tiempo atrás había sido arrojado del caballo por la embestida de un toro y no podía reponerse completamente. En verdad que me sorprendió este espécimen de enfermo gaucho, y pregunté a mister Black si nunca se le había muerto ningún peón. Me contó entonces que uno de dos hermanos que trabajaban como peones en la estancia; fué traído una vez medio muerto por una caída idéntica a la ya mencionada. Con anuencia del hermano, trató de sangrarlo, pero la sangre no circulaba ya y en la misma

noche el enfermo murió. El hermano sobreviviente pidió entonces permiso a mister Black para llevar el cadáver a enterrar en La Victoria, distante muchas leguas de la estancia, hacia poniente. Dió el permiso el patrón, y al día siguiente se levantó muy temprano para ver cómo se las arreglaban con el cadáver.



Caza del avestruz en la pampa. (*Grabado en acero de E. J. Thierry para el libro de A. d'Orbigny*).

El muerto había sido vestido y colocado por sus camaradas en la posición acostumbrada [montado] sobre su propio caballo: las piernas bien atadas al recado; una estaca con horqueta en la punta, adecuadamente puesta, servía de soporte a la cabeza, bajo la barba y mediante otras varias ataduras y fajas, el cuerpo se mantenía firme y daba la impresión de que estaba con vida. El hermano del muerto montó entonces en su caballo, y como ambos animales estaban acostumbrados a viajar juntos, anduvo todo el día con el cadáver en esa posición y llegó a La Victoria donde le dió piadosa sepultura. Aquello me pareció tan romántico, tan agreste y tan terrible al mismo tiempo como espectáculo, que no pude menos de imaginar la impresión que habría sentido quien se encontrara en el camino

con aquella extraña pareja y lo terrorífico del contraste entre el agitado movimiento del caballo al galope y la pálida faz del jinete muerto.

WOODBINE HINCHLIFF.

T. WOODBINE HINCHLIFF. — Magister artium y miembro de la Real Sociedad de Geografía de Londres, viajó en la segunda mitad del siglo pasado (1861) por Brasil y la Argentina. Antes había recorrido los Alpes, y fruto de esos viajes son sus libros *South American Sketches* y *Summer months among the Alpes*. El primero ha sido traducido al castellano (en la parte relativa a la Argentina) con el título de *Viaje al Plata en 1861*. Colección «El Pasado Argentino», Librería Hachette. 1955.

FIESTAS EN LUJAN

LAS BARRACAS, 1866

I

En la fiesta de la milagrosa Virgen de Luján, que se celebra todos los años en el pueblo del mismo nombre, se renuevan algunas de las antiguas costumbres de nuestros gauchos. La civilización que invade nuestros campos, llevando a ellos en los coches del ferrocarril, nuevas costumbres y nuevas necesidades, va haciendo perder su colorido original a la vida del gaucho. Sus trajes y habitudes se van transformando completamente.

La *bota de potro* huye avergonzada a la sola presencia del *poblado*, para ser sustituida en los días de fiesta por la de *becerro*, y en los de trabajo por la *alpargata*; el *chiripá* se cae de las piernas del gaucho, ya acostumbrado a la comodidad del pantalón de *piel del diablo*; el *cielo* se hace *perdiz* en los bailes, porque los *guitarreros* entienden más de *polkas* y *mazurkas*, y el *coñaque* y el *vermouth*, han fundido a los importadores de *caña* y *jiñebra*.

A pesar de esto, en la fiesta de la Virgen de Lujan, los paisanos bailan cielo y arman las célebres *barracas* de la función tradicional de la

Recoleta.

La *barraca* es una especie de rancho sin pared al frente; o mejor dicho, un galpón de tablas con techo de lo mismo o de ramas secas. En el fondo de ella, el *pulpero* improvisa un mostrador grosero y un estante ídem, en que coloca botellas de *coñaque*, cohetes de la India, cajas de sardinas, pan, dulce de membrillo, y algunas baratijas.

En uno de los ángulos del galpón, pone la mesa destinada al juego del *monte* cubierta con un *poncho viejo*. En el extremo opuesto suele colocar el aparato para el juego de *bolos*, que preside el empresario de la fiesta o el que lleva la *coima*, teniendo siempre en la mano, pues estas funciones son nocturnas, un farol poco limpio, en el cual arde una vela de sebo.

La iluminación de la barraca es hecha, en las de lujo, con faroles de papel, y en las de *medio pelo* con un *candil agonizante* o una vela *encasquetada* en una botella, que tiene por despabiladeras los dedos de los parroquianos.

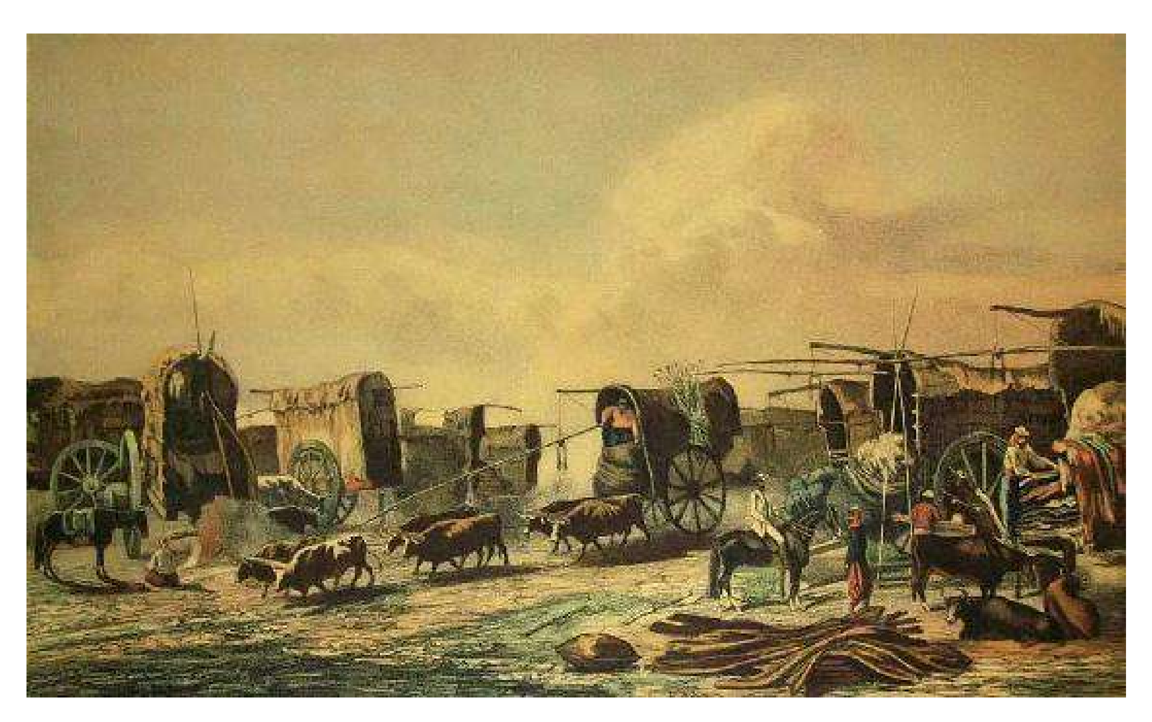
Algunos de éstos juegan al *monte* en el ángulo izquierdo de la improvisada habitación, otros cenan, teniendo por mesa el suelo, y los de más allá cantan, tocan la guitarra, *payan*, o escuchan de pie el canto y la música.

Todos fuman y se pasan el vasito que el pulpero llena con frecuencia, porque como la noche es larga y los estómagos absorben como esponjas, es necesario pasar el tiempo y proporcionarles trabajo a aquéllos.

El exterior de la barraca está ocupado por los mosqueteros y los caballos de los *mozos dueños de la fiesta*.

El humo de los cigarros ennegrece la atmósfera, a través de la cual se escapan los débiles rayos que arrojan los faroles.

Los bailes ya no tienen su campo de batalla en las barracas, porque las *mozas* no las frecuentan de algún tiempo a esta parte Las aficionadas los *dan* en sus casas.



Mercado de frutos del país. (*Según Pallière*).

Es de ver cómo se agrupan en el espacio reducido de un rancho, hasta treinta personas, que ocupan el lugar de la puerta, las pocas sillas de la casa, el baúl de su dueña y la monumental cama de pilares y pabellón, en que ésta reposa de sus tareas. Una *vela de baño* colocada en un candelero de hoja de lata, alumbra la escena.

Los bailarines están emponchados y sus bocas parecen chimeneas de vapor. El *bastonero* no falta en estas reuniones. El *guitarrero* se sienta y cruza la pierna izquierda sobre la derecha, para esperar sus órdenes, apenas *va a romper el baile*. En los intermedios de éste, el *cimarrón* pasa de mano en mano, y alguno de los presentes echa la relación del alcalde que *oía muchas demandas*, que siempre terminaban con alcaldadas de tío y muy señor mío.

El *gato*, baile parecido al *zapateado* español, es acompañado por un canto que empieza así:

¡Salta la perdiz madre,
Salta la infeliz!
¡Que se la lleva el gato,
El gato mis-mis!

Esta danza la ejecuta una sola pareja, haciéndose notar siempre la gracia que en ella despliegan las mujeres. El *bastonero*, después de designar las parejas que han de bailar el *cielo*, se sienta a verlas funcionar. El *cielo* empieza por un paso de mímica, en que el caballero parece invitar a la *dama* a bailar. Aquélla elude el compromiso y huye de él imitando sus movimientos; pero al fin cede y entonces ejecutan una especie de vals a dos tiempos, terminado el cual, las parejas quedan en su puesto anterior: luego que ha terminado esta parte, empiezan la tercera, que se asemeja mucho a la *cadena* de los *lanceros*.

Los paisanos se entregan a este baile con un entusiasmo verdaderamente infantil. Los requiebros a las *mozas* no escasean, como tampoco las relaciones que *echan* damas y caballeros, entre parte y parte del *cielo*.

Mientras que en el interior de la casa se baila y se canta, muchas veces está fuera del rancho, *aguaitando* a su novia, el gaucho receloso, que se cubre la cara con su pañuelo de seda, dejando apenas descubierto el ojo con que acecha.

La alegría de la *falsa* mujer lo *trae de Herodes a Pilatos*, forma el más acabado contraste con la tormenta de celos que ruge en el alma del que la *vigila*, armando en la obscuridad el rayo que ha de herir a su rival…

SANTIAGO ESTRADA.

(*El hogar en la Pampa*).

SANTIAGO ESTRADA. — Distinguido prosista argentino. Nació en Buenos Aires en 1845 y murió en la misma ciudad en 1892. Escribió crónicas de viajes, críticas y cuadros de costumbres. Sus *Obras completas*, publicadas en 1889, comprenden: *Discursos, Miscelánea* (dos series), *Estudios biográficos*. *Viajes* (dos series) y *Teatro* (artículos de crítica teatral). Era miembro correspondiente de la Real Academia Española.

LA PULPERÍA

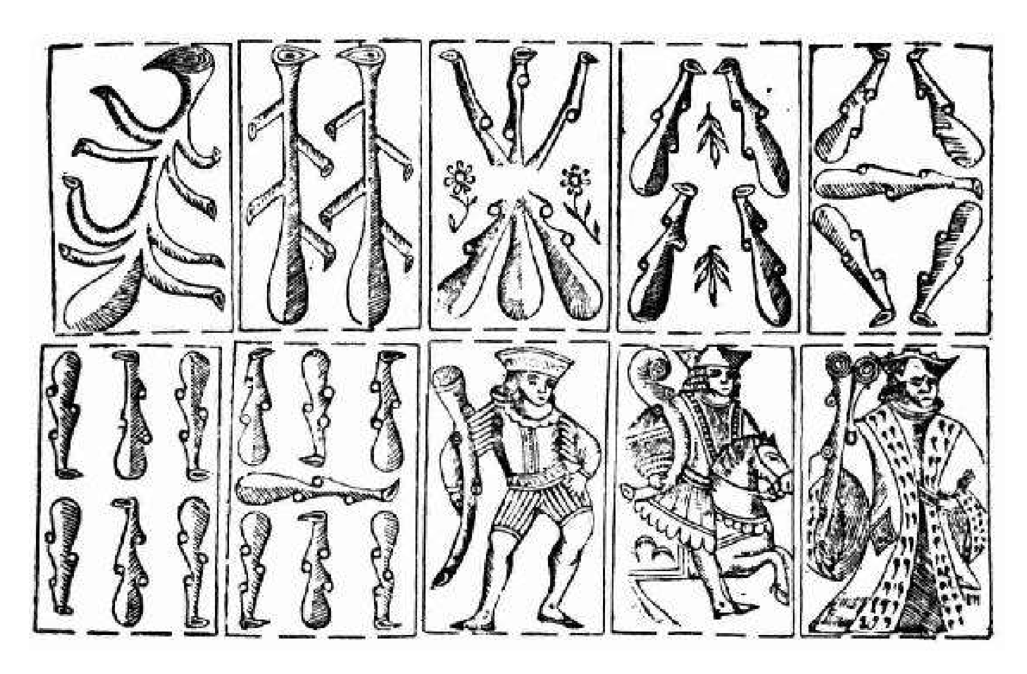
HACIA 1870

Delante de la puerta había una fila de *palenques* enclavados en el suelo para atar los caballos; allí se veían, a todas las horas del día, caballos atados que pestañeaban al sol. Los cojinillos estaban doblados hacia adelante sobre las cabezadas de las sillas, para mantenerlas frescas cuando hacía calor y secas si llovía; las riendas estaban cogidas por un *tiento*, para que no cayeran a tierra y fueran pisoteadas. Algunas veces salía un hombre de la pulpería con una botella de ginebra en la mano, o con algún saco de yerba que colocaba en su maleta, y luego soltando cuidadosamente el cabestro, apoyaba el pie contra el costado del caballo y se encaramaba, arreglándose las bombachas o el chiripá, y emprendía camino hacia el campo, al trotecito corto, que a eso de las cien varas se convertía en el galope lento de las llanuras.

Algunos de los caballos atados a los palenques estaban ensillados con recados viejos, cubiertos con pieles de carnero; otros relucían con enchapados de plata; a veces, algún caballo redomón, con ojos asustados, resoplaba y saltaba hacia atrás si algún incauto extraño se acercaba más de lo mandado.

De la pulpería salían, en ocasiones, tres o cuatro hombres juntos, algunos de ellos medio borrachos. En un momento, todos estaban a caballo con presteza, y, por decirlo así, tendían el ala como si fueran pájaros. Nada de embestidas infructuosas para coger el estribo, ni de tirones de rienda, ni de entiesamientos del cuerpo en posiciones desairadas al hallarse ya a caballo, ni fuerte golpear de la pierna del otro lado de montar, según el estilo de los europeos, se veía jamás entre aquellos centauros que lentamente empezaban a cabalgar. Ocurría que algún hombre que había bebido demasiado generosamente *Carlón* o *cachaza*, coronándolo todo con un poco de ginebra, se mecía en la silla de un lado a otro, pero el caballo parecía cogerlo a cada balanceo, manteniéndolo en perfecto equilibrio merced al firme agarre de los muslos del jinete.

La puerta de la casa daba a un cuarto de techo bajo, con un mostrador en medio, de muro a muro, sobre el cual se alzaba una reja de madera con una portezuela o abertura, a través de la cual el patrón o propietario pasaba las bebidas, las cajas de sardinas y las libras de pasas o de higos que constituían los principales artículos de comercio.



Naipe de mediados del siglo XIX.

Por el lado de afuera del mostrador, haraganeaban los parroquianos. En aquellos días, la pulpería era una especie de *club*, al cual concurrían todos los vagos de las cercanías a pasar el rato. El rastrilleo de las espuelas sonaba como chasquido de grillos en el suelo, y de día y de noche gangueaba una guitarra desvencijada que, a veces, tenía las cuerdas de alambre o de tripa de gato, remendadas con tiras de cuero. Si algún *payador* se hallaba presente, tomaba la guitarra, de derecho, y después de templarla, lo que siempre requería algún tiempo, tocaba callado algunos compases, generalmente acordes muy sencillos, y luego prorrumpía en un canto bravío, entonado en alto falsete, prolongando las vocales finales en la nota más alta que le era posible dar. Invariablemente estas canciones eran de amor y de estructura melancólica, que se ajustaba extrañamente con el aspecto rudo y agreste del cantor y los torvos visajes de los oyentes.

Solía suceder que algún hombre se levantara, llegara a la ventanilla de la reja y dijera: «Carlón»; recibía un jarro de lata lleno de ese vino catalán, capitoso, de color rojo oscuro, como de medio litro; lo pasaba alrededor a todos los ociosos que allí se hallaban, comenzando por el *payador*. Llegaban transeúntes que saludaban al entrar, bebían en silencio y volvían a irse, tocándose el ala del sombrero al salir; otros se engolfaban al punto con conversación sobre alguna revolución que parecía inevitable u otros

temas del campo. En ocasiones sobrevenían riñas a consecuencia de alguna disputa, o bien sucedía que dos reconocidos valientes se retaran a primera sangre, tocándole pagar el vino o cosa parecida al que perdiera. Pero a veces surgía alguna tempestad furiosa: por el mucho beber o por cualquier otra causa, algún hombre empezaba a vociferar como loco y sacaba a relucir el facón.

Me acuerdo de algo por el estilo en una pulpería del Yi: un viejo adusto, con larga cabellera gris que le cubría los hombros, saltó repentinamente hacia el centro de la estancia, y sacando el cuchillo, empezó a golpear en el mostrador y en los muros, gritando «Viva Rosas», «Mueran los unitarios salvajes» y echando espumarajos por la boca. Su aspecto era tan terrible, que casi todos los concurrentes sacaron sus armas, y deslizándose como gatos al palenque, les quitaron las maneas a sus caballos, quedándose al lado de ellos, listos para cualquier evento. El pulpero se apresuró a cerrar las ventanas y puso una fila de botellas vacías sobre el mostrador para dispararselas a la concurrencia en caso de necesidad. Pasado un minuto, que, lo confieso, pareció una hora, y después de haber amenazado a todo el mundo con la muerte si no gritaban «Viva Rosas», el cuchillo se le cayó de las manos al anciano, y él mismo, tambaleando hacia un asiento, se desplomó en él silenciosamente, meciéndose de adelante para atrás y murmurando algo incoherente entre la barba. Los gauchos envainaron sus cuchillos, y uno de ellos dijo: «Es *ño Carancho*; cuando está en pedo se acuerda siempre del difunto; déjenlo tranquilo».

R. B. CUNNINGHAME GRAHAM.[24]

(*El Río de la Plata*).



← Roberto B. Cunninghame Graham, a la edad de 17 años, vistiendo traje de gaucho.

SALIENDO AL RODEO

HACIA 1870

En las grandes estancias de las llanuras, la vida se concentraba en un espacio amplio, escueto, de color pardusco, a veces hasta de un octavo de legua de ancho, llamado el *rodeo*, que en aquel océano de altas yerbas parecía como un bajío en alta mar.

A eso de una hora antes del amanecer, hundida ya la luna, sin que el sol se hubiera levantado todavía, en el momento en que los primeros rayos rojizos empiezan a teñir el cielo, los gauchos se alzaban de sus *recaos*. En esos tiempos era cuestión de honor dormir sobre el *recao*, tendida la carona en el suelo, con las jergas encima, puesto el cojinillo bajo las caderas para blandura, usando los bastos de almohada, y debajo de ellos, pistola, cuchillo, tirador y botas, envueltos en el poncho, y un pañuelo atado en la cabeza.

Los gauchos se levantaban, a pesar del rocío o la escarcha, según la época del año, y veían si el caballo que habían dejado atado toda la noche se había enredado en la soga. Luego volvían junto al fuego, se sentaban, tomaban un matecito *cimarrón* y fumaban.

A cada instante algún hombre se apartaba del fuego, levantaba el cuero de yegua que servía de puerta; luego volvía silenciosamente, se sentaba, tomaba un tizón del fuego, sacándolo clavado en el filo del cuchillo, y encendía un cigarrillo. Cuando el alba ya iluminaba el cielo, como la aurora boreal en el norte en las noches de invierno, ya se habían puesto en pie, y echándose los *recaos* al hombro salían a ensillar.

Los pingos tiritaban afuera, atados a sus maneadores, arqueando el espinazo como gatos a punto de reñir.

Generalmente, el jinete, en perspectiva, después de arrancar la estaca a que su caballo había estado atado toda la noche, recogiendo el cabestro, se acercaba cautelosamente. Los caballos bufaban como máquina de vapor que asciende una pendiente. Cuando lo podía hacer, el gaucho ensillaba su caballo después de manearle las manos delanteras, aunque con toda seguridad habría de botar las jergas y la carona varias veces antes de

ensillarlo. Una vez puesto el *recao* en su lugar, el jinete estiraba el pie desnudo debajo del vientre del caballo; cogía la cincha entre los dedos del pie, pasaba el correón por entre los anillos de hierro de la encimera y de la cincha, apoyado el pie contra el costado, y tiraba hasta dejar el caballo como una vejiga de sebo, lo que muchas veces hacía que éste corcoveara, a pesar de estar maneado.

Si sucedía que el caballo estuviese medio amansado no más, que fuera *redomón*, como solía decirse, su amo lo conducía al palenque y lo ataba allí, luego lo maneaba, y así lograba ensillarlo después de mucha brega y mucho resoplido. Al propio romper del alba, sonreía la pampa plateada de neblina y de rocío, y en las mañanas de invierno, flotaban espejismos prodigiosos de árboles que parecían suspendidos en mitad del aire con las copas hacia abajo. El capataz daba la señal de marcha. Los gauchos se acercaban lentamente a sus caballos, soltándolos con cuidado de no quedar presos en algún lío del maneador, y luego, volviendo a apretar las cinchas, que solían ser de ocho a diez pulgadas de ancho, conducían sus caballos algunos pasos adelante para que estiraran el lomo, o si querían, que corcovearan. Luego montaban. Algunos de los caballos se revolvían; sus jinetes los retenían con el bozal en la mano izquierda; en la derecha, puesta sobre la cabeza de la silla, llevaban las riendas. Saltaban a la silla de una manera peculiar suya, doblando la rodilla y pasándola sobre la mitad de la silla, sin apoyarse jamás sobre el estribo como hacen los europeos, de suerte que el acto parecía un solo movimiento, y quedaban a caballo, con la facilidad con que resbala una gota de agua sobre un vidrio, y sin hacer más ruido.

Llamando a los perros, que solían ser todos mestizos, con uno que otro galgo negro flaco en cada partida, los gauchos emprendían la marcha, dejando sobre el rocío estampadas las huellas de sus caballos. Algunos de éstos corcoveaban y brincaban; los jinetes gritaban, las largas cabelleras les caían sobre los hombros, alzándose y cayendo con el saltar de los caballos. De la estancia salían siempre al trotecito. Los caballos empinaban los lomos, arqueaban el cuello, macuyando el bocado provisto de anillos rotatorios llamados *coscojas*, que retintineaban entre sus dientes.

A eso de cien varas se miraban unos a otros; alguno decía: «Vamos», los demás contestaban: «Vámonos». Y galopaban hasta llegar al punto indicado por el capataz para que se separaran; éste les explicaba que tal y tal punta de ganado debía estar en la loma, cerca del arroyo de Los Sarandis, que en esa punta «había una vaca ñata, por más señas vieja, que no hay modo de equivocar», etc…

R. B. CUNNINGHAME GRAHAM.

(*El Río de la Plata*).

EL RODEO

1870

… Por fin se oían a lo lejos gritos indecisos, martilleo de galope y ladrar de perros, que iban aumentando en claridad y precisión al acercarse. Luego un tronar sordo de innúmeros cascos, y poco a poco, del norte, del sur, del este y del oeste, llegaban grandes puntas de ganado, a carrera tendida. Detrás de ellas, con los ponchos flotantes y blandiendo los cortos rebenques sobre sus cabezas, corría el gauchaje, seguido de los perros. A medida que cada punta llegaba al rodeo, los jinetes contenían el galope de sus caballos cubiertos de espuma, para que el ganado, a su vez, anduviera más despacio y no iniciara una desbandada entre los animales ya recogidos.

Por fin llegaba la punta de la *ñata*, o la del buey *palomino*, o aquella otra no del todo aquerenciada… De esta suerte se reunían cuatro, cinco o diez mil reses; los hombres que las habían traído de las lomas, de las cuchillas y de las cañadas, de los espesos pajonales, de los montes y de los rincones de los ríos, después de aflojar la cincha, cabalgaban lentamente alrededor del ganado para mantenerlo en su lugar, lo que llamaban «atajar el rodeo». Los perros permanecían echados, acezando, con la lengua

afuera; el sol empezaba a picar, y de vez en cuando, algún novillo o alguna vaquillona ágil, o hasta una pequeña punta de ganado, se salía, tratando de volverse a su querencia, o por puro miedo.

Dando un grito, el jinete más cercano se precipitaba de un salto, fogoso, con la cabellera al viento, tratando de pasar a los fugitivos y de cortarles la marcha…



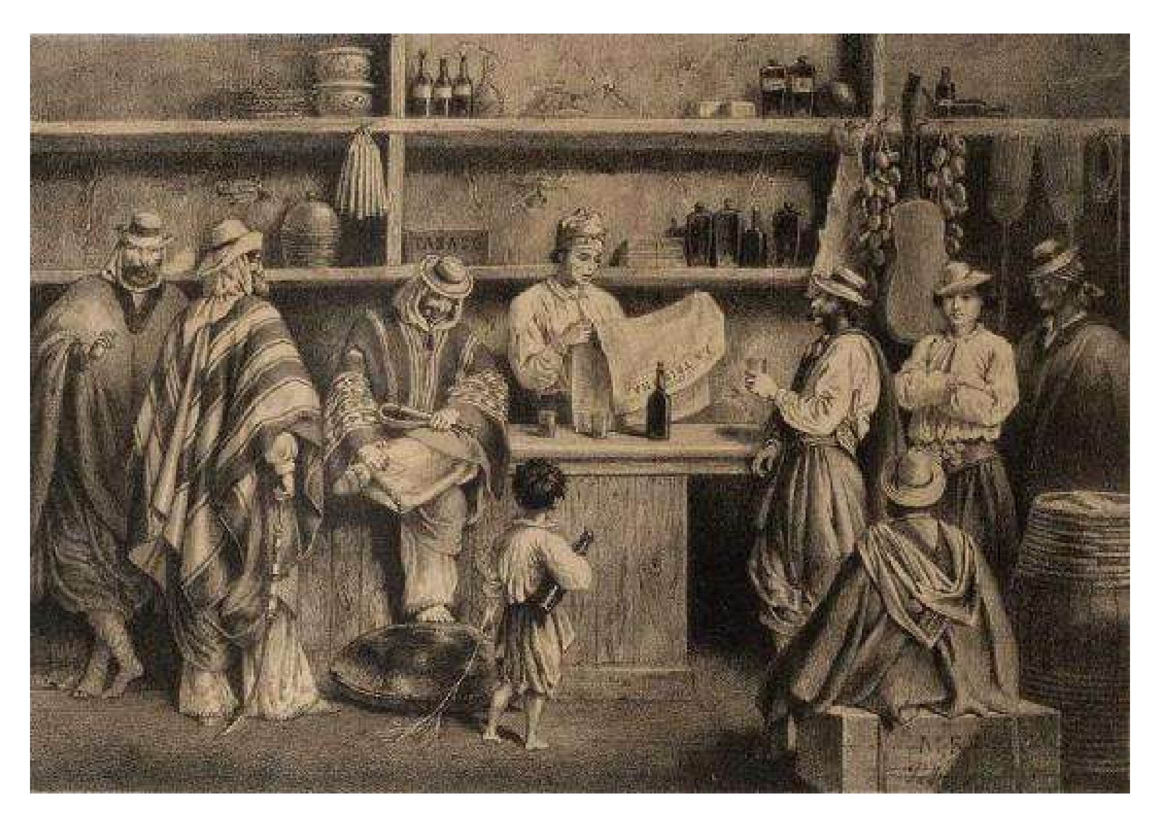
← Lancero a caballo (Entre Ríos). (*Según Pallière*).

¡Vuelta ternero!, ¡vuelta vaquilla!, gritaban corriendo al lado de los animales escapados. A eso de las cien varas —porque el ganado criollo corría como el relámpago— el jinete se acercaba más al animal fugitivo y andando delante trataba de volverlo, oprimiéndolo con el ijar de su caballo. Si después de una caza de tres o cuatrocientas varas, el animal se volvía hacia el rodeo, como generalmente sucedía, el gaucho, después de uno o dos saltos, contenía el caballo y volvía a galope corto a unirse con sus compañeros.

Si se trataba de un toro arisco, de alguna vaca muy ágil, y sucedía que después de empujarla de costado volvía a emprender camino, o si se paraba y embestía, el gaucho corría al lado del animal, golpeándolo con el mango de su arreador. Si todo esto fallaba, como postrer recurso el gaucho emprendía carrera y golpeaba al animal de costado con todo el pecho de su caballo, haciéndolo caer pesadamente al suelo. Esto se llamaba *dar una pechada*, y al ser repetido, bastaba para dominar a los animales más reacios, aunque a veces era preciso enlazarlos y traerlos arrastrando.

....

Así, después de cosa de media hora de cabalgar alrededor del rodeo, que en un principio había sido una masa calidoscópica y mugiente, erizada de cuernos por lo alto, y estremecida de cascos por lo bajo, esmaltada de ojos chispeantes, con innumerables colas sacudidas a manera de látigos, como serpientes, una mezcla de todos los colores, negro, blanco, pardo, castaño, crema, rojo, en intrincada maraña, resultaba una masa, apreciable en que podían reconocerse las distintas puntas de ganado, señaladas cada una de ellas por algún animal saliente, ya por el color, ya por la forma. Tanto el capataz como sus gauchos, las conocían tan bien como conocen los marinos las varias clases de barcos; de un solo golpe de vista sabían qué animal estaba gordo, o si tan sólo daría carne blanca, según el modo de decir de los conocedores, o si el estado general del ganado era bueno o era malo, ¡y todo esto tratándose de un rodeo de cinco mil animales!



Interior de una pulpería. (*Según Pallière*).

Sus ojos escudriñadores veían con sólo mirar, si alguna res se había herido, y si le habían entrado gusanos en la parte enferma. El toro o la vaca así infectados, eran enlazados, echados por tierra, se les lavaba la herida con sal y agua y se les dejaba levantarse. Inútil agregar que esta operación no contribuía a la mansedumbre; en algunas ocasiones, para evitarse trabajo, los gauchos los enlazaban de las astas y de las patas desde a caballo en distintas direcciones, para mantenerlas tiesas, si no se contentaban con enlazar a la res, derribándola y poniéndole una mano delantera por encima del cuerno, haciendo que un hombre mantuviera al animal echado, tirándole la cola, pasada por debajo, por entre las patas; en tal caso, el individuo que tenía en la mano el cuerno de vaca con el remedio, podía verse en situación muy apurada. Si no tenía un caballo fácil de montar, el animal enfurecido, al levantarse, lo perseguía con tal prisa que él tenía que agacharse y pasar debajo de su caballo para montar del otro lado. Si por mala suerte suya el caballo se le escapaba, para salvarlo se precipitaban dos gauchos, rápidos como el viento, blandiendo sus arreadores de mango de hierro en lo alto como mayales, prontos a

golpear con ellos el lomo del toro, que encajonaban entre sus dos caballos, apretándose con él a todo galopar…

Después de una o dos horas, si no sobrevenía percance alguno, los «paradores» se separaban del rodeo a galope, fumando y charlando sobre el precio del ganado en los saladeros, las carreras del domingo próximo en esta o en aquella pulpería, ya en «La Flor de Mayo», en «La Rosa del Sur», o en la esquina de los «Pobres Diablos». El ganado recogido en el rodeo, al sentirse solo y libre, se desintegraba lentamente (como se escurre una muchedumbre humana después de un mitin en Hyde Park), volviendo las diversas puntas a sus pastales favoritos.

R. B. CUNNINGHAME GRAHAM.

(*El Río de la Plata*).

LA DISPARADA DEL RODEO

1870

… A veces presentaba el rodeo otro aspecto más tormentoso aún, que estallaba como un pampero, con violencia tan repentina, que cuando ya había pasado, restablecida la quietud, los que lo habían visto contemplaban estupefactos la serena tranquilidad de las llanuras. Podía ser que algún tropero se hallara apartando ganado para el saladero, y que sus peones separaran las reses arreándolas hacia algún señuelo de reses mansas, retenidas por otros peones a distancia de un cuarto de legua del rodeo; podía ser que todo estuviera en paz, que el rodeo estuviera tranquilo bajo la vigilancia de los jinetes que le daban vuelta lentamente; podía ser que las partidas trabajaran con calma, sin muchos gritos; que el día estuviera sereno, limpio de nubes el sol, y que, de repente, un movimiento de inquietud estremeciera todo el ganado, haciéndolo agitarse y moverse a la manera de las aguas en un remolino, sin causa aparente.

Si el «tropero», el «capataz» o el «estanciero», habían aprendido la lección del campo —y muy pocos de ellos la ignoraban—, no perdían un solo instante; con toda suavidad, ordenaban a los peones que la fila tan apretada como les fuera posible, dieran vueltas en un gran círculo alrededor del rodeo. Pudiera ser que así lograran pacificar a los animales; pero, en todo caso, no había que pensar en apartar más reses ese día.

Bastaba la menor cosa, el vuelo de un sombrero arrastrado por el viento, el aletear de un poncho, la caída de un caballo que tropezara en algún hoyo, para que todo esfuerzo fuera tan vano como el del que quisiera espantar de un campo una nube de langosta. En un instante todo el ganado se enloquecía; las reses echaban chispas por los ojos, alzaban colas y cabezas, y como una marejada, todo el rodeo, de cuatro o cinco mil reses, con bramido ensordecedor y tronar de río caudaloso, en plena inundación, partía de estampía. No había nada que pudiera detenerle el paso. Por sobre los collados y las abruptas quebradas y los arroyos, pasaban como se extiende el fuego en la yerba, en las llanuras.

Entonces era cuando había que ver a los gauchos. Caído el sombrero de la cabeza, retenido en el aire por un barbuquejo, y zafándose el poncho en plena carrera, el capataz galopaba a cortar el torrente de animales despedidos.

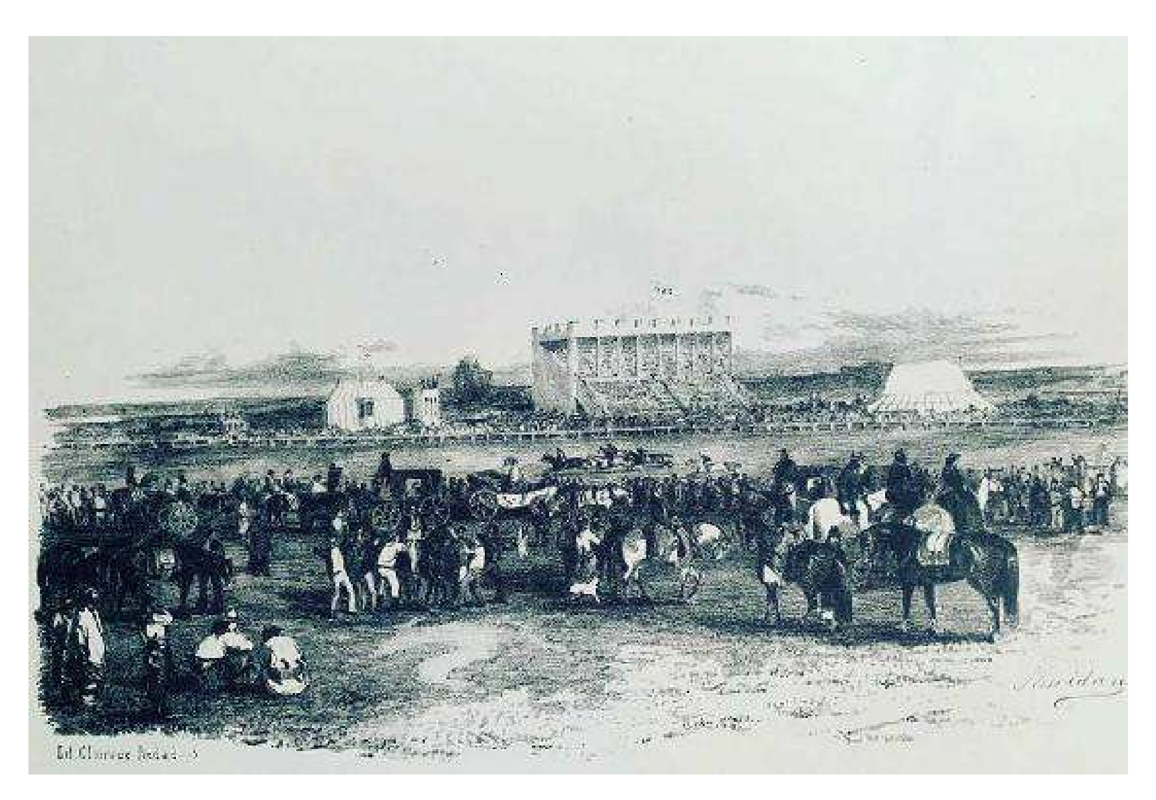
Los peones se separaban como las varillas de un abanico, aguijoneando a sus caballos con sus grandes espuelas de hierro y con recios golpes de sus rebenques, tratando a su vez de ponerse al frente. Los que quedaban envueltos en el montón embravecido, no tenían más esperanza de salvarse que en los cascos de su caballo —a uña de buen caballo— se veían estrujados entre los animales, pero conservaban su ecuanimidad, vigilantes y erguidos en sus *recaos* y listos a aprovechar la primera oportunidad para escurrir el bulto.

Si por casualidad sus caballos caían, su suerte estaba echada. El huracán pasaba por sobre ellos y sus cuerpos quedaban en la llanura, como los de marinos arrojados a la playa después de un naufragio, destrozados y horribles.

Los hombres que se habían extendido a los lados, se reunían ahora, al ponerse adelante, y galopaban a la cabeza del torrente enfurecido, agitando

los ponchos y blandiendo sus rebenques en lo alto. Ellos también corrían gran peligro de perder la vida, si el ganado atravesaba una vizcachera o un cangrejal. Eran de verse entonces los prodigios de equitación. Bástame cerrar los ojos para ver una disparada en la estancia del Calá…

A veces los esfuerzos de los peones daban buen resultado, y aquietado el primer pánico, el ganado se dejaba separar en puntas, y poco a poco y con gran pausa, se le recogía de nuevo en el rodeo y se le tenía allí una o dos horas, hasta que se hubiera aquietado por completo. Si de otra suerte sucedía que continuaban corriendo, corrían leguas y leguas hasta dar con algún gran río o con un lago, y se lanzaban al agua ahogándose muchos, y en todo caso lo seguro era que muchas reses se extraviaran, se confundieran con otros ganados, o vagaran errantes y nunca volvieran.



Hipódromo de Belgrano. (*Litografía de Sheridan, 1862*).

La impresión de aquella escena era inolvidable; a través del polvo que en las praderas levantaba el ganado, oscureciendo el horizonte, y de la polvareda más turbia todavía de los años que se han ido, paréceme que veo aquella marejada viva, como un torrente de lava, y que oigo su retumbar, como de trueno, en las llanuras.

R. B. CUNNINGHAME GRAHAM.

(*El Río de la Plata*).

LA COCINA EN EL CAMPO

… El palenque deslindaba los límites del hogar; más allá de él, tanto la etiqueta como la prudencia, mandaba al extraño no pasar sin un ceremonioso «Ave María Purísima», contestado con un «Sin pecado concebida». A esto seguía la invitación a apearse y a atar el *montao*; luego, ahuyentados los perros, que mantenían al viajero rodeado… el dueño de casa la franqueaba a su huésped. Se entraba a la cocina, que servía de comedor y de cuarto de recibo. Una vez sentados sobre cabezas de buey, comenzaba el desgrane de noticias: que ya la revolución había estallado en Corrientes, o que algún caudillo conocido recogía caballos y reclutaba gente en Entre Ríos o en la Banda Oriental; que los colorados habían tomado a Paysandú, que los blancos habían triunfado en Polanco o en algún otro lugar, o que este o aquel gobernador había sido asesinado.

Luego se hablaba de caballos, de las marcas con que estaban herrados, del precio del ganado en Concepción del Uruguay y de si era cierto que Cruz Cabrera había matado a Juan el Velludo, y de cómo era que en el monte del Yi quedaban matreros, y de muchas cosas de esa laya, de suprema importancia en el campo. Luego servían el mate, mientras conversaban a la luz de la lumbre.

Aparecía una china o una negra, levantando el cuero de yegua, tendido a guisa de puerta, y después de hacer sus venias, recibía la yerba, tomada de un saco hecho de un buche de avestruz, ponía el caldero al fuego, se sentaba en un banco, abriendo las rodillas como si fuera a partirse en dos, y se inclinaba para soplar el fuego; cuando el agua hervía, ponía la yerba en el mate, ajustando la bombilla en posición vertical, operación que requería alguna habilidad, y después de verter el agua, empezaba a chupar

el tubo, escupía al suelo las primeras chupadas, hasta dejar el aparato corriente; luego, después de tomar un mate por su propia cuenta, lo pasaba de mano en mano entre los convidados, con cierta nimia distinción de categorías. Mientras todos chupaban el brebaje, hasta dejar el mate seco, la muchacha, de pie todo el tiempo, solía deslizar la mano distraídamente entre sus largos cabellos, o entre sus motas negras, como en busca de algo, en tanto que, con un pie descalzo, se rascaba la otra pierna. Luego volvía a ponerse en cuclillas, llenaba el mate y después de la chupada inevitable, para cerciorarse del tiro de la bombilla, comenzaba de nuevo a pasarlo a la redonda. La muchacha que lo servía guardaba, durante la ceremonia, un silencio solemne como si cumpliera con algún rito. Si el dueño de casa no tenía hija o mujer, o muchacha, servía él mismo el mate, pero no lo pasaba de mano en mano: sentado junto al fuego lo llenaba, veía si tiraba bien y se lo pasaba a otro. El mate circulaba así hasta que la yerba perdía su sabor, que era áspero, amargo y acre. En el campo nunca se tomaba con azúcar sino *cimarrón*.

La conversación se generalizaba: se hablaba de la invasión de los indios, de que los infieles, en su última entrada, habían quemado el rancho de Quintín Pérez, de que se les había visto retirándose a la luz de las llamas… arreando una caballada, costeando el estero, al oeste.

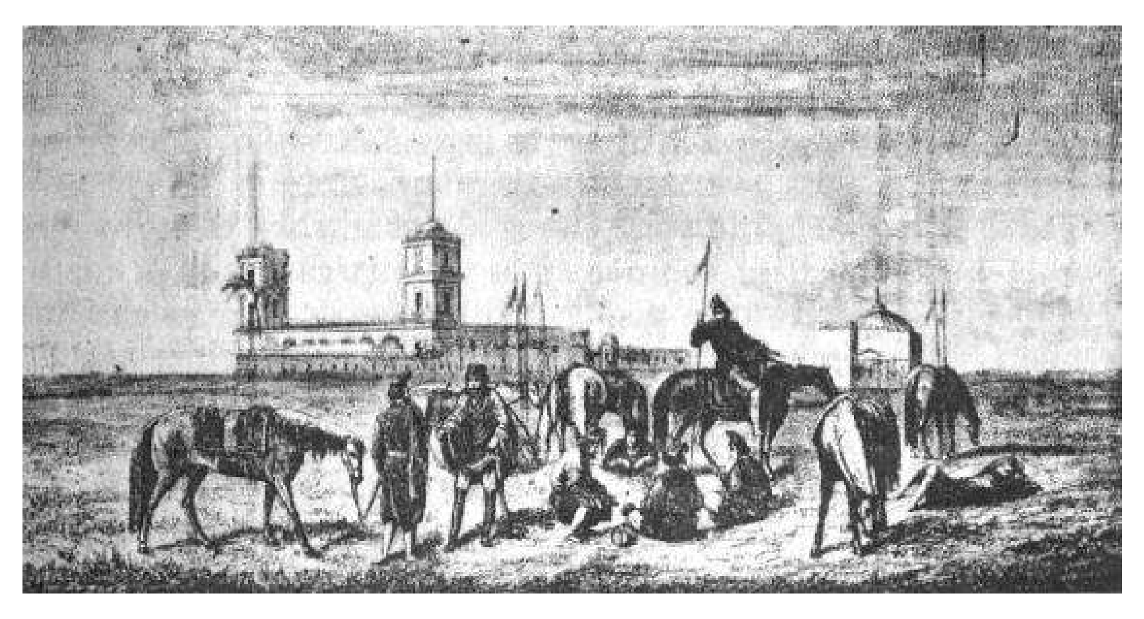
Los hombres que en estos decires se entretenían, eran, por lo general, altos, cenceños y nervudos, con no pequeña dosis de sangre india en sus enjutos y musculosos cuerpos. Si las barbas eran ralas, en desquite el cabello, luciente y negro como ala de cuervo, les caía sobre los hombros, lacio y abundante. Tenían la mirada penetrante y parecía que contemplaban algo más allá de su interlocutor, en horizontes lejanos, llenos de peligros, rondados por los indios, en donde a todo cristiano le incumbía mantenerse alerta con las riendas en las manos…

R. B. CUNNINGHAME GRAHAM.

(*El Río de la Plata*).

EL BAILE

El rancho quedaba sobre una pequeña colina. Cuatro o cinco caballos… estaban atados… esperando que montásemos para ir a un baile, en casa de Frutos Barragán. Emprendimos el camino a la caída del sol… La noche era clara, el cielo estrellado. Sobre nuestras cabezas se cernía la Cruz del Sur. Las estrellas lucían con tal brillo que los objetos eran visibles a una milla de distancia… Las lomas eran a veces imperceptibles y en ocasiones se erguían como casas. Los bosques parecían oscilar y agitarse y en las orillas de los torrentes los matorrales de «paja brava» se erguían como centinelas… Los caballos sacudían sus bridas con un limpio cascabeleo y los jinetes, balanceándose ligeramente sobre las sillas, parecían formar parte integrante de sus cabalgaduras.



Morada del general Urquiza en San José, Entre Ríos.

De cuando en cuando, las lechuzas pasaban volando silenciosamente cerca de nosotros y hacían círculos sobre nuestras cabezas antes de dejarse caer blandamente sobre los matorrales. Eustaquio Medina, conocedor de la comarca como conoce el marino las aguas donde ha nacido, cabalgaba delante de nosotros. Cuando el caballo se espantaba ante la sombra movible de las yerbas o al pasar cerca… de un animal muerto, lo hacía dar

vuelta con el rebenque, hasta que la luz de la luna, reflejándose en el cabo de plata, le formaba como una aureola alrededor de la cabeza. A ratos, uno de la cabalgata se desmontaba para arreglar la cincha, en tanto que su caballo se revolvía inquietamente para partir con un salto, al sentir que el jinete le había puesto el pie en el estribo.

La noción del tiempo y la del espacio parecía desvanecerse en el galope, de tal modo que, cuando Eustaquio Medina se detuvo por unos instantes para buscar el paso de un arroyo, nos sentimos fastidiados por su demora…

Los perros, que ladraban cerca, nos hicieron saber que nuestra cabalgata ya casi llegaba a su fin. Cuando galopábamos hacia una pequeña eminencia, Eustaquio Medina detuvo su caballo y se volvió hacia nosotros: «Ahí está la casa», dijo… «en el fondo de ese bajo…». Cuando vimos la titilación de las luces, golpeó con la palma de la mano sobre la boca, a la manera de los indios y soltó un grito penetrante…

Había caballos por todas partes, unos atados, otros maneados. Del interior… salían notas de acordeón y cencerreos de guitarras.

… Saludamos a grito herido al dueño de la casa, un viejo gaucho alto, de nombre Frutos Barragán, que esperaba a un lado de la puerta con el mate en la mano. Nos dió la bienvenida, aconsejándonos que atáramos las bestias…

En el bajo rancho de paja, cuyos aleros estaban ennegrecidos por el hollín, ardían, sobre hierros de marcar, tres o cuatro candilejas… de sebo de yegua y provistas de una mecha que requería con frecuencia el cuidado de las despabiladeras… Cuando por acaso titilaban, iban a iluminar las fachas curtidas de los gauchos… y los vestidos de algodón de las mujeres, sentadas en sillas recostadas contra la pared. Algunos vascos robustos, uno o dos ingleses… y uno o dos italianos componían *la sociedad*. El piso era de tierra pisada, dura y brillante como un cemento…

Un ciego paraguayo, de muchos años, tocaba la guitarra, y un negro, enorme, le acompañaba en el acordeón. Sus esfuerzos aunados, producían una música que era, en verdad, vigorosa. De cuando en cuando, uno de los dos rompía en un canto de tono altísimo y melancólico…

Llenaban el aire el humo de los cigarros y de las emanaciones del aguardiente y de un vino catalán, fuerte y capitoso, muy favorecido por las mujeres, que bebían de un solo vaso y lo pasaban de mano en mano, ceremoniosamente… Al fin cesó el canto y la orquesta preludió… Los hombres se alzaron, se retiraron al rincón de la pieza, donde las mujeres se habían amontonado como para protegerse las unas a las otras y con un cumplimiento las trajeron al espacio destinado a la danza… Las ropas sueltas les daban a los movimientos del gaucho, cuando giraba con su pareja, un aire de desenvoltura y facilidad, en tanto que los ojos miraban por encima de los hombros…

A ratos se separaban, volvían a acercarse con aire de gravedad y luego el hombre, adelantándose, tomaba a su pareja por el talle y parecía impulsarla hacia atrás con los ojos cerrados, en una expresión de beatitud. La circunspección era la nota dominante de la escena, y aunque los movimientos de la danza no carecían de atrevimiento, según la intención de los danzantes, en el efecto había mucha gracia, y la había también en el suave modo de escurrir el cuerpo y de agitar en la luz vacilante los vestidos rayados de colores vivaces y originales.

Durante los intervalos, el aguardiente fluía copiosamente. Los danzantes se secaban el sudor de la frente… El viejo paraguayo y el negro, bañados en sudor, continuaban tocando… Cuando la música cesaba por momentos, hendía los aires el relincho de un caballo… como llamando a su dueño para volver o casa.

La noche se agotaba y el negro y el paraguayo continuaban empeñados en fatigar los instrumentos… Sobrevino una calma. Mientras los hombres les endulzaban el oído a sus parejas… se oyó un ruido de voces, y en un instante dos gauchos saltaron a la palestra.

Aparecen súbitamente en sus manos facones guarnecidos de plata. Con los ponchos arrollados en el brazo izquierdo, a manera de escudos, blasfemando a torrentes, se agazapan como gatos para asaltar su presa… «¡Paz, paz!», gritó Frutos Barragán, pero mientras sonaban sus palabras, un cuchillo corta el aire y se inserta en el vientre de un hombre, que rueda por el suelo. La sangre brota… de su boca, el vientre se contrae como una vejiga reventada…

Las candilejas se apagan al caer, y en la oscuridad las mujeres gritan y los hombres se agolpan a la puerta. Cuando salieron a la luz de la luna… y mientras los unos buscaban una explicación en los semblantes mudos de los otros, sonó una voz lejana que decía:

«¡Adiós, Barragán! Así paga Vicente Castro sus deudas a los que quieren robarle su niña»… Y con la voz se perdió el eco de las pisadas de un caballo…

R. B. Cunninghame Graham.

(*El Río de la Plata*).

UN GAUCHO LONDINENSE

ENTRE RÍOS. 1861

Mientras observaba el aspecto algo salvaje de estos hombres[25] me llamó la atención uno de ellos, bastante recio y de edad madura. Mostrábase muy sucio y daba la impresión de haber estado trabajando en alguna carneada. Largos cabellos grises y una larga barba colgante encuadraban un rostro muy curtido por el sol y caracterizado por una expresión desaprensiva… Estaba yo pensando en que aquel individuo de piel sucia y largos cabellos debía de ser buen espécimen del criollo más bravío, cuando, mirándome él también y para gran sorpresa mía, señaló mi maleta en el suelo y dijo en el genuino lenguaje de Cockaigne[26]:

—Y bueno, yo no sé quién es usted, pero si viene a quedarse aquí como supongo, será mejor llevar esta cosa; tómela usted de una punta, yo voy a tomarla de la otra y así marcharemos bien…

Como al hablar puso en su mirada cierto guiño socarrón, me cayó en gracia y accedí a lo propuesto. Llevamos, pues, la cosa entre ambos, y por cierto que me vi sorprendido al comprobar que se trataba, efectivamente, de un inglés.

—Me he criado en Smithfield[27] —me dijo—, aunque usted podrá no creerlo, quizás…

Después vine a saber (a oír y a ver) muchas cosas de este *Old Bob*, como era llamado por todos. Se trataba de un personaje muy singular. Él mismo no lo negaba. Había sido en Londres un gran picaro en sus mocedades y tuvo la suerte de poder irse a Buenos Aires hace ahora unos treinta años. Sus gustos de Smithfield lo habilitaron para acomodarse bien entre los gauchos, y llegada la oportunidad, entró a servir con Mr. Black, el propietario de la estancia en que lo encontré. Trabajó con él mucho tiempo en el campo, pero era muy behedor y su patrón lo despidió. Hacía ahora dos años, según dijeron, había vuelto a la estancia de visita, nada más, y por quince días, pero desde entonces estaba allí otra vez, y ahora con cierto privilegio porque le habían confiado la graseria del establecimiento…

Aunque *Old Bob* había estado treinta años entre los gauchos y montaba como ellos, y vestía como ellos y como ellos vivía, y muy contento de vivir así hasta su muerte, sin embargo advertí que nada le causaba mayor placer que hablar de su vida de Londres y de los lugares que había frecuentado. Hubiera podido llevarme de uno en otro lugar y hacerme preguntas y rectificar mis respuestas a propósito de todas sus calles favoritas. Tenía una memoria sorprendente; nada había olvidado; disponía también de educación suficiente para deleitarse con la lectura de cuanto podía llegar a sus manos y todos sus sentidos estaban bien desarrollados, menos ese sentido común que le hubiera librado de muchos enredos y dificultades. Se las componía para dar siempre una respuesta chistosa, y de haberle llevado el destino a la Cámara de los Comunes, hubiera sobresalido como maestro en el arte de la réplica…

WOODBINE HINCHLIFF.

(*Viaje al Plata en 1861*. Estudio preliminar de Rafael Alberto Arrieta. Trad. y notas de José Luis Busaniche. Lib. Hachette. Bs. As., pág. 229).



Fortín de la 1.ª División sobre la margen izquierda del río Neuquén.

7
TRANSPORTES: LAS CARRETAS. LAS ARRIAS. LAS MENSAJERÍAS. LOS PRIMEROS FERROCARRILES

VIAJE EN COCHE DE BUENOS AIRES A SAN LORENZO

1813

Bien temprano del día señalado para la partida se sacó el vehículo, que tenía toda la apariencia de un toldo de indios, movible. Era un armatoste español de alto techo y antigua forma, cubierto cort cuero crudo, excepto en las dos ventanillas. Había gran capacidad para almacenar; y como sabía que no existían hoteles en el camino, todas las cosas que podían suministrar comodidad fueron estibadas (náuticamente hablando) en sus amplios cajones. Se requieren para transitar en carruaje por las Pampas no muchos menos preparativos que en los viajes de mar. Jamones, lenguas, champaña, oporto, gallinas sancochadas, queso, encurtidos y coñac, se guardaron como provisión indispensable para la ruta, y se acomodó una batería de cocina en el pesado vehículo, y luego, dentro de una especie de gran bolsa de cuero, balanceando debajo, se metieron muchos de los encargos y regalos que tenía para el Paraguay. Otros fueron acondicionados sobre la capota y algunos colgados a los costados. Aun así, no estábamos tan abarrotados como en aquellos transportes que, aunque

terriblemente sobrecargados en este país, se llaman, con no poca latitud, en fraseología de chalanes, «diligencias livianas». Si se recuerda, no obstante, que en mi coche iba a recorrer una vasta llanura desprovista de caminos y puentes; que debía atravesar pantanos y, casi literalmente, navegar en ríos, no se considerará que estaba muy ligeramente cargado.



Recua de mulas transportando vino. (*Según E. E. Vidal, 1820*).

Después de atar la yunta del tronco bajo la dirección del cochero, se agregaron cuatro postillones gauchos mal cubiertos, cada uno sobre su caballo, sin otro arreo que el lazo. Éste estaba prendido por una punta a la cincha del recado y enganchado por la otra a la lanza del coche. Las cabezas de los dos caballos colocados entre los del tronco y los delanteros, estaban por lo menos a diez pies de los primeros; mientras las de éstos alcanzaban a quince pies más allá de la yunta que iba detrás de ellos. En resumen: las cabezas de los cuarteadores estaban a cuarenta pies de las ruedas traseras del vehículo. Por absurda que parezca esta disposición, pronto nos apercibimos de su utilidad, pues, apenas hubimos llegado a los suburbios, cuando topamos con uno de los terribles pantanos. Son masas de barro espeso de tres a tres y medio pies de profundidad, y de treinta a

cincuenta de ancho. Los cuarteadores chapuzaban en el barro, luego seguía la segunda yunta, y cuando las dos salían del pantano y, en consecuencia, se hallaban en terreno firme, antes que el carruaje entrase al tremedal habían ganado donde apoyarse para aprovechar sus fuerzas. A látigo y espuela, y estimulados por gritos de los postillones, los caballos nos arrastraron triunfalmente fuera del pantano. Si los tiros hubieran sido más cortos, habríamos quedado plantados en el fango. De esta manera cruzamos con éxito todos los pantanos, ciénagas y arroyos que median entre Buenos Aires y Santa Fe. Cuando no encontrábamos estos obstáculos, atravesábamos la llanura a media rienda y con velocidad de doce millas por hora. Muchos de los caballos que utilizábamos nunca habían sido atados al tiro y horribles eran las manotadas y brincos a que, a menudo, recurrían antes de adaptarse a la extraña y desacostumbrada tracción de nuestro enorme coche. Pero nunca, ni en un solo caso, vi al postillón dominado por su caballo. Después de una lucha más o menos larga, el último era invariablemente obligado a entregarse y avanzar. Luego galopaba seis o siete millas, a tal velocidad y con susto y cólera tales, que su coraje era abatido y llegaba al término de la etapa, al paso de su jinete. Entonces se le consideraba domado para futuros viajes de posta.

De este modo avanzaba, haciendo a la vez de carruaje, mi dormitorio, comedor y cuarto de vestir. Merced a los útiles de cocina que llevaba y a mi sirviente que hacía de cocinero, encontré el viaje mucho más tolerable que ninguno de los que había hecho hasta entonces. En las diferentes postas en que parábamos para mudar caballos, encontré abundancia de caza. Las perdices grandes y chicas abundaban generalmente a no mayor distancia que cien yardas de la tranquera.

Por la tarde del quinto día, llegamos a la posta de San Lorenzo, distante como dos leguas del convento del mismo nombre, construido sobre las riberas del Paraná, que allí son prodigiosamente altas y empinadas. Allí nos informaron haberse recibido órdenes de no permitir a los pasajeros seguir desde aquel punto, no solamente porque era inseguro a causa de la proximidad del enemigo, sino porque los caballos habían sido requisados y puestos a disposición del gobierno y listos para, al primer aviso, ser internados o usados en servicio activo. Yo había temido

encontrar tal interrupción todo el camino, porque sabía que los marinos españoles, en considerable número, estaban en alguna parte del río, y cuando recordaba mi delincuencia en burlar su bloqueo, ansiaba caer en manos de cualquiera menos en las suyas. Todo lo que pude convenir con el maestro de posta fue que si los marinos desembarcaban en la costa, yo tendría dos caballos para mí y mi sirviente y estaría en libertad de internarme con su familia a un sitio conocido por él donde el enemigo no podría seguirnos. En este rumbo, sin embargo, me aseguró que el peligro proveniente de los indios era tan grande como el de ser aprisionado por los marinos; así es que Escila y Caribdois estaban lindamente ante mis ojos. Había visto ya bastante de Sudamérica para acoquinarme ante peligrosas perspectivas.



Carretas. (Tomadas de Peter Schmidtmeyer, *Travels into Chile over the Andes in the years 1820 and 1821*, Londres, 1824).

Antes de desvestirme hice mi ajuste de cuentas con el maestro de posta, y cuando quedó arreglado, me retiré al carruaje, transformado en habitación, para pasar la noche, y pronto me dormí.

J. P. Y G. P. ROBERTSON.

CARRUAJES EN LA PAMPA

1825

Hay dos maneras de cruzar las Pampas, en carruaje o a caballo. Los carruajes no tienen elásticos de madera o hierro, pero están muy ingeniosamente provistos de sopandas de cuero que los hacen bastante cómodos. Hay dos clases de carruajes, un vehículo largo de cuatro ruedas, como un furgón (sin portezuelas atrás), tirado por cuatro o seis caballos y con capacidad de ocho personas, y Otro más chico, de dos ruedas, cerca de la mitad de largo, generalmente tirado por tres caballos.



Arria. Campamento. (Tomada de Peter Schmidtmeyer, *Travels into Chile over the Andes in the years 1820 and 1821*, Londres, 1824).

Cuando crucé por primera vez las pampas compré para mi gente un gran carruaje y también un enorme carro techado, de dos ruedas, que transportaba dos mil quinientas libras de herramientas para minas, *etc.* Contraté un capataz y él me tomó una cantidad de peones que iban a recibir treinta o cuarenta duros Por cabeza para conducir los vehículos hasta Mendoza.

La víspera de partir, el capataz me pidió dinero para comprar cueros y luego se cortaron en largas tiras, anchas de tres cuartos de pulgada, y, la lanza, como también casi toda la caja del carruaje, se ligaron fuertemente con cuero mojado que, una vez seco, se encogió, formando una atadura casi como de hierro. Los rayos y, con mucha sorpresa nuestra, las pinas o circunferencia de las ruedas se ataron de modo semejante para que, efectivamente, rodaran sobre cuero. Todos declaramos que se cortarían antes de salir del pavimento de Buenos Aires, pero aguantó perfectamente bien setecientas cincuenta millas, y fue cortado entonces solamente por algunas filosas rocas de granito que nos vimos obligados a pasar.

La manera de ensillar caballos es admirablemente adaptada a las circunstancias. Tiran a la cincha, en vez de pechera, y teniendo un solo tiro, en terreno áspero pueden aprovechar todos los lugares firmes…

Para atar o desatar, los peones solamente enganchan o desenganchan el lazo del recado, y esto es tan sencillo y fácil, que cuando el carruaje paraba constantemente observábamos que antes que ninguno de nosotros bajase, los peones habían desenganchado y estaban fuera de vista para agarrar caballos de refresco en el corral.

Al galope, si se le ha caído cualquier cosa, el peón desengancha, retrocede al galope y vuelve a alcanzar el carruaje sin que éste se detenga…

La velocidad de los caballos en viaje (si hay bastantes) es del todo sorprendente. Nuestro carro, aunque cargado con dos mil quinientas libras de herramientas, se conservaba a la par del carruaje, a galope corto. Muy a menudo, cuando los dos vehículos iban a este paso, algunos peones, siempre muy atrevidos, gritaban: «¡Ah, mi patrón!», y luego todos daban alaridos y galopaban con el carruaje…

Pero por extraña que parezca la narración de esta manera de andar, cualquiera que vea llegar los caballos descubrirá el secreto. En Inglaterra nunca se ven caballos en tal estado; espuelas, talones y piernas de los peones están literalmente bañados en sangre y de los costados mana, más bien que gotea, la sangre.

Después de esta descripción, para justificarme, debo decir que es imposible evitarlo. Los caballos no trotan y es imposible trazar línea entre

el tranco y el galope, o, de paso solamente por el país, alterar e| sistema de cabalgar, que en todas las pampas es cruel.

Los peones son eximios jinetes, y varias veces los he visto al galope soltar las riendas sobre el pescuezo del caballo, sacar del bolsillo una tabaquera con picadura y con un pedazo de papel o chala armar cigarrillos y luego encender el yesquero y el cigarro…

Apenas es posible concebir vista más extravagante que nuestro carruaje y carro toldado, galopando por la llanura sin camino y precedido o seguido por una tropilla de treinta a sesenta caballos y a todo galope, arreados por un gaucho y su hijo y a veces por un par de muchachos. El cuadro parece corresponder al peligro que positivamente existe de cruzar regiones deshabitadas, tan frecuentemente invadidas por los indios.

FRANCISCO BOND HEAD.

(*Las Pampas y los Andes*. Trad. de Carlos A. Aldao. Bs. As., 1920).

ESCENAS DE VIAJE: BUENOS AIRES-CÓRDOBA

1825

Todo listo para partir, el 16 de abril, salí para Córdoba a través de las pampas. Mis acompañantes eran un hijo del país y Mr. Menoyo, el segundo en el negocio tras el cual salía. Nuestro vehículo, bien calculado para aguantar los golpes de caminos pedregosos y pantanos, era de aspecto y forma bastante anticuada para exhibirlo como curiosidad del reinado de Isabel. Se ensillaba en ocasiones un caballo adicional y hacíamos nuestro camino con cinco, montado cada uno por un peón, con grandísima velocidad, calculada término medio en diez millas por hora. Inmensa cantidad de equipaje se dispuso afuera, delante y atrás de la caja del carruaje, suspendida ésta sobre sopandas de cuero. Delante colgaba un

delantal de cuero que llevaba cuatro cajones de botellas de vino cordobés y una cantidad de viandas, dulces y otros artículos útiles; en suma era una bodeguita y despensa combinadas.

El interior del carruaje era acolchado y lleno de bolsillos de todos tamaños y formas, para contener escopetas, pistolas, espadas, libros y otras cosas pertenecientes al viajero. Mesas de escribir, canastas y también baúles, demostraban que la capacidad interna de esta máquina, cargada como un carro, era igual a la externa y había sido hecha teniendo en cuenta la utilidad. El caballero cordobés que me acompañaba parecía deprimido. La verdad era que acababa de separarse por primera vez de una esposa que le amaba en extremo… Llegamos a la primera posta, siete leguas, e hicimos alto para pernoctar. Con ayuda de una buena cena y de dos o tres botellas de excelente clarete, seguidos por uno o dos vasos de *Martinica* del país, nuestros ánimos revivieron. Un despacho sobre nuestra feliz llegada hasta aquí se envió a la esposa del inconsolable caballero cordobés, y nos retiramos a descansar en mísero dormitorio, pero no a dormir. Miríadas de esos insectos que un ex presidente de la Sociedad Real decía haber afirmado que eran langostas de mar incipientes, hicieron presa de nosotros; no hay ojos, a no ser de gauchos, que puedan cerrarse en medio de esta sabandija; pero de éstos se dice que no pueden dormitar sin antes haber sido calmados con la sangría de estos activos flebótomos.

Estas enormes llanuras o pampas, son la región de la independencia y de la libertad del gaucho y de los animales. Este inmenso plano, no impropiamente podría llamarse «océano de tierra». El horizonte sin interrupción y aparentemente ilimitado es opresivamente vasto para la mente del espectador. Su extensión, clima, vegetación indígena y habitantes diseminados, han sido tan repetidamente descriptos, que se diría me extiendo demasiado si lo intentase aquí, especialmente cuando viajeros contemporáneos, como Miers y Head, han dado recientemente al mundo animadas e interesantes descripciones. No obstante, puedo certificar que para el viajero de las pampas es tan común rodar en las vizcacheras, acurrucarse junto al fogón del gaucho en un cráneo yeguarizo y sangrar por la noche a causa del espadín de la gran chinche americana llamada vinchuca, que nada raro se piensa de ello.

……………………………………………………………………………………

La distancia de Buenos Aires a Córdoba es poco más de quinientas millas (ciento setenta y tres leguas). Las primeras cien forman una llanura muerta pero interesante por lo novedosa para el viajero. Contiene aquí y allá algunos pantanos, inconvenientes para que los pase un carruaje pesado. Las postas, a distancia de cuatro a ocho leguas entre sí, aseguran al viajero mudas de caballos, menos cuando los indios arrean con habitantes y ganados, en las postas que no están zanjeadas.

Cuando llegamos al primer río, llamado Saladillo, noté la acción del fuego sobre sus orillas en época remota. La sólida marga del cauce está mezclada con conchas calcinadas. Pasando Barrancas, el viajero, seis leguas más adelante, llega al Fraile Muerto, donde comienza la subida. Las postas son regulares y la mirada se alivia de la penosa y negra uniformidad de las pampas. El follaje del monte alegra los ojos. La naturaleza aumenta en belleza a medida que continúa la ascensión y se presenta un variado y rico espectáculo. Pronto cambia esta variada perspectiva en denso matorral que se mantiene casi todo el camino hasta Córdoba, salvo en la vecindad del río Tercero y de otros arroyos que lo interceptan.

En el paso de Ferreira, cuando bajamos la cuesta, se nos previno de alguna dificultad o peligro con un grito, en no ordinario tono de voz. Los muchachos gauchos sujetaron al momento; y cuando bajamos la ventanilla para inquirir de dónde procedía el grito, se introdujo en el carruaje la cabeza de un negro de dimensiones gigantescas y repugnante fealdad. En este lugar solitario, era imposible que las recientes atrocidades de los indios no acudieran a la mente con tal aparición. Era imposible conservar aplomo ante el horrible semblante que nos había sorprendido. Nunca había visto cara humana tan gigantesca y horrible, excepto entre los salvajes de regiones inexplorables de Papúa o Nueva Guinea, cuando aúllan sus alaridos terribles. Por primera vez creí en el Calibán de Shakespeare, hecho carne y clavándome los ojos en la cara. El africano montaba una mula, completamente desnudo. Sus ojos eran negros y feroces, cubiertos de cejas horriblemente pobladas, y a causa del aguardiente fuerte que había estado sorbiendo, literalmente llameaban en las órbitas. Sus fosas dilatadas, que parecían constituir toda la nariz que poseía, estaban bien cerca de ser sepultadas en una cueva, atrás del labio superior. Su boca era

enormemente grande y la expresión de sus facciones diabólica. Sus dientes delanteros, por accidente o a propósito, habían sido arrancados y los sonidos que salían eran profundos y huecos. Su estatura era colosal: un Hércules perfecto en fuerza; bien proporcionado y lindamente formado con excepción de las piernas, que presentaban el defecto común en este país, de ser estevadas. Al principio fue difícil comprender lo que quería, tan furioso y ensordecedor era el ruido que hacía; pero por fin comprendimos que, como el río que teníamos por delante era correntoso y estaba crecido, había venido a ofrecernos su ayuda para vadearlo. No obstante esto, sus gestos y vociferaciones parecían de maniático; y cuando arrimó el hombro a las ruedas, su simple esfuerzo parecía más eficaz para hacerlas mover que el rebenque y el espolear de todos nuestros peones. En la mitad del río nos plantamos y se hizo necesario aliviar el vehículo del equipaje. El cauce de la corriente era inclinado, y se agregaron caballos para tirar el carruaje, por indicación de nuestro Carente, cuyos esfuerzos fueron bien aplicados en la ocasión. Con un tirón uniforme la máquina salió de su situación, y en seguida, en nuestras tentativas por avanzar oblicuamente, la llevamos a lo hondo, y tomada en ángulo por la corriente, la tumbó y la llevó tranquilamente a la orilla opuesta. La ropa blanca, almohadones y todo lo de dentro se empaparon completamente.

Mientras nos disponíamos para seguir adelante, el negro trató de divertirnos con varias bufonerías bastante raras y desagradables, y en retorno a la gratificación que se le dió por sus servicios, y estimulado por una invitación de aguardiente en jarro de plata, pidió a mi compañero que aceptase su muía de regalo, uno de los animales más lindos que nunca he visto. Se puede formar idea de la monstruosa capacidad bucal de este sujeto, por el hecho de que el borde del jarro, en forma de campana, y que podía contener una pinta, entró fácilmente en el orificio de sus labios, en los que desapareció la circunferencia del jarro. Su fuerza y agilidad pueden juzgarse por su fama en la plaza de toros en Córdoba, donde, según oímos después, frecuentemente cansaba los toros más bravos saltándoles al lomo y quedando tan firmemente sentado, que, siendo en vano todos los esfuerzos del animal furioso para deshacerse de la carga, por fin se desplomaba cansado debajo del hercúleo jinete.

Las comodidades del camino mejoraron cuando nos acercábamos a Córdoba. Me indicaron el sitio donde estaban los restos de Liniers. Después de cruzar el río Segundo, a diez y seis leguas de Córdoba, nos detuvimos en la estancia de un amigo de mi compañero de viaje, cuyo aspecto y hospitalidad me trajeron a la memoria lo que se dice de nuestros barones feudales. Sus criados eran tan numerosos y obedientes como fueron los de aquéllos, pero probablemente mucho menos feroces. Nos alojamos cómodamente por la noche y, encontrándonos aquí totalmente libres de nuestros perseverantes insectos enemigos, disfrutamos un reposo reparador.

En la mañana siguiente nos levantamos temprano para prepararnos a entrar en Córdoba, ciudad de la que obtuvimos pronto una linda vista desde una altura dominante. Cuando todavía nos hallábamos sobre la colina que domina a Córdoba, en el camino de Buenos Aires, y mientras admirábamos el hermoso aspecto que presentaba, nos estorbó una tropa numerosa de carretas que ocupamos no corto tiempo en pasar. Estos vehículos pesados y toscos se han descrito con tanta frecuencia que sería inútil insistir aquí sobre su construcción. Volvían vacíos de Salta y Jujuy, lugares en que por último descargan las mercancías conducidas desde Buenos Aires y proporcionan medios de viajar por precio módico a los habitantes de las ciudades y pueblos del camino que no pueden soportar los gastos de viajar con caballos de posta. Conté alrededor de ciento treinta personas acomodadas así, principalmente mujeres aptas para servicio doméstico.

JOSÉ ANDREWS.

(*Viaje de Buenos Aires a Potosí*, *etc.* Traducción de Carlos A. Aldao, Bs. As., 1920, pág. 27).

LAS POSTAS EN LA PAMPA

1855

Las pampas no son tampoco, como se han pintado, una inmensa soledad comparable sólo a los desiertos africanos. En los últimos treinta años deben haber variado mucho porque en estos tiempos de infinito adelanto hasta las *pampas* progresan.

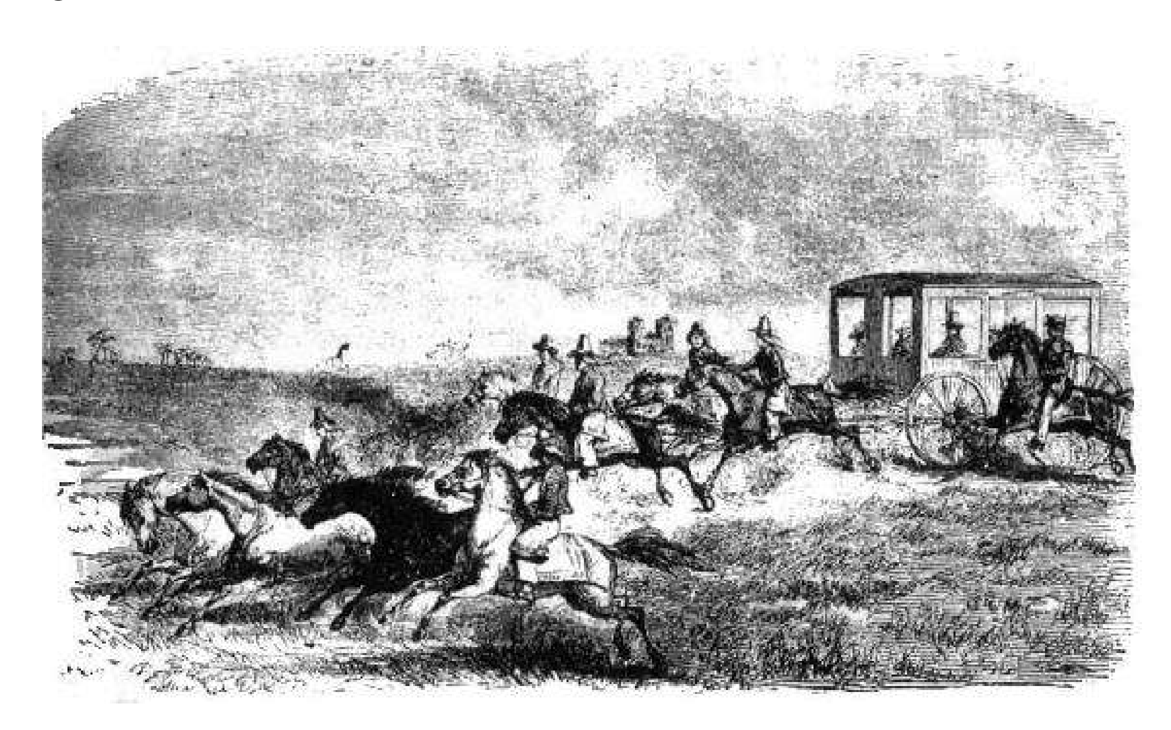
Su sociedad es escasa y singular, es verdad, pero en sí misma muy activa. Hay en las 200 leguas que separan Rosario de San Luis, hasta una media docena de aldeas de 200 a 500 habitantes, entre las cuales la *Cruz Alta, Fraile Muerto, Villa del Río IV* y *San José del Morro* son las principales. En realidad se componen de grupos de gente y de ranchos que el temor de los indios ha hacinado alrededor de esos fuertes cuadrangulares formados de pencas o quioscos, que abundan en las pampas y que tienen que contar tanta historia triste de triunfo o derrota para el salvaje del desierto. No hay una sola posta, en toda la superficie de la Pampa, que no haya sido alguna vez asaltada, ni un solo hombre que yo haya encontrado en mi camino que no cuente sus peligros o el de sus mayores, algunos de los cuales pereció sí era hombre o murió en cautividad si era mujer. Y sin embargo ellos están ahí sin alarmas, sin porvenir, ni pan, ni vestido, pero viviendo como viven las vacas, gordos y sanos como criaturas del Paraíso.

Estas tristes aldeas aparecen como puntos imperceptibles, en medio de los vastos territorios que las rodean. Cada habitante podría medir su propiedad (si alguna hubiera) por leguas cuadradas, y le sobrarían todavía terrenos para formar una estancia tan grande como una provincia de Chile. Esa abundancia de espacio y la pequeñez de los recursos que ofrecen, dan a la sociedad pampera un espíritu particular de actividad y movimiento. El gaucho de la Pampa está siempre a caballo y el caballo siempre al galope. Todos son hijos de la posta, todos son postillones, nacen con el rebenque en la mano, la espuela en el talón, el dedo desnudo en el estribo triangular…

Se puede decir que la gente de las pampas tiene un solo padre, algún testarudo gallego, primer maestro de postas de los desiertos, de quien han nacido los otros cuarenta maestros que existen hoy. En el día, todos los casamientos se hacen de posta a posta; casi todas las mujeres casadas con quienes he hablado eran de la posta vecina, y yo mismo he traído a las

hermanas y a las madres los *recaditos* que de una posta a otra se envían ellas entre sí. En la posta de *Cruz Alta* encontramos un anciano ciego que tenía 80 años; ese hombre jamás había salido de aquel sitio ni de los campos vecinos; no conocía Córdoba, que dista de ahí 50 leguas, ni Paraná, que no está tan lejos. Y así son todos estos raros mortales, y por eso las postas son para ellos lo que para nosotros las grandes ciudades, y aquí se dice la *Barranca* y la *Quebrada*, que distan 10 leguas entre sí, con el énfasis que diríamos entre nosotros La Serena y Concepción.

De la ponderada abundancia de animales, que según Azara llegaba a principios del siglo en todo el país a doce millones de cabezas, no tuvimos muestra alguna que justificara las antiguas exageraciones. Días enteros hemos andado en la Pampa sin encontrar un *solo animal*. De cuando en cuando alcanzábamos algunas arrias de vacas y mulas en dirección a Mendoza y Chile, pero rara vez vimos ganados criollos paciendo en abundancia, y sólo las tropillas de muías cordobesas animaban de tarde en tarde la desierta perspectiva y nos hacían reír con su extraña curiosidad, pues, apenas avistaban el carruaje, galopaban en grupos de 40 y 50 y se acercaban al camino, olfateando, echadas adelante las orejas y mirándonos con gran asombro.



La galera (1857).

Vimos muy pocos animales salvajes; el primer día de nuestra marcha contamos hasta 39 *gamos*, o ciervos sin cuernos de las pampas, equivalentes al *pudú* de nuestras selvas y praderas meridionales. Pacen en grupos, y muchas veces intenté tirarles con mi rifle, pues se ponían a mirarnos a 3 ó 4 cuadras del sendero, pero siempre esquivaban mi puntería con la rapidez de su carrera y la ligereza de sus movimientos. No encontramos un solo avestruz, excepto una pareja domesticada que había en una posta; las vizcachas, especies de *caipos terrestres*, tan grandes como la zorra, pero mucho más gruesas, abundan en toda la Pampa, y salían de sus enormes cuevas horadadas en la orilla del sendero, cuando los postreros rayos del sol les anunciaban la cercanía de la noche. Una tarde, cerca del Río Cuarto, aposté una carrera con una zorra que al fin me ganó, más por maña que por fuerza, pues se me escabullía de las patas del caballo, y fue el único animal de su especie que encontramos. De las aves abundan mucho los *queltehues*, sobre todo donde hay charcos de agua, y los *chunchos*, inmóviles en las puertas de las vizcacheras, acechando los vestigios que estos animalejos puedan dejar de sus nocturnas depredaciones, y cada día veíamos grandes bandadas de tórtolas y palomas alzadas, que son mucho mayores que las domésticas; las elegantes catitas comienzan a aparecer desde la vecindad de San Luis y andan siempre en parejas aisladas, mientras los vocingleros loros pasaban y repasaban sobre el toldo de nuestro carruaje, o yacían en los costados del camino, en tanto un vigilante centinela, parado infaliblemente en algún arbusto, les avisa la proximidad de cualquier peligro. Era curiosísimo ver esta táctica puesta siempre en práctica por los hábiles animalitos. Los *tiuques, peucos*, repugnantes *traros* y *jotes*, que se alimentan de los restos animales esparcidos a orillas del camino, son también muy numerosos.

B. VICUÑA MACKENNA.

(*La Argentina en 1855*).

BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA. — Historiador y político chileno (1831-1886). No obstante las agitaciones de su vida política, Vicuña Mackenna fué uno de los escritores más fecundos de América. Mentalidad poderosa, en su labor histórica, un tanto desordenada y dispersa, alternan las más eximias cualidades con lamentables defectos. Recogía cuanto documento pudiera

interesar a la historia de Chile y escribía con asombrosa facilidad; carecía de método en la investigación y aventuraba juicios improvisados. En su obra *El ostracismo de los Carreras*, juzga arbitrariamente los acontecimientos del Río de la Plata, en que intervino su héroe. Con todo, es una simpática figura de trascendencia americana. A Vicuña Mackenna pertenece la primera iniciativa de homenaje al general San Martín, en Chile.

LA MENSAJERÍA

1856

Si acaso os asusta la idea de atravesar a caballo el trecho de pampa que separa a Rosario de Córdoba, *tomad un asiento en la mensajería*… Pero antes de encerraros en esa gran caponera que se mece sobre lo alto de cuatro altísimas ruedas, recordad que os conviene llevar también un lecho, porque la hospitalidad de las casas de posta no ofrece, a los numerosos viajeros, más que dos o tres *catres*, o sea una especie de marco que, sobre cuatro patas raquíticas y desiguales, sostiene el colchón a medio metro sobre el suelo. Sin embargo, esos pobres catres, tal como son, serán disputados por vuestros compañeros de viaje que, más ágiles que vos, saltarán apresuradamente de la carroza para conquistarlos, dejándoos en libertad para que tendáis vuestro lecho a los pies del suyo o bajo el pórtico de la casa de posta. Habéis entonces comprado un lecho y puesto en un canasto vino, café y azúcar; agregad también un poco de pan, porque podría suceder que este alimento de primera necesidad para vosotros, pero de lujo para el *gaucho*, os faltase cuando cansado y hambriento lleguéis por la tarde al malhadado hospicio que se llama *casa de posta*. Si no vais muy cómodos, os consuele la rapidez con que los seis caballos montados por otros tantos gauchos harán volar la diligencia por sobre las tiernas hierbas de la pampa. De todos los seres animados e inanimados que forman vuestro convoy, el último en importancia y valor es el pobre caballo que os arrastra; por eso no tengáis remordimiento si veis que a algunos de ellos les chorrea la sangre de sus flancos demasiado a menudo, picoteados por las inmensas rodajas de los postillones, o si la baba

espumosa de su boca se vuelve roja. Corre por delante una *tropilla de caballos* que, siguiendo la campanilla de una madrina y los gritos de un *postilloncito* que los guía, están listos para reemplazar a los compañeros ya cansados por el largo galope…



Tropa de carretas acampada (1858).

Todo aquel viejo arreo, tal vez salido de una vieja fábrica española, con sus pinturas provincianejas y sus multiformes apéndices, parece un tosco animalazo fantástico, y a sus ventanillas asoman las más disparatadas fisonomías: desde la cara esbelta y morenita de una criolla hasta el rostro leonado de un blanquísimo hijo de Albión; desde la mirada intrepidísima de un gaucho rugoso y curtido, hasta la cabeza semititánica de un prusiano del norte. Y todos aquellos hombres de los países más lejanos son llevados a vuelo por seis caballos horrendos y flaquísimos, dirigidos por seis endemoniados postillones que, con sus látigos, sus sombreros de Panamá y

el revoloteo de sus *ponchos y chiripás* multicolores, forman un cuadro, al que lo horrendo y lo raro agregan una escena nueva llena de vida y colorido.

El acontecimiento más importante de la jornada es el arribo a la última posta, en que las dos urgentísimas necesidades del alimento y del sueño, vuelven sabrosa la pobre cena y la pobrísima cueva que os esperan. *Puchero* y *asado*, y éstos a veces de carne seca, y algunos años también son de cabra viejísima, como los que comí en una posta de Santiago, donde encontré aquella carne tan dura que debí tragarla en muchos bocaditos, a manera de píldoras, sin sentir su sabor y confiándome a la buena voluntad del ventrículo para que se dignase digerirla a falta de otra menos dura.

Si los insectos americanos han respetado vuestro sueño, muy de mañana y a menudo también muy de noche, os despertará el *capataz* o rey de los postillones, invitándoos a proseguir el camino, tocando en una trompeta acribillada de golpes y cribada de grietas, o con un estentóreo: ¡*Arriba, arriba, señores*! Sabéis por la experiencia de ayer lo que hoy os espera y lo que os sucederá mañana, pero si entre los libros de vuestro baúl habéis dado cortés hospitalidad al mío, quiero agradeceros con algunos, consejos prácticos que os daré de buena gana como fruto de mi experiencia, habiendo atravesado América cuatro veces, del oeste al este, y del este al oeste.

Llevad una hamaca y agregad dos gruesos clavos con dos argollas. De este modo vuestro lecho aéreo os defenderá de los insectos terrestres. En cuanto a los aéreos y especialmente las terribles *vinchucas*, que chupan tanta sangre y que adquieren el tamaño de una avellana, huid de las casas, buscad albergue bajo las plantas y recomendaos por el resto a la Providencia.

Cargad también buena provisión de bizcocho americano, de vino y otros alimentos, escogiendo especialmente el mate, porque el postillón que elegiréis para vuestro servicio lo preparará excelentemente y podréis ser cortés con vuestros compañeros de desventura invitándoles a sorber con vuestra cañita la infusión paraguaya.

PABLO MANTEGAZZA.[28]

LAS PRIMERAS MENSAJERÍAS

1854

Hasta esta época, las comunicaciones entre el inmenso territorio de la República Argentina ofrecían a cada viajero un problema pavoroso, en cuya solución solía arriesgarse hasta la vida. Los viajes y los envíos de encomiendas y correspondencia entre las diversas provincias y ciudades, se efectuaban ordinariamente por medio de las tropas de carretas o arrias de muías, que tardaban un mes de Rosario a Córdoba y cuatro o más entre Buenos Aires y Jujuy. Aun esas mismas comunicaciones eran accidentales: el que tenía que viajar esperaba que se produjera la oportunidad de la salida de uno de esos convoyes, y yendo en ellos, se corrían riesgos gravísimos, no solamente por la carencia de casi todo lo necesario, ¡hasta de agua para beber! sino porque estaban expuestos a los ataques de los indios salvajes.

Esas tropas marchaban a razón de tres o cuatro leguas por día, en tiempo bueno, salvo las *travesías*, desiertos de arena o salitre que era forzoso pasar en tiempo determinado, por no encontrarse en ellas agua ni pasto para los bueyes y demás animales del servicio. ¡Una lluvia que produjese creciente extraordinaria en algún río o arroyo del camino, hacía necesaria la espera hasta que el río bajara!… La correspondencia urgente se mandaba por chasques o propios, a caballo, que pagaba el que los quería enviar; estas oportunidades solían aprovecharse por los amigos para encargar a ese enviado, de otras cartas, paquetes, etcétera.

Entre los grandes peligros de las travesías en carretas, se contaba el incendio de los campos, por accidente o por malicia, de manera que podían acontecer retardos enormes o aun pérdida de animales, mercaderías y

hasta de vidas. En cuanto a los viajes en volanta, carruajes o galeras, se puede decir que eran desconocidos por la falta casi absoluta de esa clase de vehículos en las provincias. Uno que otro gobernador o personaje disponía de alguna galera desvencijada o de un carruaje menos malo que las carretas comunes, pero esto tan sólo para su propio uso en las grandes ocasiones, de manera que no podía contarse para el público con la existencia de tales vehículos. Verdad es que existían algunos correos regulares entre ciertas ciudades como Buenos Aires, Rosario, Santa Fe, Córdoba, etc., pero ordinariamente no estaban relacionados con el resto del territorio ni se podía contar con ellos a fecha fija, ni mucho menos para la conducción de otra cosa que cartas o pequeños paquetes. Los progresos del país hacían necesario el establecimiento de un medio de comunicación más regular y cómodo.

Se trató, pues, de establecer una línea regular de mensajerías que recorrieran todas las capitales argentinas, permitiendo la comunicación en fechas fijas y el transporte de pasajeros y encomiendas. La empresa fué acometida por dos progresistas españoles, los señores Juan Rusiñol y Joaquín Fillol, que se presentaron al gobierno de la Confederación proponiendo establecer líneas de mensajerías a las principales ciudades, organizando el personal, construyendo postas y puentes, mejorando caminos y trazando otros nuevos, haciendo construir cómodos carruajes (diligencias) y asegurando la regularidad de la salida y de la llegada de ellas. El gobierno de la Confederación por decreto de esta fecha (junio 8 de 1854) aceptó la propuesta de dichos señores para el establecimiento de las mensajerías, que se titularon *Nacionales Iniciadoras*. Al efecto se acordaban auxilios pecuniarios a la empresa, se nombraba a los empresarios *Directores de Mensajería, Postas y Caminos*, y se disponía todo lo necesario para asegurar su éxito. Las *Mensajerías* se instalaron inmediatamente, teniendo su administración en la ciudad de Rosario, en una gran casa situada en la hoy calle 25 de Diciembre, entre Córdoba y Rioja, y comenzó su servicio regular. La primera línea establecida fue la de Rosario a Córdoba: salía una diligencia cada quince días, haciéndose dos viajes redondos por mes. Cada galera podía conducir de catorce a diecisiete personas; se permitía equipaje de hasta una arroba y media de

peso y cada pasajero debía llevar todo lo necesario para comer y beber, porque durante el viaje no había seguridad de obtener nada, aunque solían encontrarse en las postas aves y a veces carne. El que podía llevar colchón tenía buena cama. De lo contrario había que dormir dónde y cómo se pudiera.

Las postas consistían ordinariamente en uno o más ranchos con corral, pozo (donde había agua subterránea) y otras dependencias, todo generalmente cercado por un gran foso con puente levadizo, para estar a cubierto de las invasiones de los indios, cuando se trataba de parajes despoblados. Las primeras mensajerías que se establecieron fueron:

De Rosario a Córdoba cada quince días.
De Rosario a Mendoza, cada mes.
De Córdoba a Tucumán cada ocho días.
De Tucumán a Salta cada mes.
De Rosario a Santa Fe cada semana.
De Mendoza a San Juan cada quince días.
De Córdoba a Catamarca cada mes.

El tiempo mínimo que se empleaba en estos viajes era de diez días de Rosario a Mendoza; tres de Rosario a Córdoba; seis de Córdoba a Santiago; uno y medio de Santiago a Tucumán; seis de Tucumán a Salta; dos de Mendoza a San Juan; uno y medio de Rosario a Santa Fe. Esto era ya un gran progreso que saludaron con entusiasmo todos los pueblos del interior. Para que se comprenda cuán grande era la mejora que el establecimiento de las mensajerías importaba, vamos a referir un hecho que conocemos de boca de Fillol, que nos lo relató muchos años después. La primera vez que llegó a San Luis una diligencia de las recién establecidas, iba en ella el señor Joaquín Fillol, que recorría las provincias tomando datos y organizando el personal de la administración; como es natural, aquella llegada causó grande y grata impresión en el pueblo que veía establecido ese nuevo medio de comunicación: acudieron los principales vecinos a felicitar al progresista empresario y a examinar la diligencia, que siendo nueva y cómoda, mereció elogios de todos.

El gobernador hizo iguales elogios de aquel hermoso vehículo, y preguntó a Fillol si era el de su uso especial; pero cuando recibió la contestación de que era una mensajería, como todas las otras, destinada al uso público, aquél, asombrado, manifestó su extrañeza de que tan hermosos carruajes se destinaran al tráfico general, agregando que ¡aquello era demasiado bueno, y que no creía pudiera mantenerse una empresa que comenzaba con tanto lujo!

Tal era el estado de pobreza y atraso en que se encontraban las provincias argentinas en 1854 en materia de comunicaciones y viajes, que una simple diligencia parecía un lujo insostenible.

EDUARDO Y GABRIEL CARRASCO

Anales de la ciudad de Rosario de Santa Fe. Con datos generales sobre Historia Argentina. 1527-1865. Imprenta, Litografía y Encuadernación de J. Peuser, Bs. As., 1897, pág. 285.

EDUARDO CARRASCO (1824-1881). — Nació en Buenos Aires y fué comerciante y periodista en Rosario. Dirigió en esta última ciudad *El Comercio, La Capital* y *El Sol*… Encargado del Archivo provincial de Rosario por el gobernador Bayo, reunió muchos datos y documentos para la historia de Santa Fe, que completó su hijo Gabriel Carrasco y que sirvieron para formar la obra titulada *Anales de Rosario*, aparecida en 1897.

GABRIEL CARRASCO. (1854-1908). Hijo del anterior, nacido en Rosario en 1854. Se recibió de abogado y ocupó cargos distinguidos. Fué profesor y hombre de información vasta y variada. Levantó el primer censo de la provincia de Santa Fe, publicó libros de índole diversa y colaboró en muchos periódicos de la época. Su especialidad fue la Estadística. Falleció en Buenos Aires, en 1908.

EL PRIMER FERROCARRIL

1857

I

De aquella inolvidable época en que la Plaza del Parque[29], con su mala banda de música y árboles sin sombra, hacía competencia a la del Retiro,

lugar de cita de las más elegantes domingueras, apenas se conserva la fachada del cuartel[30], pero sin el coronel Martínez en su balconcito.

Donde se alza el palacio Miró, un amplio y selvático jardín del mal servido *restaurant*, competía con el vecino café del Parque, contiguo a la botica del mismo nombre, en cuyas glorietas no cabían tres personas.

Por la soledad y tinieblas de esta plaza, plagada de viznaga —antes de la llegada del tren—, pocos eran los que se atrevían a cruzarla a medianoche, temiendo encontrarse con la *viuda del Parque*. Del propio solar (antiguo basurero), donde se levanta hoy el monumental teatro Colón, salió la primera locomotora que vino a modificar costumbres y paisajes. En lo relativo a éstos, recordaremos solamente que, donde se yergue la estatua del general Lavalle, se instaló *el banco de las camelias*, y en él, al caer la tarde, viejos patriotas se congregaban a suspirar por las cosas pasadas, recordando que *siempre el tiempo pasado fué mejor…*

II

Y al fin, pues todas las cosas tienen fin, el día del último reconocimiento del ferrocarril se decidió la Comisión Directiva a subir en cuerpo y alma, afrontando con gran valor el viaje de ensayo.

Y como a la ida fuera todo bien, regresaba la máquina con más velocidad, a razón de veinticinco millas por hora, cuando cerca del puente del Once de Setiembre, sin decir *agua va*, agua fue, por demás caliente, cayendo desde el alto terraplén a la zanja. Tumbado el vagón de encomiendas, las cabezas del secretario Vam Prat y del vicepresidente Gowland chocaron fuertemente, al mismo tiempo que la del tesorero D. Francisco Moreno golpeaba al robusto señor Lavallol hasta dejarle un momento sin respiración. El señor Mariano Miró, que fumaba, fué fumado, saliéndole por la espalda y no por las narices el humo, pues asustado el habano, huyó de su boca dando media vuelta a esconderse entre ropa y carne, bajo las asentaderas…

III

La mañana del 29 de agosto de 1857, a la hora en que generalmente se andan trancando puertas y ventanas en previsión de tormentas y ventarrones, apareció tibia, perfumada, transparente, llena de dorada luz y de tan suave brisa que parecía primicia de anticipada primavera…

Bajo el frontis de la antigua estación del Parque, leíase en grandes letras: «Inaugurado el 30 de agosto de 1857». Pero nuestro recuerdo de testigo ocular queda comprobado no sólo con los documentos que se publicaron con anterioridad, señalando el día 29 para la inauguración, sino también con la descripción de ésta, insertada en los diarios de la mañana del día treinta…

Banderas y gallardetes de todos colores flameaban al viento y músicas militares poblaban los aires con alegres armonías. Hombres, mujeres, ancianos y niños se dirigían al Parque. La concurrencia desbordábase por puertas y ventanas, balcones y azoteas, y racimos de muchachos, colgando de árboles y faroles aumentaban con bullicio ensordecedor el de las bandas, cohetes y petardos.

No menos de treinta mil espectadores —se calculó la tercera parte de la población de la ciudad—, cuyo número se duplicaba a lo largo de la vía, hasta la Floresta, por uno y otro costado. A pie, a caballo, en carruaje, en carreta, carro, carretilla, *castillo* y en toda clase de vehículos el pacífico ejército, formado en línea de dos leguas, saludaba con aclamaciones, pañuelos y sombreros a la primera locomotora que, adornada de flores y banderas, corría a triunfar del desierto.

En el centro de la plaza se alzaba el improvisado altar entre altos mástiles revestidos de los colores patrios. Cargado de guirnaldas, escudos y gallardetes de todas las naciones, anunciaba la fiesta del progreso y de la fraternidad.



Paseo dominical en la campaña de Buenos Aires. (*Pintura de Pallière; litografía de Schleisinger, 1867*).

Concluido el *Tedéum*, con majestuoso paso adelantóse el arzobispo señor Escalada, a tiempo que, coronadas de flores, se acercaban lentamente al altar, *La Porteña* y *La Argentina* (primeras locomotoras), para esparcir sobre ellas el agua bautismal, bendiciendo tan venerable prelado, la vía, la locomotora y el tren. En ese momento, que era la primera hora de la tarde, asestábanse sobre aquel punto los lentes de cuatro daguerrotipos y el clisé conservado por el hábil fotógrafo Pozzo fijó con fidelidad la viva escena de aquel instante solemne y conmovedor que reproducimos.

IV

Al pasar el tren sobre el elevado puente del Once de Septiembre, un compadrito de clavel en la oreja, cruzó al galope por debajo de aquél, golpeándose la boca y dando *vivas*.

En aquella plaza de frutos del país, doscientas carretas vacías abrían sus negras bocas al cielo, con sus pértigos en descanso, como a la funerala, vencido el buey por el vapor, y cuando, algo más adelante, una paisana, después de encender dos velas a la Virgen de Lujan, salió de su rancho

agitando la bandera de la patria y *vivando*, la banda de música del 2.º de línea, mandado por el entonces teniente coronel Emilio Mitre, contestó a la espontánea manifestación, tocando la marcha de Lavalle. Siguió a ésta, otra escena menos estruendosa pero más característica. Un gaucho viejo venía entrando con su tropa de ganado a los corrales; desmontóse, e hincado sobre el pasto, se persignó al pasar la locomotora.

Durante el *lunch* servido dentro del quiosco de la Floresta, se derramaron en abundancia *champagne*, flores, elocuencia y malos versos de Fajardo…

«Apresura el día —agregó el gobernador Alsina— en que sea posible borrar del derecho público, la desgraciada palabra *extranjero*».

«Y se vió —recuerda el cronista de la fiesta— después de treinta años, por primera vez, al lado de las personas del gobierno que recién llegaban a él (Alsina, Barros Pazos, el general Zapiola), el ex gobernador doctor Obligado y sus ministros Mitre, Vélez y Riestra, que decretaron el primer ferrocarril, haciendo resaltar su presencia el hecho, hasta entonces desconocido, de una administración que desciende pacíficamente del poder y que es dignamente honrada por la que le sucede».

Al regresar en treinta minutos, cinco menos que en el viaje de ida, para recorrer los diez kilómetros, no faltaron episodios curiosos como el del muchacho que por apuesta se tendió sobre la vía, pasando el tren sobre él; y el cacique Yanquetrús, que, al subir, buscaba dónde escondían el caballo *comecarbón* y *respirallamas*.

Diez pesos papel, moneda de entonces, costaba el pasaje de ida y vuelta, y cinco en carruaje descubierto, en toda la extensión de la línea.

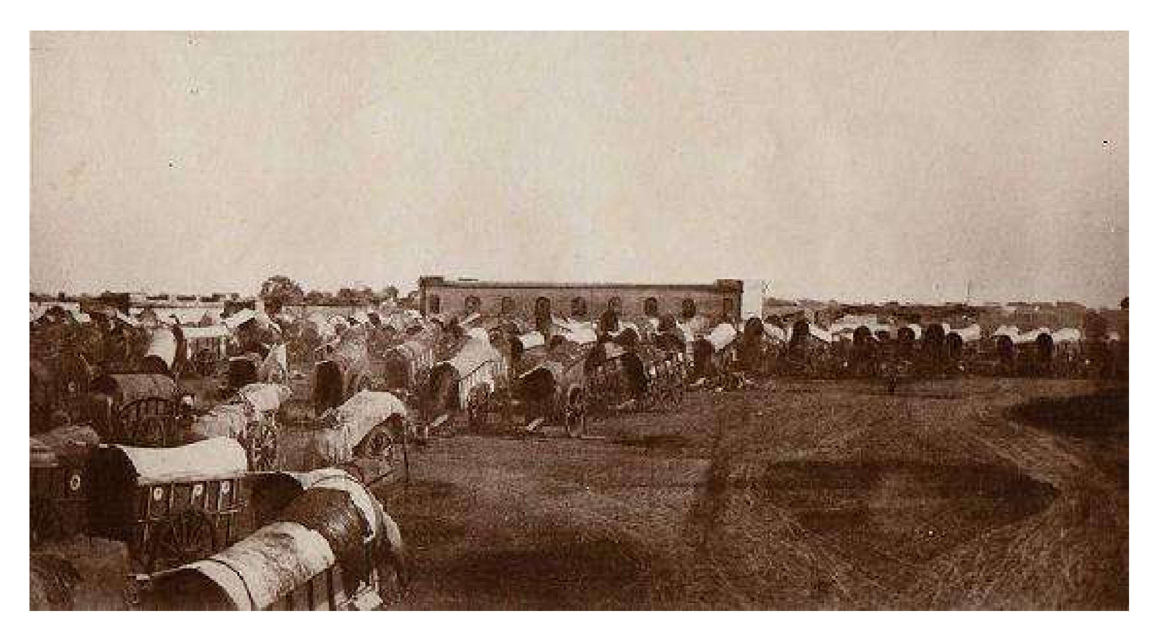
PASTOR OBLIGADO.

(*Tradiciones Argentinas*, Barcelona, 1903).

TRANSPORTES

1860

El transporte de los productos del interior a los mercados de Rosario y Buenos Aires se efectúa a lomo de muía o en carretas de bueyes. Las muías, equipadas graciosamente con penachos y pompones de colores, marchan en tropas, conducidas por uno o dos muleteros, llamados *arrieros*, cuyos trajes pintorescos —chaqueta de terciopelo con botones de metal pulido, sombrero de fieltro adornado con plumas de aves y grandes polainas de cuero— despiertan recuerdos de la vieja España.



Plaza del Once en 1865.

Las mulas caminan siempre guiadas por una yegua llamada *madrina*, que lleva un cencerro al pescuezo y les sirve de punto de reunión; no se alejan de ella ni siquiera en los momentos en que pacen. Los arrieros gozan de estima general, por su probidad, su sobriedad y la abnegación que demuestran con bastante frecuencia para con los viandantes en los pasos largos y peligrosos de la cordillera.

Las carretas son vehículos enormes y pesados, con dos ruedas de cubos gruesos como el tronco de un árbol y altas que sobrepasan la altura de un hombre: en la construcción de estas ruedas no entra un solo trozo de hierro

y no las engrasan, de suerte que al girar producen una música extraña, semejante a un gemido melancólico y persistente que se oye desde muy lejos. La caja de la carreta es una pesada y rústica armazón de vigas, tablones y estacas, recubierta de ordinario con un cuero de vaca tenso sobre arcos de madera flexible y a veces con techo de tablas. A estas carretas van uncidos dos, cuatro o seis bueyes, que tiran por medio de enormes yugos. El conductor o picador se sienta sobre el yugo de los bueyes pertigueros, armado de una larga caña terminada en punta de hierro, con la que aguija las bestias animándolas a voces, continuamente.

Delante de la primera carreta marcha un jinete, siempre al paso de su caballo, para indicar el camino a los bueyes. Las carretas restantes siguen la fila.

En las afueras de Buenos Aires y Rosario hay grandes plazas para estacionamiento de las carretas llegadas del interior, y otros campamentos ofrecen un curioso espectáculo. Se ven allí las carretas por centenares. Las de cada provincia forman grupos separados y por lo general tienen algo de característico que las distingue, sea en la construcción o en los adornos. Las hay con pretensiones de elegancia que semejan una casita pintada de verde o azul con pinturas de la Virgen o de algún santo, o bien ornadas con caricaturas extrañas o grotescas, debidas a dibujantes improvisados.

Rodeando estos grupos de carretas, se ven los gauchos que las han traído, siempre acompañados de sus mujeres e hijos. Sentados en el suelo, a la sombra de las carretas —por lo general entre las ruedas—, hacen al aire libre su comida frugal, consistente en un pedazo de carne ensartado en un asador que se inclina sobre el fuego, o en arroz y maíz que cuecen en una olla. A cierta distancia andan los bueyes cuidados por un gaucho a caballo.

El transporte fluvial se efectúa en gran parte por goletas a vela que pertenecen casi todas a navegantes genoveses, pero corre un servicio regular de vapores en los ríos Paraná y Uruguay. Con Montevideo, la comunicación a vapor es casi diaria. Ademas, los barcos del Paraguay remontan y bajan el río dos veces por mes en combinación con las llegadas y salidas de los transatlánticos ingleses y franceses. El Brasil mantiene un servicio regular de vapores que remontan el Paraná hasta el interior de la

provincia de Matto Grosso. La ciudad de Buenos Aires posee ya varios ferrocarriles comenzados en dirección oeste, sur y norte. Este último empalmará más tarde con el gran Ferrocarril Central Argentino, cuyos trabajos se prosiguen con mucha actividad y que unirá las ciudades de Rosario y Córdoba.

CARLOS BECK-BERNARD.[31]

(Trad. de J. L. B.)

BUENOS AIRES-CÓRDOBA

1868

Después de rendir mis exámenes de bachiller en la Universidad de Upsala y egresar como ingeniero de la Escuela Politécnica de Estocolmo, resolví cruzar los mares para ofrecer mis servicios profesionales al gobierno de la Republica Argentina, donde, según nuestras informaciones, se había empezado la construcción de ferrocarriles y cuya república por su posición geográfica y sus leyes liberales parecía destinada a ser el país del porvenir por excelencia…

Llegamos a estas playas en octubre de 1868. Digo «estas playas» porque de los vapores que venían de Montevideo, que fondeaban en los Pazos, paraje situado a unos 800 metros de la orilla, había que embarcarse en una ballenera, y estando el río en reflujo, había que pasar de la ballenera a un carro playero que nos llevaba a tierra sobre una playa de tosca que se extendía como 900 metros río adentro.

Llegamos a Buenos Aires casi el mismo día en que el presidente general Mitre entregó el mando a su sucesor don Domingo Sarmiento. Con el advenimiento al poder de ese esclarecido estadista, 1868, puede decirse que se abrió una nueva era de progreso y prosperidad para la República,

hasta entonces azotada por cruentas y prolongadas guerras en el Exterior y frecuentes y sangrientas conmociones internas.

El presidente Sarmiento no fué solamente un gran *Maestro de Escuela* que difundía la instrucción primaria, sino que presto también una atención preferente a la agricultura y a la vialidad y las comunicaciones, mandando estudiar puertos y trazar ferrocarriles. A ese objeto respondía la creación de la Oficina de Ingenieros Nacionales.

Debido al empeño del cónsul general de Suecia y Noruega, don Guillermo Christophersen, fuimos pronto empleados del gobierno y luego en la extinta Oficina de Ingenieros Nacionales.

El que estas líneas escribe, fue encargado por el ministro del Interior don Dalmacio Vélez Sársfield para hacer un camino carretero de Córdoba a *Los Papagallos*.

Buscando en el mapa, pronto encontré a Córdoba, pero en vano busqué el nombre de *Los Papagallos*. Primero mi jefe y luego el empresario del camino, don Anselmo Rojo, me informaron que el punto terminal del camino a construirse quedaba en la provincia de San Luis… y allá fuimos.

Tomamos el ferrocarril del Norte en la estación del Retiro y en San Fernando nos embarcamos en el vapor Diana hasta el Rosario de Santa Fe.

Esa ciudad, por su posición, situada como está sobre una elevada barranca, con un excelente puerto de mar y cabecera del recién construido ferrocarril Central Argentino, prometía ser la metrópoli de las provincias del interior.

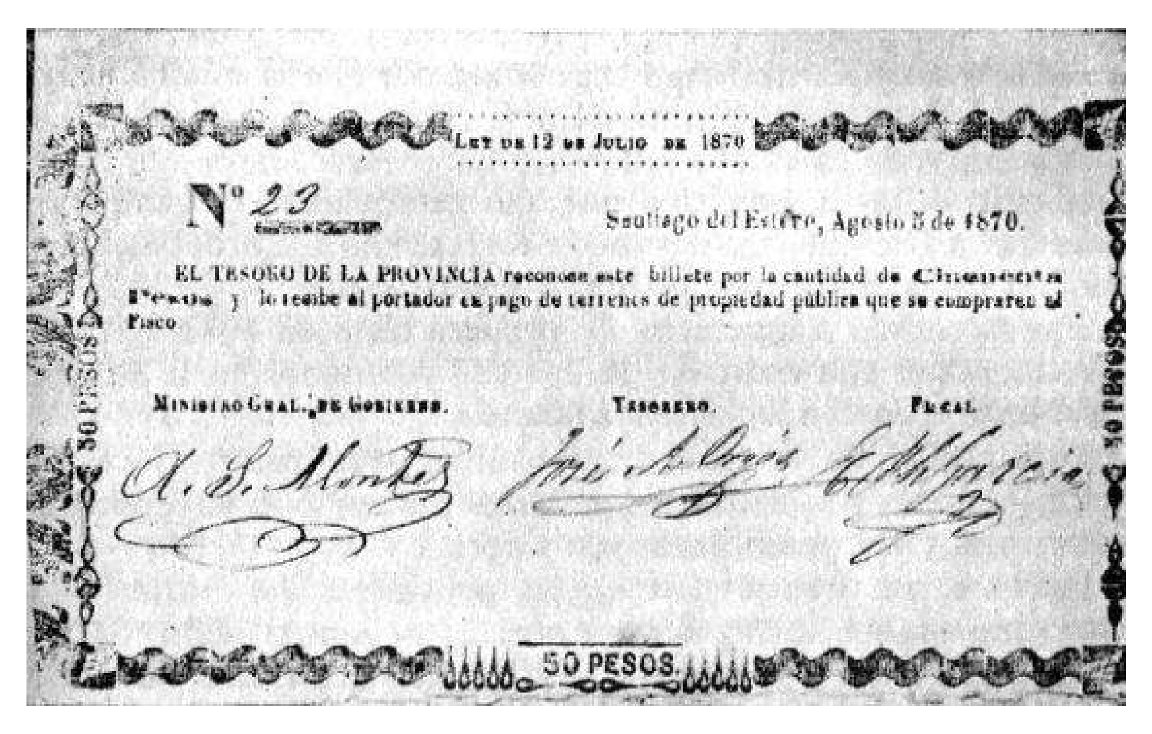
Tomamos allí el ferrocarril que nos condujo a Oncativo, la estación terminal, y desde ese punto nos trasladamos en mensajería a la docta ciudad de Córdoba, punto de arranque del referido camino, a donde llegamos vadeando el Río Primero.

Viajar en mensajería era para mí una locomoción tan novedosa como divertida y llena de emociones.

En un *mail-coach* o galera del tiempo colonial, de altas ruedas y un ancho adaptado a la huella, a lo que se reducían en esa época los caminos que cruzaban las vastas llanuras, se sentaban de seis a ocho pasajeros que, oprimidos, seguían el vaivén del pesado vehículo, siempre expuestos a chocar unos con otros.

El conductor, con la corneta en la mano, ocupaba el pescante con algún pasajero que prefería respirar el aire libre al comprimido y a veces sofocante del interior de la galera.

Tiraban el coche dos caballos de tronco, cada uno con su jinete o *postillón*, de cuya destreza dependía con frecuencia la vida de los pasajeros, los que, encerrados como estaban, no tenían suficiente libertad de acción para tirarse al suelo en un vuelco del vehículo. Precedían dos o tres yuntas de cuarteadores, tirando de un grueso torzal atado al eje y montados por otros tantos postillones que, cuando el camino y los caballos o las mulas, a veces chúcaras, lo permitían, imprimían al coche una velocidad capaz de asustar al más sereno, por los barquinazos continuos a que estaban expuestos los pasajeros enjaulados.



Billete de Santiago del Estero (1870).

Esto, sin embargo, no era lo peor de la jornada, que con frecuencia terminaba en una mísera posta, donde los pasajeros tenían que reñir con las vinchucas y a veces, por toda cena, conformarse con las provisiones que una esposa previsora pusiera en el coche al partir.

CARLOS CHRISTIERNSSON.

(*Recuerdos de 42 años en la República Argentina*. Bs. As., 1910).

CARLOS CHRISTIERNSSON. — La lectura antecedente explica los motivos que trajeron al señor Christiernsson al Río de la Plata y de qué manera inició sus actividades como ingeniero de ferrocarriles. Sirvió al país por largos años y en 1910 publicó un interesante folleto titulado *Recuerdos de 42 años en la República Argentina*.

LOS PRIMEROS FERROCARRILES Y PUENTES DEL INTERIOR

Antes de terminar esos trabajos, fui enviado como inspector nacional de la delineación del F. C. de Río Cuarto a Mendoza y San Juan, pasando por Villa Mercedes y San Luis.

De esa campaña no tengo más recuerdos que la mucha fatiga y el poco descanso, así como de otra escapada de los indios que ultimaron toda la escolta que el general Arredondo me había facilitado. Con la comitiva que me acompañaba llegamos sin novedad a Río Cuarto, de donde regresamos a Córdoba por el camino de la sierra, por el temor a otro asalto.

Fui ascendido a ingeniero de primera clase en 1873 y, como tal, atendía la conservación de puentes y caminos en la sección del Norte, con residencia en Tucumán.

Por motivo de servicio tuve también que pasar épocas en Salta, con cuya sociedad simpatizaba mucho por su esmerada educación y su genio franco y alegre.

Durante mi permanencia en las provincias del Norte tuve intervención en las siguientes obras: la construcción de un camino carretero por la cuesta del Totoral, que une a Tucumán con Catamarca y que fué construido con tanta solidez en sus obras de arte que aún existe en buen estado. En uno de mis viajes de inspección del mencionado camino, tuve el gusto de conocer al entonces gobernador, general Navarro, a quien encontré un día en la calle con un gallito de riña bajo el brazo. El valiente guerrero,

condenado a la inacción continua durante una paz octaviana, se distraía viendo pelear a los gallos.

Se terminó también la reconstrucción del camino de Tucumán a Salta. Otra obra importante era la construcción de un puente sobre el río Arias, al que se dió el nombre de Vélez Sársfield en honor al ministro del Interior que había ordenado su construcción.

CARLOS CHRISTIERNSSON.

UN INGENIERO DE FERROCARRILES

1870

Al principio del año 1870 acompañé al ingeniero jefe de los estudios del F. O. de Córdoba a Tucumán en su excursión por las provincias del norte, y para hacer estudio ocular, con buen acopio de datos y a nuestra satisfacción, compramos en Córdoba una muía carguera que llevaba nuestros efectos en dos petacas o baúles de cuero y estábamos así convertidos en arrieros.

Llegamos a Santiago, encontramos al gobernador vitalicio don Manuel Taboada, trabajando cual otro Cincinato, con la pala en su huerta.

Era proverbial entonces la seguridad de vida y bienes en esa provincia, porque la más leve contravención a las leyes era castigada con deportación a un fortín del Chaco, «El Bracho», en la línea de frontera con los indios invasores.

Una vez terminados los referidos estudios preliminares de la proyectada vía férrea a Tucumán, emprendimos las definitivas, desempeñando yo el puesto de segundo jefe. Durante diez y ocho meses llevamos una vida de verdaderos *pioneers* y descubridores de tierras desconocidas y despobladas de gentes y hasta de animales.

En la ancha faja de más de cien kilómetros de travesía, que existe entre Córdoba y Santiago del Estero, no hay agua potable y en consecuencia

hubo que traerse agua para la expedición, en barriles, a lomo de mula…

El que cruza las salinas y la travesía a razón de veinte kilómetros por hora, no puede formarse una idea de lo que cuesta atravesar esa zona desheredada de la naturaleza, a pie, con algunos centímetros de barro bajo la capa blanca de salitre que le imprime el aspecto de un gran lago de invierno en el norte de Europa, con su capa de nieve.

Para abreviar el trabajo y ahorrar la ida y vuelta al campamento cada día, resolvimos pasar la noche en la línea que atravesaba el monte de Garabato y que distaba a veces diez a quince kilómetros del citado campamento.

Dormir en el suelo duro con el apero por toda cama, era tolerable en el verano; pero en el invierno, nos levantábamos con frío y para entrar en calor la emprendíamos a hachazos con cualquier árbol que encontrábamos a mano.

El gobierno daba solamente carne a sus ingenieros y teníamos que proveernos del resto de la vitualla, a nuestra costa. El agua poco impedía los trabajos porque casi nunca llovía.

Cuando llegamos a la provincia de Tucumán, cambió como por encanto el aspecto del terreno y cesaron nuestras fatigas. Campiñas risueñas, poblaciones y pueblos a cada paso, agua y arroyos y ríos cada día, era la gloria para hombres y bestias, y en poco tiempo estuvimos acampados en las orillas de esa ciudad industriosa, llamada con razón, *el jardín de la República*.

Nosotros, que llevamos a esa culta sociedad la promesa de la llegada de los progresistas rieles, que todo lo transforman en beneficio de la civilización, fuimos tratados a cuerpo de rey; y todos, desde el gobernador don Francisco Helguera y la alta sociedad, hasta el propietario más humilde, nos brindaban con mil atenciones.

Terminados al fin los, para nosotros, interminables estudios sobre el terreno, regresamos a Córdoba, y de allí a Rosario y Buenos Aires, para hacer los trabajos de gabinete en la oficina de Ingenieros Nacionales.

CARLOS CHRISTIERNSSON.

(*Recuerdos de 42 años en la República Argentina*. Bs. As., 1910).

LA DILIGENCIA

1869

La diligencia era como todas las diligencias, salvo que la manejaban ocho postillones, caballeros en otros tantos caballos, cargados de años, de hambre y de mañas. Entre los pasajeros iba un ingeniero alemán, un comerciante que trataba de introducir en Córdoba el alumbrado a gas, un poeta que había escrito dramas y un canónigo de la Catedral del Paraná.

En el camino, tropezábamos de tiempo en tiempo, con los troncos de los árboles derribados para fabricar durmientes para el Ferrocarril Central; sorprendíamos de cuando en cuando, alguna familia de guanacos o encontrábamos de hora en hora alguna tropa de carretas, cuyos conductores parecían solazarse con la parsimonia de sus bueyes.



Paso del Aguapey por una diligencia.

Llegamos a Chapa, primera posta de esta jornada. La posta de la pampa es el lugar en que se mudan caballos o se pasa la noche. El estado subvenciona a los que se consagran a este servicio, que desatienden hasta donde es posible descuidarlo. En la posta hay un corralito de ramas, en el cual se cogen los caballos para la muda, un pozo de agua salobre y dos ranchos: uno para alojamiento de los pasajeros y otro para habitación del llamado *maestro* de la ya nombrada estación. Los peones duermen bajo la *ramada* en que se cocina o en la diligencia que conducen.

Nos detuvimos en tres puntos, llamados Chamico, Lujunta y Empírea. Éste no tenía de su tocayo sino las dificultades del camino.

Caía la tarde cuando nos aproximábamos a lo de Villalón, donde debíamos dar por terminada la jornada. Desde una larga distancia descubrimos más de cincuenta gauchos a caballo, lo cual no dejó de alarmarnos, a pesar de que el dormilón del mayoral nos dijo que se trataba de carreras y nos aseguró que éstas ocasionaban aquel grupo de gente fosca y mal pergeñada.

Bajamos donde Villalón, con cierta desconfianza por la seguridad de nuestros equipajes, golosina que suponíamos muy del paladar de aquellos beduinos. Pero, apenas descubrieron al canónigo, todos echaron pie a tierra y empezaron a saludarlo y pedirle la bendición. Las exclamaciones de *¡paire! ¡mi pagre! ¡el curita!* y sobre todo los innumerables: *¡mi tío! ¡mi señor padrino! ¡el que me casó! ¡el que me bautizó el muchacho!*, que resonaron en torno del sencillo sacerdote, nos tranquilizaron y volvieron la seguridad de que nuestros equipajes continuarían siendo nuestros al día siguiente.

Como por ensalmo apareció un fogón, sobre el fogón una marmita y junto a la llama de leña un asado. Aquellos buenos hombres, sospechados por nosotros de malas intenciones, se reunieron al amor de la lumbre a esperar al canónigo que, de regreso a sus pagos, les iba a hacer el honor de *presidir el fogón*.

Comimos en una mesa de tres pies, traicionera y maligna, que a cada momento se echaba al suelo; y sentados en escaños de adobe, que, de puro sólidos, nos hacían ver las estrellas. A contemplarlas de veras salí yo. La luna se alzaba en el confín izquierdo de la llanura, tan pálida que parecía

enferma. Un cielo azul y transparente, salpicado de puntos luminosos, cubría el cuadro. Los lejanos balidos de los rebaños de cabras, mezclábanse con los incomprensibles rumores de la soledad. Una que otra luz revelaba la existencia de otros hogares, más miserables que el que ardía a pocos pasos, en tomo de los cuales quizá se hablaba de amor y cuya llama secaba tal vez las lágrimas del gaucho soldado o de la madre viuda, errante como el paria…

A las tres de la madrugada del 1.º de marzo nos pusimos en marcha hacia Córdoba. Atravesamos con dificultad un lugar arenoso, que debíamos pasar con *la fresca*, para no fatigar los caballos, y entramos, ya de día, en los campos vecinos a la posta de Moyano, cubiertos de margaritas silvestres y de una hierba de emanaciones resinosas llamada *poleo*.

El Río Segundo, que atravesamos, tirada la diligencia por bueyes, me pareció encantador. Apenas lo vadeamos bebimos de su agua deliciosa y nos detuvimos un momento a admirar el paisaje, en cuyo fondo apenas se destacaban las sierras sonrosadas.



Tipos antiguos de la Argentina. El panadero y el lechero.

Quebraban la monotonía de ambas márgenes del río algunos ranchos, blanqueados con cal indígena, de una albura sólo comparable con la de la

nieve. Veíanse en los techos de esas cabañas, tendales de duraznos descarozados puestos a secar al sol.

Los postillones refrescaron en la pulpería vecina, cuyas existencias no pasaban de dos azumbres de aguardiente y una hornada de tortas.

A mediodía, llegamos a la posta de Rodríguez, posada regular, cercada de algarrobos, con un jardín y una laguna artificial al frente.

En el palenque nos aguardaba la propietaria del parador, mujer alegre, cuarentona, ordinaria, parlanchína, hospitalaria y afectísima a encontrar semejanzas. Antes que hubiéramos pisado el patio de la casa, ya sabíamos quiénes eran nuestros parecidos de Córdoba. Entre las plantas del jardín, y más rosada que sus claveles, se hallaba una muchacha fresca robusta y lectora de novelas por entregas.

No habíamos vuelto del fastidio que nos produjo el cariño irreflexivo de doña Eduvigis, cuando nos gritó desde el pescante el mestizo dormilón: *¡Córdoba!…*

SANTIAGO ESTRADA.

(*Obras completas. Viajes*).



Chacarita. Capilla del Cementerio.

8
ALGUNAS FIGURAS DE LA ORGANIZACIÓN NACIONAL

EL GENERAL URQUIZA

Conocí personalmente al general Urquiza después de Caseros. Era de estatura regular, fuerte y vigoroso de músculo. Tenía anchas las espaldas y levantado el pecho; su aspecto revelaba fuerza física, valor, audacia. Vestía entonces siempre de *frac*, unas veces azul con botones de metal amarillo, chaleco blanco y pantalón claro: otras, todo de negro. Calzaba botas de charol; el pie era pequeño como la mano. En su mirada penetrante había algo de fascinador, su cara era imponente. Cuando estaba en calma y sereno podía adivinarse que tenía un alma susceptible de fierezas y borrascas. Tenía poco pelo y cuidadosamente ocultaba la calvicie con el peinado. Era pulcro en su aspecto. Aparecía, empero, autoritario; no era muy afectuoso.

En ese tiempo tenía siempre en la mano un latiguillo muy delgado, con el cual jugueteaba sin cesar. Sus labios eran delgados, sobre todo el superior, que se contraía fácilmente, y empalidecía; el movimiento nervioso de sus fosas nasales era síntoma de emoción moral profunda; el ojo se hacía, entonces, brillante y tenía los fulgores del relámpago.

En ese entonces era reservado y casi taciturno. Se encontraba en presencia de extraños y curiosos, fuera de su teatro, de sus medios y de sus hombres. Se había hecho precavido, puesto que sabía que estaba rodeado

de enemigos y de émulos, que espiaban sus movimientos y guardaban para comentarlas sus palabras. Revelaba, a pesar suyo, preocupaciones profundas; le recuerdo como si le viera de presente.

Los emigrados querían ya emanciparse del vencedor, los unitarios odiaban que la victoria la hubieran recibido por manos de un federal; los rosistas lo miraban como a traidor al jefe supremo, a quien todos odiaban, sin embargo.

El general Urquiza había presentido la tormenta, veía el horizonte oscuro y dudaba de sus elementos y tal vez de sí mismo. Mal aconsejado, creyó aplazar la tempestad e impedir la reacción, restableciendo el cintillo punzó. Éste fue un error deplorable. La proclama en la cual explicaba esta resolución, fue redactada por el doctor don Juan Francisco Seguí.

El general Urquiza, necesario es tenerlo presente, comenzaba una evolución nueva. De los hábitos guerreros y de la actividad de los campamentos, venía a ponerse al frente de un gobierno complicado, a influir por el consejo, a guiar por la razón, a no contar con otra fuerza que la de la opinión pública, tan medrosa y susceptible.

Se halló reatado y al mismo tiempo azuzado; quería el bien y le empujaban hacia la violencia, quería el imperio de la ley y le amenazaban atarlo con las leyes. Quiso con decisión y vehemencia la organización, y le cerraban todos los caminos. Aspiraba al olvido del pasado, su lema fue: *no hay vencedores ni vencidos*, e incendiaban de nuevo las hogueras, apenas apagadas, de la guerra civil.

Su carácter debió agriarse, debió sentir tormentas profundas y ahogó su savia dominándola por la razón. Tuvo estallidos, es verdad, pero fueron fugaces como el relámpago. Sus propósitos eran nobles, y esto salvó su personalidad histórica.

Le volví a ver en San Nicolás de los Arroyos, cuando allí estaban reunidos los gobernadores.

Entre las personas que acompañaban al doctor don Vicente López, gobernador de Buenos Aires, se hallaban el doctor don Benito Carrasco, el doctor Quesada, el doctor Heredia, el señor Fumer y no recuerdo quién otro.

El general Urquiza estaba allí menos contrariado. Hasta aquella ciudad no llegaban las saetas que desde aquí le habían dirigido; las intrigas las amortiguaba la distancia. Los gobernadores tributábanle homenaje, que merecía el vencedor de Caseros, le daban todos pruebas de consideración y respeto, y, como era natural, el espíritu humano es susceptible de amoldarse a las emociones simpáticas y benévolas.

La ingratitud agria el carácter, la justicia lo dulcifica. En las facciones del general Urquiza se reflejaba la influencia del medio en que se encontraba.



El general Urquiza y el ministro Octaviano (*caricatura de época*).

Recuerdo que era muy aficionado al baile y especialmente a la contradanza. Era atento con las damas, cortesano y tal vez galante. Tuvo fama de enamorado. Muchísimas veces he figurado en la misma contradanza, y entonces el general Urquiza era bromista y alegre. Bailaba con cierto garbo ceremonioso, de la época del minué, y entonces quería que todos hiciesen cuidadosas las figuras para no perder el compás de la música. Esas contradanzas eran interminables…

A medida que el general Urquiza adquiría la convicción de su popularidad por la victoria de Caseros, serenaba su carácter y el poder lo iba transformando. El amor del hogar completó su evolución moral y doméstica. El padre de familia modifico al guerrero. Ya nada tenía que aspirar de la gloria militar, y se hizo conservador. Si ocurrió a las armas, fue para defender su obra. Abandonó el latiguillo. Se hizo cuidadoso en el traje, vestía muy correctamente y era hasta presumido.

El fuego de sus viejas glorias quedó guardado en el fondo de su mirada, de donde salían a veces chispas como de un volcán no extinguido todavía. Pero trataba de dominarse.

Lo he visto muchas veces dar pruebas de acatamiento a las opiniones ajenas. Escuchaba el consejo, y si le convencían no era terco, a no ser que le hubieran irritado. Era susceptible y muy impresionable; apasionado y a veces generoso. No le conozco en su interior doméstico; le vi siempre en actos públicos, en su despacho o en su sala de recibo. No estoy habilitado para hablar de su vida íntima, ni de sus costumbres…

El vencedor de Caseros tenía una memoria prodigiosa; los nombres propios y las fisonomías se le grababan para siempre, de manera que conocía personalmente, puede decirse, a todos los soldados entrerrianos; sabía sus hazañas, sus cualidades, sus defectos, su domicilio y hasta conocía la familia. De modo que cuando veía un gaucho, lo llamaba por su nombre de bautismo, y si por casualidad no lo había reconocido, le preguntaba cómo se llamaba. Con la respuesta ya sabía que era hijo de fulano, que vivía en tal parte. De manera que el interrogado quedaba sorprendido, temiendo que hubiese sido ardid el preguntarle quién era para averiguar si mentía. Estas condiciones peculiares le daban un prestigio singular. Ante el general Urquiza, el gaucho prefería decir la verdad, aunque le perjudicase. Temía ser reconocido si mentía. Y puede concebirse que eso era una fuerza moral. El general Urquiza era enemigo de la mentira. Odiaba el robo, que castigó hasta con crueldad, pero necesario es no olvidar que Entre Ríos había sido el asilo de los bandidos y salteadores. Él la moralizó, y durante su administración podía recorrérsela de un extremo a otro sin temor a los ladrones: no los había…

VÍCTOR GÁLVEZ.

[VICENTE G. QUESADA].

(*Memorias de un Viejo*. Bs. As., 1888).

VICENTE G. QUESADA. — Hombre público y polígrafo argentino. Nació en Buenos Aires en 1830 y falleció en la misma ciudad el año 1913.

Fundó la *Revista del Paraná* en 1860, la *Revista de Buenos Aires*, en 1864, y la *Nueva Revista de Buenos Aires* en 1881. Escribió gran número de obras de historia, diplomacia, crítica, etc., y crónicas literarias. Fué bibliófilo eminente y uno de los escritores más laboriosos y fecundos del país. El libro *Memorias de un Viejo*, publicado con el seudónimo de Víctor Gálvez, contiene interesantísimos retratos de hombres del pasado y cuadros de la vida argentina desde los tiempos de la Confederación hasta 1880.

MITRE EN 1855

… La última vez que le había visto en Chile había sido en uno de los cuarteles de San Pablo, donde un mismo destino de persecución nos retenía, y entonces, sin embargo, Mitre sólo hablaba del porvenir, de su fe en las ideas, de la justicia y de la santidad de la causa liberal de la América del Sur, única que podía rehabilitarla; y tenía fe también en los hombres y en sus amigos más inmediatos que lo visitaban entonces, como el coronel Aquino, que fué la más notable víctima ofrecida en holocausto a la caída de Rosas; y tenía fe en sí mismo, y por esto lo veíamos ahora de ministro de Guerra en la capital del Plata, general en jefe del ejército del Estado, el más brillante orador de la Cámara de Representantes, la primera pluma del diarismo, el más alto consejero del gobierno y a la vez palanca de acción, el alma, en fin, de la política liberal de Buenos Aires. Bartolomé Mitre será una de las más ilustres figuras de la historia moderna de Sudamérica, porque es, no sólo un hombre de talento y de ideas, que de éstos hay muchos, sino (¡y como él tan pocos!) un hombre de corazón. Ha puesto al servicio de una idea su alma y su inteligencia, y por eso su reputación se conserva ilesa y su popularidad es tan sólida; por eso

el general Rondeau, al morir en Montevideo, legó su espada al mayor Bartolomé Mitre, que defendía ahora sus murallas contra Oribe; por eso Mitre, cuando no hubo más pólvora que quemar a las orillas del Plata, se vino a Chile, y dejando a un lado la espada, talló esa inimitable pluma, brillante y sólida, entusiasta y convencida, con que redactó *El Comercio* en Valparaíso y *El Progreso* en Santiago; por eso, comprendido en las cláusulas de un *estado de sitio* chileno fué enviado al Perú, y cuando el último día de las *facultades extraordinarias* expiró, lo volvimos a ver entre nosotros, en los mismos calabozos en que nos habíamos despedido, siempre con el alma empapada en fe, y su brillante palabra empapada en la del alma; por eso cuando el primer grito de libertad se hace oír en las márgenes del Paraná, dobla el Cabo de Hornos, se alista en el *Ejército Grande*… Bartolomé Mitre es un modelo. Si la América del Sur tuviera hoy día 20 hombres como él, la regeneración política de sus repúblicas no se haría esperar largo tiempo en inútiles combinaciones. Lo que la America necesita es convicción, honradez, conciencia política, no talentos astutos, ni pasiones de partido que todo lo apagan o lo extravían porque no tienen por base la moral y la virtud. Bartolomé Mitre será contado siempre en Chile como el primero entre esos raros e ilustres emigrados argentinos que en la proscripción y en el hambre fueron fieles a su idea y a la gloriosa tradición de combates y principios que Lavalle y Rivadavia simbolizaron en el otro lado de los Andes…



Bartolomé Mitre en 1845.

El coronel Mitre estaba en todo el auge de su popularidad en Buenos Aires, y veíamos su retrato en todas partes, y todos pronunciaban su nombre de mandatario, no con ese respeto maquinal que inspira la autoridad, sino con la afección y el entusiasmo que nace de los hombres distinguidos por lo que son en sí mismos. No abandonaba él ese aire modesto y reservado y un tanto distraído que le mereció en Chile (el país clásico de los sobrenombres porque los hijos heredan los de los padres, y si su abuelo ha sido *tuerto* lo llaman a usted el *tuerto tal*… sin más ni menos) el apodo, con que luego lo bautizaron los santiaguinos, del *jote Mitre*. En Buenos Aires Mitre se acercaba más a este símbolo, porque andaba vestido como un verdadero jote, con un «frac» azul todo raído, los mismos pantalones con que hacía sus campañas en la pampa y un sombrero de lana redondo a lo Garibaldi, que le tapaba la frente hasta las cejas. En esta apostura lo encontrábamos cuando se dirigía por la mañana al ministerio.

Mitre se ha envejecido en los últimos tres años, que han sido para él una campaña no interrumpida de toda clase de combates. Su fisonomía ha palidecido, su frente se ha arrugado, y todo su porte tiene expresión de fatiga. Parece un verdadero milagro el que haya sobrevivido a la herida que le fracturó el hueso en el centro de la frente y a la agonía de 40 días que le sobrevino. Sin la escarapela elástica del morrión que llevaba en el acto de ser herido, la bala le habría taladrado la cabeza de parte a parte porque fué disparada a boca de jarro. El coronel Mitre no podía llevar más noble insignia militar que su cicatriz.

Vimos también al coronel Mitre en su casa, varias veces, al lado de su joven esposa, persona de gran belleza y de los más distinguidos modales, hija del general oriental Vedia, y mientras la media docena de chicuelos que componen la familia del señor Mitre retozaba en la alfombra de su modesta y exigua sala de recibo, conversaba él con nosotros de Chile y de la América. Mitre es admirador sincero del soldado chileno, al que no le reconoce rival, excepto, naturalmente, sus paisanos, lo que, sin embargo, no dice. Es hermoso oír a este joven que se ha criado entre las balas, que fué hijo de un militar, que tuvo dos hermanos inmolados con las armas en la mano en las murallas de Montevideo, y que acaba de llegar de las pampas donde ha dejado de jefe de fronteras a otro hermano, el comandante Emilio Mitre, es hermoso oírle deplorar los males que la América del Sur debe a las armas. «Ya estamos hartos de glorias militares, decía; ya no necesitamos probar la bravura de nuestra herencia, porque hemos estado medio siglo con las armas en la mano embistiéndonos los unos a los otros. Al contrario, los guapos son la ruina de este país…, y el peor mal de nuestras revoluciones armadas no está tanto en las ideas que engendran ni el orden de cosas que dejan tras sí, sino en los hombres que levantan». ¡Y esta última verdad tiene un alcance histórico inmenso!…

B. VICUÑA MACKENNA[32]

(*La Argentina en el año 1855*).

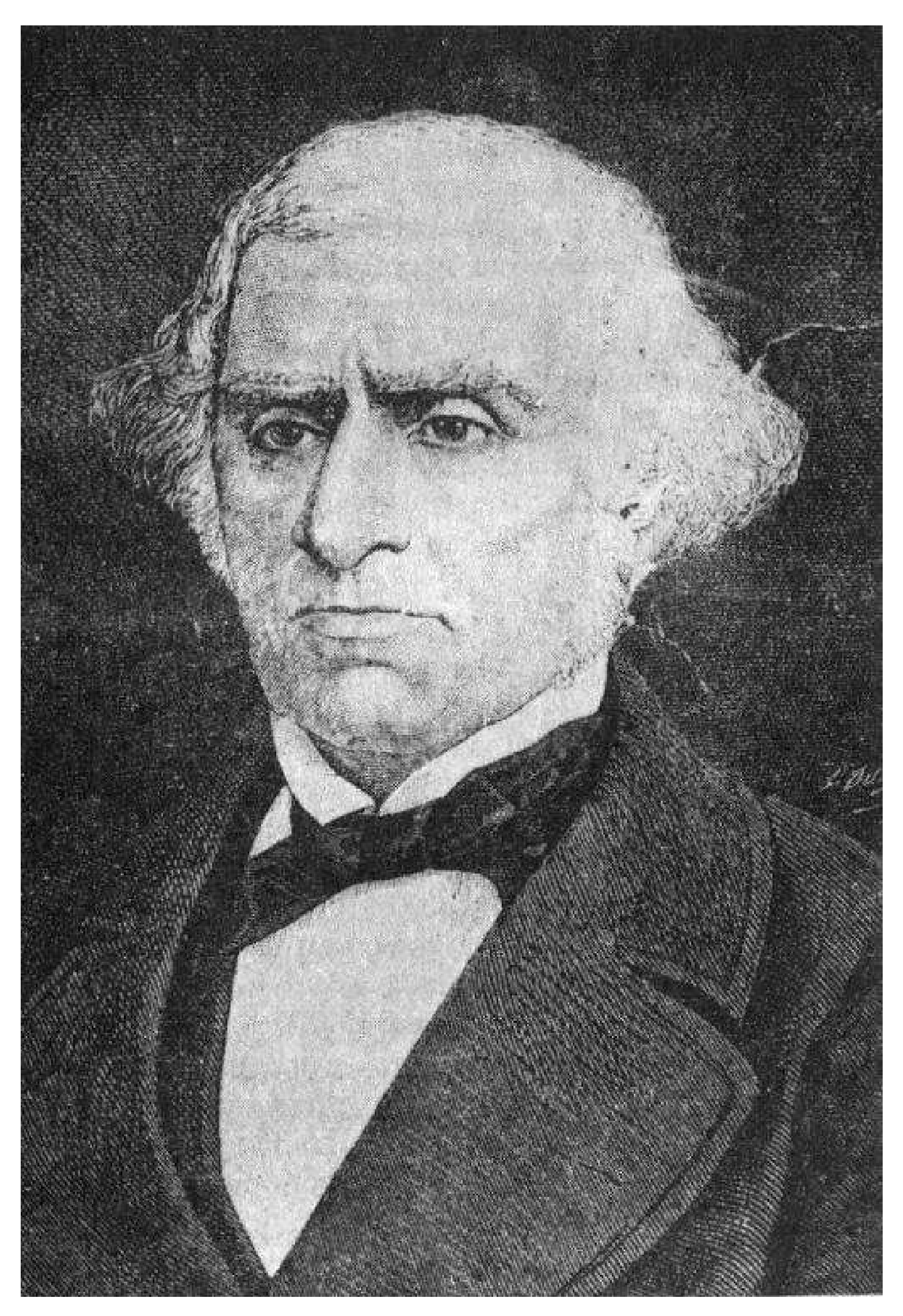
DALMACIO VÉLEZ SÁRSFIELD

1855

Otro alto personaje de la política y de la literatura argentinas a quien tuve la honra de ser introducido, fué el doctor don Dalmacio Vélez Sársfield. Es éste un caballero de 55 años, alto, enjuto, moreno, chascón[33]; pero su pelo gris, la vivacidad concentrada de sus ojos y la expresión sardónica de su boca, revelan la energía de los talentos que posee. Su trato es afable, pero se trasluce siempre en su conversación cierto dejo de esa malicia cordobesa, célebre en la República Argentina. El doctor Vélez me promovió una cuestión delicada, pero en la que las buenas palabras envolvían las puntas más salientes. El doctor estaba agraviado con el gobierno de Chile por su negativa a reconocer el cónsul de Buenos Aires; lo estaba también por los robos de ganado cometidos por los indios de las fronteras del sur, que los chilenos de Valdivia y Concepción venían a comprarles fomentando el salteo con ese tráfico culpable; lo estaba, en fin, por la cuestión de límites, aún no definida, y en todos estos puntos el doctor Vélez era el órgano de la opinión general de Buenos Aires; pero yo me contraje a prestarle atención sólo sobre la última materia.

El señor Vélez sentía gran enfado con el autor de la *Memoria* publicada en Chile, sobre la cuestión de límites entre las dos repúblicas y no se quejaba de las refutaciones sino de los reproches personales que en ella se le hacían, cuando él por su parte había tratado la cuestión sólo de un modo general y literario. «Vea usted, añadía, cuán simple es el origen de esta cuestión. Un día me llamó Rosas y me dijo estas palabras: *Voy a mandar a Chile a este bruto de Otero como embajador. He hecho trabajar una Memoria al gringo Angelis (¡éste es italiano!...), pero temo que este picaro me haya hecho alguna diablura y quiero que usted me haga otra Memoria. Vaya, don Dalmacio, enciérrese, trabaje y cuidado con que nadie lo sepa*. Escribí, en efecto, una Memoria como a escondidas, y se la entregué a don Juan Manuel, que la dejó por ahí, tirada en algún rincón como se quedaron también los títulos del general Otero y la otra Memoria de Ángelis. A la caída de Rosas, este último (Angelis) publicó su

Memoria, y yo, creyendo que la mía pudiera completar los datos necesarios e ilustrar más la cuestión, busqué mis borradores y los di a luz sin ningún otro género de pretensiones». Esa exposición, harto sencilla, me probaba que en tal polémica literaria y política no había animosidad personal alguna de parte del señor Vélez, y así como yo le protesté no podía haberla existido tampoco en el brillante y concienzudo escritor chileno a que aludía…



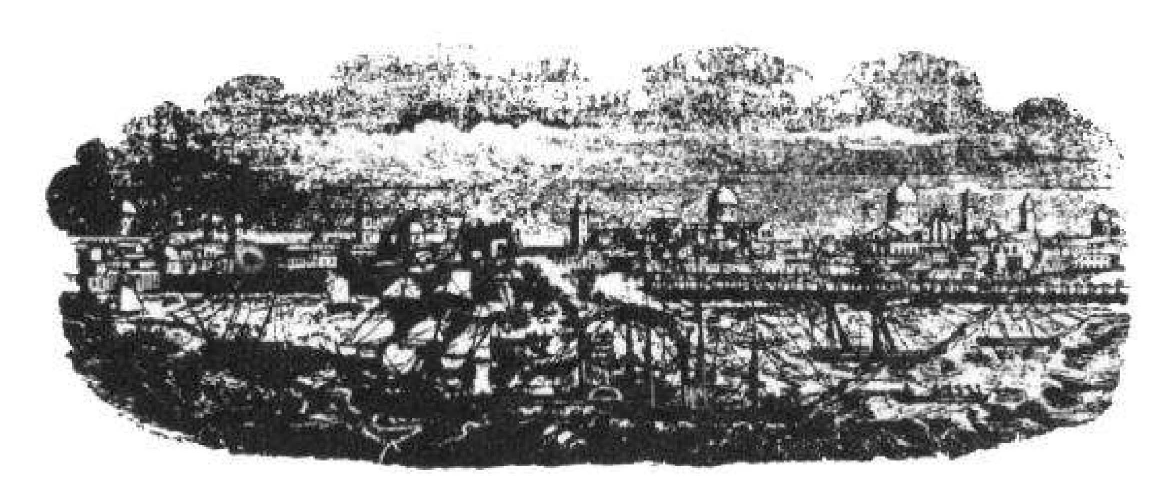
Dr. Dalmacio Vélez Sársfield.

El señor Vélez habló después de la historia y de la literatura argentinas. Se burló de Torrente, que llama sólo *cabecillas* a San Martín y Bolívar, y hace horrendos cargos a Vigodet, porque no se escapó de Montevideo, antes de rendirse con su guarnición, y la llevó por el *Paraná y los desiertos del gran Chaco a unirse* con el ejército de Pezuela en el Alto Perú… pero en cambio recomendaba mucho la exactitud histórica y el criterio de García Camba y el informe del general Valdés. Al Deán Funes, compatriota del doctor Vélez, porque ambos son nacidos en Córdoba, lo considera como un mero cronista, y de la obra de Rivera Indarte, titulada *Rosas y sus opositores*, en la que hay constatadas la muerte de 18.000 argentinos por el cuchillo o el plomo, me dijo que era sólo un bosquejo pálido y que la historia de Rosas era tan horrenda que no sabía si jamas se escribiría aunque fuese sólo por respeto a la dignidad humana… El señor Sársfield había conocido a Bonpland en Montevideo y me decía que era un francés loco, que andaba con grandes espuelas y vivía en todo como gaucho. La prensa europea ha publicado, hace poco, la tierna correspondencia entre Humboldt y su antiguo compañero de exploraciones y trabajos científicos, el uno llamándolo a Europa en nombre de la gloria, el otro resistiéndose en nombre de la naturaleza. ¡Exrraña divergencia de los hombres ilustres! Alejandro de Humboldt vive en Europa, en la cúspide de la estimación pública y los reyes se honran con su amistad. Amado Bonpland se ha casado con una criolla del Paraguay y habita feliz en una choza a orillas del Paraná… Más vale mi *pingo* que toda Europa, dijo un día al doctor Vélez, jineteando a la edad de 70 años en su caballo favorito. Humboldt, hablando de aquel sabio ilustre y singular, pronuncióme estas solas palabras: «¡Pobre Bonpland! ¡Debe estar ya muy viejo; porque es dos años mayor que yo!». Según eso, Bonpland debe tener a la fecha 88 años…

B. VICUÑA MACKENNA.

SARMIENTO EN 1855

Una noche encontramos en casa del coronel Mitre a don Domingo Faustino Sarmiento. Vestía este jefe un «frac» azul abrochado, y estaba ahí, echado para atrás con su bigote cano de teniente coronel, una gran parada de pretensiones militares, encogiéndose a cada instante de hombros como si sintiera sobre ellos el peso de las charreteras. Hablaba esa vez del gobierno de Chile y del de Buenos Aires, estableciendo el contraste de que en aquel país todo lo hacía la *autoridad*, y en el último sólo el *pueblo*; entre nosotros todo el país era sólo la aristocracia, la oligarquía de los mayorazgos, los clérigos y los capitalistas, y en Buenos Aires, al contrario, las clases generales eran las que imperaban, «pues este país, cuyo origen histórico es puramente mercantil, industrioso y activo, tiene tendencias demasiado independientes para ser aristocrático». Cuando la reconquista, en efecto, el rey de España mandó una docena de títulos de nobleza para ser distribuidos entre los más distinguidos habitantes, pero todos rehusaron y no hay hoy un solo mayorazgo en Buenos Aires y creo no lo ha habido nunca. Estamos, pues, nosotros, en dicho sentido, en una contraposición social inmensa y no menos grave, porque tenemos la exageración de los dos sistemas. Buenos Aires trabaja por rehabilitar la gente decente, por substituir el ciudadano al gaucho, el «frac» al chiripá, levantar la democracia de la inteligencia, del trabajo y la virtud pública sobre el gauchaje ocioso y estúpido que enseñoreó Rosas; mientras nosotros, a nuestro turno, nos esforzamos por rehabilitar la *chupalla* y el *poncho*, por reducir la acción del clero a un círculo puramente *sacerdotal* y no *social*, y la acción de la aristocracia de sangre a los límites de la *sociedad* y no de la *política*. ¿Quiénes estamos en mejor pie, cuáles andamos más aprisa y por más ancho camino hacia el bien? Si andar en coche, con las armas de familia pintadas al postigo, y andar en carreta de cuatro yuntas es andar más aprisa, nosotros llegaremos más pronto a nuestra regeneración que los pobres argentinos que no tienen coches, ni conventos, ni mayorazgos, ni condes, ni prebendas, ni capellanías para las ánimas benditas…



Buenos Aires. (*Grabado por H. Lange, hacia 1850*).

Cierto día visitamos al señor Sarmiento en su casa y lo encontramos en un cuarto desnudo, sin enlucir, sin más muebles que un catre de campaña y una mesa llena de papeles, separada del catre por un biombo de lienzo, y sin más adorno en la pared que el retrato del señor Sarmiento vestido con el blanco bornuz de los algerinos, sus grandes amigos, porque el señor Sarmiento («salvaje de las pampas», como se hacía llamar en Europa, delante de todos los hombres eminentes que vinieron a cumplimentarlo, llenos de curiosidad y de respeto, y entre ellos don Luis Villergar…), tiene muchas analogías con el beduino del desierto, así como el viento *zonda* de su provincia nativa se parece al *simún* de la Arabia… El señor Sarmiento nos recibió con gran cordialidad y habló de Chile con todo el enojo de sus desengaños y de sus servicios desconocidos, de su laboriosa dirección no remunerada de la Escuela Normal, de su redacción *independiente* del «Progreso», de su viaje a Europa, de sus servicios militares estratégicos y literarios el 20 de abril, porque él se batió en la Alameda, él redactó la primera proclama en la Moneda y puso en ella un «¡*Ay del que olvide su deber*!», que dejó helado a Santiago aquella mañana, y él propuso, en fin, abastecer de carne la Moneda para una semana, esto es, traer el matadero público del Llano para defenderse sin duda a fuerza de *huachalomos* y de *malayas*… Y siguió después hablando, y soltando hondas quejas y reproches de grueso calibre y sátiras amargas contra los hombres de la política que él había servido, y nosotros lo dejábamos hablar porque había escrito todo esto en los diarios de Buenos Aires, y pues nos pedía lo

contásemos nosotros a nuestra vez, vehemente como aquel día en que «su exasperación tocó en el delirio, cuando estaba frenético, demente, y concibió la idea sublime de desacierto, de castigar a Chile entero, de declararlo ingrato, vil, infame y cargó después sus pistolas y aguardó que estallase la mina, que debía volarle a sí mismo».[34]

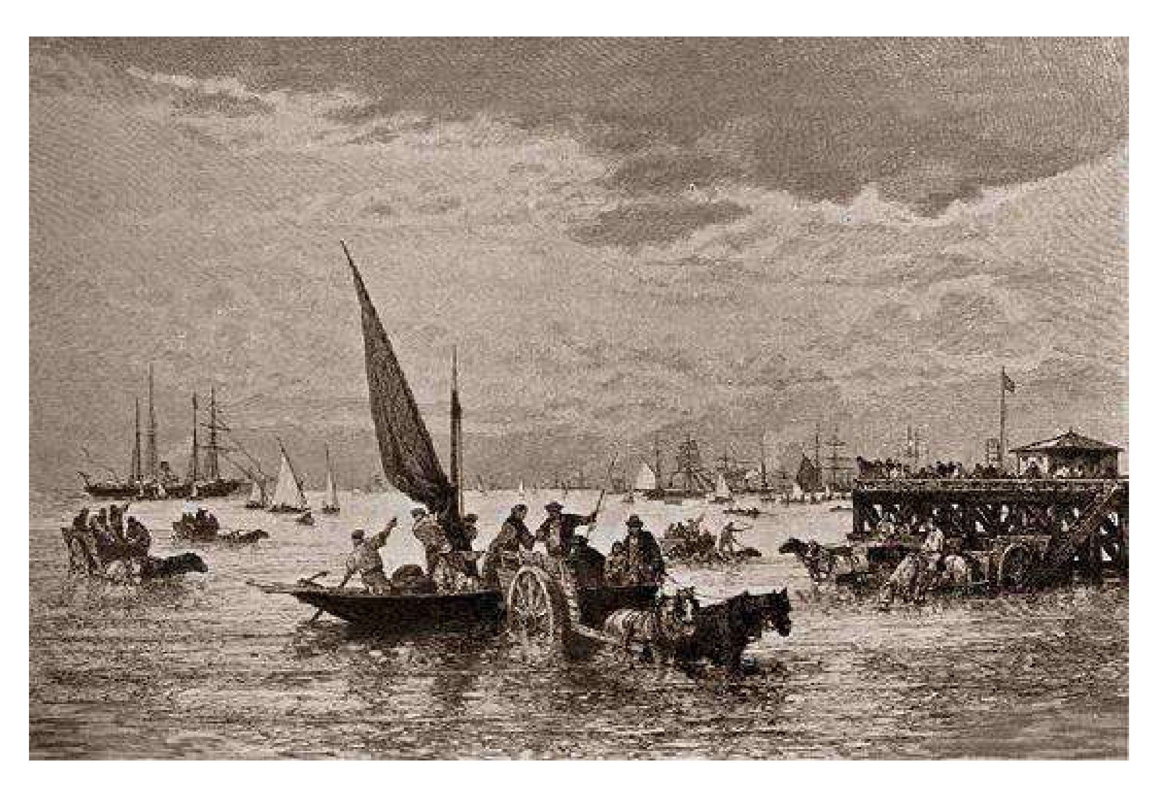
B. VICUÑA MACKENNA.

JUAN FRANCISCO SEGUÍ

No recuerdo quién sustituyó al doctor Gutiérrez en el ministerio de Relaciones Exteriores (de la Confederación), pero sí recuerdo que estuvo al frente de este departamento el doctor don Juan Francisco Seguí. Tenía talento, pero ése no fué su puesto. Su aspecto era el del gauchi-político, había sido clérigo[35] y dejó los hábitos; montaba bien en recado, pero no tenía la cultura distinguida del salón, los usos de la vida cortesana, los ribetes diplomáticos. Era un anacronismo ministro de Negocios Extranjeros…

… Tenía manías de juglar. En el Congreso de Santa Fe sus bromas eran echar por sorpresa las víboras que domesticaba con facilidad, y las llevaba en el bolsillo y en el pecho sólo para reírse con el susto de los que no vivían en fraternal consorcio con tan asquerosos reptiles.

Alto de figura, delgado, ágil; usaba la patilla unida al bigote, como la usó Quiroga. Tenía la voz desapacible y ronca; el cabello negro, los modales sueltos y poco distinguidos. Fue poeta y escribía y hablaba con facilidad. Era un hombre de talento.



Desembarco de pasajeros en Buenos Aires. Punta del muelle y puerto (1870).

En su figura, en su aspecto y en el metal de su voz, había algo de la llanura santafecina, del monte de la provincia, de la corriente del río Salado: era una mezcla del llano y del bosque. Tenía a veces las deslumbrantes aspiraciones de aquella llanura de horizontes dilatados, otras su elocuencia, era vehemente como el río que desborda de su cauce, y no pocas había la tétrica apariencia del ombú en la Pampa, cuando tomaba el aire de predecir el futuro.

Fue patriota y buen padre de familia.

Era muy vivo en la acción, a veces ligero de juicio. Habían penetrado poco las raíces del saber en aquella naturaleza impresionable y fecunda, viva y ardiente. Amó a los caudillos y tenía culto por la libertad. Su vida fué un contraste; murió joven y no adquirió el reposo de la edad madura en que los horizontes pierden los reflejos rosados de la mañana para no tener sino los tintes tristes de la tarde. Esa planta no dió su fruto; la tormenta la derribó antes de florecer…

VÍCTOR GÁLVEZ.

[VICENTE G. QUESADA].

DON SALVADOR MARÍA DEL CARRIL

Don Salvador María del Carril, emigrado y pobre, vivía en el Paraná en modestísima posición. En la mesa en que se escribían los despachos y las comunicaciones oficiales, allí mismo se tendía el mantel para comer, guardando los papeles no sé yo dónde. Eso se repetía todos los días, Victorica lo sabe bien. Tal vez, en esa misma pieza se abría algún catre para dormir. La casa era de propiedad del general Echagüe, la oficina estaba en la esquina, me parece.

Todos han conocido aquí al señor del Carril, que ha muerto muy anciano, millonario y convertido al seno de la Iglesia católica apostólica romana, después de haber profesado teorías filosóficas volterianas y aun ateas.

Era alto, de aire grave, los ojos encapotados y pequeños, las cejas pobladas y largas; carnuda la cara y surcada por arrugas profundas. Sentencioso para hablar, enfático en la acción y de aspecto imponente. Tenía la figura de un creyente de los viejos tiempos de Rivadavia…

....

Tenía el tipo de un *yankee*, gozaba de la fama de conocer derecho constitucional federal y los tratadistas norteamericanos. Su librería era en los primeros tiempos escasísima, pero, entre los que no tenían libros ni sabían inglés, era un patriarca teórico, un consultor competente. Sentencioso y autoritario en la expresión de sus ideas, tenía el dogmatismo de un maestro, que acentuaba más su mirada y la inclinación de su cabeza cana.

....

El aspecto, la voz y la acción le servían de mucho: era una *reclame* en favor de su mérito. Caminaba con aire pretencioso, como agobiado por la profundidad del pensamiento. Era indudablemente el que sabía más, y por ello fue uno de los inspiradores en el Congreso Constituyente de Santa Fe. Las marcadas y numerosas arrugas de sus facciones acentuadas, aunque feas, su cabello blanco, su larga y ancha levita negra, el grueso bastón, el sombrero de copa de alas anchas, le presentaban como un cuáquero, como

un creyente, casi como un profeta… Tenía el aspecto, pero sólo el aspecto, del apóstol y del sectario.

VÍCTOR GÁLVEZ.
[VICENTE G. QUESADA].

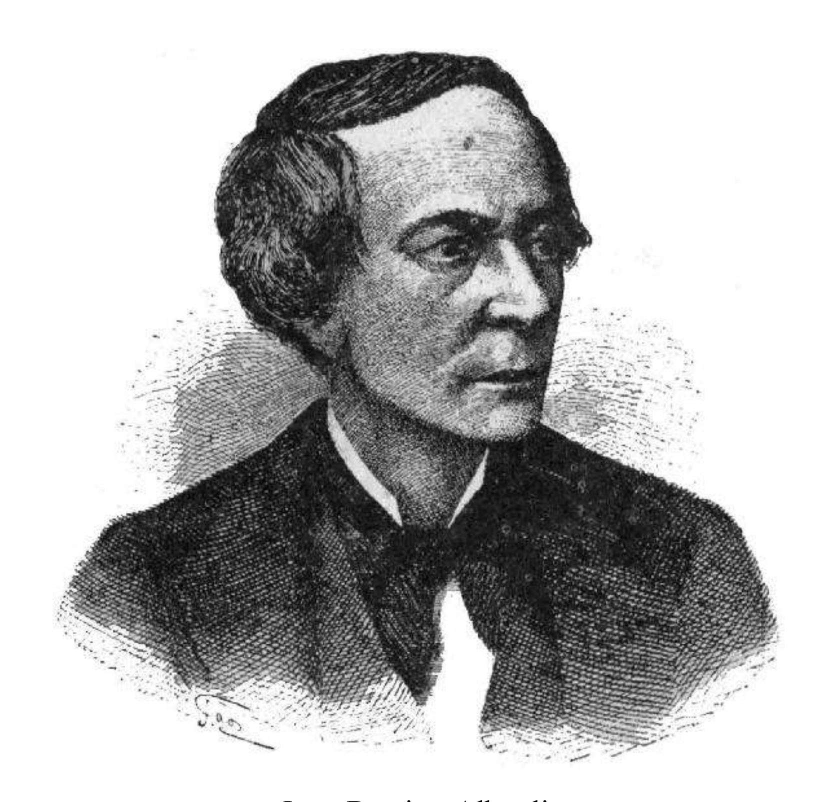
(*Memorias de un Viejo*. Bs. As., 1888).

TOMÁS GUIDO

Entre los senadores [de la Confederación] descuella el brigadier general don Tomás Guido, orador elocuente y simpático. Era un personaje histórico, cuya acción fue tan variada y múltiple que no es fácil dibujarla. En los comienzos de la gran revolución durante la guerra de la independencia, como diplomático entonces, después como uno de los negociadores de la paz con el Brasil, como ministro plenipotenciario durante la época de Rosas, después durante la presidencia del general Urquiza; interventor para el arreglo con el Paraguay, en las cuestiones domésticas entre las trece provincias y Buenos Aires; siempre, la personalidad del general Guido se destaca con brillo, por su habilidad, su prudencia y su tacto.

La unidad nacional fué su credo político, y cuando en el Senado alzó su voz, fué siempre para predicar la unión bajo el imperio de la ley constitucional. Era pequeño de estatura, tenía la tez rosada, el cabello completamente blanco, el labio delgado, la sonrisa insinuante y picaresca, la mirada penetrante e inteligente. De palabra fácil, el metal de la voz era claro y armonioso; pronunciaba muy bien los vocablos, no se precipitaba. Le recuerdo con su frac azul, con botones de metal amarillo, levantado el jopo de su blanco cabello, viva la mirada y solemne la acción oratoria. Era insinuante y a veces incisivo en su discurso, florida y castiza era la frase, lógica la trabazón de sus argumentos, imponía silencio cautivando la atención. Conmovía con sus invocaciones patrióticas, con la exposición de

sus vistas políticas y el alto criterio de sus apreciaciones. Como modelo puede citarse su discurso ante los restos del general don Carlos M. de Alvear.



Juan Bautista Alberdi.

El general don Tomás Guido, fué un hombre político eminente, un diplomático notabilísimo y un orador elocuente.

Era de un trato fácil, simpático y ameno. El chiste franco y espontáneo, la acción familiar era graciosa y atractiva; la conversación entretenida, llena de anécdotas de aquella vida tan accidentada; las damas le escuchaban y él era galante con ellas, preocupábase mucho del sexo bello, ese dulce aplauso, con el talento, entibia las ideas en el trato de las señoras elegantes. Había frecuentado la primera sociedad americana, y tenía el tipo del caballero y del gran señor: todo era distinguido, su porte y su palabra.

A pesar de sus años, era un anciano lleno de afectos y de bondades; jóvenes y viejos quedaban seducidos por su buen decir. Tenía aún algo del garbo antiguo; formaba contraste con la marcial figura de su hermano el general don Rufino Guido, que era alto y de apostura guerrera…

VÍCTOR GÁLVEZ.

[VICENTE G. QUESADA].

9
LA GUERRA DEL PARAGUAY

ENTREVISTA DEL GENERAL MITRE CON FRANCISCO SOLANO LÓPEZ EN YATAYTÍ-CORÁ

… Al día siguiente [12 de septiembre de 1866] López se vistió con un traje del todo nuevo, que se componía de un kepis, una casaca sin charreteras, un par de botas granaderas y otro de espuelas, y para completarlo un par de guantes; las botas y las espuelas no las abandonaba nunca, porque pretendía imitar a Napoleón. Sobre el traje militar, agregó su poncho favorito, que era de paño grana, forrado de vicuña, ribeteado con un galón de oro, y la abertura ricamente bordada, también de oro.

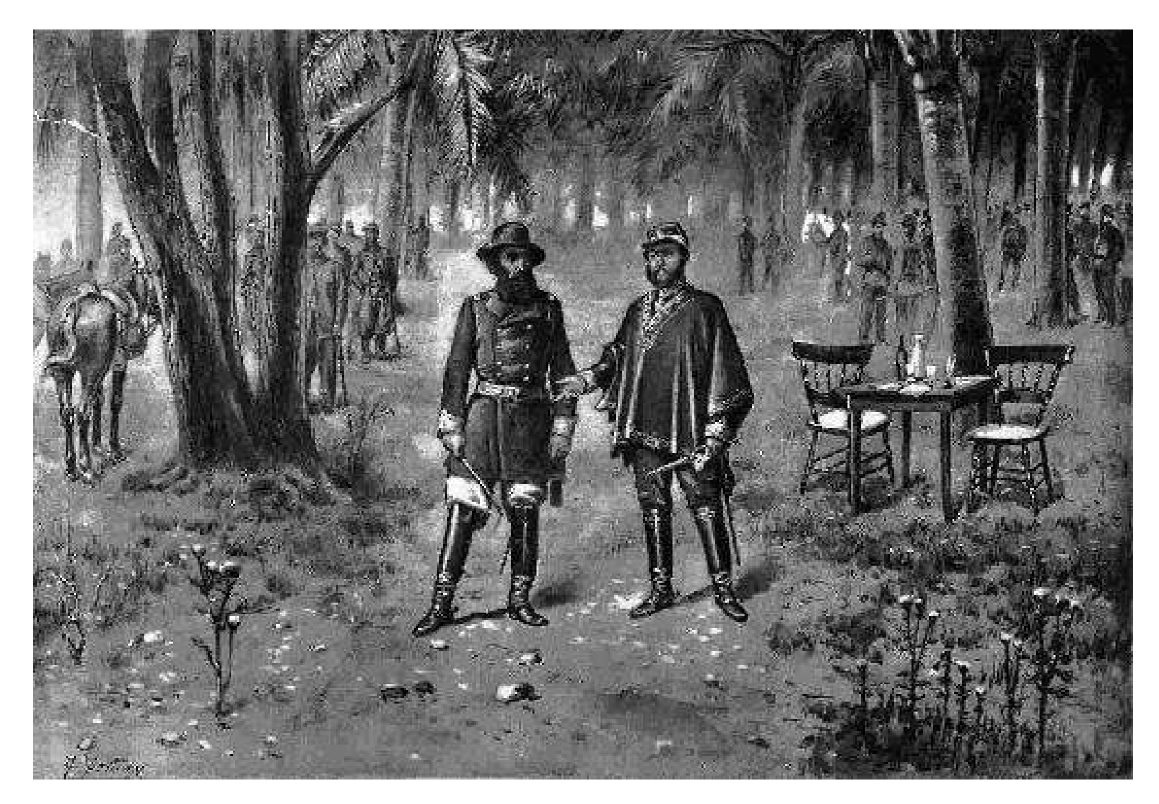
La escolta no se presentó con uniforme de parada, sino simplemente con las camisetas de costumbre. El general Barrios y sus hermanos Venancio y Benigno López formaron también parte de la comitiva. Hasta la trinchera fué conducido en un carruaje americano de cuatro ruedas y recién allí montó su caballo blanco. Al partir del cuartel general con su comitiva, hizo un largo rodeo para salir por el paso Gómez y hacer creer al enemigo que éste era el único camino que existía.

Al llegar al paso, que de las líneas paraguayas conducía a Yataytí-Corá, era evidente que López tenía gran miedo de que el general Mitre le hubiera tendido un lazo, porque ademas de las guardias de costumbre, hizo

emboscar en el paso, a corta distancia del sitio en que tuvo lugar la conferencia, un batallón entero de rifleros. Llevaba como escolta ostensible 24 hombres de la caballería de la guardia y un séquito como de 50 oficiales, que componían su estado mayor. Estos últimos no guardaban formación alguna, antes por el contrario remolineaban como un rebaño de ovejas. Cuando pasó la línea divisoria de los dos campos, López se descompuso y hubo de desmayarse; pero bebió un vaso de cognac con agua y se repuso: continuó su marcha y poco después se vió llegar al general Mitre, con un pequeño estado mayor y una escolta de 20 lanceros.

El uniforme de Mitre consistía en una casaca con cinturón y tiros blancos y un sombrero viejo con alas anchas y copa baja, que le daba cierta semejanza a Don Quijote. Las escoltas hicieron alto y los dos presidentes se adelantaron solos, a cierta distancia, pero al habla de sus ayudantes. Algunos minutos después, Mitre mandó llamar a Polidoro y a Flores para que asistieran a la entrevista. El primero contestó que, desde que el general en jefe estaba presente, su presencia era innecesaria. Flores vino y fué presentado a López; éste le acusó de ser el causante de la guerra por haber solicitado y obtenido la intervención brasilera en la Banda Oriental, a lo que Flores contestó que nadie era más celoso que él por la independencia de su patria.

Los dos presidentes se presentaron mutuamente, López al general Barrios y a sus dos hermanos, y Mitre al general Flores y a algunos otros oficiales. Flores se retiró algunos momentos después, quedando solos los dos presidentes. Su conferencia privada duró cinco horas seguidas. López hizo traer sillas y una mesa; durante el tiempo de la conferencia unas veces permanecían sentados y otras se paseaban. Como había tinta y papel, se levantó un protocolo, en el que se estableció que S. E. el mariscal López había invitado al presidente Mitre a tomar en consideración, si la sangre derramada ya, no era bastante para lavar, sus mutuos agravios, y que S. E. el presidente Mitre, se había limitado a contestar, que pondría el asunto en conocimiento de los gobiernos aliados, que eran los únicos competentes para resolver en la cuestión.



Mitre con el mariscal López en Yataytí-Corá. (*Dibujo de F. Fortuny*).

Durante la entrevista, cuando López encarecía sus sentimientos pacíficos, Mitre le contestaba, que él no podría tomar determinación que no estuviera de completo acuerdo con el tratado de alianza, y preguntó a López, si creía, que bajo estas bases podría terminar la guerra. López contestó que jamás podría aceptar las condiciones de ese tratado, que nunca podría servir de base a un tratado de paz, y que si ésas eran las únicas condiciones que se le hacían, las resistiría hasta el último extremo. Brindaron con agua y cognac y cambiaron sus látigos en recuerdo de la entrevista. Mitre dijo a López que las operaciones de la guerra serían llevadas adelante con el mayor vigor. Después de esto se separaron.

López después de la entrevista, presentaba un aspecto al parecer sombrío. En el camino se detuvo a comer en una casa antes de llegar al cuartel general donde fué recibido y consolado por el obispo y madama Lynch.

JORGE THOMPSON.

(*La guerra del Paraguay*. Trad. de Diego Lewis y Angel Estrada, Bs. As., 1911, t. I, pág. 175).

JORGE THOMPSON. — Ingeniero inglés establecido en Paraguay. Sirvió al gobierno de Francisco Solano López, aunque durante la guerra contra la Triple Alianza cobró profunda antipatía por el dictador como consecuencia de sus medidas despóticas. Escribió un libro, *La Guerra del Paraguay*, que contiene testimonios de mucho interés.

CURUPAITY

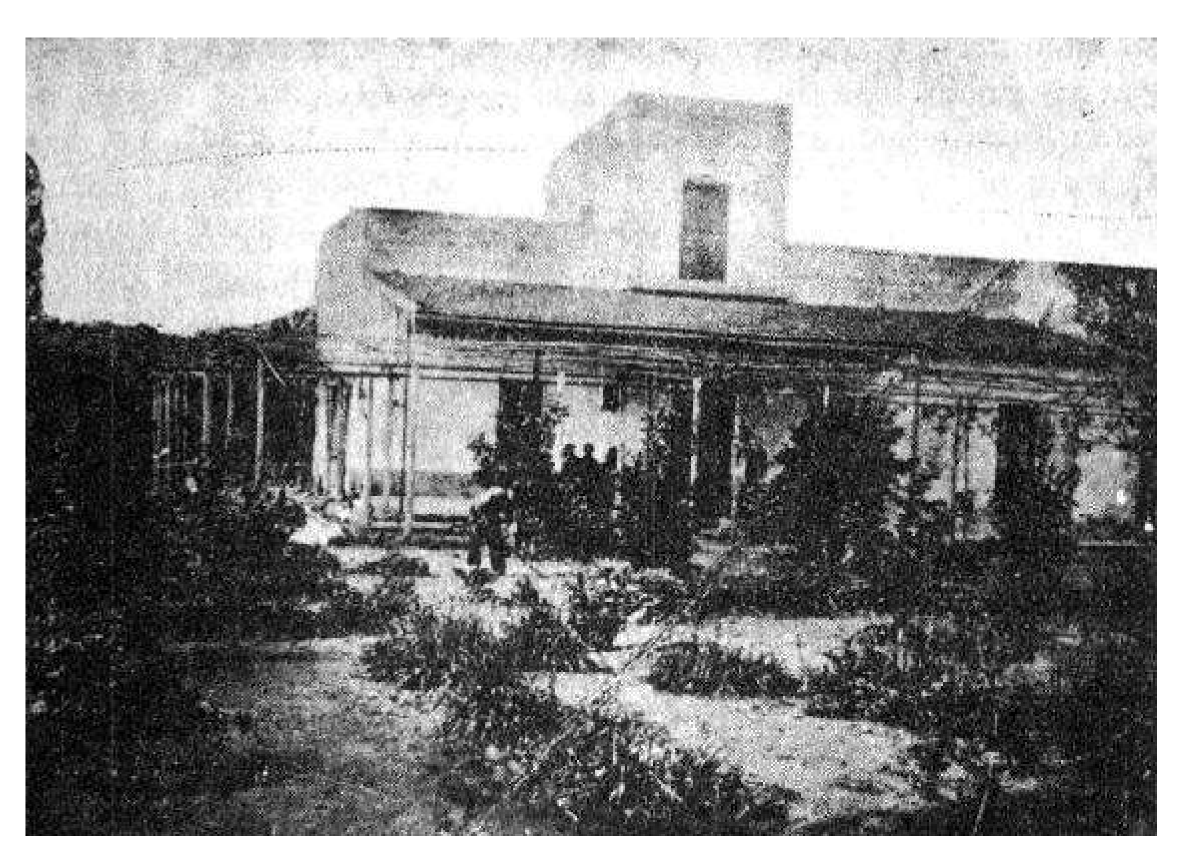
22 DE SEPTIEMBRE DE 1866

Al fin llegó el día del ataque serio: 22 de septiembre de 1866. Era una mañana de primavera espléndida. Si supiera decirlo, diría que en un día tan delicioso, en medio de una vegetación lozana y exuberante como aquélla, los esplendores de la naturaleza invitaban más a entonar un himno de regocijo a la vida que a verter lágrimas por los mártires del deber. Siempre recordaré la marcha de esos cuerpos de línea, sobre todo la del 1er. cuerpo, que avanzaba gallardo y airoso, en línea recta, a la victoria o a la muerte, en cumplimiento de su destino. He visto muchas formaciones de tropas, muchas paradas de ostentación y brillo, pero jamás un desfile más brillante ni más importante que el de esa mañana fatal.

Van al asalto de trincheras formidables e inexpugnables, y marchan, alta la frente, la mirada bravía y con aire marcial de vencedores. Un paso redoblado exactísimo guía al soldado que lleva bombacha *garance*[36] y polaina blanca, haciendo un efecto sorprendente por la combinación de estos colores sobre la verde alfombra. Las bandas tocan sus mejores pasos dobles y las banderas flotan al impulso de la brisa matutina. Un hermoso e imponente desfile el de los veteranos. Pasó a mi frente el coronel Rivas, gallarda figura y digno jefe de tanto bravo, y luego Arredondo, impasible, como burlándose de las balas y de la metralla: un invulnerable de cien combates. Rossetti, jefe del 1.º, bien montado en corcel negro, y tras él el capitán de granaderos Ricardo Méndez que pronto dirá a sus soldados: *¡A los cañones, muchachos, adelante!*… Y Charlonne y Alejandro Díaz, joven aún, bizarro jefe del 3.º, discípulo aventajado de Saint Cyr, con gran

porvenir, por desgracia tronchado en flor. Allá va el 69 y a su frente el mayor Luis María Campos, como si asistiera a una de las grandes paradas de las fiestas patrias.

¿Qué mayor fiesta que ésa para el jefe del heroico valor y patriota, cuyo único temor es el de no llegar primero? Y pasa Mansilla, jefe del 12.º, el más elegante y buen mozo entre los muchos que lucharán ese día… y con él van sus oficiales, entre ellos el capitán Domingo F. Sarmiento y el teniente Iparraguirre, ambos mandando sus respectivas compañías. Grandes amigos míos recibo su último «adiós». Con un gran abrazo me dice Sarmiento: «Hasta luego, inglesito»… Más tarde muere de hemorragia, atravesadas las piernas de un balazo; después lo vi muerto ya, llevado sobre una manta por cuatro soldados; el pantalón color «garance» apenas dejaba ver las manchas enormes de sangre generosa que vertieron las mortales heridas. Iparraguirre, más desdichado aún que Sarmiento, quedó insepulto.



Estancia en Santa Fe, al norte de la ciudad (1885).

Y allá en las trincheras mismas caen heridos gravemente Dantas, Sastre y Viñales y tantos otros, que, felizmente para la patria, recuperarán la salud para seguir prestándole grandes y meritorios servicios… No pretendo contar las peripecias de aquel combate heroico y glorioso. Esta descripción ha sido hecha ya por historiadores eminentes. Aún recuerdo las hermosas palabras de Garmendia al iniciar su relato: «Sombras de bravos, os evoco para un recuerdo inmortal»… Así se debe clasificarlos. Yo cuento lo que vi, algo de lo que sentí y la inmensa pena que me anonadó. Allí, al oeste, sobre el río, y por el campamento del valeroso Porto Alegre, tronaba desde muy temprano el cañón. Un ruido sonoro, continuo, de piezas de grueso calibre de la escuadra con otros estallidos más agudos de las granadas que por encima del bosque y del lugar donde se encontraban las trincheras enemigas, señalaban, con sus pequeñas nubes blancas y el relámpago fugaz, el lugar donde, sin duda, producían su efecto mortífero. Y luego la señal. Yo, hasta hoy, no sé cuál era esa señal; pero la formidable (!) escuadra, una vez cumplida su misión de demoler, arrasar,

aniquilar y reducir a polvo las miserables defensas de una fuerza insignificante, como consideraban los valientes de Tamandaré a los semidesnudos defensores de Curupaity, una vez, digo, pulverizadas, debían dar señal… ¿Cuál?… No sé… Pero la dieron y… no habían pulverizado más que las hojas de los árboles. A esta señal convenida con el general en jefe, éste dió el gran toque de atención que aún me parece oír. Jamás he oído tocar atención por trompa alguno con nota tan alta, tan pura, tan clara…

Se lanzaron las tropas brasileñas de Porto Alegre con denuedo brillantísimo. Repetido el toque en las filas argentinas, un momento tan sólo, un momento de silencio y luego: «¡Ataque!»… Como si algún hilo eléctrico uniese a todos los clarines para que a un mismo tiempo repitiesen el toque ansiado, casi al unísono por todo el frente extenso, se oye la orden vibrante del avance a la muerte que repercute en los bosques y repercute también sin duda alguna en los corazones de los que avanzan y de los que esperan. En toda la línea ahora se rompe el fuego de cañón y fusilería, y de las trincheras enemigas se contesta con una avalancha de fuego rasante que diezma los batallones y deja el campo cubierto en pocos minutos de muertos y heridos. Nada puede el valor heroico contra las zanjas inmensas, el campo inundado, los abatís puntiagudos como lo son esos gajos de árboles seculares y de dureza de hierro… Se puede hacer lujo de temeridad y morir. Y es lo que se hace. En medio del fuego de cañón y fusilería está con su estado mayor el gran general en jefe. Estalla una granada en un sitio próximo al general y éste espolea a su caballo haciéndolo plantar donde cayó el símil de la muerte. Mi antiguo amigo el mayor don Evaristo Vergara ha escapado de una buena: una bala de 68 le lleva la montura de entre las piernas, y, aparte del golpe de la caída, al ser fulminado su buen corcel, no sufre lesión alguna. Pide otro caballo y continúa sonriente en su puesto.

He tomado posición sobre un árbol elevadísimo, pero no tengo anteojo de larga vista. Doy de lo que veo noticias a los de abajo: *Ya suben a las trincheras… Ya bajaron la bandera roja y flamea la celeste*… Ya esto, ya lo otro… Y no miento, son mis buenos deseos los que me hacen ver las cosas color de rosa y confundir los colores… Al convencerme de que nada

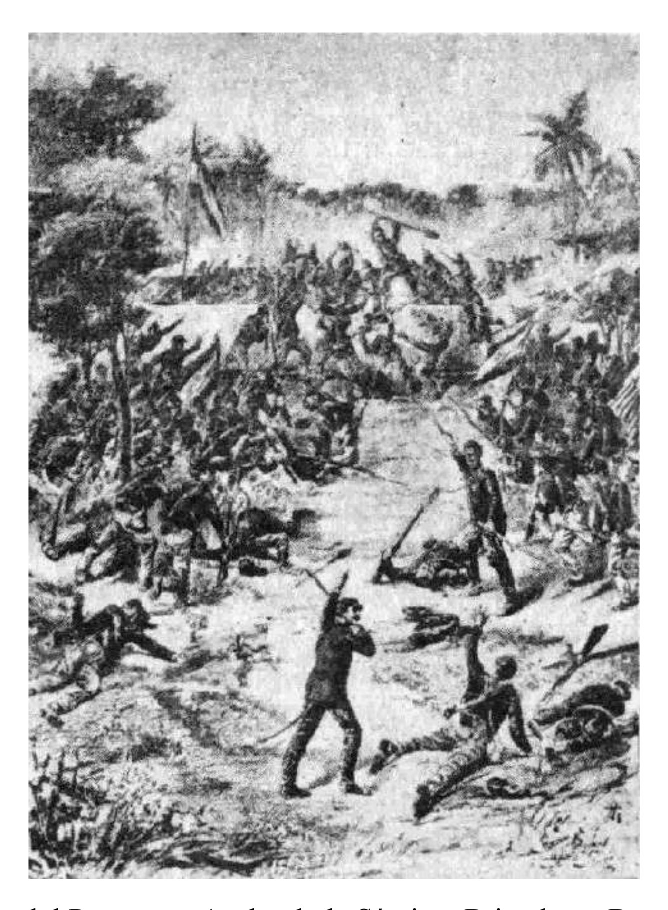
puedo afirmar con exactitud, bajo del árbol y veo al general don Emilio [Mitre], el nuestro, impaciente y no poco furioso porque le han ordenado que se esté firme. Parece que pidió permiso para avanzar con su segundo cuerpo y algo como una represión ha merecido de su superior, de su buen hermano. Yo le digo a Gerónimo, mi viejo amigo: «Pero, ¿a qué hora iremos nosotros?»… «Cállese, ¿qué más quiere que estar aquí?…». Luego pasa Mansilla, herido en el hombro; luego Fraga, herido en el bajo vientre. Otros jefes de nombre, heridos y muertos, y sigue la matanza. Parece que nada hicieron los de la escuadra y menos aún el Marqués de Caxias o Polidoro (no recuerdo cuál) que tenían órdenes y habían convenido en hacer un ataque serio a la izquierda de Curupaity, tomándolo por la retaguardia. Si tal cosa hubieran hecho, hubiéramos obtenido una victoria completa.

Los orientales cumplieron bien su rol: pasaron por el flanco y según he oído se colocaron al otro lado de la fortaleza. Si los 10.000 brasileños que quedaron en Tuyutí, hubiesen seguido su ejemplo, ¡qué de sacrificios se hubiesen evitado!… Luis María Campos, herido, con su 6.º hecho trizas, manda *paso atrás* para no dar la espalda *a esos maulas*. Llevándose, como era posible, sus muertos y heridos, los bizarros cuerpos de la mañana regresan silenciosos, tristes, a sus antiguos campamentos. No es un ejército abatido por la derrota: es un ejército que marcha con la rabia de la impotencia, con una ira reconcentrada e irrazonable, pues no comprende o no admite que se haya estrellado contra lo imposible. No les persigue el enemigo; saben muy bien que no es el caso «de aprovechar la victoria» o «convertir la derrota en desbande», pues ni ellos son victoriosos ni nosotros estamos derrotados. Ha sido, sí, un rechazo doloroso…

¿A qué se debe el fracaso tan completo de este asalto legendario?… El ilustre general Mitre nada ha dicho para disculpar tan tremendo descalabro. Tendría sus razones importantes de Estado, y su carácter de cumplido caballero no le habrá permitido hacer revelaciones que sin duda arrojarían luz y tal vez rubores sobre tan tenebroso misterio. Porque es inadmisible creer que las fuerzas aliadas, apoyadas por una escuadra formidable, no pudiesen tomar por asalto, aunque fuese en día pleno, una fortaleza de meras trincheras, siendo éstas dominadas por el lado del río…

GENERAL IGNACIO H. FOTHERINGHAM.

(*La Vida de un Soldado*. Primera parte. Bs. As., 1909, pág. 122).



Guerra del Paraguay. Asalto de la Séptima Brigada en Boquerón.

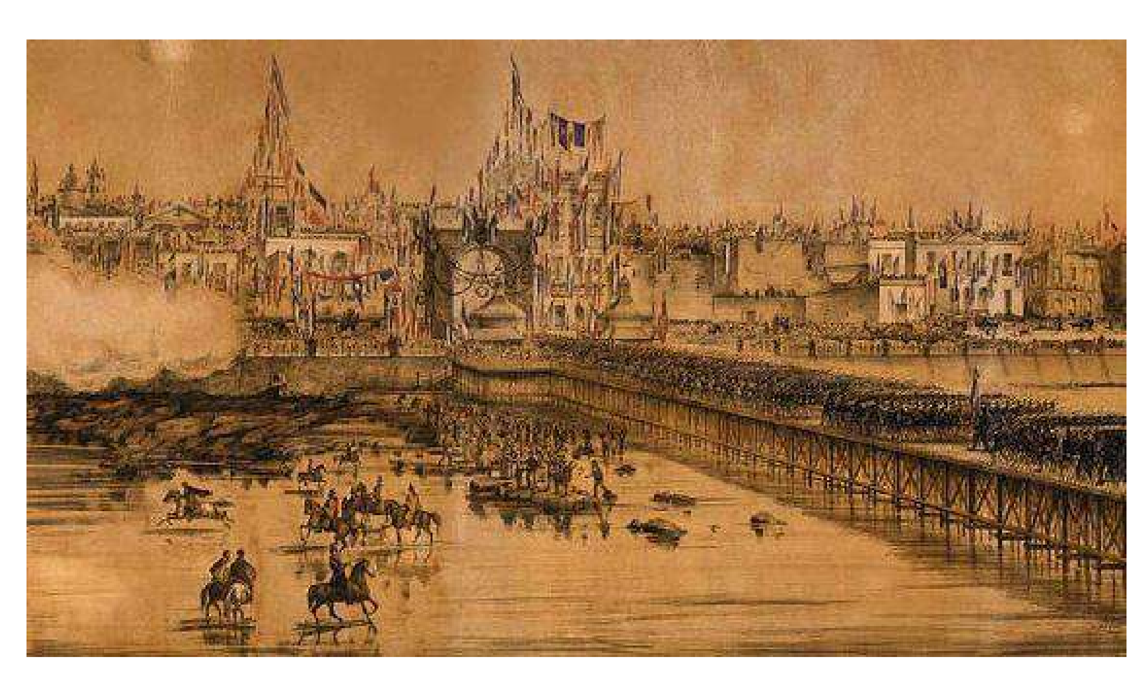
10
REVOLUCIONES Y GUERRAS CIVILES EN LA ERA CONSTITUCIONAL

EL CAMPAMENTO DE MITRE EN ROSARIO DESPUÉS DE PAVÓN

1861

Después de andar unas seis millas estuvimos en el campamento y llegamos al centro del mismo sin que nadie diera el «quién vive» ni se nos hiciera pregunta alguna. Era aquel un extraño espectáculo. Los héroes de Pavón estaban acampados en un hermoso paraje: una llanura alta y herbosa desde donde se dominaba un amplio panorama de Rosario; más abajo, el río de largas barrancas que se extendían como si formaran un cabo hacia un grupo de islas casi frente a la ciudad. El campamento, como tal, nada tenía de atrayente, a excepción del lugar. Las carpas, si es que merecían ese nombre, enclavadas irregularmente, eran de toda clase y tamaño; en su mayor parte estaban formadas por pedazos de loma sostenidos con estacas, bajas de techo y abiertas en la parte inferior, de manera que combinaban el mínimo de protección con el máximo de incomodidad. Asomaban bajo la mayoría de las carpas, en el suelo, hileras de cabezas morenas y agitanadas, mirándonos con expresión tonta, apoyadas en el mentón, mientras los cuerpos respectivos yacían tendidos bajo las lonas. Muchos

soldados fumaban los inevitables cigarros de papel; otros estaban conversando en tono bajo. Es ésta una gente muy indiferente, salvo cuando se encuentra bajo la influencia de alguna excitación muy grande, y ahora el ejército descansaba. Según me fué dado observar, aquí los centinelas se consideran innecesarios y por eso encontramos la mayor dificultad para dar con un coronel, jefe de un regimiento y conocido por nuestro amigo norteamericano. Al fin descubrimos al coronel y nos apeamos del coche junto a su tienda de campaña, donde nos recibió con mucha cortesía. Un oficial de idéntica graduación en Europa hubiera sentido gran sorpresa al verse invitado a entrar bajo una pequeña carpa de lona, apenas suficiente para cubrir un lecho de escasas dimensiones y un baúl con la silla de montar encima. El coronel, sin embargo, tomaba toda esta incomodidad con el mejor ánimo y se desempeñaba caballerescamente. Sonreía excusándose mientras nos invitaba a tomar asiento en el borde de la cama, y ordenó que cebaran mate, el consuelo preferido y general de los habitantes de Buenos Aires. Todos tuvimos que gustar el brebaje, uno tras otro, y la conversación se prolongó durante una media hora, durante la cual fuimos observados de arriba abajo por un gaucho de piel oscura, encargado del hermoso caballo chileno del coronel.



Desembarco de la valerosa Guardia Nacional de Buenos Aires. (*Litografía de Dulín, 1861*).

Dejamos allí el carruaje y fuimos caminando hasta el centro del campamento donde dijeron que podíamos buscar la carpa del general Mitre. Nos hicimos camino entre un caos de carpas miserables llenas de hombres recostados e inmóviles: eran hileras de rostros oscuros que miraban silenciosos con expresiones desagradables. No llegó a nosotros una palabra ni de interrogación ni de bienvenida. Por último vinimos a encontrarnos ante la tienda del general en jefe. Indecisos, no sabíamos si avanzar o no, por cuanto aquello podría considerarse una intrusión en el retiro del gran hombre, y en eso acertó a pasar por allí uno que parecía oficial a quien preguntamos si el general Mitre se encontraba en su carpa. Ni preguntó lo que deseábamos, ni se ofreció para introducirnos: siguió su camino y sólo dijo con gesto indiferente: «Sí, señor». Como nadie aparecía tampoco para cerrarnos el paso, avanzamos atrevidamente y franqueamos la entrada; hallamos al general en traje de civil, fumando y en conversación con el ministro de guerra general Gelly y Obes. El general ya conocía al capitán Parish, de manera que nos recibió muy cortésmente en su espaciosa tienda, donde lucía un juego de muebles de muy buena apariencia y en contraste con todo lo que yo había visto en el campamento. El general Mitre es un lindo hombre, con una acentuada expresión meditativa en la frente algo desfigurada por la cicatriz de una vieja herida. Yo le había visto la última vez en un suntuoso salón de baile, en Buenos Aires, donde todos comentaban sus maneras tranquilas y elegantes en alto grado, y ahora no pude dejar de pensar cuánto habría sufrido durante los últimos seis meses, condenado a mandar un ejército indisciplinado y a vivir confinado en un campamento en la pampa. A pesar de su victoria de septiembre, notábase en el general Mitre cierto aire preocupado y triste. El ejército estaba para marchar esa noche o en la mañana siguiente y quizá el general sentía el peso de la responsabilidad que importaban para él sus futuras acciones.

WOODBINE HINCHLIFF.

LA BATALLA DE DON GONZALO

9 DE DICIEMBRE DE 1873

Un lindo pueblito, Nogoyá, centro culto, alegre, en medio de la provincia histórica. El enemigo, infatigable… y numeroso no tenía punto fijo para acampar y andaba de un lado a otro de la provincia, por grupos, por cuerpos, o por partidas sueltas livianísimas, carneando, vivaqueando, bailando, y alzando el vuelo a la primera amenaza de *¡Fuerzas nacionales!*… Al fin se reunieron en masas mucho más numerosas que las nuestras, en los campos denominados de «Don Gonzalo». Había llovido recio. Los ríos y arroyos estaban crecidísimos.

López Jordán tomó una posición detestable, teniendo a su retaguardia el arroyo «Don Gonzalo», que estaba hecho un torrente. Pero tenía asegurada la victoria… según él… Lo que recuerdo bien es que hicimos unas marchas forzadas tremendas. ¡Dura la tropa aquélla!… No se conocían rezagados: la fatiga, los calores, la escasez de racionamiento, todo cedía ante el deseo vehemente de hallar al enemigo y concluir con él de una vez… Recién íbamos a probar en regla el *Remington*. Estábamos a fines de noviembre cuando nos lanzamos a buscar el ejército fantasma. En diciembre 7 lo hallamos, bien decidido a probar la suerte de las armas…

Primero tuvo lugar lo que llamaron el combate de la vanguardia. La avanzada enemiga, al mando de un coronel con medias púrpuras y alpargatas con espuelas, de sobrenombre «Palomito», tuvo la imprudencia de esperar una carga que Je llevó a fondo, como tenía por costumbre hacerlo, el comandante don Plácido Laconcha, con su bravo 7.º de caballería. No quedó títere con cabeza. A Palomito lo vi tendido muerto de varias lanzadas y a su alrededor más de treinta de sus valerosos compañeros.

Me llamó la atención que nuestro general en jefe marchase a la cabeza de su ejército en *break*. Cómodo quizás, pero… dejemos los *peros* para los demás… Gentilmente me ofrecieron los del *break* algo de *lunch*, muy tentador. La tropa no comía hacía veinte horas. No acepté.



Croquis de india patagona.

Unas balas de cañón toscas pasan por encima del batallón. Es el saludo reglamentario antes de la acción… Digo balas toscas porque el zumbido era irregular, como proveniente de una masa también de forma irregular. Así fué porque hemos hallado balas de esas formas oblongas y torcidas (fábrica sin duda de Krupps pampeanos). En lo militar, la tropa bien instruida hace a la voz de mando un movimiento uniforme. Pues jamás vi un saludo más uniforme que el que hizo el batallón al pasar el proyectil primero, zumbando por encima de las cabezas. No debía contarlo porque revela acción de tropa mal instruida. Un batallón de línea no debe saludar a las balas del cañón enemigo. Pero hacía tiempo que no se oía esa música.

Yo no sé lo que pasó en la batalla de Don Gonzalo, pues un jefe de cuerpo no atiende, ni debe atender, sino a su frente. Fué una victoria decidida y terriblemente desastrosa para el enemigo. Más fueron los que se ahogaron que los muertos en el combate. Ni sé cómo les fué a dos

regimientos de Guardias Nacionales de los nuestros que, situados a nuestra derecha, bien formados, miraban con ojos agrandados, a otros del enemigo que estarían a unas veinte cuadras a su frente. Digo que no sé qué les sucedería, pues por mi cuenta y riesgo les llevé la orden de S. E. el señor Ministro de cargar a fondo «sobre esos canallas». Uno de los jefes se llamaba Madeu o cosa parecida; el otro no recuerdo; lo que sí recuerdo es que, al verlos ponerse en movimiento, tuve un gran temor por el resultado y por mi responsabilidad. Pero no tuve mucho tiempo para reflexionar, pues a cincuenta pasos, sobre nuestro frente, vinieron a la desbandada los coraceros de Undavarrena, perseguidos por un brillante regimiento enemigo, con la bandera desplegada al frente y gritaron: *¡Viva Entre Ríos!*, centelleando al sol los sables y flameando al viento las banderolas de los lanceros. Un bellísimo espectáculo.

Yo mandé: «*Preparen... ar…*». Pero en eso noté que el comandante Racedo y su Estado Mayor estaban al frente y en la línea de fuego sobre el enemigo. Felizmente tuve miedo de dar contraorden: «*Al hombro, ar…*»; y pasaron como una exhalación y se perdieron de vista allá lejos, a nuestra izquierda, sin que les hiciésemos ni una descarga, mezclados como estaban con los coraceros aquellos que buscaron su seguridad a retaguardia del batallón, insultados por el bravo Undavarrena que los calificaba de *caracuceros redotaos*… Allá, a nuestra izquierda, el regimiento 7.º, como siempre, se cubría de gloria. El comandante Laconcha, intrépido y resuelto, no entendía otro movimiento que la carga a fondo. Y sobre batallones de infantería y contra caballería y cuanto se opusiera a su paso, allá iba el 7.º resuelto y triunfante.

Un mal rato ha de haber pasado el capitán P… que recibió orden de deshacer un cuadro de infantería con su escuadrón. Eso de deshacer cuadros de infantería no siempre se puede… Y parece que no pudo P… y era un bravo oficial, y Laconcha se enfureció… «*A ver capitán Castro* (a un valiente jefe de otro escuadrón) *vaya y rompa ese cuadro y enséñele a aquél como se hace…*». Y se lanzó Castro en apoyo de su compañero y desparramó a los infantes como paja que lleva el viento. Fué la carga más notable del día, y el regimiento formó para recibir a su escuadrón victorioso y a su valeroso capitán. El pobre no sabía leer ni escribir… No

tenía más lectura o caligrafía que el sable: ¡y bien clara la letra!… He sabido después que los regimientos a los que di orden verbal de cargar llenaron muy cumplidamente su deber… Me hizo llamar el general Gainza. Después de una victoria completa, el general vencedor no puede estar de mal humor. Esto lo iba pensando yo, pero como no sabía el resultado de mi orden de entrometido, iba temiendo serios cargos… Llegué, saludé, y el Ministro: «*¿Desde cuándo, mayor, ha sido usted nombrado ayudante mío?…*». Lo comprendí en el acto… Hice como que no comprendía… pero él, con toda franqueza agregó: «*No, no, usted ha dado órdenes en mi nombre y felizmente fueron bien dadas. Tan es así que no quiero apercibirlo. Lo felicito por la jornada*». Yo, a mi vez, felicité calurosamente a S. E. y me retiré muy satisfecho… Para el general Gainza el día más feliz de su vida ha de haber sido el día de esa victoria de Don Gonzalo…

………………………………………………………………………………………

¡Qué cantidad de pequeños episodios pasan desapercibidos en un campo de batalla, durante la acción, pero luego se recuerdan con interés y con placer! Al principio de la batalla fué mandado en guerrilla el ayudante Zacarías Taboada con su compañía… Haciéndose general ya el combate, las guerrillas se replegaban a sus cuerpos, y aún le veo a Taboada, furioso porque una bala *le había rasgado su pantalón nuevo*…

Solo, bien montado en un hermoso caballo moro, se vino sobre el 10.º de línea, pasando al lado de la caballería de Undavarrena, un jinete entrerriano, gallardo mozo, de no sé dónde, ni nadie lo sabrá nunca; se golpeó en la boca, hizo rayar su flete y descargando una pistola que llevaba en la diestra, dió media vuelta y a todo escape se volvió de dónde vino. No he visto audacia o insolencia igual. Un hermoso acto y por hermoso quedó impune, pues no quise que le hicieran fuego los granaderos que va le iban a hacer una descarga. Y se fue. Sombrero negro de cinta roja, traje de terciopelo; la cola del caballo hecha nudo entrelazada con cintas rojas…

General Ignacio H. Fotheringham

(*La Vida de un Soldado*, t. I, pág. 292).

LA REVOLUCIÓN DE 1874

MUERTE DE IVANOSKI

En agosto de ese año 1874, pasó unos días en Río IV el general Arredondo. El presidente Sarmiento, bajo un pretexto u otro, lo había demorado en Buenos Aires. Un día se presenta ante S. E. con el pañuelo en la boca: manchas de sangre se ven (*pobre tísico*, diría el presidente…); y manifiesta al comandante en jefe de los ejércitos de mar y tierra que se halla mal y que su estado reclama un viaje al interior. No tenía nada… Marchó y en Río IV paró en la casa de don Wenceslao Tejerina; estuvo varios días; habló con muchos correligionarios: Sastre, Laconcha, Irusta y otros. Llegó a Mercedes. Allí todos eran suyos. Todos menos [el general] Ivanoski…

El día 24 de septiembre era día de fiesta en Villa Mercedes, pues se festejaba a la patrona, Nuestra Señora de las Mercedes. Misa solemne y parada. Siento decirlo, pero el general Ivanoski tenía un defecto: tomaba… Y en la noche antes del 24 se había excedido por demás. Arredondo mandó a Sastre y a Vidales, dos distinguidos jefes que siempre sirvieron leales a sus órdenes a invitar al general Ivanoski a almorzar con él. A todo trance era necesario que lo eliminasen, pues libre, jamás se realizaría la sublevación del 3.º, ni por lo tanto la de los demás cuerpos. Ivanoski era un baluarte por sí solo. Bien lo sabía Arredondo. Lo encerrarían en un sótano que tenía muy preparado y muy sólido, la casa de Sastre, Martínez y Viñales, adonde debería tener lugar el famoso almuerzo. No habría necesidad de matar al valeroso entre los valerosos.

Pero no, no debía suceder así desgraciadamente. Medio mal de la cabeza todavía, asistió fatigado a la misa, y, al salir, todo su apuro era volver a su casa para dormir. En vano hicieron elocuente invitación los buenos jefes. Nada. Se fué a su casa y se acostó. Arredondo, mientras tanto, se dirigió al telégrafo, y, simulando ser Ivanoski, entabló conferencia con el presidente Sarmiento. No sé lo que se dirían. Pero sí sé que al final lo amonestó muy seriamente el presidente, recomendándole que estuviese con cuidado pues se temía una revolución y que vigilara a

Arredondo (¡cómo se sonreiría Mefistofeles!); que tomase tales medidas que imposibilitaran a éste moverse. Y Arredondo, haciendo siempre el papel de Ivanoski:

—¿Y si se subleva y lo puedo tomar preso?…

—Fusílelo sobre el tambor, sin más trámite, por traidor…

Y Arredondo:

—Váyase al diablo… viejo loco… —y cortó el telégrafo.

Fracasada la tentativa de atraerlo a una emboscada, había que proceder. El general Arredondo ordenó al jefe del 4.º que hiciera tomar preso, vivo o muerto, a Ivanoski. Llamó éste a un moreno grandote que se llamaba Frías. Ivanoski le había hecho echar del ejército por indigno. Ahora le habían dado de alta los magnates de la rebelión. Odiaba de muerte a Ivanoski. La elección era siniestra. Se dió la orden fatal. Con diez o doce soldados del 4.º se fué sigilosamente, dirigiéndose al aposento del general Ivanoski. Éste dormía. Empujó la puerta y entró revólver en mano. «Ríndase, general», le dijo. «No me rindo, chancho», dijo Ivanoski y echó mano bajo la almohada sacando su revólver. Le hizo un tiro (o dos, no sé), Frías. Tambaleó el heroico. Huyó el cobarde y tras él el general enfurecido. Frías cerró la puerta que tenía bien clausurada por el lado de afuera; Ivanoski forcejeando para abrirla del lado de adentro. ¡Linda oportunidad para asesinar sin peligro! A la orden de Frías los soldados hicieron una descarga cerrada a través de la puerta y cayó muerto el soldado de cien combates. Sus ultimas palabras: *No me rindo, no me rindo…*

Lo conocí bien y muy de cerca: un glorioso soldado… Era alemán y no polaco como muchos lo suponían. Ingresó en el ejército en el Azul, como enganchado del 3.º de línea que mandaba entonces el teniente coronel Ignacio Rivas, más tarde general. Un soldado de la 3.º compañía, Teófilo Ivanoski, había desertado. El capitán de la compañía insinuó a su jefe que, para no hacer figurar un desertor, que siempre es bochornoso Para un cuerpo, podría darse de alta a este soldado nuevo, con el nombre del fugitivo: al mismo tiempo, éste recibiría los sueldos atrasados y devengados del otro; una pequeña compensación por un cambio de nombre que probablemente nada le importaba. Así fué. Karl Reichert tomó el

nombre y heredó de los buenos o malos servicios del desertor Teófilo Ivanoski y bajo este nombre llegó a ser general de los ejércitos de la República, terminando su brillante carrera de la trágica manera que hemos descrito.

IGNACIO H. FOTHERINGHAM.

LA BATALLA DE SANTA ROSA

7 DE DICIEMBRE DE 1874

El 6 acampamos como a una legua de las formidables trincheras que se dibujaban en el horizonte a la madrugada, y parecían en la penumbra un monstruo apocalíptico de muchas y horrorosas cabezas.

Era un trabajo de defensa muy bien levantado por ingeniero competente. Se extendía por un frente de, lo menos, veinte cuadras, apoyando su derecha sobre el torrentoso Tunuyán y su izquierda en los montes, cercos, y casas de la finca «Santa Rosa». El Tunuyán, en diciembre, estaba muy crecido por los deshielos, infranqueable. De parlamento vino el teniente coronel Benjamín Sastre, uno de los jefes más distinguidos del Estado Mayor del general Arredondo. Un brillante jefe de infantería y de largos y meritorios servicios. Conferenció con el coronel Roca. Como representante plenipotenciario del vencedor en la «primera Santa Rosa» que le dió entrada triunfal en Mendoza y San Juan… Habló el emisario con altivez, como correspondía al enviado de jefe tan renombrado… Pero el coronel Roca iba también animado de la resolución firme de vencer. Ya teníamos la noticia de la victoria de *La Verde* y de la capitulación de Junín. Mitre vencido y rendido. Una revolución muerta. Ya no le quedaba en pie sino la tropa de Arredondo, que, en el mejor de los casos, el del triunfo sobre Roca, no tendría más final que rendirse a su vez, más tarde o más temprano, a las fuerzas numerosas que ya venían en marcha a las órdenes del general Ayala, en apoyo del gobierno. Ignoro lo

que se dirían el general Roca y el enviado de Arredondo. Sé que se levantó airado el comandante Sastre y dijo:

—Muy bien, mi coronel, se arrepentirá pronto…

Palabras que amostazaron, sin duda, al coronel Roca, que replicó:

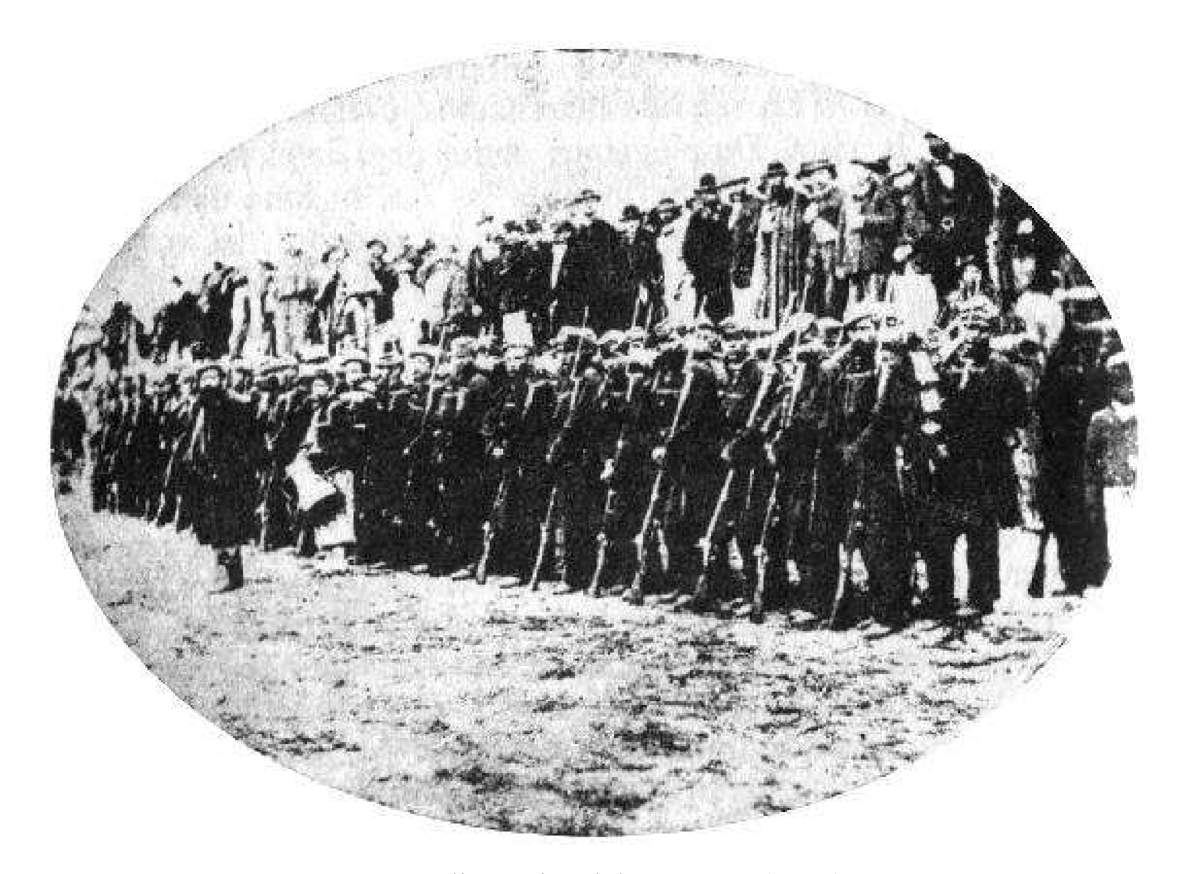
—No faltaba más… Vaya, dígale a su general Arredondo que, a más tardar mañana, se arrepentirá él. Está usted despachado.

Y se fué el emisario, y con él toda esperanza de arreglo. Quedaba uno. El del cañón y de la bayoneta, tal vez los mejores, por ser de menos vueltas… Esta conferencia, según recuerdo, tuvo lugar el día 5. En seguida marchamos, y el día 6 teníamos el enemigo a la vista. Desplegamos como para ir al ataque, de frente, guía a la izquierda. Se inició a las 7 a. m. una danza de proyectiles de artillería. La nuestra, a las órdenes del mayor Octavio Ruiz Moreno, el teniente Capdevila y otros, hacía un fuego sostenido sobre las trincheras que de vez en cuando contestaban. Nada de serio. Nuestros batallones en líneas de columnas, esperando el toque de ataque. Dos veces vinieron ayudantes al galope con la orden de prepararse para entrar en fuego. La segunda vez le repliqué: «Hace días que estamos listos…».

El general en jefe ha de haber estado mirando con su anteojo las trincheras aquellas y por su mente pasaría la máxima: «No ataques de frente si puedes flanquear»… Así supongo yo. Pues no vino más orden. Nosotros firmes ahí, mirando el «monstruo apocalíptico», no sé si con sonrisa, que lo dudo, pero con firme resolución de derribarlo. Cosa muy seria hubiese sido; o, mejor dicho, derrota segura. ¿Por dónde íbamos a recorrer una legua de campo abierto y en parte inundado?… Y hay que confesarlo: los nuestros en su mayor parte eran muy bisoños y los de ellos bastantes fogueados con un triunfo… Por nuestra parte no nos faltaban buenas cartas: la fe en el comandante en jefe, en veteranos como Nelson, Racedo y Olascoaga; el recuerdo del triunfo de *La Verde* que nos estimulaba a igualarlo y la decidida voluntad de vengar la derrota de la primera Santa Rosa, donde cayeron tan buenos jefes. El que hace presagios de triunfo tiene visiones de gloria; dos buenas hadas para acompañar al soldado a la victoria. Y pasó el día 6… y nada. Nada más que inmensas quemazones a nuestra derecha, que el mas incauto supondría cercos y

estorbos dados a las llamas para favorecer una marcha: y parece que ni lo notó el cerbero de las trincheras.

A eso de las 8 p. m. avanzaron dos piezas con unos infantes. Tenían su misión especial. Más tarde: «Aprontarse para marchar en el mayor silencio, sin fumar, ni dejando los fuegos de los vivaques encendidos».



La Guardia Nacional de Santa Fe (1865).

La noche, negra. Más negra aún que la noche se destacaban sobre el fondo del campo árido, las columnas ya formadas. Un silencio sepulcral… ¿qué es eso?… Un cañoneo allá en las avanzadas y fuego rápido de fusilería. *¡En marcha por el flanco derecho!* Serían las diez. Pocas estrellas. Al principio pensábamos en un ataque de noche, pero la marcha hacia el norte nos convenció de un movimiento envolvente. Y es casi de no creerlo que una estratagema tan evidente, tan conocida, corno la de dejar una fuerza pequeña haciendo tiros y unos fuegos de vivac engañaran a un viejo [jefe] avezado, hasta hacerlo suponer en un ataque serio nocturno. Parece inverosímil… Pero no hay otra interpretación que dar, al dejarse

sorprender de una manera tan boba. Toda la noche, desde las diez hasta las seis de la mañana del día siguiente, todo un ejército en plena marcha, pasando las columnas por el flanco, hasta tomarle la retaguardia, cómodamente y reírse de las fantásticas trincheras… ¡y no notarlo!… Para eso, más valiera que no hubiese molestado a Berghamans ni a sus ingenieros.

Sólo le servirían ahora de estorbo… ¡Un enemigo con un parapeto para su retaguardia!… Si en esa marcha cautelosa, en medio de las sombras de la noche, hubiese hecho, sobre un flanco de las columnas en marcha, una descarga de cien fusiles, por ahí, como a la una o dos de la madrugada, pregunto yo: ¿Qué hubiera quedado del ejército del norte?… Y ¡quién sabe!… si con la misma pericia que supo adoptar el coronel Roca para rodear a su enemigo (revelando, no sólo temeraria audacia sino innegable competencia), hubiera sabido adoptar las medidas del caso para contrarrestar un ataque de improviso… Algunos califican de «afortunado el movimiento realizado y que su buena estrella le guió». Y yo le doy su verdadero mérito opinando que fué una brillante operación militar, que a otros tal vez se les hubiera escapado: *A tout seigneur tout honneur*. Lo cierto es que «el otro» nada hizo. Y no fué por falta de advertencia oportuna: Un comandante Funes le avisó dos veces al general: *«Están pasando fuerzas a nuestro flanco izquierdo, general… llevan artillería…». «No nos han de hacer nada…»*. Y a dormir. Fué verdadera locura desatender aviso tan serio. Atendió más bien a los informes falsos (por diablura o ignorancia, no sé) de un sargento del 9 de infantería que con intención o sin ella, cayó prisionero. Éste manifestó que la mitad de nuestro ejército había quedado para atacar de frente mientras que el restante le tomaría de sorpresa por la retaguardia. Dejando la mitad de su ejército para cuidar las trincheras, hizo marchar el resto a dar la batalla al nuestro que, en plena formación, cómodamente, y sin interrupción molesta, marchaba sereno al ataque.

Arredondo a la cabeza de sus fuerzas, distraído, sorprendido Quizas, al encontrarse con regimientos y batallones por todos lados fué el primero en caer prisionero. Principió la fusilería y cañoneo en regla. Yo siempre creía que sería una batalla muy sangrienta, pues a fuerzas iguales y

determinadas las dos a vencer, era de suponer una carnicería tremenda. Nada de eso. El 3.º de línea que creíamos se batiría como tigre, apenas hizo una que otra descarga. El 4.º de caballería se desbandó del todo y hasta hoy no sé donde fué a dar. Resultado: una victoria, la más completa que se pueda imaginar. Prisioneros un sinfin de jefes y oficiales y cuerpos enteros. Roca, ¡general sobre el campo de batalla! ¡Bien lo merecía por su pericia audaz! ¡Un momento de sublime gloria y satisfacción para un joven de treinta y un años! La revolución terminada y después una marcha triunfal a Mendoza y San Juan. Grandes fiestas y paz en la República.

IGNACIO H. FOTHERINGHAM.

LA REVOLUCIÓN DE 1874

EPISODIOS

El general Rivas tuvo conocimiento de la presencia de algunas fuerzas contrarias en *El Monte* y en Altamirano. Con este motivo dispuso el 20 de octubre destacar hacia *El Monte* a los ciudadanos D. Zenón Videla Dorna y los hermanos González, al frente de cincuenta hombres de la legión «24 de Septiembre», y el 21, Rivas despachaba una comunicación al coronel don Matías Ramos Mejía en el Tuyú, ordenándole que no abandonara la costa por un momento aun cuando se viera amenazado por el adversario que hacía sus marchas por el partido de Dolores del coronel don Julio Campos, fuerte como de 2.500 hombres de las tres armas. Recomendábale asimismo que, en caso de ser amagado por éste, hiciera inmediatamente un chasque para ir en su apoyo con todo el ejército. El mantenimiento de la costa por fuerzas de la revolución era esencial en aquellas circunstancias, pues se tenía conocimiento de la aproximación del general Mitre, a bordo de la Paraná con procedencia de la República Oriental. El general Mitre debía desembarcar a la señal convenida, que consistía en hacer grandes fogones en la costa, y así se recomendaba por último al coronel Ramos

Mejía los hiciera desde ya, manteniéndolos encendidos mientras fuera necesario.

En este mismo día tenía la incorporación del cacique general Cipriano Catriel, al frente de mil quinientas lanzas. Esta columna entraba al campamento formada en filas de a diez y seis hombres, y a su cabeza Cipriano Catriel, en traje de general puesta en su frente una vincha colorada con estrellas blancas, poncho pampa en el brazo, montando un caballo tordillo de sobre paso, adornado con lujosas prendas de plata y seguido de su volanta, escoltado por cuarenta tiradores. Luego venía una banda de clarines, dos banderas argentinas de raso, y por último la columna, guardando toda la buena formación y disciplina que su jefe había sabido introducir en su tribu, tribu que aspiraba a ocupar un puesto entre los legionarios de la civilización, a cuyo servicio se hallaba desde tiempo atrás y que quizás sólo hubiera necesitado diez años más para ver cumplida aquella aspiración de tan inmensas ventajas para la prosperidad de la República y especialmente para la provincia de Buenos Aires.

FLORENCIO DEL MÁRMOL.

(FLORENCIO DEL MÁRMOL: *Noticias y documentos sobre la Revolución de Septiembre de 1814*, Bs. As., 1876.

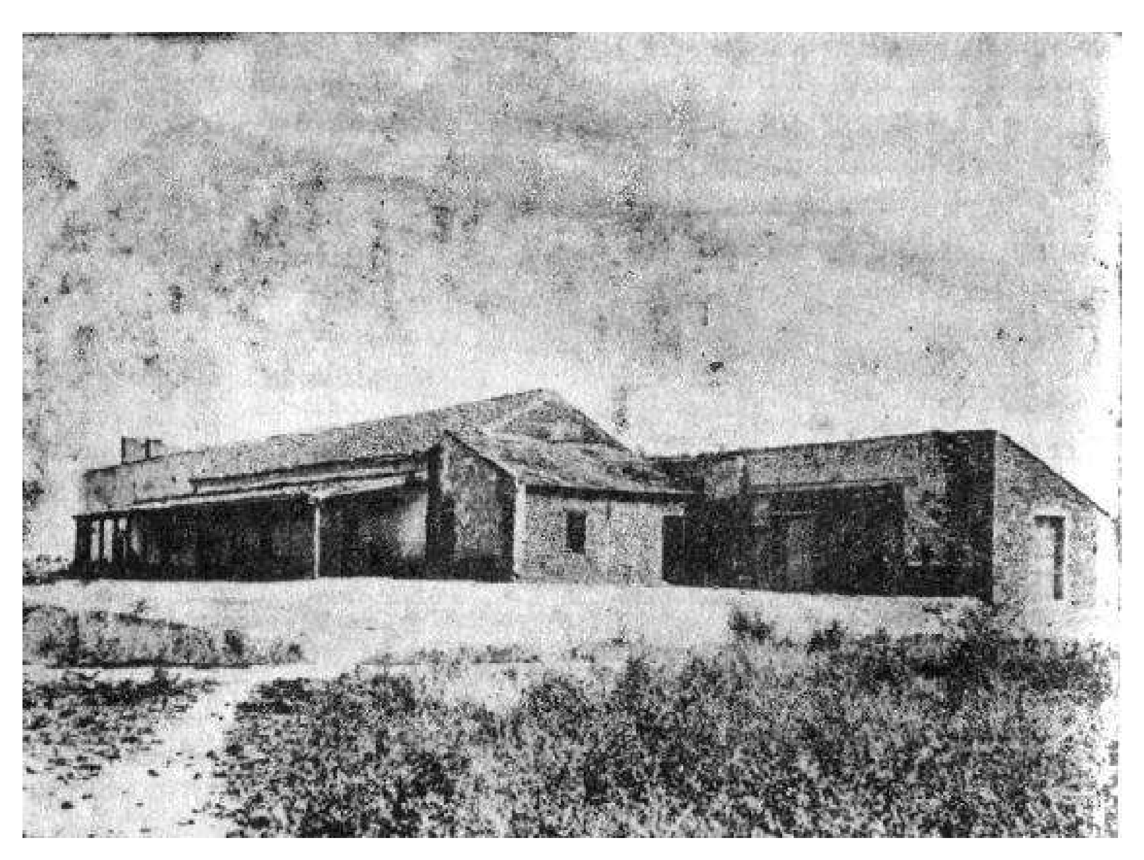
FLORENCIO DEL MÁRMOL.— (1851-1881). Militar y político. Actuó en la revolución del partido nacionalista (mitrista) contra el gobierno de Sarmiento, con motivo de la elección de Avellaneda, 1874, y fué el cronista de la revolución. Publicó *Noticias y documentos sobre la Revolución de Septiembre de 1874*. En la guerra del Pacífico (1879) se incorporó al ejército peruano. Murió en Buenos Aires, a los treinta años de edad.

EL CONGRESO DE BELGRANO

1880

Los dirigentes de la política de Tejedor precipitaban los sucesos con vertiginosa rapidez. Todo tenían preparado para el estallido; se esperaba

una oportunidad, y ese desgraciado momento se presentó cuando llegaron al Riachuelo las armas compradas por Tejedor para armar la provincia. El Presidente había dado órdenes terminantes para que ese armamento no fuese desembarcado, y mandó fuerzas nacionales para hacer cumplir sus órdenes, mas para evitar un choque con las fuerzas de la provincia, mandó que se retirasen, tolerancia que habilitó a Tejedor para hacer desembarcar los armamentos, bajo custodia de los batallones provinciales, que se hicieron entrar, paseándolos por las calles de Buenos Aires, a tambor batiente, haciendo gala de su autoridad y en desprecio de las órdenes del Presidente, depositándolos en sus cuarteles.



Revolución de 1880. Cuartel de la Chacarita, residencia entonces del gobierno del doctor Avellaneda (1891).

Este alzamiento político fué el tiro de dados en que se jugaba el porvenir de nuestras instituciones. Se colocaba así, el gobernador de Buenos Aires, en abierta insurrección contra la autoridad nacional. En semejante situación, el Presidente recibió en su casa la visita de sus ministros, doctores Carlos Pellegrini y Miguel Goyena, con quienes tomó

un coche y salieron inmediatamente, trasladándose a la Chacarita, antes de que Tejedor cubriese con sus tropas las salidas de la ciudad y los encerrase en ella. Así el Presidente a la Chacarita,[37] hospedándose en el cuartel 1.º de Caballería, mandado por el coronel Manuel J. Campos, cuya figura militar, en esa campaña, por su actividad y valor, hacía recordar la figura del general Murat, de Napoleón. Lo acompañaba el doctor Pellegrini, cuya actuación se destacaba sobre sus demás colegas en los consejos de gobierno, en el ejército, en las interpelaciones parlamentarias y en las conferencias privadas con los demás miembros del Congreso. Se le veía andar de una parte a otra, sin cuidarse, ni de las lluvias ni del frío, ni de las balas enemigas, pues a la vez de ser un hombre de pensamiento intenso, era también arrojado y valiente.

El Presidente ocupaba una pieza grande, con piso de ladrillo antiguo, sombreada por un largo corredor que cubría todo el frente norte de la casa. En vez de su hermosa cama de jacarandá, de su dormitorio de la calle Moreno, tenía una humilde cama de fierro y sustituían sus cómodos muebles unas modestas sillas y una mesa desmantelada. De su hermosa biblioteca sólo conservaba *El arte de hablar* de Hermosilla, que le acompañé) durante toda su campaña. Vestía de pantalón azul oscuro con anchas franjas de seda acordonada del mismo color, una gorra azul oscuro con visera charolada, saco azul oscuro con jinetas en los hombros y calzaba bota corta debajo del pantalón. De la Chacarita iba a caballo a Belgrano a visitar su familia o a entrevistarse con los congresales. A la vez el general Roca se vino de Córdoba al Rosario, donde fijó su residencia. Esta posición le permitía estar en contacto con el gobernador de Santa Fe, doctor Iriondo, y con el de Entre Ríos, coronel Antelo, como asimismo con los batallones que venían del interior al Rosario, en cuyo punto se embarcaban hasta Campana, para tomar el tren que los conducía al campamento de la Chacarita, pues en ese tiempo Buenos Aires no comunicaba con el Rosario por ferrocarril, el que terminaba en Campana. El general Roca visitaba a los jefes y tropas y les infundía confianza en el triunfo y entusiasmo patriótico.

Establecido el Presidente en el cuartel general de la Chacarita, fijó el pueblo de Belgrano como residencia de las autoridades nacionales por el

siguiente decreto: «No pudiendo los poderes de la Nación funcionar con seguridad y libertad en el recinto de la ciudad de Buenos Aires, mientras dure el estado de insurrección en que se ha colocado el gobernador de esta provincia, el Presidente de la República acuerda y decreta: Art. 1.º Desígnase el pueblo de Belgrano para la residencia de las autoridades de la Nación. — Art. 2.° Comuniqúese esta resolución al Honorable Congreso y Suprema Corte de Justicia para su conocimiento. — Art. 3.º Los Ministerios expedirán las órdenes necesarias para la ejecución de este decreto. Chacarita, Junio 4/1880».



Mansilla. (*Según «El Mosquito»*).

Obedeciendo a ese decreto del Presidente, se instalo el Congreso en Belgrano, al que concurrieron los senadores y diputados que apoyaban la política del Presidente, quedándose en la ciudad los que habían hecho causa común con la rebelión. El senado tuvo *quorum* desde el primer

momento, siendo presidido por el doctor Aristóbulo del Valle, como presidente provisorio; mas la cámara de diputados estaba en minoría para funcionar, y aplicando el reglamento citó a los diputados que habían quedado dentro de la ciudad, y como éstos no concurrieran, resolvió destituirlos en la sesión del 30 de junio, previo dictamen de una comisión especial, declarando vacantes los puestos de diputados que ocupaban los señores [aquí los nombres de 42 diputados]. Esta resolución fué comunicada al Poder ejecutivo y a los gobiernos de provincia, a los efectos del Artículo 43 de la Constitución Nacional. La cámara creyó conveniente dar un manifiesto al pueblo de la república justificando tan grave sanción. En virtud de la comunicación dirigida a los gobiernos de provincia se hicieron nuevas elecciones de diputados, excepto en las provincias de Buenos Aires y Corrientes cuyas autoridades estaban en guerra con la Nación.

Aprobados los diplomas de los electos, éstos se incorporaron a la cámara que tuvo así mayoría legal y quedó constituido el congreso de Belgrano. Este congreso tenía como dirigentes al doctor Iriondo, que hacía con frecuencia sus visitas a Belgrano, y como representante de sus opiniones al senador por Santa Fe, doctor Pizarro, al senador por Córdoba, doctor Del Viso, al senador por Entre Ríos, doctor Ramón Febres, al senador Agustín Gómez por San Juan y al senador Dardo Rocha por Buenos Aires.

La salida del presidente Avellaneda sorprendió al doctor Tejedor, que no esperaba tal actitud, quien, para que no pudiera constituirse el congreso en Belgrano, por medio de la policía vigilaba la casa de los congresales. Éstos, sin embargo, consiguieron escapar, saliendo por calles excusadas hasta el río, donde algunos tomaban botes o lanchas que los llevaban hasta Belgrano; otros, en carruajes de plaza, y gran parte de ellos se embarcaron en el Villarino, entre los que estaba el doctor Dardo Rocha. El pueblo de Belgrano, donde se fijó la residencia de los poderes públicos nacionales, era en aquel tiempo una aldea, de calles sin empedrado, barrientas y hasta cenagosas; sus quintas eran huertas cerradas, donde reinaba un profundo silencio, sus moradores no se hacían sentir; por entre sus cercados y rejas apenas se alcanzaba a ver alguna persona que caminaba dentro del hogar,

haciendo sus tareas domésticas; sus calles estaban siempre desiertas; como edificios de importancia, se notaban su iglesia, en forma de rotonda, la casa municipal y la escuela graduada, cuyos frentes daban a la plaza. Reinaba, pues, en Belgrano una profunda calma, a veces interrumpida por el galope de los caballos de guerra, montados por jefes, oficiales y soldados que llegaban del ejército acampado en la Chacarita. Los congresales que habían escapado de la ciudad de Buenos Aires y acatado el decreto del Presidente, se alojaban como podían, unos en algunas casas de pensión improvisadas *ad hoc*, como la de la señora doña Josefa Calvo, que se instaló en la acera de la plaza, en la esquina que hace cruz con la acera de la escuela. Ahí vivía la diputación de Santa Fe, cuyo *leader* era el doctor don Pedro Funes, la diputación de San Juan y Mendoza, encabezada por el doctor Juan R. Serú, *etc.* Otros ocupaban casas alquiladas, amuebladas como habitaciones de estudiantes pobres; las camas eran catres de lona o de fierro, algunas con colchones y otras sin ellos, se alumbraban con velas o lámparas de kerosene, donde no había gas; no había ningún hotel; no existía más que el bar Warzon, ubicado en el mismo sitio en que se ostenta hoy el hermoso edificio del doctor Enrique Rodríguez barreta. Ahí se improvisó una especie de fonda, donde almorzaban y comían en mesa redonda un grupo de congresales. En cuanto a diversiones para pasar las noches de aquel invierno lluvioso y cruelmente frío, se reducían al juego de naipes, o a consultar el trípode, cuyo más notable *medium* era el espiritista don Rafael Hernández, o la conversación en grupos de amigos sobre asuntos de antaño y ogaño. Todos estaban absorbidos por los sucesos políticos que se precipitaban rápidamente.

Era la Chacarita la residencia del Presidente de la República, donde vivía acompañado de su ministro de guerra, doctor Pellegrini, rodeado de los jefes de división del ejército, que se concentró ahí. La Chacarita de los Colegiales fué una antigua propiedad de los primeros jesuitas, que, cuando la expulsión [que hizo] Carlos III, se confiscó por el rey de España y quedó bajo la administración de una comisión que se denominó Junta de Temporalidades. Cuenta la tradición que allí sacaban a vacaciones los jesuitas a los alumnos de sus colegios, por lo que se le dió el nombre de

Chacarita de los Colegiales. Se extendía en una vasta llanura que, por la horizontalidad de su suelo, quedaba convertida en un terreno pantanoso con las lluvias del invierno, las que fueron muy abundantes en aquel año memorable.

FELIPE YOFRE.

(*El Congreso de Belgrano. Año 1880*. Bs. As., 1928, pág. 94 y sigts).

FELIPE YOFRE.— (1848-1939). Político argentino de actuación destacada en los últimos años del siglo pasado y comienzos del actual. Figuró en los sucesos de 1880 como diputado nacional y fué ministro del Interior de Roca durante su segunda presidencia. En 1928 publicó su libro *El congreso de Belgrano* (1880) del que se han extraído las páginas anteriores.

LA REVOLUCIÓN DEL 90 Y SU FRACASO

EL ARMISTICIO

El general Campos nos hizo saber que únicamente quedaban en el Parque cuarenta mil tiros. Le pregunté para cuánto tiempo alcanzarían con un fuego como el que acababa de cesar y me contestó:

—Para cincuenta minutos.

—Si éste es el caso —dije entonces—, es indispensable ganar tiempo para buscar munición, antes de que comience el fuego.

La idea del armisticio surgió inmediatamente. El armisticio deja a los beligerantes en la plenitud de su derecho actual; mientras dura, pueden reunir sus fuerzas y elementos de guerra si no tienen que atravesar la zona que domina el enemigo, y nos era lícito, en consecuencia, recoger la munición que existía en los cuarteles y en las casas de comercio situadas en la parte de la ciudad que dominábamos, para continuar la lucha, porque la ilusión del triunfo ya se había desvanecido. Pero ¿cómo provocar el armisticio sin revelar nuestra situación? Julio Campos, Roldán, Villanueva, nuestros muertos queridos, iban a servir todavía la causa del pueblo; pedimos el armisticio para enterrarlos. El señor Francisco Wright

y el doctor Adolfo Saldías fueron comisionados para negociarlo, pero el doctor Pellegrini quiso entenderse con un miembro de la Junta, y ésta me designó para que la representase. Me acompañaron el doctor Saldías, el señor Wright y el joven M. Demaria. La conferencia tuvo lugar en la casa del señor don José Luis Amadeo y asistieron a ella el ministro de la guerra y el señor Wright. El doctor Pellegrini la abrió con estas palabras textuales:

—¡Quién hubiera podido pensar que tendríamos que reunirnos como adversarios para tratar asuntos de guerra!

—Vengo por asuntos de guerra —le contesté— y no debo ocuparme de otra cosa.

—Está bien —me replicó, cambiando de tono—. ¿Qué es lo que ustedes desean?

—Un armisticio para enterrar los muertos, entre los cuales se encuentran el general Julio Campos, hermano de nuestro general, el capitán Roldan, el doctor Villanueva y otros.



Plaza del Parque, hoy plaza Lavalle.

Asintió en el acto y en breves palabras convinimos las bases; los ejércitos respectivos guardarían las posiciones que tenían en esa

madrugada al comenzar el combate, el armisticio duraría tantas horas y no sería obstáculo para que los beligerantes aumentasen sus fuerzas, cualquier reclamo se anunciaría levantando, por una u otra parte, la bandera de la patria y una bandera blanca delante de las respectivas trincheras de la calle Libertad.

Acordadas las bases, el doctor Pellegrini dijo:

—El señor ministro de la Guerra garantizará el armisticio por parte del gobierno; ¿quién lo garantizará por los revolucionarios?

—Su gobierno —le contesté.

—No puedo reconocerlo, pero me bastará la garantía del senador Del Valle.

—Ya no hay ningún senador Del Valle. Dejé de ser senador ayer a las cuatro de la mañana.

—Es lo mismo; acepto la del doctor Del Valle.

—Está bien.

Nos separamos. La conferencia no había durado quince minutos. Mi demora desde que salí del Parque hasta que llegué, fué motivada por la gran vuelta que dimos para ir a la plaza de la Libertad, siguiendo el trayecto que ya conocían los señores Saldías y Wright. Salimos por Talcahuano y Parque hasta Corrientes, acompañados por el coronel Espina, que nos condujo fuera de la línea de los cantones de su mando hasta Corrientes. Subimos por Esmeralda, por Esmeralda hasta Charcas y por Charcas hasta la plaza Libertad.

Sobre el problema del armisticio, Leandro Alem ha escrito, en su alegato sobre la revolución, lo siguiente: «Ese mismo día me dijo el general Campos que tenía que comunicar a la Junta algo muy grave. “Acabo de saber, nos dijo, que estamos sin municiones, que las que hay sólo alcanzarán para sostener el fuego a la defensiva apenas durante dos horas y si quisiéramos avanzar no tendríamos más que para cincuenta minutos de combate”. Pregunté: “¿Qué municiones tendremos?”. “Habrá como de treinta y cinco a cuarenta mil tiros, me contestó, que se acabarán en ese tiempo de fuego”. “¿Cuántos se han gastado?”, volví a preguntarle. “Como de 120 a 130 mil tiros ayer y lo que va hasta ahora”. “Pero, le dije, ¿no había en el Parque 560 mil tiros?”. “Según informes del general

Viejobueno, me repuso, habría esa cantidad; pero según me acaba de informar el señor Pedro Sequeiros, encargado de los depósitos del Parque, resulta que sólo existían doscientos mil tiros”». Al momento, vi que era una falta grave en un jefe militar que no hubiera verificado los elementos de guerra cuando llegó al Parque, pero no quise hacerle recriminaciones en ese momento supremo de rudo batallar (porque el fuego de fusilería y cañón seguía con mucha violencia). Tratamos en la Junta de llevar un ataque definitivo al enemigo, entonces, cuando teníamos diezmadas sus fuerzas y carecía de artillería; pero el general Campos insistió en que a lo mejor, se acabarían las municiones, habiéndose conseguido solo un derramamiento de sangre inútilmente. «No hagamos, nos dijo, derramar sangre estérilmente; es imposible el triunfo por falta de municiones, aun cuando arrolláramos en el primer momento al enemigo, luego quedaríamos con los brazos cruzados, sin más municiones; y yo les prevengo que no cargaré con esa responsabilidad; no mandaré el ataque». Creí que cambiar de jefe en ese momento supremo, cuando tendría que saberse la causa del cambio que era producido por negarse el general Campos a llevar ataque decisivo por falta de municiones, traería, seguramente, el desconcierto y la dispersión en nuestras filas y no me atrevía a nombrar otro jefe. La situación era angustiosa y desesperante. El combate seguía recio, y según los informes y la opinión del general Campos, dentro de dos horas no podríamos responder a los fuegos enemigos.

¿Qué hacer?…

Entonces, se dijo, veamos un pretexto para ganar tiempo y poder buscar municiones. De ahí vino el armisticio pedido por nosotros para enterrar los muertos, ocultando la verdadera causa de la suspensión de las hostilidades. Había que aprovechar el tiempo y buscar con toda actividad municiones. En esto se ocuparon cuantas personas se creyeron aptas. Gregorio Ramírez, el doctor José María Rosa, el doctor Arévalo, el doctor Liliedal y usted mismo. (Se refiere a Barroetaveña). Se enviaron cuatro comisiones a la escuadra, el doctor Abel Pardo, que cayó prisionero, los hermanos Páez y De la Barra, con encargo de traer las municiones que hubiese a bordo de los buques. Estos comisionados se comunicaron con la

escuadra. A pesar de todos los esfuerzos para buscar municiones, sólo se consiguió una cantidad escasa para lo que necesitábamos. Ahí tiene usted cuanto ha pasado respecto a la falta de municiones.

ARISTÓBULO DEL VALLE.

ARISTÓBULO DEL VALLE.— Político y orador argentino, profesor de derecho constitucional en la Universidad de Buenos Aires. Fué ministro de la provincia de Buenos Aires y diputado nacional antes del 80. Su personalidad adquirió relieve nacional durante la presidencia de Juárez Celman por la recia y valiente oposición que llevó contra ese gobierno en el parlamento, con muy notables y elocuentes discursos que conmovieron a la opinión y contribuyeron a preparar la revolución de 1890. Ministro de Luis Sáenz Peña en 1893, pudo acaso salvar al país del régimen de las oligarquías y asegurar la libertad de sufragio, pero cedió ante la presión ejercida sobre Sáenz Peña por Roca y Pellegrini, empeñados en mantener y dirigir la situación creada desde años atrás. Según Del Valle, rechazó ciertas insinuaciones de sus amigos para sacar adelante el país revolucionariamente, con una frase que hoy se nos antoja un tanto efectista: «No doy un golpe de Estado porque soy un hombre de Estado»... Lo cierto es que el país tardó veinte años en salir del régimen de fraude en que vivía.

LA REVOLUCIÓN DEL 4 DE FEBRERO

1905

El 3 de febrero, durante todo el día y la noche, el gobierno recibió denuncias de la revolución por varios conductos. Es cierto que desde hacía mucho tiempo se hablaba casi públicamente de una conspiración militar. Era un poco el secreto de Polichinela. Los mismos conjurados no tomaban muchas precauciones para conversar del asunto con sus amigos. Pero tanto se dijo y tantas veces se anunció y pasó tanto tiempo sin que estallase, que la gente acabó por no creer en ella. No fué esa una táctica, sino la convicción de que todo el ejército acabaría por estar en el complot, y entonces ¿qué importaba gritar la revolución a la faz del gobierno?

Quintana, entre las noticias afirmativas y la burla de los escépticos (que hablaban del ridículo en que caería el P. E. si tomaba resoluciones en

el vacío) definió de esta manera lo que debía ser el espíritu de los hombres del gobierno: «No hay que creer, dijo, ni dejar de creer».

A las dos de la tarde, más o menos, pasaron por los hilos del telégrafo de la Nación, dos telegramas particulares que hacía el teniente general don Eduardo Racedo desde Paraná a dos amigos suyos de esta ciudad. «Los radicales —les decía— anuncian una revolución para mañana». La dirección de telégrafos consultó al Ministerio del Interior si podía darles curso y de esa manera se impuso de ellos el gobierno. A eso de las seis o siete de la tarde el presidente de la República celebró acuerdo con sus ministros porque el general don Rosendo Fraga (entonces coronel), jefe de policía de la capital, había comunicado que Yrigoyen, después de reunirse con varios oficiales del ejército en una casa de la Avenida de Mayo y de resolver definitivamente que la revolución estallase esa misma noche, salió de allí en un automóvil, y que la policía, desde ese momento, le había perdido de vista. La incredulidad de los ministros era tan grande que tres de ellos salieron, a pesar de esas noticias, como todas las tardes, para los pueblos vecinos en que veraneaban sus familias.

En el momento de sentarse a comer Quintana en su casa, el sirviente le entregó una carta, diciéndole que acababa de dejarla en la puerta de calle una señora de figura y maneras distinguidas para que le fuese dada al presidente en su propia mano y sin pérdida de tiempo porque era muy urgente. La carta decía: «Señor presidente: De un momento a otro estallará la revolución». Y firmaba: «Una esposa y madre afligida». La señora no había querido dar su nombre.



Parque de Artillería. Plaza Lavalle. (*Donde hoy está el Palacio de Justicia*).

Poco después, las noticias y denuncias llegaban en tropel; a cada instante entraba alguna persona con alguna nueva información a la casa particular del presidente; era poco más de medianoche cuando se supo que el general Smith había llegado al Arsenal de Guerra y tomado el mando de los dos regimientos de infantería que se encontraban allí. Minutos después llegaron al mismo sitio el ministro de Guerra y el hijo mayor del presidente de la República; la revolución no había estallado aún y todos los funcionarios estaban ya en sus puestos, lo que Quintana solía recordar más tarde con una satisfacción de patriotismo más que de vanagloria por haber acertado en la elección de sus gobernadores.

Al fin, del Departamento de Policía y del Arsenal de Guerra, salió la nueva definitiva: «Ha estallado la revolución». Sólo entonces lo creyó del todo el presidente y entonces se irguió dolorido y recio. Antes de salir de su dormitorio, llamó a un alto funcionario y le preguntó:

—¿Podría usted comunicarme con el ministro de Guerra?

—Sí, señor, el ministro de Guerra está en el Arsenal.

—Bien; hable usted por teléfono con él y dígale en mi nombre que a cualquier jefe u oficial del ejército que tome sublevado, con las armas en la mano, lo fusile inmediatamente bajo mi responsabilidad.

El funcionario no cumplió la orden y cuando se le pregunta por qué no lo hizo, contesta:

—¿Para qué dejar, si no era necesario, que cayese sangre, en sus últimos años, sobre una vida tan ilustre?…

En el crepúsculo del amanecer, aquella mañana del 4 de febrero, no bien había entrado Quintana, en compañía de unas pocas personas, al salón de honor de la Casa Rosada (antes de que se encontrasen las llaves del despacho presidencial), cuando llegó un empleado del telégrafo de la Nación y le entregó al presidente en su propia mano cinco telegramas abiertos. Quintana los leyó, uno tras otro, sin revelar ninguna impresión, con la serenidad que muchos le conocieron en los momentos solemnes. Después, quitándose los lentes, pasó los telegramas al mayor José F. Uriburu (hoy general de división), que estaba a su lado, y le dijo:

—Lea, usted, mayor; no hay que hacerse ilusiones; está sublevado todo el ejército… —E inmediatamente después añadió—: Pero ya reaccionaremos…

Esos telegramas comunicaban la sublevación de cuerpos del Ejército Nacional en Córdoba, Mendoza, Santa Fe, Bahía Blanca y Campo de Mayo. Y era verdad, tal como lo dijo el presidente; porque no fueron muchos los oficiales que quedaron sin comprometerse en aquella vasta conspiración militar, iniciada desde largo tiempo atrás, y seguida con una perseverancia inaudita. Se supo más tarde que no se habían pronunciado todos los comprometidos, porque el gobierno tuvo noticias oportunas del movimiento y porque la revolución fué mal lanzada. Según los datos de la policía de la capital, hasta en el último momento, Yrigoyen prefería postergarla, mientras que los oficiales querían cumplir de una vez sus compromisos con él, ya demasiado antiguos, aun cuando hacerlo en tales condiciones importase cancelarlos con su propio sacrificio.

Y ¿qué fué aquéllo? ¿Una revolución o un motín? Quintana, en el mensaje de apertura del Congreso, tres meses después, lo llamó *movimiento subversivo*, pero dirigió sus reproches a la oficialidad

subalterna del ejército. Por mi parte lo llamé «motín militar» en un discurso que pronuncié en 1915. Confieso, ahora, que el triunfo tan categórico de 1916 me hizo recapacitar. La verdad es que la revolución estalló sin preparativos populares; que no se sentía agitación alguna en la República; que la opinión del país habíase colocado a la expectativa del gobierno de Quintana; pero también es cierto que los comicios de 1916 podrían interpretarse como que el pueblo era radical sin ser revolucionario, o como que estaba adormecido por la pérdida de toda esperanza en un triunfo posible. Y todavía me pregunto: la mayoría de 1916, ¿existía ya en 1905 o se formó en el trascurso de los años que mediaron entre una y otra fecha? Más aún ¿no se llenaron de pronto los cuadros radicales cuando la política de Sáenz Peña produjo en toda la nación «el horror al vacío»?…

CARLOS RODRÍGUEZ LARRETA.

(*Las cumbres de la historia*. Bs. As., pág. 178).

CARLOS RODRÍGUEZ LARRETA.— (1868-1926). Abogado, profesor y político argentino. Fué profesor de derecho constitucional de la Universidad de Buenos Aires y ministro de Quintana. Escribió sobre temas de historia argentina estudios documentados y sagaces, que reunió en un volumen con el título de *Las cumbres de la historia*. De uno de esos trabajos, que representa más bien una reminiscencia personal, muy acertadamente narrada y escrita, se han tomado los trozos sobre la Revolución de 1905 y sobre Hipólito Yrigoyen, que se ofrecen al lector.

HIPÓLITO YRIGOYEN

HACIA 1905

Era infatigable; conspiraba a todas horas; de día, de noche; cambiaba de sitio para celebrar sus misteriosas entrevistas; elegía uno u otro de los escritorios de los amigos; en cierta época prefirió la casa de remates de Bullrich porque tenía dos salidas; recurría a toda especie de ardides para burlar a la policía que lo siguió por años, a sol y a sombra; sólo él tenía

todos los hilos de la trama y rara vez delegó en uno que otro algún fragmento de la tarea; con haberle detenido únicamente a él habría bastado para que en un día toda la obra se viniese abajo; Riccheri, el ministro de Guerra de Roca, cambiaba a menudo de regimiento a los oficiales sospechosos, mandándoles a los regimientos más distantes, y él empezaba otra vez, como una araña a la que le han roto un pedazo de su tela, y, pacientemente, la urdía de nuevo; era una consagración absoluta, una verdadera locura, puesto que con un poco de lo que llamamos comúnmente *buen sentido*, o, si se quiere, *sentido del orden común*, habría desistido veinte veces de la empresa…

Cuando le resultaban las cosas a su paladar y conseguía encontrarse mano a mano con el oficial vacilante o no catequizado, entonces había llegado su momento, pues es un artífice del diálogo. Empezaba la seducción; le hablaba, según cuadrase, ya con dulzura, ya con calor, ya con energía; elevaba poco a poco el tono hasta llegar a las capas de la grandilocuencia, que es en donde más le ha gustado hacer planear su avión; a esa altura describía el cuadro sombrío del presente y la visión luminosa del porvenir; invocaba, entonces, el deber, el honor, la gloria, la patria, lo que más hiere el corazón de los soldados; y todo ello vibraba en el timbre persuasivo de su voz (esa condición tan poco estudiada como recurso de conquista individual y tan poderosa sin embargo). No ha sido, o no ha querido ser orador popular, cuando lo único que excusa a un caudillo en las democracias, de no ser orador, es que sea general que (si pudo acontecer) haya suplido los discursos alguna vez con los estampidos de la batalla. Se ha visto en la necesidad, por consiguiente, de coleccionar hombre por hombre, en lo militar y en lo civil; por eso ha tardado en llegar, porque para hacer una regular colección de cualquier cosa se necesita mucho tiempo. Sudamérica, suele producir, de tarde en tarde, más que otras regiones, ejemplares de esta especie de caudillos; hombres sostenidos en la brega por una vocación total de la política, que ansían el mando por el mando mismo y no por los goces seductores que procura. Ascetas de la democracia, hacen voto de renuncia al oropel de la vida y se desposan con la República como los profesos con la Iglesia.

CARLOS RODRÍGUEZ LARRETA.

(*Las cumbres de la historia*).



Plaza de la Victoria, vista tomada desde la azotea del Teatro Colón.

11
LAS LUCHAS CÍVICAS POR EL PODER REPRESENTATIVO

ESCENAS DE UNA CAMPAÑA POLÍTICA

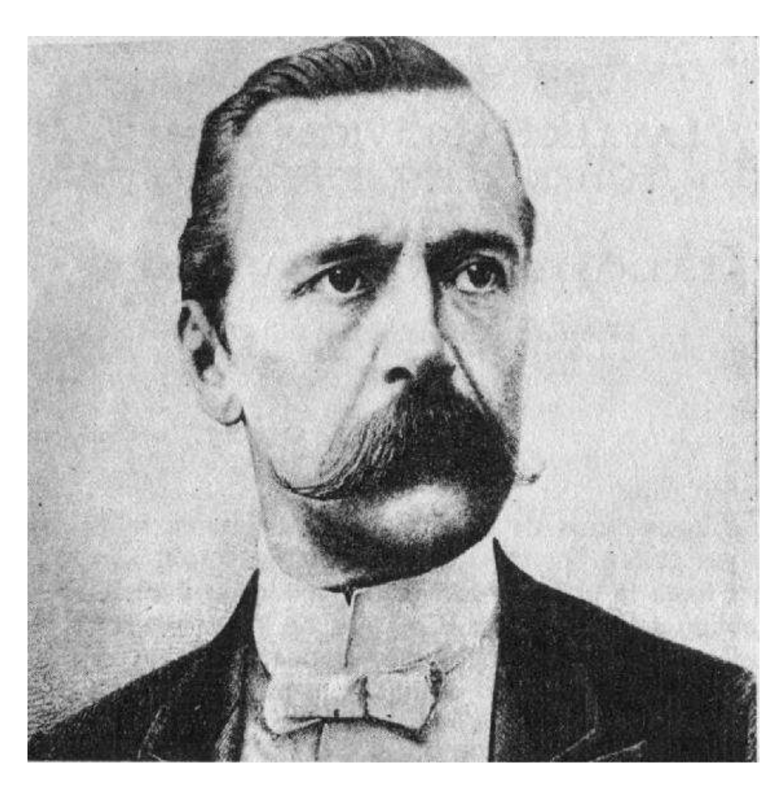
PRIMERA PRESIDENCIA DE ROCA
1885

Catamarca, septiembre 14

Al Sr. Dr. Delfín Gallo
Buenos Aires.

Tres leguas antes de la ciudad, en Portezuelo, fuimos recibidos por gran grupo de ciudadanos que escoltaron nuestros carruajes hasta la plaza de San Isidro donde un inmenso gentío nos obligó a bajar porque la marcha de los carruajes se hacía imposible. Irigoyen[38] dirigió una sentida alocución al pueblo y después de un descanso de una hora nos dirigimos a la ciudad escoltados por aquella masa de gente.

En el extremo de la calle República nos esperaban los diversos clubs con los comités directivos a la cabeza y desde allí fué indispensable seguir a pie hasta la casa del doctor Leguizamón, preparada para recibir al doctor Irigoyen. No es posible detallar esta recepción; todo sería pálido para expresar el entusiasmo de esta ciudad; caminábamos debajo de arcos llenos de flores e inscripciones y recibiendo una verdadera lluvia de flores que de puertas y ventanas nos arrojaban las señoras y señoritas.



Dr. Carlos Pellegrini, Presidente de la República Argentina (1890-1892).

Llegamos a la casa, y en momentos en que el doctor Irigoyen se disponía a dirigir la palabra a los manifestantes, se presentó un grupo como de cien personas, en su mayor parte a caballo, dirigidos por el jefe de policía y escoltados por un piquete de gendarmes sable en mano, dando vivas al doctor Juárez y mueras a Irigoyen. El jefe de policía, con sus propias manos, arrancó el estandarte del Club Artesanos y lo hizo jirones pisoteándolo en seguida a los mueras de Irigoyen. Este acto de verdadero salvajismo fué cometido por un funcionario público que para hacer más chocante el atentado vestía el uniforme del ejército llevando presillas de mayor. No tuvo felizmente consecuencias sangrientas gracias a la actitud tranquila, prudente y digna de nuestros amigos.

Después del atropello los asaltantes recorrieron la calle República rompiendo los arcos y arrancando las banderas del frente de los edificios para atarlas a las grupas de los caballos. Este atentado sin nombre y que relato en su conjunto sin entrar en detalles vergonzosos, ha indignado a la opinión pública. El pueblo entero lo condena felicitándose de que no sean catamarqueños los que han dirigido y perpetrado los hechos que relato, que son rigurosamente exactos y los he visto por mis propios ojos. Deles

publicidad bajo la fe de mi palabra que en este momento es la de un pueblo entero.

JUAN B. OCAMPO.

Catamarca, septiembre 14 de 1885.

Sr. Gobernador de la Provincia, D. José Silvano Daza:

Con motivo de la llegada del doctor D. Bernardo de Irigoyen, concurrí en la tarde de ayer a presenciar como simple espectador, la pacífica manifestación que el pueblo de Catamarca hacía a ese hombre público, digno de las mayores consideraciones por los eminentes servicios que tiene prestados al país. Tuve, con ese motivo, ocasión de presenciar un hecho que como ciudadano honrado tengo obligación de hacerlo patente y mucho más ante V. E. en cuya administración estoy sirviendo como Asesor de Policía; hecho que me hace adoptar un temperamento del que no estoy dispuesto a retroceder. En circunstancias de que los manifestantes en honor del doctor Irigoyen se detenían enfrente de la casa particular del doctor Guillermo Leguizamón, un grupo de hombres a caballo, entremezclados con gendarmes de policía, avanzaron dando gritos descompasados y acabaron por trabar pelea de la manera más escandalosa para un pueblo republicano.

Luego llegaron otros funcionarios de policía y con la más grande torpeza y algazara, arrancaron de las manos de los pacíficos manifestantes una bandera nacional que fué hecha pedazos en medio de gritos salvajes de mueras dados en contra de personas que por la primera vez llegaban a Catamarca. Después de pugilatos infinitos y peleas de todo género, esos mismos funcionarios de policía, encargados de hacer guardar el orden público, recorrían las calles haciendo proclamas políticas y desafiando al ciudadano pacífico que tenía el crimen de diferir en opiniones. Tales hechos, señor, me han convencido de que ni la libertad de reunión garantida por la carta fundamental, estará salvaguardada; me han convencido de que no existiendo bastante decoro en la fuerza pública para velar por el orden sin contaminarse con un loco apasionamiento político, mis funciones de Asesor, más que inútiles, serán ridículas… Veo que los

desmanes de la policía son tolerados y en tal caso mi deber es combatir hasta los hombres que patrocinen una administración abusivamente tolerante con atentados como el que dejo mencionado. Son éstas las razones por las que elevo mi renuncia indeclinable de Asesor de Policía.

GUILLERMO CORREA.

(*Viaje político del Dr. Bernardo de Irigoyen al interior de la República* [Julio, agosto y septiembre de 1885]. Crónica detallada por David Peña. Bs. As., 1885).

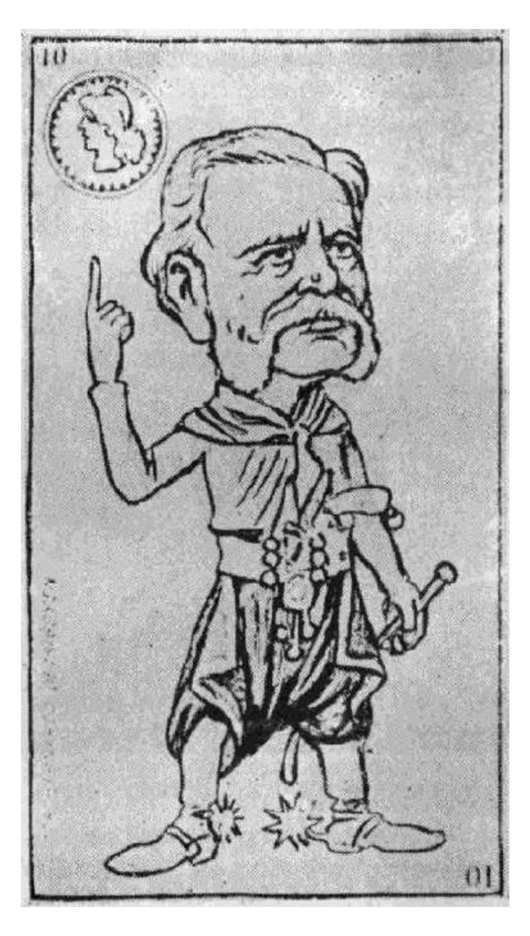
LA POLÍTICA DEL ACUERDO

1891

Del doctor Bernardo de Irigoyen al general Bartolomé Mitre.
(5 de junio). Extractos.

Usted piensa que si la Unión Cívica no llega a un acuerdo con el círculo convocado por el señor Igarzábal y otros señores, no debe asentir a que su nombre[39] figure en la próxima evolución electoral; y si ésta fuese su resolución definitiva, podría quedar contrariada la Convención del Rosario en los patrióticos propósitos que la indujeron a proclamar a usted candidato de la Unión Cívica para la presidencia de la República.

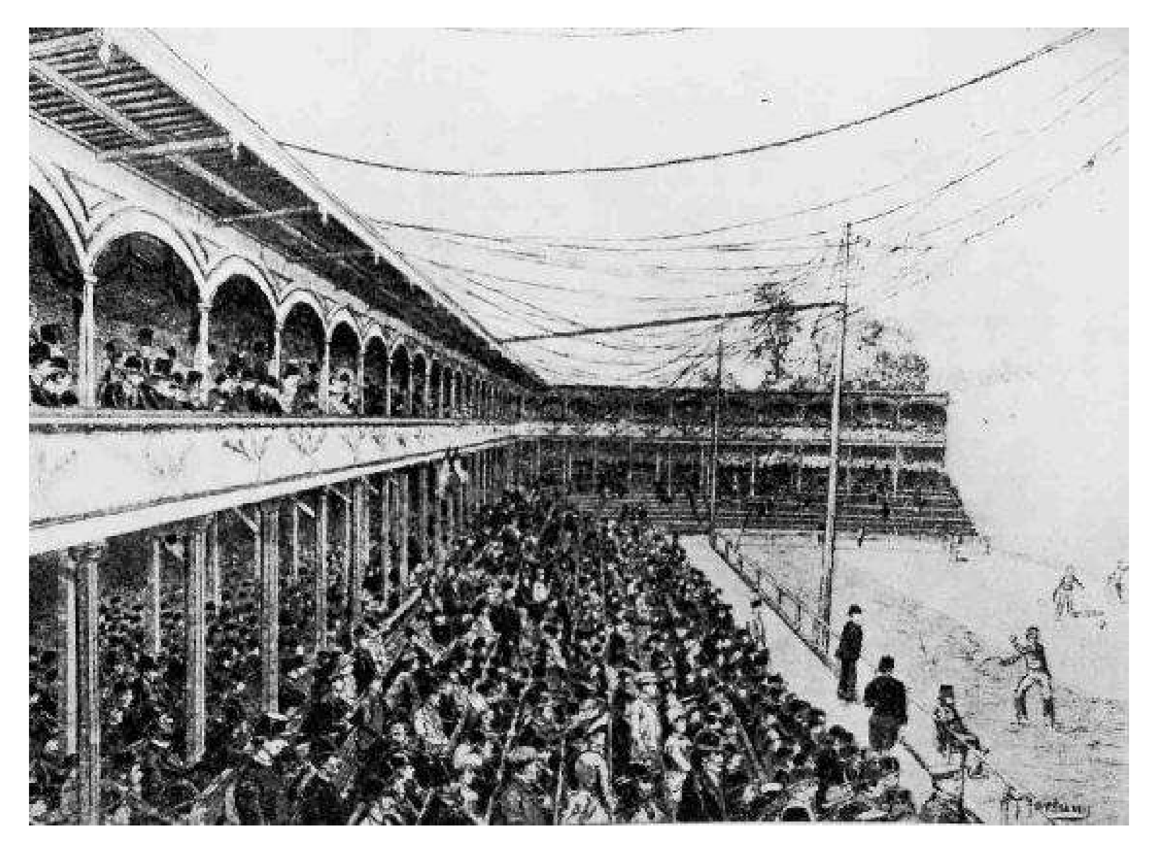
Declinando usted el voto de aquella asamblea, sería indispensable convocarla para que se pronuncie sobre su renuncia, y quedaríamos envueltos en incertidumbres de orden diverso, exponiendo la integridad de la Unión que contribuimos a fundar y cuyo programa sostenemos como expresión de principios y aspiraciones nacionales.



Caricatura de don Bernardo de Irigoyen (1903). (*Archivo Gráfico de la Nación*).

Al regresar a la República, usted manifestó el anhelo de que un acuerdo patriótico suprimiera la próxima lucha, librando al criterio de los partidos aquel pensamiento, y, si fuera aceptado, la incumbencia de sancionar los medios de hacerlo efectivo. Si como creo, la inteligencia que doy a las palabras de usted, es exacta, estamos llamados a reflexionar si los arreglos pueden iniciarse sobre la base estrecha de los nombres o si es posible llevarlos al teatro claro de los principios. A mi juicio, las discusiones en este terreno ofrecen la ventaja de aproximar las opiniones, mientras las controversias sobre nombres, que tienen a veces significaciones diversas, apasionan y dividen más y más, cuando los círculos llamados a conferenciar están aún bajo los resentimientos de una revolución que les impuso irreparables sacrificios. Creo, general, que el acuerdo insinuado no se extenderá a eliminar, ni en la forma ni en el hecho, las elecciones indispensables en nuestro sistema político… Importaría suprimir la lucha, entendiendo por ésta las falsificaciones de

los partidos, las intromisiones de los poderes oficiales y los abusos que han sofocado en diversas épocas el voto de la Nación, y habría ciertamente previsión en eliminar esa conculcación de la verdad y de la ley. Pero las elecciones tranquilas requeridas para la organización del gobierno, lejos de encubrir peligros públicos, producen expansiones legítimas y sometimientos consistentes; y pienso que si el acuerdo se promoviera para garantizar al presente los derechos que la Constitución confiere a los ciudadanos y preparar una elección presidencial verdaderamente legal y libre, tendría el asentimiento del país.



Frontón nacional en Buenos Aires.

Presumo que la Unión Cívica adheriría a esa fórmula y que el partido oficial no la rehusaría porque no es de esperar que, en estos días de triste prueba para la República, resista el cumplimiento de los primordiales preceptos de nuestra Constitución. Aceptada con sinceridad la idea, sería fácil establecer los compromisos para hacerla efectiva, entrando

naturalmente en primer término la buena fe y la honradez política, sin las que toda conciliación es fugaz y todo convenio insubsistente (…).

No desconozco las observaciones que pueden formularse; dirán algunos que la esperanza de una elección libre es ilusión propia de espíritus candorosos y recelarían otros que las agrupaciones electorales alteran los nombres proclamados. No rechazo como imposibles ambas objeciones, pero pienso que, comprometidos el presidente y sus ministros a garantizar la abstención de las influencias oficiales y el respeto a la libertad electoral como medio de serenar las zozobras dominantes, no defraudarían las esperanzas públicas ni la fe de la palabra empeñada (…).

No debo disimular a usted, general, que pesan en mi espíritu otras consideraciones. La opinión en la mayoría de las provincias está bajo la presión de una política intransigente y depresiva, inexplicable en este siglo de discusión y luces. El derecho de votar, las libertades políticas, las puertas de los establecimientos de crédito, los respetos sociales, todo se niega con obstinación a los ciudadanos que resistieron los desaciertos de la pasada administración. El plan que propongo iniciaría en la República una política reparadora y la preparación de una elección libre importaría devolver ya, y sin aplazamientos, la autonomía a las provincias, las garantías a los ciudadanos (…).

Derivadas nuestras candidaturas de una convención popularmente elegida, yo no procedería correctamente retirando la mía sin anuencia de aquella asamblea. Pienso que ha podido procederse así cuando las designaciones provenían de círculos más o menos amplios, pero que actuaban bajo la influencia de los mismos candidatos. Sin embargo, estoy dispuesto a concurrir a mi eliminación personal si se resuelve reemplazarme con otro ciudadano que invista la significación que la asamblea de Rosario dió a mi nombre asociándolo en segundo término al de usted. Si procediese de otro modo, propendería a destruir la homogeneidad de la combinación proclamada y cuya conservación es de interés nacional, y correspondería mal a los que me honraron con su voto (…). He manifestado a usted ingenuamente el resultado de la reflexión que he prestado a este asunto y me permitiré agregar que la Unión Cívica es, a mi juicio, una fuerza poderosa en la República, rodeada de los prestigios

de la opinión, y que conviene mantener íntegra, para que sirva de base a una época de reparación que el país ardientemente reclama. Bajo la influencia de esta convicción, mis votos son por que se estrechen esos vínculos, forjados al calor de justísimos movimientos populares y cincelados en la primera convención electoral que ha tenido la República (…). Su atento servidor y amigo. *Bernardo de Irigoyen*.

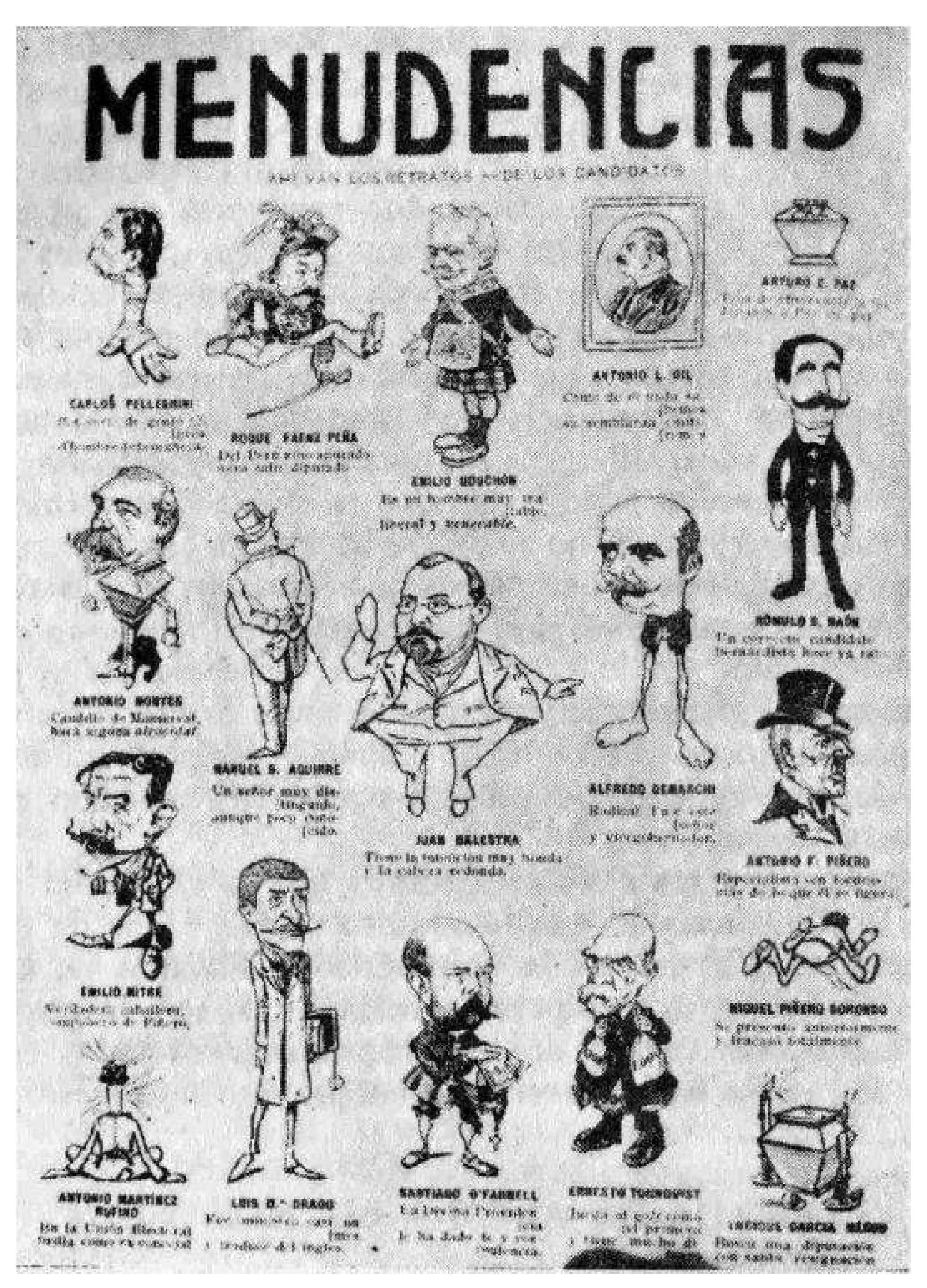
Del general Bartolomé Mitre al doctor Don Bernardo de Irigoyen: (junio 6). Extractos.

(…) Si he comprendido bien su pensamiento, el proceder que usted indica para arribar a un acuerdo, es la lucha misma, si bien la lucha pacífica, con las garantías necesarias para interrogar el voto verdadero de la mayoría. Si así fuere, en ese punto diferiríamos. Para realizar su plan, sería necesario que la República se encontrase en condiciones electorales, y bien sabe todo el mundo que hace por lo menos tres períodos presidenciales que ella se encuentra fuera de esas condiciones. Es por esto que al aceptar mi candidatura, eliminé esa posibilidad ideal y me coloqué en los dos extremos: o solución nacional por el común acuerdo de los partidos, o, en caso de imposición oficial, lucha en reivindicación del sufragio popular. Alcanzado lo primero, lo segundo no tiene razón de ser. La lucha está suprimida de hecho.

Es por eso también que he declarado que mi nombre no sería, en adelante, bandera de lucha, y que aun prescindiendo de mi candidatura, trabajaría siempre, decididamente, por la política del acuerdo, a fin de formar un gobierno de concordia valiéndome de las palabras que usted emplea en su carta, buscando el mismo resultado por otro método. Mi anhelo sería que en el acuerdo triunfase en su plenitud la fórmula de la convención de Rosario; y bien saben todos, como lo sabe usted, que por lo que respecta a su persona, tiene su candidatura mi más decidida adhesión, y le consta también lo que, en el sentido de mantenerla, he hecho. Pero, hablando de esto con usted y el doctor Del Valle, usted manifestaba que su persona y su candidatura no serían obstáculo a una decorosa inteligencia de los partidos (…). A esta fórmula genérica hemos llegado, y esto es lo

que tiene que resolverse por el común acuerdo. Por lo que a mí respecta no hago cuestión de mi nombre ni de mi candidatura y estoy dispuesto a eliminar ésta, toda vez que no revista el carácter de solución nacional, único en que la he aceptado. Estoy decidido a no dar a mi país, en las angustiosas circunstancias que atraviesa, una sola hora de inquietud por causa mía; y si no puedo ser una solución, estaré al servicio del orden y de la paz que es en estos momentos una necesidad imperiosa. Si no se puede hacer una elección regular, menos se puede hacer una revolución, que aun siendo posible, acabaría por arruinar el país, empeorando su situación, así en lo político como en lo económico. Al proceder así y pensar de este modo, soy consecuente, como usted lo reconocerá, con las declaraciones que he hecho de un año a esta parte, al iniciarse el movimiento político que nos ha traído a la situación en que nos encontramos.

Como comprobante de esto, deseo que conserve en su archivo las dos cartas de que le adjunto copia.[40] Una de ellas la conoce usted; la otra es la contestación. Estamos en el momento en que se va a empezar a definir cuál será la respectiva actitud en consecuencia de los propósitos contenidos en esas cartas (…). Su atento servidor y amigo. *Bartolomé Mitre*.



← Caricaturas políticas publicadas en *Caras y Caretas*. Dibujo de Holmberg. Marzo 10 de 1906. (*Archivo Gráfico de la Nación*).

LLEGADA DE ALEM A BUENOS AIRES

1894

Una tarde recibí orden de ir a presenciar la gran manifestación Cívica Radical preparada en honor del doctor Alem, que volvía del Rosario, en cuya cárcel permaneciera preso desde los sucesos del año anterior. Desde la Bolsa de Comercio, una muchedumbre compacta se extendía por la explanada del ángulo nordeste de la plaza de Mayo, invadía la gran terraza de la Casa Rosada, corríase por el Paseo de Julio hasta la calle Cangallo, se escalonaba en la pendiente de la de Piedad, y bajo la presión de una continua afluencia de hombres, apiñábase, estrujábase, sofocábase cada vez más, sobre todo en las aceras y a las puertas de la vieja y crujiente estación Central L Eran como las cinco de una tarde de otoño, y del cielo gris caía sobre aquella enorme multitud una llovizna intermitente, casi imperceptible, como de un pulverizador descompuesto. De pronto, un silbato largo, insistente, como de tren que se aproxima a un paso de peligro, produce en la masa violenta conmoción. Aquello fué como un principio de oleaje. Al rumor de las protestas de los desalojados y de los atropellados, sobrepónese muy luego una profusa, una infernal gritería, y voces de estentor hacen oír por todas partes vivas al doctor Alem, al doctor Leandro N. Alem, al señor doctor Don Leandro N. Alem, a Alem, y los más literarios, al «primero de los argentinos», al «amigo del pueblo», al «defensor de la justicia»; y los más indignados, «al enemigo de la canalla», al «terror de los déspotas», y los más tiernos, al «jefe de los pobres», y los más optimistas, al «presidente de los buenos ciudadanos». En medio de un formidable clamor, abren cancha, retrocediendo ante la orden policial, los que están más próximos a la puerta de la estación, se encabritan los caballos de una victoria que entre aquéllos aguarda desde hace rato, y, apretado, literalmente estrujado, por unos cuantos hombres frenéticos, el héroe de aquella escena aparece, brillando con el azabache de su galera y la nieve de su barba. Lo indescriptible, el delirio. Un momento después, la victoria, cuyos caballos —sin duda caballos de guerra— habían conseguido serenarse, empieza a subir la cuesta de la

plaza, paso a paso. El doctor Alem va de pie en el coche, saludando a diestra y siniestra, contento, feliz, al parecer, en medio de su pueblo, más efusivo, más entusiasta que nunca. La muchedumbre lo sigue clamando, aclamando, y lanza el imperativo que está en todos los deseos y todas las esperanzas allí concentradas: «¡Que hable!». «¡Que hableee!». Y el doctor Alem se decide. La llovizna aprieta en ese momento. «¡Que se cubra! ¡Que se cubra!». Es una tierna previsión de maternal solicitud. El hombre obedece, calándose el sombrero. El coche se detiene en medio de la explanada, y ahí oigo al tribuno, al que no oí en Montevideo. Su voz tiene acentos profundos, su brazo movimientos proféticos, su palabra anuncia el reinado inevitable, inminente, de la libertad para el pueblo, de la justicia para todos, del honor para la patria amada y escarnecida. Los acontecimientos no han ejercido influencia alguna sobre los rumbos infalibles de la historia. La prisión, la cárcel… detalles sin trascendencia. «On ne tue point les idées»… Que perseveren los buenos, sin impaciencias, sin desfallecimientos, y de ellos será el triunfo. Y el coro prorrumpe en *bravos* estruendosos, que trasuntan la emoción intensa que la presencia, primero, y la palabra, luego, del caudillo, crean en la turba innumerable. Sigue el cortejo hasta la esquina de Victoria y Perú, donde el doctor Alem desciende del coche, para entrar en el Club del Progreso. Ya después del discurso el desbande de la masa había empezado en la plaza. Allí prosiguió, lentamente, y el centro de la ciudad recobraba, a los pocos minutos, su aspecto de todos los días.

JOAQUÍN DE VEDIA.

(*Cómo lo vi yo*, Ed. M. Gleizer, Bs. As., 1922, pág. 97).

JOAQUÍN DE VEDIA. — Publicista argentino. Ejerció mucho el periodismo y escribió una Historia Argentina que integra la *Historia del Mundo en la Edad Moderna* en la edición castellana que hizo el diario *La Nación* de la obra del mismo título publicada por la Universidad de Cambridge (1910). Fué director de compañías teatrales, que buscaban su dictamen y asesoramiento por su experiencia en el arte de la escena y su amplia información sobre arte moderno universal.

UN DISCURSO DE DON BERNARDO DE IRIGOYEN

1894

Tenía el senador por la capital doctor Bernardo de Irigoyen, setenta y dos años. Su estatura era mediana, más bien baja, y su aspecto general denotaba salud y vigor. Manteníase erguido, a pesar de una corpulencia, pesada ya para su edad. Todo él revelaba una serenidad imperturbable, la plácida expresión de su semblante, el ritmo reposado de sus ademanes, la quietud de su mirada, la sonrisa casi imperceptible de sus labios finos, el lento girar de su gran cabeza sobre los anchos hombros. Naturalmente pálido, bajo su cabellera gris todavía y entre sus cortas patillas blancas, era la suya, cara de gran señor a quien nada apura ni nada inquieta o desazona, pero un ligero tinte rosado coloraba sus pómulos suaves, mientras un raro brillo animaba sus ojos impasibles, cuando su palabra se acercaba a una demostración concluyente. Su voz era un tanto monótona y un tanto temblorosa —*chevrotante* expresaría mejor acaso, su cadencia— y sin ser apagada, no sobrepasaba nunca el diapasón de la conversación o de la conferencia.

Los que aquella vez se aprestaban a oírlo, no fundaban grandes esperanzas de su éxito oratorio. El doctor Irigoyen no tenía antecedentes parlamentarios muy brillantes…

Su discurso fue una obra maestra, desde el punto de vista de la forma y del fondo. Con habilidad milagrosa defendió la causa revolucionaria desde el terreno estrictamente teórico de los principios constitucionales, y tocó todos los temas de la pasión, del encono, hasta del odio, sin descomponer una sola vez la tersa línea de su moderación, de su tolerancia en el lenguaje, de su cortesía exquisita para el adversario accidental. Señalando al presidente de la República, como modelo digno de inspirarlo, el ejemplo de Lincoln, atenuó en seguida el efecto hipotético de desconsideración que pudiera hallar alguien en semejantes lecciones, diciendo cómo no creía ofensivo para un repúblico sincero y honesto que

se le invitara a elevarse hasta uno de los más grandes caracteres de la democracia universal.

Habló el doctor Irigoyen toda aquella tarde, y al día siguiente, yo desertaba temprano de la imprenta de la *Tribuna*, para buscar en la barra del Senado un cómodo asiento, desde donde me fuera posible seguir hasta el fin el debate histórico, en efecto, que aquél anunciara. Y habló el doctor Irigoyen durante toda la segunda sesión, con el mismo tono imperturbable, con la misma fluidez límpida, con su adjetivación escogida en el vocabulario de uso común, con su correcta sencillez, sin aliños o atildamientos, con su infalible deferencia cortés… Se sabe cómo terminó su interpelación al doctor Quintana. Este último, en una tercera tarde, inició su réplica, en exordio magnífico de vehemencia incisiva: «La cabeza de Castelli, clavada en una pica en la plaza principal de la ciudad de Dolores, es el recuerdo más antiguo de mi existencia.»… «Cuando el señor senador ocupaba el Ministerio del Interior, yo era conducido a una de las comisarías de esta capital por el extraño delito de haber concurrido a un atrio a presenciar una elección sin votantes, y ahora que yo ocupo ese puesto, el señor senador ha sido electo por un partido que, derrotado no ha mucho con las armas en la mano, pudo al día siguiente de la derrota, sufragar en los comicios y triunfar en los escrutinios»…

Tras la soberbia introducción, que hacía presagiar una de sus más bellas arengas políticas, el doctor Quintana empezó a desfallecer visiblemente, apagándose su voz, vacilando su palabra, hasta que, sintiéndose enfermo, solicitó un cuarto intermedio, se retiró del recinto y de la casa, y volvió a su domicilio, para enviar poco después al doctor Sáenz Peña su renuncia de ministro, que fué principio de la crisis final para la agitada presidencia de aquél. El doctor Irigoyen, durante el cuarto intermedio solicitado por el doctor Quintana, decía en antesalas del Senado, conversando con varios amigos, y con voz más temblorosa que nunca, pues acentuaba a voluntad esa característica de su tono (como Vélez recargaba su cadencia cordobesa con igual propósito cuando una intención irónica culebreaba en su palabra):

—Yo no sé por qué el doctor Quintana ha traído en su discurso a colación la cabeza de Castelli… Yo podría contestarle con la cabeza de

Farbós, que se ha encontrado recién, pues al fin y al cabo él era ya ministro cuando se perpetró el horrible crimen…

La impresión pública sobre el debate del Senado, así inesperadamente suspendido, fué tan enorme como había sido la expectación determinada por su anuncio. Rara vez una controversia parlamentaria habrá dejado sensación más definida en nuestro ambiente político, en concepto de establecer una victoria y una derrota. Con el criterio de las apariencias, el pueblo juzgó que el ministro no había sabido cómo contestar al senador interpelante. La verdad histórica parece haber sido otra, atribuyendo la declinación oratoria del doctor Quintana, entre el principio y fin de su exordio, a la violenta contrariedad que le causara el recibo de unos despachos que, en efecto, le fueron entregados, abrió y levó mientras hablaba. Un misterio, de cualquier modo, envuelve, por lo menos para los profanos, el secreto de aquel dramático episodio de la vida parlamentaria argentina, y el hecho real es que, por mucho tiempo, la opinión dominante en el país atribuyó al doctor Irigoyen todos los derechos del triunfo en la justa famosa…

JOAQUÍN DE VEDIA.

(*Cómo los vi yo*, ed. cit., pág. 150).



← Aristóbulo del Valle (1893). (*Archivo Gráfico de la Nación*).

INDIFERENCIA POLÍTICA DE LA JUVENTUD

1900

Terminaba la segunda presidencia de Roca con el derrumbamiento de su partido «autonomista nacional» dividido y declinante, sobre todo después de la disidencia de Pellegrini, que arrastró consigo una fracción que tomó el nombre de «autonomista» a secas, a raíz del retiro por parte del Poder Ejecutivo del proyecto de ley de unificación de la deuda pública. El que fuera la «gran muñeca», sostenedor del gobierno de Roca, se convirtió en su apasionado enemigo. No actuaba ninguna otra fuerza política, pues el radicalismo, siguiendo las directivas de Hipólito Yrigoyen, estaba en la abstención conspiradora, y el socialismo, actuando sólo en la capital, no tenía gravitación en el ámbito nacional.

La juventud, que se estremeció con viriles arranques patrióticos y se aprestó para defender el honor del país ante el temor de una guerra con Chile, demostraba total desinterés y frialdad por las cuestiones de política interna, porque no encontraba en los núcleos militantes, ni fuerzas ni caudillos, ni ideales que la atrajeran y arrastraran. Ya en el año 1900 se debatió públicamente esa indiferencia de los jóvenes por nuestra vida cívica con motivo de un severo llamado a la juventud que le dirigió Pellegrini desde las columnas del diario *El País*. En ese llamado, su autor se pregunta: «¿Dónde está la juventud que ocupará en día próximo los comandos superiores? Se pasea en torno la mirada ansiosa y no se ve una sola frente que sobresalga. Niveladas todas las cabezas, parecen un inmenso rebaño de seres inofensivos; sin anhelos, sin pasiones, sin amores y sin odios, sin esperanzas ni aspiraciones. Si por acaso hay aspiraciones o deseos, no se traducen ni en esfuerzos ni en luchas, pues, seducida por la molicie y las facilidades de la vida, ha renunciado a la victoria, renunciando al combate. La prensa, la tribuna, la reunión política, todas las escenas en que la juventud puede ensayar sus fuerzas y adiestrarlas, para el gran combate están abiertas. Si se ven abandonadas esas pistas por las nuevas generaciones, es porque éstas, sin anhelos y sin aspiraciones, sólo ven en los fáciles placeres el objeto de su vida. ¿Y mañana? ¡Tal vez

encontremos el remedio en naturalizar al extranjero para que se encargue de nuestros destinos!»…

Esta severa catilinaria fué comentada en una carta en *La Nación* por Miguel Cané, quien apoyó los conceptos de Pellegrini manifestando su tristeza y ansiedad ante el espectáculo de atonía que presentaba la juventud.



Cayetano Ganghi. Caja de hierro del caudillo, con documentos varios: libretas cívicas, registros de firmas, cartas de ciudadanía en tramitación, cartas de ciudadanía despachadas. Los libros del

lado derecho son registros de favores y de contabilidad análogos. (*Archivo Gráfico de la Nación*).

La respuesta a Pellegrini y a Cané en defensa de la generación, fué escrita en el mismo diario por José Luis Murature, en tono enérgico y vibrante: «La juventud de hoy —dijo Murature— no es ni menos activa ni menos inteligente ni menos emprendedora que hace cincuenta años. No se forma tras los mostradores de las tiendas como entonces, pero sabe pedir al trabajo sus fuerzas y a los libros sus enseñanzas. ¿Cuáles son las causas de los cargos que se le formulan? Una sola: la enseñanza que las generaciones que se inician han recibido en la escuela de la experiencia. Muchos de los que hoy lanzan contra la juventud sus dardos más agudos, olvidan que han sido sus maestros y que las faltas que se le imputan son debidas en primer término a ellos mismos… *No tiene ideales*: es cierto, no puede tenerlos, porque ha nacido y se ha desarrollado en una atmósfera viciada… Si la juventud de hoy se hubiera desenvuelto en otro medio, latirían en ella impulsos tan grandes y tan generosos como los que han llenado las mejoras épocas del pasado. Si algún reproche hay que hacerle, no es a ella sino a los que han sido sus maestros… Desde las bancas de la escuela, cuando han empezado a penetrar, confusamente todavía, los factores de la vida nacional, han visto por todas partes las codicias culpables y las rapacidades insaciables, no sólo toleradas, sino fomentadas, amparadas, recompensadas con el lauro de la victoria». Y termina Murature haciendo, con crudeza y vehemencia, una expresión de agravios de lo que han visto los jóvenes en el proceso político y moral de la vida pública, en cuyo escenario, los hombres de valor intelectual se encierran en la vida privada, dejándolo todo al imperio de la mediocridad, así como la representación nacional librada a los políticos profesionales. «Por eso —concluye— la juventud de hoy se retrae en muda protesta, resignada a tolerar en silencio lo que no está en su mano evitar. Se le reprocha que no toma parte en las luchas del civismo. ¡Cruel ironía! El cargo tiene que convertirse en aplauso porque si los jóvenes no pueden impedir que la democracia sea una farsa, no deben entrar en ésta con la complicidad de su intervención»…

CARLOS IBARGUREN.

(*La historia que he vivido*. Peuser, Bs. As., 1955, pág. 147).

CARLOS IBARGUREN.— (1877-1956). Escritor y político argentino, nacido en Salta. Fué subsecretario del Ministerio de Agricultura bajo la presidencia de Quintana y ministro de Sáenz Peña; profesor en la Facultad de derecho y en la de filosofía y letras. También tuvo actuación destacada en el gobierno que se formó después de la revolución de septiembre de 1930. Es autor de diversos libros sobre temas de historia argentina, que se leerán siempre con interés por su seria información, la solidez de su pensamiento y su prosa vigorosa y limpia. Sus Memorias, que bajo el título de *La Historia que he vivido* publicó poco antes de su muerte, constituyen uno de los aportes de mayor calidad para el conocimiento de la evolución del país durante los últimos sesenta años. El doctor Ibarguren, vinculado a familias tradicionales de Salta, de figuración nacional, contribuye con datos de la mejor fuente al esclarecimiento de hechos históricos acaecidos en décadas anteriores a su nacimiento y hace revivir con rasgos de artista y fina sensibilidad el ambiente de su hermosa ciudad natal a mediados del siglo pasado.



Dibujo publicado en la revista *Fray Mocho*, donde, luego de enumerar los «oficios peligrosos» más dispares, concluye dando como ejemplo del más arriesgado de todos el de periodista de campaña.

12
RETRATOS DE OTRO TIEMPO

SARMIENTO EN MONTEVIDEO

1883

EN EL HOTEL

En espera del compañero, que no puede tardar, pues ya es hora del almuerzo, salgo a la galería que domina el entoldado patio-comedor, y, apoyado a la baranda, paseo la mirada por una docena de mesas, casi todas ocupadas. Al punto clávanse mis ojos en una del medio, cubierta de flores: ahí está, comiendo solo, el formidable anciano, con su calvatrueno de calabaza, sus ojazos rápidos, sus bezos y mandíbulas de prognato macizo; toda aquella regocijada fealdad, éxito fácil de los caricaturistas, como que no hay muchacho tiznador de paredes que marre el parecido. Durante un minuto me doy el espectáculo de Sarmiento comilón, mirándole despachar, a los 72 años, con un apetito de náufrago, que muchos jóvenes envidiaríamos, las rebanadas de lechón fiambre, empuñado el cuchillo como tizona. Sorprendido así en plena función alimenticia, el aspecto es decididamente vulgar. Con todo, cuando por un momento el ogro para de masticar, un como reflejo de luz se difunde de la frente pensadora a las facciones ennoblecidas —trayendo el recuerdo de esos mascarones antiguos, de rostro mitad divino, mitad bestial. Pero se interrumpe el examen con la aparición en el patio de mi rezagado amigo, quien desde

allá me está llamando con mímica tan expresiva como si él —no yo— tuviera una hora de plantón. Bajo de un brinco la escalera: han bastado esos diez segundos para que ya no encuentre a mi comensal donde le vi, sirio arrimado a la mesa del ilustre masticador. Me he detenido a distancia respetuosa, poco atraído al pronto —lo declaro sinceramente— por el desenlace previsto e inevitable. He sido, pues, presentado al ex presidente argentino; y luego, aceptando el ofrecimiento de acompañarle, con la misma franqueza que se hacía (lo que, entre huéspedes del mismo hotel, sólo importaba el gran honor de arrimar nuestra mesa a la suya), poco nos ha costado, acometiendo tenedor en mano las susodichas rebanadas, mostrarnos dignos de la invitación.



← Caricatura de Sarmiento, aparecida en *El Mosquito*, del 12 de marzo de 1882. (Año XIX - N.º 1001).

Faltaría a la verdad, diciendo que en mí la natural reserva inseparable de un estreno se prolongó más allá del primer servicio. Facilitado el trato por cierta familiaridad de mi amigo con el general, pero más que todo por la cordial llaneza de éste, se estableció casi inmediatamente el tono de confianza en el diálogo —guardadas, por cierto, las distancias que entre él y nosotros mediaban. Junto con su primera anécdota jovial, ya estaba roto el hielo entre nosotros; y, luego después, tan derretido que me permitía provocar o dirigir con mis preguntas su difuso recordar de otros tiempos. Con especial empeño —no faltando quizá en este intento de control un poco de inocente alevosía— procuro vanamente fijar unos minutos la fantasía errabunda del narrador en la primera vista suya a esta «nueva Troya», que tan intensamente revive en el por mí recién leído capítulo de los *Viajes*: y fué cuando el lugareño cuyano aclimatado en Chile vino a conocer aquí —encontrándolo quizá menos imponente que de lejos— al brillante «estado mayor» emigrado del partido unitario porteño…[41] Indiferencia u olvido, Sarmiento pasa ligeramente sobre el tema, sin que el conversador de hoy muestre tener muy presente lo que hace un tercio de siglo refería el escritor. Por lo demás, se desabrocha liberalmente, sin hacerse de rogar; suelta al desgaire los jirones de historia vivida, con su vozarrón y acento ya grave, ya festivo, entre risotadas y muecas de la abultada jeta que parece magullar las palabras al emitirlas. Así, con un *yo* o un *pues* como puntal en cada miembro de frase, se escapa la charla de Sarmiento, atropellada, pintoresca, desigual, esbozando un cuadro en cuatro brochazos, barajando a la desbandada los rasgos elocuentes o triviales. Suele dar por un minuto la ilusión de haber aclarado el tema más abstruso a fuerza de relámpagos. Abunda en toques improvisos que hacen vibrar todas las cuerdas sonoras del instrumento intelectual, si bien deja inertes y mudas otras más íntimas que responden al registro sensitivo de la simpatía humana… Al levantarnos de la mesa, como he quedado un poco atrás, encendiendo un cigarro, oigo que el incomparable solista se expresa amablemente a mi respecto: supongo que habrá querido recompensar mi atención respetuosa, mirando en ello la mayor prueba de inteligencia que un oyente suyo puede mostrar.

Tal ha sido, en verdad, la primera impresión que me ha dejado el contacto del ilustre estadista argentino; y precisamente porque preveo que ella será más o menos modificada por las que más adelante se le sobrepongan, he querido consignarla en toda su ingenuidad, y esta misma tarde, en mi cuaderno de apuntes.



Miguel Cané en la época en que era estudiante del Colegio Nacional. (*Daguerrotipo de época*).

Enero 28. Esta mañana salgo a la calle antes que mi vecino dé señal de vida. En cambio, a la vuelta, mientras escribo una esquela, oigo del otro lado un ruido de voces. Al poco rato llaman a la puerta de comunicación y entra Julián Martínez, que viene a sacarme para almorzar con su familia en la Confitería Oriental. Parece que de la habitación contigua se ha hecho una pieza de recibo y trabajo para Sarmiento, trasladándose a la inmediata su dormitorio. Por la puerta entreabierta, en efecto, divisóle sentado junto a una mesita llena de papeles donde, frunciendo el ceño y estirando el morro, está manejando la pluma con la misma energía que ayer el tenedor. Al sentirme cerca me interpela con buen humor: «¡Entre el joven

literato!». Y me explica amablemente el nuevo arreglo, diciendo que así se ha hecho en el concepto de que yo lo aprovechara como él mismo para mis visitas o escrituras. Agradezco la fineza, que me proporcionará un excelente observatorio; y entre tanto, debiendo él presidir esta tarde los exámenes finales de la Escuela de Artes y Oficios, para cuyo acto tengo también invitación, quedamos en que a las 2, vendremos a buscarle para ir juntos en el carruaje de Julián. Así se hace, cumpliéndose lo convenido con exactitud militar, cual corresponde al carácter de la institución y de su más ilustre visitante.

EN LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS

Llegados a la escuela, las autoridades reciben a Sarmiento en el vestíbulo, **[42]** llevándole sin demora a ver los trabajos de los alumnos, expuestos en las galerías: dibujos, planos, litografías, grabados y figuras de relieve; muestras de escultura y modelado, en madera o yeso; trabajos de relojería, ebanistería, maquinaria y demás artes manuales. Paréceme que del conjunto se desprende una impresión tan favorable a los maestros como a los alumnos: seriedad y celo en los primeros, estímulo y aplicación en los segundos; en algunos de éstos pruebas de habilidad o vocación artística.

El comandante Belinzon, director de la escuela, nos explica lo hecho y lo por hacer con una complacencia algo prolija; por lo demás, encontramos legítima su satisfacción ante los resultados de su bien encaminada y patriótica empresa. Y entiéndase que no se trata aquí de remedos o juguetes, sino de verdaderos artefactos industriales ofrecidos a la venta y cuyo producto concurre a costear el establecimiento. En el patio mayor, está construyéndose, desde la quilla hasta la máquina, una embarcación a vapor de 80 toneladas: el porte de una carabela de Colón.

Sarmiento se mostraba interesado por la exposición escolar. Lo apreciaba todo en un abrir y cerrar de ojos, con tanta mayor rapidez cuanto que su imaginación descubría mucho más de lo que sus ojos veían. Cualquier objeto le era pretexto para una reflexión profunda o extravagante: recordaba al Niágara a propósito de una minúscula rueda de artesa, o la galería Borghese delante de una ánfora copiada de un pobre

yeso napolitano; cuando no fuera un par de espuelas o un «chapeado» criollo, lo que le daba pie para una aventurada divagación etnográfica de «conflictos y armonías». Por lo demás, apenas paraba atención en las explicaciones estentóreas del excelente director. No creo que faltaría al respeto ni a la caridad quien opinara que Sarmiento tenía verdadera vocación para la sordera. Al ocaso de una larga vida y cuando, de lo mucho que ésta enseñó, se sabe (o se cree saber, que tanto monta) de todo un poco —lo suficiente para hablar siempre sin escuchar jamás—, resultar uno sordo, puede parecer, desde fuera al menos, más que un infortunio, un favor providencial. Por eso, no ha faltado quien dijera —en son de broma, por cierto— que de no existir en el mundo tal achaque, el sabroso monologuista lo hubiera inventado…

Mientras tanto habíase llenado de público elegante el vasto salón de exámenes, y Sarmiento fué a ocupar en el estrado la presidencia de la mesa examinadora. Con excelente acuerdo la nueva dirección ha dispuesto que en lugar de la antigua banda militar, que se dice «orientaba» a los alumnos hacia los cuarteles, se forme en la Escuela una orquesta y un orfeón. Después de hacernos oír —inevitablemente— sendas estrofas de los himnos oriental y argentino, los músicos ejecutaron, con notable *ensemble* y suficiente corrección, algunas composiciones clásicas, entre otras una obertura de Mendelssohn y un andante sinfónico de Mozart; por fin, un coro del *Buque fantasma*, de Wagner. Mientras tanto, nuestro presidente, con su bastón acústico aplicado al oído, mostraba seguir con verdadera fruición el desarrollo de las páginas musicales, marcando vagamente el compás, sin perder de vista un solo instante la mímica expresiva del director de orquesta.

Continuó la función con numerosos exámenes teóricos que carecían de interés y hubiera sido caritativo abreviar. En casos semejantes queda sobrentendido que estas pruebas de pura forma, presididas por un personaje decorativo, deben limitarse a una figuración, cuando más a un breve espécimen de la enseñanza. Infligir a un huésped ilustre —y sordo— tres horas de exámenes de geografía o castellano, corresponde a inaugurar los trabajos de un ferrocarril, obligando al jefe del Estado a que de veras cave la tierra durante un cuarto de hora hasta llenar concienzudamente la

clásica carretilla. En tanto, pues, que el público podía bostezar a gusto sin mucho disimulo, el grave jurado tema la obligación de componerse una fisonomía atentísima para escuchar la conjugación de los verbos irregulares o seguir la demostración de un teorema de geometría. Pero el director y sus estimables colaboradores conservan la ilusión respetable de todos los convencidos: arrójeles la primera piedra quien no haya nunca detenido por un botón del traje a un amigo suyo, condenándole a escuchar historias o proyectos que maldito lo que podían importarle.



Brigadier general José Matías Zapiola, guerrero de la Independencia.

A todo ello estaba Sarmiento ejemplarmente atento, soportando las pruebas —acaso más duras para él que para los examinandos— con irreprochable corrección. No parecía sino que su teléfono le transmitiera novedades de trascendental importancia. En realidad, tengo para mí que el instrumento no le transmitía nada, o muy poco más. Pero el arte de

aburrirse con dignidad es el primer requisito del hombre público; y Sarmiento tiene treinta años de experiencia. Sea como fuere, para todos la gran atracción, el «clavo» de la ceremonia, era el anunciado discurso de Sarmiento. El público apiñado lo esperaba con visible ansiedad: las señoras haciendo aletear sus abanicos; los buenos viejos encorvando su mano en la oreja como concha de resonancia, y abriendo la boca para redondear su conducto auditivo…

No fué propiamente un discurso, sino una alocución familiar: un vagabundeo oratorio de indescriptible donaire y desenvoltura, con acompañamiento de mímica, muecas, golpes en la mesa y risas comunicativas. Fuera de dos o tres «arias de bravura», que yo mismo le viera preparar, todo el resto era un improvisado monólogo sobre cuanto puede ocurrírsele a un hombre de inmenso talento, que habla con completa posesión de sí mismo ante un auditorio dispuesto a aplaudirle, y con absoluta despreocupación de toda regla, u orden retórico de antemano meditado. Derramaba a manos llenas un caudal de ideas suficiente para diez discursos oficiales; lanzaba verdades macizas a la cabeza de quien quisiera recibirlas, alternando los puñados de sal gruesa con los preceptos de alta sabiduría; después de ensalzar seriamente los merecimientos del coronel Belinzon, felicitaba al director de la orquesta estudiantil por haber elegido a un sordo como juez de los sonidos; remedaba a los ejecutantes y sus instrumentos, descargaba palmadas sobre la mesa; soltaba carcajadas, festejando sus propios chistes —creo que él mismo se hubiera aplaudido si el público no le quitara ese afán… Pero, a buen seguro que esto no era todo. Por momentos sentíase rugir algo que recordaba el *Quos ego* del dios de las tempestades. En medio de ciertas exuberancias de pésimo gusto, se escapaban, cruzando el espacio, gritos de vibrante protesta contra todos los despotismos; y no faltaban raptos brillantes de concepto y de estilo que nos estremecían, al modo de esas llamas o roces misteriosos que en la iglesia primitiva revelaban la presencia del Espíritu. ¡Con qué acento potente y convencido el gran profano, apenas iniciado por adivinación y respeto instintivo en la cultura científica, nos la pintaba como la única redentora posible de estos pueblos contra el estigma de su raza y de su historia! ¡Qué manto de regia púrpura arrojado entonces, y como al

descuido, sobre algunas trivialidades e incongruencias recientes de su arrebatada improvisación!… Por cierto, y huelga repetirlo, que esa borrasca verbal, si a ratos nos levantaba del suelo, era para luego dejarnos caer, cubiertos de arena y de salpicaduras. Pero, ¿acaso no es ése el tributo y rescate de toda oratoria popular y arenga tribunicia? Figuraos —para variar de imagen— un arca repleta de monedas, en la que las de oro se confunden con las de vellón, y cuyo contenido se arroja a puñados a la calle, apedreando al público con un tesoro en que el metal precioso va mezclado al cobre y plomo vil… Tal escuché el verbo soberano de Sarmiento durante los cortos minutos en que estuvo realmente inspirado, y cuando se dijera que en él rugía el mismo «demonio» de la elocuencia. En cuanto a intentar reproducir ese discurso de memoria y al tanteo, sería una traición: es menester, como decía Esquines recordando a su rival triunfante, «haber oído al mismo monstruo».[43]

Yo mismo, aunque de natural algo refractario a la sugestión oratoria, confieso que me conmoví. Y como, a la vuelta en el carruaje, tratara de aprovechar el primer relámpago de silencio para expresarle mi sincera admiración, Sarmiento me interrumpió, alargándome una manotada en el muslo y echando un terno capaz de rajar los cristales: «¡Que se saquen la púa que les he metido!…». De su discurso, lo que más le preocupaba era no sé qué alusión sarcástica a unos periodistas clericales, que yo apenas había notado y que seguramente el auditorio no comprendió. Voto y ademán le pintan de cuerpo entero. Para el inconsciente genial, de lo sublime a lo ridículo (aquí mejor se diría «trivial») no había un paso, ni una línea, sino que ambos elementos se amalgamaban. Y me parecía oír a un huésped opulento que, después de servir a sus convidados el vino más raro y generoso, exclamara con entusiasmo: «¿Han visto cómo ha saltado el tapón?».

PAUL GROUSSAC.

ALBERDI EN PARÍS

1878-?

Una vez en Francia busqué al ex ministro de la Confederación, cesante de todo cargo diplomático. Vivía el hombre modestísimamente en París, en una casa amueblada, más parecida a un hotel que a una casa de huéspedes, ocupando dos cuartos con balcón a la calle, una calle triste como él, con entrada sin salida, lo que se llama una *impasse*. El uno era el aposento; el otro la sala de recibo o comedor. Aquí comimos. Me acompañaba mi malograda hija María Luisa.

—Traiga usted a su niña —me había dicho Alberdi—, así estaremos mejor; la mujer adorna la mesa; luego, la señorita es tan inteligente que no nos molestará.

Accedí, como era natural. Yo lo había visto a Alberdi al través de su idealidad; sabía que era pequeño de talla (no me imaginaba, sin embargo, que lo fuera tanto, como en realidad lo era)… Imaginaos un hombre antípoda de Sarmiento; éste músculos y fuerza, de manos burdas, ágil como los boxeadores, listo siempre a mostrar los puños por cualquier cosa; aquél todo lo contrario, un cartílago nervioso, alimentado sobriamente. No he visto nunca dos caracteres sobresalientes más antitéticos. La salud de Alberdi era mala. Sufría desde años atrás. Estaba vestido de negro, severamente vestido. Aunque proporcionado el cuerpo, la cabeza parecía no corresponder al busto, [cabeza] de perfil que hubiera podido ser ciceroniano. Todo en ella reflejaba penetración, perspicacia, entendimiento… Sus ojos negros, grandes, soñadores, ni exaltados ni hundidos, ojos de pájaro que mira sin remontarse con excesivo vuelo, brillaban con languidez hipocondríaca; la nariz recta, perfectamente delineada;… la boca de labios dulces, blandos… abriéndose un poco, con cierta ironía amarga, dejaba entrever dos filas de dientes regulares. La boca era lo más característico de aquel rostro que, limpio de pelo y barba, parecía envuelto en una atmósfera de inquietud y timidez constantes.

Una idea lo dominaba, no podía ocultarlo; y a ella volvía y volvía a cada paso, llevando la mano hasta rozar y acomodar una mecha abundante

de lacio cabello pertinaz, que, medio ocultándola, caía persistente sobre la frente marchita y rugosa ya. En sus manos limpias, cuidadas con esmero [se] habría descubierto que eran sólo para esgrimir instrumentos de artista: pluma, buril, o pincel. No hablaba francés sino con relativa facilidad y corrección, no obstante su larga estancia en París. Los sirvientes parecían tener mucha deferencia por él. Atendía a mi hija con exquisita cortesanía, como si fuera una señora hecha, ya, y conmigo departía sin que perdiera el hilo de su pensamiento.

LUCIO V. MANSILLA.

(*Retratos y Recuerdos*, Bs. As., 1894).

FRAY MAMERTO ESQUIÚ, OBISPO DE CÓRDOBA

1880

Entré en un pequeño cuarto, tal vez de tres por tres metros, con un moblaje demasiado mezquino. Allí estaba el obispo Esquiú, con hábito gris, pectoral, solideo de seda color violeta y calzando sandalias. Se hallaba escribiendo a la luz que entraba por un ventanico, por donde se alcanzaba a ver una frondosa huerta. Se incorporó y me alargó la mano derecha, cuyo anillo besé con toda reverencia. Con la siniestra arreglaba un cuero de oveja sobre un largo cajón. Después supe que allí guardaba sus escritos y cartas. «Siéntese usted», me dijo, y luego me preguntó cuándo había llegado y dónde paraba. Al decirle que me había hospedado en la Compañía de Jesús, me dijo: «¿Conoce usted a los Padres jesuitas?…». Cuando le repuse que eran mis maestros, por ser alumno del Colegio de la Inmaculada de Santa Fe, el Santo Obispo alzó los brazos exclamando: «¡Acabáramos!».

....

En esa celda, a la que sólo podían entrar ciertas personas determinadas, vi por primera vez al ilustre Obispo de Córdoba. Al hablar de ella no puedo dejar de recordar un rasgo de su profunda veneración por el Sumo Pontífice. Yo tenía licencia de entrar en la celda sin llamar a la puerta. Entré una tarde para dar al obispo un mensaje de una persona y lo sorprendí postrado delante de la mesa de trabajo. Creí que oraba y me detuve para no interrumpir su plegaria; pero él, comprendiendo mi actitud me dijo: «No estoy rezando, estoy escribiendo al Sumo Pontífice y como veo en él al Vicario de Cristo en la tierra, me postro al escribirle, en señal de sumisión y reconocimiento».

Fué un verdadero discípulo del Pobrecillo de Asís, el Venerable Prelado. Amó la pobreza y siempre dió ejemplo de ello. No quería nada para sí, todo lo buscaba y conseguía para los demás, para aliviar las miserias ajenas. Muy a menudo el primer patio y parte de la calle estaban ocupados por una multitud de gente proletaria que iba a pedir limosna al pastor de las almas y el obispo salía a repartirla en persona, dando a los más viejos y enfermos monedas de veinte centavos. A los más necesitados entregaba doble cantidad y a todos en general les daba billetes de emisión menor. Mas eran tantos los pobres que se agotaba el dinero y entonces mandaba buscar pan, y para andar más pronto convertía su manto en bolsa que llenaba de panes y repartía a todos aquellos menesterosos.

Y sucedió más de una vez que después de tan largas limosnas repartidas por el Obispo a los pobres, al sentarnos a la mesa no había ni un solo pan ni quedaba un solo centavo en poder de Monseñor.

En una de aquellas mañanas en que transitaba por aquellas calles, al retirarse del Colegio del Huerto, de pronto vió que dos changadores hacían desesperados esfuerzos para levantar a un carro un gran cajón que seguramente pesaba mucho y ya se les venía encima, pero en un instante, y con toda rapidez, el Obispo les dijo en alta voz: «Esperen, hijos», y a la palabra siguió la acción, corriendo al medio de la calle hasta llegar al lugar del hecho y poniendo sus manos en aquella carga tan pesada. Acto seguido se vió al cajón que caía en el plano del carro. Los changadores,

sombrero en mano, no sabían cómo agradecer la actitud del prelado y le besaron la mano, a lo cual contestó:

—Dios nos manda que ayudemos a nuestros hermanos.



Fray Mamerto Esquiú.

Quiso Su Ilustrísima (después de la Misión de Río Cuarto) despedirse de la comunidad de religiosas franciscanas que estaba al frente del colegio de niñas.

Así que Su Ilustrísima llegó, la Superiora comenzó a enseñarle el establecimiento. Las religiosas lamentaron lo pobre, pequeño e incómodo del edificio, completamente inadecuado para un colegio. En efecto, el edificio era pobre, pues una parte de él era de techo pajizo con aleros o corredores del mismo material. Las clases tenían que darlas debajo de aquellos aleros. Las pobres religiosas lamentaban la pobreza de la casa. A todas las lamentaciones, correspondía el obispo en un elocuente silencio. Recorridos los departamentos del colegio, la Superiora y las damas, con mucha humildad, le pidieron que hablara. Querían una plática, y el Obispo, señalando al Guardián, les dijo: «Aquí tenéis vuestro padre espiritual». El

Obispo ya se iba a retirar, pero la Superiora insistió, pidiéndole siquiera las dos palabras consabidas. Entonces, el Padre Esquió, respondió contó en broma: «¿Me pedís dos palabras?… Pues helas aquí: Pobreza, pobreza».

Y como todos quedaran callados, él continuó haciendo una hermosa apología de la pobreza de San Francisco.

Siempre que el Ilustrísimo Obispo tuvo necesidad de salir a la calle, lo hizo sin ostentación exterior que pudiera llamar la atención. Sin embargo, cuando Monseñor andaba por las calles de la ciudad, todos los ojos se dirigían a su grave persona, todos los transeúntes le contemplaban, todos se descubrían en señal de admiración y respeto, muchos señores bajaban de la vereda y hasta le besaban la mano en público. El obispo correctamente correspondía a los saludos de cualquiera y tenía con frecuencia que detenerse para atender, ya a un caballero, ya a una mujer del pueblo que, postrándose ante él en plena vereda, le presentaba al hijito que tenía en sus brazos, diciéndole: «Dente su gracia». Entonces el Señor Obispo, muy complacido, no seguía su camino hasta no haber bendecido conforme se lo pedían.

No faltaron en aquellas calles algunas notas cómicas; recuerdo lo que le pasó con un mozo que iba a caballo en dirección contraria y al ver al Obispo quiso quitarse el sombrero, pero fué el caso difícil porque llevaba unas herramientas de carpintería envueltas en una arpillera y al llevar la mano al sombrero no pudo sostener el envoltorio con sólo la mano izquierda y principiaron a caer los instrumentos, uno a uno. El pobre hombre tiró de las bridas y entonces nuestro Santo obispo acudió al medio de la calle y empezó a alcanzarle las piezas. El pobre no sabía lo que le pasaba; todo confundido pedía perdón y el obispo, sonriendo, le decía: «Déjate de eso, majadero, arregla el atado y anda con la bendición de Dios…».

JUAN PABLO BORQUES.

(*Fray Mamerto Esquiú*. Reminiscencias).

JUAN PABLO BORQUES. — Sacerdote entrerriano. Fué canónigo de la catedral de Paraná y escribió un folleto sobre Fray Mamerto Esquiú en que se consignan sus recuerdos personales

sobre el famoso orador sagrado y virtuoso Obispo de Córdoba.

CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTÍSTICO Y DE ACTUALIDADES

AÑO II | BUENOS AIRES, 18 DE NOVIEMBRE DE 1899 | N.° 59

FABRICACIÓN DE VOTOS

MÁQUINA ELECTORAL

Al sufragio esta máquina se aplica,
y es de tal precisión su mecanismo
que todo lo que en ella se fabrica
nos viene á resultar siempre lo mismo

← La máquina electoral de Roca. (*Según el dibujante Mayol, 1899*).

ROCA PRESIDENTE

1880

El nuevo presidente es un hombre de apariencia juvenil, de talla mediana y contextura fina y descarnada, prematuramente calvo, con ralos y rubios cabellos en las sienes, y barba y bigote débiles. A primera vista, su rostro expresa más refinamiento que energía; muestra, sin embargo, un inequívoco sello de resolución, y tiene en los ojos, de frío azul grisáceo, un brillo como de acero. Lo que acaso nos impresiona más en él es su aire de gran lasitud y su palidez mortal. El general acaba de recobrarse de una seria enfermedad…

Su porte en esta ceremonia fatigosa es singularmente impasible. Asistiendo de pie, como él lo hace, a esa hora peligrosa aunque de triunfo, con la suerte del país en el puño, no es posible discernir en su rostro cansado e incoloro el más ligero indicio de exultación o de inquietud: clara prueba de fortaleza nada común y de dominio de sí mismo.

Comienza leyendo su mensaje en voz baja y en tonos deliberadamente mesurados; pero cuando llega al pasaje en que expresa su determinación inalterable de emplear sin restricciones los poderes de su investidura para reprimir cualquier atentado contra la unidad de la Nación, y pide el apoyo de todos para esa obra, hay en su acento una fuerza repentina, casi un desafío, que llega directamente a quienes lo escuchan.

Cortos, fieros «bravos» responden a sus palabras. Capta en un instante la simpatía del auditorio y recibe la consagración unánime como el hombre que reclaman las circunstancias y que se siente capaz de afrontarlas con inflexible decisión. El presidente obtiene así un triunfo pleno y de la mejor clase. Nadie, ni aun el más empecinado opositor, puede negar que la banda azul y blanca sienta bien y graciosamente a este soldado pálido y sereno, de aire nada presuntuoso pero resuelto.

Propágase a través de la compacta concurrencia una sensación de alivio, después de la gran tensión, cuando el general hace una reverencia y se retira, a los acordes del himno nacional. Toda la asamblea se pone de pie y lo aclama con entusiasmo.[44]

HORACE RUMBOLD

HORACE RUMBOLD. — Ministro de S. M. B. en Buenos Aires en 1880. Había representado a su país en Viena, París, Atenas, San Petersburgo y otras capitales. Escribió *The Great Silver River*, del que ha traducido Rafael Alberto Arrieta algunas páginas en su conocido libro *Centuria Porteña*.

ALEM

El doctor Alem vivía en una casa baja de la calle de Cuyo, a media cuadra entre las de Rodríguez Peña y Callao. Cuando estuve frente a su puerta, vacilé antes de llamar, de tal modo me asaltó la sospecha de haberme equivocado. En aquella modesta y silenciosa vivienda, que trascendía a existencias apacibles y solitarias, podía habitar alguna vieja abuela criolla, que cuidara personalmente de las pocas macetas donde florecían unas humildes plantas, único adorno de los dos pequeños patios, pero nada denotaba que pasara sus días y sus noches, célebre, poderoso en su esfera, el cabeza y guía de pujantes muchedumbres en donde confundíanse pobres, ricos, altas y bajas clases sociales, y a cuya aparición batieran palmas y arrojaran flores las damas ilustres, blasón y orgullo de las regias mansiones y de las salas suntuosas del gran mundo. Era allí, sin embargo, y llamé: un hombre, que de todo tenía aspecto, menos de sirviente, pudiendo ser, desde agente de policía vestido de paisano, hasta procurador o corredor o empleado de oficina, vino a abrirme.

—¿Está el doctor Alem?

—Sí.

—¿Será posible verlo?

—Voy a preguntárselo. ¿Quién es usted?

—Un repórter.

—¿De qué diario?

—De la *Tribuna*.

—¿Cómo?

«*¡Zás!*… ya se produjo», pensé yo, y preparado a recibir una invitación descortés a retirarme, repetí el nombre de mi diario.

—Ah, voy a ver. ¿De la *Tribuna*, dice?

En el tono de extrañeza de esta nueva pregunta, comprendí lo que había. Ni un ejemplar de aquel periódico había entrado jamás en aquella casa. Y el título le sonaba a novedad a mi interlocutor. No era raro. Se vendía tan poco, sonaba tan poco en la calle la *Tribuna*, que no era cosa de asombrar por allí, tan luego, se ignorara su existencia. La impresión de recelo subsistía en mi ánimo, sin embargo, pensando que ese casi tropiezo con el introductor podía transformarse literalmente en tumbo con el personaje requerido.

—Pase.

Se me señala una puerta abierta, a la derecha del patio, y contigua a otra, cerrada, que debía corresponder a la sala. Me encuentro, en efecto, un instante después, en una especie de recibimiento, alhajado con escasos muebles, un sofá, dos sillones, tres o cuatro sillas, tapizadas en cuero y de elásticos un poco fatigados, y una mesa escritorio. El obscuro empapelado de las paredes atenuaba la luz que entraba del patio. Colgaban de los muros unos pocos retratos, todos de hombres, y me disponía a acercármeles, para tratar de reconocerlos, cuando se abrió la puerta de comunicación con otra pieza interior, y entró el doctor Alem, clavándome en mi sitio.

—Señor…

—¿Cómo le va amigo? —me dijo tendiéndome la mano. Y luego, indicándome un sillón, añade—: Tome asiento. ¿Qué lo trae por aquí?

Me parecía estar en plena alucinación. ¿Era posible aquello? ¿El formidable agitador, jefe de dos revoluciones, conspirador, presidente de la República una vez en el Parque y otra vez en Rosario; el hombre que tantas veces hiciera temblar al país, ora de entusiasmo, ora de pavor, era aquel buen señor, aquel buen criollazo cordial y fácil, que tan pronto lo ponía a uno cómodo, se prestaba a escuchar y acaso, muy probablemente, a responder con espontánea abundancia?

—Señor —comienzo—, vengo mandado por el director de la *Tribuna*, para preguntar a usted si la Unión Cívica Radical irá a las elecciones de la provincia, y si usted será candidato…

—¿Quién es el director de la *Tribuna*? ¿No es Marianito?

—Sí, señor; Mariano de Vedia.

—Sí, pues. Yo no lo conozco, pero muchos jóvenes amigos míos son amigos suyos, y le llaman *Marianito*. Por eso le he llamado yo así. Y usted, ¿cuál es su nombre?

Contesto, claro está, alentado por aquella afable bonhomía, con toda confianza, y el doctor Alem continúa:

—¡Ah! ¿Vedia también? Conocí mucho al general, don Julio. Fuimos amigos.

—Sí, señor, lo sé.

Llamó hacia el patio, pronunciando un nombre que no recuerdo. Apareció el personaje que me había hecho entrar, y sin decir palabra, a un gesto del dueño de casa, marchóse en dirección al interior, para volver un momento después con dos copas, una de agua y otra de un licor que debía ser anís o ginebra, pues era también incoloro. Mientras yo estuve allí, a pequeños sorbos fué bebiendo el doctor Alem de una y otra copa, que depositaba luego sobre el brazo del sillón que ocupara, y enjugándose a cada trago con un gran pañuelo blanco, que estrujaba continuamente entre los dedos. Se había sentado frente a mí, en plena luz, repantigándose un tanto con las piernas cruzadas, y me miraba con expresión bondadosísima. Yo podía contemplarlo a mi turno con libertad, pues me lo permitía la circunstancia de estar sentado en la sombra. Usaba botines de elástico, de una sola pieza de cabritilla, detalle que observé con curiosidad de zapatero, porque ya me habían dicho que el doctor Alem calzaba siempre botas de alta caña. Toda su persona denunciaba una atildada limpieza, y exhalaba un pronunciado perfume de agua de Colonia. Su pelo abundante, cuidadosamente peinado, con raya a la izquierda, y su barba magnífica, entonaba, del gris acero al blanco más resplandeciente, una gradación perfecta; y no tenían allí, y nunca tuvieron, los aires de revuelta y encrespada melena leonina, o de penacho invertido y flameante, que les daban los dibujos y caricaturas de la prensa ilustrada y que les dan todavía

las iconografías de propaganda. Su voz era dulce, suave, afectuosa diré, y sus ademanes mesurados y tranquilos. El saco largo, el blanco lazo de la corbata, los demás detalles de la indumentaria, conocidos. Si su casa no me había parecido, al enfrentarla la del tribuno y del cruzado revolucionario, ahora en cambio, él, allí, me parecía bien el dueño de aquella casa.

—No me explico su pregunta —me dijo luego—. Claro que iremos a las elecciones. ¿Por qué no habíamos de ir?… Yo, por lo menos, entiendo que mientras exista una sola posibilidad de lucha leal, de sufragio siquiera relativamente libre, los partidos deben acudir al comicio. Y sobre todo, los partidos populares, de oposición, independientes.

—Y usted, señor, ¿será candidato?

—No sé. Puede que sí, puede que el partido designe a otro miembro. ¿A quién le interesa eso? Yo, u otro, lo mismo da. ¿No será usted, acaso, el mensajero de alguna curiosidad extraña a su diario?

—Señor, yo lo ignoro en todo caso…

—La *Tribuna* ¿es de Roca, no?…

—No, señor, es del director y de su padre…

—¡Ah!…

Fué el único momento en que su gesto pareció hacerse receloso, pero recuperó muy pronto su serena placidez, que infundía confianza y hasta invitaba a la expansión…

JOAQUÍN DE VEDIA.

(*Cómo los vi yo*, ed. cit., pág. 101).



← Interesante dibujo de época publicado por *Don Quijote*; aparece en él Hipólito Yrigoyen como uno de los jefes revolucionarios.

ALMAFUERTE

HACIA 1900

Fué una mañana cuando Gerchunoff me presentó a Almafuerte. Vivía el poeta en la entonces calle Cuyo en una casa que merecía ser descrita por Dickens. La entrada era la de un fondín inmundo. Había que pasar por allí para llegar a un cuarto sin luz, en dos de cuyos rincones tenebrosos se advertían sendas camas. No me atrevería a afirmar que fuesen camas, precisamente. Algo me dice que eran dos pobres catres. Uno de aquellos lechos pertenecía al poeta —el otro sería de algún inquilino como él o del dueño del fondín— y no había en el cuarto otros muebles que un par de sillas. Almafuerte estaba acostado.

Nos recibió con la clásica amabilidad del criollo. Almafuerte, cuyo nombre era Pedro B. Palacios, pertenecía a una familia distinguida y en sus modales se advertía su buen origen. Trató a mi compañero con cariño y hasta como a un colega. No había en él ninguna petulancia, y me produjo, por su sencillez y por cuanto dijera, una impresión formidable. En mi casa, en la Facultad de Derecho, en todas partes, no hablé sino de Almafuerte durante varios días, obsesionado por aquel espíritu, a quien veía como a un profeta de la Biblia, como a un Isaías, como a un Jeremías, y a la vez como a un hermano del *Poverello*.

Creo que no volví a aquel tugurio. Almafuerte se había instalado en una casita, allá por el arroyo Maldonado. En el barrio había unas cuantas casas y las partes pobladas de la ciudad quedaban lejos. Hoy ese barrio está completamente edificado, pero entonces era pleno campo. Se llegaba en tranvía hasta las inmediaciones de la casa del poeta, pero había que hacer un buen trecho a pie. Almafuerte no disponía de más rentas que las de un cargo en el Correo y el producto de la publicación de sus poesías en algún diario o revista. El cargo en el Correo no lo desempeñaba, limitándose a cobrar el sueldo. Esta singular anomalía era frecuente en los felices tiempos del régimen. Almafuerte no ocultaba este proceder que, a su juicio, no parecía constituir una incorrección. Sospecho que él consideraba al Estado en el deber de darle un sueldo, sobre todo cuando el

producto del sueldo iba a parar, casi íntegramente, a manos de los necesitados. Él vivía con nada. No gastaba ni en libros porque leía poco, y era harto raro que hiciera una excursión a la ciudad. Le visité en aquella casita de Maldonado muchas veces, casi siempre con algunos de mis compañeros. Cuando no me acompañaba Gerchunoff, era Alfredo López. Creo que en alguna ocasión fui con Emilio Becher.

No olvidaré jamás las lecturas que nos hacía a los visitantes. Me parece verlo. Tenía la cabeza grande y redonda; la frente muy amplia y despejada; la nariz gruesa y más bien larga; los bigotes de considerable espesor. Ya entonces —andaba cerca de los cincuenta años— era calvo, pero tenía una franja de cabellos crespos a cada lado, los que se revolvían sobre las pequeñas orejas; y un poco de melena hacia la nuca. Era muy moreno, picado de viruelas y de estatura mediana. Usaba grandes anteojos. Tenía un hablar simpático, entusiasta, y una voz llena y vigorosa. Gesticulaba mucho con el brazo derecho. Cuando se exaltaba, cosa muy frecuente en él, hablaba torrencialmente y como si estuviese en pleno furor.



Pedro B. Palacios (Almafuerte), en el jardín de su casa. (*Archivo Gráfico de la Nación*).

Nos recibía en la pieza que era su dormitorio y su escritorio. No había en ella sino un catre, una mesa de pino y dos sillas. Él mismo traía otra silla si éramos más de uno los visitantes, y nos ofrecía mate. Sentado casi al borde del asiento, junto a la mesita de pino, el poeta leía sus cuartillas. Escribía en papeles pequeños, del tamaño de una página de libro de misa. Su letra era menuda, muy igual y muy clara. Mientras tanto, no cesaba de accionar con el brazo derecho. Leía con lentitud y energía, en tono imprecatorio y levantado, marcando con el movimiento del brazo el compás de los versos y formando una *o* con el índice y el pulgar. Tratábase de versos inéditos, de fragmentos de sus *Milongas clásicas*. A nosotros nos impresionaba enormemente aquella lectura, y al terminar lo abrazábamos.

Pero no en todas las visitas nos leía. Muchas veces hablábamos de otros escritores. Es decir, hablaba él, sobre todo si se trataba de un tema que lo apasionase. Odiaba a los «literatos». Almafuerte era de una ignorancia asombrosa… No podía ser considerado de ninguna manera

como un hombre de letras. Esto no quiere decir que no trabajase sus versos. Al contrario, vivía dedicado a ellos, corrigiéndolos, perfeccionándolos. No escribía con claridad ni sencillez. Pero el retorcimiento de sus frases no era el resultado de su cultura literaria sino de su singular conceptismo.

MANUEL GÁLVEZ.

(*Amigos y maestros de mi juventud*, ed. cit., pág. 105).

GROUSSAC

1903

Era Groussac un hombre de pocas palabras, exigente en sus juicios, enemigo de los charlatanes, los vanidosos y los rastacueros. Tenía por entonces unos cincuenta y cuatro años, no muy bien llevados. Su físico estaba en íntima correlación con su carácter: hombros puntiagudos, facciones angulosas, nariz afilada. Todo en él eran puntas y aristas. Daba impresión de sequedad. Sin ser mal educado, ni mucho menos, solía no practicar en ocasiones el arte tan francés de la *politesse*. Así, cuando alguna opinión le molestaba, hería a su interlocutor con indirectas demasiado directas. No hay para qué decir que aquellas opiniones no se referían a la persona del maestro, ni a su obra, ni a ninguna cosa suya, pues nadie hubiera tenido la osadía de meterse con él exponiéndose a sus alfilerazos.

Más tarde tuve el honor de que Groussac me invitase a pasear con él. Salíamos a caminar, y durante el paseo, como es de suponer, conversábamos. ¿De qué conversábamos?, me pregunto ahora, después de cuarenta años. Sospecho que hablábamos, principalmente, de política. Aunque nacido en Francia, Groussac se interesaba enormemente por nuestras cosas. Se cree lo contrario, pero es un error. Lo que no le

interesaba era nuestra literatura joven, porque no creía en ella, suponiéndonos, no sólo en ese tiempo, sino también para el porvenir, en perpetua «actitud discipular» respecto de la literatura francesa; pero le interesaban algunos escritores del siglo pasado: Sarmiento, Alberdi, Echeverría, Goyena y Avellaneda. Groussac conocía como nadie a nuestros políticos y yo me había criado en el tumultuoso ambiente político de la Santa Fe de aquellos años.

Me parece que hablábamos muy poco de literatura, y no se necesita ser muy lince para adivinar la causa. Podría, acaso, como algunos lustros después yo lo he hecho numerosas veces con respecto a muchachos que se iniciaban en las letras, haber querido enseñarme, recomendarme libros y autores, inculcarme algunas doctrinas literarias o darme consejos útiles; pero Groussac no tenía la pasión del magisterio y se preocupaba harto poco de que los jóvenes aprendiesen o no. Creo que no debíamos hablar mucho de libros o de autores porque una vez, subiendo la escalinata del Bristol[45] al volver de uno de nuestros paseos, me preguntó, sin duda para cortar algún tema literario iniciado por mí:

—¿A usted le gusta hablar de literatura?…

Comprendí la intención y, un tanto cortado, le contesté:

—Sí… a veces…

—Pues a mí no.

Estas palabras, dichas secamente, sin mirarme, sin ningún gesto que las atenuase, me volvieron mudo. Sin embargo, recuerdo algunas opiniones suyas sobre diversos escritores. Posiblemente eran respuestas a discretas preguntas mías. Tengo la impresión de que, a pesar de mis veinte años, fui muy prudente en mis conversaciones con Groussac. De otro modo, a las primeras de cambio, no hubiera podido volver a verle. Una opinión suya que me llamó la atención fué sobre los poetas españoles y los ingleses. Almorzábamos en el Bristol, en compañía de un político santafecino de menor cuantía, bastante tonto. El político le preguntó:

—¿Cuáles son los más grandes poetas del mundo?

—Los ingleses —respondió el maestro sin titubear.

El político de menor cuantía inquirió:

—¿Y los españoles?

Groussac miró hacia el techo embadurnado por unos «frescos» horrendos, y contestó, con un gesto de desdén:

—Como estas pinturas.

No sé qué efecto me hizo esta opinión, pero debió ser profunda cuando la recuerdo. No era de extrañar. Yo me había educado con los jesuitas, los cuales como buenos españoles —me refiero a los españoles de esos años— imaginaban que Núñez de Arce y Campoamor eran grandes poetas. En la clase de literatura del colegio no se nos habló jamás sino de los poetas españoles, acaso porque el programa no pedía otra cosa. Bécquer, Zorrilla, Espronceda, eran alabados como genios, o poco menos. Y qué insignificantes son esos poetas al lado de los Shelley y de los Keats, de los Beaudelaire, de los Verlaine y de los Carducci. No sería nada difícil que ésa y otras opiniones de Groussac me hubieran hecho abrir los ojos a la verdadera belleza.

MANUEL GÁLVEZ.

(*Amigos y maestros de mi juventud*, ed. cit., pág. 124).



← José Vega, soldado de San Martín. Fotografía tomada en San Juan el 9 de julio de 1897. Vivía en las serranías próximas a la ciudad, y se le calculaban 130 años de edad.

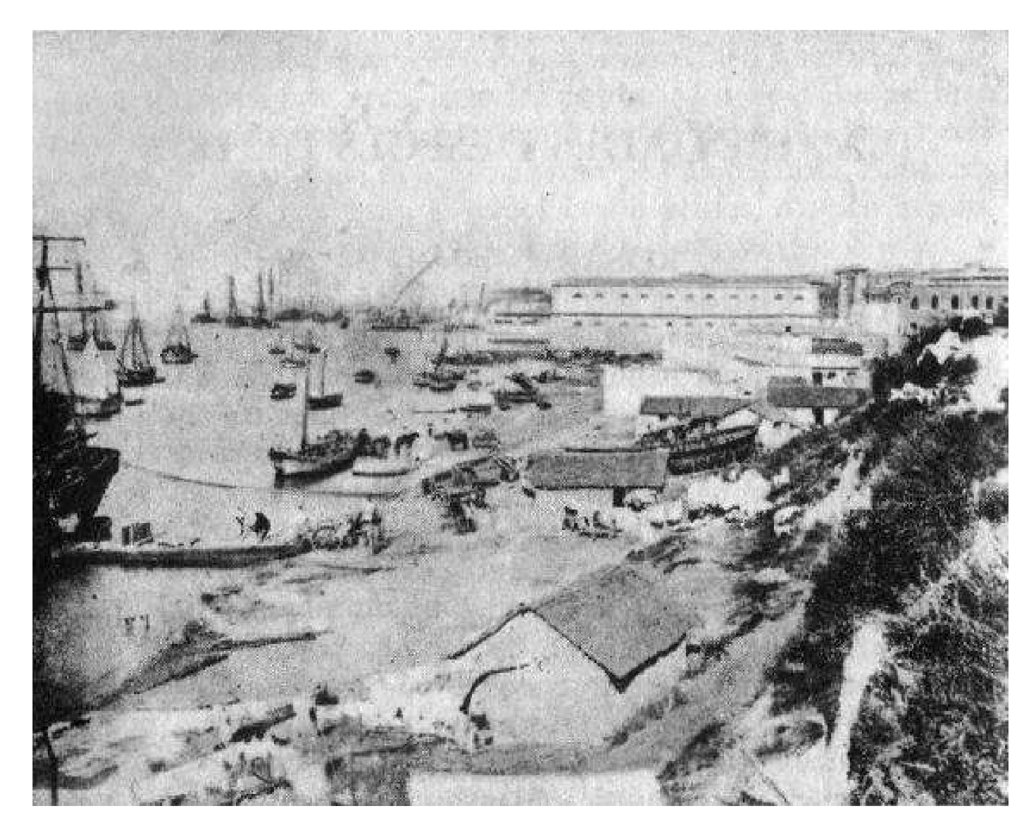
13
LAS CIUDADES DESPUÉS DE 1853

ROSARIO EN 1855

Después de una navegación de tres días, llegamos a Rosario, cuando sólo debimos haber empleado 24 ó 30 horas en un vapor arreglado. A las 10 de la noche echábamos el ancla a seis brazas de la ribera, pero, sin embargo, todos saltamos a tierra, o mejor dicho al agua, porque en la obscuridad y en el tropel todos nos empapamos al pisar la orilla. Nos dirigimos a la fonda llamada de *La Rosa* y luego volvimos a salir para visitar el teatro, porque aquélla era noche de domingo y una hija de Casacuberta daba su beneficio. El edificio era muy pobre, cual los de la calle Duarte o de San Pablo, pero las damas, aunque fronterizas de las pampas, mostraban cierta elegancia peculiar, en sus trajes blancos, encintados de azul y lacre. La representación fué harto mezquina y la orquesta, compuesta de media docena de cornetas, vibraba los más horripilantes acordes durante los entreactos: me hubiera parecido que estaban ahí convocadas en diabólica algazara todas las trompetas con que el gauchaje ha tocado sus degüellos en las batallas pamperas.

Vimos en la sala al gobernador de Santa Fe, un señor Cullen, de muy elegante apostura, que visitaba a las señoras en los palcos. Nosotros habíamos ido con un grupo de provincianos de entre nuestros compañeros de viaje, pero apenas entramos, a pesar de que eran más de las 11 de la noche, comenzaron a decirse unos a otros: *¡Che! ¡Che! vámonos a tomar*

mate, y en efecto se fueron todos los *chés* a chupar la bombilla al derredor del abrigado brasero…



Vista del Puerto de Rosario de Santa Fe (1866).

Rosario, que era hace dos años una miserable ranchería, es hoy un pueblo de importancia en que todo reluce con aire de frescura, como si hubiera sido hecho ayer, y tiene, en efecto, un próximo y vasto porvenir desde que por la segregación de Buenos Aires ha venido a ser el principal puerto de la Confederación. La población está edificada con mucha regularidad, en tres calles paralelas, desde la barranca del río hacia la pampa, y no tendrá en el día menos de 20 manzanas de caseríos bien concluidos. Cuenta tres plazas y en la principal hay una pequeña y graciosa iglesia. Tiene una imprenta y un periódico titulado *La Confederación*; posee un teatro y una compañía dramática, muchos almacenes, algunos de los que son tan suntuosos como los de Buenos Aires, y cuenta además, según vimos, dos regulares hoteles, dos cafés montados, mitad a la gaucha y mitad a la francesa, una librería (donde encontré la *Historia del Chaco* por el padre Lozano, uno de esos raros

libros impresos por los jesuitas en su imprenta de Córdoba del Tucumán en el siglo pasado), una sastrería «civil y militar» y muchos talleres de artesanos, principalmente piamonteses. Rosario es como uno de esos lozanos retoños que brotan por entre la corteza podrida de un viejo tronco cuando el vigor de la savia ha tocado sus yertas raíces; es una ciudad que el soplo de libertad ha improvisado en unas cuantas horas, y en todas direcciones se veían las muestras de una creciente prosperidad. Se notaba en las calles una gran actividad para el acarreo de materiales de construcción y el transporte de mercaderías, y observé que se hacía en pequeños carretones de pértigo, el que era atado al *pehual* de un caballo y tirado con gran facilidad. En una gran plaza, a extramuros de la población, vi un mercado ambulante formado de carretas donde se vendía carne a 6 reales la arroba, o un cuartillo de real la libra, lo que no parecerá, sin embargo, muy barato en las puertas de la pampa. Entre los compradores, gauchos y gauchas, que sin apearse de sus caballos regateaban los costillares de carne, observé una figura más apagada, cuya gravedad y reposo contrastaban con la algazara de los otros grupos. No podía equivocarme: era un chileno; y en efecto: me dijo que había nacido en Coquimbo, de donde fuera con un patrón hasta Lima, por Salta y Bolivia. Iba vestido con chiripá que parecía más bien un disfraz, y en todos sus accesorios revelaba su origen trasandino. Nada es más fácil en la República Argentina que conocer a un chileno, cualquiera que sea su condición, pero principalmente al hombre de campo; hijo éste de las montañas, tiene cierto aplomo y pausa en su comporte, que el gaucho ambulante de los llanos no posee, ni en el carácter ni en la figura.

Rosario tiene en su aspecto mucho de esas ciudades improvisadas de los Estados Unidos, y es algo que consuela y que estimula, como una gran esperanza, el entrar a la pampa por tan bella portada. La mayoría de los habitantes son además colonos europeos, y como hubiera llegado en el vapor con nosotros el cónsul del Piamonte, veíamos flotar la cruz sarda en la puerta de casi todas las casas, lo que hacía parecer la ciudad como en día de fiesta. Se puede decir, en verdad, que es una colonia italiana fundada por los navegantes del río, esos sobrios y laboriosos genoveses en cuyas manos está como monopolizado todo el comercio del Plata. Todos

han construido aquí su mansión que abriga la familia mientras ellos navegan, o tienen su taller de activa operación. Entretanto, la mayoría de los hijos del país sigue la habitual rutina de las miserias de aldea. No conté menos de 65 personas en la sala de billar de la fonda de *La Rosa*, en la noche siguiente de nuestra llegada, que se entretenían con avidez viendo jugar a un famoso gandul tucumano que ganaba una docena de mesas sin *soltar el taco de las manos*…

Ninguno de los espectadores me pareció tener cara de extranjero…

Hay entre Mendoza y Rosario una línea de diligencias que bajo el nombre de *Mensajerías Nacionales* se ramifica también desde el pueblo de Patagones, a orillas del río Negro, hasta Salta, en los confines de Bolivia, recorriendo las más dilatadas distancias que una empresa de esta naturaleza pudiera establecer. La línea de Mendoza había sido planteada hacía sólo un año y en ocho viajes que tenía ejecutados había empleado 483 peones, con un gasto de 8.185 pesos y una entrada sólo de 5.842 pesos, porque el número de pasajeros había sido sólo de 84, que, aparte del equipaje, pagan de transporte 84 pesos. Nosotros hubiéramos querido utilizarla para hacer nuestro viaje, pero la *galera* o *mensajería* había partido la mañana misma del día de nuestra llegada…

B. VICUÑA MACKENNA.[46]

TRES ESTAMPAS DE SOLDADOS

1857-1858

En un país como la República Argentina, donde durante mucho tiempo cada gobernador de provincia se creyó con derecho a mantener un ejército, el buen porte militar, la indumentaria correcta, el uniforme, resultaban un imposible.

La guerrilla trae aparejada la disparidad de trajes y armas. En un solo punto coinciden todos los guerrilleros, y es en la gallardía y la destreza para manejar el caballo. Por lo demás, son muy desemejantes.

En el año 1858, el general Urquiza pasó revista a la caballería de la Confederación. Eran catorce mil hombres —y si ponemos de lado nuestras ideas europeas sobre uniformes militares— el conjunto presentaba, ciertamente, un magnífico aspecto. Los gauchos ricos de todas las provincias rivalizaban en elegancia. En los primeros rangos no se veían más que ponchos de colores lucientes, calzoncillos bordados, espuelas de plata cincelada; las riendas, los cabestros, los pretales de los caballos destellaban con las rosetas del precioso metal. Figuraba en la formación un *cordobés* que lucía un apero y riendas de oro, en los que había invertido diez mil pesos —cerca de cincuenta mil francos. Los caballos —sobre todo los de Entre Ríos— se distinguían por la viveza graciosa del andar y el lujo de los arreos.

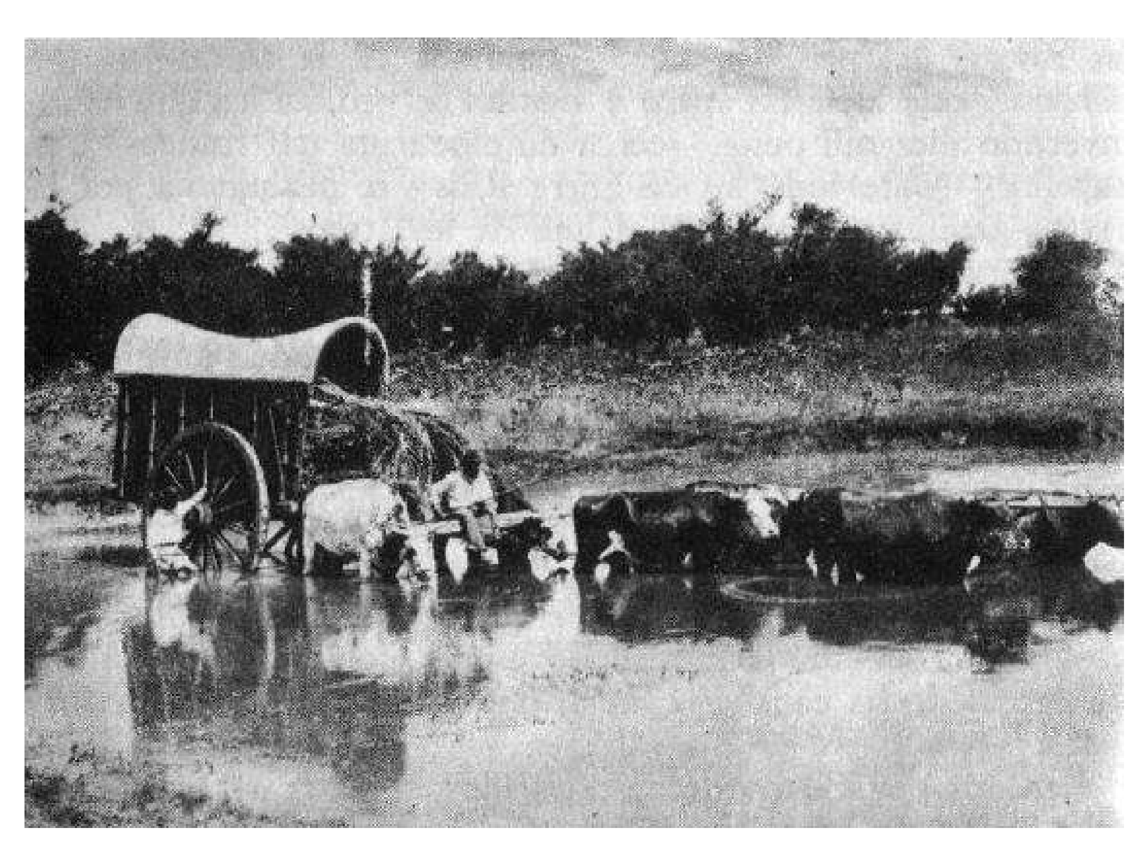
Las maniobras ejecutadas por las tropas resultaron admirables, tanto por la presteza y uniformidad de los movimientos como por el arte de manejar las cabalgaduras. Podéis imaginaros un circo inmenso, donde todos los *écuyers* tuvieran la destreza de Franconi, porque no son menos los criollos de las pampas.

La infantería casi no contaba para nada, y es que las grandes distancias, los malos caminos, la abundancia de caballos, hacían preferible la caballería. Sin embargo, algunos comandantes europeos de los fortines fronterizos, en el Chaco, han podido comprobar que la infantería, cuando espera con bayoneta calada las cargas de las caballería india, puede obtener grandes resultados.

Los indios auxiliares fueron revistados en cierta ocasión por el gobernador de Santa Fe, y presentaban un aspecto impresionante. Hubiéranse dicho las hordas de los confines de Asia que invadieron Europa en los primeros siglos de nuestra era. Allí no se veían sino bonetes hechos con cabezas de tigre y de lobos, largas cabelleras flotantes, lanzas muy largas, capotes fabricados con pieles de animales salvajes, boleadoras y lazos. Los caballos, flacos, pequeños, de crines enmarañadas, eran prontos y dóciles. La apariencia siniestra de los indios, sus ojos de un

negro azabache, sus rostros lampiños y semiocultos entre mechones de cabellos negros y cerdosos, la extrema soltura de las actitudes, el sello intenso de barbarie que ostentaban esos hijos del desierto, formaban un cuadro de imborrable impresión.

Encontrándonos en Buenos Aires, en 1857, asistimos a la partida de un general que salía de viaje al sur, para ponerse al frente de una expedición contra los indios *puelches* y otros. El carruaje del general era uno de esos grandes armatostes, llamados *galeras* en el país, especies de ómnibus, que tienen algo de la antigua carroza, montados sobre cuatro ruedas enormes. Lo único bueno que tiene el tal vehículo es que, alzado de esa suerte, puede pasar sin inconvenientes los vados de los ríos y los innumerables pantanos de la campaña. Estaban enganchados a este carruaje seis u ocho caballos, que tiraban de lado, sin pecheras, con sogas o trenzas de cuero crudo sujetas a las cinchas, y los montaban otros tantos gauchos que se cubrían la cabeza con ese gorro muy alto y puntiagudo, rojo o azul, que distingue a los vigilantes, siempre culpables de algún pecadillo que los obliga al servicio militar.



Campaña de Buenos Aires. Carreta cruzando una laguna.

En torno del carruaje bullía numerosa escolta de jinetes, vestidos unos con blusas de lana colorada y pantalón de lo mismo, otros con trajes de colores abigarrados, aquí se veía un gorro de policía, más allá un kepí, más lejos un sombrero de Panamá, y como defensa todas las armas posibles: lazos, boleadoras, facones, lanzas, sables turcos, carabinas de caza, mosquetones, trabucos naranjeros, pistolas, revólveres, *etc.* En medio de esta reunión, que semejaba una banda de *condottieri* más que otra cosa, y que hubiera podido servir de modelo para un cuadro de Salvador Rosa o de Horacio Vernet, brillaba el estado mayor del general, compuesto de oficiales jóvenes, de gallarda presencia y vestidos con uniformes europeos muy elegantes.

Era una vez más ese contraste sorprendente y punzante del estado primitivo, abandonado a sí mismo, y el comienzo de una civilización más avanzada.

CARLOS BECK-BERNARD.[47]

(Trad. de J. L. B).

INDUSTRIAS REGIONALES

(SANTA FE, 1857)

Es de notarse que entre la mayoría de los pueblos primitivos, las industrias familiares de primera necesidad, como la hilandería, el tejido, el teñido de las telas, la alfarería, la fabricación de aceite, de velas, de jabón, son desempeñadas por las mujeres. En Santa Fe mismo, las grandes tinajas de tierra cocida, destinadas a refrescar el agua, se deben a la pericia de las mujeres indias. Una de estas indias entra en el patio de la casa donde han sido requeridos sus servicios, llevando sobre la cabeza una especie de cajón —hecho con cuero de potro plegado y secado— lleno de esa arcilla roja que se encuentra de ordinario bajo la primera capa de tierra negra. Este barro, que la mujer ha batido previamente con los pies, se convierte, bajo sus manos, en una sustancia muy blanda y manejable.

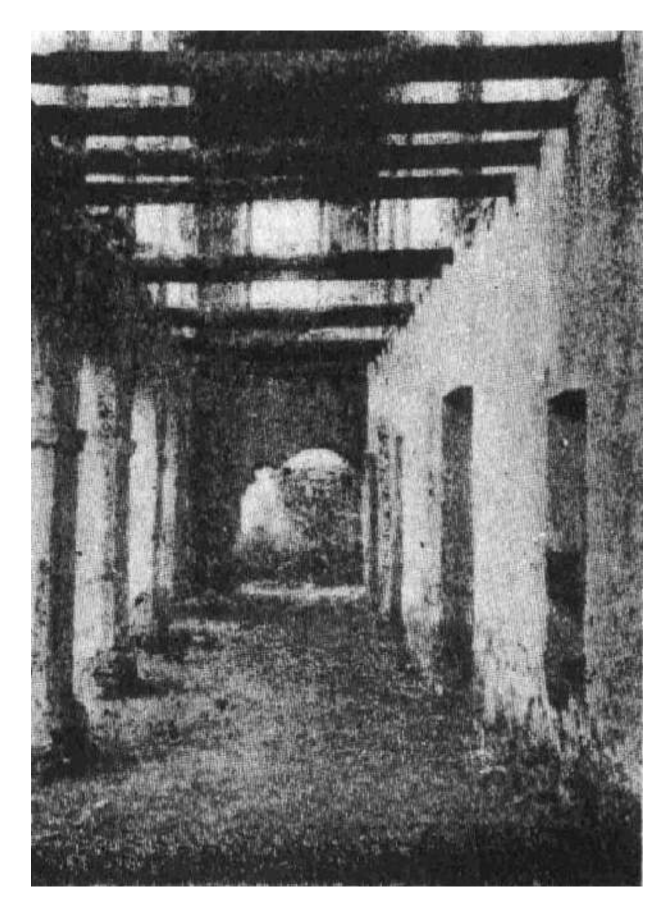
La india pide un plato de loza o de estaño que le permita cortar con seguridad una base redonda y regular. Hecho esto, amasa largos rollos de barro que va superponiendo en tomo de la circunferencia, cuidando de estrecharlos o ensancharlos según el tamaño y la forma que quiere dar a los flancos redondeados de la vasija. Valiéndose de un cuchillo para la parte exterior y de la mano para la interior, aplana las partes salientes de los rollos hasta formar una superficie rasa y pulida. Terminada la fabricación, construye, con adobes, un horno que recubre la tinaja, y amontona en el interior del hueco de arcilla, leña y carbón, para quemar luego el cacharro, en el suelo. Los mejores y más durables de los utensilios se fabrican por este procedimiento primitivo, que, según se dice, es el mismo que emplean los pueblos del Cáucaso.



Emisión del Banco de la Provincia de Buenos Aires. Ley 22 de octubre de 1866.

La lana, una vez lavada e hilada en el huso, se dispone en madejas, y el teñido se hace por medio de plantas colorantes que la pampa proporciona abundantemente. Una raíz sarmentosa, recogida en las márgenes de los ríos y arroyos, produce un color rojo magnífico; la cáscara de granada produce el color negro; el índigo el azul, y un grano muy abundante en el campo, el amarillo. El alumbre, que se encuentra en la comarca, sirve para fijar los colores, y una vez todo listo, las mujeres ponen manos a la obra, tejiendo frazadas, ponchos y fajas, que resisten, por la solidez de sus tejidos y de sus colores, al viento, la lluvia y al sol quemante del desierto.

Los instrumentos de que se sirven las mujeres para tejer no pueden ser más sencillos: son pedazos de caña plantados en el suelo y dispuestos de manera que puedan soportar la trama. Cuando ha pasado la lanzadera a través de la urdimbre, hacen correr el hilado valiéndose de un peine pequeño, hecho también con un trozo de caña de bambú; luego hacen oscilar la trama por medio de una báscula, y recomienza la operación. Un poncho, una frazada, exigen varios meses de trabajo, pero duran toda la vida.



Ruinas del edificio del primer ingenio de Tucumán.

Las mujeres indias bordan también, con lana de colores, almohadones de cuero, y proceden con el algodón como con la lana, tejiendo ponchos de verano, servilletas y sábanas que no son inferiores a ninguna otra tela en cuanto a duración y solidez. Preparan asimismo tapices para sillas de montar, hechos de cueros de avestruz con todas sus plumas, a manera de extravagantes adornos.

Tanto los indios como los criollos emplean la ceniza de una saponaria, que abunda mucho en las pampas, para hacer jabón, mezclándola con el aceite extraído de la grasa de potro. Es un jabón nauseabundo, pero excelente para quitar las manchas y blanquear la ropa.

Una de las principales industrias de los indios consiste en la preparación de pieles de animales que matan en sus cacerías; pero esta preparación se hace generalmente con muy poca inteligencia. Recuerdo que reían de muy buena gana unos indios cazadores, cierta vez que yo les aconsejaba no cortar el hocico y las patas del animal como ellos hacen en

esa faena. Sea como fuere, los cueros de jaguar, de nutria, de gama y las plumas de avestruz, sirven a estos indios para efectuar una especie de comercio de cambio, en el cual figura, desgraciadamente, con demasiada frecuencia, la *bebida blanca* o aguardiente.

En Santa Fe, las mujeres criollas ejecutan, en bordados y puntos de aguja, labores que son maravillas de habilidad y de paciencia. Uno de los grandes lujos del país consiste en adornar toda la ropa blanca con blondas y entredós, los más bonitos que puedan imaginarse.

Las mulatas, negras y mestizas criollas, cosen con rara perfección y despliegan mucho arte en todas las labores de mano.

También son las mujeres las que hacen el pan y amasan esos panes llamados *criollos*, mezcla de harina y grasa de vaca, y las tortas recubiertas de una capa de almíbar. Estos panes —que sólo son sabrosos calientes— se apilan en una caja de cuero y se ofrecen a la venta todas las mañanas, de puerta en puerta, por alguna garrida moza de color bronceado. Antiguamente no se conocía otro pan en Santa Fe; ahora hay algunos panaderos europeos que desempeñan muy bien su oficio.

También se deben a la industria femenina esas magníficas frutas confitadas que se expiden a Buenos Aires y hasta al Brasil. La mermelada seca de naranjas, de limones, damascos y duraznos, o bien estas mismas frutas enteras, se colocan en pequeñas cajas adornadas con papel blanco y así se ponen a la venta. Lo mismo se hace con una especie de azúcar aliñada con leche, y con un dulce de calabazas, usado mucho en la preparación de alfajores.

El almidón, la harina de mandioca, las velas de sebo, los cirios de cera, son también de industria femenina. Los cirios se logran sin molde, y la mujer que los fabrica deja correr la cera líquida —con mucha mezcla de sebo porque la cera es cara— a lo largo del pabilo, que mantiene suspendido sobre un caldero. La fabricación de los cigarros también es rama importante de la industria de las mujeres. Una de las industrias mejor representadas entre los criollos es la orfebrería. Las piezas de plata, pesadas, macizas, guarnecidas con dibujos en relieve de mucho bulto, se trabajan a martillo, tal como se hacía en Europa dos o tres siglos atrás. Antiguamente, en las casas de familias ricas, eran de plata las fuentes, los

vasos, los platos, los aguamaniles y hasta las marmitas y los utensilios de cocina.



Rosario de Santa Fe. Calle lateral de la Plaza Mayor. Iglesia y Policía (1886).

Todavía existen familias venidas a menos, que viven de la venta sucesiva de los restos de un pasado esplendor. Hoy este lujo —no muy común— ha quedado reducido, generalmente, al mate y al apero del caballo, cuyas riendas, cabestros y pretales relumbran con las rosetas de plata cincelada. Los estribos, muy macizos, representan invariablemente una corona invertida. Explican este adorno, tomado de los moros, por la costumbre que éstos tenían de suspender a los estribos, en señal de desprecio, las coronas que los caballeros cristianos prisioneros llevaban en las cimeras de sus cascos.

Las espuelas, enormes, ruedan por el suelo con el ruido de un sable de caballería; son también de plata labrada y pesan por lo menos una libra cada una. Lo mismo puede decirse del cabo que ponen a esas fuertes lonjas de cuero que hacen las veces de fusta y que llaman *rebenque* en el país. Las prendas de montar nos llevan a ocuparnos del arte de trenzar el cuero,

en que con tanta frecuencia se pone de manifiesto la pericia de los gauchos.

El hábil *trenzador*, sin otro instrumento que su cuchillo, corta tirillas de cuero, delgadas como hilo torzal, y al modo que proceden entre nosotros los que hacen tejidos de cabellos, él trabaja con tientos muy finos, unas trenzas complicadas, de mucha solidez y muy bonitas. Hace riendas, cabestros, cabos de rebenque, adornados después por el platero con rosetas brillantes y anillos de plata.

Las filigranas de oro —sobre todo los pendientes que adornan con topacios y amatistas del Perú— son labores muy bien trabajadas y de bonito efecto.

Llama la atención el gran papel que desempeña el cuero en todas las industrias. Los niños criollos, indios o mestizos, duermen en unas pequeñas hamacas de cuero en forma de cajón, que se suspenden a las vigas del techo con tiras también de cuero. El albañil, para transportar la argamasa y la cal, usa una especie de batea de cuero, y son igualmente de cuero las canastas en que las lindas mozas pardas o mulatas llevan sobre la cabeza limones, naranjas o tortas criollas. Los muchachos panaderos distribuyen el pan en dos grandes tambores de cuero, suspendidos a los costados de la muía o del caballo; se sientan entre los dos sacos, a mujeriegas, casi sobre el pescuezo del animal.

CARLOS BECK-BERNARD.
(Trad. de J. L. B).

URQUIZA OTORGA LA LIBERTAD A LOS ESCLAVOS

1853

No, podían ocultársele al general Urquiza las dificultades que ofrecía la manumisión de los esclavos restantes, y se propuso dar un corte definitivo a la cuestión, perjudicando gravemente a los propietarios, fue así que ordenó la reunión de todos los esclavos en el Cabildo de Santa Fe, haciendo entregar a cada uno su acta de liberación con un pasaporte que le permitía embarcarse de inmediato en cualesquiera de los navíos anclados en el puerto… Tal medida tuvo el carácter de un «sálvese quien pueda», general. Dama hubo, propietaria hasta esa mañana de treinta o cuarenta sirvientes, que se vió obligada por la noche a trabajar ella misma en la cocina para prepararse el sustento, y se dió el caso de algún estanciero en cuyas chacras trabajaban hasta cien esclavos, que se encontró solo y abandonado por sus peones, de un momento a otro. En pocas semanas los ganados invadieron los sembrados y arrasaron las plantaciones. Los propietarios abandonaron entonces las estancias y campos cercanos a la ciudad y los indios se aprovecharon para dar buena cuenta de todo. Huelga decir que los esclavos viejos, cojos o inválidos no pensaron en acogerse a la libertad que les brindaba el general Urquiza. Permanecieron junto a sus amos y fueron amparados y cuidados por ellos hasta la muerte, como lo hemos visto con nuestros propios ojos en casa de algunas familias amigas. También se dieron casos impresionantes de afección y recíprocos sacrificios. Así, doña Carmelita L…, hija de un caballero que se vió arruinado por las guerras civiles y por la primera manumisión de esclavos, no tenía sino una esclava cuando se produjo la resolución de Urquiza. Esta esclava abandonó a su ama dejándole dos hijos muy pequeños, un varón y una niña. Para doña Carmelita, señora entrada en años y de salud quebrantada, la madre esclava significaba una ayuda y los pequeños una carga. Sin embargo, se encargó de la crianza de estos últimos, sin una queja, solícitamente, maternalmente, costeando el mantenimiento de las criaturas con labores de aguja que hacía vender en la ciudad. Algunos años más tarde, doña Carmelita, ya vieja y afectada por una grave dolencia, fué cuidada con la mayor fidelidad por los dos hijos de su antigua esclava. La muchacha, Melitona, mulata blanca de una rara belleza, trabajaba de planchadora y su hermano de carpintero. Ambos llamaban *El Ama* a doña Carmelita, y hasta el fin de sus días la rodearon de los más tiernos

cuidados. En esas circunstancias conocimos nosotros a esas tres personas, unidas por lazos de cariño y abnegación, como consecuencia de los extraordinarios sucesos a que me he referido. Hubo otros esclavos que dejaron a sus amos y volvieron atormentados por los remordimientos algún tiempo después; entre esos arrepentidos se contaban mujeres que reaparecieron en casa de sus antiguos dueños al cabo de cinco o seis años con tres o cuatro rapaces, pidiendo ser reintegradas en la familia y protestando que las habían abandonado sus maridos. Para los que fueron sus amos, ahora empobrecidos o en situación no muy holgada, tal admisión constituía una carga, pero la aceptaron con el buen corazón y el espíritu generoso, innatos en las poblaciones de raza española.



Lavanderas en los pozos a orillas del río. Buenos Aires, 1891.

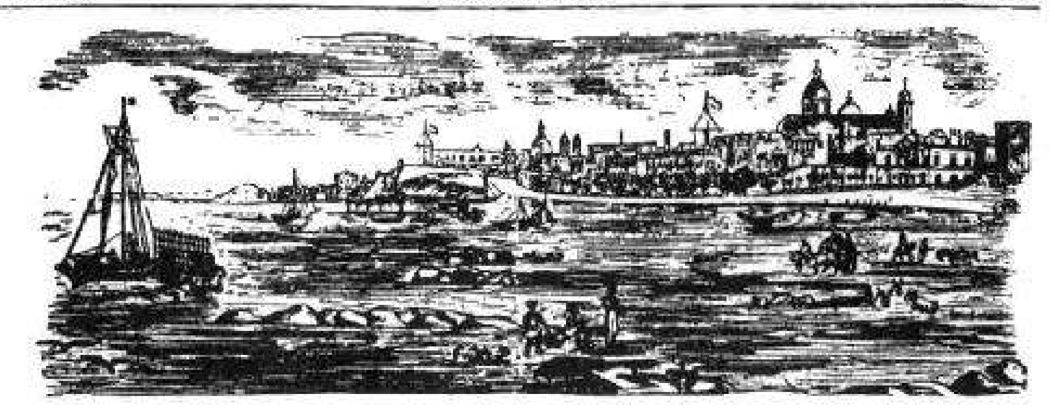
Para la mayoría de las familias, la liberación de los negros ha significado una completa ruina, agravada frecuentemente por la coincidencia de la vejez y de las enfermedades. Conocemos varias personas ancianas y de noble ascendencia, que viven recluidas en sus casas

antiguas, muy señoriales, pero ruinosas. Nunca se quejan y sobrellevan su pobreza con una resignación llena de dignidad. Hasta ahora han podido subsistir vendiendo, una tras otra, sus lindas joyas antiguas, pero el día que se desprendan de la última perla y del último brillante para comprar el pan cotidiano, estas gentes, que no han obtenido compensación alguna por los sacrificios exigidos, se encontrarán en la más completa miseria.

Es el caso de decir, también, que la esclavitud en estos países, no revistió nunca los caracteres de dureza y crueldad que ofrece en los Estados Unidos. Los españoles han sido siempre buenos amos, muy diferentes a los portugueses, sus vecinos en el viejo y nuevo mundo. La raza americana-española sabe conciliar el orgullo, la dignidad personal, con una bondad llena de sencillez, de generosidad, de compasión, amén de ciertas costumbres igualitarias con los inferiores.

LINA BECK-BERNARD.[48]

NÚM. 1. 11 DE SETIEMBRE. AÑO 1853.



LA ILUSTRACION ARGENTINA

SEMANARIO CRÍTICO Y LITERARIO.

En Buenos Aires, [illegible] — [illegible] — En las Provincias y [illegible]

SALUDOS.

Al emprender la publicacion de un periódico literario, nos complacemos y llenamos al mismo tiempo un deber, saludando á los diarios que actualmente ven la luz pública bajo la direccion de ilustrados redactores.

El «Nacional» es el primero á quien nos dirigimos por respetos á su antigüedad y á los servicios que ha prestado á la causa del pueblo en las horas [illegible]; su jóven redactor, el Sr. Rodrigo, ha merecido bien de la Patria por la prontitud y lucidez con que ha ventilado las mas árduas cuestiones de política y comercio.

Salud, al que ha sabido manejar la pluma mojada en las tintas del patriotismo, y combatir con el pensamiento escrito las tendencias retrógradas de los anarquistas y de los caudillos. ¡Salud al que ha vengado, dia á dia, ante el tribunal de la opinion pública, los ataques de la barbarie contra la civilizacion, de los malos contra los buenos ciudadanos!

Gracias le sean dadas en nombre de la libertad.

Gracias le sean dadas en nombre de los vencedores por la ley y por la fuerza.

El «British Paket,» aunque escrito en idioma extraño y mas especialmente consagrado al fomento de los intereses británicos, es digno de la estimacion y de la gratitud de los hijos de esta tierra, por que ha sabido sostener hermanados nuestros derechos y los de los extrangeros, ambos amenazados por una rebelion, que fué tan favorecida por las representaciones de varias naciones amigas.

Saludamos á su ilustrado Redactor.

«La Tribuna» que ha emprendido, hace poco, la carrera del periodismo, es todavía una esperanza falaz, pero una esperanza muy rica de porvenir; las tendencias progresistas que manifiesta, la hacen acreedora de todas las simpatías, como que es un órgano fiel de la opinion pública. Nosotros nos felicitamos de tener ocasion de saludar á su Redactor, y principalmente á sus jóvenes colaboradores á quienes consagramos una amistad tan firme como pura.

El recien nacido «Commerce,» escrito en francés y redactado por el Sr. Quentin, nuestro amigo, tan amante del progreso como instruido, se merece tambien nuestras mas cordiales salutaciones.

"Los Debates," nuevo campeon que se lanza á la arena con los gratos recuerdos del nombre que lleva, ha contraido el compromiso de ser un firme defensor de los derechos del pueblo, y una fuerte palanca para levantar nuestro edificio social tan destruido por las guerras civiles.

Esperamos que sabrá llevar su mision, y saludamos á sus Redactores!

La "Prensa" redactada por el abogado recto y profundo, D. Carlos Tejedor, debe aparecer en estos dias: [illegible] con la mayor [illegible].

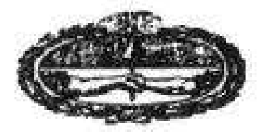
Salud, pues, á vosotros, órganos de la política y del comercio de la provincia de Buenos Aires! Nosotros que aspiramos á la gloria de llevar adelante la publicacion de un periódico literario, esperamos que seremos auxiliados y apoyados por vosotros en el empeño con que queremos ver coronado nuestro intento.

La Ilustracion Argentina es una barquilla enteramente nueva que se lanza al siempre proceloso mar del periodismo, con la bandera de la «esperanza» y la [illegible] de la «libertad del pensamiento,» si su capitan es [illegible] en las maniobras, y [illegible] por la experiencia, no todos los pilotos [illegible] á su timon son experimentados, y algunos son verdaderamente [illegible]: para estos pedimos la benevolencia del público, y el auxilio poderoso de nuestros colegas, quienes ya conocedores de los escollos y de las tormentas, nos salvarán del naufragio, si nuestra barquilla se vá á fondo en medio del Océano ó se despedaza contra las rocas del puerto deseado.

El viage que emprendemos no se limita á los mares de la política y del comercio, en los que confesamos, de buen grado, que son tan prácticos como osados: nosotros intentamos hacer un viage al rededor del mundo para estudiar los hábitos, las costumbres, los trages, las modas, etc. en todos los climas y bajo todas las latitudes.

Unas veces navegando sobre los hielos de los polos, y otras ardiendo bajo el fuego de los trópicos, buscaremos en todas partes algo de nuevo, algo de original para ofrecerlo al público de nuestra Patria en las columnas de este Semanario.

M. A. M.



11. DE SETIEMBRE.

BUENOS AIRES

[illegible]

P. Huergo.

I.

Un dia se despertó el pueblo de Buenos Aires entre el estampido del cañon y los crueles gemidos del moribundo, la polvadera densa y ensangrentada del combate, penetrando en la hermosa ciudad, y el horrible tronar de los cañones, trajo la noticia á la poblacion consternada, de que á sus puertas se desenvolvia un grande drama; uno de esos pasmosos sucesos que deben decidir del porvenir de los pueblos, porque están estrañamente enlazados á su existencia futura.

Buenos Aires, receptáculo bello de tantas glorias y cuna de la libertad y del heroismo en la América del Sud, habíase adormecido 23 años bajo el duro y pesado yugo de la tiranía, doblando ante la voluntad férrea de un hombre que el acaso habia colocado á la cabeza de sus destinos, todo su grande poder y sus nobilísimos antecedentes, conquistados con tanta abnegacion en cien combates gloriosos; y al oir tronar en sus puertas nuevamente, los cañonazos de otra batalla en que se jugaba á la suerte azarosa de las armas, todo su porvenir, sus tradiciones y sus glorias, sentíase estremecer bajo la presion dolorosa de mil contrarios presentimientos. Cada una de aquellas explosiones, eran nuevas engendradoras de un cúmulo de dudas ó de esperanzas, segun el prisma con que miraba cada individuo el fin de ese sangriento drama, por que todos comprendian que allí se jugaba nada menos que la vida ó la muerte de uno de los dos partidos políticos que por tanto tiempo habian dividido y ensangrentado inútilmente la República, ó diremos mas propiamente se jugaba la vida ó la muerte de la libertad en nuestra patria. Así se creyó, por lo menos, cuando se oyeron sonar los cañonazos de Caseros.

← Semanario que, bajo la dirección de Palemón Huergo, se publicó en Buenos Aires en 1853.

EL 25 DE MAYO EN SANTA FE

UN BAILE EN EL CABILDO
1858

El 25 de Mayo, aniversario de la emancipación argentina, es celebrado todos los años con fiestas, bailes y regocijos de toda especie. Por la mañana, las calles amanecen empavesadas con gallardetes multicolores y una profusión de banderolas agitadas, pabellones e insignias nacionales y provinciales, cubre los balcones del Cabildo.

En las casas particulares, enarbolan también la bandera argentina y las calles presentan así el más alegre aspecto. Repican las campanas en las iglesias, durante todo el día, con espantosa batahola, y a esto se añade el estampido de las salvas de artillería y el estrépito de los cohetes y camaretas que suenan por todas partes.

Por la mañana, es la revista de la *Guardia Nacional*, con música a la cabeza y bandera desplegada. Esta *Guardia Nacional*, muy mal equipada, dicho sea de paso, no tiene apenas noción de las maniobras a la europea que en vano han tratado de introducir algunos oficiales de Garibaldi.

—Al hombro, armas —ordenan, y ninguno está muy seguro de lo que debe hacer.

—Fuego… —Éste es el momento más crítico. Los caños de los fusiles adoptan las posiciones más variadas, menos la conveniente.

—Fuego… —repite el oficial, y los soldados ladean la cabeza y tiran a la buena de Dios.

Alguna baqueta, olvidada en un fusil, silba por ahí entre las ramas, o da contra los árboles de la plaza. Acontece también, aunque muy raramente, que un distraído guardia nacional, limpiando su fusil, ha olvidado colocar un tornillo, y al hacer fuego en la parada se queda con la culata en la mano mientras el caño del arma salta a la distancia. Pero éstas son cosas sin importancia que a nadie llaman la atención.

En la tarde del 25 de Mayo, el reñidero de gallos y las carreras de caballos se ven más concurridos que de costumbre. Por la noche, hay baile en el Cabildo. Hemos sido invitados y nos presentamos a las diez. No ha

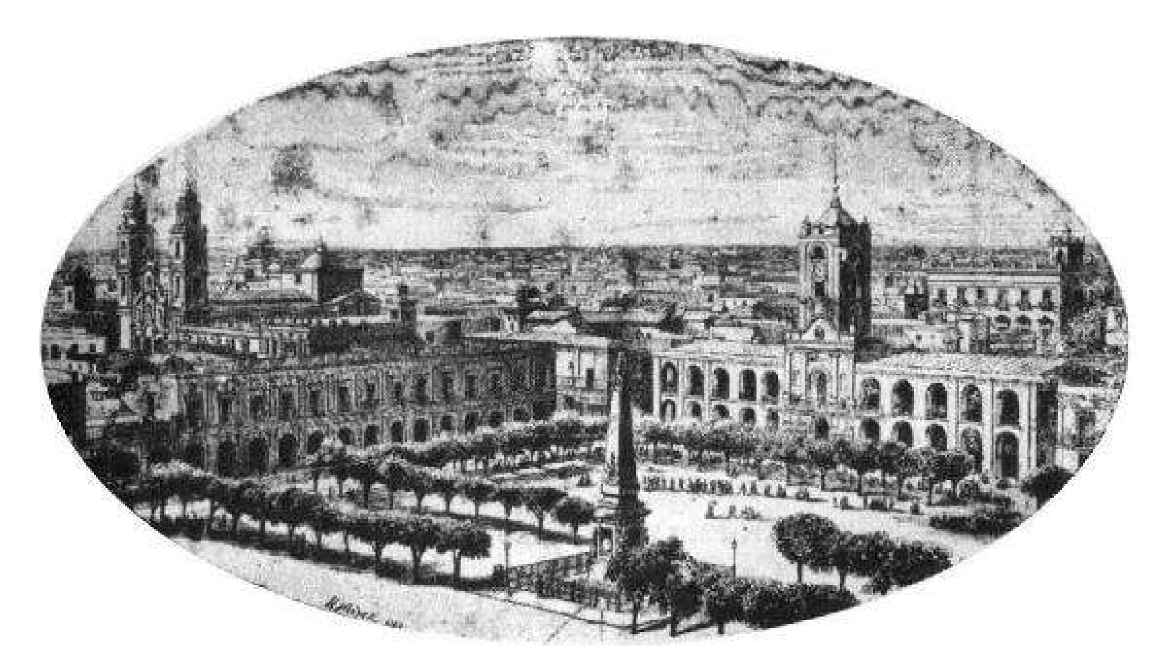
llegado nadie todavía. La sala es muy hermosa, ricamente amueblada, iluminada con esplendidez. Las grandes puertas que dan a la galería exterior se hallan abiertas y mantienen fresco el recinto. A las once comienzan a llegar los invitados. Vemos entrar, por grupos, a las niñas conocidas de la ciudad, acompañadas de sus madres, relativamente jóvenes casi siempre, y de bellos rasgos, pero que traicionan ya su edad por sus gestos y actitudes. Las hijas, con raras excepciones, son en extremo bonitas y confirman sobradamente la reputación de belleza de que gozan estas razas criollo-españolas. Sus maneras y aposturas son muy graciosas, tienen ojos aterciopelados, pestañas y cejas extraordinarias, cabellos abundosos y brillantes que adornan con flores y perlas y peinan primorosamente. Añadid a todo esto la nobleza de las facciones y un porte señoril, lo que antes llamaban en Francia *un grand air*. Este porte, por lo demás, lo encontraréis en casi todas las mujeres del país, ya sean grandes señoras o pobres vendedoras de naranjas.

El baile se anima; empiezan a danzar; la música es detestable; poco a poco la concurrencia se hace excesiva porque no están solamente los invitados, sino cantidad de curiosos que llenan las galerías e invaden los corredores interiores y escaleras, venciendo la consigna de los soldados que guardan la puerta. Estos guardianes —según me cuentan— dejan pasar indebidamente a sus familiares, madres, hermanos, primas, amigas, con sus críos, rapaces y perros porque todos quieren ver el baile. Y a fe que lo ven muy bien. En cada ventana, en cada puerta, se levanta una verdadera pirámide de cabezas cuyas miradas van de un lado a otro de la sala. Las criaturas más pequeñas se sientan en el suelo con los perros, detrás se paran los chicuelos mayores, luego las madres, las hijas y más atrás los padres con todos «los conocidos, primos y amigos» que han logrado violar la consigna. Un perrito, que ha querido gozar de más cerca los esplendores del baile, avanza en el salón y se encuentra de pronto en medio de un minué. Los danzantes van y vienen, gravemente, con muchas ceremonias y reverencias, cerrando el paso al animal, que quiere retirarse a toda costa y se pone a ladrar desesperado, hasta que uno de aquellos pilluelos de la pirámide se arrastra a cuatro pies sobre la alfombra, entre los miriñaques de las damas y los fraques de los caballeros, se apodera del perro y lo

arroja sin cumplidos por sobre las cabezas de los espectadores que llenan la puerta.

Me han ofrecido asiento junto a doña Mercedes de L., mujer todavía llena de atractivos. Una hija suya, de quince años de edad, figura entre las niñas más bonitas del baile. Hacemos comentarios sobre la fiesta, cuando de pronto me sorprende el llanto de un niño de pecho, detrás de nosotros. Me vuelvo y veo a una india, con la criatura envuelta en el chal y acostada sobre el hombro, según costumbre del país. Es una mujer de color bronceado, de semblante triste, con la boca entreabierta, los dientes muy blancos, mustia la mirada y los cabellos rudos y lacios como crines. Una manta burda la envuelve a guisa de falda y se mantiene muy derecha y arrogante detrás de doña Mercedes que viste de brocado y encajes, cubierta de perlas y brillantes. El contraste, tan nuevo para mí, me impresionó a un punto difícil de explicar. Era el lujo de la civilización junto a la barbarie, tal como Santa Fe a las puertas del Chaco. Ambas mujeres personificaban de manera sorprendente dos razas que se mantienen enemigas después de trescientos años y que lo serán siempre, como los pueblos desposeídos frente a sus invasores.

Se sirvieron refrescos a los concurrentes, pero solamente los jóvenes los tomaban. Las damas de alguna edad preferían la verba, que circulaba en elegantes mates de plata. Vamos conociendo, entre la cantidad de invitados, a las personas más distinguidas de la ciudad y a familias ilustres por sus sacrificios y su patriotismo, como los Cullen, los López, los Gutiérrez y otras. Nos presentan a don Juan Francisco Seguí, hombre joven aún, dotado de extraordinarias facultades, de arrebatadora elocuencia y talentos literarios nada comunes. Su traducción de algunas poesías de Lamartine, merece citarse entre las mejores.



Plaza de la Victoria.

A las dos, abandonamos el baile, todavía muy animado. Volvemos a casa en una noche magnífica, de un cielo azul sombrío. Las estrellas, muy brillantes, parecen traspasar el aire con destellos dorados. Fulguran constelaciones desconocidas para nosotros, como esa magnífica Cruz del Sur, que Colón y sus compañeros saludaron con un entusiasmo casi místico. Flota en el aire el aroma de las naranjas maduras, más dulce aún que el de los azahares que cubren los árboles. Se oye, muy lejos, mezclado a la música de la fiesta, el rumor de las aguas del río. Ladran de continuo los perros, contestándose de un barrio a otro de la ciudad; cantan los gallos y hacen oír su chirrido estridente los buhos y las lechuzas en la torre de la Merced.

Dos horas más tarde oímos pasar frente a nuestra casa las damas de la fiesta acompañadas de sus caballeros. El baile ha terminado.

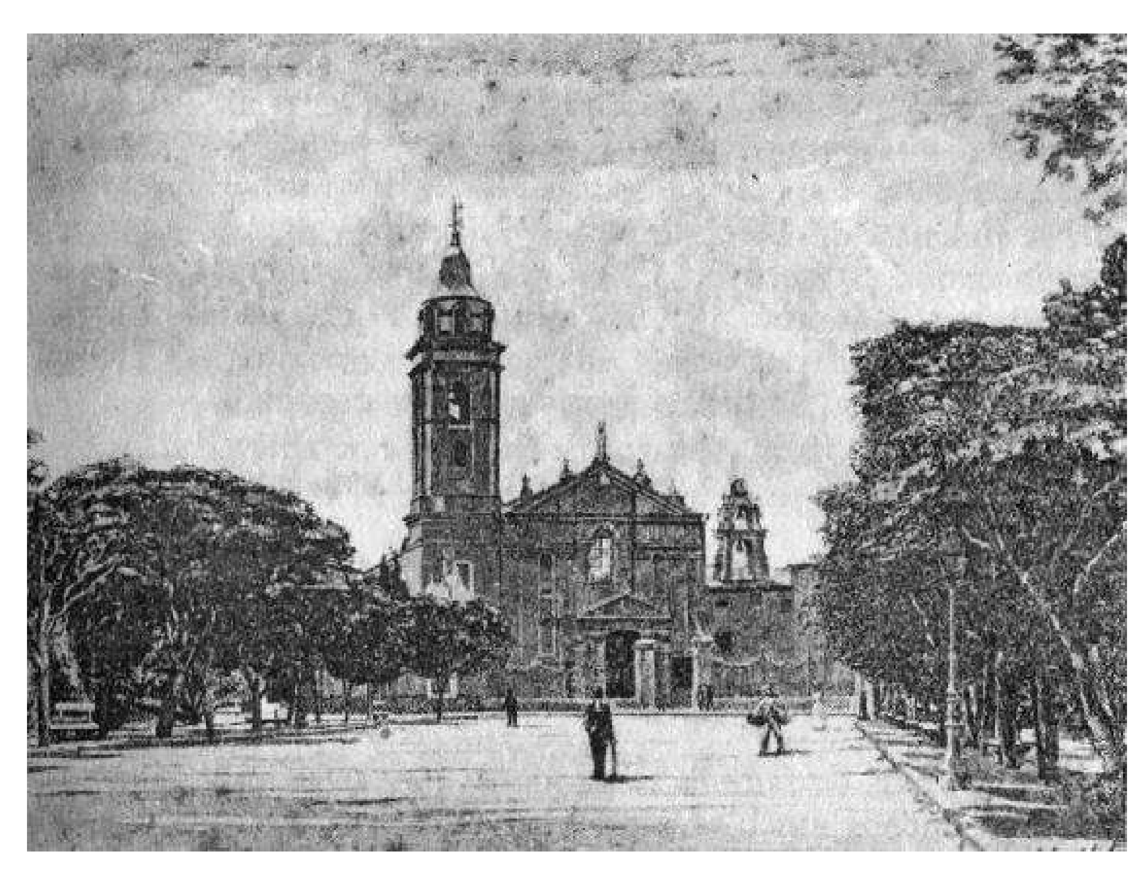
LINA BECK-BERNARD.

SANTA FE DESDE LA AZOTEA

1858

La casa que ocupamos es muy amplia y dispuesta al modo oriental como lo son las casas antiguas de este país, que conservan los usos y costumbres de Andalucía. Tiene pocas aberturas al exterior y más puertas que ventanas. La entrada principal o zaguán conduce al primer patio, a cuyo alrededor se abren las puertas y ventanas de nuestras habitaciones. Un hermoso parral, formado de cuatro cepas, una de las cuales tiene el grueso de un árbol mediano, da sombra muy grata sobre las baldosas rojas del patio. Porque aquí no se usa la piedra como en Buenos Aires. Los techos son de azotea.

Encima de la puerta de entrada hay, como en muchas casas de Oriente, una pieza única, llamada *altillo*, con un balcón a la calle, que llaman mirador. Desde el *mirador* la vista es en extremo atrayente. Dominamos la Plaza Mayor con sus dos grandes iglesias y el Cabildo o Ayuntamiento, vasto edificio de terrazas con galerías y pórticos abiertos. Las calles rectas dejan ver, a trechos, los naranjales, limoneros y durazneros de las huertas. Hermosas palmeras agitan sus elegantes penachos por encima de los naranjos. Puede verse también el convento de San Francisco, el de Santo Domingo, cuya inmensa iglesia inacabada, levanta muy alto sus lienzos de pared, modernos, pero va derruidos en parte. Hacia el oeste, el río Salado o Juramento ciñe la ciudad con sus aguas de un azul pálido. Más allá del río, se confunde con el horizonte la línea verde y ondulada de los bosques. Es el Chaco, con sus inmensas soledades, sus selvas, sus pampas y sus indios. Mirando hacia el oriente, vemos los barcos del puerto de Santa Fe y las islas cubiertas de vegetación que separan al puerto del río Paraná. En lontananza, las barrancas de Entre Ríos y la ciudad de Paraná con sus caseríos blancos entre jardines y bosquecillos. En lo alto del Cabildo flamea la bandera azul y blanca de la Confederación Argentina. La atmósfera transparente, la luz admirable y el cielo de un azul espléndido, dan a los objetos un aspecto lúcido y dorado, destacándolos con relieve incomparable.



La Iglesia de la Recoleta. Buenos Aires (1889).

Las escenas en los patios de las casas vecinas forman la parte más original de nuestro cuadro. De un aljibe, que ocupa el centro de un patio, sacan agua y llenan sus tinajas algunas mozas pardas y mulatas. Llevan en la cabeza un chal de colores muy vivos con el que se arrebozan graciosamente. Otras pisan maíz en grandes morteros hechos en troncos de algarrobos. Este maíz lo dedican a la mazamorra, plato favorito de la región que cocinan en una olla puesta sobre dos ladrillos. La olla, con una o dos cacerolas de cobre, un cuchillo y algunas conchas de nácar, que hacen de cucharones, componen todo el ajuar culinario. La cocina misma está constituida a menudo por un cobertizo de cañas o palmas sostenido por macizos pilares. Una cocina cerrada, con puertas y ventanas, es lujo inusitado y no ofrece muchos atractivos con sus paredes ahumadas y cubiertas de hollín. En el patio más próximo varios niños juegan bajo los naranjos y hacen caer las frutas doradas que cuelgan de las ramas en profusión. Algo más lejos, una criolla muy elegante ha colgado un espejito de un pilar y alisa y adereza sus abundantes cabellos con gracia muy

española. Algunas mujeres viejas, sentadas bajo un corredor, lían hojas de tabaco sobre sus rodillas, hacen con ellas enormes cigarros y se ponen a fumar. A pocos pasos una indiecita, sentada en cuclillas, pone a hervir agua en una pava y tiene en su mano, preparado, un mate de plata. Espera que hierva el agua para cebarlo y servirlo a las fumadoras. Bajo el mismo corredor, algunas jovencitas bordan y hacen encajes. Es en realidad su principal ocupación porque son de inteligencia muy poco cultivada. El buen *Chrysale* se hallaría muy a sus anchas en este país. También entre los jóvenes se descuida mucho la instrucción.

LINA BECK-BERNARD.

INTERIORES SANTAFECINOS

1858-1860

En las casas de familia acomodadas hay salas muy bien puestas, con buenos muebles y también dormitorios elegantes, generalmente contiguos a la sala. En los dormitorios puede verse un soberbio lecho de bronce y cortinas de seda, un gran armario con espejo y tocador cubierto de mármol blanco, adornado con jarrones de porcelana. Pero las gentes de la casa no acostumbran servirse de estos lujos; duermen en otra pieza, sobre un catre de lona. En un rincón del cuarto, que llaman *aposento*, se encuentra casi siempre un Niño Jesús de madera pintada o de cera, acostado bajo un fanal. Le rodean oropeles en profusión, flores, conchillas y otros objetos. Es el *Pesebre* o *Nacimiento*. Para Navidad componen el Pesebre, y en algunas casas lo aumentan con todo lo que pueden procurarse en figuras de porcelana, jarrones, frascos y estatuillas, incluso la de Napoleón; suspenden al techo nubes de gaza azul, salpicadas de estrellas de papel plateado; los Reyes Magos, los Pastores y los animales, afectan formas grotescas. En esos días cualquiera tiene derecho a entrar en la casa y admirar el Pesebre.

En ciertas mansiones muy antiguas se encuentran salas que harían las delicias de un anticuario de *bric-à-brac*: contra las paredes hay viejos sillones de patas torneadas y altos respaldos en cuero de Córdoba, con dibujos de fina ejecución, donde brillan, a trechos, los antiguos dorados; arcones guarnecidos de cobre con extrañas cerraduras y mesas antiguas. Cuelgan de los muros, en marcos de talla dorados, viejos cuadros de la escuela española anterior a Murillo. Hay entre estas telas pinturas excelentes, no por su ejecución, sino por la intensa expresión de fe sincera y de grave piedad. Alguna cabeza de virgen morena y cabellera negra, algunos angelitos entre nubes parecen una inspiración presentida del admirable cuadro del Louvre. Bien hubiéramos deseado adquirir una de estas pinturas, pero sus poseedores las tienen en gran estima. Son recuerdos de familia venidos de Europa con sus antepasados, y ese valor se acrecienta por el culto rendido a las imágenes.

LINA BECK-BERNARD.

DESFILE MILITAR EN PARANÁ

25 DE MAYO DE 1858

Séame permitido describir al lector las diferentes faces de estas fiestas por las cuales llegará a conocer el carácter y costumbres del país.

Empecemos con las festividades militares, por ser las peculiares y grandiosas, aunque formaba el fin de fiestas, puesto que no tuvo lugar el 25, sino el 27, a las 12 del día. Se llevó a cabo de la siguiente manera: El general Urquiza, presidente de la Confederación, se presentó en el balcón de su casa con espléndido uniforme, rodeado de un séquito militar numeroso y de los empleados superiores e invitados extranjeros. Por debajo, desfilaron las tropas de tal modo, que pasaron por la calle que viniendo del este pasa por su casa hacia la plaza. Las filas dieron vuelta a la plaza; por un lado pasaron por el palacio de gobierno, saliendo por otra

calle que, en la misma dirección, arranca del mercado. En la casa de gobierno se habían reunido, en los balcones, los empleados, diputados y un selecto grupo de señoras y señoritas para presenciar el desfile; tampoco faltaban curiosos de todas clases sobre los techos y en las ventanas de las casas vecinas, así como en la misma plaza, si había lugar.

En las afueras de la ciudad, en un terreno baldío, se habían formado las masas que marchaban por una calle interior y por otra hacia afuera de la ciudad. Encabezó la artillería con ocho cañones, seguían las tropas regulares, de línea, pero un solo regimiento, después las guardias nacionales de la ciudad y, por último, la caballería irregular, una especie de territorial, armados en su mayor parte solamente de lanza; algunas filas también con carabinas.

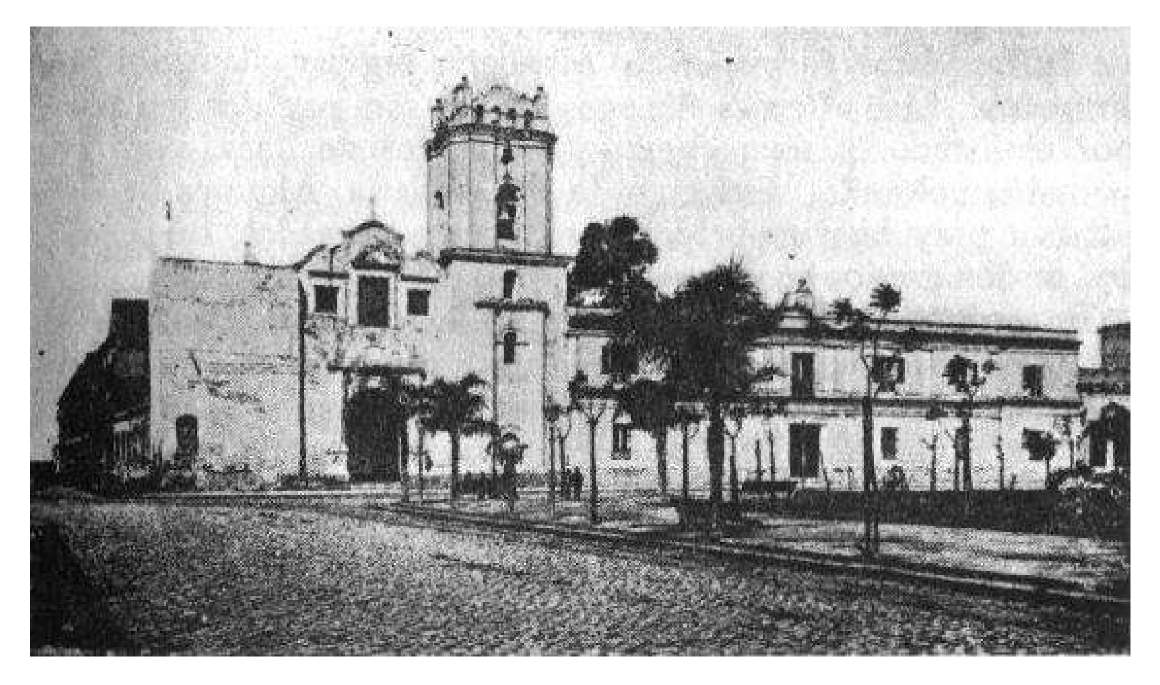
No deja de tener interés la clase de uniformes, armas y número de soldados. El último era grande, según datos 14.000 hombres, cómputo que no lo conceptúo exagerado, como se verá por la siguiente descripción:

La artillería no me pareció ser lo mejor de las tropas, las piezas eran bastante viejas y varias de las mismas habían sido reparadas en las cureñas y ruedas por medio de tiras de cuero crudo.

Cada pieza estaba tirada por seis caballos en la forma de estilo, con un jinete en cada animal. El servicio seguía también a caballo, detrás de cada pieza. Los soldados llevaban ponchos rojos de franela, chiripás del mismo color, calzoncillos blancos de algodón y un gorro de campo, de estilo español antiguo, también colorado. Algunos iban descalzos y no llevaban más armas que un sable. Los cañones eran de metal de composición y bastante usados. Los oficiales se parecían en color y corte de los uniformes, a los franceses, llevaban pantalones anchos arriba y angostos abajo, una levita azul con prendidos rojos y un pequeño kepis más agudo hacia arriba, completamente un modelo francés. Los grados superiores estaban adornados con charreteras de oro y rica cordonería en los sombreros y una faja de seda carmín.

El regimiento de línea que seguía, llevaba buenos uniformes, también blusas obscuras con prendidos rojos, pantalones azules, buenos zapatos y kepis con cinta colorada. Los fusiles y correajes parecían en inmejorable estado. Las suelas eran de color amarillo; no noté que llevaran mochilas.

Los oficiales tenían uniforme igual a los artilleros, pero se distinguían por sus pantalones azules. Apostura y movimiento de esta tropa, según mi opinión, era satisfactorio, los soldados eran todos de color, mulatos, mestizos y zambos. Ambas divisiones, artillería y tropas de línea, pasaron con seriedad, los oficiales saludaban cuando pasaban por el sitio ocupado por el presidente, que al mismo tiempo es capitán general de toda la fuerza armada. La guardia nacional se condujo de otro modo. Su uniforme es de color azul con pechera blanca, los pantalones y correaje blancos, lo mismo que una franja alrededor del brazo.



Iglesia de la Merced y Colegio de la Inmaculada Concepción. Santa Fe (1885).

Llevaban kepis parecidos y buenos fusiles. El uniforme de los oficiales se parecía más a los de línea. Cuando pasaron los batallones, que creo eran cuatro, por delante del balcón del presidente, hicieron alto, presentaron armas y pronunciaron tres veces un viva; después continuaron.

La guardia nacional tenía su propia banda de música, que quedó en la plaza con la del regimiento de línea y tocando marchas, alternándose, cuyo compás seguía todo el movimiento.

El desfile de estos tres cuerpos no duró mucho, creo que serían 2.000 hombres en todo, pero ahora siguieron los gauchos armados, la que puede llamarse la reserva de la provincia.

Esta gente tiene que costearse todo su equipo, como la guardia nacional; sólo les da las armas el Estado, las que son devueltas una vez terminada la maniobra. Llevan también ponchos de franela colorada, chiripas, una gorra de campo color rojo, calzoncillos blancos y botines o zapatos, según su capricho, cuando los tienen. Algunos llevaban sables, otros también un par de pistolas, pero la mayor parte sólo una lanza. A la cabeza de estos gauchos iban algunas filas armadas de carabinas, en vez de lanzas; éstos formaban la caballería regular, llamados aquí *dragones*. Los oficiales de estas tropas son pagados, en parte, por el Estado, y usan el uniforme de los de línea, pero con pantalón colorado, distintivo de la caballería. Algunos de éstos estaban muy bien montados y ricamente aperados, sobre todo los de los grados superiores.

En resumen, es el caballo el orgullo del jinete y soldado de este país y su valor lo principal a que aspira. Puesto que la conservación del recado le corresponde a él mismo, lo adorna lo mejor que puede y trata de decorar las riendas y silla con chapas de plata, llevando por lo menos las cabezadas y bozal, todo de plata. Se veían muchos jinetes con riendas de plata, pretales y pasadores, sillas o recados con chapas en la cabecera y falda, todo de plata, grandes copas en los frenos y sobre todo espuelas muy pesadas y grandes de plata.

Pasaron hombres, y no muy pocos, cuyos aperos representaban un valor de 700 a 800 pesos, y algunos propietarios y ricos estancieros, que eran al mismo tiempo oficiales, hacían brillar sus fletes espléndidamente enjaezados de plata. Curiosos contrastes formaban estos ricos jinetes junto a otros cuyas riendas y cabezales sólo eran de lonjas de cuero de vaca, no teniendo el hombre espuelas ni zapatos, algunas veces ni estribos, substituyendo éstos por un grueso botón de cuero y estribera de lonjas apretadas entre los dedos grande e índice del pie. Así se tocan los extremos de muchas maneras: se veían ancianos con barbas blancas junto a muchachos imberbes; todos tienen que ser soldados, no importa si viejos o jóvenes, ricos o pobres.

Así eran en su parte principal los catorce mil hombres de tropas que vi pasar como contingente de la provincia de Entre Ríos. La infantería marchaba en columnas cortas, de 8 hombres en dos filas cada una, la

caballería en pelotones de seis hombres. Conté con exactitud y comprobé que cada minuto pasaban 25 pelotones. Como todo el desfile duró dos horas completas, de 12 a 2 de la tarde, daría esto casi diez y seis mil hombres. Algunos oficiales con quienes conversé después del desfile, me dijeron que se habían reunido catorce mil quinientos hombres. Sea dicho en honor de la verdad que no dejaba de reconocerse el estímulo de esta gente y su fidelidad hacia su célebre jefe; muchos gritaban durante la marcha: ¡Viva el general Urquiza!, y cada vez agradecía el general militarmente, cuando se le hacía uno de estos saludos.

Miraba con marcado interés a su tropa y se inclinaba con frecuencia sobre el balcón para verlos mejor e indicarles a sus vecinos y acompañantes uno que otro de los hombres que pasaban; en una palabra, tomaba todo interés en esta escena. Se le consideraba, en general, no sólo como un comandante tan prolijo como cuidadoso de sus tropas; con gran cariño y fidelidad le es adicto el ejército, porque sabe que todo lo que hace para sí lo hace también por su gente, y divide con ellos en la guerra los peligros e incomodidades. Produce la impresión de un hombre de experiencia, tranquilo y precavido, que nada emprende que no lo pueda llevar a cabo, pero que aquello que quiere hacer y que ha empezado, lo lleva a la practica con energía y serenidad. Es una naturaleza severa, genuinamente militar.

GERMÁN BURMEISTER.

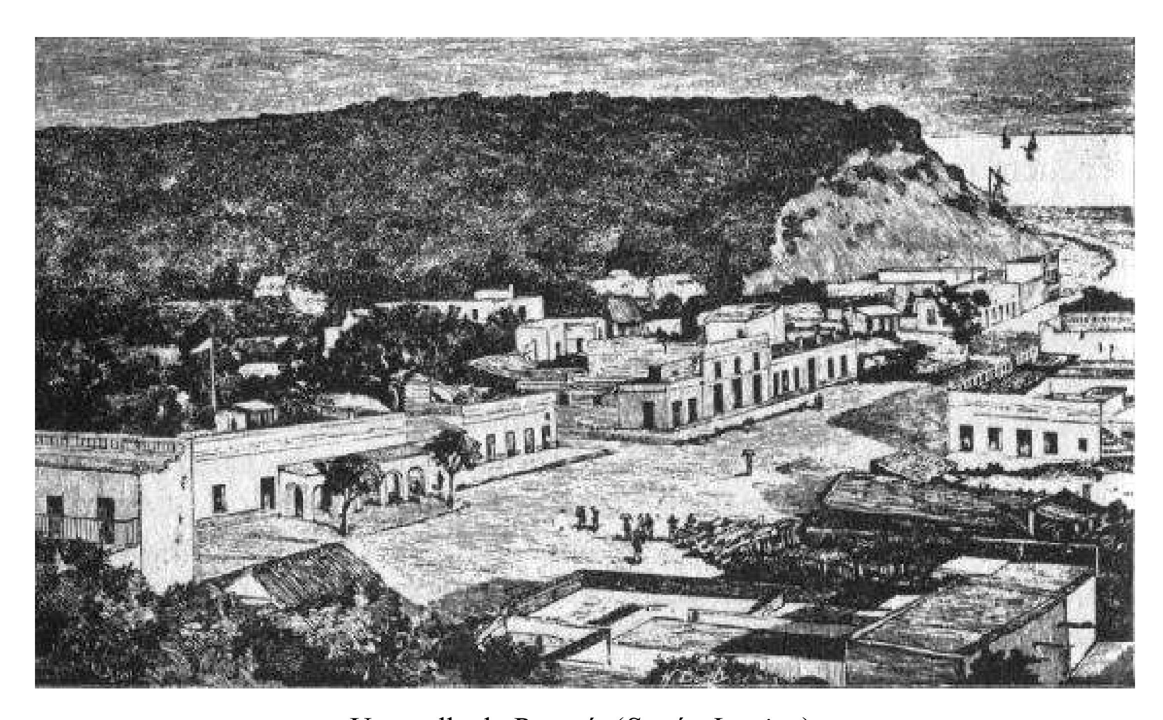
(Del libro de Julio Victorica, *Urquiza y Mitre*, Bs. As., 1906).

CARLOS GERMÁN CONRADO BURMEISTER. — Naturalista, médico y escritor prusiano que prestó servicios a la República Argentina. Nació en Stralsund (Prusia), en 1807 y murió en Buenos Aires en 1892. Profesó en Halle hasta 1850 y en ese año hizo un viaje al Brasil, país que recorrió hasta 1852. En 1856 vino a la República Argentina y visitó el territorio en distintas direcciones, pasando a Chile en 1859, para volver a Alemania por Panamá. Publicó *Viajes a los Estados del Plata*. En 1861 se trasladó nuevamente a Buenos Aires, donde ocupó una cátedra y fué nombrado Director del Museo Nacional. En 1870 contribuyó a la fundación de la Facultad de Ciencias Naturales de Córdoba. Escribió en alemán numerosas obras científicas y publicó los *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, hasta 1890. Las obras de Burmeister han sido traducidas a diversos idiomas, y cuenta entre las figuras más eminentes que hayan consagrado su vida al estudio de las ciencias naturales en nuestro país.

BAILE OFICIAL EN PARANÁ

1858

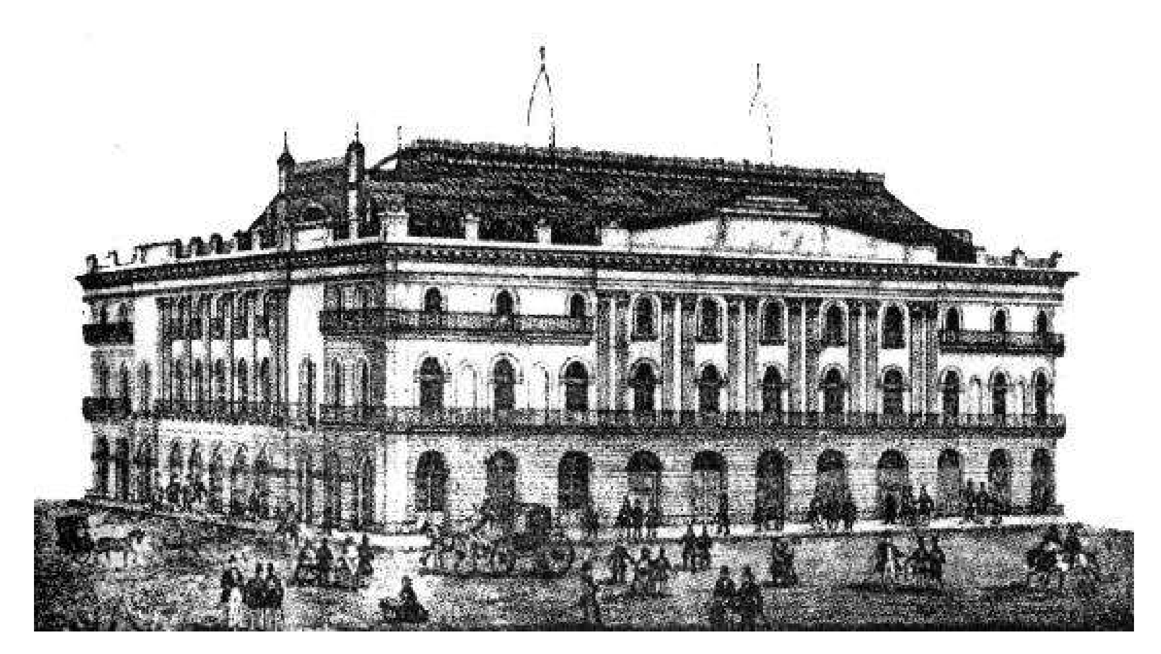
Después de presenciar el desfile militar, pasamos al teatro, donde se dió un brillante baile la noche del 25 de Mayo, al que también asistí. En la planta baja se había formado la elegante sala de baile, con alfombras y muebles escogidos, mientras que sobre el escenario, unas seis gradas más alto, se veían las mesas para el *buffet*.



Una calle de Paraná. (*Según Latzina*).

Los huéspedes se reunieron en parte, en los palcos, donde se sentaban las personas de más espectabilidad para presenciar la fiesta. Los más jóvenes pasaron a la sala para divertirse bailando. La hora del comienzo se había fijado para las 8, pero cuando llegué a las 8.30, encontré el salón bastante vacío; sólo el Presidente con su estado mayor se encontraba presente, el cual se había situado en el medio del salón de baile como para recibir a los huéspedes distinguidos y conversaba con uno u otro de los que entraban. Poco a poco se llenó la sala, se hacía ésta cada vez más estrecha y el sitio para las parejas tan reducido, que el Presidente se retiró al

escenario para que le fueran presentadas las personas que iban llegando. Como yo le había sido recomendado por medio de una carta de su ministro en parís, señor Alberdi, ya le había hecho, poco después de mi llegada, una visita, pero como se hallaba enfermo no pude hablarle.



Teatro Colón en 1860.

En los siguientes días no tuve oportunidad, a causa de los preparativos militares; por esta razón no insistí en verlo, sino que pedí al ministro inglés que se encargara de presentarme en esta ocasión, lo que hizo con el mayor gusto.

De este modo tuve oportunidad de cambiar algunas palabras con él. Se informó sobre los resultados de mi viaje y me comunicó que había recibido, hacía algunos días, la triste noticia de la muerte de un célebre naturalista, Bonpland. Había muerto el 10 de mayo en su posesión de la provincia de Corrientes. No entró en mayores detalles; en general no habla mucho y en este lugar estaba visiblemente embargado por demasiadas personas, de modo que le habría sido imposible entrar en una larga conversación conmigo. En consecuencia me retiré poco después.

La impresión general que me produjo esta reunión fue muy favorable; durante la velada fui transportado a las condiciones de vida europea y creí asistir a una fiesta solemne en Berlín. Los numerosos y brillantes

uniformes de los jefes, los trajes de etiqueta bordados de oro de los ministros extranjeros, las *toilettes* más lujosas y de mucho gusto de las señoras, el simple traje negro de los diputados y civiles, todo producía la impresión como si estuviéramos en el palacio de uno de los pequeños príncipes alemanes… Hacia las 11 de la noche, cuando la concurrencia se iba a sentar a la mesa, me fui a mi casa.

La gran alegría la produjo la gran iluminación y fuegos artificiales en la plaza, que era la verdadera fiesta popular. Tuvo lugar la noche del 27, después del desfile, con magnífica luna y el tiempo más espléndido, pero bastante frío. El termómetro señalaba 9 grados Reaumur.

La diversión se había terminado y se olvidó después de unos días, pero el lado serio de la ceremonia, la gran demostración militar, produjo su efecto aunque no de la manera como se esperaba.

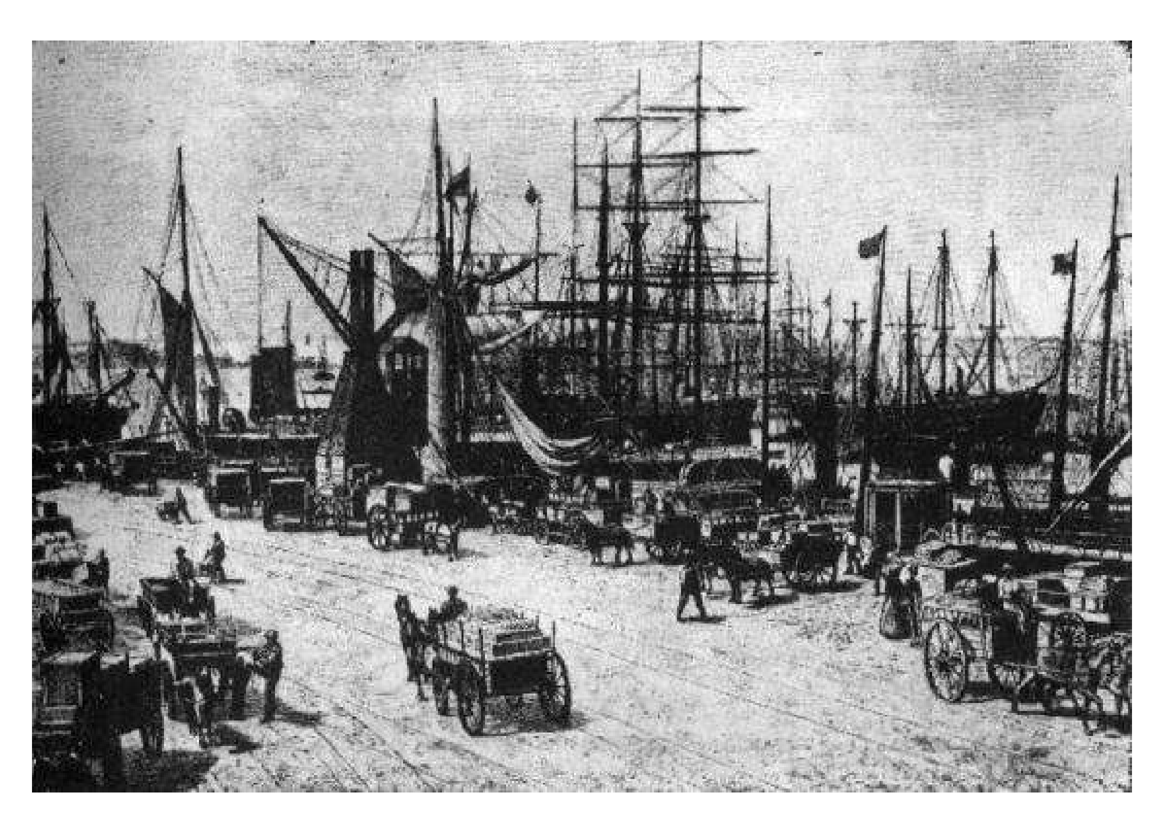
GERMÁN BURMEISTER.

BUENOS AIRES ANTAÑO

1870

En aquellos días ya olvidados (1870), la ciudad conservaba, hasta cierto punto, su aspecto colonial. La mayor parte de las casas tenían techos planos, aunque aquí y acullá se erguía alguna horrenda manzana de edificios modernos sobrecargados de detalles, que empequeñecía a las casas vecinas y parecía un inmenso lurte de estuco sobre un gran mar de ladrillos. Acababan de ser construidas algunas casas, como las de los Anchorena y los Lumb, de estilo semi italiano, con patios de mármol llenos de palmeras, con fuentes y con una grande esfera de vidrio opaco de monstruosas proporciones, balanceada, o sostenida por una columna de mármol, en remembranza de que, después de todo, lo cierto es que el mundo gira alrededor de su eje y que la suerte puede cambiar.

La carne costaba a diez centavos el kilo. El pan era un poco mas caro que en París; se importaba la harina de Chile y de los Estados Unidos y toda la ropa se traía hecha de Europa, y si es cierto que era cara, es preciso reconocer que también era mala.



Vista del puerto. Boca del Riachuelo.

Los hombres vestían todos de negro; llevaban cuellos vueltos, muy bajos, retenidos por corbatas que parecían trencillas de zapatos. Los guantes y el bastón eran desconocidos. Llevar bastón equivalía a pregonar que uno era lo que en esos días se llamaba un *recién yegao*, porque la pronunciación del idioma se ajustaba a un sistema peculiar de aquel país. Los hombres se ufanaban de tener pie pequeño, como si hubieran sido mujeres, aunque la raza era en realidad atlética y robusta. Exceptuando cuando se iba a misa o a alguna función social de importancia, siempre se llevaba sombrero de anchas alas.

Después de todo aguacero torrencial, las calles laterales se convertían en arroyos furiosos, encerrados entre las altas aceras; entonces aparecían hombres con unas tablas que tendían de una acera a otra, a guisa de puente,

recogiendo pingüe ganancia de los transeúntes que querían pasar al otro lado…

Hacía pocos meses que se habían establecido los tranvías, que ya eran muy numerosos, porque nadie andaba a pie, si era posible transportarse de otra suerte. Veinte varas adelante de cada tranvía, iba un muchacho a caballo, al galope, tocando un cuerno. Esto da una idea del tráfico que había en las calles de esos días en que, mucho antes de que los tranvías se hubieran generalizado en Inglaterra, ya llegaban a todo el vecindario de Buenos Aires y corrían por todas las calles de la ciudad.



Interior de una casa porteña hacia 1860.

Una de las principales escenas de Buenos Aires en aquellos días se veía en la gran plaza enfrente de la Bolsa: allí estaban centenares de caballos maneados, quietos, con las riendas atadas en la cabezada de la silla y los cuellos en arco como si fueran caballos de madera en que se mecen los chicos. Raras veces se movían, porque llevaban las maneas muy altas en las manos; de vez en cuando miraban alrededor, y en ocasiones, algún caballo baqueano con las maneas, si divisaba a algún amigo, levantaba los cascos y se iba a brincos hacia él. Acaso la conversación de

los dos caballos era tan inteligente como la de los que los habían traído a ese lugar, y seguramente, sí, era menos dañina. Cuando uno estaba recién llegado al país, aquello de arriesgarse a pie en el maremágnum de cuadrúpedos que se hallaba enfrente de la Bolsa, casi todos los días, parecía aventura peligrosa. Sin embargo, como uno de los distintivos de esa raza caballar es que nunca muerden y que rara vez cocean, pronto se acostumbraba uno y acababa por abrirse paso a empellones entre todos esos cuadrúpedos, con el mismo desprecio que si se tratara de entes de razón que jugaran a la Bolsa…

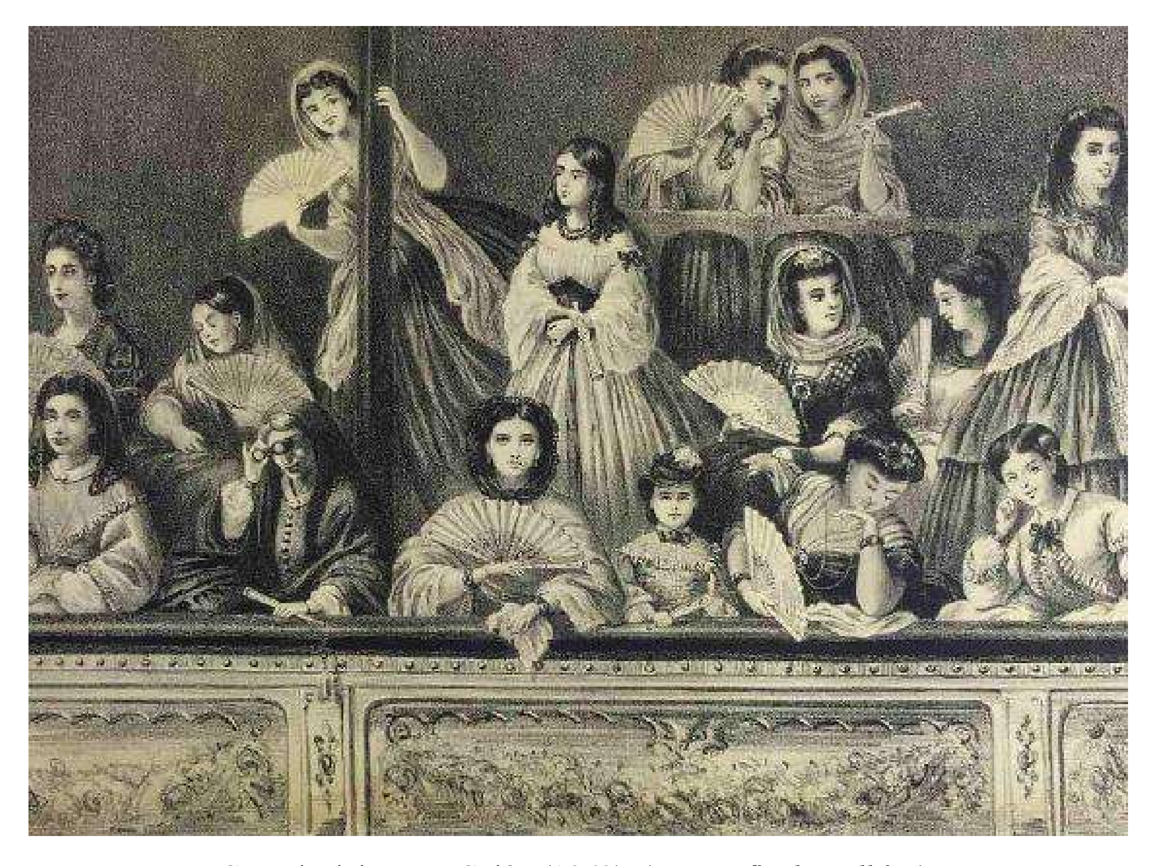
R. B. CUNNINGHAME GRAHAM.[49]

EL HOTEL CLARAZ

1870

Los hoteles en Buenos Aires eran escasos y más bien malos; la mayoría de ellos estaba situada en la calle 25 de Mayo, desde el Hotel Argentino, que era el más elegante, hasta el de Claraz, que era una pequeña hostelería tenida por un suizo. Este último, aunque hostelero, era hombre de sólido saber, y después se ha hecho famoso por su libro sobre la flora de las Pampas. Los hombres del campo, que, cuando eran ingleses, frecuentemente eran conocidos entre sus paisanos con el apodo de *pastores*, capitanes de barco, ingenieros de minas y periodistas extranjeros, eran el principal sostén de aquel lugar. Con frecuencia solía verse que a la hostelería llegaba algún individuo trajeado con ropa de buen corte, gris, de paño de vicuña, algún tanto raída por el uso, con camisa de lana sin cuello, y acompañado de un *changador* que le llevaba su *recao*. *Changador* era el nombre que los porteños daban a los mozos de cordel, quienes, por lo general, eran vizcaínos. El *pastor* gritaba: ¡Claraz! y aquel buen suizo de barba y pelo negro, le salía al encuentro, recibiéndolo como

a un viejo amigo. El *pastor*, después de pagarle al changador, preguntaba quién más había en la casa, y una vez enterado, los hacía llamar a todos a echar un trago. Luego, cumplida esta devoción semisacramental, recibía de Claraz su baúl o su maleta, que Claraz guardaba en algún desván, se endosaba su ropa dominguera, que resultaba un tanto apabullada, y se echaba por esas calles de Dios, va en asuntos de negocios, ya a correr una juerga; eso sí, usaban siempre el sombrero blando, que parecía ser el signo externo de la guía interior de los hombres de campo, cuando se hallaban en la ciudad.



Cazuela del Teatro Colón (1862). (*Litografía de Pallière*).

La hostería estaba construida sobre el plan de un monasterio; los pequeños cuartos, que parecían celdas, daban todos a un corredor. El último de ellos, que en algunas ocasiones me tocó ocupar, cuando visité la ciudad en aquellos tiempos, daba sobre el propio río, y en los días claros, desde él se alcanzaban a ver las casas de la Colonia, en la República del Uruguay, a diez leguas de distancia. No era prudente pasársela leyendo

hasta las altas horas si uno se hospedaba en la casa de Claraz, porque era muy posible que alguno de los *pastores*, al regresar a casa, después de una noche de zambra y jolgorio, diera en la flor de apagarle a uno la vela a tiros, lo que en dos ocasiones, por lo menos, le ocurrió al pergeñador de estos verídicos relatos.

R. B. CUNNINGHAME GRAHAM.

LA FIEBRE AMARILLA

1871

Durante dos meses, la fiebre amarilla había azotado el Paraguay —y luego Corrientes— sin conmover mucho a Buenos Aires. A mediados de enero empezaron a circular aquí rumores alarmantes; pero un médico demostró —en los diarios, que todo lo sufren— que sólo se trataba de una *fiebre icteroide*. Hasta que, a principios de febrero, se denunció netamente la presencia del vómito negro en el barrio de San Telmo. El joven doctor Wilde, nombrado médico de los pobres en aquella parroquia —y que se portó admirablemente durante la epidemia—, creó un lazareto en el sur e hizo desalojar las manzanas inficionadas. Pasaron algunos días; y, afirmándose por los diarios que el mal estaba «dominado», las únicas comisiones que en esa semana trabajaron «febrilmente» fueron las del carnaval. Aunque numerosos casos esporádicos habían sido comprobados en varios puntos de la ciudad, no pudieron contenerse los excesos carnavalescos. Con todo, los cascabeles de Momo, como entonces escribían los gacetilleros, no lograron apagar los dobles de las campanas; y el domingo 26, dedicado al «entierro» del carnaval, los que positivamente resultaron enterrados, fueron veinte y tantos calenturientos. Se suspendió la apertura del Colegio Nacional y de las escuelas. Asimismo, no cejaba aún el espíritu de indolencia e incuria; para disfrazar la inercia edilicia, se estableció que la enfermedad «sin carácter epidémico

ni quizás contagioso», estaba circunscrita a los barrios de San Telmo, San Cristóbal y Concepción, cebándose allí mismo «sólo en los conventillos». Pero la realidad abofeteaba el optimismo aristocrático; caían ya víctimas, si bien aisladas todavía, en otros puntos que los citados y en otros grupos que los proletarios. La epidemia ganaba terreno diariamente.

La población, desprovista de municipalidad regular, librada a una comisión desautorizada, emanación de un gobierno provincial sin energía ni prestigios, se sentía desamparada, inerme ante el peligro…

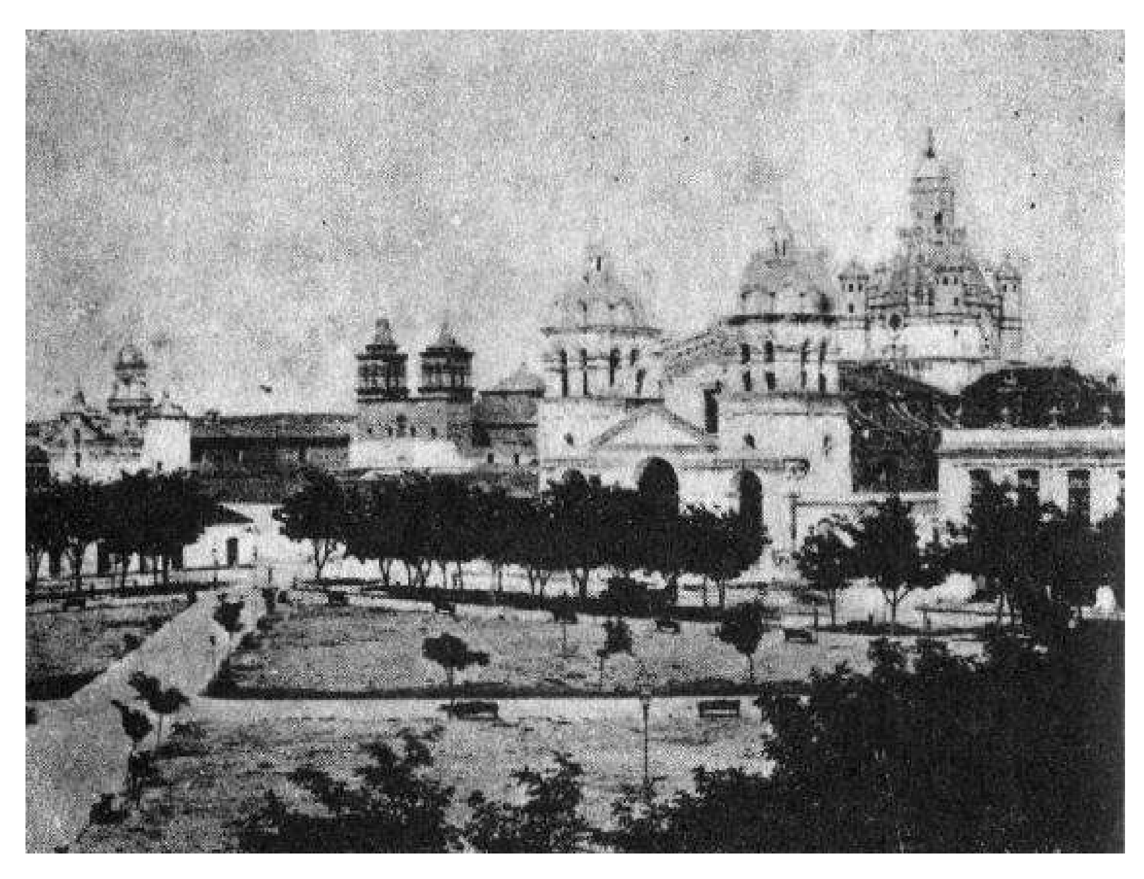
Entonces, al solo impulso de la prensa y con acuerdo general, prodújose un movimiento de solidaridad popular… Héctor Varela, pues, discurrió esta heroica «orionada»[50]: juntar al pueblo en la plaza de la Victoria, para que de ese plebiscito surgiera una junta de salud pública que asumiese la defensa sanitaria del municipio. Así nació, el 14 de marzo, la «Comisión popular» que, anunciándose con tales orígenes como una behetría, resultó ser, a pesar de los inevitables abusos y errores, un núcleo de fortaleza y cohesión, una fuente abundante de auxilios materiales, y, sobre todo, un llamamiento incesante y eficaz —pues disponía de la prensa unánime— a la caridad pública y al cumplimiento del deber. Figuraban en la lista aclamada los nombres más respetados o queridos de Buenos Aires: era presidente el enérgico Roque Pérez, que cayó al pie de su bandera humanitaria; eran vocales: Adolfo Alsina, Juan Carlos Gómez, Guido y Spano, Irigoyen, Mitre, Quintana, *etc.* Verdaderos *tribuni plebis*, sin mandato oficial, sin relación, al principio, con el gobierno, al que no atacaban ni acataban, llegaron los comisionados populares a concentrar en sus manos todos los medios de resistencia contra el flagelo. Fué una dictadura de beneficencia, con las formas draconianas que las circunstancias exigían. La prensa vino a ser el pretorio de esa justicia expeditiva: pedestal de los generosos o valientes, picota de los egoístas y desertores. Un miembro de la comisión fué públicamente destituido por faltar a tres sesiones consecutivas. Se devolvió con afrenta a cierto millonario antonomástico su óbolo irrisorio. Imperaba una arbitrariedad obsidional, el régimen implacable de una plaza sitiada: *salus populi, suprema lex*.



Vista de la Catedral de Córdoba (1852).

Gradualmente, desde mediados de marzo, el cuadro fué cobrando cada vez tintes más sombríos. La mortalidad crecía al paso que la ciudad se despoblaba. El éxodo se hizo general cuando se comprobó que, al contrario del cólera reciente, la fiebre no se alejaba de la costa, quedando indemnes las regiones mediterráneas. Por el consumo de la población, se deduce que, a fines de dicho mes, ésta no alcanzaba a sesenta mil almas; solamente en abril, pasaron de ocho mil las defunciones: cerca del 14 por ciento. Como en un gran cuerpo herido que va perdiendo por partes el calor vital, en la ciudad enferma, uno por uno, los órganos activos rehusaban el servicio. Después de los sospechosos saladeros, que de orden superior interrumpieron sus faenas, fueron cerrando sus puertas, por falta de elementos, las principales fábricas. Cada día señalaba un nuevo paro. Siguiendo a las industrias, se paralizaron las instituciones. En abril, habían dejado de funcionar sucesivamente: las escuelas y colegios, los bancos, la bolsa, los teatros, los tribunales, la aduana, *etc.* Los gobiernos nacional y provincial decretaban la feria de sus oficinas, fuera de no dar personalmente el presidente ni el gobernador, ejemplo de heroísmo.[51]

Los pocos periódicos que pudieron subsistir salían por tanda. Las casas de negocio se entreabrían algunas horas; ciertas provisiones escaseaban en los mercados; y la población entera hubiera sufrido el hambre, a no sobreponerse a todo la otra *sacra fames*, superior al terror de la muerte. Durante una semana, las lluvias diluvianas acrecentaron las escenas de horror: los «terceros» del sur, torrentes callejeros, nos enseñaban brutalmente las miserias de los suburbios inundados, arrastrando en su carrera airada por los barrios centrales, maderajes, muebles, detritos de toda clase, hasta cadáveres.[52] La población, más que diezmada, había dejado de contar sus desaparecidos. Ya no eran coches fúnebres los que faltaban y tenían que suplirse con carros abiertos, sino carreros que aceptasen la espantosa tarea. Intereses, deberes, vínculos sociales y acaso carnales: todo se había destemplado y relajado en ese general menoscabo de la vida… Por centenares sucumbían los enfermos, sin médico en su dolencia, sin sacerdote en su agonía, sin plegaria en su féretro. Tal era el pánico reinante, que un escribano cobró fama y dinero comprometiéndose públicamente a realizar esta hazaña jocomacabra: redactar testamentos, aun de «febrífugos» (*sic!*). En la ciudad desierta, casi sin policía, la bestia humana, suelta, rondaba las calles, husmeando la presa. A veces el crimen no esperaba la noche, su habitual cómplice: los diarios dieron cuenta de asaltos perpetrados en pleno día, en la calle Florida. Andaban bandidos disfrazados de enfermeros: y se denunció con horror el caso de un médico —extranjero— que robó 9.000 pesos de bajo la almohada de su cliente agonizante. Eran en verdad los días de abominación y desolación predichos por el profeta, «en los cuales, si no se abreviaran, ninguna carne fuera salvada: *non fieret salva omnis caro*».



Córdoba (1874).

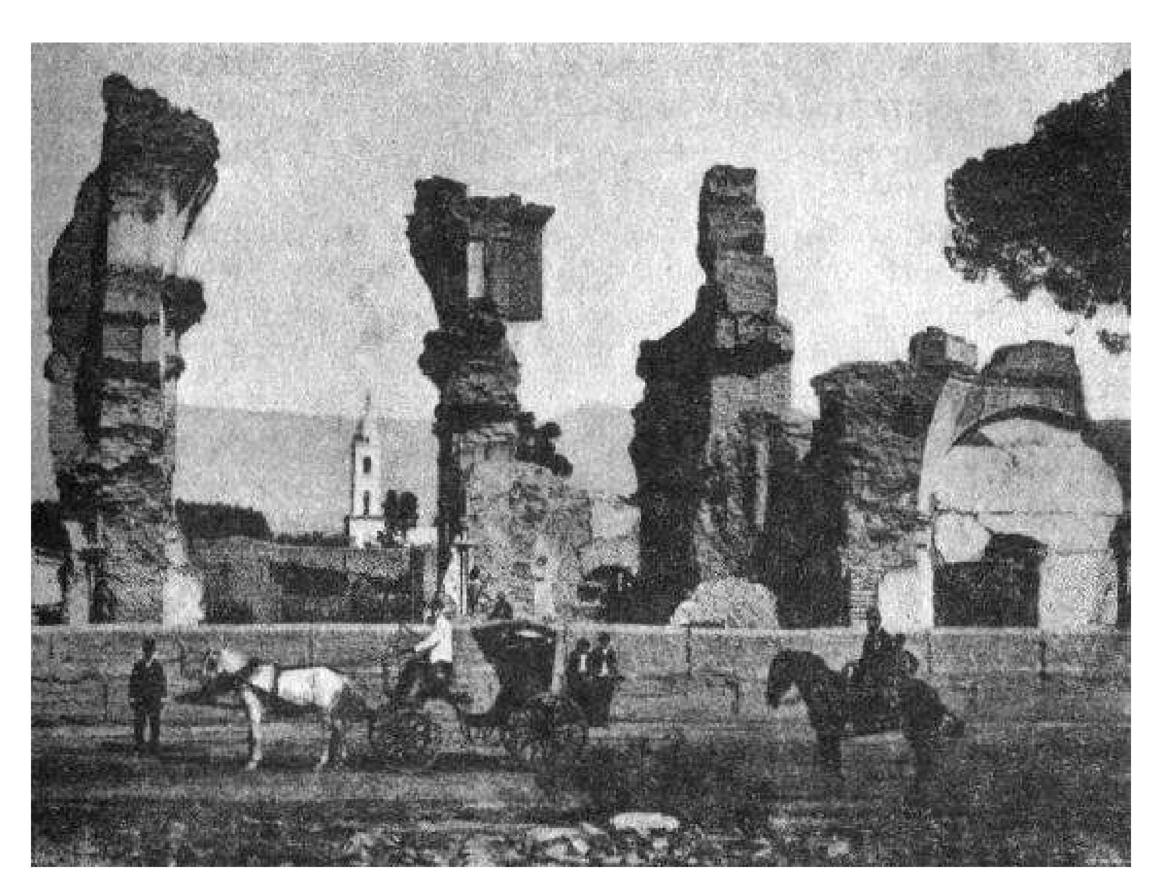
Mi excelente amigo del Colegio Nacional, David Lewis, graduado de Cambridge, hombre de variada cultura y muy entrado en la sociedad porteña, había aceptado con no sé quién, durante la epidemia, el cargo de inspector de higiene de la Catedral al sur. Como cayera su compañero, me ofreció substituir al enfermo —o muerto—, comisión que, naturalmente, acepté, empezando sobre la marcha a acompañar a Lewis en sus visitas domiciliarias.

Ha quedado tristemente célebre, entre los contemporáneos, aquella Semana Santa de 1871, que señaló el paroxismo de la epidemia: las estadísticas oscilaban entre 400 y 600 defunciones diarias. Pero, en la espantosa confusión, ¿cuántos anónimos desaparecerían sin dejar un rastro ni un apunte? Habíanse prohibido los oficios públicos en las iglesias, aumentando con ello el aspecto sepulcral de la ciudad. Una de las tardes deliciosas y como irónicamente serenas de la semana lúgubre, cumplidos nuestros deberes humanitarios, me propuso Lewis ir a visitar a José Manuel Estrada, que estaba veraneando en Belgrano. Acepté, y realizamos

el paseo, alquilando caballos en la calle Esmeralda. Disfrutamos con la joven pareja una hora de olvido; y, al caer la noche, emprendimos la vuelta. Mientras cruzábamos el campo y las quintas, veníamos conversando casi alegremente. Al acercarnos al Retiro, sin darnos cuenta de ello nosotros mismos, la charla fué arrastrándose penosamente entre grandes intervalos de silencio. Al embocar la calle Florida, muda, vacía, oscura, sin otra vida aparente, en algunas esquinas, que las fogatas de alquitrán, cuya llama fuliginosa en las «tinieblas visibles» movía sombras fantásticas, me suena todavía en el oído la voz ahogada del buen inglés, que minutos antes venía callado: «Esto es demasiado triste: galopemos». Y entramos a todo galope en la inmensa necrópolis.

PAUL GROUSSAC.

(*Los que pasaban*. Jesús Menéndez, librero editor, Bs. As., 1919, pág. 26).



Ruinas de San Francisco. Exterior. (Mendoza, 1891).

MENDOZA EN 1869

La antigua ciudad de Mendoza era formada por calles rectas de doce varas de ancho, que se extendían hasta doce cuadras de sur a norte y hasta nueve de este a oeste. Tenía en el centro un hermoso paseo de siete cuadras de extensión y una bonita plaza, rodeada de hermosos tamarindos, con una fuente que surtía a la población de agua potable, conducida desde el *Chayado* por medio de cañería. Contaba entre sus edificios públicos diez templos, tres conventos, dos de regulares y uno de monjas, diez capillas, un colegio destinado a la enseñanza superior, fundado en 1816, varias escuelas elementales, una biblioteca abierta en 1822, un hospital general, un cementerio, con divisiones de cofradías, una casa de ejercicios espirituales, un pasaje, un club y un teatro capaz de contener más de mil personas.



La avenida de la Alameda en Mendoza. (*Según Latzina*).

La determinación del local donde debía construirse la ciudad actual produjo serias y largas discusiones, en que intervino indirectamente el gobierno nacional y que terminaron por una resolución de la legislatura provincial designando el área que hoy ocupa.

Con los fondos erogados por los pueblos hermanos y los extranjeros, y con los de los gobiernos general y de la localidad, se ha reedificado la ciudad de Mendoza sobre una base más extensa que la antigua. Sus amplias calles, cortadas por un boulevard de cuarenta varas de ancho, ostentan hermosos edificios, construidos por arquitectos chilenos y europeos. En la plaza principal, una de las mayores de la República, se encuentran la Matriz, la casa de Gobierno y las demás oficinas públicas…

Las ruinas se conservan, salvo pequeñas variaciones ocasionadas por los trabajos practicados para extraer las cenizas de los muertos, en el mismo estado que la noche de la catástrofe.

Los despojos de los desmenuzados edificios inducen a la fantasía a suponer que la ciudad fue triturada entre dos montañas como tritura el pintor entre dos piedras las tierras que emplea en la composición de sus colores.

De la Matriz no queda sino el polvo de sus murallas de adobe; de San Francisco, el pórtico y los huesos de algunos de los fieles que lo frecuentaban; de San Agustín, uno de los arcos de la entrada, y de Santo Domingo una columna, que se eleva melancólica y solitaria, como centinela sin relevo, colocada allí por la muerte para que vele el sueño de los difuntos y la majestad de las ruinas.

En la plaza se conservan algunos de los tamarindos que la cercaban, y la pila de *pómez* que manaba en abundancia el agua del Chayado.

Muchas de las plantas de los antiguos jardines se han abierto paso por entre los escombros y florecen en aquella necrópolis, sin que nadie las despoje de sus hojas, mustias y descoloridas. Una que otra trepadora enlaza con cariño los muros de la morada de sus plantadores, pugnando por detener los ladrillos próximos a desmoronarse.

Algunos ancianos que no han querido abandonar la tierra heredada de sus mayores y regada con la sangre de sus hijos, han construido sus habitaciones con los escombros de la choza paterna. Esos viejos solitarios, los últimos de una tribu que cayó en la tumba, como cae una piedra en un abismo, vagan cual sombras errantes por las vías sin salida de la que fue ciudad.

Algunos cipreses inclinan sus copas verdinegras sobre el gran cementerio, cuyo silencio no es perturbado sino por el canto de las aves del cielo.

En la tarde siguiente a mi llegada a Mendoza visité el campo santo de la ciudad. A pocos pasos de la puerta, que franquea la entrada, encontré el sepulcro de Sandes, y algunas varas más adelante el de una extranjera a quien la muerte sorprendió lejos de la tierra natal. Aquellas dos tumbas representan la fuerza abatida y el amor a la patria. La inscripción de la última me hizo comprender que la nostalgia penetra el alma y los huesos:

«¡Hijos de la madre emigrada, dice, llevad sus despojos a la patria, porque hasta en la muerte es desgracia sufrir el peso de la tierra extraña!».

La mayor parte de los mausoleos, abiertos por el temblor del 20 de marzo, parece que hubiesen sido visitados por el ángel de la resurrección, porque no albergan a los que han dormido en su seno el sueño precedente al juicio.

Apoyado en uno de esos monumentos, vi ponerse el sol detrás de las montañas y levantarse la luna sobre las ruinas silenciosas. Tan magníficos fueron los cambiantes de luz que ostentó la cima helada del Tupungato, como poéticas las dulces irradiaciones que plantearon las musgosas columnas y las hojas amarillas de los árboles.

SANTIAGO ESTRADA.[53]

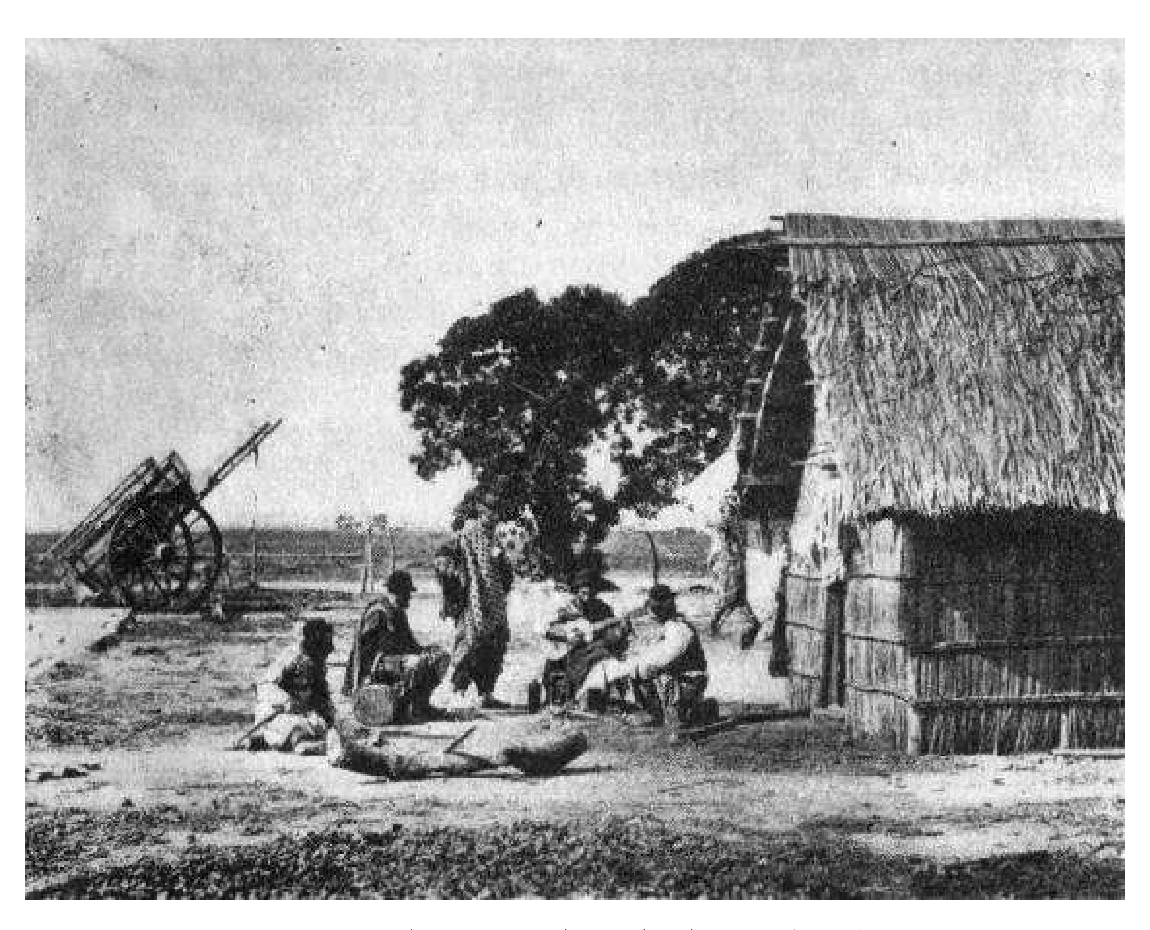
(*Obras completas. Viajes*).

CARNAVALES DE BUENOS AIRES

HACIA 1880

Las carnestolendas porteñas fueron durante largos años el verdadero acontecimiento esperado con febril impaciencia por todas las clases sociales. Los carnavales crearon los círculos de recreo más aristocráticos,

como lo eran, en un principio, «El Progreso» y «El Plata», dos comparsas de jóvenes aristócratas, formadas con el único plan de divertirse en esos días. Muchos centros extranjeros se organizaron también a base de comparsas. Las agrupaciones carnavalescas se multiplicaron; en sus comienzos recorrían las calles principales uniformados; tenían, como las estudiantinas, sus músicos y cantores; luego vinieron las sociedades que salían en carros adornados, también con las caras descubiertas, y uniformados. De éstas fueron «Los Piratas», «Los Marinos» y mil más. Otros salieron caracoleando en briosos caballos, como «Los Jockeys» o los «Gauchos». Mas, pronto surgieron «Los habitantes de la Luna», a caballo, a pie, en carro, de todos modos, transformando los corsos anteriores en un alegre desfile de mojigangas. Siguieron «Los habitantes de Carapachay», que hacían alusión con su mote a la isla de aquel nombre, propiedad del presidente Sarmiento. Con esta costumbre vino la costumbre de imitar a los hombres populares disfrazándose con cabezas que reproducían sus facciones; algunos lo hicieron con verdadero arte: decían discursos glosando los gestos y maneras de Mitre, Alsina, Avellaneda, Sarmiento, Elizalde, Quintana y otros más; con sus ocurrencias descostillábanse de risa sus mismos partidarios; mas el tiempo las hizo degenerar en arma política; sirvió para ridiculizar a los candidatos; hubo serias reyertas y vapuleos sangrientos, asta concluir con las comparsas que habían ya eclipsado a «El regreso y El Plata», transformados en clubes.



Campaña de Buenos Aires. El guitarrero (1891).

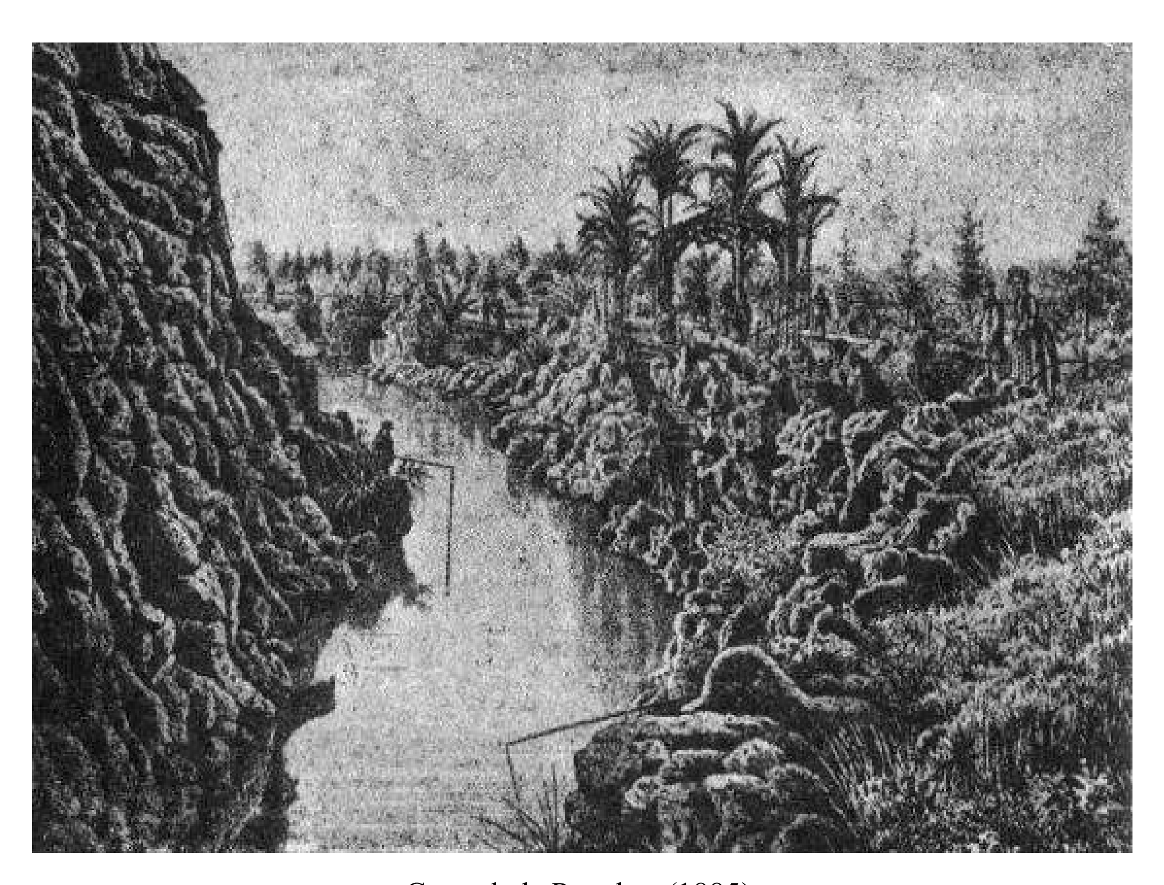
Veo que me he adelantado a lo que deseaba decir para demostrar la importancia de los antiguos carnavales: el año entero lo pasaban las sirvientas, en las casas de familia, soplando ingeniosamente el contenido de los huevos para no romper la cascara. Estos huevos vacíos, más tarde llenábanse con agua de olor, agradable o sospechosa, para arrojarlos, durante los tres días de carnestolendas, a la cabeza de las gentes que transitaban por las calles.



Campaña de Buenos Aires. En camino (1880).

Los días de carnaval, las cocineras corrían al mercado más temprano que de costumbre, para evitar que las mojaran; esto era casi imposible porque siempre los grandes aficionados al juego infringían la prohibición matinal. Establecidos en los balcones o azoteas, arrojaban cubos de agua a los pasantes y hasta a las mismas autoridades. Los domicilios eran inviolables; los comisarios debían de contentarse con aplicar multas que se pagaban sin discusión. A las doce en punto del día retumbaba el cañón en el Fuerte; desde ese instante hasta las cinco de la tarde, el juego de agua era libre; un nuevo cañonazo anunciaba el fin de las hostilidades para dejar a las gentes el tiempo de prepararse y asistir al corso o desfile por la calle Florida, Rivadavia y Victoria, adornadas todas con gallardetes, guirnaldas y farolitos chinescos. Los balcones y ventanas de las casas también se adornaban, especialmente aquellas que tenían la costumbre de recibir las

comparsas y máscaras después de concluido el desfile. No se piense que en las horas de la noche el juego del agua cesaba completamente. Ahora era la batalla en las ventanas y los salones con los trajes escotados; mano a mano los audaces combatían con pomitos de perfumes deliciosos. En aquellos encuentros encarnizados, mientras se mojaban ambos con la esencia aromática, cayeron más de una vez los combatientes en las redes que les tiende el artero niño alado.



Gruta de la Recoleta (1885).

Muchos de los hombres actuales son hijos de los matrimonios concertados durante las luchas galantes del carnaval. A las doce del día, como lo he dicho, corrían los tímidos a sus viviendas; la ciudad permanecía un instante silenciosa. Muy luego aparecían los intrépidos con trajes adecuados. Nuestra casa era un centro de reunión, uno de los tantos, en que acudían los jugadores provistos de sombreros de hule, de impermeables y *aguacendos*; estos aparatos se enroscaban alrededor del cuerpo, circundando la cintura con un depósito y una bomba de goma, para

arrojar el agua a gran distancia. Luego partíamos en grupos numerosos a combatir en las casas de nuestras conocidas. Los había que salían en coche descubierto, cargados de huevos y jugaban con los que esperaban a los pasantes en balcones y azoteas; jarros, bombas de riego, cubos, baldes, huevos y cuanto recurso puede servir a sorprender a los que cruzan frente a los cantones, eran empleados durante esas horas de licencia. Conocí a Benavidez y a Varela que tuvieron un ojo vaciado por «los huevitos de olor para las niñas que tienen calor», como gritaban los muchachos que vendían estos peligrosos accesorios del juego. Fueron los primeros prohibidos por las ordenanzas municipales; más tarde se prohibieron los demás y hoy el carnaval ha quedado reducido a lo que todos conocen.

Cuando los muchachos nos cansábamos de echarnos agua, con las chicas, en los patios de las casas, concluía el juego con un baño forzoso; se situaba, para esto una bañera preparada al efecto en un paraje adecuado; allí arrastraban las mujeres a los que nos defendíamos débilmente al ser cogidos; allí me zambulleron más de una vez…

MAYOL DE SENILLOSA.

MAYOL DE SENILLOSA. — Hombre de negocios argentino, autor de un libro de recuerdos en tres volúmenes titulado *Memorias parleras*, en que se describen diversos aspectos de la vida de Buenos Aires desde 1870 en adelante. Senillosa viajó por Europa y escribió algunos otros libros de diversa índole y calidad que publicó en París y Barcelona: *Las margaritas de la Pampa, Cuentos, poemas y sonrisas, Payador*, *etc.* Las evocaciones de *Memorias parleras* se leen con interés y contribuye en mucho a ello la sinceridad cordial con que fueron escritas.

BUENOS AIRES

1887

El Buenos Aires de aquellos días, mirado desde Europa, era algo así como el fin del mundo. ¡Quedaba tan lejos, tan lejos del centro cerebral del universo civilizado; de París, de Londres, de Roma o de Viena!… Afluían a nuestra urbe no pocos aventureros para ponerse fuera del alcance de

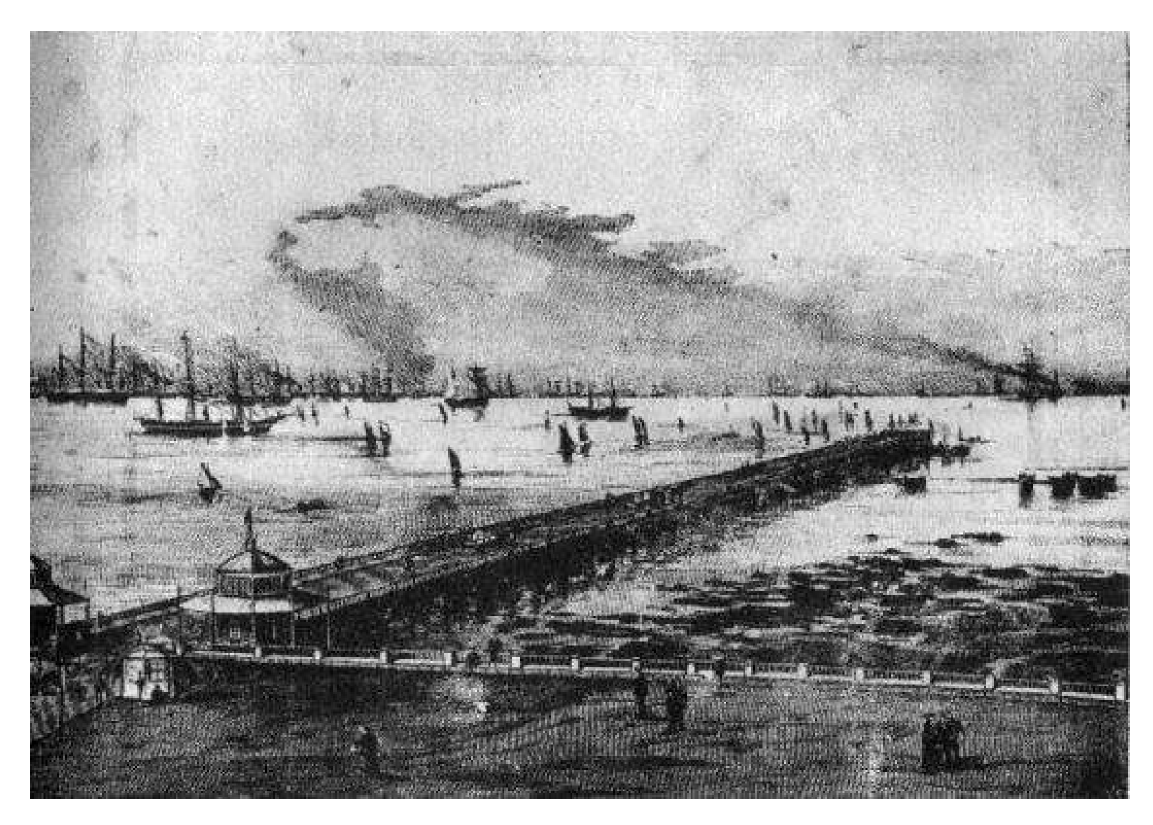
reclamaciones judiciales… ¡He visto un crecido número de temibles caballeros de industria en fuga por asuntos bancarios, de honor o de moralidad! Será sin duda por eso que nuestra vieja sociedad colonial solía mostrarse tan reacia, tradicionalmente hostil con los extranjeros en general, porque ¡se habían padecido tantos chascos!… pues como dice el adagio francés *a beau mentir qui vient de loin*…

Como Buenos Aires carecía entonces de puerto, fondeó el Congo en «balizas exteriores», y el hermano mayor de mi madre, el general Lucio V. Mansilla (autor de *Una excursión a los indios ranqueles*) vino a buscarnos en un vaporcito especial. Desembarcamos en la boca del Riachuelo. Mal sabría describir la impresión extraña de exotismo que me causó *prima facie* esta bendita tierra de mis mayores, tan distinta de la civilización de la Europa tradicional y refinada en la que hasta entonces había vivido. Todo me parecía primitivo y distante como cosa del Extremo Oriente…

Desembarcamos en junio de 1887. Junto con otros coches, la volanta o victoria del general Mansilla nos esperaba y en ella subimos, mi madre, mi tío y yo. El cochero, un criollo muy trigueño, de librea, sombrero alto y escarapela argentina, ostentaba tamaños bigotes, detalle que en Europa constituía una perfecta herejía… Tan pésimamente pavimentadas se veían las calles que cada vez que el coche salía del plácido deslizar sobre los rieles del tranvía, padecíamos tremendos sacudimientos capaces de llevar el hígado a la boca; algo, de verdad, escandaloso. Después de un rodar interminable en tales condiciones, llegamos, por fin, extenuados, a la calle Tacuarí, donde nos esperaba en su casa, solemne y conmovida, mi abuela doña Agustina Ortiz de Rozas y López de Osorno de Mansilla, a quien veía por primera vez, con respeto y curiosidad.

La noble anciana, más bien alta, de porte majestuoso, de cuya relevante belleza en su juventud había oído hablar tanto, bajo el blanco cabello no conservaba más que un aire imponente de soberana, con sus ojos negros y penetrantes, idénticos a los de su hijo Lucio; mi madre, en cambio, tenía más de su padre el general Mansilla, quien fué, él también, según parece, hombre garboso. El azoramiento de la ilustre dama al verse de repente rodeada de aquel enjambre de nietos y biznietos… me impresionó sobremanera. Contábale con paciencia durante horas enteras,

mil pormenores de las cosas, de los personajes y países europeos que había conocido…



Muelle de pasajeros. Buenos Aires, 1885.

El sólo hecho de haber nacido y de haberme formado en Europa hasta los veintiún años, era causa de que no tuviera yo dé mi lejano país, más que referencias y noticias favorables, agrandadas a través del enternecido patriotismo de mis padres…

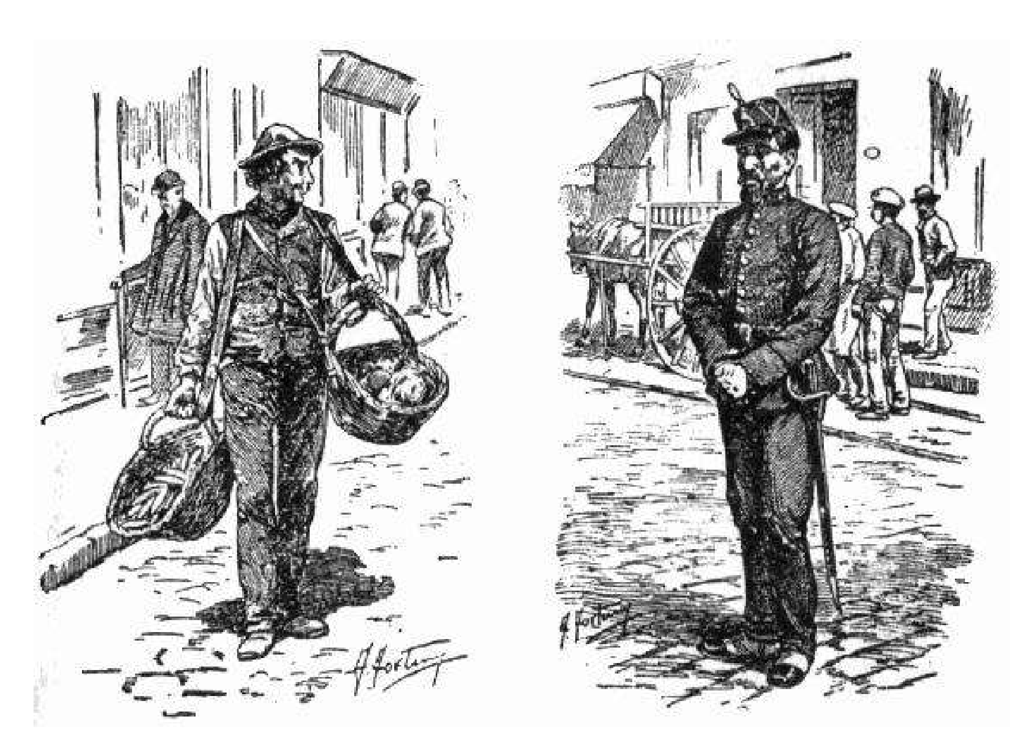
Se me figuraba [ahora] el país como una enorme colonia de improvisados en la que, por falta de población, y por ende, de especialistas y técnicos suficientes, en todas las ramas, cada individuo de alguna significación tenía que llenar tres o cuatro oficios a la vez, con lo cual nadie sabía de nada a fondo, ni los propios gobernantes, y por consiguiente, todo marchaba a la buena de Dios… La famosa «Casa Rosada», célebre en nuestra historia, se me presentaba como un adefesio de increíble desacierto que parecía a la vez una estación de ferrocarril, un pabellón de feria colonial o un templo masónico; algo que no tenía compostura. La ciudad, enormemente extendida, de calles angostas y casas

bajas, edificada sobre terrenos subdivididos como un cementerio, con viviendas de ocho varas de frente y detrás un estrecho cañón a veces de mucho fondo, dos ventanas a la calle y un vano desproporcionado, constituía una metrópoli de puertas para *jirafas*. En los edificios de más de un piso, por puro espíritu de contradicción, no existía un balcón a la misma altura de la casa contigua, sin duda para singularizarse. El conjunto mareaba como una pesadilla… A la vista de nuestra pujante metrópoli… conviene [ahora], suprimir mentalmente las tres cuartas partes de los actuales adelantos y perfeccionamientos edilicios y urbanos.



Martín Fierro junto a la tumba de Cruz. (*Grabado de C. Clerice para la primera edición ilustrada del Martín Fierro*).

El intendente municipal don Torcuato de Alvear, que hizo, a veces, *manu militari*, no pocas cosas buenas para mejorar la ciudad, tan poco agraciada a la sazón, tenía, entre otras, la manía de las grutas de cemento. Instaló una en el reducido jardín de su propia casa de la calle de Cerrito esquina Juncal, que se veía desde la acera de enfrente. Colocó otras en la plaza de Lorea y en la Recoleta, con árboles de imitación, pintados y podados. ¡Un horror! Había adoptado tales simulacros decorados acaso porque entonces adornaban también varios parques públicos de París: el de *Monceau*, del *Bois de Boulogne*, y de las llamadas *Buttes Chaumont*.



Vendedor callejero y agente de policía de la última década del siglo pasado. (*Dibujo de A. Fortuny para el libro «Memorias de un vigilante», de Fabio Carrizo (Fray Mocho)*).

A más de nuestra interminable familia, a su tiempo conocí rápidamente a un sinnúmero de personajes de toda índole y matiz… Observando el severo luto que se estilaba con todo rigor, frecuentábamos mi hermano Eduardo y yo, tan sólo a la familia… Una que otra vez, sin embargo, fuimos a la casa particular del presidente Juárez Celman, que recibía por la noche. Entrábamos también a saludar a la señora, de parte de mi madre. En una densa atmósfera azul de fumadero, cruzábamos salones repletos de amigos, allegados y políticos, diputados y senadores en su mayor parte muy trigueños, que ostentaban tamaños cigarros puros, hablaban a gritos y se reían con sonoras carcajadas. Eduardo y yo veníamos de la Viena Imperial, tan rígida, protocolar y ceremoniosa. Vestíamos frac y corbata blanca, según creíamos del caso, para cumplimentar en su casa al Jefe del Estado, y escuchábamos, de paso, silbar la y de Mancilla como *rara avis* entre grupos de curiosa simpatía. Éramos los únicos en usar traje de etiqueta. Pasábamos en seguida a saludar a la señora de Juarez Celman.

Una vez mi tío Lucio nos previno que la respetable dama le había manifestado con fuerte tonada:

—Por favor, Mansilla, dígale a sus sobrinos que no me besen la mano porque me da ver… güenza…

Aquello resultaba entonces una práctica insólita como cosa atrevida y relajada, para el recato colonial que aún perduraba en las provincias y hasta en la propia capital.

DANIEL GARCÍA MANSILLA.

(*Visto, oído y recordado*. Apuntes de un diplomático argentino. Editorial Guillermo Kraft. Bs. As., 1950, págs. 184 y sigts).

DANIEL GARCÍA MANSILLA. — Diplomático argentino y escritor. Era hijo de Manuel García Aguirre, diplomático también, y de doña Eduarda Mansilla y Ortiz de Rosas, descendiente el primero de don Manuel José García, ilustre personalidad argentina, ministro de Rivadavia, y la segunda hija del general Lucio Mansilla, guerrero de Chacabuco y de doña Agustina Ortiz de Rosas, sobrina del famoso dictador. El doctor García Mansilla, nacido en París en 1866, hizo sus estudios en Francia y se inició muy joven en la diplomacia, en la que llegó a ocupar los más altos cargos, hasta que se jubiló como Embajador con una actuación brillante que acreditó en diversos países. Escribió algunos libros de versos en francés y, ya en su vejez un tomo de Memorias con el título de *Visto, Oído y Recordado* (Editorial Guillermo Kraft. 1950). Viudo de doña Adela Larreta, se ordenó sacerdote en Buenos Aires el 26 de abril de 1953. Falleció en 1957.

LOS NEGOCIOS DE TIERRAS

1880-1890

Comenzaban nuevamente a valorizarse las tierras, porque gozábamos de la prosperidad que trajo el gobierno de paz y honrada administración que nos dió Avellaneda, paz que sólo interrumpió la revolución del año ochenta. Vino el joven general Roca después de la revolución y aplicó su sistema autoritario. Los ingleses, hombres positivos, confiados en nuestra futura grandeza, tomaban en París a los tímidos franceses, oro a tres por ciento para colocarlo entre nosotros en ferrocarriles, ganados y campos…

Como ejemplo de la forma en que se hacían los negocios de tierras, contare algo muy personal. Don Adolfo Bullrich, el gran rematador, anunciaba en cierta ocasión la venta de algunos cientos de leguas en las

regiones de la Pampa, recién mensuradas y distribuidas, próximas a «Victorica». Yo leía el anuncio en la agencia de tierras de Degreef, cuando entró un caballero, bajo, tirando a rubio.



Juego de taba en las cercanías de Santa Fe. 1885. (*Foto inédita cedida por el señor Edmundo Heyman*.}

Presentónos mutuamente Degreef:

—El coronel Rudecindo Roca, hermano del presidente de la República… El señor Mayol…

Conversamos de negocios…

—¿Piensa, coronel, que estos campos en venta son de Casey?

—No todos, algunos son de mis amigos, otros míos.

—Campos conquistados a los indios por el general… ¿Costarán dos mil pesos la legua?

El coronel sonrió sin contestar. Yo continué:

—Base cuatro mil… ¿Cuánto piensa, coronel, que darán por estas doce leguas próximas a «Victorica»?

—Son precisamente las mías; me contentaría si las vendiera por la base.

—A ese precio yo se las compro.



El Cabildo de Buenos Aires en 1888, cuando se comenzó a abrir la Avenida de Mayo. (Al fondo las torres del Colegio).

Roca me miró un instante; pidió para contestarme unas horas. Desconfió, quizá por mi juventud, de la solvencia del comprador y quiso informarse. Esa misma tarde habíamos cerrado el negocio. Puso por condición que yo las dejaría sacar a remate, que la venta se haría por mi cuenta, corriendo yo con los gastos y comisiones, se vendieran o no se vendieran. Acepté firmando boleta de compra en seguida, pero a pagar después del remate. El día siguiente lo pasé buscando la manera de obtener los fondos necesarios para la compraventa. Una vez conseguida la promesa de préstamo, esperé tranquilo.



El pabellón de la Argentina en la Exposición Universal de París. 1889.

Entretanto, y mientras llegaba el día señalado, ofrecióme el activo comisionista Degreef, otras tierras linderas. Consideré imprudente comprar más, cuando no tenía fondos ni para pagar lo que venía de adquirir. El día del remate, Adolfo Bullrich tenía el martillo como en todas las grandes ocasiones. Yo estaba acompañado de mi hermano Ernesto, que no había cumplido aún veintiún años, representando con su cara rubia y lampiña, quince. Tenía el consentimiento de su tutor y él me adelantaba los fondos, entrando en sociedad conmigo. Llegó el turno a mis tierras. El martiliero, con su mirada de águila, encaramado sobre una silla, miró a la concurrencia bien de frente. Su ojo experto, acostumbrado a distinguir en las multitudes al interesado o al curioso, investigó sólo un instante. Comenzó por un discurso, discurriendo con talento sobre la riqueza de los campos puestos en venta. Encendíanse sus ojuelos a medida que la frase se hacía más convencida, más inspirada por la fe en el porvenir. Luego hizo una pausa; marcóse un gesto nuevo en sus mejillas surcadas por arrugas, en su frente movible de luchador inteligente y por fin dijo:

—¿Cuánto dan por estas magníficas tierras donde pronto llegará el tren?… Pasará, seguramente, a menos de diez leguas de distancia. ¿Cuánto valen?… ¿No valen nada?…



Billete de cinco centavos emitido según Ley de 1891.

—Cuatro mil quinientos pesos… —dije yo.

Hubo un momento de silencio en el inmenso patio, negro de concurrencia.

—Quinientos, quinientos, quinientos… Cuatro mil quinientos. ¿Quién da más?… ¿Nadie da más?… Voy a vender, señores… ¿Nadie da más?…

Creí que me quedaba con el embuchado. Parecióme que también esto me daría pérdidas como los caballos de carrera…

—Cinco mil… —dijo, por fin, una voz clara.

Respiré y hubiera saltado de contento…

—Déjalo ir, dejalo ir… —decíame en voz baja mi hermano—; piensa cuánto has ganado sin desembolsar nada…

—Cinco mil, cinco, cinco, cinco… ¿Nadie da más?…

La confianza en el éxito renació de nuevo en mí.

—¡Cinco mil quinientos! —grité, de nuevo, con valor.

—Seis mil… —repitió la voz tranquila y clara de la vez anterior. Yo estaba ya lanzado. Aquella voz bien timbrada era para mí un desafío.

—¡Seis mil quinientos!… —contesté como un eco saliendo de una montaña de oro. Parecióme que mi voz tenía un son metálico y que lo que yo sudaba era oro derretido…

—¡Qué locura!… —me decía mi hermano—. ¡Nos vamos a quedar con el campo!…

—Seis mil quinientos, quinientos, quinientos…

Seguía repitiendo el rematador con la cabeza baja y actitud de golpear con el martillo sobre la mesa para dar el golpe final. Mi hermano entretanto, repetía:

—¡Tonto! ¡Tonto!…

Veía yo frío y angustiado desmoronarse mi sueño de oro: nadie hacía nueva oferta; cuando la misma voz suave de siempre, como un eco celestial, hirió gratamente mis oídos diciendo:

—¡Siete mil!

—¿Te callarás esta vez?… —dijo mi hermano.

No contesté nada. Estaba anonadado de emoción. No hubo quien encareciera la postura. Los compradores eran la firma Schoo Hermanos, grandes comerciantes, colocando en esa forma las utilidades de su comercio. Yo acababa de ganarme, honradamente, treinta y seis mil pesos, que, en aquel tiempo eran oro, o sean unos ochenta mil pesos de los actuales, en una semana, sin desembolsar un céntimo. No me mareó el triunfo porque inmediatamente despaché a mi hermano a casa de Degreef con orden de comprar doce leguas más en la región que me habían ofrecido, al precio de las otras.



Lotería Nacional de Beneficencia. El Gran Salón principal, un día de extracción.

—A medias conmigo —le dije— y si el tutor tuyo no quiere colocar así tu capital disponible, me quedaré yo solo con ellas. Apúrate antes que los propietarios conozcan esta venta—. Al día siguiente éramos dueños de esas tierras que vendimos el año 1886 por diez mil pesos la legua. En la escribanía Cabral, el mismo día cité a Roca y a Schoo, pagando, recibiendo y guardando la diferencia de la primera compraventa en una sola operación. Para un principiante era una promesa halagadora, una razón de lanzarse en nuevas especulaciones de tierras. Mas yo, con prudencia poco común, en desacuerdo con la audacia que acababa de mostrar, resolví poblar en el partido de Lobería una estancia comprada también en los remates de Bullrich, por la suma de veintiún mil pesos, compuesta de cuatro mil quinientas hectáreas y cruzada por el caudaloso Quelicinta. Esa estancia la vendí en plena crisis del año 1890, cuando todos los valores se derrumbaron, en ciento cincuenta mil pesos.

MAYOL DE SENILLOSA.

(*Memorias parleras*. T. II, Años batalladores. Bs. As., 1926, pág. 59).

1888

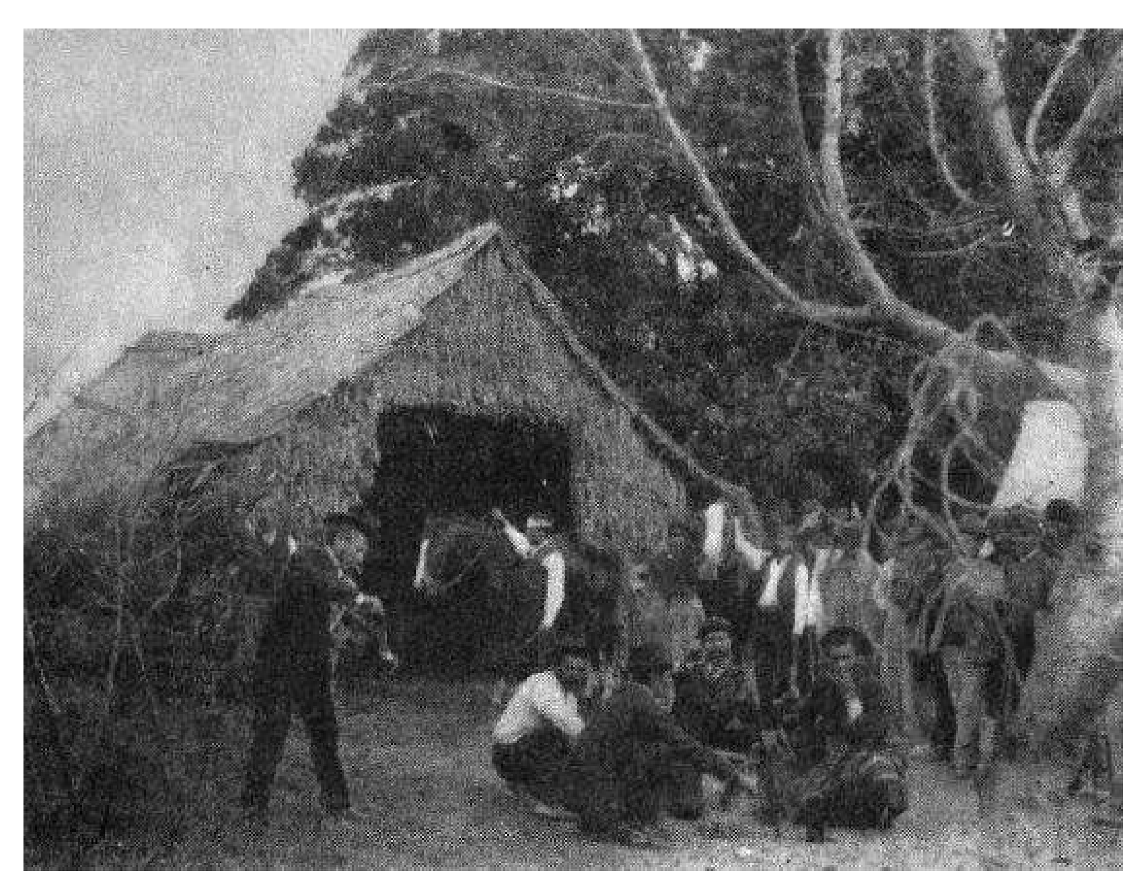
El 26 de septiembre, después de una travesía feliz, anclaba el nuevo vapor en Buenos Aires, a cierta distancia de la ciudad; porque no estaba concluido el gran puerto que permite llegar hoy hasta la parte céntrica de la capital. El gobierno estaba a la sazón compuesto en su mayoría de provincianos, especialmente de cordobeses. Presidía la República el doctor Juárez Celman, cordobés nato, cuñado del presidente anterior, impuesto por él, con la intención de hacerse reelegir nuevamente por su pariente.



En la penitenciaría. (*Grabado de Carlos Clerice para la citada edición del Martín Fierro*).

La tranquilidad de que gozábamos había despertado, aún más que antes, la codicia de los capitalistas extranjeros. El oro llegaba en abundancia y el nuevo presidente, hombre sin experiencia política, que jamás había salido de su provincia, viniendo expresamente de Córdoba a empuñar el mando, el joven presidente se mareó en las alturas, y embriagado por el humo de la gomorresina aromosa con que a manos llenas le cubrían los polizontes y politicastros de que se rodeó, comenzó la danza desenfrenada de los millones. En plena fiebre de empréstitos para obras públicas, la perla del sud, convertida en un vasto astillero, en un inmenso taller, mostraba sus entrañas socavadas por las costosas obras del puerto, por las cloacas, avenidas, parques, líneas férreas, edificios públicos

y privados en construcción. Se caminaba entre escombros y surgían de las ruinas aparentes, palacios y monumentos, estaciones colosales, obras hidráulicas, hospitales higiénicos, escuelas modelos.



El asado antes de la carrera cuadrera. Cercanías de Santa Fe. 1885. (*Foto inédita cedida por el señor E. Heyman*).

Todo faltaba, todo estaba en proyecto y los billetes flamantes de las abundantes emisiones de papel, sin garantía, corrían en los bolsillos repletos de los argentinos. Todo estaba en venta; se compraba y se vendía a precios fantásticos, pasando de los unos a los otros vertiginosamente, sin tener tiempo muchas veces los compradores de tomar posesión del bien, porque lo habían ya vendido a un nuevo adquirente por un precio fabulosamente mayor que el costo. El palacio de la Bolsa se halló pequeño para contener la imprevista afluencia de compradores y de vendedores. Construyeron, con rapidez, uno levantado sobre la plaza de Mayo y Piedad que hoy también ha sido abandonado por otro mayor. Todo era pretexto de negocios, materia especulativa: las grandes empresas de muelles y

depósitos para el nuevo puerto, las sociedades constructoras de edificios económicos, los Bancos en formación, las estancias valiosas, los territorios inexplorados, los terrenos urbanos o a urbanizar en los pueblos adyacentes, los yacimientos mineros de las cordilleras andinas.

Nada tenía un valor fijo y nadie podía asegurar cuánto representaba el importe de su capital en oro; todo fluctuaba, se vivía en un continuo sobresalto. Empapelados por el curso forzoso de los billetes, el agio hacía oscilar su valor con saltos fantásticos. Ni tampoco nadie podía determinar el valor de la propia moneda contenida en su cartera, porque el papel inconvertible tenía como única garantía el crédito; la confianza que inspiraba esa nación joven y entusiasta, lanzada por un camino nuevo, jamás recorrido, sin prudente atadero, en un país guiado por manos audaces e inexpertas, la audacia que da el crédito creciente, la inexperiencia de los pocos años de vida nacional. Era la República Argentina toda una vasta mesa de juego. En el sitial de honor, sus mandatarios dirigían la partida tomando parte en ella, cuando el banquero mostraba los puntos. Como sólo jugaban a cartas vistas, recogían perpetuos triunfos atribuyéndose la parte del león.

La vida de los bonaerenses era, de día y de noche, en la plaza, en la Bolsa o en el salón, una inacabable partida azarosa. En todas partes se jugaba con desenfreno; en los hipódromos grandiosos de Palermo y de Belgrano; en el «Círculo de Armas», en el «Jockey Club», el «Progreso» y demás centros aristocráticos; en los garitos elegantes o populares; hasta en las casas de buenas familias donde las damas y las niñas perdían o ganaban sendas sumas con generosa indiferencia. En la culminación de aquel intenso vivir y peregrina locura yo desembarqué en Buenos Aires. Venía con nosotros entre los pasajeros distinguidos, un nuevo ministro de España: don Salvador López Guijarro, quien hizo buena amistad conmigo durante el viaje. Como lo he dicho, aún los buques fondeaban fuera del puerto actual y las familias solían fletar vaporcitos que iban a recibir a sus parientes. Los míos vinieron en uno de aquéllos; el ministro, seducido por la graciosa distinción de las señoritas y damas que llegaron a recibirnos, pidióme un sitio en el vaporcito, que se dirigió a la boca del Riachuelo, en vez de ir, como la mayoría, a la Aduana Vieja, por donde desembarcaron

los acompañantes que formaban su cortejo, además de sus criados y personas agregadas. ¡El ministro había desaparecido!… ¿Dónde estaba el embajador?… Numerosas delegaciones del comercio, sociedades, personalidades de la colonia, impacientes, esperaron largo tiempo. Nadie sabía lo que le acontecía. Al desembarcar, muchos rodearon al criado del ministro; esto produjo confusión entre los que esperaban, tomándole por Guijarro; la banda de música que llevaron al puerto tocó la marcha real saludándole todos con grave cortesía. Se preparaban a endilgarle sus discursos de cortesía cuando se descubrió el error.

El ministro, entretanto, viajaba en tranvía; nos había dejado en la Boca, ocupados como estábamos en despachar nuestro voluminoso equipaje…

MAYOL DE SENILLOSA.



Horno de campaña y paisanos en actitud de broma. Cercanías de Santa Fe. 1885. (*Foto inédita cedida por el señor E. Heyman*).

1900

Hoy está de moda hablar del 1900. Sospecho que el introductor de esta moda ha sido Paul Morand con su libro sobre el 1900 francés. Entre nosotros creo haber contribuido un poco al mejor conocimiento de esos años con mi novela *El mal metafísico*. Fué el 1900 un tiempo feliz. Buenos Aires no llegaba a los ochocientos mil habitantes. Como gran parte de ellos eran extranjeros, la población nativa constituía realmente una gran aldea. La única inquietud colectiva de esos años fué el conflicto con Chile, que Roca arregló con habilidad. Tampoco había temores de revolución; y si es cierto que don Hipólito Yrigoyen conspiraba en la sombra, no es menos cierto que la ciudad, salvo las autoridades y algunos fieles del caudillo, no tenía noticia de su actividad subversiva o no creía en ella. La crisis económica había pasado. Aumentaban de valor los terrenos y los campos y comenzaban ya aquellos *negocios* que hicieron más tarde reír a don Santiago Rusiñol y que consistían en comprar hoy por diez una casa o un terreno y venderlo días después por veinte. No había grandes fortunas, pero todos tenían dinero… Por la calle Florida, todas las tardes, pasaban y repasaban en sus lujosos carruajes tirados por magníficos troncos, las lindas porteñas, reclinadas con el aire displicente que era de rigor, sin hablar ninguna con su compañera, ni reír, ni mirar a la fila de hombres que las contemplábamos, sino con el rabo del ojo, disimulo exigido por la dignidad, el señorío y la pudibundez de las costumbres.

¡Hermosa época aquella del mil novecientos! Nos aburríamos un poco por falta de diversiones, pero en cambio existían la amistad y el amor. Los novios eran muy vigilados, pero ¡cómo sabían a gloria las ternuras conquistadas a las distracciones maternales! Nadie se casaba por conveniencia y las desuniones en los matrimonios eran fenómenos rarísimos. Aún se ignoraba el tango, y bailábamos una serie de danzas que acaso eran cursis pero que divertían: el *Pas des patineurs*, el *Pas de quatre*, la *Polca Militar*. Todavía circulaban algunos tranvías arrastrados por caballos, y todavía oíase, sobre todo en las primeras horas de la noche, y hasta en barrios del centro, el melancólico organillo con su vals *Sobre*

las Olas o el delirio de *Lucía* o tal cual vieja milonga. Las mujeres llevaban largos los cabellos y los vestidos y no se embadurnaban el rostro ni se pintaban las uñas. Se vivía mucho en familia y se cultivaba la conversación y éramos sentimentales y corteses. No había los odios de ahora, y el anarquismo era una actividad más pintoresca que peligrosa.



Buenos Aires. Un puesto de fruta en el «Mercado del Centro». (1891).

No existían en esos años felices ni automóviles que atropellasen a nuestras personas, ni pasquines que atropellasen al honor. Los almuerzos o comidas familiares serían hoy banquetes. Se bebían excelentes vinos extranjeros y la vida era fácil y barata. Marchaba todo como una seda bajo la mano tutelar y fuerte de Roca. Lo único malo de esta época, tal vez consecuencia del bienestar general, era el materialismo que dominaba. Ahora es mil veces mayor, pero ahora hay sectores que viven una alta vida espiritual… En 1900 la vida era un poco monótona y otro poco mediocre.

MANUEL GÁLVEZ.

(*Amigos y Maestros de mi Juventud*. Ed. G. Kraft Ltda., Bs. As., 1944, pág. 10).

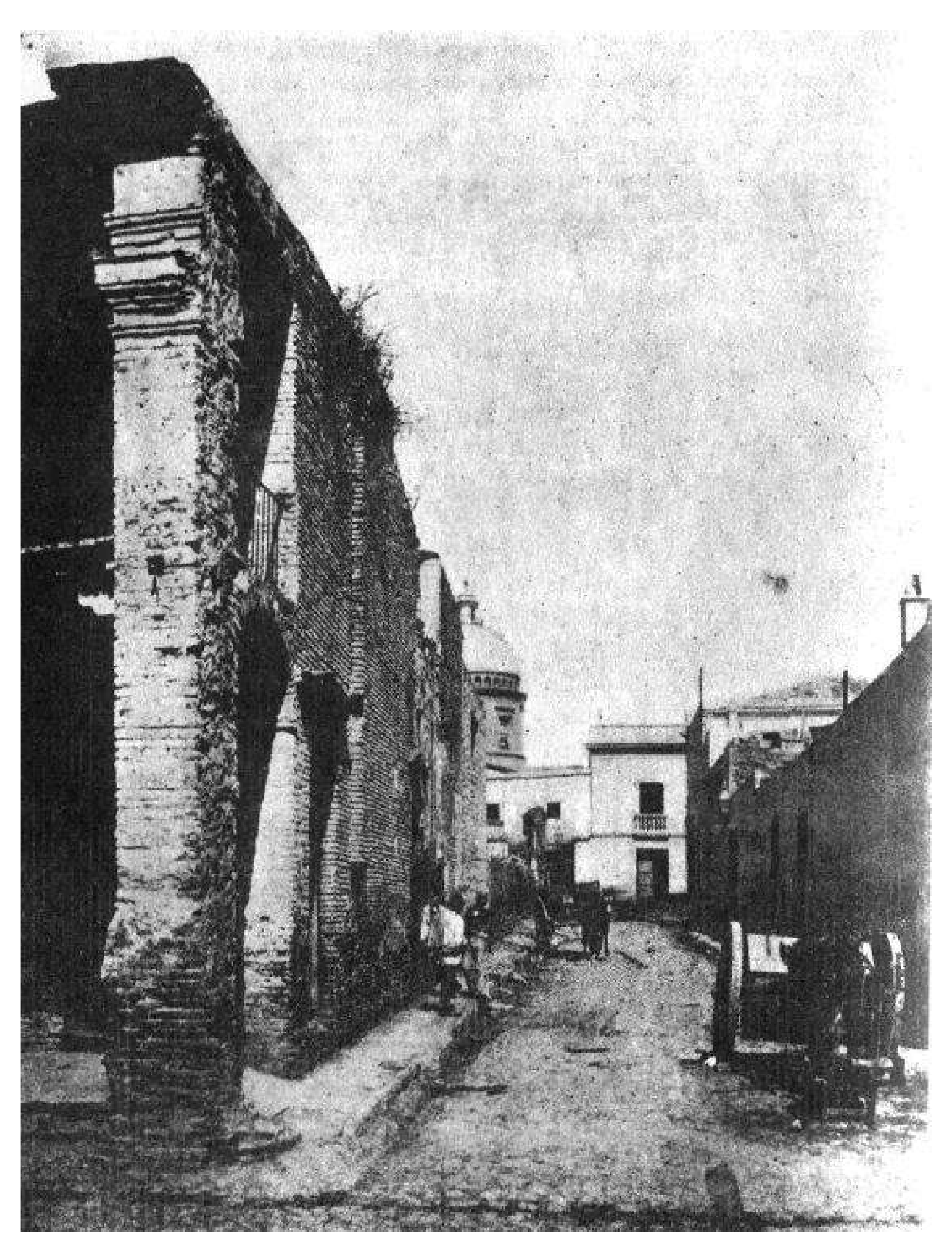
MANUEL GÁLVEZ. — Escritor argentino contemporáneo. Nació en Paraná en 1883. En Buenos Aires fundó la revista *Ideas* (1903). Ha cultivado con éxito diversos géneros literarios: Poesía, Novela, Ensayo, Biografía, Crítica, Novela histórica, y realizado una vasta e importante obra que se extiende en el tiempo desde los comienzos de este siglo hasta la actualidad, en una vida de ininterrumpida labor. Toda la producción de Gálvez denuncia una señalada tendencia nacionalista y sólida cultura de tipo universal. Ha sido crítico de arte en la revista *Nosotros* y ha acreditado su fina sensibilidad en diversos aspectos de su obra. De su libro *Amigos y Maestros de la Juventud* hemos extraído las notas y siluetas que ha podido apreciar el lector.

DE LA GRAN ALDEA A LA METRÓPOLI

Tengo dicho que Buenos Aires en su fisonomía y su ambiente se transformó a partir de 1880, para convertirse de gran aldea en metrópoli. Antes era una ciudad chata de casas bajas en gran parte, sin estilo arquitectónico definido, con ventanas a la calle, zaguán con cancel o verja de hierro labrada, piezas en hilera sobre los patios, de modo, se decía en mofa, que si alguien disparara un tiro en la calle desde la ventana, mataría a la cocinera en el fondo; mas el desarrollo y enriquecimiento del país en las dos décadas finales del siglo pasado hizo que las familias pudientes edificaran suntuosas moradas y palacetes, algunos magníficos, los que en estos últimos años fueron demolidos para alzar los rascacielos de renta, inmensos palomares que hoy dominan y afean considerablemente nuestra urbe.

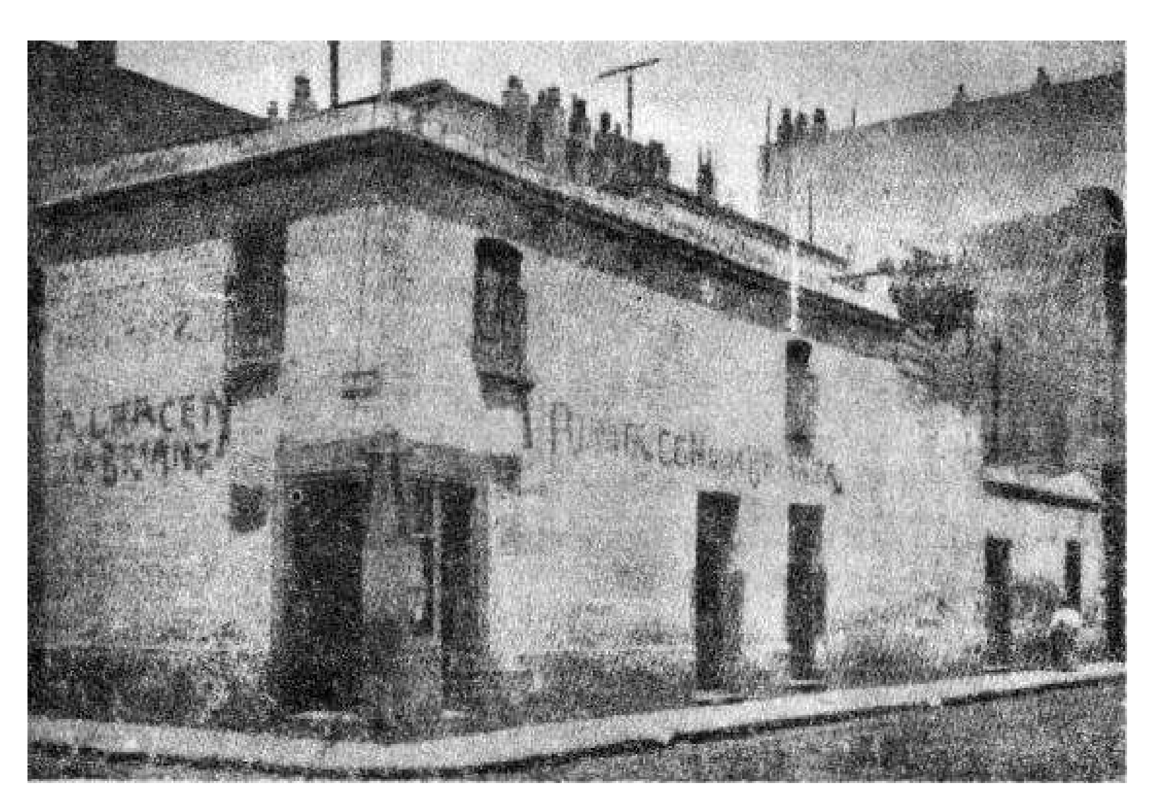
Las calles eran empedradas, algunas con veredas tan altas en relación con la calzada, que recuerdo, siendo yo muy niño, haber visto en la calle Paraguay entre Maipú y Florida y en la del Temple (hoy Viamonte), en cada una de esas cuadras, un puente de hierro pintado de rojo para que la gente pudiera atravesar de una acera a otra, sobre todo cuando las copiosas lluvias convertían esas calles en arroyos. El tránsito no era intenso; los carruajes: cupés, landós, victorias, arrastrados por caballos trotadores rodaban ruidosamente sobre las piedras; los había lujosos con briosas yuntas manejadas por cocheros de librea y chistera; los tranvías, vagones cerrados en invierno y jardineras abiertas en verano con cortinas de lienzo

protectoras del sol, se anunciaban desde lejos con toques de cornetín en las esquinas, y cuando el terreno se empinaba, aguardaba al coche el jinete cuarteador, compadrito orillero que cumplía su oficio canturreando milongas, mientras el mayoral estimulaba con interjecciones a las bestias de tiro.



Calle del Pecado. Vista desde la plaza de Monserrat, donde desemboca (1891).

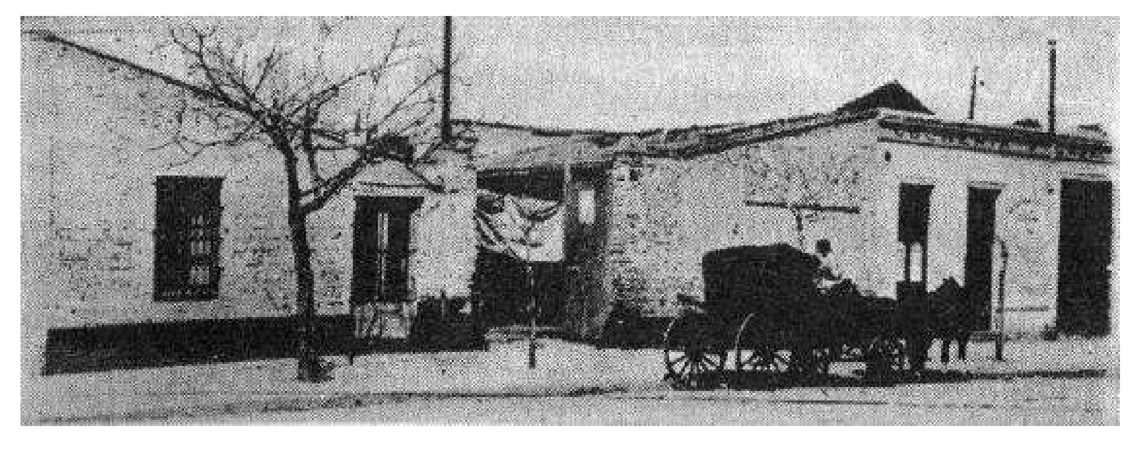
En los barrios residenciales veíase de mañana a los lecheros, casi todos vascos, que llevaban en los costados de su cabalgadura sus clásicos tarros de latón, o a los que arriando algunas vacas con sus mamones, al son tintineante de su cencerro, ofrecían leche recién ordeñada; andaban todavía viandantes vendedores de mazamorra; aguateros, cuando aún no se había establecido el servicio de aguas corrientes, llevando el líquido traído del río en enormes pipas de madera; en las esquinas esperaban al cliente los changadores con su cordel: eran mocetones corpulentos y membrudos; los faroleros corrían en la hora crepuscular con sus encendedores, rematados en una pequeña antorcha para prender los faroles de gas que iluminaban las calles con luz amarillenta.



Fotografía de comienzos de siglo de la casa que ocupó Juan González Salomón, jefe de la Mazorca (Sarmiento esq. Maipú).

Quedaban en esa época bastantes negros, a pesar de su disminución considerable desde los viejos tiempos; la casi totalidad de los servidores de la Administración y Congreso lo eran, y también estaban, sobre todo las mujeres, adscritas al servicio doméstico de familias tradicionales que las tenían de criadas, vinculadas muchas de ellas a la casa a través de varias

generaciones. Conocí a un negro viejo de más de ochenta años que vivía en lo de la señora Josefa García de Lagos, abuela de los Gallo y suegra de Pellegrini; había sido esclavo de la familia, nacido antes de la declaración sobre libertos proclamada por la Asamblea de 1813; formaba parte integrante como servidor jubilado de ese hogar; le llamábamos «don Robustiano»; su figura era alta, las maneras afables, la apostura grave; lo veíamos salir de paseo muy orondo y paquete, con bastón de cabo plateado y galera de pelo, vestido siempre con las levitas viejas de Pellegrini o del doctor Lagos García. El negro más interesante que recuerdo haber visto fué el ordenanza del Ministerio de Relaciones Exteriores llamado Honorio, diríase el precursor del cargo de jefe de protocolo o introductor de embajadores, pues recibía a los diplomáticos en la antesala de la cancillería, los anunciaba con correctísima cortesía y daba a cada uno, según el rango, el título correspondiente, estando muy bien enterado de la importancia, que el graduaba con justeza, del jefe de la respectiva misión. He oído la siguiente anécdota que contaba el doctor José A. Terry, ocurrida en circunstancias en que éste renunció a la cartera ministerial; la dimisión presentada por el canciller era ignorada cuando el ministro renunciante fué al despacho a retirar sus papeles y llamó a Honorio. «¿Qué desea ordenar el Excelentísimo Señor Ministro?», preguntó el ordenanza. «He venido a despedirme del personal porque he renunciado», dijo Terry. «¡Ah!… ¡Cuánto siento que usted se vaya, doctor!», exclamó el negro, quien al instante había graduado el tratamiento protocolar pertinente.



Frente de la singular tienda «Don Juan del aujero» (1899). (*Archivo Gráfico de la Nación*).

Los negros conservaban todavía, cuando yo era adolescente, sus sociedades tradicionales de solidaridad, y con motivo de la inauguración de la estatua del negro Falucho, que se erigió frente a lo que hoy es el Plaza Hotel, acto que presencié, concurrieron más de mil morenos perfectamente organizados, en corporaciones. A diferencia de lo que ocurre en otros pueblos, ellos siempre gozaron aquí de la simpatía general.

Palermo era el sitio preferido de paseo cuando llegaba la primavera; a la tarde las familias, niñas y jóvenes, concurrían a la Avenida de las Palmeras en charolados coches descubiertos que relucían al sol; y al regreso, entre el polvo de la Avenida Alvear, no pavimentada aún, el corso se prolongaba hasta el anochecer en la calle Florida.



Interior de la tienda de «Don Juan del aujero» (1899). (*Archivo Gráfico de la Nación*).

Poco a poco todo fué cambiando en Buenos Aires; las cosas y los tipos característicos se extinguieron y borraron para dar lugar a una metrópoli cosmopolita, rica, lujosa, europeizada, sin fisonomía original. Al recordar la gran aldea de mi infancia, tan peculiar, tan nuestra, tan criolla, comprendo el sentimiento de añoranza que anima el siguiente párrafo

escrito por Cunninghame Graham en su evocación de *Buenos Aires de antaño*: «Sé que la ciudad es grande y próspera y rica, muy más allá del soñar de la avaricia; sé que incesantemente grandes barcos arriban y se amarran a sus muelles de piedra tallada y que los pasajeros pueden saltar a tierra y entrar en sus automóviles. Todo esto lo sé y me regocija sin convencerme. Así le sucede al hombre que en su juventud ha visto a una bailadora gitana, morena, ágil y cenceña, y se ha complacido en verla desde lejos, que años más tarde viene a encontrarla casada con un capitalista, esplendorosa de joyas y trajes de París, y que piensa que a sus ojos era más hermosa allá en el Burrero, envuelta en su raído mantón de Manila».

CARLOS IBARGDREN.

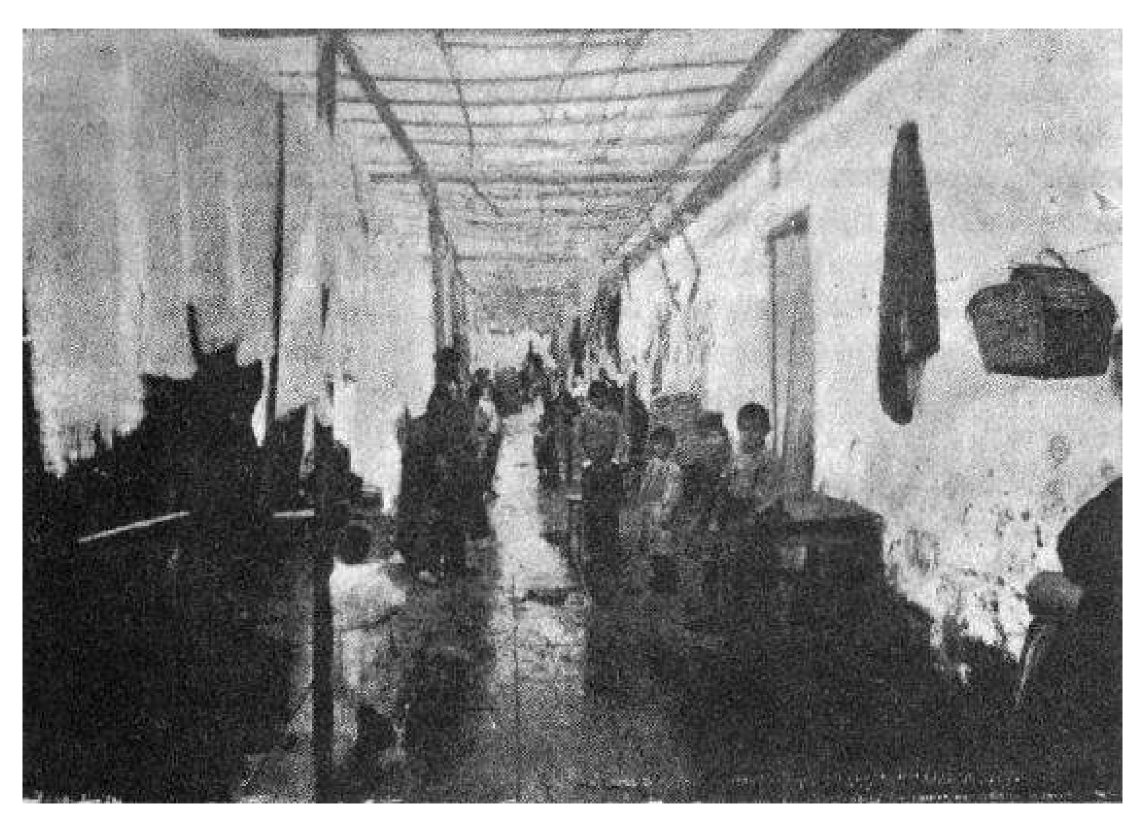
(*La historia que he vivido*. Ed. cit., pág. 61).

SALTA

1903

Desde esta altura (San Bernardo). Salta aparece en todo su sabor gracioso y típico de ciudad española de pura estirpe; con sus tejados a dos aguas de teja acanalada, sus largos canalones de estaño acabados en picos de pájaros, emergiendo de las cornisas, para echar, cuando llueve, el agua de los techos sobre los transeúntes; su arquitectura sobria y maciza, en que luce la reja moruna y suele hacer sus fintas de arte decorativo el dibujo arabesco, esculpido en vetustas portadas conventuales; con sus numerosas torres de iglesia y su apacible sosiego de ciudad recatada y sedentaria, Salta aparece a los ojos como una pequeña Burgos, llena de gracia simple, de decoro y sencillez en la vida, y de carácter en su aspecto histórico y pintoresco, lleno de nobles reminiscencias. Los compañeros de excursión van detallando el panorama que, en sus líneas generales, después del cetro,

aquí, por nuestro lado y el campo de Castañares por la derecha, se extiende por el frente hasta la serranía de San Lorenzo, a cuya falda, como un bando de palomas posadas al azar, destacan sus siluetas entre verdores realzados por la nota escarlata de ceibos en flor, las villas de un delicioso pueblo veraniego… Trayendo más acá la mirada, el caserío apeñuscado, blanco y risueño, la ciudad alineada con sus manzanas simétricas, se ofrece, ya, concreta, a nuestro examen. Y lo primero que llama la atención es un núcleo de ciudad nueva que se ve condensarse a la derecha, dejando un vacío entre su recinto y la vieja ciudad. Pregunto y me lo explican en una frase: «Allí está la estación del ferrocarril»… Es claro, allí está el progreso, ese bárbaro moderno, destruyendo las viejas armonías con su arrastre perentorio y brutal… Aquello era campo liso, era el llano de Castañares, durmiendo bajo la leyenda de la épica jornada que turbara su silencio noventa años atrás. Pero llegó la locomotora y todo un bloque de ciudad marchó hacia aquel rumbo, se amontonó en orden, y con el gesto autoritario del progreso, declaró que allí estaba la cabecera de la ciudad. Y así ha tenido que ser, porque detrás de la estación, surgió en el valle el Buen Pastor, el palacio de gobierno, espacioso y lindo, la usina de luz eléctrica, un convento dé redentoristas, un hermoso hospital, el Asilo de Huérfanos, casas particulares, una plaza —en fin un pueblo, todo él congregado, del año 90 a esta parte, como un majestuoso cortejo de notabilidades provincianas en torno de su Alteza la ferrovía…



Interior de conventillo. (*Del libro «Les logements ouvriers a Buenos-Ayres», del Doctor Samuel Gaché. París, 1900*).

La ciudad vieja, ofrece, sin embargo, un sabor más grato, de sencillez hospitalaria y distinción hidalga. Destacan en su macizo pintoresco, las plazas de Belgrano y 9 de Julio, ornadas de grandes árboles, poniendo notas de color amable en la austeridad del blanco de las paredes y en la aridez oscura y uniforme de las techumbres. Sobre el nivel de las casas, en que la azotea, sin quitar el sabor morisco del aspecto arquitectónico, suele agregar una comodidad a la casa y una variante a la mirada, se alzan las torres y cúpulas de media docena de iglesias: la Catedral, de ingenuo estilo, no exento de grandeza, el centenario convento de San Francisco, con una torre moderna que domina todas las demás alturas de la ciudad, y más lejos la Capilla del Obispo que no es sino la antigua Catedral… Todavía, antes de espaciar la mirada hacia la izquierda, se hacen notar dos rasgos característicos de Salta: los *tagaretes* o zanjas de desagüe —especie de canales deyectores de la ciudad que las obras de salubridad han de abolir llevándose con ellos un perfil fisionómico de Salta— y los burritos leñateros que por el Portezuelo entran en largas arrias, todas las

mañanitas, trayendo cargas de leña seca que ellos mismos, los diligentes y sagaces borricos, reparten a domicilio. El burro llega a la puerta, llama —no sé cómo— pasa adelante, llega hasta el fondo y entrega la carga a la cocinera, todo con tanta inteligencia como uno de esos italianos que aquí, en Buenos Aires, llevan a las casas de la clientela la cuotidiana provisión de legumbres… A las diez de la mañana están las cocinas provistas, y los burritos, satisfechos y livianos, emprenden el regreso en largas caravanas por la calle Alvarado que corta por el eje a la ciudad; la siguen en su prolongación hasta que, oblicuando ligeramente, se convierte en camino. Marchan por él hasta pasar el puente de la antiquísima *Zanja Blanca* que corre a todo lo largo entre la ciudad y el San Bernardo, y, repechando el boquete del Portezuelo, se pierden poco a poco en los enrevesados vericuetos de la senda serrana.

Desde arriba se dilataba el valle encantador hasta la lejanía indecisa de un celeste desvaído. Primero verdeaban, entre los cuadros oscuros de los rastrojos, alfalfares y cebadales en los que se adivinaba la bendición del regadío. Arbolados de fincas, como islas de sosiego en aquel piélago afanado de tareas agrícolas, destacaban sus manchones verdinegros en cuyo centro, alegremente, blanqueaban las viviendas. Una extensa alameda de carolinos gigantescos se desarrollaba, dilatada como una cinta sobre el suelo blanquecino, salía de la ciudad y seguía, por muchas cuadras hasta llegar al gran puente… Pasando el río, se insinúan turgencias de lomadas: son los Cerrillos, cuyas hondonadas servían de escondite a los tenientes de Güemes para disimular su presencia, mientras ronceaban la ciudad preparando una de aquellas fiestas del coraje que diezmaban los escuadrones realistas.

MANUEL BERNÁRDEZ.

(*La Nación en marcha*. Bs. As., 1904, pág. 89).

MANUEL BERNÁRDEZ.— (1867-1942). Escritor, diplomático y político uruguayo, nacido en Cádiz, pero formado desde muy niño en el Uruguay. Emigrado de este país a Buenos Aires en 1898, pasó doce años de su vida en la Argentina, donde publicó bus libros *De Buenos Aires al Iguazú* (1901), *La Nación en marcha* (1904) y *Hacia las cumbres* (1905). Más tarde fué ministro del Uruguay en Brasil y representó también a su país en Bélgica e Italia.

BUENOS AIRES, 1910

EL DIOS «PESO»

El dinero, en todas partes, es cosa perseguida. Desde que el hombre inventó estos pedacillos de bronce, de cobre o de plata, de oro o de aluminio, el poseer estos redondelitos, que se pueden cambiar por tantas cosas, que da frío sólo pensar en ellas, el tenerlas en abundancia ha sido un afán tan considerado y tan glorioso, que al que no puede conseguirlo la sociedad le llama… *pobre*, una de las palabras más denigrantes que ha podido inventar.

¿Quiere usted tener casa?

El que no compró terrenos á tiempo en el CABALLITO

Anda de conventillo en conventillo sin encontrar pieza

90 LOTES EN EL CABALLITO

A 2 cuadras del eléctrico de GAUNA

SOBRE LAS CALLES

Vírgenes, Pasamambo, Paysandú, etc.

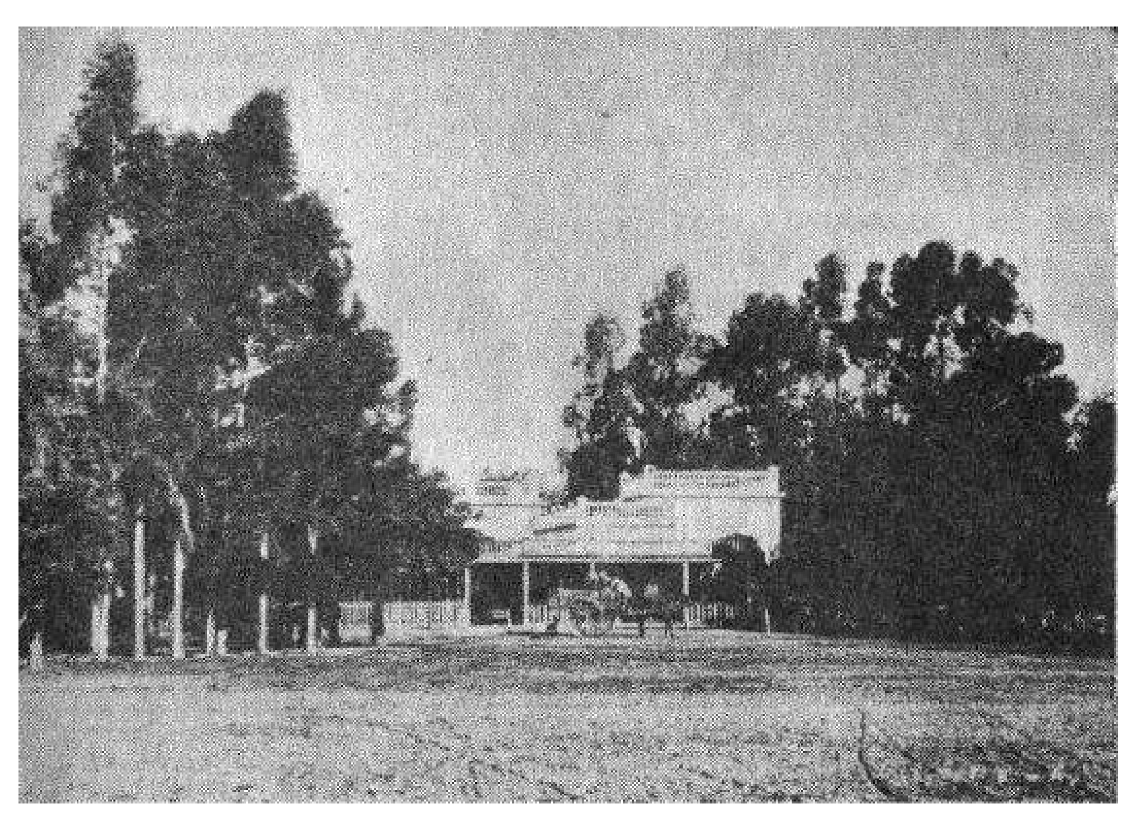
REMATARÁ R. ALCORTA

El DOMINGO 22 de ABRIL á las 2.30

Pedir boletos para el tramway, gratis, y planos, ó por correo, 195, Reconquista.

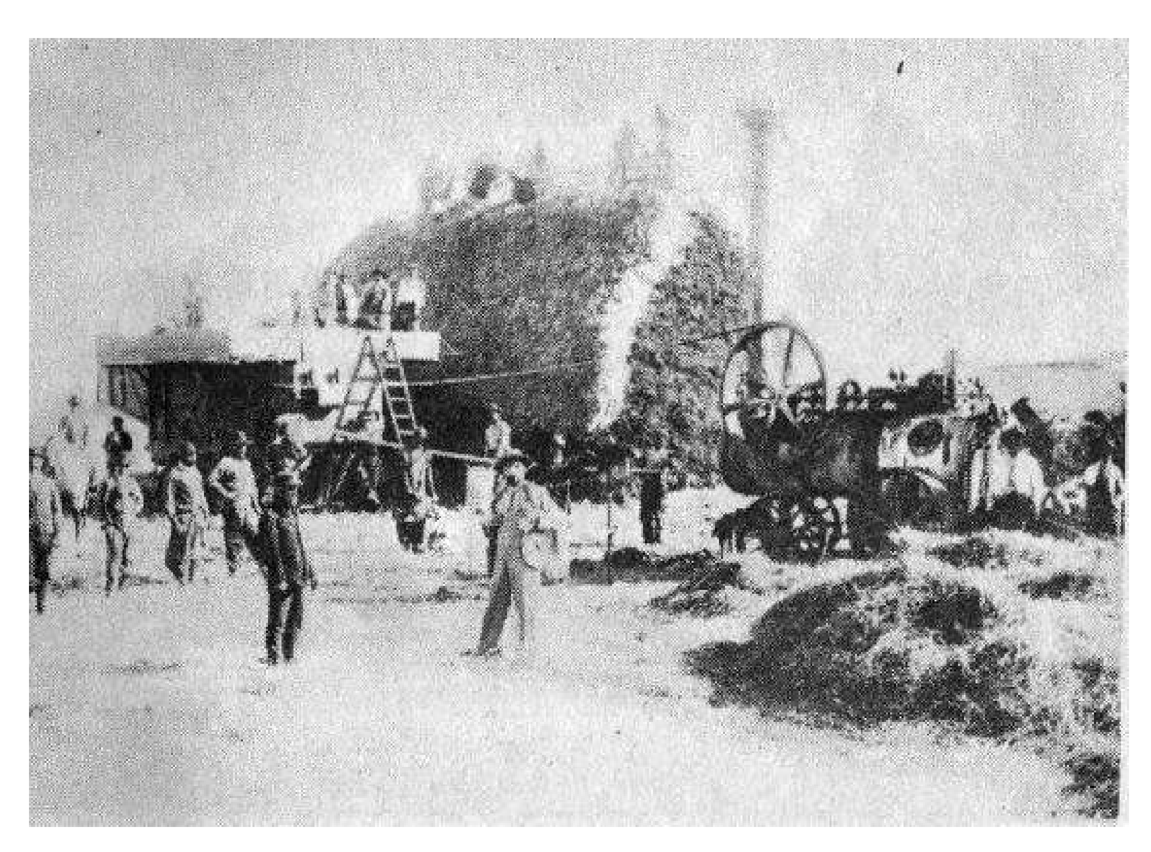
Aviso publicado en la revista *Caras y Caretas*, el 14 de abril de 1906. (*Archivo Gráfico de la Nación*).

Pero el ser pobre, según dónde y según en qué sociedades, tiene pequeñas compensaciones que podríamos llamar de orden moral, y que si no engordan, al menos consuelan. Un poeta, por ejemplo, que no tiene dinero, puede sostener un poco su espíritu con una cosa que llaman gloria, engaño dorado y venturoso que ilusiona a tantas almas; para el pintor o el músico de fama, el aplauso es tesoro; con él van viviendo como por encanto ante los colores y las notas; la nobleza, los títulos, la herencia llenan el corazón de vanidades, gracias a los cuales también se puede ir tirando; la religión ha consolado a tantos pobres como pobres ha hecho, y eso que ha hecho bastantes, y si va predicando la miseria, ha dado el consuelo para sufrirla; cien otros motivos —de orgullo, de esperanza, de fe, de ideales— han dado alas ilusorias para llegar al fin, y el hombre que no ha tenido dinero, ha tenido… tal vez poca cosa, pero esa poca cosa, cuando tiene alas de fantasía, da un aliento espiritual que no siempre puede lograr el dinero.



Restaurante de J. Hansen, uno de los más famosos de la época. Estaba en el «Parque 3 de Febrero». (*Archivo Gráfico de la Nación*).

Aquí… no; aquí… por ahora… hasta el momento actual, el arte, la gloria, la idealidad, la fantasía y otras… tonterías, no son cosas cotizables ni compensan un poco la importancia del *peso*. Sea porque la vida es cara, y antes de pensar en los postres hay que pensar en el caldo; sea porque el *gringo* y el que no es gringo hayan tomado este país como tierra de restauración, en vez de tierra de promisión, sea porque para el cultivo esta tierra pide brazos en vez de hombres, sea porque muchos de los que llegan traen hambre atrasada, después de haber perdido la fe en toda clase de creencias, sea porque los hombres nuevos, cuando no son raíces, son abono indispensable, es cierto, para que nazcan flores, y aquí hay más abono que flores; sea todo esto junto, más otros motivos, y que el materialismo es fruta que hasta que se madura hace daño, si es que una vez madura no hace estragos, el caso es que, entre los que llegan, los que ya están aquí y los que estaban antes, la lucha del peso es tan terrible que, comparadas con ella, las batallas de Alejandro son verdaderos juegos de niños.



Obreros trillando. (*Archivo Gráfico de la Nación*).

En todas partes se persigue el *peso*. En todas partes se le busca, pero aquí se abusa de él. Id por las calles y estad seguros de que en los pedazos de conversación que vayáis oyendo al paso, en cada diez palabras van cuatro *pesos*; hablad con algún conocido y al cabo de un momento os dirá que ha venido aquí para hacer *pesos*; mirad a los escaparates y al lado de todo veréis el peso correspondiente. Hay quien valúa a los hombres por pesos, y la caza del peso os persigue y convierte la ciudad en una inmensa boletería, en un gran mercado, en una inmensa feria, en un juego de arrancacabellos, en que cada cabello valiese un peso, y jugasen todos a ver si consiguen dejarse calvos unos a otros.

Naturalmente, en ese hormiguero, el que nace con la desdicha de tener sentimientos poéticos, o se figura que el arte no se pesa con *pesos*, vive ¡el pobre! como un pingüino junto a la lumbre. Si hace cuadros, los tiene que vender a *pies* o a *chacras*, como lotes de belleza simétrica; si hace retratos, ha de procurar que parezcan lo que parecerían si los hombres fuesen fotográficos; si hace versos, está perdido… En este país decimal, lo único que no se miden son los versos, y los poetas hacen versos Ubres, sin duda para desahogarse; si hace trabajos literarios, salvo en algún periódico, como *La Nación* y bien pocos mas, no encuentra colocación para ellos; si quiere ser artista independiente, le dejan serlo (aquí no se prohíbe nada), pero como el peso no va hacia él y él no va hacia el *peso*, y el independiente necesita comer, o pierde la independencia, o, sin esperar mucho, coge a cuestas las ilusiones y, estando en tierra de inmigrantes, él emigra.

No hemos visto ningún país, de todos los que conocemos, en que los artistas y los poetas alejen más el espíritu de su tierra natal. Por cada escritor que vaya vestido con las tradiciones de la pampa, hay cientos que viven con Verlaine, con Baudelaire, con el señor Pelletan, con D'Annunzio, con los decadentes, y sueñan desde su rancho con *chez Maxim* o con el Rat Mort; por cada pintor que pinte el Paraná, hay veinte que pintan el Sena, y a las aguas vivas de sus ríos, las destiñen con aguas muertas; y por cada autor dramático que arranque la vida de su pueblo, cincuenta la arrancan de otros dramas, y se ven *Guignoles* y se ven Ibsens,

enfriando el fuego de la tierra; como *Verbenas* y *Revoltosas* contrarrimando las danzas tristes de estas llanuras desoladas.

Esto hace que el poeta, acaso en ninguna parte, es tan poeta como aquí; porque canta solo, como los pájaros, porque canta por cantar, porque su alma reacciona contra el *peso* y el materialismo. En ninguna parte nos han leído más *obras* que en este medio positivista, ni con más unción ni con más alas. El que lee a un extranjero lo hace con aliento del alma, con un deseo y con una esperanza que parecen ir diciendo al leer: «Tú, que aún quieres amar el arte, escucha un momento lo que te dice un corazón que aun no se ha dejado ahogar por el peso. Tú, que no eres de los inmigrantes que vienen a niquelizarnos, comprende un momento dónde vivimos, y déjanos fantasear un rato. Tú, que eres hermano de aquellas tierras donde hay aún rincones desiertos para ir a soñar, sueña conmigo y dame la mano. Estos son los únicos centenarios que no se celebran con frac, ni con discursos, ni se llenan con palabras hechas a molde, y en los cuales no se ponen primeras piedras, ni piedra artificial para sostener hombres de tierra ni lápidas… de aluminio».

Pero el *peso* es el *peso* y ante el *peso* se inclinan las delegaciones y las princesas y hasta el pueblo.

SANTIAGO RUSIÑOL.

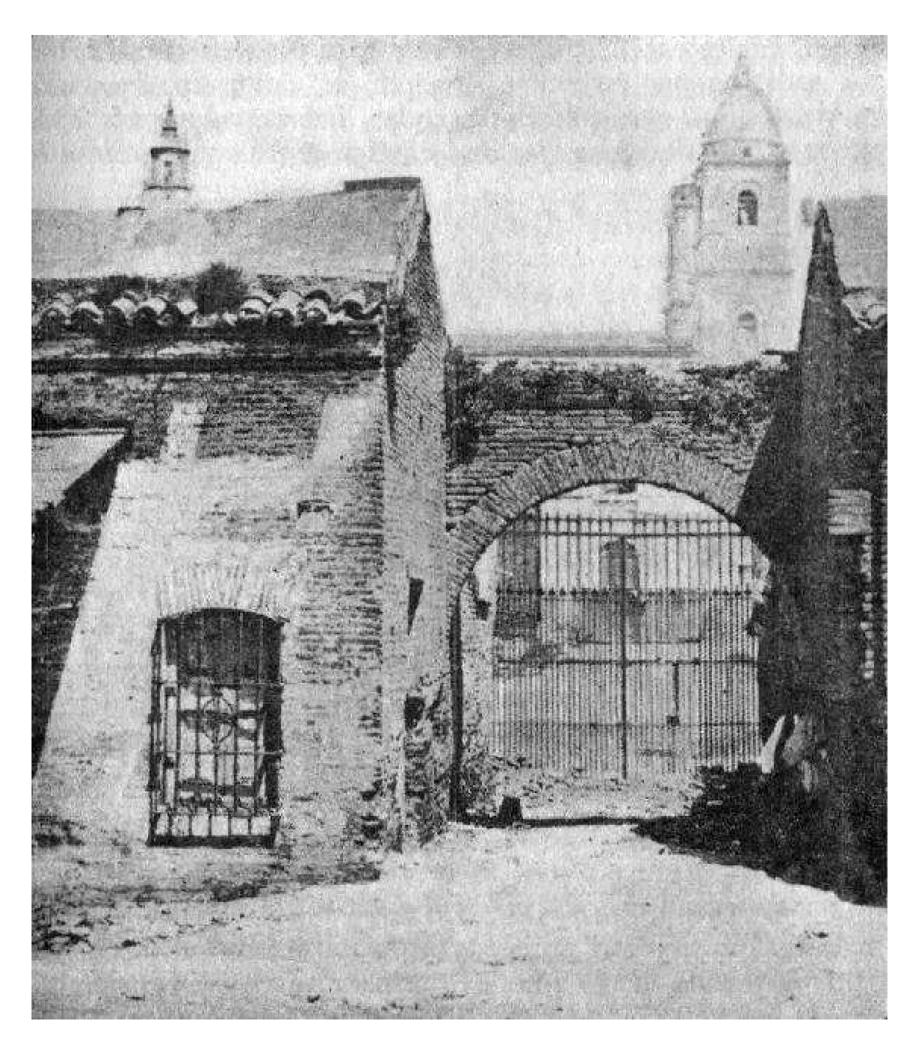
(*Un Viaje al Plata*. Madrid, 1911).

SANTIAGO RUSIÑOL.— (1861-1931). Escritor, dramaturgo y pintor español (catalán); desarrolló con gran éxito una obra relevante en la literatura y en el arte de su país. Visitó la Argentina en 1910 y dejó un libro lleno de finas observaciones que se aparta del tono apologético y bombástico propio (con raras excepciones) de la literatura «de centenario». En el libro de Rusiñol percíbese una ironía benévola, reacción natural de una sensibilidad de artista frente a ciertos aspectos de una civilización sin arraigo verdaderamente nacional, desdeñosa de los valores nativos y rabiosamente utilitaria.

EL CONFERENCIANTE

1910

Salvando excepciones honrosísimas, el conferenciante altruista que llega a esta tierra con la antorcha del saber flameante, con el brazo en alto como la estatua de la Libertad, no viene ni con rebaja de precios ni a sueldo de su tierra. Viene por su cuenta, espontáneamente. Quiere lanzar ideas, sólo ideas; quiere regalar al auditorio el fruto de sus conocimientos; quiere hacer luz, claridad, mucha luz; quiere extender los conocimientos que lleva acumulados dentro, por medio de la palabra; quiere guiar a todo un trozo de América hacia la ruta del progreso; y quiere, en fin, «sembrar la semilla que ha de florecer en el campo de la humanidad y libertar a los pueblos que aún duermen».



Depósitos de la Aduana Vieja, calle Balcarce (1891).

Es muy natural que el que se despierta pague la entrada en el campo liberal (si la libertad fuese gratis cualquiera podría tenerla), y que el que

viene a enseñar tantas cosas, y el que descubre tanto saber, y trae tantos conocimientos, haga pagar el consumo al pueblo, cuando el consumo no es de vino, sino de pan intelectual. El conferenciante hace pagar la entrada. No por nada, no por ambición, sino porque, como en el mundo son tantos los que quieren aprender, habría empujones a la puerta, y una desgracia trae otra consigo y el conferenciante es altruista. Primero que aprendan los ricos a tanto el palco y a tanto la butaca, luego los de fortuna media, y el pueblo ya vendrá después. El pueblo tiene que hacer otras cosas y puede esperar un ratito a recibir la luz de la palabra.



«Los Inmortales», antiguo café instalado en la calle Corrientes. (*Archivo Gráfico de la Nación*).

El conferenciante llena la sala, y como suele ser demócrata, van más señoras que hombres. El conferenciante, que va de frac, que había pensado un prólogo haciendo un llamamiento al pueblo, y a las clases laboriosas, en cuanto ve en derredor suyo tantas cabecitas rubias y tantas caras bonitas, gira en redondo, interinamente, y envía un saludo a las damas allí reunidas, y un puñado de flores retóricas va a caer sobre el público, llenando de aroma toda la sala. Después de esta introducción, la emprende

con la Argentina, y en períodos amplios y redondos empieza a cantar sus bellezas, y a recorrer su historia y a decir del modo más florido todo lo que pueda decir una guía *Joanne*, si la guía *Joanne* no fuese tan concisa y se sintiese un poco conferenciante. Después habla de lo que piensa decir… y… cuando debiera decirlo, como ha pasado ya la hora y media, pone un *se continuará*, lo mismo que en los folletines, y convida al público a volver, no por el precio de la entrada, ¡eso nunca!, sino porque no le gusta que un público de buena voluntad se quede sabiendo las cosas a medias.

En la segunda conferencia, es decir, en la continuación, resume todo lo que había dicho en la otra por si había quedado alguna duda; y para resumir, naturalmente, necesita emplear una media horita; después de esto, un poco de agua con azucarillo, y entre si hablará de esto o de lo otro… aquel día todavía duda, pero hace bastante: explica claramente que tiene intención de hablar de arte, de letras y de literatura; que desde los griegos hasta nuestros días no se piensa dejar nada en el tintero; que estudiará las escuelas una por una y siglo por siglo; que, pasando por el Renacimiento, después de haber tocado la Edad Media, irá a parar al Romanticismo; que se detendrá buen rato en la Edad Moderna, y que en el campo de la Historia no se puede ir demasiado aprisa, y como todo lo que ha dicho, lo ha dicho en períodos de esos redondos, hinchados y grandilocuentes que piden su tiempo, llega la hora del *Continuará* y despide al auditorio lleno de luz y de buena esperanza.

A la tercera ya va al grano. Ya no anuncia nada; ya son hechos. Ha atacado lo griego con un aliento, que bien se ve que es cosa de trascendencia, y ha caído una lluvia tan grande de mármoles pentélicos y de Partenones y Fidias y Apeles y Praxiteles, que si aquello no es arte, no sé qué más se va a pedir. Claro es que todo lo que va diciendo está muy detallado en muchos libros y hasta con láminas explicativas; pero los libros son para leer y no para escuchar; y en el mundo es muy necesaria la división del trabajo; hacen falta hombres que sepan las cosas y hombres que las expliquen. La Grecia ha sido *un terreno* que siempre ha dado buen resultado a todos los conferendantes, y el conferenciante me la coge y vuelve por aquí y cae por allá, y ahora Pericles, y luego Demóstenes, y hoy

que Platón y mañana que Aristóteles, se puede hacer durar un discurso tanto como duró Grecia…, si no hubiese pasado la hora y media.

El conferenciante, en cuanto ha terminado, se va a la *boletería*, no por interés, naturalmente, sino para hacer una estadística de la afición que hay en la Argentina por el estudio del clasicismo…

SANTIAGO RUSIÑOL.

LAS COMISIONES

BUENOS AIRES, 1910

Ésta es la tierra de las Comisiones. Le quieren convidar a usted a comer; le encuentran a usted en el café y le dicen:

—Mañana vendremos a convidarle a usted. La comida será a las dos y en tal sitio. Ya está encargada.

—Pues muchas gracias y hasta mañana.

—No; mañana volveremos a decírselo a usted.

—Pero si ya lo sé; si acaban ustedes de decírmelo.

—Se lo hemos dicho, sí, pero no oficialmente. Espérenos mañana a las once y vendremos en Comisión.

—¿Ustedes mismos?

—Nosotros mismos.

—Pero si…

—No se canse, que es costumbre. Usted lo sabe porque se lo hemos dicho, pero viene a ser como si no lo supiera; hasta que se lo hayamos dicho en *fórmula* el convite no es convite, es conversación. Todo está dispuesto, todos lo esperamos, pero para que conste *en acta* necesitamos venir a notificárselo.

Y aquellos mismos tres señores, al día siguiente van al hotel, y lo que habían dicho de palabra, lo vuelven a decir con oratoria. Se adelanta uno, dice unas palabras *sentidas*, los demás aprueban y saludan, y desde aquel

momento ya no ignora usted lo que sabía desde el día antes; que tiene usted que ir a comer a las dos, con apetito, de *gala* y de etiqueta.

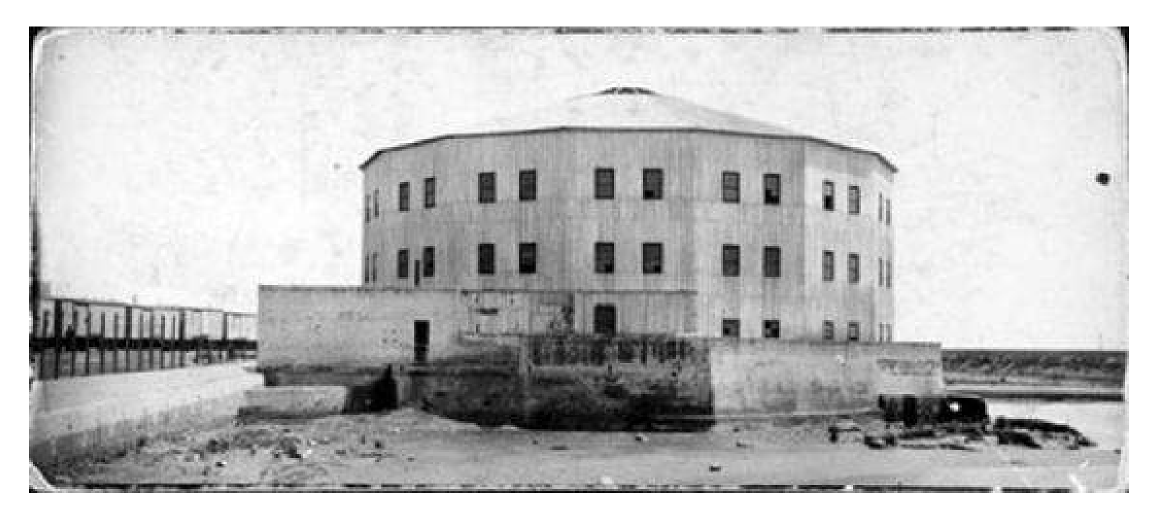
Tiene usted que firmar la hoja de un álbum destinado a hacer un regalo, o a una tómbola, o a un beneficio, pues siempre hay tres señores que se lo dicen a usted el día antes, pero que es como si no lo dijeran.

—Tráigame usted el álbum y lo firmo.

—No puede ser.

—Pero si lo quiero firmar.

—Que no puede ser. Tenemos que traérselo a usted nosotros mismos, pero ha de ser a una hora señalada de antemano, y necesitamos que usted nos diga oficialmente que está dispuesto a aceptar la tarea, y darle a usted las gracias.



Hotel de Inmigrantes, edificio provisorio. (Archivo Gráfico de la Nación).

Y al día siguiente llegan tres levitas con un paquete cuadrado, que es el álbum, y se lo entregan a usted casi en bandeja, y entonces sabe usted de cierto que lo tiene que firmar, y cuando lo ha firmado usted, en vez de mandar un recado diciendo que ya está listo, tiene que volver la Comisión y volver a echar su sermoncito, lleno de frases ingeniosas y de cosas serias.

Quieren que vaya usted a algún casino a leer algún trabajo, de esos que se leen para fundar una escuela, un gimnasio, un juego de bolos o una capilla: toda la junta y todos los socios se lo han pedido llanamente, en el café, en la calle, en casa, en el mismo casino, y habéis dicho que sí, y

habéis jurado que sí, y les habéis prometido la asistencia por todos los santos y por todas las vírgenes; pues… como si no hubieseis dicho nada: hasta que ha venido la Comisión, no les consta y no se enteran. Quieren palabra de Comisión. Lo prometido sin oratoria viene a ser como un documento al que no hubieseis puesto la rúbrica. Aquí hay comisiones para todo…

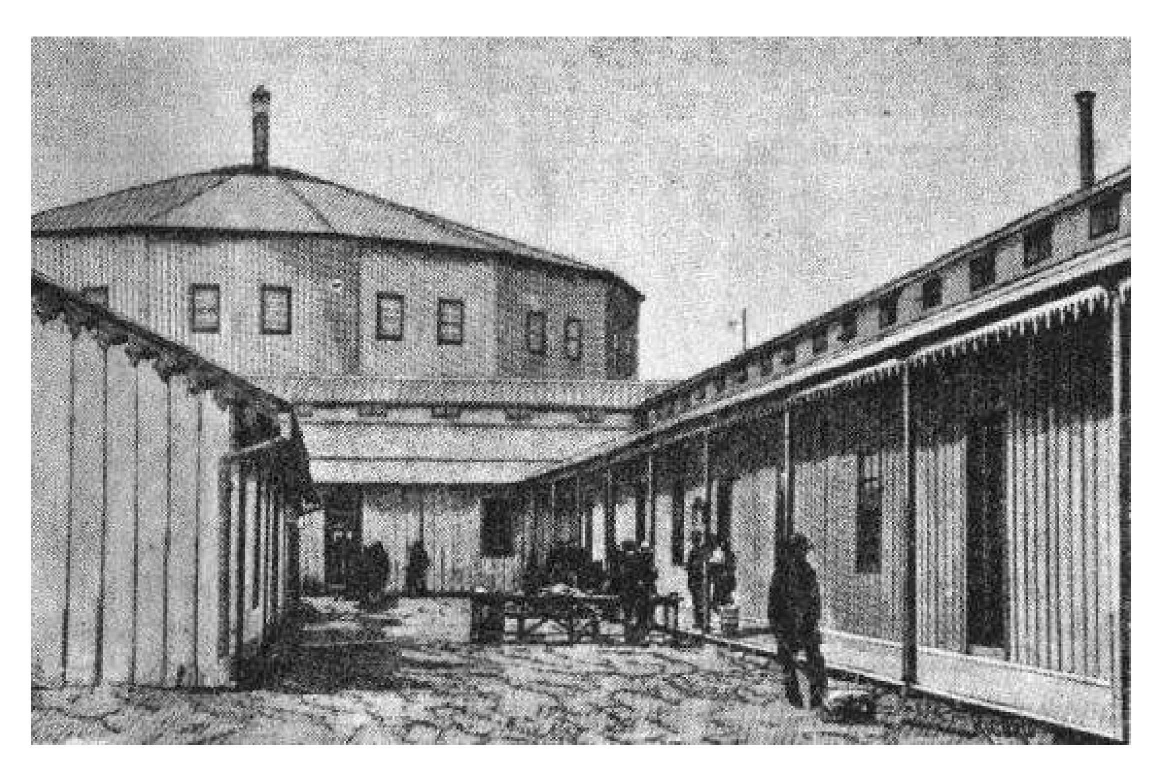
SANTIAGO RUSIÑOL.

(*Un Viaje al Plata*. Madrid, 1911, pág. 161).

SANTA FE

1910

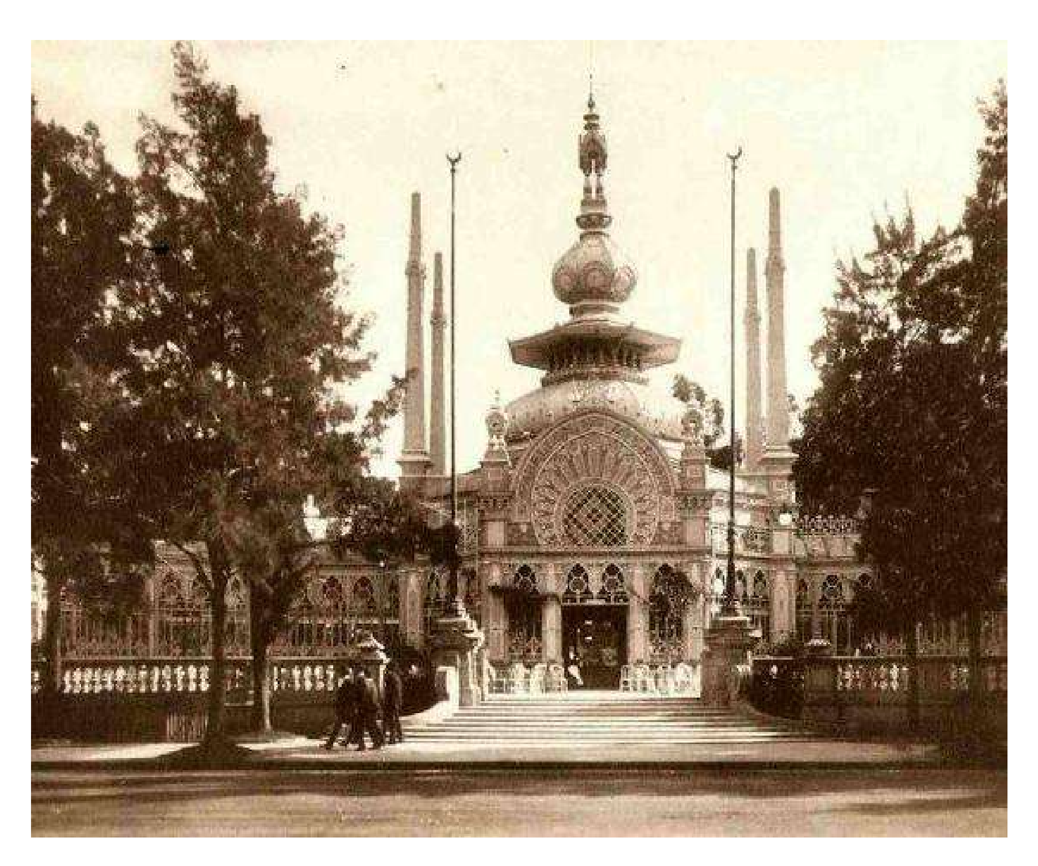
Hay hombres que por su aire, por no se sabe qué, son simpáticos a primera vista, y lo mismo pasa con las poblaciones. La estación, el primer paseo que se encuentra, las primeras casas, el color o la limpieza de las primeras paredes que se ven, hacen que un pueblo, ya a la llegada, sea más o menos agradable, y le mire uno con buenos o con malos ojos y forme de él una opinión, que, aunque pueda cambiar con la estancia y el reposo, por lo pronto, es la buena.



Vista interior del Hotel de Inmigrantes, edificio provisorio.

Santa Fe es simpática en seguida. No serán las siluetas, por que la ciudad es llana como todas las de la Argentina: no será la irregularidad, porque también es de las de cuadratura; ni la urbanización de las calles, porque ya nos hemos acostumbrado a ella; ni la limpieza que domina por todas partes; ni las casas bajas de techo, ni las tiendas que son como todas, ni un hermoso teatro, ni la escuela de dibujo, ni los cafés, etc., será tal vez, más que por todo eso que tiene, por algo de ello que le falta; será porque venimos acostumbrados al trajín de angustia que mueve las otras ciudades y ésta no trajina tanto, o porque entre las filas de casas regulares y parejas se encuentra aquí de cuando en cuando una tapia sin revocar, con ramas de naranjo que salen por encima de las paredes burlándose de la disciplina; que el río, aquí, todavía no es puerto, y tiene orillas y campo para extenderse; que en los patios se permiten tiestos con flores, y que las flores no son de trapo, y sobre todo y más que nada, porque el pueblo tiene un poco de historia, y de la historia aún le quedan casas que ya empiezan a tener patina y plazas que empiezan a tener hierba, y cosas que ya tienen recuerdos, y en un sitio como esta América, en que todo está hecho el día antes, al encontrar algo de más atrás parece que se ensancha el corazón. El

polvo de un poco de ruina es tan necesario al espíritu, como el oxígeno, el hidrógeno y otras sustancias que según dicen personas que lo entienden, bastan al cuerpo para vivir.



Pabellón de los lagos, en Palermo. (Archivo Gráfico de la Nación).

También sirve de mucho para respirar estas cosas encontrar un buen guía espiritual que os lleve al sitio donde han de respirarse, y aquí hemos tenido la suerte de encontrar al cicerone más culto, más amable, más inteligente y más artista que puede encontrar viajero que viaje en busca de sensaciones. Este guía es Rosas,[54] el intendente, hombre que pudiendo *posar* no *posa* como tantos otros compañeros de carrera de su misma tierra; que sabiendo mucho no se da tono; que habiendo viajado no lo cacarea; que conociendo toda Europa, ama tanto a su pueblo que querría convertirlo en jardín para los ojos y para la inteligencia, y este guía es quien nos ha llevado a ver lo que no enseña ningún guía, por el solo motivo de que no saben verlo. Él no nos ha enseñado campos de cultivo: nos ha enseñado paisaje y Argentina; no nos ha enseñado fachadas de

casas, de hombres que han hecho su fortuita a toda prisa y a puñetazos y no han tenido tiempo de tener buen gusto, sino rincones dorados por el sol; no nos ha llevado donde hay *chacras*, sino donde hay flores, ni nos ha enseñado la América rica sino la América donde brotan capullos que pueden florecer más adelante, ni donde el río va encajonado, sino donde puede correr libremente, ni donde se pronuncian discursos, sino donde había manos que estrechar. Con él hemos recorrido lugares solitarios donde brota hierba entre las piedras, y no pasan los coches, y los hombres no se pisotean, y donde se oyen tocar campanas; hemos ido a almorzar al campo, donde no se oyen los fonógrafos, ni los gramófonos, ni los aparatos malignos, y los pájaros se acercan a cantar sin maquinaria; hemos ido a la orilla del río, a mojarnos los pies en la arena sin muelles, ni carenas, ni machinas; hemos visto resbalar en el agua barcos que no eran de cinematógrafo, y plazas desiertas y fachadas viejas, y árboles floridos, y todo esto ha sido tal descanso para nuestra alma, cansada de jugar a cuadros y a simetría, que a eso debemos más que a cosa ninguna este consuelo de desviarnos de la línea recta que nos ha proporcionado el amigo Rosas.



Escena callejera. Buenos Aires, 1904. (*Archivo Gráfico de la Nación*).

Y más que nada, le debemos el habernos llevado a ver el convento de Franciscanos que se encuentra en esta ciudad y que es un oasis de América. Figuraos un convento que, aunque no es muy antiguo (del siglo XVII), rodeado de tanta casa nueva, es ya cosa venerable. El estilo es entre muzárabe y plateresco, pero aplicado a las colonias. Lo que en España era piedra aquí son ladrillos, y lo que allí son ladrillos, aquí es estucado[55]. El claustro, sobre todo, es magnífico, no por lo grande ni por lo suntuoso, sino por su recogimiento, su aroma y su poesía. En medio, un pozo, en derredor naranjos; por el suelo senderitos como bordados. Y los arcos, las columnas, las cornisas y los capiteles, en vez de ser de piedra son de madera, como si hubiesen cogido un claustro del Albaicín y lo hubiesen traído en carabela a hacer una colonia mística, como quien trae un pedazo de España, con sus recuerdos y su historia, y le planta como una tienda en estas tierras tan lejanas.

SANTIAGO RUSIÑOL.

(*Un Viaje al Plata*. Madrid, 1911, pág. 229).



Vagoneta funeraria, tirada por dos caballos que, utilizando los rieles del tranvía, transportaba los féretros al cementerio. (*Archivo Gráfico de la Nación*).

BUENOS AIRES, 1910

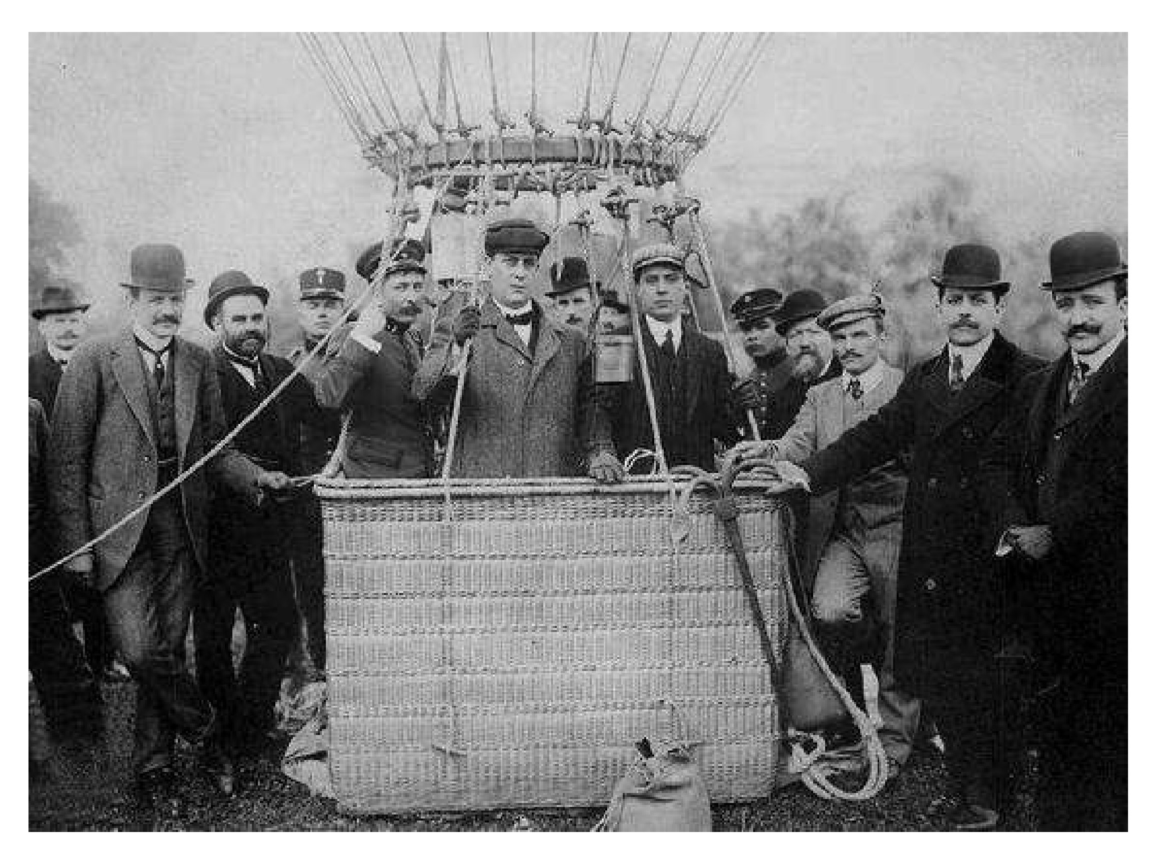
Por fin se descubre la ciudad. De entre los nubarrones grises que arrastra el *Pampero*, surgen las formas macizas de los grandes elevadores, algunos de esos pesados cubos de mampostería en que se complace la América del Norte. No se ven altas torres de iglesias ni edificios de arte dominante. Orillas prosaicamente planas que no se distinguen de las aguas más que por una línea incierta y algunos vagos macizos de palmera; ningún movimiento del terreno y, por consiguiente, ningún fondo de cuadro. Somos guiados por dos barcos pilotos, todos empavesados, porque el presidente de la República almuerza en el puerto mismo a bordo de un barco escuela, y todos los pabellones le hacen los honores.



Calle Florida. La tradicional arteria aparece adornada con lamparitas eléctricas en homenaje al Presidente del Brasil. Fué una de las primeras ocasiones en que se suplantó al gas en el alumbrado callejero (1910). (*Archivo Gráfico de la Nación*).

El Regina Elena se coloca muy lentamente en el muelle: se amarra el puente provisional, y he aquí que una delegación del Senado argentino,

acompañada de un ayudante del presidente de la República, viene a darme la bienvenida. También se presenta una diputación de la colonia francesa, trayendo a su cabeza a M. Py, el distinguido presidente del Banco Francés del Río de la Plata. Cordiales apretones de manos. Se cruzan miles de preguntas. Se cambian amistosas palabras, que hasta toman a veces la forma de un breve discurso, en el que se dedica un recuerdo a la patria. Invasión de periodistas. Inútil es decir que *La Prensa, La Nación* y *El Diario*, tienen que decir algo. Doy las gracias a todos los miembros del Senado, me despido del excelente capitán, reiterándole la expresión de mi buena amistad y monto en el automóvil que, en diez minutos, me pone en la puerta del hotel. Ya estoy en la República Argentina, y es el momento de abrir los ojos.



Eduardo Newbery, en compañía del mayor W. Correa y H. Anasagasti, antes de iniciar una ascensión en el globo «El Pampero». Julio de 1908. (*Archivo Gráfico de la Nación*).

En primer lugar, Buenos Aires. Una gran ciudad de Europa, dando por todas partes la sensación de un crecimiento prematuro, pero anunciando, por el adelanto prodigioso que ha tomado, la capital de un continente. La

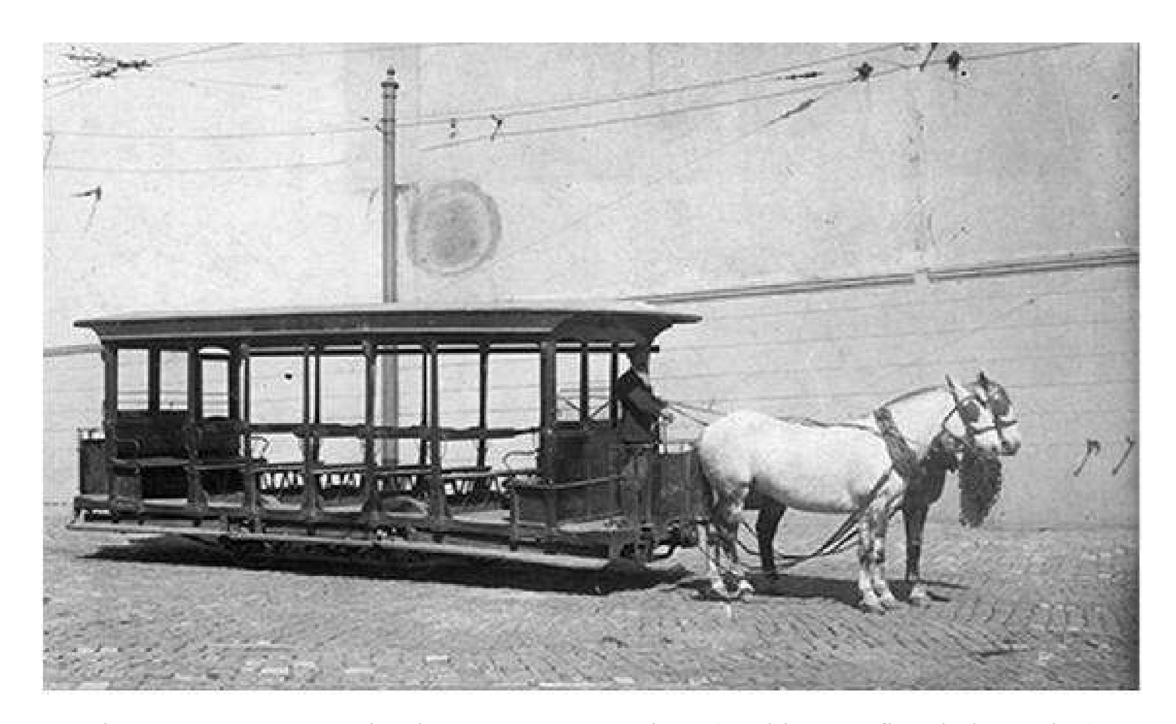
Avenida de Mayo, tan ancha como nuestros mejores bulevares, se parece al *Oxford Street* por el aspecto de los escaparates y la decoración de los edificios. Punto de partida: una gran plaza pública, bastante torpemente decorada, limitada por el lado del río por una gran construcción italiana, llamada la Casa Rosada, donde residen ministros y presidente, y con cuyo edificio forma paralelo, a la otra extremidad de la avenida, otra gran plaza, improvisada de ayer, que se termina por el palacio del Parlamento, colosal edificio, casi terminado, cuya cúpula se parece al Capitolio de Washington. Se observan todos los estilos de arquitectura y principalmente el llamado *tape à l'oeil*. El edificio más suntuoso es, sin contradicción, el de la opulenta La Prensa, que visitaremos más tarde.



Ambulancia automóvil de la Asistencia Pública en Buenos Aires a principios de siglo. (*Archivo Gráfico de la Nación*).

La arquitectura italiana reina en Buenos Aires. No se ven más que astrágalos y florones entre crueles artesonados de líneas torcidas, excepción hecha, bien entendido, de las coquetas quintas y de los imponentes palacios que designan a la atención pública las moradas de «la aristocracia». Me parece que los «barrios de negocios» se asemejan en todos los países del mundo. El centro comercial de Buenos Aires es el más

obstruido que existe. Las calles, espaciosas hace veinte o treinta años, para una población de dos o trescientas mil almas, resultan hoy lamentablemente insuficientes en el corazón de una capital de más de un millón de habitantes. Las aceras, tan estrechas de por sí que no permiten la marcha de dos personas de frente, están limitadas por un molesto antecuerpo de tranvía que pasa cerca de ellas poniendo en peligro a los transeúntes. La atención de la policía reglamenta severamente la circulación. Hasta ha sido necesario prohibir el paso de carruajes durante la tarde en ciertas calles, para dejarlas libres a los movimientos de la multitud, cuando la afluencia creciente amenaza paralizarlo todo…



Primeros tranvías que circularon en Buenos Aires. (Archivo Gráfico de la Nación).

Es de sentir que no pueda contarse el mar entre las atracciones de Buenos Aires. Una ribera sin relieve no se presta a las disposiciones de la decoración. Vegetación mediana. Un agua de un ocre sucio que no es decididamente ni rojo ni amarillo. Nada se encuentra allí para la recreación de la vista… Perfecta salubridad. Ningún gasto se ha economizado para satisfacer las exigencias de las reglas de una buena higiene municipal. Avenidas plantadas, jardines y parques dispuestos para poner grandes cantidades de aire a la disposición de todos y ofrecer

céspedes a los juegos de la juventud deportiva. Jardín zoológico y jardín botánico modelos en su género. Magnífico hipódromo rodeado de una verde cintura, *Palermo*, verdadero *Bois de Boulogne* argentino. Un francés, el genial M. Thays, bien conocido de todos sus colegas de Europa, es el que tiene la dirección soberana de las plantaciones y de los parques de Buenos Aires.

El jardín zoológico

Botánica y zoología son hermanas. Abandonamos las plantas por los animales, acompañados de M. Thays, que hace gustoso una visita a su vecino M. Onelli. El director del jardín zoológico de Buenos Aires es un hombre pequeño, flemático, de lenguaje franco-italiano, tanto más sabroso, cuanto que su carácter cáustico y burlón se complace en las fórmulas de ironía concentrada. ¡Qué lástima que sus animales, de los que él es el padre y la madre, el hermano y la hermana, no puedan saborear sus agudezas! Todavía no está seguro de que ellos no comprenden nada de lo que él dice… Las grandes fieras se *humanizan* a la vista del amo si es verdaderamente permitido hacer uso de una tal palabra para expresar una atenuación de ferocidad. El *puma*… acude para ofrecer su lomo a las caricias de la mano fraternal con un gruñido ronco… Después de una conversación con los deliciosos pingüinos, hacemos un saludo a los avestruces grises de la pampa… Pero ya estamos en el palacio de los elefantes. Hay una media docena bajo una vasta cúpula y la vista de M. Onelli los pone a todos en movimiento. Balanceo de las pesadas masas grises, batimientos de las enormes orejas acompañados de pequeños guiños de ojos, y chorros de trompas interrogadoras, prontas a todo lo que se presente. Un amable elefante familiar, la joven *Fahda*, nacida en aquellos mismos lugares, empuja a los colosos y se abre camino hasta M. Onelli, que cambia con su amiga palabras tiernas… «No tenemos secretos el uno para el otro», dice dulcemente… Y esto es más verdad de lo que él cree, porque la joven trompa se dirige con presteza al bolsillo tentador del director, de donde saca un paquete de cartas que inmediatamente traga el animal. Exclamaciones tan tardías como vanas del destinatario… M.

Onelli nos ofrece amablemente para descansar un instante, la hospitalidad de su salón. Pero ¿qué quiere decir esto?… Una criada nos viene a abrir la puerta con un pequeño puma en sus brazos, y no sé qué bola hirsuta sobre su espalda. Rechinamiento de blancos dientes se oyen bajo los muebles. Se encuentran serpientes enroscadas en las butacas… Decididamente ya no estamos fatigados.

GEORGES CLEMENCEAU.

(*Notas de viaje por la América del Sur*. Versión española por Miguel Ruiz. Ed. Cabaut y Cía., Bs. As., 1911, págs. 26 y sigts).

GEORGES CLEMENCEAU.— (1841-1929). Ilustre personalidad francesa de quien se dijo que había organizado la victoria de los aliados en la guerra de 1914-1918. Para 1910 ya era uno de los políticos más afamados de su país y mundialmente conocido. Vino a la Argentina en el año del centenario. Visitó también Brasil y Uruguay. Escribió un libro *Notas de viaje por América del Sur* (1911) donde figuran las páginas que se han elegido para esta colección.



El presidente de la Nación, Dr. José Figueroa Alcorta, a la derecha de la Infanta Isabel de Borbón, de España, junto con los representantes extranjeros a los festejos del Centenario y ministros del Poder Ejecutivo, se dirigen hacia la Casa de Gobierno después del Tedéum oficiado en la Catedral, en conmemoración del Centenario de la Revolución (1910). (*Archivo Gráfico de la Nación*).



JOSÉ LUIS BUSANICHE (Santa Fe, 1892 - Buenos Aires, 1959). Abogado e historiador argentino.

Entre sus obras se destacan «San Martín visto por sus contemporáneos», «Rosas visto por sus contemporáneos» y «Lecturas de Historia Argentina. Relatos de Contemporáneos, 1527-1870» reeditado en 1959 bajo el título de *Estampas del Pasado*.

Busaniche es uno de los exponentes más destacados de la corriente denominada Revisionismo histórico en Argentina.

Notas

[6] Véase t. II, pág. 29. [Las referencias a páginas de la obra —que en su mayoría indican la ubicación de la biografía del autor en cuestión— se conservarán a fines de respetar el original, a pesar de que las mismas no tengan funcionalidad en esta edición digital (*N. del E. D.*)]. <<

[7] Véase t. I. pág. 244. <<

[8] El general Mansilla era gobernador de Entre Ríos. (*N. de J. L. B.*). <<

[9] El estudiante del *Diablo Cojuelo*, la novela de don Luis Vélez de Guevara, imitada por Le Sage con el nombre de *Le Diable Boiteux*. Los ingleses la llaman *The limping Devil* o *The Devil on two sticks*. El diablo, encerrado a una redoma, es liberado por el estudiante Cleofás Leandro Zambullo. Rasgo satírico de Beaumont contra Rivadavia. (*N. del T.*). **<<**

[10] En la actual plaza Lavalle. <<

[11] Véase t. I, pág. 299. <<

[12] El general Mansilla escribía en Europa. <<

[13] Véase t. I, pág. 318. <<

[14] Véase t. I, pág. 324. <<

[15] Esta profecía ha resultado una completa y lastimosa equivocación. 1845. (Nota de Darwin). <<

[16] Véase t. I, pág. 244. <<

[17] *Conducta*: Recua o carros que llevaban la moneda a la corte. <<

[18] Véase t. II, pág. 50. <<

[19] La batalla de Ayacucho que dió fin a la guerra de emancipación hispanoamericana había tenido lugar el 9 de diciembre de 1824 y fué ganada por el general Antonio José de Sucre, teniente de Bolívar, y su ejercito. El general español Pedro Olañeta fué muerto el 2 de abril de 1825 por sus mismos soldados. (*Nota de J. L. B.*). **<<**

[20] Véase t. II, pág. 84. <<

[21] Véase t. II, pág. 17. <<

[22] Habría muchos tobianos y manchados entre los caballos de Gándara. La palabra inglesa «piebald» se aplica a todo caballo manchado: overo, tobiano, *etc.* (*N. del T*). <<

[23] Véase t. II, pág. 152. <<

[24] Véase t. II, pág. 165. <<

[25] En la estancia «Las Cabezas», de Mr. Black, sur de Entre Ríos. El autor acababa de llegar en una diligencia. <<

[26] El lenguaje de los *cockneys* de Londres, lenguaje por así decir suburbano. <<

[27] Smithfield… barrio de los mataderos de Londres. <<

[28] Véase t. II, pág. 237. <<

[29] Actual plaza Lavalle en Buenos Aires. <<

[30] Donde ahora se levanta el edificio de los Tribunales. <<

[31] Véase t. II, pág. 151. <<

[32] Véase t. II, pág. 288. <<

[33] De pelo desgreñado. Chilenismo. <<

[34] *Civilización y barbarie*. <<

[35] Seminarista. <<

[36] Color rojo claro. <<

[37] Al final explica el autor qué era la Chacarita en 1880. (*N. del C.*). <<

[38] El doctor Bernardo de Irigoyen. El candidato oficialista era el doctor Miguel Juárez Celman, cuñado del Presidente Roca. Este último había autorizado la campaña del doctor Irigoyen, quien había sido ministro durante su presidencia… y era uno de los hombres más eminentes de la República. <<

[39] El nombre del general Mitre. <<

[40] Se trata de una carta del doctor Alem y de la contestación del general Mitre. <<

[41] La barca *Enriqueta* —a cuyo bordo venían de Valparaíso además de Sarmiento, el general Guilarte, ministro boliviano en Río, y su secretario — fondeó en Montevideo el 13 de diciembre de 1845. El lunes 15, los diarios *El Comercio del Plata* y *El Nacional* (éste publicaba en folletín *Civilización y barbarie*) saludaban a Sarmiento en excelentes términos. <<

[42] Conviene advertir, una vez por todas, que, además de su popularidad en la sociedad uruguaya, mereciendo especial agasajo de las más ilustradas personalidades con que contaba el grupo liberal, Sarmiento, aunque no recibido oficialmente, fue objeto en las esferas gubernativas, durante su corta permanencia en Montevideo, de todas las atenciones debidas a una gloria americana. <<

[43] No recuerdo que haya sido publicado, ni en Montevideo. En todo caso no figura en el indigesto baturrillo de sus llamadas *Obras completas*, donde según el dicho vulgar, «ni son todos los que están, ni están todos los que son». Y está de más reiterar mis reservas respecto de la apreciación exagerada y lírica que de esta alocución, más o menos improvisada, hacía entonces en una correspondencia periodística que era de suyo otra improvisación. <<

[44] *The Great Silver River (Notes of a residence in Buenos Ayres in 1880 and 1881)*, Londres, 1887, págs. 51-53. (Traducción de Rafael Alberto Arrieta en su libro *Centuria Porteña*). <<

[45] En Mar del Plata. (*N. del C.*). <<

[46] Véase t. II, pág. 288. <<

[47] Véase t. II, pág. 151. <<

[48] Véase t. II, pág. 152. <<

[49] Véase t. II, pág. 165. <<

[50] «Cosas de Orión» era el título de una sección amena que Varela redactaba en *La Tribuna*. <<

[51] Era Presidente de la República don Domingo F. Sarmiento y Gobernador de Buenos Aires don Emilio Castro. Ambos abandonaron la sede de sus gobiernos para ponerse a salvo de la epidemia, lo que fue muy criticado en su época. (*N. de J. L. B.*). <<

[52] De esto he sido testigo en la cárcava que entonces formaba la calle Méjico, por la altura de Piedras. (*Nota de Paúl Groussac*). <<

[53] Véase pág. 623. <<

[54] El doctor Edmundo J. Rosas. <<

[55] Revoque. <<

